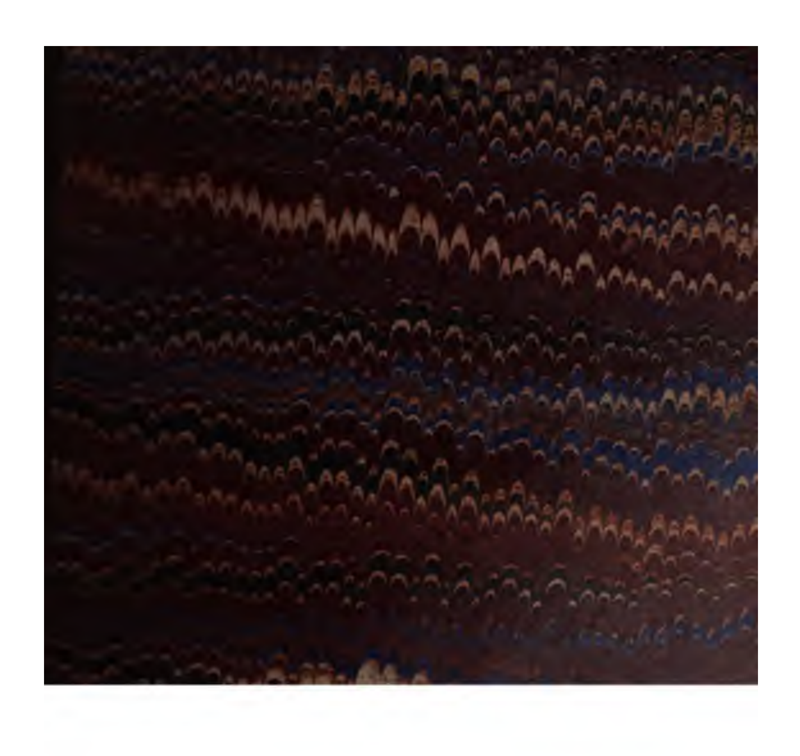




[redacted]





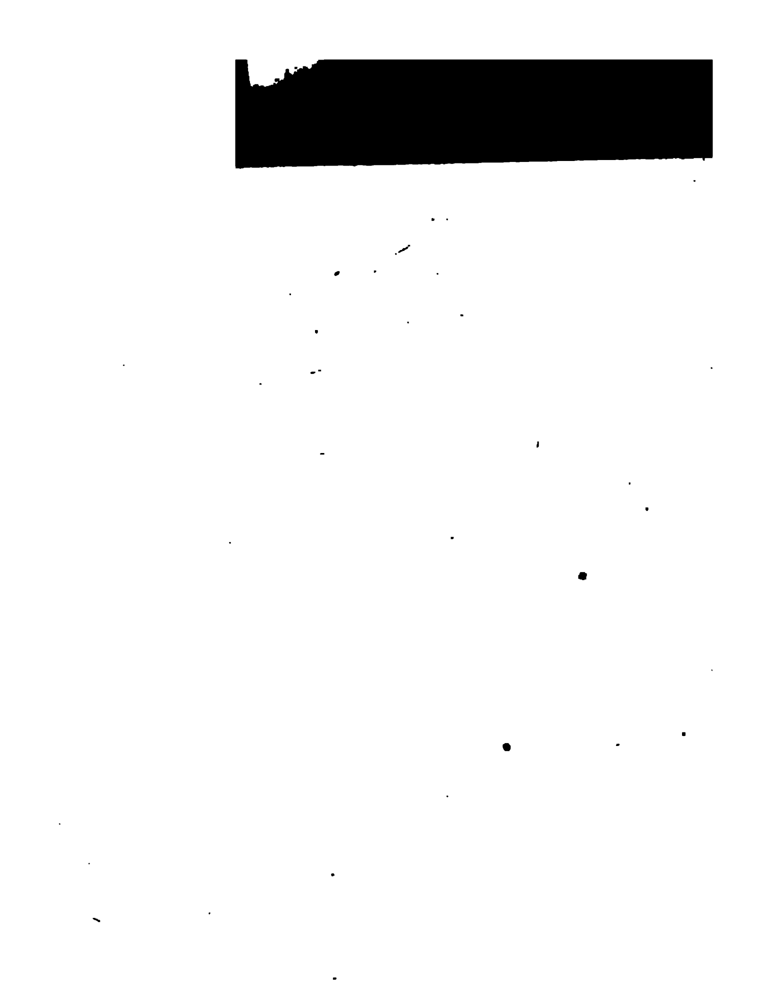


HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.



HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

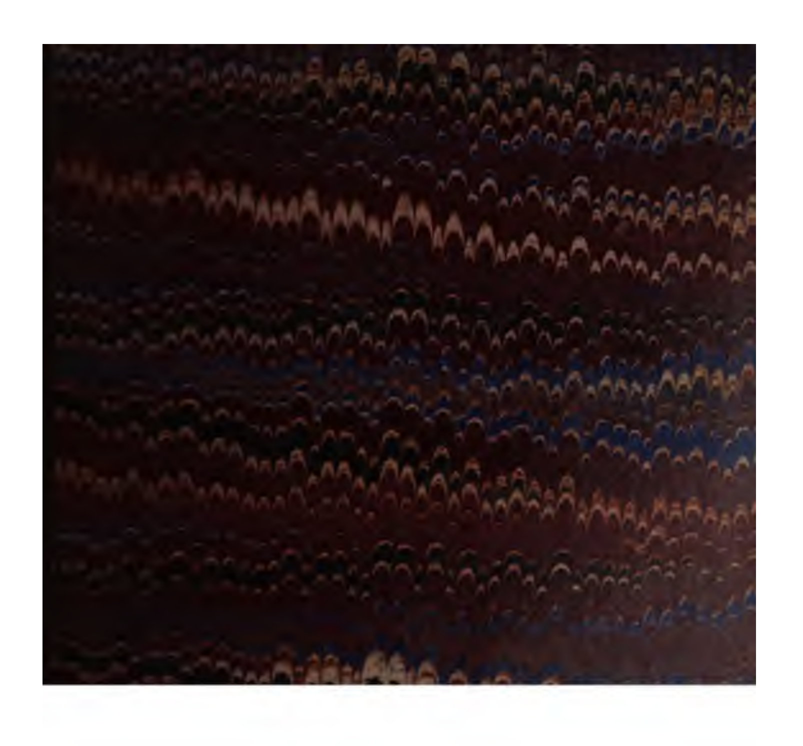
EMILIO CASTELAR.

TOMO TERCERO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.






TALLER DE ENCUADERNACION
DE
CLEMENTE MERLINI
S. MARTIN Nº 8 B. BLANCA





[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.



[redacted]

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

TOMO TERCERO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

tal se encierra algo de derecho divino, y que en todo derecho divino hay algun gérmen de monarquía ó de teocracia, y por consecuencia, de retroceso y servidumbre. La idea, desarrollándose dialécticamente sin salir de lo divino ni ir á lo divino, como en el gran sistema, sino de la naturaleza á la humanidad, y de la humanidad á la naturaleza, la idea es el progreso incesante, pues nada hay inerte, nada; y todo está impelido por el movimiento en el Universo, lo mismo entre las ideas que entre los séres.

Esta tendencia neo-hegeliana tiene estrechas relaciones con la tendencia del penúltimo período de la filosofía antigua. Las grandiosas especulaciones han por completo concluido. Aristóteles y Platon han cerrado sus libros y les han puesto el sello de su génio, trasmitiéndolos á la posteridad como testamento del espíritu helénico. Sus discípulos dejan las alturas de lo ideal por la realidad; las abstracciones por la vida y por la práctica. De esto resulta que engendran la obra social por excelencia del mundo antiguo, el derecho

romano; y el pueblo práctico por excelencia, el pueblo-rey.

Toda gran doctrina, por una fuerza irresistible, desciende á la realidad. Lo que parece más apartado del mundo, el ascetismo, se convierte en práctico, en mundano, dentro de la organizacion histórica, que toma esta tendencia, dentro de las órdenes monásticas. Examinadlas, y vereis cómo se trasforman y bajan á la realidad ¡Qué diferencia entre los monjes ascetas, penitentes y solitarios de los siglos primeros del Cristianismo, en comunicacion perpétua con Dios, en místico apartamiento del mundo, alimentados por la palmera del desierto, sin más ocupacion que sus meditaciones, ni más esperanza que el sueño de la muerte; y el monje providencial, San Benito, que á mediados del siglo sexto (1) llama los ascetas, los convoca, los congrega, les dá el

(1) Un descuido de lenguaje, á la verdad imperdonable, parece indicar que pongo en el capítulo XXIX el nacimiento de la órden de San Benito en el siglo cuarto, lo cual seria otro error histórico, verdaderamente imperdonable tambien. Conste que la órden de San Benito nace en el siglo sexto, y el descuido de lenguaje se rectificará en la *Fé de erratas.*

azadon y la pluma para que abran surcos en la tierra y surcos en la conciencia! ¡Qué abismo separa los franciscanos, estos monjes que vuelven al primitivo Cristianismo, de los jesuitas, embargados solamente por las ideas del mundo, de la vida, del influjo material, del poder político y religioso!

Así los neo-hegelianos. Su aspiracion era una aspiracion esencialmente práctica. Bajaban de las nubes apartadas, rasgaban el celaje de las ideas abstractas para modificar la realidad, la vida social; porque de otra suerte creian perdido todo el trabajo de dos siglos, malograda toda la ciencia germánica. Su metafísica tenia relacion estrecha con su ministerio político y social. No hay para qué hablarles de la teología católica ni de la teología protestante; han sido las almas de los reyes. No hay para qué hablarles de la religion ni de la metafísica, han materialmente envenenado á los pueblos. Todo cuanto á la vida ultramundana atañe, quita tiempo, aptitudes, vigor, ánimo, para trasformar la vida de este mundo. Guerra á la tradicion;

guerra á la más alta y más permanente de estas tradiciones, á la tradicion teológica. El mundo social ha de recibir un nuevo movimiento en este sistema, que es respecto de la sociedad y de la ciencia, como el sistema de Copérnico respecto de la astronomía. El progreso mueve los átomos, renueva la vida, trasforma las especies, agita la sociedad, empuja á las generaciones, vivifica las leyes, engendra nuevas artes y nuevas ciencias, revela derechos nuevos, cristaliza desconocidas instituciones, expide torrentes de electricidad vital y de electricidad revolucionaria; es el movimiento cosmogónico que impulsa sin término y sin fin todas las ideas y todas las cosas.

Confesemos que la blonda y soñadora Germanía, perdida en su idealismo histórico, necesitaba un sacudimiento de esta especie, un sacudimiento fuerte, violentísimo, si habia de trasformar su vida social con arreglo á los principios de nuestro tiempo. Habia emancipado la conciencia, difundido la libertad del pensamiento, puesto en los altares el oráculo

de la razon, abierto los horizontes de un progreso infinito, dado al mundo la comunion de todas las ideas; y luego, bajo el explendor de tanta ciencia, bajo el horizonte cargado de innumerables mundos, estendíase una tierra, vivero de castillos feudales, madre de señores y esclavos, repartida entre más de treinta tiranos, marcada con los sellos del antiguo imperio, feudo de todas las viejas ideas que han muerto en el sentimiento universal y que han desechado los pueblos ménos cultos como resíduos y restos de la apartada Edad Media. No habia más remedio que socavar los tronos, maldecir á los reyes, armar á los campesinos con el furor de los tiempos de la Reforma, soterrar los caballeros feudalés, tomar por asalto los privilegios, encender la sangre de las nuevas ideas en las venas de una gran democracia, y arrojar bajo las ruedas de su carro triunfal igualmente los viejos tiranos y los viejos altares, la teología protestante y el derecho divino, los principios monárquicos y todas las religiones, los viejos in[illegible]rios y las viejas iglesias.

[redacted]

De suerte que esta evolucion nueva fué la más política de todas las evoluciones de la ciencia germánica; pero fué tambien filosófica, literaria, y sobre todo religiosa como las anteriores evoluciones. El jefe de la extrema izquierda hegeliana es Feuebarch, filósofo y escritor ilustre; hijo de sábio jurisconsulto, el cual pertenecia á la escuela llamada rigorista por su apego á la letra de las leyes. Comenzó su carrera estudiando las ciencias teológicas, y concluyóla poniendo su pensamiento en el cultivo de las ciencias filosóficas. Discípulo de Hegel, y discípulo entusiasta, merced á la enseñanza de su maestro Daub, se apartó de la doctrina del maestro para fundar otra, en su sentir más humana y progresiva. El hegelianismo es la Biblia, y el neo-hegelianismo es el Evangelio de la nueva ciencia. Expongamos en sus fundamentos esta doctrina. La religion sustituye á las leyes perpétuas de la naturaleza la arbitraria voluntad humana convertida en Dios. El Catolicismo es en el fondo la renuncia á nuestra verdadera vida; el sacrificio de la parte más esencial á nuestro

[redacted]

sér, de la razon, y hasta cierto punto, de la naturaleza. El protestantismo ha llegado á ser tan místico, á pesar del humano principio de la libertad de conciencia, que sus doctores han visto la teología en todas las ciencias, y han escrito hasta la teología de los insectos. La verdadera religion consiste en el reconocimiento de nuestra dependencia de la naturaleza y en nuestra sumision á la naturaleza. Parécele más lógico tener, cómo los mejicanos, por Dios á la sal, que á los abstractos principios creidos y adorados por los pueblos modernos. Como uno de los Incas oyera piadoso sermon á un místico misionero español, díjole: «Vuestro Dios es un muerto, mientras el mio es el sol que no muere nunca.» Y Feuebarch se arroba ante esta frase, que le parece superior á toda la dogmática ortodoxa. Porque si el mundo ha sido creado por un sér sobrenatural, es el mundo sobrenatural tambien. La vida no desciende, no, de lo absoluto; marcha desde lo inorgánico á lo orgánico, desde la animalidad á la racionalidad, desde la inconsciencia á la concien-

cia. Las causas segundas, que los teólogos abandonan por la causa primera, explican la creacion toda en su conjunto.

No es de Dios cetro el rayo, no es su aliento el huracan, no es su vestidura el cielo, no es su corona el sol; la pila de Volta, los desequilibrios de la atmósfera, los descubrimientos de Lavoissier, el espectro solar hablan más religiosamente del Universo que todos los arrobamientos piadosos y todos los sobrenaturales milagros. La creacion del hombre por divino soplo lanzado sobre estátua de barro es puramente legendaria. La vida orgánica se produce en cuanto hay condiciones para el organismo; se produce por un progreso de la materia. Y el hombre nació en cuanto se humanizó la tierra; es decir, en cuanto tuvo medios de producirse esta superior especie. Triste es nacer del vientre y no de la cabeza; entre sangre y lágrimas, y no entre los torrentes de la luz increada triste es morir, descomponerse, podrirse; pero aquel que no quiera pasar por estas condiciones de la vida, que renuncie á vivir. La eternidad

es en el fondo como el vacío; allí no hay vida. Cuando un niño se dirige á su madre, y le pregunta cómo vienen al mundo sus hermanitos, contéstale con cualquier fábula, diciendo que los han traido de una féria, que los han pescado sus nodrizas en un estanque. Pues de una manera análoga explican los teólogos el advenimiento de las especies á la escena del mundo.

Pero ¿á quién recurrir en nuestras desgracias si el cielo está vacío, si todos somos huérfanos? Y á esta pregunta responde con resolucion Feuebarch: A nadie. La naturaleza apenas se cura de los indivíduos. Cumple sus leyes con exactitud matemática, produce la vida con expontaneidad completa; le importa poco que unos séres caigan en la desgracia y otros en la muerte. Antes, la naturaleza estaba endemoniada, en los tiempos más místicos de la Edad Media. El aroma de la rosa, el cántico del ruiseñor, el rayo primero del sol, descomponiéndose en la trémula gota del rocío, eran tentaciones del diablo. Ahora la naturaleza está divinizada. Todo lo hace en ella

Dios. Pero ni antes ni despues ha habido tal génio superior en su seno. La naturaleza es la naturaleza; ni está endemoniada, ni es divina. La religion se vá convirtiendo puramente en moral; y á medida que se convierte en moral, se destruye, porque la esencia de las religiones no es la moral, es el dogma.

Como Homero invocaba una musa, y la invocaba porque la creia fuera de él, cuando esa musa era su interior fantasía, el género humano invoca á Dios, creyéndolo fuera de nosotros, y Dios está en nosotros, Dios es la misma humanidad. La unidad de Dios es la unidad de la conciencia humana. Los séres creados no explican el Creador, porque la naturaleza produce por necesidad, y no por ninguna voluntad superior y arbitraria que esté fuera de su seno y que sea superior á su esencia.

El mundo moderno debe dejar de ser religioso. Cuando Kant dijo que la esencia de la religion cristiana es la moral, destruyó la religion cristiana; como al decir Aristóteles que la esencia de los dioses paganos era el pen-

samiento, destruyó el paganismo. Y el mundo moderno debe dejar de ser religioso, porque toda religion es esencialmente reaccionaria. Dios es un padre que ejerce la pátria potestad por medio de sus delegados los reyes. Todo culto supone un verdadero intermediario entre Dios y el hombre, un verdadero sacerdocio. Todo sacerdocio compone una casta. Y toda casta oprime y degrada.

Feuebarch apunta en varias ocasiones sus ideas políticas con motivo de sus ideas religiosas. Los hombres que se esclavizan á Dios concluyen por esclavizarse al rey en quien descubren Dios mismo. La majestad real les deslumbra, y consienten que disponga de la vida y de la muerte. Así los reyes y los emperadores se llaman majestad, divinidad, algo superior y sobrenatural. Y los hombres sumidos en la supersticion llegan á imaginarse que la tierra se quebrantará y se destruirá si arrancáramos de ella el trono de un rey ó la sede sacratísima de un Papa. No espereis que haya sentimientos de progreso allí donde domina el fatalismo religioso. El

hombre se conforma con la desgracia y con el mal, porque los cree obra de Dios, y no piensa ni en la reforma ni en la mejora social. El pensamiento de la brevedad de su vida le aparta de todo empeño en mejorarla. Y así como en los tiempos antiguos la riqueza se levantaba sobre la esclavitud, en los tiempos modernos la soberbia insolencia de los reyes se alza sobre la humillacion religiosa de los pueblos.

Hay un paralelismo para Feuebarch entre los errores políticos y los errores religiosos. La religion viene del misterio, y del misterio la monarquía; se impone la religion como un artículo de fé á la conciencia, y la monarquía como una fuerza sobrenatural á la voluntad; divide la religion los objetos en sagrados y no sagrados, y la monarquía los hombres en aristócratas y plebeyos, en privilegiados y siervos; la religion sacrifica la conciencia á sus principios absurdos, y la monarquía el verdadero derecho natural á su mentido derecho positivo; señala arbitrariamente la religion lo que ha de ser verdadero, aunque

nada tenga de comun con la verdad, y la monarquía lo que ha de ser justo, aunque nada tenga de comun con la justicia; pone la religion sobre todos los deberes morales los deberes para con Dios, y la monarquía sobre todos los deberes políticos los deberes para con el príncipe; justifica la religion sus falsedades por su carácter sobrenatural, y la monarquía su despotismo por la razon de Estado; la religion inmola en sus aras la conciencia, y cuando lo cree preciso, la monarquía inmola tambien la vida humana á su orgullo; y una y otra oscurecen el cielo y la tierra, oprimen al Estado y al hombre.

Stirner exageró todavía las ideas de Feuebarch. La teoría del yo, con objeto de arrancar la personalidad humana á las tiranías históricas, llegó á su última exaltacion, á su delirio en este escritor. Lo que yo más conozco en el mundo es mi propio sér, decia. Lo que yo más amo en el mundo, es á mí mismo. Por consecuencia, mi libertad ni puede, ni debe tener freno. La palabra Dios ya está olvidada

en su concepto. La ha sustituido otra palabra, que cree tambien opresora y reaccionaria, una especie de Dios, la palabra humanidad. No hay más que el yo. Pero este yo, este indivíduo, ¿es materia ó espíritu? le preguntan. Y Marx Stirner declara que espíritu. Entonces otros hegelianos más exaltados todavía le acusan de religioso, de reaccionario, de pietista, y le arguyen que sólo hay en el Universo materia y materia bruta. El pensamiento se desprende de la materia como el magnetismo del cuerpo imantado, como el aroma del cáliz de las flores, como el calor de la luz; el pensamiento es una secrecion del cerebro. La voluntad es una fuerza mecánica que se determina por la nutricion, por el alimento. Lanzándose en el seno de este materialismo, imaginaban los jóvenes hegelianos que enterraban los antiguas creencias, y que con las antiguas creencias enterraban tambien los reyes tradicionales é históricos, alimentados, mantenidos por estas creencias.

CAPITULO XLI.

ARNOLDO RUGE.

El jefe verdaderamente de la escuela en la esfera política, el más perseverante en sus propósitos, el más práctico en sus ideas, escritor de gran mérito, filósofo de elevado pensamiento, es Arnoldo Ruge. El trabajo capital de su vida ha consistido en demostrar á la moderna Alemania, que pasó la época teórica, la época artística para ella, y que debia comenzar la vida política, por medio de Estatados libres constituidos en verdaderas Repúblicas. Y, efectivamente, esta nación, que resistiera al yugo del Imperio romano; que

recabára la gloria de haber echado en nuestra vida la levadura de la libertad; que trajera el principio democrático de la personalidad humana entre las agonías del antiguo mundo y del antiguo Estado; la que emancipó la conciencia en su revolucion religiosa y maduró la razon humana en su filosofía; siempre dada al cántico, al arte, al pensamiento, y siempre tiranizada y opresa, aseméjase á los gréculos de Roma, sábios, poetas, eruditos; duchos en toda suerte de trabajos espirituales, habilísimos escultores y músicos, profundos filósofos y retóricos elocuentísimos; pero siervos sin dignidad en el alma, con la marca de su humillacion en las carnes, y por todo mundo la vivienda de su ergástula.

Y á la emancipacion política debia presidir el pensamiento filosófico, segun Ruge. Las ideas científicas son meras entelequias, almas sin cuerpo, vapores disipados en los aires, si permanecen allá en las cimas de la inteligencia y no se filtran, siquier sea poco á poco, aquí en las tierras de la realidad. Todo grande movimiento filosófico ha producido movimien-

[redacted]

tos morales y movimientos políticos, y movimientos sociales en las várias esferas de la vida. El pensamiento de la antigüedad, la ciencia de Grecia dejó al mundo moderno dos obras capitalísimas: el Derecho romano y el Cristianismo. La filosofía germánica, despues de haber profundizado todo el pensamiento moderno, despues de haber recorrido todas las esferas de la vida universal, se quedaba infecunda, estéril, allá en lo vacío, si no traia gérmenes á lo ménos de instituciones nuevas, materia de nuevas leyes, á la práctica y á la vida.

Imbuido de estas ideas, por ellas vivamente exaltado, deseoso de una regeneracion de Alemania, llegó Ruge al Parlamento aleman, al Parlamento de Francfort, y se puso á la cabeza de los veintisiete diputados republicanos que allí habia. Este número prueba cuán poco adelantaban nuestras ideas en la realidad, á pesar del gran movimiento producido en la ciencia. Entre setecientos diputados alemanes que Francfort habia reunido, veintisiete solamente profesaban las verdaderas doctrinas de la democracia moderna; despues del estable-

cimiento de la República en Francia y de la profundísima revolucion que habia conmovido hasta las entrañas de la misma Alemania. Esto prueba que para impulsar un pueblo en su camino, es necesario no alimentarlo sólo de ideas abstractas; es necesario combinar el pensamiento y la accion, la ciencia y la vida, la teoría y la realidad, porque de otra suerte correrá su alma en álas de vagos ensueños por lo infinito, mientras su cuerpo yacerá inerte y frio sobre las húmedas pajas de oscuro calabozo.

La Alemania eligió para vicario del imperio un archiduque austriaco, y Ruge, viendo que nada podia esperar, se apartó de Francfort, y se unió indisolublemente á Prusia, esperando de ella las dos obras que él creia indispensables: la obra nacional de la unidad germánica, y la obra humana de su democratizacion, de su libertad. En el periódico *La Reforma*, publicado en Berlin, y sostenido con tanto brio como elocuencia, Ruge predicó estas ideas salvadoras, contribuyó á esta obra daderamente meritoria y verdaderamente

digna de la humanidad y de la pátria. Pero la reaccion política vino, y la reaccion política le confiscó el periódico y le condenó al destierro.

Entonces volvió á Francfort, y de Francfort á Baden, donde estalló una revolucion. Sus amigos le comprometieron á ir á Paris á fin de entenderse con la Montaña de la Asamblea Constituyente para impulsar el movimiento republicano en toda Europa. ¡Inútil tentativa! La reaccion comenzaba, y decrecia el espíritu democrático. La República, venida á Francia por uno de esos súbitos estallidos revolucionarios que muestran toda la fuerza de la nueva idea, estaba herida de muerte por los errores de sus mismos partidarios. Olvidaron que, uniéndola indisolublemente á un ideal utópico, la obligaban necesariamente al aborto de un mônstruo. Olvidaron que las catástrofes súbitas nada engendran, mientras las lentas evoluciones de la materia y del pensamiento engendran la ciencia y la vida, como las lentas evoluciones de la sociedad engendran seguras y grandes libertades. Prescindieron de uno de

los términos indispensables á todo organismo político, de la autoridad, de la estabilidad, de las condiciones históricas del tiempo, y se empeñaron en que una hora de República habia de curar, como por milagro, los males de veinte siglos de monarquía. Creyeron que, despues de tres dias de revolucion, como en Febrero, podian venir revoluciones sin cuento, ignorando que hay en los espíritus accion y reaccion, como en el Océano flujo y reflujo, y que á la vuelta de un año nos encontrábamos ya en el período de las reacciones. Y sin haber aprendido nada en las tristes enseñanzas de las jornadas de Junio de 1848, se empeñaron en acabar de perderse por Junio de 1849; volvieron á las revueltas, y se precipitaron de golpe en la reaccion, yendo á despertar de sus errores históricos y de sus alucinaciones políticas bajo el tristísimo techo de amarga expatriacion.

Ledru-Rollin, en el Conservatorio de Artes y Oficios, capitaneó un motin contra el gobierno por su absurda intervencion en Roma, crímen del presidente y de la Cámara que no se

[redacted]

curaba con una locura de la Montaña. Y, vencido el motin, pasó á Lóndres, y con él fué á Lóndres Ruge, formando parte del comité central europeo que habia de trabajar asídua, aunque inútilmente, por una nueva revolucion. Este es otro error de los revolucionarios europeos; imaginar que pueden forjar una revolucion á su arbitrio. Estos hechos universales, creadores, verdaderamente extraordinarios, no están, no, en la mano de ningun indivíduo; se forjan á la manera de la lluvia, á la manera de la electricidad, en el grande laboratorio de la vida social. Así es que todos los trabajos de Ruge abortaron. Y el año 1866, cuando ménos lo esperaba, encontró una parte de sus ideas súbita realizacion; y una parte de sus agravios completa venganza. Prusia se levantó condensando el espíritu de Lutero contra el pontificado romano, el espíritu de Federico el Grande contra el imperio austriaco, y el espíritu de todos los grandes pensadores de Alemania contra el fraccionamiento de la pátria; y en la batalla de Sadowa tendió por tierra al gigante que

se habia desposado con la teocracia para corromper los entendimientos y oprimirlos; al mantenedor de todas las ideas reaccionarias; al enemigo de todas las ideas democráticas; al imperio austriaco. Desde entonces, Ruge ha sido más aleman que republicano. Ora fuese por los desengaños sufridos en una larga vida; ora por el patriotismo exaltado siempre en largo destierro; lo cierto es que, habiendo comenzado por pedir una alianza de Alemania con el partido republicano francés contra Bonaparte, concluyó por decir á la caida de Bonaparte que la República francesa sostenia una guerra de conquista, cuando la República francesa sostenia una guerra de defensa, y por aprobar la anexion de la Alsácia y la Lorena, cuando la anexion de la Alsácia y la Lorena es gérmen de guerra internacional, y por tanto de vicioso y terrible cesarismo.

Á pesar de este error, sus servicios á la democracia universal son inapreciables, y deben ser guardados con reconocimiento en la memoria de los pueblos. Opuesto desde sus

primeros años al despotismo; enemigo de un Estado donde sólo cabia la personalidad del monarca, y enemigo de una Iglesia donde sólo cabia la ortodoxia intolerante; conspirador tenacísimo y publicista ardoroso desde su primera edad; preso durante un año en Koepinick y cinco en Colberg, digno por tanto de la consideracion que llevan consigo el sufrimiento y el martirio; grande agitador en el cautiverio donde comunicaba lo único que le habia quedado libre, su espíritu, con todas las ideas de su tiempo; redactor de los *Anales de Halle* que conmovieron la opinion y despertaron ideas de libertad y de progreso en la conciencia nacional; sombra fatídica de todas las córtes alemanas y de todos los reyes y régulos, aterrados por el atrevimiento de sus polémicas; poco amigo de la utopia que ha devorado tantas altas inteligencias, como lo prueban sus disentimientos con las escuelas socialistas; tribuno de la libertad en Francfort; periodista de la libertad en Berlin; revolucionario en Leipzick; en todas partes defensor de las nuevas ideas; su nombre está

unido indisolublemente á la historia del movimiento republicano en Alemania y en Europa, y sus numerosas obras, en que la pasion se une á la idea, han exclarecido mucho á las jóvenes generaciones y han alimentado en su seno durante dias bien adversos la esperanza de una resurreccion.

Debia volver, era necesario que volviese Alemania á su sentido práctico. En el siglo décimo-sexto lo habia tenido como pocos pueblos. Inmediatamente que Lutero lanzó contra los poderes religiosos su palabra de fuego, resonó, como los sacudimientos de un terremoto, la revolucion por los campos. El mundo interior no se removia y perturbaba sin que el mundo exterior se conmoviese y perturbase tambien. Pasaron los tiempos en que una revolucion quedaba solamente aislada en la conciencia, como sucedia al término del mundo antiguo y al comienzo de nuestra era. Toda palabra debia tener por eco un hecho. Conmovido el cimiento de la fé religiosa, habia de caer por su propia pesadumbre el viejo feudo de la organizacion política. Lutero

mismo, aunque principalmente trataba de herir el Catolicismo, renovar la Iglesia, traer vida íntima y libre á la conciencia, divertia muchas veces su atencion hácia los asuntos políticos, y describia de mano maestra los reyes enviados por la cólera de Dios á los pueblos; y llamaba impura cortesana á Enrique VIII de Inglaterra. El pobre siervo sintió como un cántico de libertad en aquella renovación religiosa. Mil veces alzado en armas, llevando por enseña contra la lustrosa bota de los señores el zapato claveteado de los campesinos; jamás habia sido definitivamente derrotado. Y en aquella hora suprema de la Reforma le habian hablado del Evangelio, de la libertad interior, de la igualdad cristiana, y queria ver cómo todas estas ideas se mezclaban al terron de sus campos empapados en sudor, en lágrimas, y derribaban los castillos feudales, y desvanecian las sombras de los tiranos, y destrozaban en sus muñecas sus argollas, y á grito herido demandaban con la rabia de la guerra la ruina de las correas, de los feudos, de los diezmos, de todas

las gabelas que, además de esclavos, hacian miserables y hambrientos á los pobres campesinos. Como siempre que hay en el fondo de las sociedades humanas una aspiracion incontrastable, se personificó esta en un hombre, que desde las alturas de su idea no abarcó los abismos de la realidad. Muntzer se embriagó en la idea revolucionaria, la convirtió en raudales de elocuencia, maldijo de los reyes que oprimian á los pueblos y de los reformadores que vedaban el paso de las ideas puras á la realidad; tocó la campana de rebato que respondia á la tempestad del alma de los campesinos; reunió treinta ó cuarenta mil hombres que se encendieron en las pasiones revolucionarias, y sembráron todos los horrores y todos los desastres de las resoluciones prematuramente surgidas; y sostuvo su bandera de igualdad hasta que, perseguido, acosado como una fiera, cayó roto y vencido por la metralla de los reyes sobre mares de sangre y entre montones de cadáveres, reo de haber querido deducir, aunque extraviándola, con lógico rigorismo, la revolucion política encer-

rada en el seno de la Reforma. Parece que en aquel momento perdió Alemania el sentido de la realidad. Lo cierto es que, habiendo dado al movimiento democrático moderno su impulso con el vapor de la nueva idea, con la Reforma, dejó que otro pueblo más práctico, el pueblo sajon, dedujera en la tierra de América sus últimas consecuencias, y fundara un Estado sin gerarquías hereditarias, únicamente animado y sostenido por las ideas de libertad y de igualdad.

Quéjase Ruge sentidamente en algunos discursos y obras suyas de que Alemania no acertase á llevar á las esferas de la realidad y de la práctica las puras ideas de su conciencia, y dejase este gran ministerio á otro pueblo de la familia germánica, al pueblo anglo-sajon, en el Nuevo Mundo. Pero si examina la causa, verá bien pronto que en el movimiento germánico hay mucho brillo en el ideal, mucho espíritu innovador en el impulso, mucha fuerza revolucionaria en los procedimientos; pero no aquel buen sentido, aquella mesura, aquel conocimiento de la realidad, aquella lí-

nea trazada entre lo ideal y lo posible que explican el éxito de la revolucion americana y la perennidad de sus progresivas instituciones. En toda grande revolucion aparecen grandes exageraciones que acaso sirven á moderarla y á convertirla á la realidad. En la Reforma aparecieron los anabaptistas; en la revolucion de Inglaterra los niveladores; en la primera revolucion francesa los babefistas; en la segunda los socialistas; en la tercera los comuneros, como en la última revolucion española han venido aquellos que, guiados por un falso concepto del federalismo, quisieron destrozar la obra gigantesca de nuestros padres, la unidad nacional, y hasta entregar sus dispersos fragmentos á la tutela de extranjeras naciones. Los pueblos, que no saben moderar esta exageracion, la cual aparece por el misterioso concurso de las fuerzas sociales y por el cumplimiento de leyes todavía desconocidas, ó sucumben ó retroceden. Solamente á los pueblos sensatos les será concedida la libertad. Quizá en el partido republicano aleman, allá por 1848, hubo lo

mismo que en los campesinos, sobra de idealismo, falta de un conocimiento práctico de la realidad, aspiraciones muy universales, y escasa atencion á los medios con que contaban para encarnar en la realidad sus ideas.

Ruge no se contentaba con predicar la política práctica; mezclábase tambien al movimiento filosófico y religioso, como buen aleman. Su doctrina descendia del antiguo racionalismo, renovado en séries lógicamente encadenadas y contenido en formas claras y á veces brillantes. La filosofía del siglo décimo-octavo negó la supersticion, y la filosofía de este siglo la combate. Limpia de supersticiones la mente, lo necesario es llevar á la vida la concepcion del derecho que ha brotado de la filosofía. Para ello ningun esfuerzo, por grande que sea, basta, dadas las resistencias de la realidad. Los hegelianos han pretendido que la idea se realizaba por su propia virtud, en su perpétuo movimiento. Cada instante de la historia es para ellos bueno, porque nace del instante anterior y engendra los instantes sucesivos con lógica

indeclinable, ley real, ley necesaria de las cosas. Estos puntos de vista, estas esperas dadas á la impaciencia del progreso, encantaron á una legion de soñadores muy apegados á pensar que bastaba decir el concepto puro del derecho y el organismo verdadero del Estado, para que se encarnasen prontamente en la realidad. Creia Ruge esta tendencia tan funesta como las tendencias reaccionarias, porque condenaba la Alemania á la contemplacion, cuando sólo podia salvarse por el movimiento, por la realidad, por la accion.

Y creia, como toda la jóven escuela hegeliana, que el medio único de contrastar la soñolencia de carácter aleman estaba en combatir su vago espiritualismo religioso. Fantasead la naturaleza, poned en su seno génios
nos mezclados con génios malos, decia, y
dreis ya el orígen de la religion. Descono-
ndo las leyes del Universo, se las sustituye
r una voluntad arbitraria, que á su capri-
cio concede ó niega la vida á los cuerpos, la
acia á las almas. El Cristianismo, propo-
ndo el sacrificio, renueva el budismo. Una

concepcion poética del Universo ha dado vida á la religion cristiana; y el nacimiento de Cristo, su muerte, su resurreccion, sus páscuas, sus fiestas principales, son, como las fiestas de los griegos, otros tantos símbolos de la naturaleza y de su inmortal poesía. Cristo hubiera conseguido lo que intentaron los antiguos, convertir la religion en puro humanismo, si no se mezclan á sus conceptos las mitológicas falsedades de lo sobrenatural y maravilloso. La ciencia destruye lo sobrenatural, y proclama que la encarnacion de Dios sólo puede verificarse en la historia. El Sér Supremo es el pensamiento en accion; y el bien supremo es el Estado libre y democrático. Para que el hombre sienta la virtud de las nuevas ideas y la necesidad de llegar á ese estado, necesita desechar la concepcion de la primera caida, de la culpa, y el pecado original, que apoca la voluntad, oscurece el entendimiento, impide el desarrollo de la humanidad, y convierte en castigo el primero entre todos los méritos, el mérito del trabajo. Y cuando á este falso concepto teológico sus-

tituya el verdadero concepto científico de su naturaleza, habrá llegado la hora de la trasformacion social, y del advenimiento de estas tres entidades necesarias al mundo moderno, de la libertad, de la democracia, de la República.

CAPITULO XLII.

BAUER Y DAUMER.

A la escuela neo-hegeliana pertenecen también Bauer y Daumer, aunque el uno la haya desmentido en sus aplicaciones políticas, y el otro la haya abandonado por un falso y engañador misticismo. Bruno Bauer pasa por todas las trasformaciones del génio germánico en su tiempo; primero es teólogo; más tarde hegeliano de la extrema derecha; y, por último, hegeliano de la extrema izquierda. La crítica evangélica fué objeto preferente de sus investigaciones, y en la crítica evangélica pretendió corregir y completar á Strauss. La vi-

da sobrenatural de Jesús; los milagros que le acompañaron en tanto número; las leyendas que á su alrededor nacieron con tanta fuerza, no se deben, segun él, á las primitivas sociedades cristianas, séres impersonales, sino á la fantasía misma de los evangelistas. En su sentir nada hay de propio, de original en las enseñanzas morales del Cristianismo, en las mismas ideas del sermon de la Montaña; la originalidad evangélica está en los mithos y en las narraciones de hechos sobrenaturales y maravillosos. San Márcos ha escrito la vida de Jesús, inspirándose puramente en su fantasía, y los demás evangelistas le han copiado, y han seguido la línea que él trazára. A esta corriente de ideas, que separa las dos grandes edades de la historia humana; á esta trasformacion de la conciencia alzada desde el sensualismo á la pura contemplacion de lo infinito, no les encuentra más orígenes que engaños y falsías de los teólogos, credulidad y supersticiones de los pueblos. La irritacion de su carácter, la destemplanza de su estilo, el furor de su guerra y de su cólera le traje-

ron muchos enemigos, y sus enemigos le expulsaron de su cátedra. Desde este dia, en que un nuevo inútil atentado se cometió en Alemania contra la libertad del pensamiento, no tuvo su orgullo límites, ni tregua la explosion incesante de su cólera, expresada con la violencia y á veces con las groserías propias de las disputas entre los antigúos frailes y teólogos.

En sus obras, que son numerosísimas, defiende con ahinco las libertades modernas; pero comete por saña trascendentales errores, y cae, como tomado de vértigo, en grandes inconsecuencias. Bien es verdad que hasta la libre y republicana Suiza recogió su obra *El Cristianismo desenmascarado*, y lo puso por consecuencia en la imposibilidad que más encoleriza á un escritor, en la imposibilidad material de publicar sus ideas. Pero todas estas desgracias de que ha sido víctima no explican los errores de que ha sido reo. Error grande combatir, denostar á los mayores profetas, á los mayores filósofos, á los mayores tribunos del nuevo mundo social, por

parecerle cosa liviana y baladí toda obra que no sea su propia crítica de los Evangelios; error grande oponerse con espíritu estrecho y rencoroso á una de las principales obras del moderno liberalismo, á la emancipacion de los judíos; error grande no ver en las ideas, en los sistemas, en las investigaciones de la docta Alemania más que detritus orgánicos, montones de estiércol para abonar las tierras, segun él, de lo porvenir, las estepas rusas; error grande rebajar el movimiento liberal con críticas amargas, porque no provenia de un principio claro, fijo, y luego extasiarse ante la última guerra y sus victorias, que elevan á la categoría de un principio la fuerza bruta, y abren nuevamente el período nefasto de las conquistas en la vida de los modernos pueblos.

Merece atenderse á la especial manera que tuvo Bruno Bauer de combatir la emancipacion de los judíos, porque se relaciona estrechamente con su sentido político. Los judíos, dice, piden para sí una libertad especial, una libertad propia, una libertad egoista. Debian

como hombres pugnar por la emancipacion de la humanidad; como alemanes por la emancipacion de Alemania; y no como sectarios por la emancipacion de su secta, demostrando así que asienten á la ajena servidumbre, puesto que si les desplace el yugo propio, les place el yugo universal. Quieren los judíos que el Estado cristiano se desligue de su criterio de secta, y lo piden ciegos en nombre de otra secta. Pues ni el Estado cristiano es capaz de emancipar, ni el judío capaz de ser emancipado. Mientras uno y otro continúen adscritos á sus principios fundamentales, uno y otro se encuentran imposibilitados de dar ó recibir la libertad. El Estado cristiano jamás se entenderá con el súbdito judío sino cristianamente, por medio de privilegios; y el judío no puede entenderse con el Estado cristiano sino judiamente, es decir, oponiendo á la nacionalidad verdadadera su nacionalidad quimérica, su vieja ley á la ley positiva, separándose de la humanidad; fuera de nuestro movimiento histórico, como miembro de un pueblo disperso y

pagado de ser un pueblo aparte, vaso de eleccion divina, con esperanzas contrarias al destino y al porvenir universal de la humanidad.

¿Qué títulos presentais para pedir vuestra emancipacion? Si es vuestra religion, acordaos de su enemiga á la religion del Estado; si es vuestro derecho de ciudadanos, acordaos que en Alemania no hay ni ciudadanos ni derechos; si es vuestra dignidad de hombres, ni vosotros lo sois, ni aquellos á quienes os dirigís. No pueden esperar los judíos ni conceder los cristianos la libertad sino dejando de ser enemigos, y no pueden dejar de ser enemigos, sino dejando de ser cristianos los unos y judíos los otros, y viniendo á considerar sus dos religiones como dos vistosas pieles de esta gran serpiente que la humanidad se ha desceñido y ha dejado frias y abandonadas en su camino. El judío no puede pedir la libertad política mientras conserve sobre la cerviz el yugo religioso, y el Estado cristiano á su vez no puede emancipar si no es emancipado.

Pero Bauer se olvida de que los Estados mo-

dernos van admitiendo el principio de que en todo sectario y sobre todo sectario hay un hombre, y que este hombre tiene derecho á la seguridad, es más, á la inviolabilidad de su conciencia. Si aguardamos para emancipar á los hombres á que abandonen sus respectivas creencias, ¿cuándo sonará la hora de la libertad? No creais á los indivíduos séres ideales ó abstractos. Contad con la realidad, sobre todo en política. Y el hombre, por regla general, es inconsecuente. Y el que cree teóricamente en el fatalismo, y no vé sino impulsos orgánicos, instintos ciegos en el hombre, pide prácticamente su libre autonomía, y combate, y dá la vida por esa misma idea del derecho que no ha entrado en su conciencia. Decís que los pueblos cristianos son radicalmente incapaces de emancipar y de emanciparse. No negaremos su título de cristianos á los Estados-Unidos, pues han emancipado desde sus judíos hasta sus negros, sin aguardar, como un filósofo germánico, á que cambiaran las creencias para romper las cadenas.

El Estado es político y no es teológico. Y

como es político, no tiene que preguntarle al hombre para admitirle, ó el símbolo de su fé, ó la partida de bautismo, sino su título de ciudadanía. Estados que han sido emancipados políticamente, no han abandonado su fé religiosa. Al contrario, los pueblos que abandonan un ideal sin sustituirle otro ideal más sublime, caen pronto de la orgía en la servidumbre. Si las religiones tienen principios contrarios á las ideas fundamentales de un pueblo libre, déjense esos principios como asunto de la conciencia individual, y su práctica como asunto de lá vida privada. El Estado no debe ser más que el áncora fortísima de la libertad y del derecho de todos. El hogar es el individuo, pero el Estado es la especie; y como es la especie, asegura la libertad general. Pero llega á esta seguridad por evoluciones sucesivas; y cuando plantea un principio, plantea una série de principios; y cuando consagra una libertad, consagra con ella tambien todas las libertades que se extienden, se dilatan por su propia virtud, allí donde cualquiera de ellas aparece. Comenzar á romper las cade-

nas del judío, es comenzar á romper las cadenas de todos los hombres. La mayoría de los americanos es religiosa; pero el Estado americano jamás se mezcla en la religion. ¿Quién será insensato hasta el punto de sostener que no debia haberse realizado esta reforma en la gran República hasta que todos sus ciudadanos hubieran tenido de la Biblia y del Evangelio el mismo concepto que tienen Bruno Bauer y los hegelianos de la extrema izquierda? El hombre se emancipa á sí mismo y emancipa al Estado cuando alcanza que una idea religiosa deje de ser como precedente necesario, como título indispensable para entrar en todas las profesiones y carreras, para vivir en ese Estado. Fué grande adelanto la paz de Westphalia que cerró las guerras de religion entre los Estados; y mayor adelanto aún los Códigos modernos que consagraron el principio de libertad religiosa para todos los ciudadanos. Ya el Estado no es el lazo que une católicos con católicos, protestantes con protestantes, judíos con judíos, sino ciudadanos con ciudadanos, familias hu-

manas con familias humanas, prescindiendo absolutamente de su religion y de su culto.

Será una inconsecuencia que el judío ó el católico, teniendo la servidumbre religiosa, pidan la libertad política; pero estas inconsecuencias salvan al mundo. Será incomprensible que un judío pida su emancipacion; pero es más incomprensible todavía que un filósofo se la niegue.

El deseo de decir ideas originales por nadie ántes pensadas, lleva muchas veces á estos jóvenes hegelianos á decir en realidad grandes extravagancias. Así, Daumer, despues de haber sido un panteista asiático en sus comienzos; un reconstructor de la geografía sagrada, poniendo el paraiso en las islas de la Polinesia, y llamando á Adam, por la etimología de su nombre, el de raza roja; un crítico severo de las tradiciones bíblicas, que identifica Jehová con el Moloch de los fenicios; un enemigo de Jesús, al cual atribuye espíritu reaccionario en sus doctrinas y abyectas ceremonias en su culto; un abogado

de Judas, en cuya traicion cree ver el justo horror á los misterios cristianos; un apologista del mahometismo, por su idea de la unidad de Dios y por los goces reservados á los creyentes en otra vida de delicias; un traductor de Hafis y de sus voluptuosos versos, con los cuales se embriaga y enloquece; un profeta de futuras religiones sensualistas, dignas del paganismo, que rehabilitarán la carne y prescribirán el goce; despues de haber pasado, como el sátiro antiguo, por toda la historia, do quier ha oido resonar la carcajada del placer, el ósculo del amor, la música del festin, la orgía de los sentidos, oye la nota mística del órgano en la catedral gótica, aspira el aroma del incienso, vé la Vírgen madre alzada sobre las áureas alas de los ángeles, con la mirada extática, el corazon rebosando amor, en el santuario perfumado de aromas, ceñido de flores, resplandeciente de místicas luminarias, y cae á los piés de aquellas aras, y recita las letanías, y recibe el agua del bautismo, y canta la Salve y el *Ave Maris Stella* con el entusiasmo de Lamartine ó de

Chateaubriand; y al cabo, en esta conversion, como en todas sus anteriores extravagancias, no hay más que desenfrenado culto de sí mismo, y rebusco incesante de gratas emociones.

CAPITULO XLIII.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL NEO-HEGELIANISMO.

Declaremos, despues de apuntar estas extravagancias, que la escuela neo-hegeliana tiene prestados mayores servicios en la esfera política y social que en la esfera filosófica y religiosa. Pero estos servicios serán reconocidos y apuntados en otras secciones de nuestra obra, en las secciones en que tratemos puramente de las fases por que ha pasado la política alemana, y de la influencia que ha tenido el partido republicano. Hoy debemos limitarnos al movimiento religioso, que á la verdad ha informado y hasta cierto punto

producido el movimiento político. Y en la esfera religiosa muchas de las exageraciones neo-hegelianas se explican, parte por la filosofía ultra-racionalista de la escuela, parte por su empeño en libertar de una vez, de un golpe, todo el hombre, así de las cadenas ceñidas á su naturaleza social, como de las cadenas ceñidas á su naturaleza interior.

Peleaban contra la sociedad cristiana con el mismo ardor que los cristianos empleaban justamente en pelear contra la sociedad antigua. Toda idea nueva es injusta con la idea que la ha precedido; y aparece como una protesta radical é intransigente en la vida y en la historia. Los cristianos pensaron redimir el alma, y se curaron poco de la política y del Estado, á la manera de muchos repúblicos modernos, que se curan mucho de la política, del Estado, y poco de la religion y del alma. Los neo-hegelianos querian librar las conciencias de supersticiones, y la política de reyes; el entendimiento de ideas abstrusas y el suelo de instituciones viejas; la razon de la gua metafísica y la sociedad de la antigua

política, ignorando que esta gran síntesis no puede ser llevada á término por una sola generacion ni por un solo partido.

Los enciclopedistas y los convencionales son fases de una misma idea; pero ni aquellos hubieran podido consumar la obra de la revolucion, perdidos en las alturas de su ciencia, ni estos difundir un sistema, azotados por las ráfagas de la tempestad. Los puritanos que salieron de las escuelas de Ginebra y de Holanda son verdaderamente los fundadores de la libertad y de la República en América. Se necesita que pase mucho tiempo para que la idea evangélica de los peregrinos produzca sus frutos políticos hasta en el próvido y fecundo suelo de América. Cuando el trabajo no se divide por sí, lo divide el tiempo.

Pero aun dentro del éther religioso, la voz de los neo-hegelianos ha resonado con grande resonancia. Ellos han detenido al mundo moderno en los momentos mismos en que se arrojaba loco y suicida al pié de los destrozados altares. Ellos han flagelado los poetas ro-

mánticos que, so pretexto de buscar una inspiracion arqueológica en los abismos de los pasados tiempos, recomponian una sociedad gastada sobre las bases de los ruinosos castillos feudales y sobre los restos de las antiguas teocracias. Cuando Alemania se perdia complacida en la adoracion de lo pasado, despertaban el sentido de lo presente y avivaban el culto de lo porvenir. Cuando la escuela histórica desenterraba los muertos, ellos jugaban con aquellos inútiles huesos y les oponian la encarnacion y el calor de la vida. Cuando los jurisconsultos volvian al derecho consuetudinario y feudal, ellos despertaban con su campana revolucionaria, al fulgor de los relámpagos, la idea viva del derecho humano. Cuando la erudicion se tornaba á buscar las fuentes de la vida en la historia, ellos la buscaban en la conciencia. Sus cóleras han sido injustas muchas veces; pero no juzgueis á los combatientes en la arena como juzgaríais á los dioses en su inmortal serenidad, creando y produciendo con el soplo de su aliento y con el eco de su palabra. El comba-

tiente se mancha de sangre y lodo, del sudor de su cuerpo y de la rabiosa espuma que deja sobre sus carnes la mordedura de su contrario; pero luego, cuando la hora de la guerra ha pasado y el momento de la justicia ha venido, el mundo les perdona mucho, porque mucho ha padecido y ha trabajado tambien.

Así camina la idea en su progreso. Ninguno puede abarcarla en su totalidad y en su conjunto. La vida social tan sólo dispone del tiempo infinito y del infinito espacio como el Universo.

Trataremos más ámpliamente de los neo-hegelianos cuando tratemos de arte ó de política, pues en todas las manifestaciones de la vida moderna han tenido grandes personalidades, como Herwegh, que esgrimió su pluma de poeta y su espada de caballero con igual arrojo; que intentó con un puñado de valientes audaz revolucion sólo vencida por la fuerza y el número; que conservó en el destierro su vida sin sombras, su nombre sin manchas: como Blum, que vivió con el laurel de poeta en las sienes, con la palabra del orador en los

lábios, rodeado de inmensa popularidad, y murió sobre el ara del martirio, elevándose á á ser altísima personificacion de la libertad alemana: como Marx, cuya fama ha llegado á todas partes á causa de sus ideas económicas y de su influencia en la Internacional; antes hombre de ciencia y de enseñanza que de revoluciones y de accion: como Freiligrath, el poeta revolucionario: como Gutzkocw, el novelista y el dramaturgo de la democracia germánica: como Boerne, cuyas cartas de París alcanzaron celebridad universal, y cuyo nombre está indisolublemente unido á todo el desarrollo de las nuevas ideas: como Mund, el jefe reconocido de la nueva escuela literaria, tan enemigo de la reaccion romántica como de los estacionarios, extáticos, petrificados en la estéril contemplacion de la historia.

CAPITULO XLIV.

LOS REPUBLICANOS DARWINISTAS.

Pero este es el momento y el lugar de que historiemos las relaciones entre la escuela materialista germánica y la política republicana. Además de Heckel, cuyas teorías en otro lugar hemos examinado, hay en Alemania tres hombres eminentes y célebres que, dedicados á las ciencias naturales, sirven tambien, cada cual en su respectivo grado, á las ideas políticas. El uno es Vogt, el otro Virchow, el otro Büchner. Vogt ha militado en las filas del partido republicano, y ha servido á la revolucion alemana. Lanzado por

las sucesivas reacciones del suelo pátrio á la emigracion, se ha consagrado en compañía del llorado Agazis, bajo la proteccion de la libertad helvética, al estudio de la naturaleza que cultiva y profesa con gloria. Ginebra le cuenta como profesor en sus escuelas, como diputado con sus consejos. Y siempre que alguna cuestion se plantea, defiende con grande maestría en la ciencia política y exaltado amor á las instituciones democráticas la libertad del pensamiento y la inviolabilidad de la conciencia.

Virchow ha llegado á ser muy célebre hasta entre los más ajenos á la ciencia. Profesor eminente, y médico eminentísimo, ha combatido con igual energía el tífus en los hospitales y la reaccion en el Parlamento. Innovador en medicina, quiso tambien ser innovador en política. La revolucion de 1848 le sorprendió en los primeros años de su juventud, en los primeros trasportes de su entusiasmo, y fundó en Berlin avanzado club democrático donde encrespaba los ánimos con el huracan de las ideas. La reforma médica y la reforma

política le embargaban igualmente. Pero la reaccion vino, le quitó le cátedra, le suprimió el periódico, le cerró el club, y tuvo por fuerza que refugiarse en otra Universidad alemana que no fuera la opresa Universidad de Berlin. Allí fué tan perseverante en sus estudios, tan feliz en sus descubrimientos, tan luminoso en sus explicaciones, que el mismo perseguidor llamó al perseguido y le devolvió su puesto en la Universidad.

Por 1859 la guerra de Italia volvió á despertar la libertad en Europa. Tras los desastres de la reaccion que siguió al movimiento de 1848, fué aquel año como un albor de esperanza. Las nacionalidades resucitaban. La idea de la unidad de las razas venia en pos de la unidad nacional. Tres colegios llevaron el ilustre médico al Parlamento prusiano. Ya en esta época no pertenecia al partido demo-crático. Las ideas avanzadas, que predicara durante la revolucion, habian perdido mucho en su ánimo. Y perteneció al partido que, sin separarse del rey, profesaba los principios de la unidad nacional vigorizada por la libertad.

Mas, á pesar de esto, el eminente médico tenia entrañable cariño á las instituciones parlamentarias y ódio invencible á la supremacía del rey sobre el Parlamento. Su lucha era tan viva, su palabra tan acerada, su empeño tan grande, su actividad tan incansable, su oposicion tan audaz, que un dia se presentó Bismark en el Parlamento y le provocó á duelo. Los triunfos de la fuerza no han deslumbrado sus ojos, y en mil ocasiones, antes y despues de las últimas victorias, ha propuesto el desarme internacional, y ha tronado contra la centralizacion absorbente y la oligarquía militar.

Uno de los hombres que más popularidad han alcanzado en Europa es el célebre doctor Luis Büchner, cuyas obras andan hoy por todas partes. No puede compararse en mérito científico, á la verdad, con Vogt, ni con Virchow; pero les aventaja por sus calidades literarias, por el brillo de su estilo, por la facilidad de su locucion, siendo realmente el gran propagandista de la escuela. Reune á estas particularidades la muy singular de que

mezcla con sus exposiciones de ideas científicas exposiciones de ideas políticas, comparando la lucha de las especies en la naturaleza por la vida con la lucha de los hombres en la historia por el derecho, y trayendo otras misteriosas analogías entre la sociedad y el Universo. Así, despues de haber presentado el orígen del hombre segun su doctrina, y el lugar que el hombre ocupa en la creacion, entra de lleno, al examinar las humanas vocaciones y los humanos destinos, en plena ciencia política, y trata tanto de los problemas relativos á la organizacion del Estado como de los problemas relativos al mejoramiento social.

Para Büchner la materia es eterna, infinita, universal. La partícula de hierro es esencialmente lo mismo, ora vague por los espacios en los aereolitos, que á manera de enjambres vuelan al rededor de los mundos; ora circule disuelta en la roja sangre que se agolpa al corazon y arde en los pulmones; ora mate con el filo de una espada ó la punta de un puñal; ora vivifique con la luciente reja del arado

que vá abriendo los surcos para que en ellos caiga próvida semilla, ó con la píldora que robustece el desmayado cuerpo y entona los decaidos nérvios. Las trasformaciones de la materia en nada alteran su esencia. El pedazo de leña es fundamentalmente el mismo, cuando plantado en la selva recibe los besos de la luz, la vida de la sávia, el carbono del aire, las visitas del ave, el bautizo de la lluvia, que despues de arrancado, desarraigado, convertido en leña, puesto á la chimenea, encendido en la lumbre, quemado, reducido á cenizas, en las cuales se aumenta su peso por la absorcion del oxígeno, pero no se altera su pristina, su íntima, su esencial sustancia.

Y con la materia, eterna, infinita, es consustancial, coetánea la fuerza, que no está fuera de la materia como pretenden los místicos, sino en la materia misma, ora sostenga los astros pendientes unos de otros con la invisible cadena de la atraccion; ora junte molécula á molécula con el misterioso amor de las afinidades químicas que producen la cohesion; ora se condense en la nube de vapor

impulsando y conduciendo la nave por el mar y la locomotora por la tierra; ora chispee en los torrentes de la electricidad; ora sea luz, calor ó magnetismo.

Conocidas estas ideas, no hay para qué recordar el pensamiento de Büchner respecto al *orígen* de los organismos y á la aparicion de las especies. El sistema de Darwin es su sistema. Alemania lo recogió con grande ánsia y lo guarda con religioso culto. Es verdad que lo combatieron sábios eminentísimos; pero no lo contrastaron. Liebig, con la autoridad que le daba su ciencia y que conservará en la posteridad, opuso los principios vitalistas á los principios materialistas. Agazis, el ilustre sábio que ha ilustrado con sus descubrimientos dos Repúblicas, los Cantones suizos en Europa, los Estados-Unidos en América, dirige muchos de sus desvelos y parte de sus obras á refutar el darwinismo. En su concepto no es un sistema que haya nacido de la observacion y la experiencia, que se haya coordinado despues de largos estudios; es un sistema concebido *á priori*,

pensado especulativamente, y al cual se ha querido luego ajustar y acomodar los hechos, aunque fuera desconociéndolos y violentándolos. Pasa lo mismo con el sistema de Darwin que años antes pasara con el sistema de Schelling. No surgió del estudio profundo de la naturaleza y del enlace real de los séres. Surgió del pensamiento filosófico y se buscaron las séries orgánicas para confirmarlo despues de componerlo. Y como Schelling sostenia que cada órgano del cuerpo humano era un organismo aparte, y que este organismo correspondia con los organismos de los séres inferiores, se inventó una especial anatomía y una especialísima zoología para comprobar los principios fundamentales del sistema y sus encadenadas séries.

Agazis achaca á exageraciones de sus discípulos gran parte de las ideas que hoy corren selladas con la marca del célebre naturalista inglés. Y le extraña que un sistema tenido entre tantos por clave que explica la aparicion del organismo y sus posteriores desarrollos, use por divisa y por mote el apellido

de un hombre como para dar testimonio de su arbitrariedad. La idea que más le repugna es la idea llamada de la variabilidad en las especies. No, no es cierto que los séres engendren con el tiempo séres desemejantes, séres que se vayan apartando del tipo de su especie. En el producto de la mezcla entre las especies se conoce la parte adherente á cada uno de los autores que han contribuido á su procreacion. Y de consiguiente, es principio adquirido por la ciencia y demostrado por la experiencia, que los séres orgánicos se han reproducido en todas sus generaciones con los mismos caractéres señalados á la época de su aparicion primera en el teatro de la vida.

La escuela darwinista desconoce la realidad cuando cree que las diferencias entre los individuos de una misma especie pueden llegar á producir otra especie diferente. Los indivíduos de una misma especie no son ni perfectamente idénticos, ni radicalmente diversos. Agazis ha comparado hasta veintisiete mil conchas de especies muy cercanas y ha comprobado estas leyes. Si las diversas especies

tuvieran una misma raiz y se originaran unas de otras en progresion ascendente, sucederia que los tipos de una clase inferior serian en todas partes más antiguos, y más modernos los tipos superiores. Seria necesario más, seria necesario que en ningun punto de la série se vieran surgir tipos nuevos, enteramente extraños á los que les han precedido, y superiores á los que han de seguirles. Para crear estas séries darwinianas se han creado analogías arbitrarias, se han desconocido ó adulterado las diferencias específicas, se han desmentido hechos ciertos, indudables, evidentes. Consúltense los tratados de Palenteología, y se verá cómo caen por su base todas las evoluciones contínuas y progresivas con sólo reconocer que, en ciertas épocas geológicas, es muy considerable el número de tipos diferentes, que han aparecido. Hay séres muy diversos que son muy contemporáneos. ¡A qué, pues, queda reducido el principio de las genealogías? ¿Estos contemporáneos serán unos antepasados de los otros? Evidentemente á esta sencilla consideracion pierde toda su

razon de sér la teoría de las trasformaciones.

El darwinismo ha engendrado el error exagerando verdades ciertas y fundadísimas. Todas las semejanzas que originan las fases sucesivas del desenvolvimiento embrionario se han tomado como pruebas de una filiacion directa ó indirecta. Se ha sacado, pues, de su quicio la verdad probada. Y Agazis termina de esta suerte sus observaciones: «La Palenteo»logía nos dice que do quier se han hallado »indicios de vida animal en las profundidades »de la tierra, se han hallado tambien séres »diferentes; la Palenteología nos dice que es»tos séres diversos no presentan entre sí las »conocidas relaciones existentes entre los pa»dres y los hijos; la Palenteología nos dice »que en todas las épocas se descubren orga»nismos de un cierto tipo superiores á aque»llos del mismo tipo que les han sucedido. Y »concluyo, que la manera con que se aplican »las ideas de Darwin á la clasificacion, no es »admisible, y que la doctrina de este estima»ble naturalista no tiene fundamento.»

Perteneciendo Büchner al sistema que Aga-

zis combate, y perteneciendo con verdadero entusiasmo, establece la estrecha relacion del hombre con el mono. Nuestra especie ha nacido, como el Salvador en los establos, entre las especies inferiores. El orgullo humano queria divinizarse, buscar un parentesco superior con los ángeles, pero la anatomía está ahí armada de su escalpelo para confundirnos con las bestias. Si llevárais conservado en aguardiente un hombre al planeta Saturno y se lo entregárais á un naturalista, lo clasificaria inmediatamente en la especie de los monos. Durante mucho tiempo no estudiaron los atonómicos el cuerpo humano en nuestro cuerpo, sino en el esqueleto simio. Se necesitó el Renacimiento y se necesitaron sus luces para que fuera posible estudiar el esqueleto del hombre y disputárselo á los sagrados sepulcros. Una vez que Vesala hacia la diseccion del cadáver de un noble español, se movió, palpitó un momento el corazon. Creyeron que habia empleado su bisturí en un cuerpo vivo y lo condenaron á expiatoria peregrinacion á Tierra Santa. La anatomía nació bajo

las manos de aquel hombre, y nació para mostrar cómo la especie humana se confunde con los animales inferiores, cómo se enlaza por medio del mono antropóide con los restantes organismos que componen el árbol misterioso de la zoología.

Si la anatomía es como el esclavo romano, que recordaba al vencedor en la carrera triunfal con voz ingrata la hora ineludible de la muerte, la idea de la humanidad y de sus derechos, las leyes uniformes de la civilizacion, los principios morales elevan sobre todas las cosas nuestra dignidad á tanta costa alcanzada en la ascension y en la metamórfosis de la materia. No habiendo producido la naturaleza sér ninguno tan perfecto como el hombre, tiene éste derecho á considerarse el señor de la creacion. Producto último y supremo de la tierra en sus contínuas trasformaciones, la mente del hombre adquiere al Universo la conciencia de sí mismo, y enlaza á los séres en la série de las ideas. Nace de las entrañas de la tierra el hombre, y convierte á su reina, á su madre, en sierva, en

tributaria, empapándola de tal suerte en su pensamiento, y trasformándola con tal fuerza por su trabajo, que ya puede presentirse y anunciarse la era en que sólo habrá los vegetales cultivados, y los animales consentidos por nuestra voluntad. Y el hombre podrá en lo porvenir sacar de su especie otra especie superior á él en fuerzas é inteligencia. Pero no podrá nunca sustraerse á la ley del combate por la vida: que si entre los pueblos primitivos se manifiesta en guerras cruentas, entre los pueblos civilizados se manifestará en competencias económicas, industriales, artísticas, científicas, que aguijonean su actividad y aseguran el progreso. Hoy mismo, el combate por la vida en las naciones más adelantadas, donde los acomodados y los inteligentes son tan pocos, y tantos los proletarios y los desgraciados, tiene aspecto tristísimo; pero á medida que el hombre se aparte por su inteligencia y por su libertad de las fatalidades incontrastables de la materia y de la animalidad inferior, la guerra se convertirá en competencia, y la competencia nos llevará de trabajo en trabajo y

de victoria en victoria al seno de un paraiso que no hemos dejado á nuestras espaldas, sino que se encuentra á nuestro frente, reservado como premio y descanso á tantos y tan gigantescos esfuerzos.

La naturaleza humana tiene como complemento necesario el Estado. El objeto del Estado es allegar la mayor suma de bienes posible á todos los ciudadanos. Como es inconcebible hoy el bien sin la libertad, toda constitucion deberá reconocer, como sus dos primeros principios, la autonomía y la independencia á los pueblos, la igualdad y la universalidad de derechos á los hombres. Una constitucion así, organismo natural de este inquieto espíritu moderno, excluye el principio monárquico y la gerarquía aristocrática, condena la existencia de señores y esclavos. La trasformacion de todos los estados monárquicos de Europa en estados republicanos es una ley necesaria, cuyo cumplimiento, retardado por la oposicion de los intereses, al fin será completamente realizado por las ideas. La monarquía es un resto de los tiempos bár-

baros, una sombra de los castillos feudales, una enseña de las atrasadas edades de guerra, incomprensible en esta edad del trabajo. La conciencia humana se subleva contra la anomalía de que un solo hombre disponga de los intereses y personifique los derechos de todos, anomalía que hubiera ya concluido por la conjuracion de todas las clases ilustradas, si las muchedumbres no vivieran en la ignorancia, y los intereses creados no se agarraran como parásitos al trono.

Los que alegan para sostenernos en la reaccion el pretexto de la falta de madurez en el pueblo para practicar la República, cometen á sabiendas un error y aceptan un sofisma; porque ningun fruto madura sino en condiciones vitales de calor, de aire, de luz indispensables; ningun hombre encadenado se mueve libremente; ninguna República se funda y se consolida sino en la atmósfera de la libertad. Los derechos van de tal suerte connaturalizándose con nosotros, que muchos pueblos los tienen de antiguo y los practican y los aman. ¿Será necesario, despues de una

larga educacion liberal, que se aguarde á cambiar la Monarquía en República cuando se tenga el concurso unánime de los ciudadanos? En todo tiempo las minorías armadas de la fuerza de una idea han vencido á las mayorías que sólo contaban con la fuerza del número. El desenvolvimiento político y social mayor y más glorioso de nuestro tiempo se ha conseguido en virtud de la forma republicana, en los Estados-Unidos de América.

Se argüirá que siendo lo esencial la libertad es indiferente la forma, y que así como puede haber tiranía en una República, puede y *debe* haber libertad en una Monarquía. Pero el abuso nada quiere decir contra el uso. La libertad en una Monarquía puede deberse á empeños del acaso ó á la benevolencia del príncipe; en tanto que si la libertad falta en una República cae la responsabilidad en todos los ciudadanos que tienen medios de corregir su error y de reparar su falta. Todo hombre debe rechazar con indignacion la idea de servidumbre política, el sentimiento de sumision á los extraños, y reivindicar con orgullo

el derecho de su completa independencia y el beneficio de la igualdad de todos en el mismo derecho y la misma independencia.

Existe vaga division entre los republicanos. Unos quieren la República unitaria y otros quieren la República federativa. Aquella, la República unitaria, es la heredera más natural de la Monarquía y la forma ménos complicada de gobierno. Pero le ha quitado algun crédito y ha prevenido en su contra la excesiva centralizacion y la apoplética unidad de Francia. Las pruebas por que ha pasado la República federativa en los Estados-Unidos y en Suiza, cayendo aquella en la guerra del Sur y ésta en la guerra del Sunderbund, retraen á Büchner de abrazar el federalismo. Sin embargo, las grandes dificultades del unitarismo y de la federacion aparecen á primera vista. En la federacion se corre el peligro de la desmembracion inevitable; en el unitarismo se corre el peligro de la dictadura permanente. Y para evitar estos peligros hay un medio: conciliar la unidad necesaria á la existencia nacional con la autonomía indispensa-

ble del municipio y la provincia. En la descentralizacion germánica se encuentra el modelo práctico y realizado de esta fórmula: independencia de los intereses provinciales y locales con escrupuloso respeto á la unidad nacional. En el organismo zoológico, cada celdilla ó série de celdillas tiene su propia independencia, y todas contribuyen, por su actividad, con sus elementos propios, á la conservacion del conjunto, es decir, del cuerpo. Pues la nacion es un organismo. Y en los organismos superiores no podeis dividir y separar los órganos fundamentales sin traer la muerte, como podeis en organismos inferiores separar los órganos y constituir con ellos un animalejo ó un corpúsculo aparte. Así, en pueblos inferiores, puede separarse una porcion del todo y constituir otra pequeña entidad aparte; pero en pueblos superiores separar los organismos particulares que constituyen el organismo total, es traer la ruina y la muerte. De manera que, combinando la autoridad con la libertad y la descentralizacion administrativa con la unidad política, los

pueblos modernos pueden tener seguridad completa y progreso incesante en el seno de grandes y verdaderas repúblicas.

No basta con la reforma política si no la sigue ó la acompaña la reforma social. La lucha por la vida en la naturaleza es implacable, y una gran parte de los indivíduos caen muertos deshechos en el combate bajo la rueda del fatalismo natural; y se pierden prontamente en las profundidades del tiempo, que se los traga y los disuelve en su seno como el Océano se traga las gotas de la lluvia. Pero en la sociedad las instituciones que hemos creado, las leyes que hemos escrito, lo mismo que hemos recibido como grande conquista de la moderna cultura, opone resistencias y trabas á la emancipacion social. Estamos connaturalizados con la miseria y no sentimos sus agudísimos dolores. Y Büchner pregunta si no es verdad que todos traen consigo naciendo un derecho al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por la humanidad; al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por su

nacion; como al conjunto de los bienes morales y materiales aglomerados por su familia. Y, sin embargo, unos nacen con la corona del derecho divino en la frente, y otros sin madre, ni padres conocidos, como si estuvieran desde la cuna condenados á la desgracia y á la infamia; unos, con sólo respirar, entran en posesion de porciones inmensas del suelo, y otros apenas pueden vivir, y crecen enfermizos en la miseria, y consumen sus dias en trabajos penosos que solamente les procuran la continuacion de aquella vida maldita, y mueren sin haber aplacado su hambre y sin haber sentido un rayo de luz deslizarse en su oscura inteligencia ni una gota de felicidad caer sobre su yerto corazon. Es indispensable ocurrir á estos males. Y así como el movimiento político ha traido la igualdad de derechos y deberes, se necesita, segun Büchner, que el movimiento social traiga la igualdad de condiciones y de medios para que cada sér, de la misma suerte que ha vencido en el combate por la vida natural todas las fatalidades de la naturaleza, venza en el

combate por la vida social todas las fatalidades de la sociedad.

Büchner reniega de todos aquellos que protestan contra el capital cuando es el capital producto del esfuerzo de muchas generaciones, acumulacion de trabajo, ahorro. El combatir al capital como capital, es la mayor de las insensateces. Mas tambien le parece insensato que el indivíduo acapare solo el ahorro de cien generaciones y el aumento que le han dado, ora nuevas reformas políticas, ora nueva actividad económica y comercial, ora el progreso de la poblacion, todo aquello que es esencialmente colectivo, y cree que los Estados modernos debian reivindicar una parte considerable de los bienes particulares para soterrar el frio egoismo y distribuir sábiamente la riqueza.

Büchner se duele de que haya querido la escuela socialista alemana, y su jefe Lasalle, convertir toda la cuestion social en la nueva cuestion del trabajo obrero y favorecer exclusivamente á los trabajadores de fábricas con privilegios que al cabo habian de redundar

en daño y detrimento de ellos mismos. La cuestion del trabajo es una cuestion universal, como que abraza el trabajo toda la humana actividad. Y en esta cuestion, Büchner cree insuficiente la independencia y separacion del Estado que aconseja la escuela de los economistas, y dañosa la proteccion y la tutela que los socialistas mantienen. Sobre todo, la asistencia del Estado al trabajador parécele imposible en las condiciones de nuestra política presente. ¿Asiste el Estado á todos los trabajadores en virtud de un derecho perfecto que tienen y cuyo cumplimiento exigen? Pues necesita cúmulo tal de riquezas, acerbo de propiedad tan grande, presupuesto en tal manera extraordinario, que toda vida se agolpe á su seno, y toda actividad se regule por sus autoridades y por sus leyes. Para salvar estos inconvenientes, ¿asiste á unos trabajadores y á otros no? Pues engendra privilegios que á su vez engendran la guerra social. Unos trabajadores se alzarán de la miseria y se alzarán al bienestar fundando cierta especie de aristocracia odiada con razon por aque-

llos inferiores que hayan quedado hambrientos á la puerta de un festin, al cual debieran tener acceso, como dispuesto y servido por la entidad del Estado, representante supremo de la universalidad de los ciudadanos. Así, Büchner, si bien socialista, apunta un hecho radicalmente contrario á su escuela, que las fórmulas prácticas de la cooperacion, del crédito popular y mútuo, con ser individualistas han favorecido más al trabajador y han dado más positivas ventajas que las fórmulas lasallistas de la asistencia y de la proteccion al trabajo por el poder y por la autoridad del Estado, caidas entre los mismos alemanes en olvido y descrédito. Büchner cree que el mejor medio de resolver la cuestion social está en trasformar la propiedad, y que el mejor medio de trasformar la propiedad está en proceder con el derecho de testar en términos tales que la libertad del testador sea limitada, los derechos de la familia reducidos, y los bienes traspasados al Estado, para que el Estado los distribuya por todo el cuerpo social.

firmemente que auxiliará á la solucion

del problema económico y á las trasformaciones de la sociedad el mejorar muchísimo la pública descuidada educacion. El abandonar á la expontaneidad social todo el cultivo de la pública instruccion, sistema es desacreditado ya por el ejemplo de Inglaterra, donde las clases inferiores se arrastran torpemente en la espesa noche de brutal ignorancia. La educacion primaria universal y gratuita, es, en concepto de Büchner, lo ménos que pueden pedir los reformadores y conceder los Estados. Cuanto á los maestros se dé, á su enseñanza, á su cuidado, se le quita al carcelero y al verdugo; pues el crímen es antes mal engendrado en la ignorancia de la inteligencia que en la perversion de la voluntad. Quéjase amargamente del decaimiento á que han venido las Universidades alemanas. Ya no son aquellas islas luminosas á donde subia por su propio esfuerzo todo grande hombre, y de donde bajaban ideas con pureza concebidas, y con libertad dichas sobre la frente de las generaciones anhelosas por el conocimiento de la verdad y por la práctica del bien. La

grave opresion bajo que las tiene el gobierno; las creencias oficiales del Estado puestas como límite infranqueable á las investigaciones del sábio; la difusion de las luces que quita importancia á estos antiguos focos de todas las ideas y antiguos depósitos de todo el humano saber; la organizacion gótica en que el maestro se petrifica y el discípulo se pervierte; el crecimiento de las publicaciones y la rápida propagacion de los libros que aminora en mucho la antigua trascendencia de la enseñanza oral; las inclinaciones utilitarias de la época, que sólo siguen las carreras lucrativas; han mermado en tales términos la antigua Universidad germánica, madre de las ciencias, que para restaurarla será preciso abrirla gratuitamente á cuantos le pidan luz é instruccion, dejarla en libertad completa de profesar y difundir sus ideas, y hacerla tan desinteresada que preste culto á la ciencia por la ciencia misma, y llame, y elija, y abrace á los que solamente busquen el saber en su próbido y fecundo seno. Y no basta con atender al cultivo de la inteligencia, se nece-

sita atender tambien al cultivo del cuerpo, sobre todo en las clases trabajadoras. Y para que estas pudieran vacar de sus esfuerzos contínuos y consagrarse al descanso, y en el descanso al esparcimiento del ánimo por los horizontes de las artes y de las ciencias, deberia darse una ley que señalase el máximum á las horas de trabajo y lo coordinara en términos que algun respiro á los trabajadores les quedase y alguna obligacion tuviesen de ilustrar su inteligencia. Todo el empeño puesto por los lasallistas durante nueve años en recabar la asistencia ilusoria del Estado, fuera más provechoso y favorable convertido á recabar la disminucion de las horas de trabajo, y con ella la posibilidad de algun vagar en el arte y en la ciencia para los pobres y opresísimos obreros.

Despues de algunas consideraciones sobre la familia, sobre el estado civil y social de la mujer; despues de una explícita condenacion de los impedimentos puestos en varias naciones modernas al matrimonio de los trabajadores, entra Büchner á decir sumariamente

sus ideas sobre la moral y la religion. Funda la primera en la reciprocidad de sentimientos, de obligaciones, de deberes; y la define con sentido profundamente social, ley de mútuo respeto por la igualdad de derechos del hombre en general y en particular, á fin de proveer á la seguridad de la comun ventura del género humano. En cuanto á la religion, propone resueltamente que se la elimine de la sociedad. Dos pueblos dotados de grandes aptitudes nos presenta la antigua historia: el pueblo judío y el pueblo griego. Pues el primero nos ha dejado solamente sus libros religiosos, porque la fé ciega le vedaba todo progreso; en tanto que el segundo, libre en su pensamiento, libre en su conciencia, sin sujetarse á las teocracias inflexibles y á letras muertas de prescripciones teológicas, dejando vagar á su arbitrio la idea por cielos y tierra, ha concebido la forma perfecta en sus estátuas, y ha sido el revelador de las ciencias y de las artes. La diversidad de religiones y la unidad de la moral, sírvenle para declarar desligado el conocimiento del bien y

su ejercicio de todos los dogmas. Contesta las pretensiones del Cristianismo á ser una religion universal, y bajo ciertos aspectos prefiere á su sentido el sentido de Buda y de Zoroastro. Lo que nosotros llamamos Cristianismo debiera llamarse paulinismo. Jesús ha sido un sectario de los esenios, un discípulo del Bautista, un sencillo judío, que lejos de proponerse fundar nueva religion, se proponia reformar la antigua, convertirla de su sentido material á otro sentido más humano é íntimo, pero sin abandonarla ni rehacerla, como lo prueba prácticamente la primera Iglesia cristiana, la Iglesia de Pedro, escrupulosísima en cumplir las leyes, en observar el sábado, en practicar la Circuncision, en respetar Jerusalen y su templo hasta que vino el judío de raza, fariseo de religion, griego en su cultura, romano de ciudadanía y de carácter, tocado en el corazon por súbito efecto y en la inteligencia por súbita inspiracion, que rompe el sentido estrecho de los primeros cristianos, les aparta de la sinagoga salomónica y los lleva á la Iglesia universal,

confundiendo todas las razas en su espíritu, y llamándolas á todas á recibir la palabra del Evangelio y la gracia de Dios. Por consiguiente, Büchner cree que el Cristianismo debe llamarse paulinismo; y que la rápida propagacion de esta doctrina se explica por la decadencia del antiguo mundo; por el apocamiento de los ánimos; por el ascetismo que vino tras la orgía á consecuencia del general cansancio; y tanto, que los emperadores más ilustres se alarmaron de aquella doctrina y presintieron que su propagacion quebrantaria las bases del imperio y la fuerza del carácter romano. Así es que Büchner desecha el Cristianismo para nuestro tiempo de progreso como una religion de decadencia. Bien es verdad que igual concepto le merece poco más ó ménos la explendente metafísica alemana, á la cual llama conjunto de frases sin sentido y de ilusiones sin realidad, proclamando como única doctrina verdadera ante la ciencia y renovadora de la sociedad su extremo materialismo.

CAPITULO XLV.

A LOS ALEMANES.

Llegamos al término de este largo viaje, á través de las trasmutaciones de la conciencia religiosa. Hemos visto las ideas del siglo décimo-octavo pasar por el idealismo objetivo, desaguar en el sistema hegeliano, salir de este gran lago en torrente, impulsadas por la dialéctica de la extrema izquierda, hasta proponerse el fin de todo culto, el exterminio de toda religion, como exigencias del humano espíritu en su ascendente progreso. ¡Viaje inacabable! La ciencia alemana recorre todas las esferas, sube por la escala de todas las

gradaciones de la idea, se hunde en el abismo de lo pasado, se pierde en el cielo de lo infinito, devora unos sistemas y produce otros, analiza la materia y la descompone, sigue la série de los organismos á través de sus infinitos desarrollos, enlaza la vida con el pensamiento, y sumerge el pensamiento lleno de fuego vital en la inmensa eternidad. Nada se esconde á su anhelo, nada se resiste á su crítica; el Universo se dobla como el cedro al huracan, cuando pasan por las altas cimas del sér las ráfagas impetuosas de su pensamiento. El arte humana parece una inmensa sinfonía cuando el pensador aleman recorre las teclas de este grandioso órgano. Los tiempos resucitan á sus conjuros y le revelan sus secretos. Los dioses, muertos ó vivos, bajan de sus cielos y se presentan como reos ante su tribunal. Segun recorre todos los espacios, segun vuela de mundo en mundo, segun abarca desde los infusorios hasta los dioses, en sus aspiraciones ambicioso, en sus trabajos desasosegado, diríase que guarda en las retortas de sus laboratorios el licor de la vi-

da, y que tiene entre sus dedos los hilos misteriosos é invisibles con que todas las cosas y todas las ideas se suspenden unas de otras y se enlazan sábiamente en divinas armonías.

Pero despues que haya desarraigado el árbol de la vida para probar sus raices; despues que haya descompuesto como un poco de fósforo el pensamiento en sus análisis; despues que haya destruido los templos y encerrado en sus rotos santuarios la conciencia emancipada, si vuelve los ojos por do quier, encontrará más elevado en la escala de la vida, y más dueño de sí mismo, y más digno de pertenecer á la humanidad, y más en posesion del espíritu moderno al pobre pastor de los Alpes suizos, al marinero de los diques de Holanda, al explorador de las selvas de América, al italiano en sus ruinas, al francés en sus revoluciones, hasta al español mismo, que los ojos alemanes no ven sino, como al diablo el creyente, entre las rojas llamas del doble infierno de su monarquía histórica y de su nefasta Inquisicion. Viendo esto, casi nos dan tentaciones de creernos esclavos

de la materia, y proclamar que nuestros claros cielos, y nuestras costas pictóricas, y nuestras montañas en relieve, y nuestros mares de luz, donde el himno griego de las olas y de las brisas no se interrumpe nunca, nos llevan, eternos paganos, á realizar en el mármol de las inmortales formas las ideas antes de haberlas concebido; en tanto que las tinieblas, la humedad, el frio, la montaña cubierta de eternas nubes, la selva atravesada por fuegos fátuos y perdida en sudaríos de nieblas llevan al germano á encerrarse dentro de sí mismo, á engendrar y consumir allí todas las ideas, y á menospreciar la reforma de la realidad exterior, indigna del trabajo que exige y de los sacrificios que cuesta.

La extravagante idea vertida por Bruno Bauer en sus trágicas indignaciones contra la emancipacion de los judíos; esa idea de que no pueden los pueblos emanciparse en política, si antes en religion no se han emancipado, ¿podrá ser una idea de su raza que aguardará á no creer en el Juicio Final para llamar á los reyes á público juicio? El sér creyente no im-

pidió á Cronwell tomar como por asalto el trono de los Estuardos, ni á Hampden sembrar como por milagro las libertades parlamentarias. Los fundadores de la democracia americana habian aprendido á deletrear en la Biblia. El sentimiento de su fé, más que el sentimiento de su derecho, llevaba á los Paises Bajos á combatir la gigantesca tiranía de Felipe II. Los arqueros, los pastores que levantaron como ornamento de los Alpes la República helvética, iban á pedir inspiraciones á sus Iglesias antes de acometer sus empresas. Emanciparse debe la razon, la conciencia, la voluntad; cumplirse el derecho nacional y el derecho humano; ser todo el hombre libre en una sociedad democrática y bajo un gobierno republicano; pero no creamos que los términos de la emancipacion se cumplen y se suceden tan lógicamente en la realidad exterior como en nuestra propia conciencia. Y sobre todo, no aguardemos á que un pueblo haya perdido todas sus supersticiones para dotarle con todos sus derechos, porque entonces nunca llegará á la plenitud de la vida, que en sus im-

purezas y en sus inconsecuencias emancipa ahora una facultad, más tarde otra, sin someterse á nuestras leyes ideales, muchas veces arbitrariamente concebidas. Lo cierto es que dá pena poner en parangon las ideas que ha concebido Alemania, su ley del progreso, su concepto del derecho, su crítica histórica, su lucha con todos los poderes espirituales capaces de oprimir la conciencia, su saber inmenso con su realidad, su Imperio cesáreo, su aristocracia militar, su Cámara de los señores, su orgullo protestante, sus resíduos feudales. Hoy mismo la mano del Parlamento aleman se vé casi forzada por el poder monárquico á ceder en la cuestion del armamento y del ejército una parte considerable de sus fueros. Hoy mismo el feudalismo de pequeños Estados encuentra valedores en la prensa, en la Cámara, en el gobierno. Hoy mismo la resistencia á la ley de los círculos administrativos demuestra cuán arraigadas están las gerarquías aristocráticas en Prusia. Hoy mismo el combate á muerte con los católicos prueba cuán lejos se halla el pueblo

pensador y progresivo, de la separacion necesaria entre la Iglesia y el Estado. Es indispensable que entre plenamente en la realidad, que la abrase en el fuego de sus ideas.

No se diga que el doctor Fausto es la personificacion del ideal germánico. Evoca el génio de la vida y el génio del arte; lleva en su frente el Verbo divino de la idea que esclarece todos los mundos, y á su lado el espíritu del mal que pone límite á todas las cosas; descompone en su retorta alquímica las sustancias dentro de su laboratorio y vá errante por las cimas de las montañas á escuchar la voz que sale de las cavernas, á recibir el rayo de la luna y las gotas del rocío, á sumergirse en la vida universal; se conmueve deletreando las palabras iniciales del libro de la ciencia y oyendo al son del órgano y de la campana los cánticos sagrados en la alborada de Pascua; estrecha contra su corazon desde la pobre Margarita, que sólo ha salido de su hogar al templo, hasta la sensual Helena, adúltera con los dioses y con los hombres, en cuyo lecho ha muerto Troya y ha nacido Grecia;

[redacted]

baja desde los nebulosos picos del Brocken, donde las brujas vuelan á su antojo, como aves nocturnas en noches eternas, hasta los festines de los dioses antiguos, donde bebe el vino viejo de la inspiracion, á la sombra de los mirtos, al rumor del torrente coronado de adelfas, en la copa cincelada por la mano de Fidias, entre los coros ébrios de poesía y de vida; oye el choque del martillo de Thor en el yunque, el redoblar del tambor mágico en la selva, el cántico de la sirena en las ondas jónicas palpitantes de amor y coronadas de espumas, y la letanía mística, bajo las bóvedas de la catedral gótica; recorre, así las raices del Universo como sus frutas de oro, que se llaman soles, planetas; así el sentimiento en sus primeras apariciones como la idea en sus últimas metamórfosis; y despues de tantos esfuerzos y trabajos, proclamando siempre y en todas partes la accion, su único verdadero hijo es aquel homúnculo extravagante, engendrado en la redoma de la química por las combinaciones de la ciencia, y no en la matriz de la naturaleza por los milagros

[redacted]

del amor; su única obra, la salvacion de aquel Emperador vulgar y mediano; su único porvenir, perderse como una nube de aroma, sin personalidad y sin alma, entre las flores místicas y los cantos armoniosos de un cielo panteista. Prefiero á la pobre Margarita, personificacion de la buena y blonda Germania, seducida por sus sábios en su casta ignorancia, y abandonada á sus penas sobre cuna de húmedas pajas en oscuro calabozo, porque la pobre Margarita, á lo ménos, ha sabido amar y morir.

CAPITULO XLVI.

OJEADA GENERAL SOBRE LAS ESCUELAS REPUBLICANAS EN FRANCIA.

Hemos visto el movimiento religioso en Alemania, y ahora nos toca ver el movimiento político en Francia. Allí hemos seguido la corriente de las ideas, y aquí debemos seguir la corriente de los hechos. Alemania se pierde en el pensamiento; Francia, al menor impulso de su conciencia, en la accion. Alemania es una escuela; Francia un campo de batalla. Parece Alemania la nacion de las revoluciones en las ideas; parece Francia la nacion de las revoluciones en los hechos.

No se comprende el movimiento político

aleman sin comprender el movimiento religioso y filosófico; y tampoco se comprende el movimiento político francés sin comprender, sin estudiar el movimiento revolucionario. Hay que subir al siglo décimo-octavo. Hay que mirar cómo estalló allí la conciencia del pueblo en una revolucion sin ejemplo. Hay que ver cómo los partidos se formaron y se combinaron á la alta temperatura de aquella extraordinaria revolucion. Hay que seguirlos á través del tiempo y del espacio. Si no subís hasta allí, os parecerá la actual política francesa sin ningun sentido, y los actuales bandos sin ninguna enseña. Muchos se extrañan hoy de la importancia dada al asunto de la bandera blanca y la bandera tricolor. Pues esas banderas representan dos mundos. Son, como la cruz, símbolo de la religion del espíritu; y el tirso, símbolo de la religion de la naturaleza. La una, la bandera blanca, es la enseña del privilegio; y la otra, la bandera tricolor, es la enseña del derecho. La una es la Monarquía y la Iglesia; la otra es la revolucion y la República.

Todo está allí; todo está en la revolucion: partidos, escuelas, ideas, banderas, movimiento filosófico, movimiento político. Así, tended los ojos por los diversos partidos hoy existentes, y os parecerá el caos. Muchas y muy diversas escuelas republicanas hay en Francia. Ya hemos hablado de la escuela positivista, poniéndola en verdad la primera, porque parece determinar la metafísica de la parte más avanzada del partido republicano. Pues hablemos de una manera general de las principales escuelas y de sus hombres principales, para subir á la revolucion francesa á impulso de todo el movimiento, al océano de todas las ideas.

Ya he hablado de la escuela positivista y de su jefe.

Litré está unido á la escuela positivista, aunque no haya acompañado al fundador en todas las fases de su espíritu y en todo el desarrollo de su doctrina. Otras escuelas hay dentro de la democracia republicana que á otras inspiraciones científicas responden. Desde luego, Hegel ha ejercido en Francia el

soberano influjo digno de su génio sintético. Repitiendo como en copia las ideas del maestro, es difícil deducir de ellas una teoría republicana. Á su trilogía fundamental, á su procedimiento dialéctico de tésis, anti-tésis y sintésis, cuadra mucho mejor el sistema monárquico-constitucional que el puro sistema republicano. Luego la concepcion del Estado en Hegel es invasora de los derechos fundamentales humanos. Aunque reconozca las personalidades y sus leyes, en cuyo reconocimiento está implícito el reconocimiento del derecho, la sustancia moral se desarrolla para Hegel, primero, como espíritu inmediato ó natural en la familia; despues, como totalidad relativa de relaciones recíprocas de indivíduos por medio de una generalidad mayor en la sociedad civil, y por último, como sustancia que tiene de sí conciencia, como espíritu desenvuelto por medio de una realidad orgánica en el Estado. El Estado es la síntesis de la familia y de la sociedad civil; la sustancia moral de los indivíduos, meros accidentes. En una doctrina así, difícilmente puede inspirar-

se un sistema republicano, aunque tienda la filosofía entera de Hegel, sobre todo, en sus determinaciones históricas, á la República, organismo necesario del derecho. Vacherot, discípulo de Hegel, concluye en su obra de *La democracia* por proclamar la República como la única forma de gobierno adecuada á la democracia, y por exigir para la República la centralizacion. Y yo digo que una República centralizada, en que la administracion de la capital y la direccion del gobierno se exageren y se extremen, caerá en manos de una oligarquía de burócratas.

Patricio Larroque es un filósofo eminente, que ha combatido en nombre de la libertad y con severa dialéctica las supersticiones de una falsa educacion religiosa, las cuales inhabilitan á los pueblos latinos para la comprension y el ejercicio del derecho. Profundamente espiritualista, despues de haber demostrado cuán poco gana la ley moral, fundándose en principios inadmisibles á la razon, ha buscado á Dios en la conciencia y en el espacio, su ley providencial en el universo y

en la historia, y habiendo visto estas sublimes ideas, como espirituales soles que se levantan sobre los soles del Cosmos, ha predicado una religion teista, un puro código moral nacido de la conciencia, y sancionado por una vida futura, en la cual concluye el espíritu, despues de progresiva ascension, por ver y alcanzar el absoluto bien. Este sábio pertenecia en 1848 al número de aquellos que veian la República, que la deseaban; pero que no veian republicanos, y por lo mismo aplazaban la nueva forma de gobierno para cuando los republicanos estuvieran educados y apercibidos á recibirla, como si esta educacion fuera posible en el seno de las monarquías, por propio interés empeñadas en oprimir y embrutecer á los pueblos. Larroque hoy ha convenido en la necesidad de establecer, de organizar la República, y ha escrito un libro consagrado á este objeto. Pero su libro se ocupa más del poder que del derecho; más de organizar minuciosamente la República que de animarla con las nuevas ideas. Propone en este libro la supresion de

la presidencia, aleccionado por el recuerdo del dos de Diciembre; y propone tambien excesivos poderes para una Asamblea, en lo cual yerra, porque tarde ó temprano tenderá toda Asamblea poderosa á la dictadura parlamentaria.

Escritor incomparable, artista eminentísimo, de una elocuencia cuyos tonos son múltiples, de una riqueza de ideas, y sobre todo de pasiones, que dá á sus escritos el interés y el movimiento de la tragedia griega, Michelet, historiador antes que todo, ha entrado en los antíguos tiempos con los ódios de los oprimidos, con sus dolores en el alma, con sus heridas en el cuerpo, como si padeciera su espíritu en todos cuantos han padecido bajo las cadenas y pelearan sus fuerzas en todos cuantos han peleado por la redencion humana, constituyéndose así en el perseguidor, en el juez y hasta en el verdugo de los tiranos, arrojados por su cólera despues de haberlos moralmente destrozado y escupido con ira inextinguible, al eterno ódio de todas las generaciones, al tormento

eterno de toda la historia. Este grande historiador que así ha peleado en la sucesion de los siglos con todos los tiranos, divide el mundo moderno en dos eras, la era anterior y la era posterior á la revolucion francesa. Para él, la era anterior á la revolucion es la era de la gracia en que un Dios, crecido entre los falsos espejismos de la Edad Media, distribuye arbitrariamente sus favores; mientras la era posterior á la revolucion es la era de la justicia, en que, purificada la idea de Dios, y con la idea de Dios la razon humana, distribuye ésta, encarnada en la sociedad, entre todos los hombres, la comunion del derecho. En una de sus fórmulas dice: sacerdote, quiere decir Monarquía: maestro, quiere decir República.

Elocuentísimo tambien y tambien iluminado por grandes ideas; ménos enérgico, pero más tierno que Michelet; místico en el fondo de su alma; sacerdote de la idea de Dios ante la cual ha ofrecido como si fueran aladas oraciones todos sus pensamientos, viendo el espacio como templo y la conciencia como san-

tuario del Creador, Quinet ha pensado que la República no se estableció fuertemente en Francia á causa de faltarle bases morales semejantes á las bases de la República en América; y ha pensado tambien que estas bases debian hallarse en una nueva religion promulgada, difundida por el Estado revolucionario. Grande y trascendental error. Nunca los Estados produjeron las religiones. Movimientos expontáneos del espíritu, las religiones nacen de la conciencia, se divulgan por la predicacion, se purifican en las contradicciones, se arraigan fuertemente en el voluntario asentimiento de los espíritus exaltados por las ideas. Así como el Estado no puede destruir; el Estado no puede crear una religion. Moisés y no Faraon creó la religion del Padre; Cristo y no Tiberio la religion del Hijo; Lutero y no Cárlos V la religion del Espíritu. Al contrario, las religiones han nacido en oposicion abierta con el Estado. Á sus cimas no han podido llegar sino despues de haber brotado y crecido la conciencia. Triste es que los pueblos lati-
vean su libertad unida con una Iglesia

autoritaria y gerárquica; pero es imposible sustituir esta Iglesia con otra que sólo tenga en su apoyo la sancion del Estado. Para levantar y regenerar moralmente al mundo, es necesario iluminarlo, enrojecerlo en los resplandores de ideas que salgan con expontaneidad de las conciencias, y con la fuerza moral se apoderen de las conciencias. En una doctrina moral, moralmente fundada, podeis establecer con solidez la República.

Renovaba América el planeta al tiempo mismo que se regeneraba el espíritu. Sin timbres de antigüedad, ni prestigio de tradiciones históricas; lejos de todo privilegio aristocrático, de toda gerarquía eclesiástica, de toda autoridad monárquica; cual si hijos de la naturaleza atendieran sólo á enlazar la sociedad con la razon pura, fundaron los descendientes de los puritanos un régimen liberal y popular; donde el derecho se elevó sobre todas las ideas, sobre todas las instituciones, sobre todas las leyes; y la autoridad social se distribuyó como el calor de la vida entre todos los ciudadanos; y el sufragio uni-

...idades intelec-
... popular una
... fué integra-
...les; y la fa-
...ismo cual
... autónomo
...stados sobe-
... unidos
... nacionalidad
...ministrada
... Ju-

si hubiera querido con este ensayo de las ideas progresivas demostrar á todos los reaccionarios al progreso humano, que los sofismas se disipan como las tinieblas del error, á la purísima luz de la razon independiente y libre, revelada sin sombras ni limitaciones en el seno de la pura naturaleza.

Este ideal tuvo apóstoles y apóstoles ardentísimos en Francia. Un escritor de orígen aristocrático divulgó las excelencias de la democracia triunfante. Sóbrio de estilo, rico dc ideas, reveló Tocqueville las maravillosas calidades de este gobierno del pueblo por el pueblo. Un Estado democrático, compuesto de innumerables muchedumbres, por ser un Estado ordenadísimo. El municipio sirve de escuela á todos los ciudadanos; la justicia de freno á todos los poderes. Las leyes son más fuertes que la naturaleza misma para crear y sostener esta grande y liberal democracia. Las ideas generales, que parecian património de la raza latina, entran en el seno de la raza sajona por virtud de la universal educacion de la República. El gusto á las ciencias y á

tambien de las
exagerado.
desapare-
libres.
de la
costumbres
naciones
ambos
la
severidad
parece
no
los
cum-

imperio
mirado.

renta; el trabajador que le asegura su trabajo; el sacerdote que le respeta su conciencia y la santa libertad de su palabra; la madre que le educa los hijos severamente en magníficas escuelas; los ciudadanos todos, que los llama á la vida pública segun su vocacion; que los arma con el derecho; que les abre todas las magistraturas; que les inspira con la conciencia plena y luminosa de su sér el sentimiento austero de la propia responsabilidad. Por lo ameno del estilo, por lo movido de la narracion, por lo creciente del interés, la obra de Laboulaye es la enseñanza viva dada á todo un pueblo en el arte difícil y necesario de gobernarse á sí mismo.

A este libro han seguido libros de viajes, en los cuales resultaban demostradas prácticamente las excelencias todas de la democracia americana. Grandes servicios prestaron á la civilizacion, á la libertad, los mantenedores de esta escuela de federacion y de República. Ha sido América para el pueblo, en su concepcion del régimen democrático, lo que fué Inglaterra para las clases medias en la

fundacion del régimen constitucional. Pero los apóstoles de la escuela americana en Francia, sus dos ilustres jefes sobre todo, Tocqueville y Laboulaye, han tenido la contra de no amar en la realidad, con amor fecundo y prolífico, un ideal que tanto han amado en la ciencia con amor puro y platónico. Tocqueville perteneció en 1848 á la comision constitucional. ¿En qué se conocieron sus profundos estudios de la Constitucion americana? Laboulaye pertenece hoy á la Asamblea francesa. ¿En qué se conoce su adhesion al ideal americano?

Cabe excusarse con el carácter unitario de Francia. Yo no pienso ni he pensado nunca en negarlo. Pero los que prefieren al ideal francés el ideal americano, dicen, tambien tiene Francia tradiciones federales. Federales fueron las antiguas Galias como la antigua Germania; federal todo el movimiento de las comunidades que engendró el Estado llano; federal aquel sublime comienzo de la época ...lucionaria en que pedia cada region re... ...s inspiradas por sus ideas y sus nece-

sidades; federal aquella cohorte de grandes oradores, de grandes tribunos, que traian la miel de la elocuencia ática en los lábios y el recuerdo de la liga anfictiónica en la memoria; muertos casi todos en el cadalso á la primavera de la vida, á la florescencia del alma, por haber combatido la dictadura gigantesca, que, absorbiendo el derecho municipal y provincial en fortísimo invasor Estado, habia de traer por fuerza el cesarismo, imposible en las federaciones. La revolucion francesa fuera ménos poderosa, ménos titánica, pero más feliz, más duradera, de haber sido federal. Pequeñas Repúblicas en grande nacion; hé ahí la fórmula salvadora. Los reyes de Europa, coligados; sus ejércitos en armas, imposibilitaron de todo punto la federacion. Los federales, reos de desmembracion de la pátria, murieron en la guillotina despues de haber dejado resplandores de la más alta elocuencia en la tribuna, y de haber departido en las agapas de la última cena fraternal sobre la inmortalidad del alma con aquel mismo lenguaje, puesto por Platon el divino en lábios

[illegible] circunstan-
[illegible]
[illegible] a guer-
[illegible] es la
[illegible]
[illegible] por
[illegible] de su
[illegible]
[illegible] de
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible] y el
[illegible]
[illegible] des-
[illegible]
[illegible] apenas ha
[illegible] secre-
[illegible] todas ellas;
[illegible] de poder central,
hay medio de que la democracia obtenga
arde el poder; de que la autoridad y la

libertad se resuelvan desde su oposicion presente en síntesis armónica; de que las entidades fundamentales de la sociedad, sin perder su autonomía se asocien; no hay medio de resolver todos estos problemas, de realizar todos estos progresos, sino en la federacion y por la federacion. La escuela federal en Francia comenzaba á formarse. Chaudey, asesinado en los dias postreros de la última revolucion parisiense, defendia con verdadero entusiasmo la República federal. Barni, grande propagador de las ideas filosóficas modernas, desterrado del 2 de Diciembre, catedrático en la culta Ginebra, sustentaba tambien la federacion, aplicada á todos los pueblos de Europa. En igual sentido escribian y hablaban Coclin, autor del precioso libro sobre los orígenes de la revolucion; Acollas, eminentísimo jurisconsulto; Simon de Treve, un orador aleman, que las persecuciones y el destierro han naturalizado en Francia. Todos ellos contribuyeron poderosamente al Congreso de Ginebra, donde se proclama la federacion republicana como el organismo ingénito á la

democracia moderna. Pero este partido, ya sea por su escaso número, ya por su mala organizacion, ya por las desgracias históricas de Francia, que crean la República en medio de las amenazas ó de las invasiones extranjeras, lo cierto es que, destruido el Imperio, no pensó el 4 de Setiembre en evitar, quizá porque no pudo, la antigua fórmula de la República, una é indivisible. Y acabemos de decir la verdad. La Commune ha desacreditado el federalismo en Francia, como los cantones lo han desacreditado en España.

Digamos toda la verdad. Es la tradicion revolucionaria más seguida en Francia la tradicion jacobina. Los girondinos han tenido de su parte la admiracion y las simpatías dignas de hombres que sabian sentir como Barbaroux, pensar como Condorcet, y hablar como Verguiand. Pero si sentian, pensaban y hablaban así, en el obrar no eran de igual acierto. Hombres de idea, parecian reñidos con la accion. Los vapores mefíticos de la realidad oscurecian sus inteligencias y les daban como vértigos. Aceptaron el poder de la mo-

[redacted]

narquía y fueron conspiradores contra la monarquía; repugnaron la muerte de Luis XVI y por complacencias serviles con la opinion exaltada la concedieron; alcanzan mayoría en la Convencion y no fueron capaces de conservarla; sostuvieron la guerra ofensiva y olvidaron la energía necesaria á estos supremos esfuerzos; molestaron á los montañeses con arengas en la Asamblea, y no supieron ni vencerlos con votos en las secciones, ni arrojarlos con autoridad del ayuntamiento. Mas la historia les ha perdonado esto, porque la historia le perdona todo á los que saben morir.

En cambio la tradicion jacobina se extiende desde el 31 de Mayo, en que fueron vencidos los girondinos, hasta el 9 de Thermidor, en que triunfaron los llamados por esta nefasta fecha thermidorianos. Y en este tiempo se emprendieron todas las obras y se realizaron todos los milagros que han verdaderamente inmortalizado á la Convencion. A los discursos sucedieron los hechos. A las incertidumbres del gobierno de la palabra, la energía

del gobierno de la accion. A las complicaciones de la política girondina que discutia y consultaba cuando era necesario decidir y obrar, aquella dictadura inmensa, que habia decretado con la muerte la victoria á toda costa, y habia puesto los generales entre la guerra en las fronteras y el cadalso en París. Catorce ejércitos se improvisaron. Seiscientos mil jóvenes corrieron con la *Marsellesa* en los labios y la antigua virtud republicana en el pecho, á morir por la libertad y por la [illegible] fanati- [illegible] las ma- [illegible] obra- [illegible] y con [illegible] la Fran- [illegible] merced á [illegible] arreaban [illegible] Los re- [illegible] humillados [illegible] táctica [illegible] por la [illegible] Francia por [illegible] extranjero

con esfuerzo sublime, que será siempre contado entre los prodigios del humano heroismo.

Dos hombres dirigieron esto principalmente: Robespierre y Danton. Estos dos hombres tenian cualidades bien distintas. Era el uno el artificio y el otro la naturaleza; el uno la argucia y el otro la idea; el uno la declamacion y el otro la elocuencia; el uno la virtud insensible y el otro la perversion humana; el uno la crueldad sistemática y el otro la crueldad por recurso; el uno la secta con todas sus estrecheces y el otro la humanidad con sus vicios, pero tambien con sus virtudes; el uno el maquiavelismo revolucionario y el otro la franqueza revolucionaria; el uno la conjuracion y el otro la guerra; el uno egoista y frio hasta en sus impulsos más humanos y el otro generoso hasta en sus crímenes más abominables; el uno anhelante de poder y de gloria para sí, el otro de grandeza para la pátria; el uno astuto, el otro fuerte; el uno calculador y el otro apasionado; el uno discípulo de Rosseau, como son siempre discípulos

todos los talentos propagandistas, y el otro originalísimo, personal, como son siempre originales los talentos profundos: en su rostro frio, pálido, huesoso, Robespierre revelaba la desolacion de su alma; mientras en su cara ciclópea, granizada por la viruela, Danton revelaba el relampagueo interior de su génio: cayó la cabeza de Danton, que era el cerebro de la Francia revolucionaria, en el cesto de la guillotina por el ódio implacable de su rival y su enemigo; pero cuando Robespierre, zaherido, acusado, puesto al borde del abismo por los thermidorianos, queria hablar en la Convencion y le desoian; queria suplicar y le amenazaban; queria amenazar y se le reian; queria imponer y se le sublevaban; al saltar de banco en banco por la Convencion, enemiga é insurrecta, díjole siniestra voz el sentido de toda aquella tragedia: Robespierre, la sangre de Danton te ahoga. Robespierre ha conservado mayor culto entre los revolucionarios por dos causas: primera, porque sólo sus amigos sobrevivieron y guardaron el génio de la revolucion;

segunda, porque á la muerte de Robespierre siguió inmédiatamente la estúpida é infame reaccion thermidoriana que al cabo, de orgía en orgía, fué á dar el 18 de Brumario en la infame dictadura del Imperio.

Quizá por todas estas causas el jacobinismo tiene hoy muchos sectarios todavía en Francia. Algunos quieren sus procedimientos de terror, otros no; pero todos tienen del Estado una concepcion que en mi sentir contradice las bases esenciales de la democracia y de la República. Cuéntanse entre los jacobinos franceses Peyrat, escritor sóbrio y profundo; Hamel, que ha llevado á la historia todas las pasiones de la primera revolucion y todo su exaltado celo por la República; el austero periodista Delescluze; y el poeta, muchas veces inspirado, siempre audaz en sus afirmaciones, siempre elocuente en su calorosa y coloreada palabra, Félix Pyat.

Pero yo sostengo y sostendré siempre, que si la revolucion francesa se salvó en 1793 por su génio unitario, se perdió en la posteridad por no haber fundado la descentralizacion.

La democracia francesa tiene un glorioso abolengo de ideas, la ciencia de Descartes, la crítica de Voltaire, la pluma de Rousseau, la monumental enciclopedia; y la democracia anglo-sajona, tiene por todo abolengo un libro de una sociedad semi-primitiva, la Biblia: la democracia francesa es el producto de toda la filosofía moderna, es el cristal brillantísimo cuajado en el crisol de la ciencia; y la democracia anglo-sajona es el producto de severa teología, aprendida por unos cuantos prófugos cristianos en las sombrías ciudades de Holanda y de Suiza, por donde vaga la ceñuda sombra de Calvino: la democracia francesa llega con su cohorte de tribunos ilustres, de artistas, que recuerdan los tiempos helénicos ó los tiempos del Renacimiento; Mirabeau, la tempestad de ideas; Verguiand, la melodía de la palabra; Danton, el fuego, la ardiente lava del espíritu; Camilo, el inmortal Camilo, eterno sublime niño escapado de Atenas, con cincel en vez de pluma, especie de bajo relieve del Partenon, viviente, animado; y la democracia
na llega con talentos modestos; Otis,

el publicista humilde; Jefferson, el orador práctico; Franklin, el sentido comun hecho hombre; todos sencillos como la naturaleza y pacientes y tenaces como el trabajo: la democracia francesa improvisa catorce ejércitos en un dia; gana batallas épicas; forja generales como Dumouriez, el héroe de Jemmapes; como Masena, el héroe de Zurich; como Bonaparte, el general de los generales, el héroe de los héroes; y la democracia anglo-sajona sostiene una guerra vária; reune ejércitos pequeños, hace campañas de escaso brillo y tiene por todo general un Washington, cuya gloria está más en la ciudad que en el campo, cuyo nombre será contado más entre los grandes ciudadanos que entre los grandes héroes; y sin embargo, la democracia francesa, aquella legion de inmortales, ha pasado como una orgía del espíritu humano, ébrio de ideas, como una batalla homérica, donde todos los combatientes, ceñidos de laurel, han muerto sobre sus cincelados escudos; mientras la democracia anglo-sajona, esa legion de trabajadores permanece en su serenidad, en su

grandeza, formando la porcion más digna, más moral, más ilustrada y más rica de todo el género humano; revelador paralelo de los brillantes medios y de los escasos resultados en la una, y de los pocos medios y de los brillantes resultados en la otra; revelador paralelo, escrito en la historia con letras de fuego, para demostrar que la democracia no consigue ningun resultado por la dictadura, y los consigue inmensos por la libertad.

Pero no solamente era idea la República en Francia; era tambien accion. El tipo de los hombres de accion, á cuyo alrededor se formó una legion de la democracia y de la República, todavía no dispersada ni concluida por los años, fué Armando Carrel, soldado del pensamiento y pensador de lucha, de combate. Militar, su espada siempre se afiló en las ideas; escritor, su pluma combatió y flameó como una espada. Generosa naturaleza para el pensamiento y para la accion, se inspiró de contínuo en la voz de su generosidad. Muy jóven todavía, peleó en España contra la in-
cion de 1823, á la sombra de la bande-

ra tricolor, sin mirar si eran sus amigos extranjeros y sus enemigos franceses, porque en su corazon se levantaba sobre la gloria la justicia, esa causa inmortal, y sobre la nacion la humanidad, esa familia del alma. Enemigo de dos dinastías, amigo en su edad madura de la República, eterno combatiente por el derecho, tan repulsivo á las utopias comunistas como decidido á unir la democracia con la libertad, carácter estóico por la pureza de sus móviles y por el desinterés de sus acciones, prudentísimo para comprometer á los suyos, temerario cuando sólo comprometia su propia vida, Carrel unió en su persona, como pocos, la idea á la accion, la pluma á la espada, la tribuna y la prensa al combate contínuo por la emancipacion de los pueblos.

En el grupo de Carrel debemos colocar grandes caractéres, que si con él no se identificaban por las ideas completamente, identificábanse con él por su valor, por su elevacion, por su generosidad. Hombres de accion sobre todo y antes que todo, Godofredo Cavaignac, Armando Barbes, el coronel Char-

rás, dieron, á un grupo importantísimo del partido republicano, la caballerosidad de su carácter y la generosa impaciencia por la victoria. Todos tres combatieron con valor y todos tres dejaron recuerdos inmaculados de virtud y de sencillo heroismo. Soldados y organizadores, pasando contínuamente de las sociedades secretas á los clubs, de los clubs á la organizacion guerrera del partido, atacando con fuerza unas veces y resistiendo otras con verdadera constancia; siempre en la brecha, como si la vida de la democracia fuese una guerra contínua; de las batallas á las cárceles, de las cárceles al destierro, del destierro á nuevos empeños de accion, dieron al partido republicano la varonil fibra y el acerado carácter, indispensables á su combatida existencia. Los tres han muerto. La democracia los ha perdido como perdiera su caballero sin tacha y sin reproche, Armando Carrel. Fué el primero en caer Godofredo Cavaignac, hermano del general de este nombre, y al caer se llevó consigo á la tumba pedazos del corazon de todos los demócratas en

su inmenso corazon, roto á los golpes del dolor y del trabajo. Ménos afortunados que Cavaignac, las tumbas de Barbes y de Charrás se levantan allá en el suelo del destierro. Barbes tenia un valor á la antigua. Para él, combatir era como la ley dura, pero inevitable de la vida. No medía los obstáculos ni las resistencias. Cuanto más contraria era la tormenta y más deshecha, lanzábase en su seno con mayor decision. Así ha compartido su solemne y trágica vida entre el calabozo y el destierro. Así muchas veces ha malogrado sangre y sacrificios, que hubieran sido provechosos en momento más crítico y más supremo. Pero ¿quién podrá en este mundo sumiso y obediente criticar la impaciencia por la justicia, cuando parecen todos resignados al yugo? Entre las brumas de Holanda se alza el sepulcro de Barbes, y la humedad que lo rodea y las nubes que lo envuelven, parecen como humedad y nubes de lágrimas. Ni siquiera ha podido volver al suelo de su pátria en cadáver, en huesos frios, porque desde que el destierro se levantó para estos

huesos, Francia sólo ha tenido tiempo de recoger nuevos cadáveres sembrados en los campos, donde han sido castigadas implacablemente las culpas del segundo Imperio. El coronel Charrás, otra espada de la democracia francesa, murió á las orillas del ensangrentado Rhin, despues de haber escrito para enseñanza de su pátria la inútil leccion de las causas que llevaron el primer Imperio de la omnipotencia á Waterlóo y de Waterlóo á la desmembracion de Francia.

Todos estos hombres eran, ciertamente, hombres de accion; eran de aquellos para quienes la idea, cuando se desliga del hecho, no es sino una entelequia, un verbo sin realidad alguna en la vida. Para su pensamiento, la República vivia como la más gloriosa de todas las tradiciones de Francia, como la única al cabo que valia la pena de ser sostenida, exaltada, y de exigir el combate, el sacrificio. Los crímenes de la primera República se habian perdido y sólo quedaba el engrandecimiento de la pátria, la victoria sobre los reyes, el derecho encendido como

un luminar inextinguible en la conciencia humana, las cadenas de los esclavos rotas y fundidas. Austeros, consecuentes, virtudes parecidas á las virtudes de los hombres de Plutarco los adornaban; y aspiraciones indomables, como son las aspiraciones de todos los verdaderos innovadores, les sostenian en su trabajo por la reivindicacion de la República. Su influencia ha sido poderosa é inmanente. Recorriendo las zonas del republicanismo francés, aún se encuentran estos caractéres forjados en bronce. Ellos forman la base primera y más firme del partido republicano. Por ligeramente que en él se investigue, encuéntrase esta tradicion como el fondo inconmovible del organismo de nuestra idea.

Al segundo tercio del Imperio, despues del atentado de Orsini, constituyóse en Francia un partido republicano oficial, que surgia de las elecciones y de las urnas. Este partido no podia reclutarse en los antiguos jefes republicanos, todos en la emigracion, ni en los más decididos y valientes soldados, todos opues-

tos al juramento. Fué necesario ir á la Universidad, á la Academia, al Foro, para sacar de allí oradores que recordaran la existencia de la idea republicana y su culto en el espíritu del pueblo. La palabra de estos hombres debia sonar sobre los desórdenes del Imperio, como el aliento del incendio y el trueno del cielo sobre los festines de Balthasar y Sardanápalo. ¿Tenian los designados fuerza para tanto? Cuando unos se habian quedado en Francia á pesar de la proscripcion universal, cuando otros no habian sido notados en aquel gran terremoto del dos de Diciembre que echó fuera de Francia hasta las entrañas de nuestro partido, prueba era de que su fé democrática no tenia grande exaltacion. Algunos de ellos habian pertenecido á la derecha de las Asambleas de la República, y ahondado con su miedo á la libertad, y su entusiasmo por las medidas represivas las divisiones entre los revolucionarios. Á tan tristes recuerdos uníase que ya el juramento, ya la necesidad de someterse á reglamentaciones absurdas, ya el orgullo de una mayoría impaciente y vocinglera, les obligaban á lar-

gas amplificaciones ó sutiles distingos, sólo propios para quitar energía al pensamiento de ódio y horror hácia el Imperio, depositado por los electores en las urnas al depositar los nombres de los diputados republicanos. Luego, cuando el Imperio habia usado todas las armas prohibidas para triunfar, el perjurio escupido á la conciencia pública, la conjuracion maquiavélica, las violaciones increibles de los derechos naturales, de la inmunidad parlamentaria, de la Constitucion, de las leyes, de todo cuanto hay sagrado sobre la tierra; cuando sombríos esbirros habian asaltado el hogar de los representantes del pueblo en la callada noche, y sus legiones pretorianas y estipendiadas, remedo triste de aquellas legiones de la Roma imperial, que sólo supieron mancharla y no defenderla, habian violado el Parlamento y ensangrentado las calles; cuando á las matanzas en las calles habia sucedido una proscripcion semejante á las proscripciones de las guerras religiosas, una proscripcion que todo lo desconoció, desde los derechos de la propiedad hasta los derechos de la

conciencia; los encargados de combatir al tirano manchado de sangre y reivindicar la República sorprendida por salteadores, aseguraban que jamás apelarian á la última razon de los pueblos oprimidos, á la razon suprema de las revoluciones.

Todos estos compromisos, de un lado desautorizaban á los representantes de la República en el ánimo de sus electores, y de otro lado abrian enemistades irreconciliables entre el partido republicano de la Cámara y el partido republicano de la emigracion. Y en medio de tanta debilidad de un lado y de tantas sospechas de otro, la abjuracion de Emilio Ollivier, entregándose al Imperio con olvido de los recuerdos de su familia y del mandato de sus electores; las veleidades de Ernesto Picard, que tanto ingénio y tanta hiel pusiera en sus combates contínuos al Imperio, quitaban fuerza en la opinion á los diputados. Sin embargo, cuando el César parecia haber sometido á su cetro la fortuna; cuando las batallas de Italia y las batallas de Crimea le daban falso tinte liberal; cuando el brillo exte-

rior de su poder y de sus legiones deslumbraba á tantos, la voz severa de Julio Favre, su elocuencia elevada y sóbria, anunciaban á las nuevas generaciones, como la palabra de Tácito entre las orgías del antiguo cesarismo, que no se habia apagado por completo el calor de las ideas republicanas en los corazones franceses. Y al resplandor de aquellas contenidas y fugaces llamaradas de elocuencia, avivábase en la fé y en la esperanza una juventud, en cuyo corazon jamás podrá extinguirse el culto á la República.

Esta minoría fué en la Cámara última del Imperio considerablemente modificada por la aparicion de cuatro hombres, que traian una significacion particular cada uno en su respectiva esfera y con su génio respectivo. Eran estos hombres Bancel, Rochefort, Raspail, Gambetta. El primero representaba la poesía y la majestad del destierro; el segundo la amarga sátira que habia moralmente destruido y desautorizado al Emperador; el tercero el republicanismo histórico en toda su integridad y con todas sus cóleras; el cuarto, fi-

nalmente, la nueva escuela republicana, mucho más libre que las históricas, mucho más inteligente, uniendo á la luz de las ideas toda la energía de la accion, contenida por verdadera mesura de carácter y madurez de juicio. Es necesario mirar un momento á estos hombres, si quereis estudiar el movimiento de su idea en Francia.

Bancel pasó por las cimas de la tribuna como un meteoro. Su discurso único, más literario que político, más digno de la Academia que del Parlamento, era elocuentísima apoteosis de los emigrados y luctuosa elegia llorada sobre sus dolores y sus recuerdos. Lució aquella palabra un momento en la Cámara, deslumbrándola más bien que persuadiéndola.

Raspail traia vivas todas las aprensiones de su vida pasada, la satisfaccion de la propia personalidad, el orgullo por la pureza de su larga historia, la desconfianza hácia sus compañeros todos, hácia los antiguos por ódio y hácia los nuevos por desprecio; las genialidades de un carácter severo, pero olvidado del mentario axioma de que en política nada

puede el hombre solo, abandonado á sus fuerzas propias, necesitando para adelantar, para vencer, agruparse á sus afines, recoger la responsabilidad de sus faltas como la gloria de sus aciertos, y formar con ellos la legion disciplinada y entusiasta, capaz de reñir tantos y tan formidables combates como exige el triunfo de una idea.

Rochefort representaba las huestes por excelencia ardorosas y extremas del partido republicano. Su popularidad, como sus escritos, tenian más brillo que solidez. Hijo de París, crecido en los boulevares, colaborador de periódicos ligeros y chispeantes, dotado de esa facultad parisien que convierte en artículos sabrosos las murmuraciones de café, con una ironía ya ligera, ya sangrienta, fué el primero que dentro de Francia, en el seno de la capital, osara dirigirse al omnipotente César y escupirle al rostro toda la hiel segregada por veinte años de humillacion y de servidumbre. La sátira es un poderoso corrosivo. Su amargura no llega al lábio sin filtrarse y caer gota á gota sobre la conciencia, obli-

gándola á comparar sus ideales de perfeccion con las impurezas de una viciada realidad. En cuanto aquella sátira estalló, y tras la sátira una homérica universal carcajada, y tras la carcajada el despecho de los poderosos molestados, que aumentaba la risa de sus enemigos divertidos y vengados, presintióse por do quier la muerte próxima del Imperio. Aquella sátira no tenia, no, la sal ática de Luciano ni la indignacion trágica de Juvenal, ni el ingénio fino y amargo de Voltaire: mas era la sátira que convenia al Imperio, baja como el enemigo á quien debia herir, enemigo hundido en la inmundicia. La sátira es el género literario que anuncia la muerte de las religiones caducas, la agonía de los imperios enfermos. El primero en herir al ídolo fué Rochefort, y el pueblo le pagó su audacia con un nombramiento para la Cámara. Este inmenso servicio nunca le será olvidado á Rochefort, sean cualesquiera las faltas de su carácter y las alternativas de su suerte. Pluguiera al cielo que hubiese reducido al fin de matar al cesarismo en la conciencia pública con la sátira

[redacted]

todas las vocaciones de su vida, pues su nombre, combatido luego y mermado en el oleaje de pasiones encontradas, no se menguara un ápice y fuera siempre unido á una de las obras gloriosas de nuestro tiempo. Mas Rochefort, falto de talento político en la Cámara y de accion en la calle, no podia tener tanto sobre sus compañeros de diputacion como sobre las muchedumbres del pueblo, nada más que fugaz y disputada influencia.

El hombre destinado á influir más poderosamente en el partido republicano era Gambetta. Está hoy en uso criticarle acerbamente, porque se mantuvo de pié cuando todos caian; porque creyó cuando todos dudaban; porque tuvo fé en Francia cuando Francia desconfiaba de sí misma; porque prolongó dictatorialmente una guerra perdida desde la entrega de Sedan y la traicion de Metz, más allá de lo posible, perdiendo toda la campaña, pero salvando la honra de su pátria. Yo nunca he pertenecido á los adoradores del éxito. Yo no creo un crímen la desgracia. Gambetta se vió abandonado de la fortuna y

de la victoria, mas no del propio heroismo y de la justicia de una santa causa. ¿Qué debió hacer? No, no tuvo el fin de Bruto despues de la batalla de Filipos, cuando al ver que la libertad espiraba y la pátria caia, su corazon se despedazaba y sonreian las estrellas en el cielo azul de Grecia, dudó en el trance último y supremo hasta de la virtud. Gambetta es un hombre de su tiempo y sabe que la libertad se eclipsa, pero no se extingue; que la pátria cae, pero no muere. Yo creo á Gambetta, á pesar de sus infortunios, culpa de su tiempo y no de su inteligencia y de su carácter; yo le creo entre los primeros de los republicanos de Europa; yo le cuento entre los que más han contribuido á la difusion de nuestra idea. En su colosal cabeza, en su frente espaciosísima, en el brillo concentrado de la retina que tiene sana, en su escultórica nariz, en su boca abierta por una sonrisa de benevolencia, en su rostro coloreado por alto temperamento sanguíneo, en sus formas hercúleas á pesar de la baja estatura, en toda su complexion, adivínase desde

luego la mezcla felicísima de la inteligencia con la fuerza, de altas ideas con enérgicas resoluciones.

La naturaleza suele dividir el trabajo y agrupar diversa y variamente las vocaciones humanas. Y cuando crea un hombre de accion, suele quitarle aptitudes para hombre de idea. Y cuando crea un hombre de ideas, suele quitarle aptitudes para hombre de accion. El hombre de ideas ama la indagacion espiritual, y el de accion los trabajos materiales; ama el retiro aquel y éste el mundo; aquel la paz del ánimo y éste el combate; aquel los grandes libros y éste las grandes pasiones; aquel la contemplacion serena del pensamiento, éste el curso revuelto y encrespado de los hechos. Sin duda Platon nunca hubiera podido ser Pisistrato, ni Montesquieu Colbert. Reunir el pensamiento á la accion, como César, es un prodigio; reunir á la energía de la palabra la energía de la voluntad, como Danton, es un milagro. Siempre las grandes cualidades resaltan de los grandes defectos. Equilibrar en una misma persona la idea con

el hecho, la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es el don que Naturaleza ha presentado á Gambetta, cuyo talento sabe volar con abiertas alas por el cielo y andar con paso firme y seguro por la tierra. Sin embargo, ha suscitado siempre mucha oposicion Gambetta. Naturalmente, la oposicion que Gambetta suscitaba provenia del empeño mostrado desde los primeros dias de su vida pública, por unir y disciplinar todos los elementos republicanos, los enérgicos y los templados, los jóvenes y los viejos, los de antigua y los de moderna extraccion, los reunidos oficialmente en la Cámara y los confinados en el destierro, los de unas y otras sectas sociales, para arremeter y derribar al Imperio antes que el Imperio derribara con su interna corrupcion y sus aventuras extranjeras el poderío político y el influjo moral de Francia.

En esta obra titánica, Gambetta habia pensado evocar del destierro y conducir á París el hombre que ménos desconfianzas inspiraba y que más autoridad tenia en el partido republicano, Ledru-Rollin. Desde 1832 habia

sido este gran tribuno, este gran orador, nuestro Hércules. El trabajo que echó sobre sus hombros espanta por lo atrevido y por lo grave. Foro, club, prensa, tribuna popular, libro, folleto, las armas de combate moral que puede forjar esta civilizacion nuestra, tan rica en grandes instrumentos para las ideas, fueron todas esgrimidas en guerra sin término y sin tregua por la libertad, por la democracia, por la República, cuando todas estas ideas parecian fantasmas de imaginaciones calenturientas, perdido el espíritu público en los sofismas y en las argucias de la triste y vergonzosa reaccion doctrinaria.

Recuerdo con viveza el dia que hablé por vez primera á Ledru-Rollin allá en su casa de Lóndres. Era por el mes de Junio de 1868. Parecióme que conservaba en su figura pocos rasgos de su ya pasada juventud, y en su palabra muchos ecos de su vigorosa elocuencia. Hablamos de nuestros respectivos combates y de nuestras respectivas emigraciones. Mi destierro, comenzado en 1866, debia concluirse antes que su destierro, comenzado

en 1849. Ledru pertenece á la escuela republicana pura de la nacion francesa; escuela muy pagada de las antiguas tradiciones revolucionarias; muy amiga de los dos principios jacobinos por excelencia, la soberanía popular y el sufragio universal; poco decidida por los principios del derecho moderno, que para nosotros constituyen las bases de la verdadera democracia; poco ducha en las artes políticas, que la generalidad de las gentes denomina habilidades, y que para los conocedores de la verdadera naturaleza de la sociedad son procedimientos necesarios é ineludibles.

Único representante del partido republicano en la última Asamblea de la monarquía doctrinaria, no osaba ligarse á los liberales que promovian los banquetes políticos en contra de Luis Felipe y su primer ministro Guizot, por temor de aparecer como aliado con aquellos mismos á quienes creia falsificadores de la libertad y agitados por el deseo de conservar y aun purificar la monarquía. Así es que, rechazando la fórmula propuesta por la llamada oposicion dinástica de afianzamiento y

desarrollo de las instituciones conquistadas en la revolucion de Julio, Ledru-Rollin reunió en Lila y en Dijon numerosos electores y ciudadanos en concurridas agapas democráticas; y les propuso como un modelo que seguir la fé de los hombres de la Convencion sin sus errores y sin sus crímenes, y como un objeto que alcanzar, la emancipacion política del pueblo, acompañada de reformas sociales conducentes á combatir y aminorar su ignorancia y su miseria.

Los liberales doctrinarios querian detener la agitacion dentro de la Carta de 1830; y los republicanos querian llevarla naturalmente hasta la fórmula de la República. Esto era tanto más necesario, cuanto que antiguos jefes del partido, en su afan de una victoria posible y en su trabajo por amoldar la realidad al ideal, proponian desde las columnas del *Nacional* hasta una transaccion verdadera en aquello que no puede ser sacrificado sin desdoro, en el principio fundamental, en la República, pareciéndoles más posible y más aceptable la fórmula híbrida de una monarquía

[redacted]

democrática. En esto, la agitacion de los ánimos, las discusiones de la tribuna y de la prensa, los entusiastas discursos, las vivas polémicas, la cantidad de ideas diseminada en la conciencia pública, trajeron la consecuencia natural, trajeron la tempestad de la revolucion.

Podria repetir cuanto me contó del dia primero de la República de 1848 como si lo hubiera recogido taquigráficamente, de la misma suerte que podria describir aquel instante, su casa rodeada de un jardin, la habitacion donde departimos, tapizada de papel oscuro, sobre el cual resaltaban paisajes al óleo de vivos y encendidos colores. «El dia 24 de Febrero, decia, fué un dia decisivo, en que nuestra victoria no consistió tanto en nuestra audacia como en nuestra habilidad y prudencia. Ninguno de los jefes de la antigua oposicion dinástica estaba decidido por la República; y en cambio muchos de los republicanos históricos estaban decididos por la monarquía. Lamartine, á quien su reciente popularidad embriagaba, y mis alabanzas contínuas

complacian, era el más decidido por nuestro ideal, pero el ménos seguro, á causa de su temperamento de poeta, accesible á las emociones más súbitas, y maleable por impulsos de propia generosidad, ó por rasgos artísticos y heróicos de nuestros enemigos, sobre todo, si como los reyes tenian el prestigio de la tradicion y de la historia.»

«Yo, sin embargo, me habia propuesto que el término de aquella crísis fuera la República, y estaba decidido á cumplir mi propósito. Arreglé con Caussidiere, muy influyente en el partido y hasta en el pueblo, la manera de llevar á la Cámara numerosos grupos que gritaran contra toda monarquía, siquier se ocultase tras de la Regencia, y pidieran Gobierno provisional y República. Pero aquellos grupos no podian libremente proceder si no se contrastaba de alguna manera el inmenso imperio y la fuerza inmensa del ejército. Yo me fuí temprano á la Cámara, me adelanté al vestíbulo, y desde la última de sus gradas medí toda la fuerza de nuestros enemigos y toda nuestra debilidad. Allá lejos, hácia el

boulevar de las Capuchinas, se oia rumor creciente del pueblo, pero detenido por el ejército, que de vez en cuando disparaba nutridas descargas semejantes al redoblar del trueno sobre el mar. En toda la plaza de la Concordia, en los alrededores de las Tullerías, á lo largo de los muelles, por una y otra orilla del Sena, se tendian las tropas fieles á la monarquía, mandadas por general tan probado y valeroso como el general Bugeaud. Sin embargo, á mi izquierda, por los Campos Elíseos, descubríanse algunos batallones de la Guardia nacional, y no sé por qué, con una de esas súbitas inspiraciones nacidas en momentos supremos, puse en aquellos batallones de la Guardia nacional toda mi esperanza.»

«Cuando más embebido estaba en mis meditaciones, y más exaltado por mis presentimientos, apareció un ayudante diciéndome que el general Bugeaud habia preguntado quién era yo, al verme en el vestíbulo, y como le dijeran mi nombre, deseaba verme y hablarme. Yo, ni de vista le conocia, y pro-

puse que se adelantara desde su cuartel general hácia el centro de la plaza de la Concordia y yo me adelantaria á mi vez, y podríamos vernos y hablarnos. El general me tendió la mano, me saludó afectuosísimamente, y se mostró muy satisfecho de haberme conocido.»

«Díjome que estaba perplejo; que sabia la resolucion de Luis Felipe abdicando el trono; su precipitada fuga hácia Inglaterra; el nombramiento de un ministerio reformador; el triunfo de los principios liberales y democráticos; la próxima exaltacion al trono del conde de París; la Regencia de su madre la duquesa de Orleans; la victoria de la revolucion; y mientras tanto estaba sin órden alguna y sin norma de conducta; el ejército sin bandera; perplejo entre los deberes de la Ordenanza y los deberes de la política; obligado á defenderse de los que avanzaban, como siendo la revolucion por la calle de las Capuchinas, cuando acaso eran ya la legalidad y la autoridad. ¿Qué me aconseja usted en este crítico momento? Detúveme á reflexionar y le dije:

Comprendo, señor mariscal, su incertidumbre. Usted no quisiera ceder á los que, en son de guerra, se aproximan por el boulevar, y acaso entren por la calle Real ó por la calle de la Paz; usted no quisiera derramar inútilmente sangre fecunda y preciosa, que debe conservarse para robustecer la pátria y el trabajo. Pues yo encuentro un medio sencillísimo de conciliar todos los extremos: allí en los Campos Elíseos veo formados algunos batallones de la Guardia nacional; llámelos usted, póngalos en torno de sus tropas, guarézcales así tras las bayonetas y las banderas del pueblo. Los revolucionarios que avanzan, no atacarán á sus compañeros y á sus correligionarios, unidos con ellos en los mismos sentimientos, defensores de la misma causa. Y si atacáran, la Guardia nacional se defenderia, sin ser usted responsable ni de la agresion ni de la defensa. Creyó admirable mi expediente; lo admitió sin reparo, y lo puso por obra inmediatamente. Yo me acerqué al jefe que mandaba las fuerzas populares, y que era antiguo condiscípulo y amigo mio; le insté

[redacted]

para que cediera á las instancias del mariscal Bugeaud, y logré persuadirlo. De esta manera se me vino á las manos ocasion propicia de inutilizar el ejército, de cumplir mis deliberados propósitos.»

«En seguida me dirigí á la Cámara. Aquí el peligro me pareció mayor y la salvacion más difícil. La noticia de la abdicacion del rey se habia divulgado, y con ella la noticia de la próxima venida de la duquesa de Orleans al seno de la Representacion nacional para ofrecer su completa adhesion á las instituciones populares, y su fiel observancia á la Carta constitucional, por ser su hijo personificacion de los modernas libertades.»

«Parecióme grave esta amenaza á la República. Una hermosa mujer, viuda, fidelísima, tierna madre; con todos los privilegios de su sexo; con todos los prestigios de su rango; rodeada de sus dos hijos inocentes y huérfanos, que llevaban sobre sus sienes la doble corona de la popularidad y de la desgracia, podian fácilmente entusiasmar á un pueblo ateniense como el pueblo de París, mover

una Cámara monárquica como aquella Cámara, ahogando en su nacimiento nuestra anhelada República. Luego, Lamartine, á quien yo quise ganar para la democracia, embargaba mi mente. Poeta, artista, todo sentimiento, nervioso como una mujer, impresionable como una sensitiva; al ver en la desgracia á la misma señora, cuya Regencia defendiera en la prosperidad, podia por sentimientos caballerescos defenderla con abnegacion de sí propio, y salvarla con el acento de su prodigiosa elocuencia.»

«Ví entrar á la duquesa; la ví subir desde el pié de la presidencia á los bancos más altos; la ví dirigirse al presidente como en demanda de la palabra; observé la indecision de la Cámara; advertí el peligro, y me lancé resueltamente á la tribuna, con ánimo de no bajar hasta vencer la Regencia y salvar la República. Yo miraba al reló y á la puerta, pareciéndome imposible que Caussidiere tardase tanto con sus grupos y sus huestes. Mi salvacion estaba en hablar hasta que mi amigo viniese. Realmente no pedíamos la palabra. En aque-

lla confusion hablaba el más atrevido. Mi estatura, mis puños, mi fuerte voz valiéronme seguro triunfo. Yo propuse la apelacion al pueblo en el mayor número de palabras que pude, y con la mayor pausa entre palabra y palabra que consentia la impaciencia de la Cámara. Recuerdo que Mr. Berryer, situado al pié de la tribuna, me decia con su voz de plata: Acabad, acabad pronto, y proponed, proponed un Gobierno provisional. Yo seguia resuelto á no acabar hasta oir el rumor de las muchedumbres. Cuando ya me iba faltando la materia á mí, la atencion al auditorio, escuché el ruido de la inundacion y bajé de la tribuna. A los pocos momentos el pueblo lo llenaba todo, y la altísima sombra de la monarquía se disipaba como un sueño. Cuando, triunfante la República, proclamado el Gobierno provisional, yo me dirigia desde la Cámara al Hotel de Ville, intercepté algunas cartas de colegas, de correligionarios mios, cartas dirigidas al ministro último de Luis Felipe, y en las cuales anunciaban que la Regencia estaba ganada, y que sólo algun exaltado demente co-

mo yo, podía soñar con la República. Algunos de los firmantes de aquellas cartas fueron, sin embargo, ministros de la República. Y hé aquí las causas más inmediatas y más ocasionales del triunfo de una revolucion y del advenimiento de una República.»

Ledru es uno de los hombres que más han trabajado y más han combatido por la democracia francesa. La toga ha sido en sus hombros manto de tribuno; la palabra ha sido en sus lábios rayo contra los monarcas. Existir era para él sinónimo de pelear. En el Jurado, en el Tribunal supremo, ante la Cámara de los pares defendia los derechos de la prensa contra sus perseguidores; en folletos, en libros, la legalidad ordinaria contra los estados de sitio; en el periodismo, la democracia contra sus falsificadores; en la tribuna, el sufragio universal y la República; siempre dispuesto al rudo trabajo, pasando siempre por las mayores pruebas, sin que las calumnias le amedrentasen, ni le impusiesen las amenazas, ni le desalentaran los grandes desengaños.

De alta estatura, de imperiosas maneras,

[redacted]

de prestancia oratoria, de actitud imponente, de ademanes atrevidos, de temperamento sanguíneo, de carácter exaltado, de ideas avanzadísimas; poco ducho en el conocimiento de la realidad, muy dado á las tradiciones revolucionarias; su sonora voz tronaba en lo alto de la montaña, y su estilo conciso y enérgico relampagueaba deslumbrante y heria como rápida centella. Era en su tiempo el Hércules de los oradores parlamentarios; y dirigia á todos aquellos que fieles á las tradiciones de la revolucion se llamaban la Montaña, y creian que estas montañas debian ser siempre volcanes.

Nadie puede quitarle ni la gloria de haber fundado la segunda República, ni la gloria de haber traido el sufragio universal, ni la gloria de haber roto las cadenas del esclavo en las Antillas de Francia. Mas Ledru no fué tan hábil para conservar como para traer la República. En primer lugar, nunca trazó la línea divisoria que debe separar la utopia socialista de la realidad política, y sin aplacar el hambre ni la sed de los trabajadores, an-

tes exacerbándolas, se desavino de los propietarios. En segundo lugar, disipó los dias de su gobierno en los juegos vistosos de la palabra, cuando debia emplearlos en los empeños de la accion. En tercer lugar, quiso imponer más que persuadir, y violentar más que convencer á un pueblo poco ideóneo por su temperamento y por su carácter para las instituciones republicanas. En cuarto lugar, tomó á su partido por su nacion; error grave siempre, gravísimo cuando se tiene y se acaricia desde las esferas del gobierno. En quinto lugar, adoró las tradiciones jacobinas sin comprender todo lo que tenian de inaplicables á nuestro estado social y de incompatibles con las modernas democracias. En sexto y último lugar, creyó que despues de la revolucion de Febrero en 1848 podia aún iniciar otra revolucion en Junio de 1849. Estos gobiernos revolucionarios y estos métodos revolucionarios, son completamente desastrosos. La conspiracion engendra apocalípsis fantásticos. La facilidad con que se ha triunfado de ciertos obstáculos materiales, induce

á creer en otra victoria análoga sobre los obstáculos morales. Como todo se improvisa en una revolucion, todo es débil. Las instituciones que nacen pronto, se parecen á los séres efímeros en que mueren pronto tambien. Nada grande se debe á la inspiracion de un instante. Todo es obra del trabajo y del tiempo. Hasta en Geología, hasta para explicar las cambios y trasformaciones del planeta, se ha desacreditado el sistema de las revoluciones súbitas y de las catástrofes violentas.

Cuando el gobierno francés cometió la locura de intervenir en Roma para destruir la República romana y restaurar el poder teocrático, Ledru cometió la locura todavía mayor de apelar á una revolucion. Su conciencia le anunciaba que seria vencido; pero sus debilidades con los exaltados del partido le arrastraron á intentar la victoria. Reunió en el Conservatorio de Artes á unos pocos, les arengó con ímpetu, les resolvió á una revolucion, que degeneró en ridículo motin; y de esta suerte disolvió la izquierda de la Cámara, deshizo bajo sus plantas la tribuna, se

llevó consigo los restos de la democracia al destierro, y facilitó el golpe de Estado y la dictadura napoleónica; todo por desconocimiento de la realidad, por inexperiencia política, por puro romanticismo revolucionario, sin comprender que una falta así es un verdadero crímen.

Desde entonces han venido sobre nosotros el golpe de Estado, la proscripcion general, veinte años de Imperio, guerras é invasiones, la República en medio de las catástrofes mayores de nuestro siglo, los delirios de los Comuneros de París, que nos han perdido y nos han deshonrado; una reaccion que pone en peligro nuestras más santas libertades y nuestros más antiguos derechos; males gravísimos, venidos por no haber sido bastante fuertes con la desenfrenada demagogia, ni bastante hábiles para contar con la realidad y traer la República posible.

Así es que en Francia hoy se nota gran repugnancia á la utopia socialista, gran enemiga á ese cosmopolitismo soñador, vago, imposible, que ha sembrado de delirios la mente

y de estériles ruinas el suelo; gran tendencia á la República posible, á la política verdaderamente práctica y de resultados inmediatos, que no deja por el delirio de un instante la seguridad y el afianzamiento de nuestras verdaderas conquistas. Así es que Laboulaye dice con razon que al pueblo francés le pasa algo de lo que le pasó al Hijo Pródigo. Despues de haber recorrido el mundo, despues de haber gustado el placer, comprende que no hay sitio tan plácido como el hogar, ni goce tan grande como el amor de la familia. Los franceses han querido redimir á todos los pueblos, y se han encontrado esclavos; formar las nacionalidades, y se han encontrado invadidos y desmembrados. Por eso es necesario aconsejarles hoy el patriotismo, y sobre todo aconsejarles la política de lo posible. ¡Oh! Los hombres deben amar su pátria y no comprometerla ni en aventuras exteriores ni en utopias muchas veces henchidas de sangre. Violentar los hechos es traer grandes catástrofes. Imponer á una generacion reformas para las cualès no está ni aper-

cibida ni preparada, es traer necesariamente la reaccion. Nada más triste que ver la guerra empeñada entre todos los republicanos franceses para averiguar quién tenia la culpa de la caida de la República y del eclipse de la democracia. Las locuras de Luis Blanc, decian los unos. Las conspiraciones y las revueltas de Blanqui, exclamaban los otros. A su vez Blanqui escribia desde la prision estas palabras acerca de Ledru-Rollin, que ya estaba en el destierro: Ese imbécil ha asesinado la República. Para los unos el asesinato fué obra de la espada de Cavaignac; para los otros obra de la poesía de Lamartine. Y todos podian consolarse acordándose de sus respectivas faltas individuales, y conviniendo en que la sociedad, y sus leyes, y su historia, y sus movimientos naturales, y sus trasformaciones lógicas no se encuentran, no, en manos de ningun partido.

Por eso, al ver ciertos trascendentales hechos, no puedo ménos de aconsejar á todas las Repúblicas, á todos los partidos, á todos los reformadores que rindan culto al patriotis-

[redacted]

mo, que eleven á su antiguo vigor el culto á la pátria por la pátria.

Negar las estrechas relaciones del hombre con la naturaleza exterior seria negar lo evidente. El Universo nos nutre, no sólo con los alimentos de cada dia, sino con su luz, con su calor, con su electricidad, con sus gases, con todos los elementos de vida contenidos en su fecundo seno. Así, debemos amar á la naturaleza como á una madre próvida y fecunda, á cuyos pechos vivimos, y que nos mantiene, y nos acaricia, y nos mece en sus amorosos brazos. Aquel que no comprende, por ejemplo, las delicias del campo; que no ha visto amanecer desde lo alto de una montaña; que no ha oido en los profundos valles por la noche el cántico del cuclillo ó de la rana; que no ha pasado alguna siesta èstivál entre los chirridos de las cigarras; que no ha respirado el aliento de la tempestad, ni ha sentido caer sobre su frente las gotas del rocío; jamás comprenderá toda la poesía de la vida.

Cada hora tiene su goce; cada estacion su encanto. El paisagista nunca os reproducirá

la sávia que corre por las hojas del árbol en la primavera, ó el vuelo de la golondrina que vuelve del Africa y roza con sus alas cansadas la linfa del arroyo. La abrigada estufa no puede dar al pobre naranjo prisionero la alegría que le dá el jugo bebido en la tierra, al sol explendente, al aire libre, en las orillas del Guadalquivir ó del Túria. El campo, el mar, el monte, el llano, el árbol, el ave, guardan tesoros de vida y tesoros de emociones, oxígeno para vuestros pulmones, color para vuestra sangre, alimentos sabrosísimos para vuestro estómago, y emociones para el sentimiento, inspiracion para la fantasía, ideas para la mente.

Cada hombre lleva en su rostro un ósculo indeleble de la tierra donde ha nacido. El germano es hoy rubio como en los tiempos de Tácito, y pálido el astur como en los tiempos de Estrabon. Si entre las ruínas de Roma veis erguirse la pastora que vuelve de llevar la comida al gañan de los búfalos, miradla; y aunque la fiebre de las Pontinas haya desfigurado su rostro, encontrareis en

[redacted]

las escultóricas facciones los rasgos que acusan á las destronadas madres de los héroes. La poesía y la elocuencia griegas se comprenden tanto por el génio de sus poetas y de sus oradores como por el olivo y el mirto de los bosques de Colona y el lentisco del Eta y del Pindo, y la adelfa del Cytiso, y la ola que muere, coronada de espumas que la luz esmalta, en las armoniosas playas del Pireo, donde resuena eternamente el coro de la sirena y eternamente se balancea la cuna de los dioses.

Si de esta suerte el calor de la pátria llega hasta el fondo del alma, ¿quién dejará de amarla? Abreviado compendio es el hombre del Universo. Minerales somos, minerales son nuestros huesos. Vegetales somos, y de la respiracion del vegetal vivimos. Nuestros pulmones y nuestra sangre tienen calor propio como los apartados soles. La red de nuestros nérvios se agita como un arpa al choque de la electricidad. La partícula de hierro escondida en las entrañas de la tierra, ó el fósforo diluido en las estelas del mar, pasa por el

movimiento eterno y la trasustanciacion universal á los lóbulos de nuestro cerebro. No hay sino ver á los animales inferiores para notar cuán estrecho parentesco tenemos, así con los séres animados, como con los séres inanimados en todas las escalas misteriosas de la creacion.

El Universo es el hogar de la vida, y la pátria es el Universo del corazon. No me digais que preferís otras tierras á la tierra de vuestros padres. Como dice con mucha razon uno de los más elevados escritores, y uno de los más profundos talentos de nuestra época, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, no creo en ese cosmopolitismo. Siempre me ha conmovido el sacratísimo lugar donde mis abuelos yacen durmiendo el sueño eterno; porque he creido que aquellos huesos eran como las raices por donde estoy ligado á la tierra, como los eslabones de la cadena que me tiene unido á los pasados tiempos. Las historias de aquella edad, contadas al amor de la lumbre en las largas noches de invierno, despertaron los sentimientos del patrio-

[redacted]

tismo en mi corazon. Parece que todavía veo á la madre de mi madre en su silla cercana á la chimenea. Reunia al carácter entero de un hombre, toda la delicadeza y toda la ternura de una mujer, de una madre. Nos referia el sitio de Alicante por los franceses, la rabia del general, uno de aquellos que luego pasaron á ser mariscales planetas del sol de la guerra y de la gloria. Estaba viuda, y no tenia más apoyo que sus dos hijos mayores. Pues á los dos les puso los cordones, como se decia entonces; los hizo cadetes para que fueran á combatir al conquistador. El menor de ellos murió al poco tiempo, cuando ya era teniente, y apenas tenia diez y nueve años, atravesado por una bala francesa, en el sitio de Tarragona. Al recibirse la noticia de esta desgracia, mi casa fué un mar de lágrimas; mi abuela creyó enloquecer ó morir. Uno de sus vecinos, afrancesado por más señas, fué á consolarla en el amargo trance; y á sus consuelos se mezclaban algunas reconvenciones, por haber consagrado aquellos niños contra un hombre tan poderoso como Napoleon, y á una

causa tan desesperada como la causa de España. Mi abuela, que era toda corazon, toda sentimiento, como la generalidad de las mujeres en el Mediodía de España, suspendió su llanto, enjugó sus ojos y díjole al vecino: «Sólo siento no tener más hijos para llevarlos todos contra el conquistador. Y si alguno vacilara ó temiera, seria capaz de matarlo yo misma.» Y la pobre abuela, que no contaba nunca aquella historia sino entre sollozos, y que añadia la particularidad de haber sido su hijo el último oficial enterrado regularmente y con todos los honores de la Ordenanza en aquel tremendo y heróico sitio, digno de ir en pos del sitio de Gerona, concluia su relato con estas palabras: «Hijos mios, amad sobre todo en el mundo á la pátria.»

¡Oh! La pátria, la pátria. En ella se contienen todos nuestros recuerdos y todas nuestras esperanzas. De ella se alimenta toda nuestra vida. No hay lugar como el lugar ungido por las lágrimas que le ha costado á nuestra madre nuestro sér. No hay en el planeta aire como el aire que ha recogido los

[redacted]

primeros suspiros del pecho, ni templo como el templo donde se han disipado las primeras oraciones del alma. Los primitivos recuerdos que acariciais, los primeros objetos que mirais, las primeras ilusiones y los primeros amores que sentís, los amigos de la infancia, los próximos parientes que han dirigido vuestros pasos, el libro en que habeis deletreado, el papel de los palotes, el manjar de vuestros primeros años, la escuela del pueblo, el huerto de la casa paterna, el viejo mueble donde habeis visto dibujarse la sombra de vuestros mayores; todo esto, consagrado por vuestra inocencia, forma como el paraiso de la vida, en que el mal no se conoce, ni apenas el dolor.

Pero la pátria no es solamente vuestro hogar y vuestro pueblo; la pátria es vuestra nacion. Un agregado de familias, una raza que pone en comun sus aspiraciones, sus recuerdos, su historia, sus leyes, no explican la idea de la nacion. Es algo más. Es un organismo superior, es una personalidad altísima, es un espíritu más elevado que el espíritu in-

dividual y el espíritu de familia; es una dilatacion del sér y de la vida. El espíritu nacional ¡ah! lo sentís al través de los siglos; lo veis al través del espacio. El tiempo, la historia, la tierra misma, las afinidades de raza lo forman, como la física, la química, la biología vivientes del planeta forman y componen las organismos. Explicadme si nó por qué preferís vuestra humilde Sagunto á todo el génio de Anníbal; vuestro pobre Viriato á toda la gloria de Roma; vuestro montañés de Roncesvalles, con su cuerno al cinto, y su primitivo grito eúskaro en los labios al poder de Carlo-Magno; vuestras toscas milicias castellanas al explendor de Damasco y de Bagdad; morir con Daoiz y con Velarde á triunfar con Murat y con Napoleon.

Los antiguos sólo veian los muros de su ciudad. Más allá de Cartago, de Tiro, no habia sino tierra de conquista, viveros de esclavos. Cuando una ciudad caia, caian sus dioses, sus leyes; y así, á una derrota preferian sus habitantes la muerte. El Dios más espiritual del Oriente era Dios de la montaña

[redacted]

de Sion. Á las orillas de apartado rio no lo veian sus hijos. Para nosotros la pátria se extiende, se dilata por toda la nacion. Y su espíritu, el espíritu nacional es como una atmósfera que envuelve nuestra alma. Aunque no tuviéramos otra razon para creer en el espíritu nacional, tendríamos la razon del lenguaje. No podeis pensar ni emitir vuestro pensamiento sino valiéndoos de la palabra. Por muy entendido que seais en lenguas clásicas ó en lenguas extranjeras, no sabeis pensar sino en vuestra lengua propia. Y el uso os obliga á que amoldeis los pensamientos más abstrusos, las ciencias más nuevas, las séries de ideas más originales al génio de vuestra lengua; prueba evidente de que la pátria penetra con su sér hasta lo más profundo de vuestro sér, con su alma hasta lo más íntimo de vuestra alma. Y así todos los pueblos han adorado á sus oradores, á sus poetas, á sus filósofos, á sus escritores de génio, porque en sus obras traen y conservan algo más que su ciencia y su arte; traen y conservan el génio nacional.

Y este génio se perpetúa á través de los siglos, como se perpetúa el carácter. Séneca ha escrito en latin; el último de los Abdibitas ha escrito en árabe; Góngora ha escrito en castellano. Pues son tres poetas hermanos, y sus dramas, sus elegías, sus poemas revelan el mismo génio al través de los siglos, el génio que se evapora de las tierras de Andalucía, de las orillas del Guadalquivir, de las sierras de Córdoba, exuberante, hiperbólico, audaz, pujantísimo, asiático, ardiente como nuestra tierra y como nuestro cielo, como la sangre que corre por nuestras venas, como las pasiones de nuestro pecho, como las tempestades de ideas que estallan tonantes en nuestras encendidas almas.

Pues si desde el aire que respiramos hasta las calidades ó los defectos que tenemos pertenecen á nuestra pátria, ¿por qué no amarla con exaltacion, con delirio? Todo muere en nosotros cuando muere la nacion. Mirad si nó al judío en la historia antigua y al polaco en la historia moderna. Amarga hiel se ha mezclado á su pan. Negra sombra se ha extendi-

lluvia, pero no podrá llover. Para todas estas grandes obras se necesita el inmenso laboratorio del Universo. La voluntad de algunos indivíduos, las combinaciones de algunos conjurados, producirán un motin, pero no producirán una revolucion, ese estallido de la conciencia pública, ese movimiento de generaciones enteras, ese impulso incontrastable hácia un nuevo ideal, esa sed de reformas, esa condensacion milagrosa de abstrusas ideas, esos dias tempestuosos y creadores, que matan y vivifican con la expontaneidad y el vigor de la misma naturaleza.

Nuestros demagogos toman unos cuantos nombres de batalla, organizan misteriosamente secreta sociedad, numeran sus afiliados, los reunen á hurtadillas en sitios misteriosos, les distribuyen consignas fantásticas y papeles trágicos, les redactan, sin consideracion alguna á la realidad y á sus exigencias, extraños programas capaces de reformar desde los abismos de la tierra hasta los abismos del cielo; y luego creen bastar cuatro tiros ó cuatro gritos en las calles para que todas es-

se amoldan á las concepciones individuales, á las fórmulas psicológicas de un pensador solitario, á los extravíos de una imaginacion exaltada, cuando tienen sus leyes independientes de todas las arbitrariedades y de todos los egoismos. El segundo error consiste en creer que basta una conjuracion para producir grandes revoluciones. La conjuracion suele conseguir algun resultado allí donde la sociedad se personifica en una familia ó un hombre. La historia de las monarquías absolutas, de los gobiernos autocráticos, están llenas de conjuraciones felices, como lo prueban evidentemente los anales del Imperio romano y los anales del Imperio ruso. Pero donde las sociedades son muy complicadas, las instituciones muy numerosas, la civilizacion muy viva, los derechos muy dilatados, no puede disponer un conjurado á su arbitrio de la suerte de una generacion y del porvenir de un pueblo. El sábio en su laboratorio podrá analizar los elementos componentes del aire, pero no podrá componer la atmósfera del globo; podrá conocer los fenómenos de la

lluvia, pero no podrá llover. Para todas estas grandes obras se necesita el inmenso laboratorio del Universo. La voluntad de algunos indivíduos, las combinaciones de algunos conjurados, producirán un motin, pero no producirán una revolucion, ese estallido de la conciencia pública, ese movimiento de generaciones enteras, ese impulso incontrastable hácia un nuevo ideal, esa sed de reformas, esa condensacion milagrosa de abstrusas ideas, esos dias tempestuosos y creadores, que matan y vivifican con la expontaneidad y el vigor de la misma naturaleza.

Nuestros demagogos toman unos cuantos nombres de batalla, organizan misteriosamente secreta sociedad, numeran sus afiliados, los reunen á hurtadillas en sitios misteriosos, les distribuyen consignas fantásticas y papeles trágicos, les redactan, sin consideracion alguna á la realidad y á sus exigencias, extraños programas capaces de reformar desde los abismos de la tierra hasta los abismos del cielo; y luego creen bastar cuatro tiros ó cuatro gritos en las calles para que todas es-

tas extrañas fantasías de su mente tomen carne, hueso, sangre, y bajen á la viviente realidad, que sólo se modifica y se mejora con mucho tiempo y muchísimo trabajo. En otros dias, los grandes enemigos de las democracias estaban naturalmente entre los reyes, los sacerdotes, los aristócratas; hoy, despues de nuestros progresos, despues de vencidos y destronados los reyes, hállanse los mayores enemigos de los republicanos y de los demócratas entre los demagogos, y el mayor peligro de la democracia en la demagogia y sus utopias.

Vosotros, los demagogos, llenais la conciencia popular de ideales groseros é irrealizables á un tiempo, el ánimo de temores y aprensiones, el aire de tempestades, y engendrais la reaccion. ¿Quién amenazó constantemente al Gobierno provisional en 1848? La demagogia. ¿Quién sembró la calumnia contra los mejores patriotas? La demagogia. ¿Quién llenó los clubs de sublevados y las calles de manifestaciones y manifestantes peligrosos? La demagogia. ¿Quién violó desca-

radamente la inviolable majestad de la Asamblea nacional? La demagogia. ¿Quién mantuvo las jornadas de Junio, fin de nuestras esperanzas? La demagogia. ¿Quién, sitiado París, se sublevó contra el Gobierno de la tercera República francesa demostrando no haber aprendido, no haber olvidado nada? La demagogia. ¿Quién nos deshonró despues con la horrible sublevacion de los comuneros? La demagogia. Es la enfermedad, la horrible enfermedad de que padecen las democracias modernas, que no podrán salvarse, que no podrán robustecerse, sino se limpian fuertemente de esa lepra.

El tipo acabado, perfecto, del demagogo en Francia, es Blanqui. Cuesta gran trabajo tratarlo con toda la severidad que merece cuando se recuerda su constancia rayando en tenacidad, su fé rayando en fanatismo, sus desgracias rayando en martirio; los combates que ha sostenido, las amarguras que ha devorado, el triste cautiverio en prision horrible que ha sufrido; los malos tratamientos que en ese cautiverio le han cruelmente pro-

bado; toda su existencia, que es como una llaga manando sangre, como un tormento sin término y sin medida, digna de aquellos penitentes y aquellos cenobitas que lo sacrificaban todo á su fé, con la esperanza de compensacion larguísima en el cielo, mientras Blanqui no espera esa compensacion ni en las páginas mismas de la historia.

Pero cuando se recuerda que sus utopias inverosímiles, sus agitaciones estériles, los deseos despertados por su palabra en el ánimo de las muchedumbres, deseos sin realizacion posible aquí en la tierra, las conspiraciones urdidas en la sombra y ocasionadas á toda suerte de desastres, los motines sin justificacion han alarmado las conciencias más serenas, han retraido de la vida pública á los mejores ciudadanos, han sembrado de deportados las lejanas islas, de cadáveres las calles, de aprensiones reaccionarias los ánimos, de ideas siniestras las inteligencias, haciendo abortar dos revoluciones y casi perecer dos Repúblicas, con lo cual cayó una generacion, nacida para la libertad en la servidumbre, el

corazon más sensible, más henchido de compasion y de ternura no puede impedir que se levante la conciencia airada condenando al autor de tantos males á la eterna é inapelable maldicion de la historia.

Blanqui, más que contra los reyes, ha conspirado contra los republicanos. Uno de los medios políticos que empleaba con más empeño y más éxito para captar el ánimo del pueblo y perder á los grandes ciudadanos, era la calumnia. Y con la calumnia no perdia á sus rivales; perdia á la República. Los pueblos más demócratas de Europa, con raras excepciones, tienen educacion monárquica, educacion fetichista. No ven tanto las ideas como los hombres que las personifican. Y matando con el veneno de la calumnia estos hombres en la conciencia general, matais la idea misma, porque es difícil elevar pueblos fetichistas, pueblos de tradiciones monárquicas, á la concepcion y al culto de lo ideal. Los calumniados se defienden, como es propio de la naturaleza humana. En la defensa acusan. En la acusacion mezclan á su vez, llevados del ardor de la

pelea, otras calumnias. Y la impopularidad cae sobre todo y sobre todos. Y de aquí los enemigos irreconciliables, los ódios inextinguibles entre los hombres del mismo partido, que arrastran en el torbellino á sus amigos y crean facciones implacables, sobre las cuales alza su bandera triunfante la reaccion. El principio de libertad lleva en sí gérmenes de intransigente individualismo; el individualismo lleva en sí gérmenes de anarquía: que como todo cuerpo tiene su sombra, todo principio tiene su inconveniente. Y si á esto unís dentro del organismo de la libertad el corrosivo de aviesas pasiones, correis el peligro cierto de una catástrofe irreparable. Las mútuas calumnias de los republicanos han tristemente contribuido en mucho á perder la República. Ya lo dijo el gran fisiólogo de la sociedad, Maquiavelo, en palabras indelebles, fórmulas esculpidas en el bronce de la inmortalidad. «El que atentamente lea la historia de »Florencia, verá cómo la calumnia ha perse»guido en todo tiempo á los ciudadanos com»prometidos en públicos negocios. Decíase del

»uno que habia robado el dinero del Erario; »del otro que no habia alcanzado la victoria »por haberse vendido al enemigo; del de más »allá que su ambicion era causa de tal ó cual »desgracia. Resultaban así mútuos ódios, y »se venia bien pronto á rompimientos, de los »rompimientos á las facciones y de las fac- »ciones á la total ruina del Estado.»

«Entre los medios de que se vale más de un »ambicioso para llegar al poder, la calumnia »no fué el ménos eficaz. Esparcíanla hábil- »mente contra los poderosos que contrasta- »ban su avidez, y servia á maravilla en sus »proyectos; porque tomando el partido del »pueblo, cuyos celos contra todo cuanto se »eleva mantenian, llegaban sin esfuerzo á »captar su voluntad. Muchos ejemplos pudie- »ra citar en apoyo de su aserto; pero me con- »tentaré con uno solo.»

«El ejército de Florencia sitiaba á Luca »bajo el mando de maese Juan Guicciardini, »comisario de la República. Fuera torpeza, »fuera desgracia, la suerte quiso que no se »tomara Luca. Sin averiguar la verdadera

»causa, echóse la falta sobre maese Juan, y »se le reprochó el haberse dejado ganar y »corromper por los de Luca; y apoderados »sus enemigos de esta calumnia, cayó casi en »la desesperacion. En vano para defenderse »prometió entregarse prisionero en manos »del capitan del pueblo; no pudo jamás dis- »culparse.»................................

....

«Resultó de aquí profunda enemiga entre »el partido de maese Juan, formado de los »grandes, y el partido que pugnaba por mu- »danzas en el gobierno. Estas enemistades, »atizadas diariamente por diversas causas, »produjeron al cabo incendio que devoró toda »la República.»

Parece que, leyendo estas páginas, asistis en espíritu al dia nefasto del 31 de Octubre de 1870, cuando el periódico de Félix Piat anuncia en París sitiado la capitulacion de Metz, y los demagogos, dirigidos por Blanqui, la atribuyen á traicion del gobierno republicano. Y convocan los clubs más exaltados, y pronuncian los discursos más incendiarios, y

profieren los juramentos más terribles, y tocan á rebato, y arman las muchedumbres, y se encaminan á la Casa de la ciudad, y la violan, y la asaltan, y la invaden, y derriban el gobierno que tenia en sus manos toda la fuerza y en su prestigio toda la autoridad, á la sazon irreemplazable, insustituible, y se entregan á las mayores demencias, con daño de la República desacreditada, de la pátria herida, y provecho y contentamiento del sitiador, del extranjero.

Recuerdo ahora mismo, porque viene muy al caso, mi última entrevista con Delescluze, que yo describia de esta suerte á los periódicos americanos en carta fechada desde París el 28 de Setiembre de 1869. «Es el director »del *Reveil* un demócrata catoniano. Su esti»lo severo, á cada frase revela su carácter »íntegro. Ha padecido mucho por la libertad »y ha soportado con verdadera entereza sus »padecimientos. Piensa como un filósofo, y »procede como un mártir. Pero tiene la inve»terada manía de criticar á los demócratas »extranjeros, y maldecir á los demócratas

»franceses. Como al entrar en su redaccion »notara yo que tenia pegados con engrudo á »las paredes los vivas de nuestro partido en »la revolucion de Setiembre, y el «Viva á la »República,» pero recortado, suprimido siem- »pre el adjetivo federal, me dijo: Vosotros »habeis sido los demócratas más sensatos y »más hábiles de toda Europa. Y para que el »diablo os coja por alguna parte, habeis aña- »dido al grandioso nombre de República el »maldito apellido de federal. ¿Á dónde vais »con ese estúpido girondinismo? Á la debili- »dad en el poder, á la desmembracion y frac- »cionamiento en la nacion, á la impotencia »para todo influjo sobre Europa, á una ruina »cierta en el dia, para mí cercano, de vues- »tro definitivo triunfo.»

«Defendime, y defendí mi federal como »pude, y rodó la conversacion sobre los de- »mócratas y los republicanos franceses. Im- »posible decir cómo los puso á todos. No ha- »bia por dónde cogerlos. Yo los nombraba »uno por uno, y él los rechazaba á porfía. En »honor de la verdad, debo decir que excep-

»tuaba á Ledru-Rollin. Fuera de éste, los de-»más eran réprobos. ¿Julio Favre? Un aboga-»do que defendia con arte la República, y »deseaba perder su pleito. ¿Gambetta? Un »ambicioso. ¿Víctor-Hugo? Un poeta lóco y »avaro. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Pelletan? »Un escritor garrulo y un político incapaz. »¿Cremieux, Garnier-Pages, Carnot, Glais-»Bizoine? Viejos chochos, mezcla de lujuria »por el poder y de incurable impotencia. »¿Luis Blanc? Un comunista capaz de perder »cien repúblicas. Pues si Francia y el pueblo »francés piensan como vos, le dije, no dudo »que tras la próxima caida del Imperio triun-»fe la República; pero tampoco dudo de que »mandarán en ella los monárquicos.»

¿Se ha cumplido mi presentimiento? Pues Blanqui es más implacable todavía que el desgraciado Delescluze. Resumamos la vida de aquel en breves rasgos. El año de 1827 aparece por vez primera Blanqui en atrevido motin, y saca ancha herida en el cuello. El año de 1830 combate con valor en las barricadas de Julio. El año de 1831 promue-

ve una sublevacion escolar contra su catedrático Mr. Barthe. Al año siguiente es condenado á doce meses de prision y doscientos francos de multa por otra calaverada política. El año 1834 sufre nueva condena á dos años de prision y tres mil francos de multa por maniobras de sociedades secretas y complicidad en atentado de regicidio. El año 1837 es expulsado de París y obligado á vivir bajo la vigilancia de la autoridad de Pontoise. El año 1839 promueve un motin sangriento por el mes de Mayo y cae preso en el mes de Octubre. Desde Octubre de 1839 á Febrero de 1848 anda de prision en prision y de hospital en hospital. En el mismo mes de Febrero protesta contra la desaparicion de la bandera roja. En Marzo promueve un motin socialista. En Abril toma parte en las manifestaciones contra el desarme de la Milicia de Rouen y por la expulsion del ejército de París. En Mayo invade y disuelve la Asamblea nacional. Cae, á consecuencia de este nuevo atentado, preso, y continúa en prision hasta la amnistía de 1859. Vuelve en 1861 á Francia, y á los pocos

meses, de nuevo es sorprendido en crímen de sociedad secreta y condenado á cinco años de presidio. Viene la tercer República, y continúa perturbándola. El 31 de Octubre de 1870 toma parte en el motin contra el Gobierno de la defensa nacional, y á primeros de Marzo de 1871, despues de haber alarmado nuevamente los ánimos en París, huye, y cae nuevamente en manos del gobierno, que lo tiene como el gobierno de la restauracion, como el gobierno de Luis Felipe, como el gobierno de la segunda República, como el gobierno del segundo Imperio, en durísima prision.

No encontrareis entre los conspiradores europeos ninguno tan audaz, tan creyente, tan constante, tan probado por toda suerte de infortunios, y por lo mismo ninguno tan temible para la seguridad de los gobiernos, y tan calamitoso para el progreso y el desarrollo de las democracias. Los hombres que pasan la mitad de su vida y de su tiempo entre confabulaciones insensatas y la otra mitad entre barricadas estériles; siempre con el santo y seña del motin audaz en los lábios y

el puñal infame del demagogo en las manos; aunque tengan las cualidades más altas, y la inteligencia más comprensiva; aunque les acompañe la habilidad más exquisita y el valor más heróico; sólo sirven para engendrar esas agitaciones precursoras de la reaccion y para dejar tras sus pasos un reguero indeleble de lágrimas y sangre, que provoca horror á la libertad, y arrastra generaciones enteras al suicidio del alma, á la abdicacion del derecho.

¿Qué han alcanzado los demagogos furiosos de la última crísis francesa? La maldicion de los buenos, el destierro para sí, el retroceso universal. Ahora mismo han alcanzado por gran fortuna huir de las apartadas islas, donde los habia confinado el gobierno, y esquivarse á los tormentos de las deportaciones con los tormentos de la emigracion. La imágen del tenaz conspirador es Blanqui. Nada le falta para el cumplimiento de su vocacion y el ejercicio de todas sus maniobras; ni la inteligencia flexible, ni la imaginacion fecunda en expedientes y en recursos, ni el

desprecio á los bienes de este mundo, ni el fanatismo por las ideas avanzadas, ni la exaltacion del carácter, ni la hiprocresía, ni la doblez cuando á sus fines convienen. Ha consumido en eso su vida. ¿Y qué ha alcanzado? Asociar su nombre á todas las revoluciones, participar de todos los motines, ser un conspirador permanente contra la monarquía de Luis Felipe, para convertirse luego á la hora del peligro de muerte y al pié de la horca en acusador de sus compañeros; perturbar la segunda República hasta violar su Asamblea y caer en prision; perturbar la tercer República, y bajo el látigo de fuego manejado por las legiones extranjeras, sembrar la discordia para recoger la execracion de todos los buenos y la derrota de su pátria. Todos cuantos aman la libertad deben aborrecer la demagogia.

Blanqui es bajo de talla, moreno de color, nervioso de temperamento; sus ojos negros y penetrantes, su nariz puntiaguda, sus lábios finísimos, su sonrisa siniestra, su pelo cano, su voz temblona y ágria; la expresion

de su rostro acusa la invencible energía del carácter y la salud que conserva en medio de tan horribles padecimientos la intachable pureza de sus costumbres; sus espaldas encorvadas y sus piernas vacilantes le dan caractéres seniles en consonancia con su edad, que raya en los setenta; y lo descuidado y aun sucio de su traje revela á un mismo tiempo que es pobre de fortuna y que está consagrado enteramente al culto erróneo y fanático, pero al culto desinteresadísimo de una idea.

Los demócratas de todos colores le han aborrecido siempre. Lamartine no sabia cómo justificar el haberlo admitido una vez en su casa. Ledru-Rollin decia que llevaba en vez de corazon una bolsa de hiel. Luis Blanc muestra que le ponia miedo toda manifestacion política en que el feroz demagogo tomara parte. Dafaure declaró en público juicio que habia denunciado sus compañeros de conjuraciones á los gabinetes de Luis Felipe. El íntegro Barbes le creyó siempre traidor; y cuando presente con él, por la violacion de la Asamblea, ante los tribunales, en el mis-

mo banquillo de los acusados decia Blanqui algo que pudiera á Barbes referirse, exclamaba Barbes: «Os intimo que no hableis de mí.» Eran las ocho de la noche de 1870. Los milicianos del centro de París, todos adictos á la República, se reunian en el local de la Bolsa. Se habla de reaccion, de maquinaciones; se les conjura para que vayan á derribar al gobierno y á salvar la República. Unos vacilan; otros se deciden por los revolucionarios y casi quieren gritar que se proclame la Commune de París. Mas al pronto saben que Blanqui está al frente de todo y exclaman: «Con Blanqui jamás. Él perdió la República de 1848; él perderá la República de 1870.»

En el momento que corre, dada la situacion especial de Francia y el estado de los ánimos; para evitar revoluciones que pudieran herir gravemente la paz pública y la prosperidad material; para evitar reacciones que á su vez pudieran herir más gravemente aún las libertades indispensables y el progreso pacífico; necesítase á toda costa el predominio del partido que tiene el conocimiento

práctico de la realidad, el amor verdadero al ideal, y el sentido de la política posible, que ha de aliar la autoridad social con los derechos individuales dentro de la República.

Cuando se ha vivido mucho tiempo; cuando se ha trabajado por la libertad y por la democracia con empeño, échase de ver, y á primera vista, en cuanto llega la hora del triunfo, que nos hemos curado de todo, de los derechos del indivíduo, de las instituciones progresivas, de los programas científicos, ménos de aquella condicion esencialísima á la vida de las sociedades, ménos de la seguridad general, cuya ausencia trae males tan graves y tan profundos, tiranías tan desordenadas y tan peligrosas, que obligan á los pueblos á suspirar por la autoridad derribada y á echarse en brazos de una ciega reaccion. El partido que provea al afianzamiento de las instituciones modernas, á la proclamacion de la República, á la autoridad, al órden social, sobre todo, á esa seguridad, sin la que la vida es tempestuosa y el progreso incierto, será el partido depositario de la política sa-

ludable á esta época procelosa de transicion y de crísis.

Este partido es la realidad viviente. Rechaza con ardor y con empeño la reaccion insensata hácia la monarquía legítima. Maldice aquel funestísimo desolador Imperio, que despues de haber opreso á Francia tanto tiempo, deshonrado su nombre, puesto el veto de la dictadura á las expansiones de la conciencia y del pensamiento para prolongar su expirante vida, lanzóse sin fuerzas proporcionadas á los tributos extraídos, sin madurez ni en la voluntad ni en el juicio, como ciego y demente, en la tromba y los huracanes de la guerra internacional, que lo arrastran y lo aplastan allá en las llanuras de Sedan hasta obligarle á dejar cuatrocientos mil prisioneros de guerra; treinta y seis departamentos invadidos; la capital asediada y palpitante bajo las amenazas del incendio y los horrores del bombardeo; veinte mil millones de reales por rescate; dos provincias desmembradas del suelo francés para vivo testimonio de la derrota; y luego la guerra civil engendrada

por los males de la guerra extranjera y por las visiones y los ensueños de una larga y deshonrosa servidumbre. Y si este partido rechaza el Imperio, rechaza con más vigor aún la Comunidad de París, á la cual venció y soterró con vigor equidistante de dos utopias al igual dañosas, de la utopia de lo pasado y de la utopia de lo porvenir.

Este partido se ha formado de una manera natural y por procedimientos profundamente lógicos. De un lado aquellos republicanos que, advertidos por la experiencia, desean realizar gradualmente la emancipacion de la democracia, como procede en sus séries, y en sus evoluciones y en sus organismos la naturaleza, conságranse á robustecer la autoridad social dentro de la República; y á su vez, de otro lado, aquellos monárquicos que han querido la monarquía, sólo como áncora de la libertad, advertidos por la lógica de los hechos, por la enseñanza de la historia, renuncian á los poderes de orígen divino, de carácter hereditario, y se consagran á encerrar los poderes de orígen nacional y de carácter de-

mocrático dentro de su forma genuina y propia; dentro de la República. Son estos, en verdad, hombres de ciencia y de experiencia que conocen el principio más axiomático y más fundamental de la política, el principio de que no hay derecho alguno á sacrificar los intereses permanentes de la pátria á la consecuencia con ideal dogmatismo. La verdad es que el sentido comun y el sentido moral sólo llaman apostasías al cambio de ideas por móviles interesados y en sentido reaccionario. Es apóstata Juliano, que pasa del cristianismo al paganismo; no son apóstatas ni San Pablo, que pasa del judaismo, ni San Agustin, que pasa del paganismo á la idea cristiana. La conversion de Emilio Ollivier, por ejemplo, de la República á la monarquía, es una gran deshonra; la conversion de Mr. Thiers de la monarquía á la República es una gran gloria. El partido que le sigue y que le apoya en esta empresa tiene el verdadero sentido de la política necesaria; y tendrá la gloria de haber iniciado la educacion de una gran democracia y el establecimiento de una gran República.

nuevamente restaurada en la revolucion de 1830, despues de haberla visto perder la libertad y combatir la democracia desde las primeras á las últimas horas de la restauracion legitimista; el apego al ideal británico, incompatible con nuestras leyes y tradiciones, con nuestro temperamento y carácter, devotos rendidamente de una verdadera igualdad; la apoteosis de Napoleon, que tanto contribuyera al renacimiento del Imperio y tanto ocultara á los ojos del pueblo los crímenes y los errores del cesarismo; el estrecho criterio con que examinaba la política internacional, los cambios radicales de Italia y de Alemania, y el espíritu mezquino con que proponia la desmembracion y la debilidad de todas las naciones vecinas en provecho de la unidad y de la grandeza de Francia; la ira enconada con que atizó la guerra contra Prusia, presentándola como una tradicion histórica de su pátria, aunque en el momento de condensarse todas aquellas ideas y comenzar aquella tremenda batalla, con el pretexto de la falta de preparacion, se arrepintiera y predi-

cara una paz, á la sazon más necesaria que nunca, pero quimérica, imposible.

Y sin embargo ¡con qué gloria ha rescatado todas sus faltas y ha corregido todos sus errores! El obligó á una Asamblea, imbuida de espíritu monárquico, á reconocer y aceptar la proclamacion de la República democrática. El ajustó una paz inevitable, alcanzando que no acabara de perderse y desmembrarse la integridad de Francia. El pagó un rescate de veinte mil millones de reales, que todavía parece fabuloso. El alejó al extranjero de Francia. El reorganizó el órden y la seguridad pública; la administracion y los ejércitos de mar y tierra. El venció la desenfrenada demagogia que habia hecho de París antro de sus utopias y de sus fieras. El aconsejó constantemente que se admitiera y se proclamara la República definitiva como puerto de refugio contra las aventuras monárquicas en el interior y en el exterior contra la guerra. Derribado por una coalicion monárquica, él ha sostenido en sus manos vigorosas, jamás abatidas ni por los reveses ni por los años, la en-

seña que puede unir á todos los franceses en comunidad de ideas y de aspiraciones, la gloriosa enseña de una prudente y verdadera República. Por esa razon triunfa y triunfará su política. Es la política del progreso y de la conservacion; la política del movimiento y de la estabilidad; la política que contiene los dos términos necesarios en todas las sociedades, y más especialmente en las sociedades democráticas, la autoridad y la libertad.

Hasta los más empeñados en prolongar la interinidad para traer á su término la monarquía, comprenden que Francia no puede continuar en el marasmo de la incertidumbre sin caer en el desmayo de la muerte. Muchas y nuevas intimaciones se han dirigido al conde de Chambord para que renuncie á su bandera blanca, á la bandera de sus padres, y abrace la bandera tricolor, la bandera de los verdugos de sus padres. Pero el conde, íntegro en su carácter y tenaz en sus opiniones, y fiel á lo pasado, se aferra constantemente, sin vacilacion y sin duda de ningun género, á los apotegmas fundamentales de su política y á

los signos consagrados de su familia. Hace bien. Se parece á los sacerdotes paganos que sacrificaban á los dioses en los últimos dias de la antigua Roma. Esas figuras que se levantan sobre los sepulcros, si no son figuras gloriosas, son figuras estéticas. Sólo á los peregrinos neo-católicos, que creen á una en duendes, brujas y aparecidos, puede ocurrírseles ahora la idea de alzar un Borbon petrificado en los terrenos primitivos de la historia con las instituciones modernas henchidas de luz, de calor, de electricidad, de vida. La República será proclamada definitivamente. El septenado del general Mac-Mahon será admitido por todos los lados de la Cámara, excepto esa derecha, aferrada á sus altares y á su trono. Y la tercer República francesa tendrá por lo ménos una duracion que no tuvo la segunda, sólo subsistente por tres años; que no tuvo la primera, sólo subsistente por diez años, tendrá doce años de existencia. Y á los doce años, penetradas las inteligencias de su práctica utilidad, habituados los pueblos á su normal ejercicio, habiendo entrado en las costumbres, la República

no será destruida ni cambiada por otra generacion que se haya educado en su seno; será mejorada y refundida, á fin de que contenga en sus amplísimos moldes, en sus flexibles formas, el ideal de nuestra conciencia y el espíritu de nuestro tiempo. Las generaciones que han nacido bajo la monarquía, si no quieren perder en vanos esfuerzos revolucionarios y en vanos juegos de palabras su tiempo, deben contentarse con fundar la República y remitir á las generaciones subsiguientes el trabajo de perfeccionarla. Es el general Mac-Mahon limitado en sus alcances, rudo en su carácter, escaso de conocimientos así militares como políticos; pero leal, muy leal, incapaz de una traicion, como aquellos sus predecesores que abandonaron Irlanda y vinieron á Francia y á España para ser fieles, fidelísimos á la Iglesia católica perseguida y á la familia de los Estuardos destronada. Por consecuencia, la República francesa nada tiene que temer del hombre á quien ha confiado su suerte, su duracion, sus instituciones. Y el conde de Chambord no tendrá que violentar-

se admitiendo la bandera bajo cuyos pliegues bajaron Luis XVI y María Antonieta las gradas del trono, y subieron las gradas del cadalso; la bandera á cuya sombra huyeron, se rompieron y dispersaron los ejércitos aliados de sus abuelos; la bandera que descolgó Luis XVIII cuando tornó á ceñirse la corona tradicional restaurada entre el humo de Waterlóo y el polvo de las ruinas de Francia; la bandera que invocaba Louvois cuando hería de muerte al duque de Berry, á la puerta de un teatro; la bandera exaltada por Thiers, el enemigo de los Borbones, y bendecida por Luis Felipe, el traidor á la familia; esa bandera que ha acogido y abrigado por espacio de ochenta años á todos los implacables enemigos de la antigua casa de Borbon. Sí; dados los antiguos compromisos de los reyes, las nobles aspiraciones de los pueblos, no hay más bandera que la bandera de la República.

Divídese el partido republicano en dos escuelas fundamentales; en la escuela radical y la escuela conservadora. Dos libros se han

publicado por dos jóvenes diputados de una y otra fraccion de la Cámara, que resumen y concretan las respectivas ideas de estos grupos: el libro de Mr. Gustavo Naquet, diputado radical, y el libro de Mr. Duvergier de Hauranne, diputado conservador. Las ideas del partido radical son justas; los procedimientos del partido conservador son necesarios en este momento histórico. El espíritu verdadera y genuinamente republicano, se encuentra en el libro de Mr. Naquet, como el procedimiento único por ahora que puede infiltrar ese espíritu en las leyes y en las costumbres, se encuentra en el libro de Mr. Duvergier de Hauranne. Dice el primero, y dice con razon. La República no consiente ningun poder irrevocable ni infalible. Las generaciones presentes no tienen derecho á comprometerse por las generaciones venideras, creando un poder inamovible, hereditario, que las marque desde la cuna con el sello de la monarquía. Todo poder será electivo. El órden es artificial cuando sólo se sostiene por la fuerza; el órden es natural cuando se enlaza y se sostiene

por los procedimientos de la libertad. El órden republicano proviene de la armonía de los intereses; el órden monárquico proviene del embrutecimiento de los pueblos. Las cuestiones sociales que en la monarquía engendran la guerra, en la República se resuelven por la libertad; en la monarquía buscan la espada y el cetro de la dictadura, en la República el lento y progresivo desarrollo de las fuerzas sociales, que plantea estos problemas y los resuelve. El progreso es una ley necesaria. Desarrolladlo dentro de instituciones libres; y su evolucion será tan serena como los movimientos del planeta en los espacios; oponedles vallas insuperables y las superará y las arrollará con fuerzas invencibles. El sentimiento más necesario á la fundacion y al desarrollo de una República, es el respeto á la legalidad. Sin el culto más devoto á las leyes no es posible la práctica regular del derecho; y sin la práctica regular del derecho no es posible la existencia de la República.

Es necesario salir del sistema de Asambleas omnipotentes, que unas veces llegan á ser las

humildes siervas de las dictaduras revolucionarias como en 1793, y otras veces de las dictaduras reaccionarias, como en 1873, para entrar en una Constitucion, que dé á cada ciudadano su derecho, y á cada poder su base. En esta Constitucion el partido radical rechaza abiertamente las dos Cámaras. Á fin de evitar la dictadura de una Asamblea y sus resoluciones prontas y peligrosas, pone en la Constitucion fuera de su alcance muchos puntos fundamentales: dá á un Tribunal Supremo el veto suspensivo contra toda la ley anticonstitucional, y remite la solucion del conflicto á una nueva Asamblea que en aquel punto concreto seria y se llamaria Asamblea de revision. El partido radical rechaza la presidencia tal como la constituyen los Estados Unidos, y tal como la organizó el Código de 1848; y proclama un gobierno nacido de la Asamblea, responsable ante la Asamblea, y amovible á voluntad de la Asamblea; sistema, en nuestro sentir, lleno de dificultades y de peligros, porque las Asambleas deliberantes carecen de la unidad y de la cohesion

que se necesita para el gobierno, y ponen á cada nueva crísis en gravísimo peligro la paz pública. Como el Poder Ejecutivo depende por completo del poder legislativo, no hay por qué decir que el Poder Ejecutivo carece de la facultad de disolucion y de suspension de la Asamblea, la cual no debe ser renovada parcialmente, sino en su totalidad, no pudiendo tener de duracion nunca tres años.

El partido radical francés rechaza y condena resueltamente la federacion. Dice que la federacion, aplicada á pueblos desunidos, es el camino de formar nacionalidades; pero aplicada á pueblos unidos, es el camino de romperlas y aniquilarlas. En América, donde las diversas colonias, recientemente autónomas, no formaban una grande nacionalidad, la federacion era un progreso; en Francia, donde las provincias se hallan unidas fuertemente y componen esa grande unidad, la federacion es un retroceso. Además, el partido radical francés dice, por la pluma de su jóven representante que, al ver las primeras naciones federales marchar con paso cada

dia más firme hácia la unidad, no habia de admitir que Francia fuera en sentido opuesto, y marchara hácia la federacion, resucitando el estado administrativo anterior á sus revoluciones, y disolviendo su unidad de legislacion, que es el primero y más fuerte seguro de su democracia. Lo único que admite es la descentralizacion ; los asuntos municipales para el municipio, los asuntos departamentales para el departamento, los asuntos nacionales para la nacion, para el Estado.

El partido radical borra de su programa resueltamente uno de sus artículos más queridos y populares; el licenciamiento del ejército. Las recientes derrotas le han advertido que el ejército es indispensable á la existencia de Francia. Es verdad que un ejército numeroso puede ser una probabilidad muy grande de reaccion; pero prefiere correr estos peligros á herir y perder su nacionalidad. Sin embargo, el ejército francés tiene arraigadísimo el respeto á las leyes, el sentimiento de la legalidad, la disciplina y la obediencia. El mismo golpe de estado del 2 de Di-

ciembre demuestra cuán vivo estaba en su pecho el culto supersticioso á la ordenanza, puesto que creyóse en el deber imprescindible de acatar y seguir á sus jefes, aunque sus jefes los lanzaron contra la legalidad. El partido radical dice que es necesario evitar este escollo introduciendo en la ordenanza algunos artículos mediante los cuales se imponga al soldado con la obediencia á sus jefes la obediencia tambien á la Constitucion.

Los puntos esenciales al programa radical son los siguientes: Separacion de la Iglesia y el Estado. No puede admitirse el sistema de la Edad Media que adscribia el Estado á la Iglesia, porque va á dar en la teocracia, opuesta á todo desarrollo progresivo del espíritu; no puede admitirse el sistema absolutista de los tiempos posteriores, que adscribe la Iglesia al Estado, porque va á dar en la autocracia, opuesta á su vez á la libertad primordial de la conciencia humana. Los concordatos modernos, napoleónicos, son todavía más absurdos. Se concibe una religion del Estado, que regule la vida y distribuya la

autoridad y la libertad con arreglo al ideal único de moralidad; pero no se concibe que tres ó cuatro religiones, entre sí enemigas, sean al mismo tiempo religiones oficiales de un solo Estado. La separacion de la Iglesia y del Estado resuelve, y resuelve satisfactoriamente este pavoroso problema.

Otro de los puntos capitales de este programa es el siguiente: Instruccion primaria universal, obligatoria, gratuita y laica. Quieren los radicales la instruccion universal, porque en pueblos, donde el sufragio universal existe, es imposible dejar á la mayoría en completa y espresa ignorancia. Quiérenla obligatoria porque la idea de derecho es correlativa con la idea de deber; y no pueden los derechos reconocidos en el pueblo ser perfectamente practicados si no le ilumina verdadera instruccion. Quiérenla gratuita para que el pobre pueda acercarse á la mesa donde el pan del alma se reparte y comulgar al mismo tiempo que el rico en la comunidad de ideas como en la comunidad de derechos políticos. Quiérenla tambien laica por ser la

consecuencia precisa de la libertad del pensamiento y de la indispensable separacion entre la Iglesia y el Estado. Los datos estadísticos que trae el Sr. Naquet, corroboran la utilidad indiscutible de esta parte de su programa. En Suiza, desde que la instruccion se ha reformado en sentido democrático, las prisiones, llenas antes, se hallan hoy completamente vacías. En 1864 no entró un sólo preso, ni en el canton de Vand, ni en el canton de Zurich; y en el de Neuchatel entraron dos. En España acudian á las escuelas en 1797 cuatrocientos mil niños, en 1855 cerca de setecientos mil; despues que la instruccion es obligatoria un millon trescientos cincuenta mil. Estos datos prueban además que, segun crece la instruccion en los pueblos, mengua el crímen. Y los pueblos morales son los pueblos verdaderamente republicanos y libres.

A estos principios une otros principios como el impuesto pagado por todos, y en proporcion á su fortuna, para que tenga un carácter reproductivo. El impuesto único lo

parece verdadera utopia. En los desmedidos gastos que las crecidas deudas y los grandes ejércitos exigen, imposible, completamente imposible cegar ninguna fuente de ingresos, suprimir ninguna materia imponible. Pero ya que las contribuciones indirectas no pueden suprimirse, propone que se aumenten las directas haciendo el impuesto, no solamente universal, sino tambien progresivo. Y á este fin propone que se suprima el impuesto indirecto sobre las primeras materias de consumo y se cree un impuesto directo sobre la renta.

Despues sostiene que para organizar prácticamente la soberanía popular, para esclarecer el sufragio universal, para dar su verdadera ciencia, su primera sustancia á la República, se proclamen aquellas libertades necesarias, indispensables, que son luminosas como la libertad de la prensa, que son orgánicas como el derecho de asociacion y de reunion. Sin ellas el pueblo estará siempre á merced de la tiranía, y su inteligencia en las sombras, y su derecho será un nombre vano

Y despues de estas cuestiones primeras sostiene una cuestion que ha sido de inmensa gravedad para Francia, que no tiene igual interés para Europa; la cuestion de capitalidad. París, que ha creado Francia; París, que ha sido su núcleo en medio del fraccionamiento de la Edad Media; París, que con sus escuelas y sus Universidades ha producido el espíritu francés; París, que ha visto escribir á Fenelon y ha oido hablar á Mirabeau; París, que ha dado al género humano el espíritu, la esencia del siglo décimo-octavo; París, que ha proclamado los derechos fundamentales del hombre; París, que cuantas veces ha podido dejar oir su voz inspirada ha invocado la República democrática; París debe ser la eterna capital de Francia. Esta ciudad no es capital solamente porque en ella resida el gobierno; es capital tambien por su poblacion, por su riqueza, por su trabajo, por su ingenio, por la superioridad de su instruccion, por los servicios prestados á la causa del género humano, á la causa de la democracia, á la causa de la libertad, á la causa de

la República, á todo aquello que verdaderamente ennoblece y levanta al género humano.

El partido radical francés ha progresado mucho en estos últimos tiempos. Ya no defiende aquellas utopias que en 1848 le perdieron tristemente. Ya no suspira por aquellos cambios profundos y radicales más propios de la cosmologia que de la política. Sus ideas capitales pueden realizarse fácilmente, sin necesidad de alarmar á la sociedad ni de herir sus instituciones fundamentales. Dentro de una legalidad comun los partidos conservadores y radicales alternarán segun lo pidan el estado social y la opinion pública. Los tiempos heróicos del republicanismo francés han pasado. La leyenda revolucionaria se ha desvanecido. Hoy nadie cree posible cambiar profundamente la sociedad con el credo de un profeta en los lábios y el puñal del conjurado en las manos. ¡Dichosos los pueblos donde el partido conservador sostiene la autoridad sin reaccion y el partido radical sostiene el órden sin revoluciones, ambos dentro de

una legalidad comun, dentro de la República! ¡Desgraciados los pueblos donde cada partido tiene su símbolo radicalmente opuesto al símbolo de los partidos contrarios; donde los conservadores creen que no podrán fundar la autoridad sin traer un príncipe de la casa de Borbon, y donde los avanzados creen que no podrán fundar la libertad y la democracia sino dentro de una República cantonal y socialista! Los pueblos libres, como Dios, son pacientes; porque los pueblos libres, como Dios, son eternos. Federales y unitarios han combatido en Suiza; pero han combatido en las urnas, en las controversias, sin derramar ni una lágrima, ni una gota de sangre. A esto mismo debemos aspirar en los perturbados pueblos latinos, á saber medir la distancia que media entre el ideal y la realidad para no atravesarla en uno de esos saltos en que podemos estrellarnos. El partido radical, proponiendo un programa claro, concreto, tangible, sin espejismos fantásticos y sin aspiraciones cosmológicas, ha prestado un verdadero servicio al progreso pacífico de su

pátria y á la causa general de la libertad en el mundo.

Duvergier de Hauranne ha escrito el libro de la República conservadora frente á frente de Gustavo Naquet, que ha escrito el libro de la República radical. Más escritor, más experimentado á pesar de sus pocos años; de abolengo doctrinario, de ideas á un tiempo republicanas y conservadoras, fundamentalmente liberal, fuerza es decirlo, representa este instante necesario en la historia: la combinacion de los elementos conservadores con los elementos republicanos. Ya sabe y conoce que la República conservadora tiene muchos enemigos, de los cuales unos le quitan el adjetivo y se quedan con el sustantivo, otros le quitan el sustantivo y se quedan solamente con el adjetivo. Los unos quieren sólo ser conservadores; los otros quieren sólo ser republicanos. ¿Pero qué republicanos son esos, los cuales no saben que su idea, fórmula de gobierno en largo y dilatado porvenir, tiene muchos grados, no siendo posible llegar á los más avanzados sin pasar por los intermedios:

que la série no se rompe ni en la sociedad ni en la naturaleza? ¿Y qué conservadores son esos, los cuales, para conservar esta sociedad, no encuentran más medio que perturbarla, rehacerla, destruirla, vulnerar la democracia, traer contra la opinion general una monarquía, erigir de nuevo en guerra internacional y europea la autoridad política de los Papas? La República conservadora no es más que la República posible, atenta al estado social presente, que asegura la autoridad sin necesitar para ello de la monarquía y el progreso pacífico renunciando para siempre á las revoluciones, con ánimo de cerrar tanta herida como han abierto las generales discordias y traer una conciliacion entre los partidos liberales que funde un gobierno verdaderamente nacional.

Si en Burdeos se hubiera fundado la monarquía, ¿qué habria sido de Francia? La guerra civil viene en pos de la guerra extranjera. Cada gran ciudad imita á París. El ejército se divide. La parte que vuelve de Alemania con el recuerdo de sus reveses, toma

una bandera; la parte que ha improvisado la dictadura toma otra. La República conservadora no podrá ser el gobierno de nuestra eleccion; pero es el gobierno de la necesidad. Despues de la guerra extranjera, ¿qué hubiese sido una guerra civil?

¡Pobre, pobre Francia! El hijo del Norte ha profanado tus monumentos; ha libado en sus cuernos de caza tu alegre vino; ha herido con el sable afilado en el antiguo martillo de Thor el corazon de tus hijos; ha hollado tu independencia y herido la soberanía de tu República. Las ciudades más hermosas han sido ametralladas, bombardeadas sin piedad. Estrasburgo, que representaba la conjuncion del espíritu germánico y el espíritu latino, la escuela de las dos razas; Estrasburgo, en cuyo seno vivió el descubridor de la imprenta, esa artillería de la inteligencia; Estrasburgo fué un monton de ruinas. Metz, ante cuyos muros se detuvo todo el poder de Cárlos V, Metz capituló. Nancy, la vírgen de Lorena, que repartia en sus vinos chispeantes algo del espíritu francés por las venas de todas las

razas, cayó esclava. Orleans no vió renacer el antiguo génio de Juana de Arco en sus muros, y dos veces fué arrastrada bárbaramente á las tiendas del vencedor. Bretaña, Normandía, se vieron inundadas de guerreros que parecian descender de las nubes como los génios del Apocalipsis, blandiendo los cometas de la destruccion, de la ruina, del caos, en sus manos que destilaban sangre, sangre, siempre sangre. Dijon, la capital de los valientes duques de Borgoña, fué tambien señalada con el estigma de los esclavos. Y mientras Lyon, Marsella, Burdeos, se apercibian á nuevos sacrificios, París sitiada, el verbo de Europa suprimido, el corazon de la humanidad atrofiado, decian al mundo el horror que al César, al emperador Napoleon, causa de tan increibles desgracias, deben jurar todas las generaciones. Y aún hay quien desee levantar sobre estos mares de sangre, sobre estos montones de cadáveres, la sombra siniestra del principio asolador que los ha causado, el principio monárquico, que provoca á una guerra para fundir en su fuego una co-

rona, para teñir en sus torrentes de sangre un manto de púrpura.

Y hay todavía en Francia quien pretende restaurar las instituciones monárquicas. Pues no se equivoquen los monárquicos franceses, enemigos de la dinastía napoleónica; en el aborrecimiento universal que los Borbones engendran, y en el universal menosprecio que engendran los Orleanes, sólo queda allá en las cabañas envueltas en la bituminosa atmósfera de salvaje ignorancia una monarquía, la monarquía del génio, la monarquía de Bonaparte. Si ofrecen la forma monárquica en holocausto á las preocupaciones populares, no desconozcan que el primer emperador reina todavía en el pueblo, y que su sombra acompaña aún á través del titánico sepulcro, la repugnante figura de su maquiavélico heredero.

Y sin embargo, ¡cuántas malas artes para restaurar una institucion cuatro veces hundi-
'os abismos! ¡Qué prodigios de habili-
táctica! Mr. Duvergier de Hauranne
ribe. La proposicion confiriendo á

Thiers la presidencia de la República por tres años, corrió varia suerte. Esta proposicion tenia la forma de Mr. Rivet, indivíduo del centro izquierdo, republicano conservador y moderado. La trascendencia del asunto era inmensa. La reaccionaria Asamblea de Versalles iba á sancionar definitivamente la forma orgánica de las democracias, la forma republicana. El pueblo iba á salir de este régimen provisional, á cuyo influjo, si no maduran, se sostienen las esperanzas monárquicas. En el ánimo de muchos diputados, tal vez de la mayoría, el deber de esta Asamblea es declarar que el conde Chambord nunca ha dejado de reinar en Francia, y que continúa su reinado, obra de los siglos, hechura de la voluntad divina. Pero contra esta aspiracion se alzan la conciencia humana indignada, las nuevas ideas esparcidas en todas las almas, las generaciones presentes educadas en el derecho y para el derecho democrático, la revolucion europea que ha condenado á todos los Borbones, símbolos de tiempos y de instituciones radicalmente incompatibles con nuestra civilizacion. Sin em-

[illegible] que han [illegible] su vida. [illegible] que se resignen. Yo [illegible] que se deci[illegible] a su patria con proyectos [illegible] de restauraciones monárquicas.

[illegible]

la de ensayos y de experiencias. La

monarquía de la tradicion legitimista murió con Luis XVI en el cadalso; la monarquía de la restauracion de esas tradiciones murió con Cárlos X en el destierro; la monarquía cesárea y militar murió con Napoleon el Grande en Waterlóo; la restauracion de esa monarquía murió con Napoleon el Chico en Sedan. La monarquía de las clases medias murió con Luis Felipe al pié de las barricadas del pueblo; y ahora moriria, sí, moriria irremisiblemente la restauracion de esa monarquía. Nuevos ensayos que han de terminar por nuevas revoluciones. Nuevos pretendientes que han de conspirar contra la soberanía del pueblo. Nuevas guerras civiles que derraman el incendio por todas partes. Nuevas guerras dinásticas á cuyo principio haya noches como la noche del dos de Diciembre, y á cuyo término dias como el funesto dia de Sedan. Tales son los grandes resultados de las monarquías. Tales son los frutos venenosos que puede recojer Francia de una nueva debilidad, de una nueva y tristísima caida.

Y la prueba de que el pueblo francés no

quiere volver á las aventuras de la monarquía se encuentra en que, habiendo venido la República, no ha encontrado á sus tributos alivio, antes gravámenes á causa de la guerra, y persiste en sostener la República mandando en cada eleccion un diputado republicano á la Cámara.

Los desastres de la guerra, las indemnizaciones de la paz, la necesidad de conjurar la ocupacion extranjera, imponen cargas imponderables á los contribuyentes. El primer Presidente de la tercer República, en su afan por libertar á Francia de la ominosísima ocupacion extranjera, buscó por do quier tributos con criterio más que conservador, con criterio ultra-reaccionario. Una de las ideas más arraigadas en Thiers, sin duda alguna, es la idea proteccionista. El antiguo doctrinario quisiera hacer de esa Francia tan comunicativa, tan humana, abierta á los vientos y á las ideas, en el centro de Europa, con su carácter cosmopolita y su génio de generalizacion, una espe- de China mercantil. Así es que encontró gran recurso un gravísimo, abrumador

tributo á las materias primeras al entrar en Francia. Este impuesto sobre las primeras materias encarece el alimento y la vestidura del pobre; el café y el azúcar con que abriga un poco su estómago y vivifica y escita sus nervios. Pero además de estos inconvenientes, el impuesto sobre los primeras materias tiene el gravísimo de matar la industria. Es imposible que puedan los artefactos franceses competir con los artefactos de Inglaterra y de Alemania. Los industriales, que conocen estas materias, aseguran con datos fehacientes, indudables, la próxima emigracion de toda la industria francesa á las naciones vecinas. Así ha dado en llamarse el impuesto sobre las primeras materias la revocacion del Edicto de Nantes, que lanzó del suelo y del hogar á los hugonotes. Ante esta perspectiva tristísima los ánimos se han agitado con una agitacion creciente en todas las ciudades manufactureras. Las exposiciones han caido á millares sobre la Asamblea. Los diversos industriales han mandado comisionados que clamaban contra ese impuesto, comisionados

que han imbuido las propias ideas á sus representantes. El empeño de Thiers parecia á todos los industriales sin excepcion una demencia.

Pero á Thiers debe llamársele en nuestro expresivo lenguaje, no sólo tenaz, sino tambien testarudo. Ningun medio, pues, desaprovechó que condujera al éxito de su idea. Discursos continuos, debates prolijos, ruegos, amenazas, imprecaciones, salidas prontas, fina ironía, raptos de elocuencia, todo lo agotó en su colosal empresa de convertir á la prohibicion regiones enteras que viven del comercio libre y de su benéfica influencia. En algunos momentos, arrastrado por sus convicciones dogmáticas, apeló á medios reprobables, como el medio de indisponer la industria con la agricultura, encendiendo en estas dos maneras primordiales de la actividad y del trabajo terribles rivalidades.

Extraño espectáculo en verdad el de un Presidente de la República que no se conten-
o luchar en el Parlamento por medio de
inistros, sino que lucha en persona tam-

bien, y consigue que al peligrar sus ideas propias, sus particulares soluciones, peligre la República. Es el gran orador una desasosegada naturaleza que no se contenta con ocupar el primer puesto en la nacion, sino que quiere ser el primer orador, el primer economista, el primer hombre de Estado, y como en su oratoria hace de pequeñas ideas grandes discursos, en su política con pequeños expedientes, hace cosas grandes. Y como en aquellas circunstancias, su autoridad era necesaria, indispensable, valíase de su posicion excepcional, quizá única, para imponer á la Asamblea sus errores económicos, que pueden atrasar su siglo y arruinar su pátria.

Pero en la discusion no pudo, no, sostenerse. Los diputados de todos los matices le demostraron que era tal impuesto, despues de una grande reaccion, una irreparable ruina. Pero Thiers se aferró á su sistema. Y la Cámara desechó el proyecto de impuesto. Inmediatamente Thiers presentó su dimision. Admitir esta dimision era imposible en aquellas circunstancias. Las fracciones todas de

la Cámara le rogaron que permaneciera en el poder. Un mensaje le fué votado casi unánimemente. Al presentarle este mensaje, Thiers convino en permanecer al frente del gobierno; pero dijo que todavía quedaban cuestiones y grandes cuestiones en las cuales habia un disentimiento entre él y la Asamblea. Efectivamente, Thiers quiere con razon la enseñanza obligatoria; y la Asamblea, sin razon la combate. Thiers quiere con razon reintegrar en la capitalidad á París, y la Asamblea con razon quiere decapitar á Francia. Thiers, á su vez, quiere sin razon el impuesto sobre las primeras materias; y la Asamblea con razon lo desecha. Thiers quiere sin razon el antiguo ejército, y la Asamblea con razon quiere el armamento universal. De suerte que, en tal estado, hallándose unas veces la razon de parte de Thiers, y otras veces la rázon de parte de la Asamblea, no podia continuar la armonía entre los dos poderes.

El mal proviene del orígen que tantas ve-s he señalado, de la prolongada interini-. En tan anómalo estado el Presidente de

la República tenia una posicion tambien anómala y extraña. Es necesario encerrar cada poder en su esfera, cada autoridad en su límite. Es necesario organizar definitivamente la República. Es necesario salir y salir pronto de la interinidad. Y no sé yo que Francia se halla todavía poco dispuesta á recibir la forma republicana. Pero yo no conozco nacion ninguna, pueblo ninguno donde tantas inteligencias ilustres se hayan consagrado á la República, despues de haber servido á la monarquía: Thiers, el jefe de accion de la escuela doctrinaria; Duvergier de Hauranne, padre, uno de los más tenaces orleanistas; Casimiro Perier de quien puede asegurarse que ha heredado el carácter, la entereza, la energía del ilustre ministro de Luis Felipe, que le diera el sér.

A esta conversion oponen los monárquicos la union estrecha entre las dos ramas de la familia de Borbon, como grande y amplísima série de compensaciones bastante á consolarles de la desercion de tantos hombres ilustres. Pero esa union es pura fantasía. Las dos ramas

de la casa de Borbon, la primera y la segunda, son á la verdad tan irreconciliables entre sí, como la monarquía y la República. Siempre recuerdo la grande agitacion suscitada allá por los meses de Julio y Agosto en 1873.

La entrevista del duque de Burdeos, Enrique V, con el conde de París, Luis Felipe II, era para muchos en Europa prenda de reconciliacion entre las dos ramas de los Borbones, prenda de restauracion de la monarquía en Francia. ¡Ilusos!

Los reyes no son como los demás mortales en muchos accidentes de la vida. Dentro de nuestras democracias, la mayor parte de los hombres públicos son hijos de sus obras. En las monarquías, los reyes mandan ó aspiran á mandar por los títulos y por los privilegios de sus ascendientes. Por consecuencia, la historia forma en ellos parte de la vida, el nombre de sus progenitores parte del alma. Enrique V ha conocido mejor que ningun otro rey antiguo y moderno esta fatalidad del nacimiento. Así, no quiere nada, ni con el dogma de la soberanía popular, ni con el voto de

[redacted]

las Asambleas deliberantes: y se limita á llevar sobre su cabeza, como una aureola mística, el glorioso recuerdo de la majestad y del poder de sus abuelos. En su educacion, en su fé, la nacionalidad francesa no era aún cuando ya eran reyes sus padres, y el derecho de estos y la autoridad de estos, se eleva y se elevará siempre sobre la misma nacion. Y la vida entera de un príncipe así, hállase reducida á consagrar culto religioso á la memoria de los reyes muertos, y á recordar á los vivos que él es, él solamente el continuador de su autoridad y de sus privilegios.

Imaginaos qué efecto produciria en hombre así la presencia del descendiente de los Orleanes, de esos Caines de su familia y de su raza. Hijos de reyes como él, descendientes como él de reyes, por no haber sido en los caprichos de la naturaleza, en las combinaciones de la vida, los primogénitos se han elevado, merced á la traicion, al perjurio, al fratricidio, se han elevado á una primogenitura que les negaban los privilegios del nacimiento. Para llegar á esta dignidad lo han

atropellado todo, familia, honor, religion, hasta su propio nombre. En vano los reyes, para consolarles de haber nacido á la sombra del trono, y no gozar del trono, los enriquecieron fabulosamente. El oro dado por la munificencia de los abuelos, sirvió para perseguir y guillotinar á los nietos.

Estoy seguro, que al dirigirse el conde de París á Viena en pos del duque de Burdeos, este diria para sí: Ahí vienen los eternos enemigos de mi raza. Ya en Versalles conspiraban contra mi abuelo Luis XIV. Implacables, como el destino, seguian la rama de mi familia que se asentaba en el trono de España, y sirviéndola en público, la desirvieron en secreto y aspiraron siempre á suplantarla. El regente, que fué de los suyos, sólo tiró á corromper á los mios. Dia llegó en que la sombra de un Orleans fuera á mi mártir ascendiente, María Antonieta, más funesta en el trono que la sombra del verdugo en el cadalso. Este le quitó la vida, pero aquel ¡ay! la honra. Conspirador perpétuo, amigo de jacobinos y de girondinos, acaso nadie como él

ha desarraigado del suelo de Francia la sacra encina de San Luis. Un Orleans, un Borbon abrió informaciones con desdoro de su madre, para probar que sangre de lacayos y no sangre de rey corria por sus venas. Una noche se votaba la muerte de Luis XVI. El duque de Orleans, el descendiente de Enrique IV y de Luis XIII, fué el que votó con más acentuacion en la voz y más rabia en el alma.

Aquella Asamblea, compuesta de regicidas; aquel público, de muchedumbres acostumbradas á respirar los vapores de la sangre destilada por la guillotina, se indignaron contra el mónstruo, y él no tuvo ni una vacilacion en su paso, ni un balbuceo en su palabra, ni quizá un remordimiento en su conciencia.

Mi familia, generosa siempre, recompensó despues de la restauracion á los que la habian perseguido y sacrificado durante las revoluciones, y eso que los mios se encontraban ya en Coblenza cuando los duques de Orleans se encontraban en Valmy. El oro que los reyes le habian generosamente dado, no se lo regatearon mis abuelos y mis padres.

Al volver mi augusta tia, la duquesa de Angulema, el único hombre de mi raza, segun decia Napoleon, se desmayó á la vista de la consergería, del calabozo de su madre; y no se desmayó delante del duque de Orleans. Mi familia fué bastante desprendida para no procurarse de la herencia de los condes, la herencia más cuantiosa del reino, y los Orleanes se la procuraron para sí, á pesar de haber sido mis tios los Condés víctimas, y mis tios los Orleanes verdugos en la revolucion. El dia que Condé se arrepintió y quiso revocar su testamento, apareció su cadáver colgado á una de las columnas de su lecho.

Aún me llevaba mi madre en el seno, reciente la muerte violenta de mi desgraciado padre, cuando para deshonrarme y deshonrarla, me llamaban, codiciosos de una primogenitura burlada siempre por la naturaleza, codiciosos de un trono alejado siempre de sus combinaciones, me llamaban á mí el hijo del milagro. Por fin se levantaron los Orleanes y destruyeron el trono restaurado, el trono de San Luis, y con fragmentos de las barrica-

das, alzaron el nuevo trono á su traicion y á su perjurio, el trono sobre cuya cima estaba la soberanía de la nacion, el *Inri* de Pilatos, Y yo recuerdo aún cuando mi abuelo huia, cuando mi madre lloraba, cuando nos esquivábamos envueltos en las banderas blancas sembradas de lises, á los reflejos de la siniestra bandera tricolor. Y un emisario de la embajada de Inglaterra, fué en aquella peregrinacion al destierro en pos de nuestras huellas, pidiendo á mi abuelo que me dejaran sobre el trono de Francia y bajo la tutela de mi tio, el duque de Orleans. Y me tomó mi augusta madre entre sus brazos y me estrechó contra su corazon, y dijo: no, yo no entregaré el nieto de cien reyes á una familia de regicidas. Y me fuí al destierro. El viento del cielo y los suspiros de mi familia, las gotas de lluvia y las lágrimas, el oleaje del Océano y los latidos de los corazones, se mezclaban, se confundian en el momento supremo en que nos apartábamos de la tierra de Francia para ir á la tierra del destierro. Y mi ilustre madre, anhelosa de restaurar la coro-

na de su hijo, volvió á la tierra de los leales, á la tierra de la Vendée. Y compraron por oro un traidor que la denunciase, y la persiguieran como una fiera por los bosques. La infeliz estuvo á punto de morir mil veces. Y luego la tuvieron cautiva, y la deshonraron ante el mundo, ya que no pudieron matarla.

Y el descendiente de tal raza viene á mi presencia. Y me habla de concordia. El destino, que se burla de los reyes, ha querido que sea el heredero único de mi nombre y de mi trono. La corona de San Luis, el rey de los caballeros, vendrá á posarse sobre la frente del rey de los bolsistas. Pero yo no veré esto, yo habré muerto, llevándome conmigo en mi ódio implacable á todas las tradiciones revolucionarias íntegro á mi régio panteon el honor y el nombre de mi raza. Pero los Orleanes y los Borbones, los descendientes del mártir, los descendientes del verdugo, los reyes y los regicidas, no se asentarán jamás á la sombra del mismo trono, jamás.

Hay algo en la política francesa que provocaría ciertamente á risa y á risa larguísima,

si no provocase á indignacion y á indignacion profunda. Este algo es el empeño tenaz de los monárquicos en restaurar una monarquía que no tiene monarca. Los tres candidatos al trono destrozado, representan tres leyendas enemigas que mútuamente se contradicen y se anulan. El uno es último triste vástago de la dinastía de Luis XIV. A él pudiera aplicarse con justicia, cuando se le parangona con su ilustre antecesor, la genealogía tristísima de los reyes de la casa de Austria en España, delineada por un ilustre historiador. Cárlos V fué un gran artista, un gran guerrero, un gran político, un gran hombre, y sus sucesores perdieron cada una de sus cualidades; Felipe II no fué artista, Felipe III no fué político, Felipe IV no fué guerrero, y el vástago último de los Austrias, Cárlos II no fué ni siquiera hombre. En frente del tímido y respetable Borbon último, se alzan otros Borbones que ya no representan la tradicion católica, monárquica, secular, sino la tradicion revolucionaria, las ideas del pasado siglo, el predominio de las clases medias sobre la aristocracia

y el clero; Borbones que debian poner junto al trono en su blason la guillotina á que arrastraron al jefe de su casa, al rey de su pátria, á Luis décimo-sexto. Y junto á estas dos tradiciones, junto á estas dos leyendas, hay la leyenda, hay la tradicion del Imperio, que parece condenado á repetir siempre la misma tragedia de una prosperidad fugaz y aparente para caer en desastres reales como la rota de Sedan y la rota de Waterlóo. Estas tres leyendas se contradicen, se anulan, y por exceso de pretendientes al trono, es imposible, absolutamente imposible la restauracion de este trono.

Pero da grima ver los esfuerzos que cuesta á los monárquicos persuadirse de la imposibilidad en que están de restaurar la monarquía. Tienen allá en la Comision permanente de la Asamblea Nacional una mayoría, debida más que á su número y á su mérito, al descuido de los republicanos. Esta mayoría no acierta con las atribuciones que le competen. Y las atribuciones son clarísimas: señalar el momento en que por circunstancias ex-

traordinarias, hechos graves ó crísis difíciles, debe convocarse la Asamblea suspendida. Interpretando á torcidas un texto tan claro, desconociendo un misterio tan conocido y concreto, los monárquicos asaltan con preguntas inoportunas y ridículas al ministro de Negocios Extranjeros y al ministro de la Gobernacion. El uno se queja de que un periódico ministerial lo ha puesto en ridículo relatando sus conversaciones monárquicas en la presidencia de la República asaeteadas por los finos dardos de la aguda sátira de monsieur Thiers.

El ministro de la Gobernacion contestó con sencillez y naturalidad que él no es gacetillero ni siquiera redactor principal de ningun periódico político. Esta respuesta natural, y que debia aguardar el ménos previsor de los hombres, enciende en ira al monárquico desahuciado, le saca los ojos de las órbitas, la bilis del hígado, y le obliga á maldecir de nuestros nefastos tiempos en que los periódicos y los hombres se rien de las cosas y de las personas ridículas.

[redacted]

[illegible] interior que no es [illegible] pecado que es [illegible] que es oscuro. [illegible] que votaron la ley [illegible] sentido descen- [illegible] monarquismo de los [illegible] republicanismo de [illegible] fué tan descen- [illegible] deslizaron un [illegible] generales [illegible] sobre ma- [illegible] leyes que se [illegible] quedan [illegible] que tiene [illegible] misma natu- [illegible] se guardan [illegible] sus consejos; [illegible] adminis- [illegible] del Consejo, sin [illegible] del car- [illegible] verda- [illegible] del Estado. Y en estas ciones, en estos mensajes, como el de- le peticion y de representacion está

reconocido á todos los franceses, piden y piden con verdaderas instancias, que se disuelva pronto la Asamblea de Versalles y se proclame definitivamente la República en Francia. De aquí la ira del diputado monárquico. Para él, desde la hora y momento en que un ciudadano ha sido elevado por el voto de sus compatriotas al cargo de Consejero general, ha perdido los derechos primordiales, los derechos esencialísimos á la persona y á la vida humana. Para él Consejero general quiere decir pária, que no debe tener interés en la forma de gobierno conveniente á su pátria. Luego esto de que los mandatarios, los soberanos retiren sus poderes á los procuradores; y esto de que los ciudadanos de una República pidan el afianzamiento, la robustez de la República son locuras que solo pueden disculparse, creyendo á los Consejeros generales capaces de atreverse á tanto, fuera de sí, locos, ó mejor ébrios. El diputado monárquico, para dulcificar sus palabras, para quitarles toda esperanza, las ha dicho en latin, ha dicho que esas felicitaciones y manifestaciones

se habian redactado *inter pocula*, entre vasijas.

Pero no queda por eso ménos claro el calificativo de borrachos con que ha decorado á los Consejeros generales de los departamentos. Santos fueran, capaces de milagros, dignos de figurar en el Año Cristiano, y de tener las muelas, que hayan perdido, en algun relicario, si en vez de pedir esta fórmula sencilla de gobierno, la República Francesa, piden la bandera blanca, el advenimiento inmediato de Enrique V, la restauracion del feudalismo con sus horcas y cuchillos, sus siervos por los terruños y sus señores como águilas por las alturas de la tierra.

Otro (porque la procesion es larga) se deja de estas ridiculeces y se va al fondo. Para este misericordioso diputado Francia se pierde si cesan los consejos de guerra en sus vengativas sentencias, la marina de guerra en sus deportaciones á la Nueva Caledonia, y los cazadores del ejército en sus fusilamientos de Satory. No basta con la inmensa carnicería verificada en París; no basta con la matanza

en la Magdalena y el degüello en el cementerio del Padre Lachaisse; no basta con aquellos fusilamientos sumarísimos perpetrados á la puerta del Panteon, sin identificar las personas; no basta con los deportados á los pontones y de los pontones á climas insalubres; no basta con las legiones de emigrados que lloran en el destierro; Francia, despues de haber perdido doscientos mil de sus hijos en las batallas, veinte mil en el cautiverio, sin contar los innumerables de la guerra civil, necesita derramar de sus venas abiertas mucha más sangre. Ya que no pueden tener muchos reyes estos monárquicos de Versalles, quieren tener muchos, muchísimos verdugos.

Pero uno de los más autorizados entre ellos, el duque de la Rochefoucauld, dirige sus tiros más alto, mucho más alto. A los ojos de este representante de la monarquía, Thiers mismo ha roto las bases de su poder. Thiers ha faltado al pacto de Burdeos. Este pacto sólo daba á la República el carácter de interina, y Thiers le ha dado el carácter de de-

finitiva. La carta del Presidente al general Chanzy, la carta de su secretario á varios consejeros generales acusan el propósito firme, resuelto, de proclamar la República definitiva. Y todos los franceses, en concepto del ilustre prócer, tienen derecho á decidirse por la forma republicana ó por la forma monárquica en este período constituyente, todos ménos Mr. Thiers. Él debe representar sereno el poder ejecutivo sin ninguna pasion, y sostener silencioso el derecho de los franceses sin ninguna preferencia. Esto seria fundado, perfectamente fundado, si la Asamblea francesa, á su vez, se mantuviera dentro de los límites de su estricto derecho. Pero la Asamblea francesa ha usurpado derechos que no le delegó la nacion, única soberana. Convocada para decidir de la paz ó de la guerra, problema del momento, quiere decidir de la monarquía ó de la República, problema del porvenir. Ni el número de individuos que tiene le dan derecho para ser una Asamblea constituyente. Las leyes y las costumbres han señalado en Francia los diputados que

han de constituir las Asambleas ordinarias y los diputados que han de constituir las Asambleas constituyentes. La actual Asamblea de Versalles sólo tiene el número de las Asambleas ordinarias. Por consecuencia, la Asamblea actual de Versalles no puede aspirar, no debe aspirar á ser una Asamblea constituyente. Así es que con razon ha dicho el manifiesto de la izquierda que á la próxima Asamblea toca «desenvolver, fortificar, arraigar en el suelo francés la obra de regeneracion, á la cual habrán concurrido todos los verdaderos amigos de la pátria, congregados en torno del gran ciudadano, que guardará en la historia el insigne honor de asociar su nombre á la proclamacion definitiva de la República francesa.»

Es necesario distinguir con cuidado en la Asamblea de Versalles la izquierda simple y la extrema izquierda. Componen la izquierda los diputados republicanos y conservadores; componen la extrema izquierda los diputados republicanos y radicales. Por consiguiente, hasta los diputados conservadores piden que

la proclamacion definitiva de la República sea obra de la próxima Asamblea y no de la Asamblea presente. Estos impulsos de la opinion pública desconciertan por completo á los monárquicos. No saben realmente dónde buscar un refugio. Primero proclamaron la monarquía legítima, despues la monarquía constitucional; y ahora, viendo que ni una ni otra clase de monarquía es posible, hablan del ensayo leal de la República. Pero ¿cómo se ensaya esta República? Un monárquico antiguo, hábil, es verdad, pero tambien afortunado, se empeña en que la República se ha de levantar sobre leyes monárquicas y ha de servir á los privilegios de las clases medias, y á los lucros de una corrompida plutocracia. Los estados de sitio amordazan á las ciudades más importantes, los consejos de guerra diezman á los obreros más trabajadores, la censura militar amenaza á los periódicos más patriotas, las huestes bonapartistas ocupan los cargos más remunerados, los generales de las capitulaciones y de la desercion están por completo al frente del ejército: esta es una

República de nombre y una monarquía de veras. Para ensayar lealmente la República se necesita ensayarla con sus libertades completas, con sus instituciones democráticas, con sus poderes bien definidos, con sus leyes bien determinadas y bien claras. Fuera de esto, sólo reinarán la confusion ahora y la ruina en lo porvenir.

Las ridiculeces monárquicas serian visibles si no trajeran á cada paso y á cada instante un verdadero conflicto. Una especie de Pedro el Ermitaño, uno de esos resucitados que la legitimidad y el absolutismo muestran, personas que parecen caidas de un planeta apagado sobre nuestro rejuvenecido planeta, háse empeñado en que habia de provocar piadosa y numerosísima peregrinacion para pedir á la Vírgen milagrosísima de Lourdes que hiciera el milagro patente de resucitar la monarquía. Cristo no anda por el mundo, Cristo, que tenia el poder de resucitar á los muertos. Aun el muerto que resucitó, era un hombre modesto, oscuro, virtuoso, Lázaro; pero Cristo no resucitó á Nabu-

codonosor, ni á Baltasar. Esos grandes mónstruos, una vez extirpados no vuelven, como no han vuelto aquellas ranas, del tamaño de bueyes, que segun los geólogos andaban entre los bosques de helecho y las aguas bituminosas de las edades carboníferas. La peregrinacion se organizazó para pedir al cielo que vuelva el mónstruo de la monarquía. No creais que los peregrinos de hoy, van como los antiguos, con su bordon en la mano del cual pende la calabaza clásica destinada á guardar el vino reparador; su sombrero de anchas alas circuido de conchas; su sayal pardo y su esclavina negra; sus sandalias romanas; místicos personajes errantes, que andan á pié, duermen al raso, se abrigan en la caridad, y se mantienen de limosna. Nuestros peregrinos de ahora son mucho más civilizados; van conducidos por impaciente locomotora, en cómodo tren de los ferro-carriles franceses, desde las costas oceánicas de Normandía á los ágrios desfiladeros del Pirineo. Van en tres largos trenes. Desde Nantes á Tours rezan el rosario y contemplan los mis-

terios gozosos; desde Tours á Poitiers los misterios dolorosos; desde Poitiers á Burdeos no sé qué clase de misterios; y desde Burdeos á Lourdes, donde está la Vírgen, duermen para reparar sus fuerzas á fin de concluir en paz y gracia de Dios esta perfecta empresa política. Allí rezan, cantan, pero sobre todo, beben agua bendita de una fuente, que vuelve la luz á los ojos ciegos, el movimiento á los miembros paralíticos, el oido á las orejas sordas, la fé monárquica á los corazones republicanos, y la creencia en aquellos milagros á los entendimientos enteros y serenos. Despues vuelven de su peregrinacion á las respectivas Iglesias entonando el *Magnificat* de la Vírgen, el cántico republicano por excelencia, el cántico que dice: *potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles*, que ellos traducirian bien libremente de esta manera, «humilló á los humildes y exaltó á los soberbios.» Libres son los peregrinos monárquicos de cometer todas estas ridiculeces, y nosotros condenamos severamente á los que llamándose republicanos, han desconocido su pro-

pia doctrina hasta el punible extremo de atentar á la manifestacion pacífica de esa mascarada religiosa. ¿Pero no indica el lamentable estado intelectual de una parte de Francia esa churrigueresca exhibicion? ¿Y no daña al sentimiento moral, y aun al mismo sentimiento religioso, ese funestísimo empeño de confundirlo con todas las instituciones decadentes, y de asociarlo á todas las causas vencidas? La idea y el sentimiento religioso deben apartarse de todo interés terrenal cuanto más de los intereses políticos. Los fines útiles, los fines transitorios y del momento, no pueden ser ya los fines de la religion, que mira á los cielos, que mira á lo infinito. La hieren de muerte todos aquellos que se empeñan en arrastrarla por nuestros campos de batalla, en conducirla atada por el interés al seno de nuestros clubs, al pié de nuestras barricadas. Ciegos incurables son los realistas que creen poder resucitar á su rey, salpicándolo con agua bendita. Y la creencia de que la religion debe servir á sus miras terrenales, va de tal manera arraigán-

dose en una parte, bien desatentada por cierto, del clero, que en rabioso sermon, un clérigo reaccionario ha dicho: «escoged, escoged pronto entre el agua bendita ó el petróleo.»

Es muy grande el atraso en las campiñas de Francia. Sobre ellas cae una verdadera nube de supersticiones. Por eso París es la ciudad capital de Francia. Por eso en París está el cerebro y el corazon de la gran pátria, porque allí se condensan todas las ideas progresivas, y de allí parte el calor de los grandes sentimientos. Por consecuencia, París será invocada por cuantos amen la libertad y la República; y aborrecida de cuantos quieran promover la reaccion.

Por Setiembre de 1872 Mr. Thiers entraba casi triunfalmente en París. La entrada del Presidente de la República en la capital de la República significaba un progreso en el afianzamiento y en la seguridad de las instituciones republicanas. Hacia pocos meses, muy pocos meses, el ódio de la reaccionaria Asamblea de Versalles á la ilustre ciudad de París era tan grande como el ódio que la an-

tigua córte de las tradiciones monárquicas profesara á la capital de las ideas revolucionarias, trasformada por Voltaire, agitada por Mirabeau.

Al Presidente no le era dado acudir á la ciudad maldita sin que la mayoría monárquica le creyese entregado á todas las iras y á todas las fuerzas de la más desenfrenada demagogia. Así, á lo sumo, con peligro de llamar sobre su frente un voto de censura, Thiers iba algunas horas á París casi de hurtadillas, y se volvia, como la heroina de los cuentos de niños, como Cenicienta, al sonar las doce en punto de la noche, para que su monárquica mayoría viese cómo se acostaba á la majestuosa sombra del antiguo santuario de los reyes.

París habia enterrado las instituciones monárquicas; París difundido las ideas revolucionarias por Europa; y era necesario destronar á París. La estancia en Versalles tenia todos los inconvenientes de París y ninguna de sus ventajas; pero Versalles significaba toda la tradicion monárquica y París la tradi-

cion republicana. Guerra á París, guerra á la ciudad que ha sido como la Sibila del pensamiento moderno; guerra, guerra á muerte. Ausencia del gobierno, ausencia de la Cámara, *capitis diminutio* forzosa, estado de sitio permanente, consejos de guerra asentados bajo el sólio de los tribunales, envio de los hijos de París y de los defensores de París á los fusilamientos del viejo Satory, á las playas de la Nueva Caledonia.

Así pensaban arrancar del alma de la gran ciudad su idea y de la frente su corona. Así pensaban reducirla al secundario papel de una ciudad de provincia. Así pensaban conseguir no tuviera en ella el pensamiento moderno, que ha trasfigurado al mundo, su más espléndida, su más elevada cátedra, oida de polo á polo por todas las gentes. Pero se han equivocado por completo. La ciudad que ellos querian destronar, ha permanecido en su trono; y la monarquía que ellos querian resucitar, no se ha movido de su sepulcro. Sucede todo esto, sucede con extrañeza de los mismos que en primera línea contribuyen á que

suceda; porque no basta alcanzar el poder para alcanzarlo todo, y no basta tener mayoría dentro de una Cámara mientras no se tenga mayoría tambien dentro de la nacion.

Y yo he sostenido, llevándome en ello de un profundo convencimiento, que la mayoría de Versalles fué una mayoría de sorpresa. Francia queria la paz á toda prisa, y votó para su Asamblea soberana los diputados capaces de votar á su vez la paz á toda costa. Pero no pudo votar en aquel momento supremo ni por la monarquía ni por la República. Creyó, con ese grande instinto de conservacion peculiar á los pueblos, que sólo era consultada sobre la guerra ó la paz, y votó por la paz. Mas en su mismo voto fundamental iban contenidos muchos votos que le eran idénticos. Al votar por la paz, votaba por el principio de la redencion del trabajo; votaba por el anatema á la guerra; votaba por el fin de las rivalidades dinásticas; votaba por el comienzo de una gran democracia; votaba, en una palabra, por la República.

Los monárquicos creyeron fácil, una vez

instalada su mayoría en la Asamblea, instalar tambien su rey ó sus reyes en el trono. Pero la idea del siglo, la idea que corre como la sávia por las plantas, como el calor por los mundos, descompuso totalmente las maquinaciones monárquicas. Los Consejos generales á una emiten votos por el afianzamiento de la República, los Consejos generales que eran la última esperanza de los monárquicos. Thiers desliza, en una carta de su secretario, cierta especie de manifiesto asegurando su resolucion de defender contra todo amaño las instituciones republicanas deseadas por la nacion. Las conversiones abundan. El duque de Broglie declara que nada puede ya intentarse contra la República establecida. Casimiro Perier, hijo del célebre ministro de Luis Felipe, como haya recibido una visita de los condes de París, anuncia que esta visita de sus antiguos soberanos en nada significa que haya decaido ni un punto su creencia sincerísima en la virtud y en la estabilidad de la República. Los periódicos más influyentes de Lóndres proclaman que la República se

establece definitivamente en Francia, y se atrae los votos del mundo entero, mientras las escuadras inglesa y anglo-americana acompañan con sus ilustres pabellones al Presidente de la República en sus viajes por el Océano como contrastando la entrevista de los antiguos reyes con esta noble y efusiva entrevista de los pueblos libres.

Pero hay miles de anomalías en la política francesa que apénas son comprensibles y explicables. Parece que el poder legislativo debe ser mucho más liberal y mucho más popular que el poder ejecutivo. Y sin embargo, en Francia, el poder legislativo es mucho más reaccionario, mucho más enemigo de un gobierno democrático que el poder ejecutivo. Parece que los republicanos debieran apoyar á la Asamblea nacida del sufragio universal; y los monárquicos apoyar al jefe del gobierno, monárquico y de antigua fecha. Y los republicanos se ven obligados á defender al jefe del gobierno, antiguo defensor de las ideas monárquicas; y los monárquicos á la Asamblea nacida del sufragio universal, Asamblea

de carácter republicano. Parecia natural que en una República fuese el derecho de reunion completamente libre, y en Francia está bajo la República el derecho de reunion limitado por reglamentos restrictivos. Parecia natural que á lo ménos las reuniones privadas cayeran lejos del alcance de la policía, y en Francia son prohibidas por la policía hasta las reuniones privadas. Parecia natural que se permitiese festejar el advenimiento de la República, y no se permite festejar este fausto natalicio. Pero si la tercera República ha venido entre los desastres de Sedan, y por eso el júbilo puede contrastarse con un patriótico dolor, todavía hay un aniversario, lleno de gloriosas enseñanzas, el aniversario que conmemora la primera República, ante cuyas banderas huyeron los conquistadores, los reyes; y hasta esa fecha jubilosa é ilustre no ha podido ser públicamente conmemorada en Francia. Pues hay más, los saboyanos deseaban festejar la fecha de su anexion á la primer República francesa. Fiesta semejante era una fiesta republicana; pero al mismo tiem-

po que una fiesta republicana, una fiesta patriótica. Hoy que tantas mermas ha tenido la integridad de Francia, debia consolarla, debia fortalecerla el ver que la tradicion republicana aprieta lazos no muy estrechos de anexiones recientes. Gambetta, invitado á tan nacional y democrática fiesta, debia decir al pié de los Alpes abiertos por el trabajo humano, cerca del bellísimo territorio de Italia, todo lo que pensaba y todo lo que sentia sobre las relaciones de dos pueblos hermanos y sobre el problema del Pontificado, que tantas sombras y tan espesas arroja entre ambos pueblos, nacidos para una profunda é íntima fraternidad política. Pues todas estas ventajas han sido sacrificadas en aras de una legislacion de todo en todo imperial y cesarista. Urge, urge que Francia anime su tradicional República con el nuevo y vivaz espíritu de la libertad.

¿Y todo esto qué prueba? ¿Qué prueban estas dificultades cogidas al vuelo, unas en mi memoria, expigadas otras en las crónicas de la última República francesa? Prueban la im-

posibilidad con que las escuelas más brillantes, los hombres más extraordinarios pugnan y chocan para modificar la realidad con sus ideas. ¿Y qué enseñan? Enseñan la necesidad en que estamos de ser precavidos y prudentes, de no sacrificar la parte conseguida y afianzada del ideal por conseguir la realizacion del todo. Trazamos el ideal con puras ideas en el apartamiento de nuestra conciencia; seguimos la política con hechos en la impura realidad. El arte de realizar el ideal es todo el arte político. En cuanto olvidamos los obstáculos y los desconocemos, ¡ay! nos hundimos necesariamente en una reaccion vergonzosa.

Mirad cuántas y cuán vivas fuerzas tiene el partido republicano en Francia. Los antiguos monárquicos doctrinarios se han convertido á la República moderna con Thiers á su cabeza. Los hombres que formaban la extrema izquierda del Cuerpo Legislativo, se han mantenido fieles hasta el fin á una República templada, sensata, equidistante de la reaccion y de la utopia. Los ilustres sábios

que llevan la voz de la escuela positivista en la Asamblea de Versalles, como Litré y otros, lejos de pedir el régimen medio sansimoniano que pedia su jefe, piden lo posible, mantienen lo posible, una República, sí, pero una República que se atenga á las necesidades del momento, y no perezca por su entusiasmo hácia prematuras reformas. Y si de esta suerte procede el positivista Litré, de la misma suerte procede el hegeliano Vacherot. Cuando escribió su libro de la Democracia, dejóse llevar de todo el idealismo trascendental, que puede caber en planes puramente científicos. Hasta tocaba al servicio doméstico la prevision de sus reformas. En aquellos dias de prueba escribir un libro así, equivalia á una verdadera temeridad. La prision y la multa siguieron á la idea, como antes el hierro y el fuego. Pero en cuanto la hora de acercarse á la realidad, sonó por la revolucion de Setiembre, el filósofo, conocedor sin duda de la realidad por haber sentido sus espinas, se ha resueltamente afiliado en el partido conservador de la República. Algo

análogo ha hecho á su vez el ilustre orador Grevy, aquel diputado sereno en su carácter, sencillo y conciso en su frase, grandemente previsor en la primera Asamblea de la segunda República, cuyo discurso contra la Presidencia fué uno de los timbres de la democracia francesa, cuya reaparicion en el departamento del Jura, al término del Imperio, uña de las esperanzas de la libertad, y que adivinando cuánto habian cambiado las circunstancias, ¡enemigo de toda presidencia para la República! propuso y consiguió que fuera elevado Thiers á dignidad tan alta. Lo mismo han hecho los federales franceses. Han predicado la federacion en libros tan eruditos como los libros de Chassin; y en actos tan importantes como los congresos de Ginebra y de Berna en que tanta influencia tuvo Barni; y en folletos tan populares como el folleto de Laboulaye, que bajo el título de *Paris en América*, ha recorrido Europa entera. ¿Mas qué han hecho en la Asamblea? ¿Se han empeñado por ventura en realizar como políticos la federacion que habian

predicado como publicistas? No. Todos ellos están en la Asamblea ó en la prensa francesa; todos han dicho que el exceso de unidad daña á Francia; pero todos ellos comprenden que si locamente se empeñaran en sostener su República federal, matarian la República unitaria, y no sostienen aquello que juzgan imaginario é imposible en las presentes circunstancias. Hasta los mismos socialistas han renunciado á la realizacion de sus utopias, advertidos, aunque tarde, por los sucesos; aleccionados por una larga y dolorosa experiencia. Nadie diria que Luis Blanc está en la Asamblea de Versalles. El fogoso tribuno de 1848 ha puesto, como dicen los franceses en lenguaje familiar, mucha agua en su vino. Y este soñador no truena contra los explotadores del trabajador, no se indigna contra la tiranía del capital, no propone que se cree un ministerio del Progreso, para resolver inmediatamente las cuestiones sociales; se resigna á los expedientes largos de una Asamblea y se daria por satisfecho con el afianzamiento de la República, habiendo votado

muchas veces á favor de Mr. Thiers, del representante de las clases medias, á quien tanto denostara en sus discursos y en sus libros. Y lo que digo de Luis Blanc, digo tambien de Tolain. Es un trabajador y ha difundido las ideas apocalípticas de su clase. El Imperio le persiguió como á una fiera; y él atacó al Imperio. En los congresos de la democracia, en esos Concilios de la libertad, ha levantado su voz protestando contra las injusticias sociales y extendiendo sus ideas hasta los confines de la utopia. Y ahora que está en la Asamblea de Francia, sostiene la propiedad individual, la República posible, separándose de aquellos que en la revolucion última de París desacreditaron una y otra causa. ¿Qué habia de hacer, cuando Chaudey, el testamentario de Proudhon, el gran propagandista, el republicano íntegro, cae y muere á los tiros de los comuneros en las calles de París, que había ilustrado con su palabra, y habia contribuido á redimir con sus titánicos esfuerzos? La misma escuela radical, como hemos visto por los discursos de Gambetta,

por los libros de Naquet, quiere reformas que caben dentro de la presente legalidad.

¿Y por qué sucede esto? Porque el partido republicano ha pasado ya de la época utópica, de la época heróica; y ha entrado en la época humana, en la época de la realidad. Y para esta época no há menester tanto de filósofos que piensen, de oradores que divulguen el pensamiento, de héroes que pugnen allá en los campos de batalla y en las calles de las grandes ciudades como de hombres prácticos, de estadistas experimentados, que estudiando la realidad y sus obstáculos, sepan modificar aquella con lentitud, vencer estos con tenacidad, y no den esos saltos mortales hácia adelante ó hácia atrás, que han sido causa primera de nuestra ruina y de nuestra deshonra durante largos años. Los conspiradores han tenido fé, constancia, heroismo, sed de martirio; pero con todas estas brillantes calidades, han perdido cien veces la República y han retardado el único progreso seguro, el progreso pacífico. Y estamos muy escarmentados. Las páginas que van á

[redacted]

seguir y en las cuales nos proponemos historiar la decadencia del último imperio francés y el advenimiento de la tercera República francesa, demostrarán mejor que todos cuantos argumentos pudieran aducirse, la necesidad que tenemos de una política templada, si hemos de impulsar el movimiento republicano en toda Europa.

CAPITULO XLVII.

DECADENCIA DEL ULTIMO IMPERIO.

Los años 1868 y 1869, son los años que señalan de una manera clara y definitiva la decadencia del Emperador. Cada uno de los pasos que dá, es verdadero tropiezo; cada una de las resoluciones que toma, verdadera ruina. No tiene intento que no se le malogre, ni proyecto que no aborte, ni amigos superiores que no mueran, ni amigos incapaces que no le pierdan, ni enemigo que no triunfe y prevalezca. Parece que un hado fatal le persigue, le acosa, le aleja de aquella gran fortuna que le sonriera con ve-

nenosa sonrisa en los primeros dias de su Imperio.

Inmediatamente despues de la guerra de Italia, todo era próspero á su alrededor, todo sonriente: Rusia vencida y humillada en sus propios mares; Inglaterra amiga y devota; el Austria destronada del alto sólio que los reyes le habian erigido en el tratado de 1815, y destronada por el sable de un Bonaparte contra quien aquellos tratados se escribieron; Italia, si no satisfecha, reconocida al vencedor de Solferino y de Magenta; la Lombardía libre y emancipada; Saboya y Niza volviendo por un plebiscito á engrandecer para el Emperador su Imperio y para los franceses su pátria; Prusia, en apariencias amenazada, y en realidad soñando con la unidad de Alemania, pero soñándola en virtud de estrecha alianza con Francia; el Papa sostenido en su destrozado y vacilante trono por la mano del César, tan fuerte, que así podia encadenar como desencadenar las revoluciones, y despertar como adormecer á los pueblos, y herir como sostener á los reyes.

Pero bien pronto se notó su decadencia. La falta de cumplimiento al programa con que empezara la guerra y la sobra de ardides diplomáticos con que sustituyera el antiguo ardor guerrero denunciaron al mundo la debilidad verdaderamente incurable de aquel Emperador y de aquel Imperio. Los gobiernos personales se hallan condenados á la infalibilidad y á la omnipotencia. Si un dia se engañan, si otro dia tropiezan, mueren sin tardanza y sin remedio. Puesto que me pedís mis ahorros sin darme cuenta; y me arrancais mis hijos sin tenerme compasion, le dicen los ciudadanos; y pensais por mí, y por mí hablais, y sois la pátria misma en alma y cuerpo, probadme que yo nada valgo, que yo nada importo, acertando vos, venciendo vos perpétuamente; y así comprenderé que debais ser vos mi señor y yo vuestro esclavo.

Desde el punto y hora en que el Imperio se engañó una vez, no hubo medio de detener su decadencia. La Francia hasta entonces obediente, comenzó á ejercer y agu-

zar sus facultades de crítica; y la crítica de la nacion de Voltaire es mortal á todos los tiranos de la tierra. Cuando Francia se rie, los tronos tiemblan. Y Francia comenzó á reirse de aquel Imperio que la habia aterrado con la deportacion y los fusilamientos; que la habia sumergido y ahogado en mares de sangre. Napoleon tenia un hermano bastardo, el duque de Morny, que para indicar su orígen, pintaba á la portezuela de su coche una flor de hortensia, atravesada por una barra de bastardía. Los poderosos del mundo atropellan por todo con tal de conseguir larga cosecha de honores y de riquezas. Pero este hombre mundano, dispendioso, veia con clara mirada todas las nubes que se iban amontonando sobre el Imperio, y en parte las disipaba y desvanecia con sus inspiraciones y sus consejos. Solamente, cuando el interés lo aguijoneaba y tenia necesidad de dinero, cooperaba en alguna loca empresa á la conjuracion universal de los ánimos disgustados y á la ruina del Imperio decaido. Pero aparte de esto, su inteligencia clara y penetrante, su carácter flexible,

sus maneras aristocráticas, el don de gentes con que atraia á los mismos á quienes despreciaba, eran poderosos auxiliares al Imperio. Él, y solamente él habia desconcertado la oposicion republicana del Cuerpo legislativo y atraídose con halagos á uno de sus miembros más importantes, á Emilio Ollivier. Pero Morny murió de anemia. Su cuerpo estaba consumido y apagado como su alma; y su alma y su cuerpo parecian el alma y el cuerpo del Imperio. La Emperatriz quiso verlo en su lecho mortuorio, y fué tan grande la emocion producida por la vista de aquel cadáver, que se desmayó de pena como si hubiera visto el cadáver de su propio Imperio. Y en efecto, desavenido de muchos de sus antiguos amigos, cercado por implacables adversarios, solo en las altas cimas de la sociedad donde falta el aire respirable; despojado por grandes desengaños, de aquella aureola socialista que habian ceñido á sus sienes algunos complacientes escritores para los cuales era Napoleon, como los Emperadores romanos, el César de la plebe; sin la victoria en

los campos de batalla; sin el poder y la influencia en los consejos diplomáticos; veíasele sucumbir al peso de una grande impopularidad, entre las maldiciones de todos aquellos que pensaban con elevacion, y sentian con fervor, no ya en Francia, sino en Europa, en América, en toda la tierra.

Pero el hecho, que determina principalmente la decadencia del Imperio francés, sin duda alguna, es la victoria de Prusia en los campos de Sadowah. El año 1866 comenzaba en plena paz. No parecia que el horizonte político hubiera de empañarse. La guerra de los ducados acababa de consumarse en Alemania; y Prusia y Austria acababan de dividirse sus despojos. La posesion de Schleswig se contaba entre las grandes aspiraciones nacionales de la raza germánica por la magnífica posicion del puerto de Kiel y los peligros que habria en abandonarlo á extrañas y poderosas manos, siendo como es seguro de la integridad alemana y desaguadero de su riqueza y sú comercio. Lós daneses sufrieron la dura ley del más fuerte, y se encontraron

vencidos, aunque no resignados á su derrota. El arreglo definitivo de esta cuestion debia ser asunto de conferencias diplomáticas; y estas conferencias engendran una nueva guerra continental que comenzó por trasformar Alemania y concluyó por trasformar Europa; que comenzó por un nuevo incidente de la eterna rivalidad de Austria y Prusia para concluir en actos sucesivos por disminuir el Imperio austriaco, derribar el Imperio francés y el poder temporal del Papa, desmembrar á Francia, y coronar la unidad de Italia y de Alemania.

A pesar de las divisiones fragmentarias del territorio germánico; á pesar de sus régulos, sombras de los antiguos señores feudales; á pesar de sus grandes ciudades exentas, remedo de los antiguos municipios; con un Emperador que se asentaba aun bajo la sombra del desvanecido sacro Imperio; con u[illegible] Papa que dirigia desde el sólio de Roma, eter[illegible] na enemiga de Germanía, la conciencia de u[illegible] parte considerable de los germanos; la ob[illegible] de la unidad estaba perfecta en la concien[illegible]

aunque no estuviera ni comenzada en el espacio. Las tentativas de 1848 habian abortado como todos los proyectos prematuros, como todas las ideas que se anticipan á su sazon oportuna. Pero las ciencias fisiológicas, estudiando los caractéres distintivos de las razas; y las ciencias filológicas comentando la palabra que Alemania llevaba en sus lábios; y las ciencias filosóficas en su apoteosis del espíritu nacional y en su conmemoracion de los destinos históricos reservados á este espíritu en el tiempo; y las artes y las letras, ciñendo su corona de inspiraciones á toda la nacion y elevándola al Thabor de sus grandes ideas; y la filosofía de la historia diciendo cuánto habia contribuido la idea germánica á la sávia de la idea universal, del espíritu humano, crearon esta nacionalidad superior, espiritual, cuajada en brillantes facetas, como un diamante, allá en el cielo de las ideas antes de bajar á estas esferas reales de la vida. Además la idea de la unidad tenia una institucion que, si bien disminuida y alterada, conservaba la generalidad del espíritu ger-

mánico. Y era la Dieta de Francfort, que, sin fuerzas, sin recursos, sin ejército ni presupuesto, juntaba en el haz de recuerdos comunes el espíritu y la vida general de la nacion. Quizá la Dieta hubiera podido hacer más, inspirada en otro espíritu que no fuera el espíritu gótico de la reaccion, y apoyada por otras potencias que no fueran las dos enemigas mortales, Austria y Prusia.

El Imperio austriaco, heredero del antiguo Imperio español; cabeza de la Santa Alianza; fomentador de la reaccion alemana; verdugo de Italia, representaba dentro de la Confederacion germánica las tradiciones más contrarias y los principios más opuestos á la libertad y al espíritu moderno. Prusia, por el contrario, engendrada al calor del puro espíritu germánico; nacida cuando nació la libertad de conciencia; fortificada despues de la paz de Westphalia, triunfo de este humano principio; agrandada en ese crítico y filosófico siglo décimo-octavo que le dió realmente el cetro de su raza con la espada del gran Federico; protectora en parte de la emancipa-

cion intelectual; sus ideas estaban unidas indisolublemente á los progresos del espíritu moderno, y su destino señalado por toda la historia en la lucha con el Imperio austriaco para apartarlo de la grande y luminosa Confederacion germánica que habian levantado en sus alas de luz purísima las almas de los poetas y los filósofos. Además, mientras Prusia estaba formada, exceptuando las provincias polacas, de puros alemanes; Austria estaba formada de algunos alemanes, y de húngaros, ruthenos, eslavos, bohemios, checos, polacos y otras razas, á cuyos destinos varios no podia asociarse el destino concreto y claro de una raza central de Europa. Y el poder de Austria habia disminuido mucho con sus derrotas en Italia. Expulsada de Lombardía, creyóse fácil tambien expulsarla de la Confederacion germánica. Y el rey de Prusia recogió esta idea lanzada al viento por aquella misma democracia que habia fusilado y perseguido por las ciudades de Alemania.

En poco tiempo, el eje de la política europea se trastornó; la Prusia se alzó con la di-

reccion de Alemania; sus fronteras del Báltico se dilataron; la desembocadura del rio Elba cayó en sus manos; aumentos territoriales, redondearon sus dominios; el Austria se apartó del resto de Alemania; la Sajonia, Baviera y Baden entraron en la tutela de la gran potencia á cuyos esfuerzos se debia que la unidad alemana, el sueño de los poetas, fuese viviente realidad.

En las peripecias de la guerra, Austria cede la hermosa prenda Venecia, causa como la Helena antigua de tantas y tan cruentas guerras, al Emperador Napoleon para que el Emperador Napoleon la cediera, si queria, á Italia. Cuando vieron los franceses semejante hecho; cuando vieron que la porcion más codiciada de Europa era cedida á su Emperador, creyéronle nuevamente árbitro de Europa. Y los ménos optimistas se imaginaron que trás la cesion del Véneto por el Austria venia la cesion del Rhin por Prusia. Cuál no fué el desengaño dei pueblo, la rabia del Emperador cuando vieron que Prusia se quedaba con sus grandes territorios y no traspasaba ni una pul-

gada de territorio germánico á Francia. El Emperador estaba perdido. Viendo que no podia nada en los campos de la guerra ni en los consejos de la diplomacia, se dió con empeño á evocar la libertad caida, muerta á sus manos. Y escribió una carta que prometia la libertad y que diera márgen á leyes falsificadoras de la democracia.

De este pueblo tan grande, sí, de este pueblo de Francia, que despertó á los pueblos con la voz de sus revoluciones, ha podido hacer el Cesarismo un pueblo bastante humilde para sufrir largos años de dictadura militar cuyo término todavía no entrevemos en el horizonte. Y esta dictadura enmascarada con todas las hipócritas exterioridades de la democracia, con los principios de 1789 por lema y el sufragio universal por base, necesitaba vulnerar aquellas instituciones progresivas que se iban escapando por una reaccion natural á su sombra de muerte. Cuando queria dar libertad á la imprenta, Keverguen, diputado reaccionario, emprendió triste campaña de calumnias, contra los periódicos li-

berales, que, muchas veces complacientes por necesidad, cómplices á pesar suyo del gobierno, eran como las cenizas donde se guardaban las centellas que habian de iluminar nuevamente la conciencia humana en dias más prósperos para la democracia universal.

La calumnia se mordió á sí misma. En efecto, La Varenne, hábil intrigante, aventurero audaz, salteador del Hotel de Ville en 1848, enemigo de los republicanos porque no quisieron sus manchados servicios, engañador afortunado de los gobiernos italianos, dispuesto á servir por dinero todos los partidos; lucróse un poco en negociaciones intentadas para servir la causa italiana y tomó como bandera para ocultar su innoble mercancía el nombre de la prensa francesa. Pero la prensa liberal francesa ha sido siempre entusiasta por la causa italiana, porque la prensa francesa es una prensa cosmopolita; porque la causa de la independencia de los pueblos tendrá siempre plumas dispuestas á su defensa mientras palpiten corazones humanos en el mundo; porque la libertad de Italia apare-

cia solidaria con la libertad de Francia; porque el derecho es universal y los pueblos son hermanos; y porque si hay algun pueblo que merezca excepcionales sacrificios y que despierte vivo entusiasmo, es esa Italia, que nos ha llevado á todos en su seno, que nos ha sonreido á todos con sus artes y que nos ha iniciado á todos, Vestal sagrada de la historia moderna, severa testamentaria de la historia antigua, en los misterios de la civilizacion y en los principios del derecho.

Por consiguiente, ¿á qué habia de comprar con dinero el gobierno italiano una prensa que tenia ganada por las ideas? Pero lo más horrible fué que un diputado de la mayoría y un director del periódico que se llamaba *Diario del Imperio*, no vacilaran en levantar sobre falsedades manifiestas el armazon de sus calumnias. Los documentos eran falsos y la falsificacion verdaderamente escandalosa, no sólo por lo vil, sino tambien por lo torpe. Se hablaba de periódicos que á la sazon no existian, y firmaban ministros que á la sazon no eran ministros. Los periódicos incriminados

berales, que, muchas veces [illegible] dieron a [illegible] por necesidad, cómplices [illegible] falsificador. E[illegible] gobierno, eran como [illegible] arlo, pudo piso- guardaban las con[illegible] de los individuos de nar nuevamente [illegible] nianos principios que más próspero[illegible] la calumnia; pero en la

La calu[illegible] avergüen que deseaba pasar efecto, [illegible] defensor de la monarquía y rero [illegible] quedará grabada siempre la en [illegible] marca de calumniador.

Es una ley de la historia: los enemigos de la libertad son los que más abusan siempre de la libertad. Cuando no pueden herirla, se contentan con deshonrarla. Y sin embargo, hay tal vitalidad en ese principio, que lo invocan como una religion para negociarla como una mercancía. El gobierno imperial prometió una ley de libertad de imprenta, y otra ley de libertad de reunion. La de imprenta modificaba un tanto el régimen antiguo. Pero las dos ventajas que tiene son haber abrogado la prévia autorizacion, y por haber disminuido el impuesto del timbre. Pero hay libertad de imprenta con depósito enorme,

n timbre ruinoso, con penas pecuniarias y onales, con amenaza de suspensiones rales y de una supresion definitiva, sin r el grave riesgo de que los escritores odos pierdan sus derechos políticos, y en pocos meses los sacerdotes del pensamiento se conviertan tristemente en una raza de ilotas.

Despues de tal ley de imprenta, se discutió su complemento necesario, que era la ley de reuniones. Yo no comprendo un derecho más fecundo que el derecho de reunion. Ninguno debiera ser tan sagrado. Suprimidlo, y habeis suprimido en Grecia la Academia, en Asia el Cristianismo, en Alejandría los fundadores del dogma, en Roma los misioneros que bautizaron á los bárbaros y los rindieron al yugo de la ley, en el mundo moderno los filósofos que han divulgado los principios de justicia, los legisladores que han promulgado fórmulas, ideas del nuevo derecho, los reformadores de la conciencia y de la vida. En definitiva, es tan inútil reprimir el derecho de reunion, como todos los derechos esenciales á la naturaleza humana. Los masones se exten-

dieron bajo la monarquía absoluta, á pesar de los esbirros innumerables de los reyes. La sociedad que es natural, que está reclamada por una idea viva ó por una exigencia imperiosa de la opinion, se organiza en las sombras y vive. Los Césares tienen contra los reformadores sus hogueras; pero los reformadores tienen contra los Césares sus catacumbas. Y encerrada allí la idea como el grano en la tierra, se fecunda y brota el pan del alma para muchas generaciones. Yo no conozco válvula más segura contra las violencias revolucionarias. Yo he visto las sociedades viejas guardadas en el sepulcro gótico de una Iglesia caduca, veladas por los reyes, inmóviles sobre la almohada de piedra de sus gastadas instituciones, estremecerse al temor de una revolucion como los frios miembros de un cadáver galvanizado por las fuertes descargas de una pila de Volta; mientras las sociedades nuevas, como la Repúbliza de Suiza, establecidas en el derecho moderno, abiertas á todos los vientos de la libertad, llenas de asociaciones varias donde se predican todas

las ideas y hasta todas las utopias, permanecen pacíficas y serenas, viendo pasar de lejos, á la manera que las inmaculadas cumbres de los Alpes, el tumulto de las tempestades. Y cuando se piensa que sin el derecho de reunion son imposibles desde las asociaciones de crédito, que centuplican las fuerzas vitales, hasta las asociaciones científicas, que trasfiguran é iluminan las almas, se indigna el corazon viendo cuántos tesoros malgastan los gobiernos, cuántos bienes morales sacrifican torpemente en aras de su miedo.

La ley de reuniones corre parejas con la ley de imprenta. Por el primero de los artículos se reconocia el derecho, y por el resto se derribaba lo mismo anteriormente reconocido. Las reuniones políticas se prohibian absolutamente y se permitian las literarias con tal que no se rozasen nada con la política. Esto es horrible. Tanto valdria decirle á un cuerpo: os permito el corazon, pero os arranco los pulmones. Los derechos son idénticos en su esencia. La correlacion que entre ellos existe es interior y orgánica. Las ciencias todas han llegado á una

síntesis, y cada una de ellas representa el término de una série. Dadme un libro de literatura, y yo os diré cómo piensa el autor en política. La estética que profesa los principios de independencia ó dependencia del arte; el valor atribuido á la autoridad y á los códigos académicos; el juicio sobre la antigüedad clásica y sobre la Edad Media cristiana; sus inclinaciones á tal ó cual género de elocuencia, su entusiasmo por tal ó cual autor me indicarán si está afiliado á la causa de la reaccion ó á la causa de las revoluciones. No juzgan lo mismo á Cervantes el literato elegíaco, cuyo corazon se oprime al ver hundirse el ideal gótico y los sueños de la caballería, que el literato radical, cuyo corazon se ensancha con el progreso de los siglos y la emancipacion de los entendimientos en los espaciosos horizontes de la historia. No juzgan lo mismo á Voltaire un católico y un racionalista. Por consecuencia, cuando se prohibian las reuniones políticas, en realidad se prohibian las reuniones literarias.

Lo único que en política se consentia, eran

las reuniones electorales, pero en una especie de jubileo de quince dias, vigiladas por un agente de la policía, toleradas por un permiso de la autoridad, en sitio cerrado como si se temiera al viento, y con la presidencia de un ciudadano que debia pagar diez mil francos cada vez que se le fuese la lengua á cualquiera de los reunidos; restricciones absurdas y equivalentes á la negacion completa del derecho.

Así, no es mucho que á cada instante se hallen sobrecogidas estas sociedades por revoluciones que amenazan sus bases. Y no se diga, que tambien hay revoluciones en los países democráticos, por el ejemplo de las revoluciones americanas. Yo no lo niego, porque nunca he negado la evidencia. Pero no me seria difícil probar: 1.°, que los gérmenes de esas revoluciones se hallan todos en los restos del régimen; 2.°, que las causas de esas revoluciones son ajenas á las leyes republicanas y á la esencia de la democracia; y 3.°, que, sea cualquiera su alcance, ninguna llega á querer cambiar las bases actuales de

la sociedad y todas se estrellan contra un principio definitivamente admitido, contra la estabilidad de la República.

Yo no puedo negarlo ; en los pueblos muy divididos sobre las instituciones fundamentales, sobre la forma de gobierno, tienen grandes peligros la libertad de imprenta y la libertad de reunion. Pero el medio de evitar estos peligros, el medio único es fundar formas de gobierno bastante robustas para resistir el embate de las ideas. Allí donde una persona es todo el Estado, correis gravísimo peligro de que, gastando esa persona, ó por la crítica justa, ó por la calumnia envenenada, gasteis al mismo tiempo el Estado. La forma republicana, que no depende á la verdad de ninguna persona ni familia, que es puramente impersonal, que se confunde con las naciones mismas, tiene en sí bastante virtud y bastante fuerza para mantenerse erguida y firme, aunque se desaten los tempestuosos vientos de todas las ideas.

Pero la imprudencia, que rayó en temeridad, fué la imprudencia de Napoleon III, vol-

viéndose á buscar en la libertad el aire vital que le negaban la fortuna y la victoria. El César, que habia asesinado la libertad, estaba incapacitado para desposarse con la libertad. Napoleon creyó hallar en la libertad una esposa, y encontró una Judith. No le pasó, no, lo que á los últimos Césares del Imperio romano; le pasó precisamente lo contrario. En aquellos tiempos, cuando los bárbaros se adelantaban hácia la Ciudad Eterna, cuando el Imperio se perdia, comprendieron aquellos dictadores que sólo una palabra mágica podia suscitar héroes, la palabra libertad. Pero los pueblos, embrutecidos en su ignorancia, cargados de cadenas, podridos por una grande inmoralidad, no sabian qué significaba esa palabra, no la sentian resonar ni en su corazon ni en su conciencia. Mas Francia conocia esa palabra y estimaba su precio. Y cuando el César pronunció la palabra libertad, todos dijeron, todos, que la libertad era derecho de los ciudadanos y no concesion de los Césares. Y se irguieron, y se levantaron, y le dijeron á una que detestaban aquel don robado á sus al-

mas en la noche del 2 de Diciembre y devuelto como un depósito disminuido y mermado.

Es la libertad como la luz, que esclarece las grandes aspiraciones, como el aire, que las vivifica. Y la aspiracion indomable, inextinguible, que más arraigada estaba en la conciencia del pueblo francés, era la aspiracion á destruir el Imperio. Así, la imprenta maldijo al César. Así, el derecho de reunion se convirtió en una especie de tribunal revolucionario. Así, el libro revindicó la República é historió los crímenes de los Napoleónidas. Así, la cátedra misma fué una eminencia donde se condensaban las tempestades del espíritu y se encrespaban las grandes ideas de lo porvenir. El Imperio moria sin libertad, y moria por la libertad.

¡Qué error! Habia ahogado una República, herido la democracia, violado los derechos más sagrados, puesto en ignominioso patíbulo al pueblo francés, combatido todas las ideas modernas, y luego queria vivir de todo cuanto habia asesinado y destruido. No, no era

[redacted]

posible la reconciliacion entre el Imperio y la libertad. Al volverse hácia la luz del siglo, le hirió como un rayo. El oleaje de las ideas subia hasta su trono y le arrancaba de las sienes una corona maldecida por la conciencia humana.

CAPITULO XLVIII.

AGRAVACION DE LA DECADENCIA IMPERIAL.

El año 1866 fué el año del comienzo de la decadencia por la batalla de Sadowah. El año 1867 fué el año de la agravacion de esta decadencia por la muerte de Maximiliano y la revolucion de Garibaldi. El año 1868 fué el año en que comenzó materialmente la ruina por la revolucion de España, mecha lanzada sobre los combustibles de Europa; y por las concesiones liberales, muestra evidente de la impotencia del poder personal y abdicacion suicida de todos sus privilegios. El año 1869 fué el año de la derrota moral en el interior

á causa de las grandes agitaciones que trajo el plebiscito y de los grandes escándalos que trajo el crímen del príncipe Bonaparte; y el año 1870 fué el año de la derrota material en los campos de Sedan, donde se renovaban todas las desgracias de Waterlóo, sin ninguna de sus grandezas y sin ninguna de sus glorias.

Encontrábase Europa á la sazon bien triste y bien desgarrada: amenazas permanentes de una reaccion todavía más implacable en España; hambre y temor de la guerra en Francia; inquietudes enormes y armamentos formidables en Alemania; tremendas conjuraciones de los fenianos en Inglaterra, que anunciaban una nueva catástrofe social; remedios heróicos y desesperados del Austria para salvarse de una muerte cierta; esfuerzos de Grecia, que perturbaban el Oriente, y extrañas conmociones de Portugal, que perturban el Occidente; mientras Rusia, atenta á todas estas catástrofes, que se anunciaban como las primeras oscilaciones de un gran ter remoto, preparaba sus ejércitos para sostener

su política de invasion y de conquista lo mismo en Asia que en Europa. El espectáculo era verdaderamente artístico y teatral por las emociones que inspiraba, si no se hubiera visto ya en vision anticipada chorrear tanta sangre. Artístico era el espectáculo del Circo Romano: las damas medio desnudas teñidas con los reflejos del toldo de púrpura; los senadores con sus togas blancas; los coros de mancebos y doncellas entonando á los acordes de la música versos de los antiguos poetas; el pueblo conmovido é irritado como el Océano en tormenta; los sacerdotes ofreciendo sobre el ara de mármol, cincelada por maravillosos escultores, las víctimas ceñidas de guirnaldas; los diversos combatientes, ya desnudos como las estátuas griegas, ya vestidos de pintorescos trajes, sobre magníficos carros; el tumulto de millares de espectadores que llenaban el aire con la tempestad de sus aclamaciones. Pero luego vibraban las armas, comenzaban las heridas, chorreaba la sangre y quedaba sobre la arena enrojecida un monton de cadáveres. Imaginaos tres millones de

hombres, magníficamente equipados, moviéndose para llenar los campos de batalla, y vereis algo épico. Pero imaginaos Europa, cubierta de incendios y de matanzas desde los montes Ourales hasta el Pirineo, y el corazon se os partirá de dolor, y la conciencia se os sublevará de rabia al ver que se llaman pueblos civilizados los pueblos capaces de tamaña barbarie.

Y por todas partes sólo se hablaba de guerra. Los franceses eran los más provocadores á la batalla, y los alemanes los más seguros de la victoria. El armamento de sus ejércitos, con el fusil Chassepot, habia inflamado la antigua cólera guerrera de Francia; mientras se armaba Prusia con madurez y con sigilo. Pero el mal del Imperio no estaba tanto en las dificultades exteriores como en la perturbacion que estas dificultades le suscitaban dentro de sus propios dominios. Por todas partes, en estos cuatro años de decadencia, conjuraciones misteriosas, protestas de los partidos, artículos incendiarios en la prensa política y en la prensa literaria, dis-

cursos amenazadores desde las Academias hasta los clubs, invocaciones á la República, estallido de la cólera, manifestaciones á las puertas de Francia así en los congresos políticos y en los congresos científicos, procesiones á los cementerios en honor de los mártires de la República y de las víctimas del Imperio, el calor de la revolucion extendiéndose desde las tabernas hasta los palacios, la protesta contra el cesarismo, oyéndose tanto en los tumultos de Belle-Ville como en los discursos de la Sorbona. No habia remedio. Estaba muerto moralmente el Imperio. Sólo faltaba que viniera una de esas catástrofes supremas que la limitada inteligencia humana no preve, ni el corazon presiente, á envolverlo en su triste sudario y darle tierra.

El dia 1.° de Noviembre, en uno de estos adversos años, agitóse por extraordinaria y extraña manera la opinion pública en París. Esta agitacion provino de evocar triste recuerdo y celebrar piadosísima memoria. Celebróse el aniversario de un hecho, cuya historia debe tenerse presente. Era la mañana

siniestra que siguió á la noche triste del golpe de estado. Los representantes del pueblo, heridos en su inviolabilidad y en su soberanía, protestaron en contra de este criminal atentado que renovaba el perjurio, la infamia del 18 de Brumario, y traia la sombra nefasta y aborrecida del Imperio. Unos fueron arrestados, otros presos, muchos sorprendidos en sus casas y en sus camas á guisa de criminales, todos perseguidos é injuriados. Entre los que lograron salvarse de la primera criminal tentativa, encontrábase el representante Baudin, hombre de rarísimas cualidades, si no de inteligencia, de corazon y de carácter. A la agresion creyó que debia responder con la defensa. Nunca como entonces pudieron llamarse las barricadas levantadas á la insurreccion altares erigidos al derecho. Pero el pueblo estaba frio, indiferente al trágico y supremo combate. Los desencantos que le produjera la pérdida de sus ilusiones con el desvanecimiento de sus utopias; la predicacion de los goces materiales y de los fines útiles en la dañosa propaganda

socialista; los errores mismos de la Asamblea disuelta y sus ataques furiosos al sufragio universal; la artera propaganda napoleónica, que atribuía escaso precio á los derechos naturales, á la democracia, á la República, enconaron de tal suerte los ánimos contra los diputados más íntegros y más ilustres, que [illegible]

[illegible]

[redacted]

cómo se muere por veinticinco francos, respondió Baudin á los futuros esclavos.» Y tomando un fusil, se fué á una barricada, se opuso casi solo al paso de las tropas, y cayó y murió en el acto.

Este sublime suceso digno de figurar en la historia de los antiguos héroes, fué conmemorado por todos cuantos sentian las cadenas de la servidumbre, y echaban de ménos la asesinada República. En grandes grupos, en procesiones numerosas, recogidos como cumple á un acto religioso, silenciosos como la muerte, iban aquellos ciudadanos, regenerados, fortalecidos por el culto á la libertad, trasformados en el ethéreo baño de las nuevas ideas, á desagraviar con la ofrenda de una corona, de una oracion, de una lágrima los manes del mártir en el dia de la conmemoracion de los difuntos. París, que ama mucho á sus muertos, tiene franco el paso en este aniversario solemne á todos los cementerios. El Emperador comprendió lo que significaba el culto á Baudin, y rodeó de policía su tumba como si quisiera oprimirlo hasta en el

sueño de la muerte. Es verdad que la manifestacion recordaba aquella triste noche de atentados y de sobresaltos; aquellos inquisitoriales y siniestros esbirros que abrian las puertas y violaban el sueño como los ladrones; aquellas orgías de los soldados ébrios mandados y presididos por un magistrado á quien los pueblos habian conferido la sublime dignidad de Wasingthon y á quien el crímen elevaba á la siniestra dictadura de César; aquellos fusilamientos en las calles ennegrecidas por el humo de la pólvora y manchadas con torrentes de sangre; pero nadie puede borrar los grandes crímenes de la historia ni el horror inextinguible, que esos crímenes inspiran, del seno de la humana conciencia. Y los manifestantes fueron detenidos ante la tumba, como si cometieran un atentado, y conducidos á la cárcel como prisioneros vulgares,

Quejábanse los así maltratados de que no hay garantías para la seguridad individual en Estado donde los agentes del gobierno pueden detener á los ciudadanos pacíficos tan

arbitrariamente como ellos fueron detenidos, y apresarlos tan arbitrariamente como ellos fueron apresados. Mr. Cremieux, célebre abogado, en largo informe que acababa de publicar como hombre de ley, aseguraba que existia en los detenidos derecho para exigir responsabilidad á los agentes de la policía. Pero este derecho se halla completamente burlado por las leyes de Francia. Para procesar á un agente del gobierno era necesaria la autorizacion prévia del Consejo de Estado y del ministro del Interior. Y como el ministro del Interior niega la autorizacion de procesar á los que se han excedido un tanto en el celo necesario para cumplir sus órdenes, no hay medio de garantizar los derechos del ciudadano, ni el más sagrado entre todos ellos, la seguridad individual. Pocos dias despues de los arrestos publicaba Mr. Pinard uno de esos comunicados allí tan frecuentes, en el cual decia que sus agentes no habian faltado en nada ni al derecho de los ciudadanos ni á las prescripciones de la ley. Emilio Girardin propuso, á consecuencia de esto,

que se publicara en grueso volúmen el memorial de quejas que la libertad individual y la libertad de imprenta tienen del régimen inaugurado en mil ochocientos cincuenta y dos. Las quejas son harto conocidas; lo desconocido es el remedio.

En cuanto á la libertad de imprenta no podia dudarse que reinaba tolerancia despues de las derrotas diplomáticas del Imperio en Europa; pero nada más que tolerancia. Los procesos contra los diarios de oposicion continuaban menudeando de una manera que ponia espanto, sobre todo, si se recordaban las promesas imperiales. Mr. Peyrat, escritor severo, de una gran fuerza lógica, y de un carácter íntegramente republicano, fué condenado á dos meses de prision; y á dos mil francos de multa Mr. Mangin, director del más popular y más honrado de los periódicos de Francia, *Le Phare de la Loir*. Este es uno de los pocos diarios republicanos que se salvaron del golpe de Estado del dos de Diciembre. La causa de su salvacion merece ser referida. Hallábase dirigido en aquella

sazon por su propietario, uno de los más íntegros y más rectos jacobinos; uno de esos que han permanecido fieles á la libertad hasta en los dias de su desgracia, y que la han visto brillar hasta en los dias de sus eclipses. El jacobino siguió la suerte de los bonapartistas despues de la derrota de Waterlóo. Es bien singular el ministerio histórico de esta familia de los Bonapartes. Sus victorias no son nuestras victorias; pero sus derrotas son nuestras derrotas. Pues bien; el propietario del *Phare de la Loir* se vió unido á los bonapartistas en los dias de combate á la democracia que se llamaron dias de la Restauracion, y en los dias de falseamiento de la democracia que se llamaron dias de Luis Felipe. En tales períodos prestó servicios personalísimos al pretendiente Luis Napoleon. Cuando el pretendiente fué Emperador se acordó de estos servicios, y en la condenacion de diarios, condenacion casi universal, que siguiera al dos de Diciembre, fué exceptuado *Le Phare de la Loir*. Pues bien; al fin del Imperio era condenado á gruesas multas y

se le movian nuevos procesos por las palabras consagradas á condenar los arrestos del cementerio de Montmartre. *El Courrier Français*, periódico socialista, fué tambien condenado por la administracion á no poder despachar sus números en la via pública. Era muy singular lo que sucedia con este periódico. Ninguno más formidable en sus ataques al Imperio. Vermorel es un escritor de estilo severo, que ha prestado eminentes servicios á la democracia publicando los discursos de Danton y de Robespierre, exparcidos en millares de volúmenes, cuya lectura es dificilísima, cuya adquisicion es imposible. Vermorel atacaba duramente las dos fuerzas más vivas que tenia la reaccion: el Cesarismo, la banca. Y, sin embargo, muchos le acusaban de ser cómplice del gobierno, de predicar el socialismo para desacreditar la democracia, de dividir las huestes de oposicion para que triunfase el Imperio, y hasta de ser un instrumento del hábil ministro de Estado para presentar candidaturas comunistas en las elecciones, fraccionar el pueblo de París, y trabajar

indirectamente por los siempre vencidos candidatos del César. Yo recojo estos rumores, y los digo, porque tienen importancia histórica, y tuvieron influjo político. Pero puedo asegurar en conciencia, que no tengo datos para justificarlos, para afirmarlos. Puedo asegurar más, que tengo por inverosímiles tales móviles, y que me consta que *El Courrier* se mantuvo de grandes y extraordinarios sacrificios hechos por sus accionistas y del mucho favor que alcanzara en el público. Mi desinterés en estas afirmaciones, puedo decir que es mayor puesto que jamás he participado de las ideas socialistas, si por socialismo se entiende la mutilacion de la libertad, aunque sea á favor del pueblo. Pues bien; *El Courrier Français* fué á su vez severamente castigado. Y ni siquiera los periódicos literarios se exentaban de la comun desgracia. *El Corsario* fué suprimido por un artículo, y *La Luna* suprimida tambien por una caricatura.

Se necesita estudiar un poco las leyes francesas para comprender de qué manera es

potente allí la administracion pública. El artículo 75 de la Constitucion del año VIII, convierte á los que tienen algun átomo de la autoridad pública, siquier sea imperceptible, en especie de casta sacerdotal, de aristocracia sacratísima, de pontificado inviolable. El panteismo autoritario se extiende como una atmósfera venenosa en torno de Francia. Mr. Persigny interpretó el art. 75 en términos tales, que hacia otros tantos Emperadores de cada uno de los agentes de la administracion pública. Y se dió el caso siguiente. La historia de la casa de Condé, obra de uno de los príncipes de Orleans, fué recogida por la administracion. El editor se quejó de que se le hubiera infligido el castigo de confiscacion que las leyes francesas prohiben; y se quejó ante los tribunales de justicia por ataque á la propiedad. Los ataques á la propiedad, pasan á ser defensas de la propiedad, cuando se cometen á nombre de la seguridad general por los atrevidos agentes de la administracion pública.

No encontrando refugio en la prensa, jus-

ticia en los tribunales, el agraviado puede dirigirse al Cuerpo Legislativo. Pero este recurso tambien falta. Ni siquiera es permitida la queja. El diputado no tiene iniciativa, y por consecuencia, no puede presentar ninguna reforma á las leyes más duras. Y además de no tener iniciativa en realidad no tiene derecho á quejarse de los actos del gobierno, sino cuando la mayoría lo consiente. El atentado á la seguridad individual cometido en los primeros dias de Noviembre de 1867 fué tal, que muchos abogados exigian una protesta. Se desistió de la protesta y se entregó la cuestion á la minoría del Cuerpo Legislativo. La minoría interpeló, pero la interpelacion no fué autorizada. Y por consiguiente, en conflicto tan grande entre los derechos de los ciudadanos y la autoridad del poder, reinó un triste silencio, un silencio que iba siendo cada dia más intolerable para este pueblo francés, tan espansivo, tan orador, tan amigo de comunicar sus ideas al mundo, y que tantas veces ha sacrificado satisfacciones grandísimas á la excepcional para él de tener

una tribuna muy alta donde las maravillas de la palabra humana brillen vivamente.

Y menudeaban á la sazon, no ya las asechanzas á las manifestaciones públicas, sino tambien las asechanzas á las reuniones privadas. Un eminente jurisperito de París reunia en su casa de la calle de Monsieur le Prince varios republicanos á discutir los asuntos más graves de la política diaria, desde la cual se elevaban á los problemas y tesis más trascendentales del derecho público moderno. Este abogado se llama Emilio Acollas y sus libros sobre el derecho civil tienen notoria autoridad en todas las escuelas de Francia. El Imperio no podia perdonar á él y sus comensales que hubieran ido al Congreso de Ginebra. La policía cela esta casa, toma noticias de los asuntos que se trataban en la tertulia, y la sorprende; y apresa, y encarcela á todos los asistentes. Entre los papeles registrados se encuentran algunos escritos á favor de la República. Julio Favre defiende al principal de los acusados y proclama su derecho á conversar con sus amigos en el santuario del

hogar sobre los problemas que agitan á nuestro gloriosísimo siglo. Allí hasta los ausentes, dijo, nos hallábamos en espíritu. Si escudriñais nuestras conciencias; si venís á penetrar en nuestra casa, á sorprender nuestra vida privada, á registrar nuestra cartera, á husmear el fondo del corazon, no estrañeis dar con los sentimientos que siempre, en todo tiempo, nos habeis inspirado, y con el amor que siempre, en todo tiempo, hemos tenido á la vencida República. El discurso de Cremieux que defendió á otro acusado, fué ménos elocuente, pero más incisivo y más fuerte. Era el defensor de Nacquet. Este es un profesor de química, agregado á la facultad de medicina, tan ilustre por su ciencia como por el temple de su carácter. Cremieux, ministro de justicia en la República, recordó en su defensa la generosidad con que la República abrió sus puertas á los mismos que debian destruirla. Estas palabras me trajeron á la memoria la sombra de Lamartine, el poeta que apasionó un pueblo hasta dirigirlo con la palabra en medio de las tempestades sociales que pare-

cen obedientes sólo á la fuerza, Lamartine, moribundo en aquella suprema hora. Si en su cráneo frio, decia yo para mí, quedan algunas pavesas de ideas, cuántos remordimientos deben asaltarle en esta hora suprema al ver que deja esclava Francia cuando en la ardiente lava de la revolucion de 1848 pudo imprimir á Francia con tanta facilidad, inspirándose en las ideas de la democracia, desposeyéndose del sentimentalismo realista de sus primeros años, la forma severa y santa de nuestra madre, de la respetable madre del derecho, de la República. Otra de las arengas más notables que se pronunciaron con motivo de este proceso, fué la defensa de Floquet á favor de Verlier. «Yo no he ido al Congreso de Ginebra, dijo el elocuentísimo abogado, porque se trataba de la paz, y yo creo que la democracia debe apercibirse á la guerra.» Es imposible una más audaz declaracion. Todo esto prueba cuán ardiente se hallaba la opinion pública en Francia. Por todas partes sólo se oia hablar de política. Los procesos por gritos sediciosos proferidos en las calles de

París llenaban los periódicos. Así es que la causa de Acollas, Nacquet, y demás compañeros conmovió á todo París. El tribunal condenó á Acollas á un año de prision y quinientos francos de multa; á Nacquet, Verlier y Chouteau á quince meses de prision y quinientos francos de multa; privacion por cinco años del ejercicio de los derechos civiles; á Haya y Godichet un año de prision, quinientos francos de multa, y así á los demás.

Cuando un poder comete estos excesos; cuando lanza sus esbirros sobre los hogares, sus pretorianos sobre los transeuntes, sus jueces sobre el pensamiento y la conciencia, muestra que ha caido en los espasmos y en los delirios de una terrible agonía.

CAPITULO XLIX.

DIFICULTADES EXTERIORES.

Bismark era en fines de 1867, como es hoy, el protagonista de la política europea. Las tres grandes cuestiones que á la sazon agitaban al mundo moderno, se compendian en cuestion de la unidad alemana, cuestion de Roma, cuestion de Oriente. Pues bien, sobre estas grandes cuestiones pesaba con imponderable pesadumbre el voto del conde de Bismark. Por una alianza más íntima aún con el Sur de Alemania podia resolver la unidad alemana. Por una inteligencia con el gobierno florentino podia acabar con la cuestion de Roma. Por

otra inteligencia con el gobierno ruso podia, ya que no resolver, precipitar la cuestion de Oriente. No es maravilla que cuando hablaba, todo el mundo prestase atento oido al eco de sus ideas.

Tiene Bismark una fortuna rara hoy en Europa, tiene una idea progresiva que servir, porque es progresivo unir una raza esplotada por treinta y cuatro tiranuelos; contrastar el peso antes decisivo de Francia en la balanza de los destinos europeos; y arrancar la direccion de Alemania á las manos de ese imperio austriaco, medio eslavo, medio aleman, encerrado bajo la pesada capa de plomo de sus recuerdos históricos, teocrático por esencia, despótico por necesidad, sean las que quieran sus veleidades presentes, enemigo de la libertad interior de los pueblos, y que ha consumido su vida peleando con la independencia de todos ellos, queriendo ahogar en su cuna á Suiza y á Holanda y encerrar en su sepulcro á Polonia y á Italia; imperio caótico, monstruoso, que no podrá reponerse hoy de sus rudos golpes, aunque traidora

é hipócritamente pida un soplo de vida al aire vivificante contenido en nuestras salvadoras ideas. Destruir el Austria y unificar Alemania son dos grandes principios. Los medios, que Bismark emplea, merecen reprobacion, como todas las violencias, como todas las tiranías. Pero los fines que Bismark se propone en la cuestion concreta de la nacionalidad alemana son fines progresivos. Europa entera escuchaba con grande atencion el discurso que pusiera Bismark por Noviembre de 1867 en lábios del rey de Prusia. Por él se notaba claramente que el ministro prusiano seguia con germánica tenacidad la realizacion de sus ideas. El tratado de Praga oponia á lo que llamaban las ambiciones prusianas, á lo que llamaré la unidad germánica un límite en la línea del Mein. Pues bien, ese límite ya habia sido pasado, esa línea habia sido ya rebasada merced á la tenacidad del ministro y á la claridad con que viera siempre el destino de Prusia en la Confederacion germánica. Los Estados del Sur tenian á la sazon un tratado comercio con Prusia que realizaba la uni-

dad económica y un tratado político que realizaba la unidad militar. El Imperio francés declaraba que no consentiria más unidades. Pero el discurso de Bismark á su vez declaraba que no pondria rápida mano en concluir lo obra comenzada; pero si las nobles aspiraciones del Sur, si el voto de la opinion le llamaran tenazmente á una ampliacion de la pátria alemana, seria fiel sin remedio al encargo recibido de los ilustres progenitores de Prusia y á los deseos manifestados por los entusiastas pueblos de Alemania.

Inútil encarecer la profunda impresion que el discurso de Prusia produjera en Saint Cloud donde habitaba á la sazon el Emperador Napoleon. Conforme lo iba el rey pronunciando, lo iba el Emperador recibiendo por el telégrafo. Inmediatamente que leyó ciertas proposiciones relativas al Sleswig, llamó á Mr. Rohuer, su ministro de Estado. La conferencia fué larga y la agitacion grande. Aquella tarde no se comunicó el discurso á los periódicos que lo aguardaron hasta última hora. Al dia siguiente declaraba el *Monitor*,

periódico oficial, que no habia llegado á sus oficinas cuando ya lo publicaban hasta los periódicos ménos solícitos en adelantar noticias como el *Siecle*. Las proposiciones relativas á la unidad germánica no habian gustado en los consejos del Emperador. Mas ya hacia tiempo que se contaba la resignacion entre sus virtudes. Y el Emperador Napoleon la mostró extraordinaria en breves dias, el diez y ocho de Noviembre, en el discurso de apertura de las Cámaras. Pocos espectáculos más curiosos que una apertura de las Cámaras en Francia. Nadie diria que era este el pueblo del noventa y tres, que era esta la lengua de Danton, que era este el ejército vencedor de los reyes en Valmy, el ejército arrebatado por las estrofas de la Marsellesa. Aquellas bayonetas con que ahondaron en el suelo europeo para buscar la sazonada tierra donde habia de brotar la libertad, se han roto entre sus manos. Aquella sangre generosa que ofrecian para verificar la trasfusion de la democracia á las venas de los pueblos esclavos, aquella sangre se ha perdido. Los hijos del 93 aparecian á la sa-

zon como soldados del Papa. Yo creia soñar. Miraba con ojos atentos la plaza del Carrousel, donde se empeñó la batalla del 10 de Agosto, donde cayeron los últimos defensores de la antigua monarquía, donde se derritió entre el fuego del popular combate la corona de derecho divino que habian llevado San Luis y Carlo-Magno. Nadie diria que las negras piedras eran los mismos testigos de aquellos espectáculos de 1792, y de estos espectáculos de 1867. Tropas de línea sin número, soldados de todas armas en 1867, huestes de policía que parecian familiares del Santo Oficio, carrozas engalanadas con blasones, uniformes hechos ascuas de oro, condecoraciones y coronas, todos los signos del endiosamiento de un hombre y de la servidumbre de un pueblo, todos los signos que habia barrido el viento de la revolucion venida del cielo para orear la cara de los esclavos cubiertos de ignominia, para convertir los lacayos en hombres. Yo, despues de haber visto todo aquello, necesité hacer un grande esfuerzo para convencerme de que estaba en París, en la ciudad querida,

á la cual tantas veces hemos saludado como la esperanza de la libertad universal. Me parecia que era posible que hubiese el génio del mal reedificado la Bastilla. Pero no, está aún allí, en sus ruinas, la columna de la revolucion sobre la cual se hallan grabados los nombres de sus héroes. El ángel de la libertad desplegaba á la luz de un sol brillante sus áureas alas, pero tan alto, tan alto, que no parecia sino que tornaba al cielo. Yo, involuntariamente, recordando todo lo que habia visto y oido en aquella tarde, y descubriendo las áureas alas del ángel de la libertad en el azul firmamento, murmuraba estos versos de uno de nuestros mejores poetas:

¡Oh! querida libertad,
Mi consoladora idea,
Vuelve á Dios,
No te desea
La mísera humanidad.

El discurso del Emperador, no era solamente notable por lo que decia, sino tambien por lo que callaba. Ni una palabra de las grandes dificultades en América. Ni una palabra de

esa alianza tan comentada, tan traida y tan llevada con el Imperio de Austria. Ni una palabra concreta, clara, sobre el poder temporal del Papa. Ni una palabra sobre los anunciados empréstitos. *El Univers*, periódico católico, notó tambien que no hay una invocacion siquiera á la Providencia, ni una palabra de Dios. El Emperador se apresuró á calmar la ansiedad de Francia y de Alemania sobre las probabilidades de una guerra. Mientras las alteraciones que se hayan de verificar en Alemania, se verifiquen con el asentimiento de los pueblos, el Emperador no escribirá una protesta. Pero en seguida demandaba, que sin consultar para nada el asentimiento del pueblo romano, se convocara una conferencia europea encargada de arreglar la pavorosa cuestion de Roma. En cuanto á los asuntos interiores, confesion de que las transacciones iban mal, de que el hambre amenazaba á Francia, de que los temores de guerra aumentaban la paralizacion del comercio. Y las reformas tantas veces prometidas, las reformas tan alabadas, no llegaban nunca ó

llegaban mal, y unidas á fuertes protestas de represion y autoridad. Libertad de ir á la ruina y á la cárcel fundando periódicos sujetos á los tribunales correccionales y al impuesto del timbre. Libertad de hablar durante el período electoral en los comicios; pero bajo la vigilancia de un agente de la policía que podrá cortar con su baston de un golpe las alas gigantescas á la palabra humana. Aumento del ejército, organizacion de la Guardia nacional movilizada, el servicio elevado de siete á nueve años, y luego invocaciones á la paz.

Hé ahí las ventajas del Cesarismo. Los franceses iban á ser enviados á la guerra sin que se consultara su voluntad y su pensamiento, por meras cuestiones territoriales, como en los tiempos más tristes de la Edad Media. Y la verdad es que no merecian compasion alguna. Tuvieron en poco su libertad, dejaron sacrificar su República. Unos le pidieron la realizacion de utopias que no podia realizar; otros el cumplimiento de milagrosas trasformaciones que no podia cumplir. La mitad de los republicanos desacreditó, ca-

lumnió á la otra mitad. Los más sensatos se fueron tan lejos, que dudaron hasta del sufragio universal. Los más avanzados mancharon de sangre la cuna de la República. La demagogia, como siempre en los dias críticos, impidió la pacífica renovacion de la sociedad con sus aspiraciones exageradas; y en los dias adversos, la resurreccion de la esperanza con su desaliento y sus desengaños. Sobre las espaldas de un pueblo caido, tronó un César ébrio de orgullo y de soberbia. Durante mucho tiempo le creyeron los franceses el mantenedor de su gloria, y los trabajadores el Mesías de su socialismo. Las campañas de Crimea y de Italia, mantuvieron la ilusion de los patriotas, y los trabajos de París la ilusion de los socialistas. Pero al poco tiempo, Méjico y Prusia y Mentana dijeron cuánto habia de falso en las ilusiones de gloria nacional; y el trabajador, arrojado de París por la piqueta de la prefectura, cuánto habia de falso, de engañador, de horrible en las ilusiones de renovacion social.

La autoridad imperial iba á dar, ó los fru-

tos que en Asia, ó los frutos que en Europa. En Asia, aquellos imperios inmensos concluyeron por enterrar á los pueblos en las arenas del desierto, y por hacer de las sociedades verdaderas necrópolis, de las razas verdaderas momias. En Europa, todo Imperio concluia por una catástrofe irreparable. El Imperio de Alejandro se disolvia en cuanto el héroe casi fabuloso espiraba en su lecho perfumado por los aromas del Oriente, y mecido por las sirenas de Grecia. El Imperio romano llevaba la desesperacion á sus Césares, la sensualidad á sus pueblos; y despues de haber tropezado de orgía en orgía, acababa entre las irrupciones de los bárbaros. El inmenso Imperio español, más grande aún que el Imperio griego y el Imperio romano, se cayó, podrido y gangrenado, á pedazos, sobre la tierra de sus conquistas. El Imperio francés iba á dar dos veces los mismos resultados: el eclipse total de la libertad, el decaimiento de la conciencia, la guerra en todas partes, la ruina, la derrota, las invasiones, la desmembracion, es decir, la muerte y la deshonra.

[redacted]

CAPTULO L.

DIFICULTADES EN ITALIA.

En este tiempo que historiamos parecia decaido en Italia, al ménos en el gobierno italiano, aquella profundísima mirada política, que llegaba hasta el fondo de los hechos y que preveia hasta las corrientes del porvenir. No se concibe sino por una irremediable decadencia ese empeño que el Parlamento italiano tenia en proclamar á Roma capital de Italia y ese empeño que tenia su gobierno en evitar que Roma llegase á adquirir tal capitalidad. Decretar por la autoridad del Parlamento una medida y evitarla luego por una con-

vencion con gobierno extranjero era demostrar al mundo que Italia, á pesar de los inmensos trabajos hechos por su independencia, permanecia en oprobiosa tutela. Impedir que Roma se constituyera independiente, oponiéndole el obstáculo del Pontificado era demostrar al mundo que la brecha por donde habian entrado los enemigos de Italia siempre en su nacionalidad, ha sido el Pontificado. Arrestar á Garibaldi en Asinalunga, despues de haberlo herido en Aspromonte, era divorciar al Rey que acababa de ceñirse la corona de Italia, una merced á Garibaldi, divorciarlo de toda popularidad. Consentir que el Papa allegase para sostenerse tropas en todas las naciones y no consentir que de Italia pasára, ni siquiera el primero de los soldados italianos, á combatir al Papa era una injusticia irritante. Resolver todas las cuestiones con gran pulso, la cuestion de Venecia como la cuestion de Nápoles, y estrellarse ante la cuestion de Roma era una prueba palmaria de flaqueza. Y cuenta que las cuestiones italianas nos interesan porque esta nacion es un manantial

de brillantísimas inspiraciones, en el cual han refrescado sus lábios todos los que aman lo ideal en el mundo, y porque los hombres de Occidente sentimos en nuestra sangre, en nuestra palabra, en nuestro espíritu, la misteriosa filiacion, en virtud de la cual procedemos de esa querida madre de las naciones latinas, que nos ha legado su lengua y su espíritu con ese carácter universalizador y artístico, timbre principal de nuestra raza. Pero las cuestiones que hasta ahora se han resuelto en Italia, han sido cuestiones nacionales.

Y lo que en aquella sazon se intentaba resolver, tenia además de su carácter nacional, un carácter humanitario. Roma era no solamente la cúspide hermosísima de esa gran pirámide que se llama la nacion italiana, amasada con la sangre de tantos mártires ilustres, sino tambien la base de separacion de la Iglesia y del Estado en todos los pueblos católicos. Desde el momento en que el Papa dejara de ser Rey, se planteaba por sí misma en Italia la cuestion completa de la separacion entre la Iglesia y el Estado. Y desde el

momento en que Roma, la capital del mundo católico, realizara este progreso incalculable en sí mismo, por una fatalidad, se realizaria tambien inmediatamente en todas las naciones católicas. La ley civil y la ley religiosa dejarian de estar unidas en ese adulterio que las esteriliza y las deshonra á ambas. Los cultos pasarian de leyes impuestas por el Estado á principios admitidos por la conciencia. Seria la religion lo que la religion debe ser, la interior relacion del hombre con Dios, la norma moral independiente de todos los intereses mundanos, la casta musa del arte, la luz de los que creen, la fuerza interior de los que trabajan y de los que combaten, el consuelo de los que mueren, y la esperanza para más allá de la tumba.

Pero el gobierno italiano habia convenido indirectamente en no hurgar á Roma para que fuera á pedir su independencia. ¿Cómo? Se preguntaban á una todos los liberales. ¿Querrán forzar á Roma á la servidumbre? ¿Se habrán convencido de que Roma está resignada á su esclavitud? Lo primero es alta-

mente execrable. No se excitan las pasiones de un pueblo, no se le ofrece la doble perspectiva de ser cabeza de la pátria emancipada, y ciudadano del derecho moderno para sacrificarlo en seguida á conveniencias diplomáticas. Lo segundo, la resignacion de Roma seria terrible. Podria decirse que un pueblo habia muerto; podria asegurarse que Italia llevaba un cadáver en su conciencia.

De cualquier manera, notábase cierto espíritu de reaccion en el gobierno de Víctor Manuel, espíritu que comenzara desde el instante mismo de hallarse constituida la Italia. Las dinastías todas, aun las de orígen más popular, son esencialmente reaccionarias. La casa de Hannover, triunfó en Inglaterra por los whigs y gobernó en los torys. Luis Felipe debió el poder al pueblo insurrecto en 1830 y gobernó hasta su caida en 1848 con la alta clase media. Víctor Manuel recibió de Garibaldi una corona, y le pagó con una bala. Pero hoy la reaccion se consuma invocando aparentemente la libertad. Es la táctica de los poderes modernos. Hace un siglo comba-

tian la revolucion cara á cara, y hoy la combaten invocando sus mismos principios, sus mismas ideas. Cuando iba á espirar el plazo de la convencion de Setiembre, escribió Ricasoli una carta excelente sobre la separacion entre la Iglesia y el Estado. Resumíanse en este documento con una ciencia magistral todas las razones que hay para desasir el Estado del yugo que le ha impuesto la Iglesia y á la Iglesia del yugo que le ha impuesto el Estado. Nada faltaba, ni los principios de justicia mediante los cuales, cada hombre sigue la voz de su conciencia y regula por sí mismo las relaciones con el mundo de lo sobrenatural y de lo infinito; ni el derecho que tiene el espíritu religioso á esteriorizarse, á manifestarse en un culto que debe ser libre; ni la conveniencia de descargar al Estado de ministerios impropios de su naturaleza; ni el porvenir que se abria á la Iglesia pudiendo organizarse sin la intervencion del poder civil, enseñar y predicar sin la intervencion del poder político; ni el ejemplo de los Estados Unidos, de ese grande ideal de las sociedades

modernas, donde cada conciencia tiene su culto en el hogar de sus íntimos sentimientos y cada culto su lugar en el derecho, su espacio en aquella sociedad animada por todas las libertades.

La Iglesia separada del Estado ha sido el deseo de toda mi vida, especialmente para nuestra desventurada España. No comprendo nada más abominable que forzar á la conciencia, por su naturaleza incoercible como el aire, á tener un culto, á tener una fé impuesta por la fuerza que no puede llegar, que no llegará nunca, hasta el secreto asilo de la conciencia. Del error de tener una religion impuesta por el Estado, nace el rebajamiento de los caractéres, la corrupcion de las costumbres, la decadencia del sentido moral, la falta de inspiracion en el arte, la falta de razon libre en la historia, la brutal indiferencia por esos problemas sublimes de lo infinito, de la eternidad, de la vida y de la muerte, que ora se resuelvan en un sentido, ora en otro, mantienen siempre en el espíritu el resplandor inextinguible y el aroma inmortal

que solamente esparcen las poderosas creencias. Pero es preciso no falsear este principio. La mano que derribe el poder material de la Iglesia, es una mano sagrada que derriba en los abismos la última piedra del viejo castillo de la Edad Media, cuyas almenas han asaltado una legion de héroes desde Abelardo hasta Lutero, á cuyos piés han muerto una legion de mártires desde Arnaldo de Brescia hasta Giordano Bruno. Mas tengamos en cuenta que es muy fácil avivar ese poder aparentando matarlo. Tengamos en cuenta que es muy fácil dar á la Iglesia una fuerza inmensa, si no se pone como contrapeso á su libertad que yo quiero completa, absoluta, la libertad de todos los demás cultos. La reforma de la emancipacion de la Iglesia que Ricasoli proponia, ni era justa, ni era conveniente mientras no se quitase del Estatuto italiano un artículo que declara una religion oficial en el Estado. El dia que este artículo se borre, el dia que el problema religioso pueda resolverse libremente por cada conciencia, será tambien el dia más feliz de nuestra historia.

Y cuando se piensa que este gran derecho se puede anunciar al mundo desde el coliseo donde murieron los sagrados mártires del Cristianismo, desde el Vaticano donde el heredero de los Césares bendijo las matanzas de San Bartolomé, la inmolacion de los nuevos mártires de la conciencia humana; cuando se piensa que tan grande idea puede grabarse con la luz del espíritu libre en las mismas piedras donde Neron, Domiciano, Bonifacio VIII, Alejandro VI han grabado los principios de la intolerancia con el fuego de las hogueras, involuntariamente pronunciamos un *Sursum corda,* y bendecimos á Dios que nos ha permitido vivir en los tiempos de las grandes conquistas y de los universales derechos.

El Papa se defendia del progreso de los principios humanos, oponiéndoles el principio de la solidaridad teológica; y á campana herida, convocaba á todos los Obispos de la tierra á las sesiones de magno, de ecuménico concilio.

Los concilios ecuménicos se han reunido siempre en las crísis capitales de la vida; el de Jerusalen cuando era necesario unir en el

espíritu religioso las dos razas que se dividen el mundo antiguo; y el de Nicea cuando era necesario verter sobre la cabeza de los bárbaros el agua del bautismo para inaugurar el mundo moderno. Pero estas asambleas no pueden ejercer influencia verdadera en la tierra sino sirviendo ó adelantándose al espíritu de su tiempo. ¿Qué iba á hacer el concilio ecuménico próximo á celebrarse en Roma? Oponer formidable negacion á los principios civiles sobre que descansa la sociedad moderna despues de la revolucion. Uno de estos principios es el amplio, el humanitario de que indivíduos pertenecientes á distintas religiones, separados por creencias diversas ú opuestas, pueden formar una misma familia, una misma sociedad. Pues bien; la Iglesia queria oponer su veto á la libertad religiosa y al matrimonio civil. Otros de los principios más fecundos de nuestra sociedad es la independencia de la razon humana. Los pueblos, que no han sabido sostener este principio en frente de las bárbaras invasiones de la autoridad, no han descubierto ni una nue-

va estrella en el cielo, ni una máquina para dominar las fuerzas brutas de la materia, ni una verdad para iluminar el espíritu.

En las cuestiones que la Iglesia presentaba á la consideracion del mundo de los fieles, notábanse caractéres mortales. El primero es el carácter mundano. Todavía los poderes morales podrian ejercer decisivo influjo en el mundo oponiendo á la corriente de las ideas positivistas modernas la corriente de las ideas metafísicas que Sócrates presintió, que Platon formuló, que Cristo popularizó en su vida y selló con su gloriosa muerte. Pero añadir al carácter utilitario de nuestro siglo utilitarismo, al carácter material materialismo, es perder hasta el encanto del contraste. Y todas las cuestiones propuestas se referian á las varias maneras de aumentar el poder material de la Iglesia. Y todas se compendiaban en recoger del suelo ese freno de la teocracia que hemos roto en seis siglos de luchas formidables. Por consiguiente la Asamblea nacia muerta. Su obra habia de ser frágil. Era de sentido comun que, llamados y congregados

los Obispos para salvar el poder temporal de los Papas, sólo acertarian á destruirlo, y á destruirlo para siempre.

Sobre la celebracion del concilio se extendia una amenaza horrible. El héroe que ha llevado su nombre glorioso desde las orillas del Plata hasta las orillas del Tiber; su nombre, que es una epopeya de triunfos populares, se apercibia á entrar en Roma. La revolucion romana se respiraba en los aires. Hay en aquella tierra esa corriente magnética de vida libre, de vida civil que se escapa del Foro, de las cenizas de los Gracos, de los sepulcros hacinados de tantos héroes de la libertad y tantos mártires de la inviolabilidad de la conciencia humana; y nada contra esa corriente ha podido la tiranía horrible de los Papas. Roma suspiraba por incorporarse de su lecho de muerte, por sacudir las cenizas que sobre ella han aglomerado quince siglos de errores. Garibaldi iba á coronar su obra recogiendo del polvo la corona de Italia, que no es la corona de hierro de los reyes de Lombardía, sino la corona de laurel de los

héroes de la República romana. El sentimiento civil y el sentimiento político no pueden morir en los pueblos modernos. Pero contra este sentimiento civil, contra este sentimiento político se han conjurado las preocupaciones religiosas de todas las muchedumbres que besan el pié del Papa, como si el pié de ningun hombre, por alto que esté, pudiera representar la conciencia moral del mundo. Y como en Francia, especialmente en los campos de Francia, hay tantas preocupaciones religiosas, Napoleon necesitaba mantener, al ménos, el poder temporal de los Papas, y deslumbrar así á tales gentes. Para sostener semejante política invocaba el tratado de Setiembre. Y el tratado de Setiembre invocaba á su vez el principio de no intervencion; y si el poder romano caia por voluntad de los romanos, Francia no podia intervenir en Roma. ¿Qué nacion intervendria? La Inglaterra y la Prusia nada tienen que ver con las cuestiones romanas. La Rusia retiraba hasta su embajador de Roma. El Papa de Oriente, el Papa de Occidente jamás se hallan en paz. Austria

iba derechamente á romper su concordato con Roma, y en el momento en que destrozaba un compromisó religioso, no iria á contraer con la córte romana un compromiso político. Italia no se suicidaria levantando el poder que es á un tiempo mismo la negacion de su unidad y la negacion de su independencia. España quedaba á la sazon. Pero España no podia sostener una guerra con Italia para restaurar el poder temporal de los Papas. Además, como yo creo tanto en la eficacia de los principios liberales presentia y anunciaba entonces que para el dia en que la cuestion de Roma se resolviera, España habria sacudido ya la tiranía que la deshonraba. Por consiguiente, el mundo moderno caminaba á una renovacion. Y por todas partes se anunciaba el alborear de ese nuevo dia.

Toda la política giraba sobre la convencion de Setiembre. Y en la convencion se habia pactado respetar al Papa; mas tambien sacar las tropas francesas de Roma. En la córte pontificia eran grandes é incomprensibles los terrores por la evacuacion de las tropas fran-

cesas. Aquel gran poder se mostraba en verdad más contrario á sí mismo que todos sus enemigos. La base principal del gobierno está en la voluntad del pueblo. Si esta base falta, no puede subsistir un gobierno. Ahora bien, desde el momento en que las tropas extranjeras salian de Roma, el Papa se iba á encontrar frente á frente de sus súbditos, es decir, el Papa se iba á encontrar en las condiciones de todos los gobiernos regulares. Si sus súbditos se sublevaban, si protestaban contra el gobierno de los Cardenales, la culpa seria de este gobierno, incapaz de sostenerse á la luz del siglo XIX. Los neo-católicos de toda Europa temian que la caida del poder temporal modificase hasta en su esencia el catolicismo. Hagámosles esta justicia; su temor era fundado. Estos principados clericales no pueden sostenerse en el mundo sino por el prestigio de lo sobrenatural que los rodea. Cuando este prestigio les falta, se vienen fatal, necesariamente, á tierra. Ya lo anunció el mayor entre todos los escritores políticos de Italia, Maquiavelo. Su profecía se

[redacted]

cumple. No se puede gobernar con las bulas, con las indulgencias, con el hisopo, con el agua bendita, con la confesion y la comunion; no se puede gobernar con la coaccion religiosa, y el Papa no gobierna. En el carácter analítico de nuestro siglo se aparta cada dia más el poder temporal del poder espiritual. Pero si estos dos poderes se separan, si el segundo crece, es porque el poder espiritual ha perdido casi toda su fuerza. Si la conservara en el grado eminente de otros siglos, si fuera la luz de las conciencias , la vida de los corazones, el ideal de las sociedades, la regla moral de los caractéres, el poder espiritual seria tambien, al mismo tiempo, el que gobernara políticamente las sociedades humanas. Imaginaos lo que era en pasados siglos, cuando las coronas de los reyes recibian su luz de la tiara de los Papas, y lo que es hoy, cuando vacila y cae porque le faltan unas cuantas bayonetas extranjeras, y comprendereis cuánto ha madurado la razon humana.

Roma no podia libertarse de los progresos del siglo; Roma no podia creer en la virtud

sobrenatural del poder de su Pontífice. Harto tiempo lo ha creido. Pero así como al principio de la Historia Moderna fué la última ciudad que se convirtió al cristianismo, fiel á los dioses antiguos, agentes de su inmenso poder, al principio de la nueva historia, es tambien la última ciudad que se convierte á las ideas de la nueva filosofía política, de las nuevas sociedades democráticas, fiel á sus pontífices que tan grande autoridad moral le han dado en el mundo. Pero no hay pueblo, por poderoso que parezca, por apegado á sus tradiciones, que se crea capaz de eximirse de la influencia de ese agente misterioso, impalpable, que se llama espíritu del siglo, formado por las ideas que se exhalan de la ciencia y que son el oxígeno, digámoslo así, de esta atmósfera moral. Ese espíritu del siglo, penetrando en Roma, ha disuelto sus instituciones, ha asfixiado su teocracia, la cual se asemeja á ciertas plantas venenosas que sólo pueden vivir en un aire mefítico. Roma queria, como los demás pueblos europeos, tribuna, prensa, derecho de

asociacion, código civil, la vida de los ciudadanos incompatible con el gobierno de los sacerdotes. Que tal era el estado de Roma, se demostraba por los temores de los cardenales y del Papa. ¿Qué haria en presencia de su pueblo el Pontífice? preguntaba todo el mundo. Habia dos partidos en el colegio romano, el partido de los cardenales italianos y el partido de los cardenales extranjeros. Los cardenales italianos querian la conciliacion con Italia. Los cardenales extranjeros querian el rompimiento completo y el abandono de Roma por el Papa. Este partido se hallaba sustentado por los jesuitas, falange poderosa, ejército permanente de los Papas, cuyas riquezas materiales y cuya influencia moral le dan un predominio casi exclusivo en los consejos de Roma. El mundo sabia que el Papa se inclinaba á las resoluciones violentas de este partido violentísimo. Todos los síntomas anunciaban lo mismo. Pio IX se quejaba de que la Francia lo abandonara. Gladstone tuvo una conversacion con el Papa en la cual se trató de su posible retirada á Malta. Odo Ru-

sell habló, aunque lo negara públicamente, en el mismo sentido. El general Fleury, cuyas íntimas relaciones con el Emperador eran tan sabidas, marchó á Florencia para inclinar al gobierno italiano á que evitara una sublevacion en Roma, y la salida, por consiguiente, del Papa. El gobierno italiano parecia decidido á impedir conmociones en Roma. El mismo Mazzini, cuyo fanatismo republicano es tan exaltado, aconsejaba á sus compañeros calma, mucha calma, y á sus partidarios prudencia, mucha prudencia. Sabian que la violencia podia destruir la obra de la astucia, que un dia de demencia bastaba á destrozar el trabajo de muchos años de prevision, y de sensatez y de cordura.

Pero proponia el emperador de Francia, para arreglar la cuestion de Roma, un Congreso europeo. No lo hubiera nunca creido, no lo hubiera ni aun imaginado. La cuestion de Roma no tenia, no podia tener otro arreglo sino el enérgico, pronto y radical propinado por Garibaldi: la caida del poder teocrático, mancha de Italia, foco de la reaccion

universal. Yo no comprendia cómo se intentaba arreglar en congreso europeo la cuestion interior de un Estado, cuestion que sólo atañe á los ciudadanos de Roma. Si Europa se imaginaba con jurisdiccion sobre la Ciudad Eterna; si los diversos gobiernos se figuraban que tenian autoridad bastante para resolver un problema de gobierno interior, sometido por el derecho público á la soberanía de cada pueblo, ¿por qué no demandarian arreglar tambien la cuestion de los fenianos en Inglaterra, la cuestion del Sur en Alemania, la cuestion polaca en Rusia? Un Congreso europeo arreglando una cuestion interior de un pueblo, es enorme retroceso; recuerda aquellos nefastos dias en que, vencida hasta en sus últimas trincheras y en sus últimos disfraces la revolucion francesa, reuníanse en el Congreso de Viena los reyes de la Santa Alianza, y descuartizaban el mundo, y se dividian y se adjudicaban arbitrariamente sus despojos. Y si para justificar este atentado á los principios más elementales de nuestra civilizacion, se hablaba de la doble naturaleza que tiene el

Papa, monarca y pontífice, respondia el comun sentido que no hay en el mundo europeo jefe de Estado, gracias á nuestras imperfectas condiciones de civilizacion, que no revista virtualmente este mismo carácter. La reina de Inglaterra es jefe de la Iglesia anglicana, el Emperador de Rusia jefe de la Iglesia griega, y el sultan de Constantinopla es el creyente de los creyentes, el depositario de la cimitarra de Omar, y del libro de Mahoma. Los mismos reyes católicos son hasta cierto punto, bajo cierto aspecto, jefes de sus diversas iglesias. Por el nombramiento de los obispos, y por el placet, y por la suprema direccion de la enseñanza pública y de la conciencia nacional, presidia Napoleon III la Iglesia galicana. Ese syllabus en que se han condensado todas las tremendas negaciones y todas las supersticiosas creencias con que la reaccion clerical quiere detener el progreso de la civilizacion y conservar en perpetua tutela el espíritu moderno sobre el inmundo detritus de los errores de la Edad Media; todo ese Syllabus, especie de Koran, no ha podi-

do pasar los Alpes ni ser promulgado en las iglesias de Francia, porque el Emperador le ha opuesto su omnipotente veto. Pues bien; si en todos los pueblos tiene el jefe del Estado ese mismo carácter religioso, Europa debia intervenir en las cuestiones de disciplina anglicana, en el arreglo interior de la liturgia galicana, en las inflexibles leyes del Koran y en el patriarcado de Oriente. No se concibe mayor locura.

Y el Congreso no podia dar ningun resultado. Inflexible el Papa, como todos los poderes moribundos, demandaba la devolucion de sus antiguos Estados. España, la única potencia que existia adscrita á la teocracia romana, le apoyaba en sus pretensiones, continuando aquella desastrosa política que rompió nuestras armadas en mar, nuestros ejércitos en tierra, y que nos redujo á ser el ludibrio del mundo despues de haber sido sus dueños. No hubo pues ni una sola nacion que se adhiriera francamente á la idea del Congreso. Rusia, Prusia, Italia, Inglaterra, oponian dificultades de organizacion, dificultades

de principios, dificultades diplomáticas, dificultades de todo género. Y mientras tanto, Italia se moria llevando ese cadáver en sus entrañas. Y mientras tanto, la independencia italiana era una mentira, porque el extranjero se hallaba posesionado de ese cuadrilátero moral que se llama Roma. Y mientras tanto, la reaccion europea, el derecho antiguo, la Inquisicion, la censura, tenian ese último asilo, esa última fortaleza, desde la cual amenazaban todas las conquistas de la civilizacion y todas las garantías del derecho. ¡Oh! La cruz, el patíbulo del esclavo antiguo, era por la muerte de Cristo el signo de la redencion universal, la esperanza del oprimido, el lábaro de la libertad; pero los tiranos la han profanado convirtiéndola en la cúspide de la corona de los reyes, y se han secado las raíces de ese árbol de la vida, que la sangre de nuevos mártires regará, á fin de que preste su sombra á las tres verdades de la democracia, á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad entre todos los hombres; eternas verdades sociales que han de ser el Evangelio del porvenir.

Sí, en medio de todo, la civilizacion moderna no puede morir. No ha llegado para ella el torpe sueño de Babilonia, la inmunda corrupcion de la antigua Roma. Tiene algo que sustituir á sus ídolos muertos, algo con que reemplazar su fé moribunda, tiene la libertad, tiene esa idea por la cual llegaremos á la plenitud de nuestro sér, tiene esa fórmula con la cual ahuyentaremos las sombras de todos los errores, y fundiremos la cadena de todos los esclavos. Pueda ser que muramos sin verla. Pero nos sostiene la esperanza de que la verán nuestros sucesores. Moisés sacó al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, pero no entró con él en la tierra prometida. La descubrió desde una altura, y murió contento. Nosotros, que sólo tenemos la ambicion del bien, moriríamos tambien contentos si pudiésemos descubrir, aunque fuera al borde de la tumba, la tierra prometida de la libertad, esa pátria del alma.

Lo cierto es que las inhábiles combinaciones diplomáticas de Napoleon III, y las contradictorias controversias del Senado francés, mostraban el cesarismo muriendo en Europa.

¡Qué diferencia tan extraordinaria de aquellos dias en que el César dominaba con absoluto dominio, y su palabra resonaba como una amenaza ó como una esperanza en todo el mundo! Cedia en Europa, cedia en América, cedia en todas partes á la victoria de sus enemigos, al influjo de la política contraria á Francia. Y en Italia, en la nacion que habia sido su obra y debiera ser su aliada, se encontraba frente á frente de problemas insolubles, y se inclinaba á sus eternos enemigos, como si tuviera ese instinto del suicidio que parece guiar á todos los poderes reaccionarios. No le faltaba ya más que citar un congreso europeo y luego no poder reunirlo; citar á todas las potencias y luego no poder congregarlas. Napoleon III se perdió por sus incertidumbres y vacilaciones entre la libertad y la reaccion; entre las nacionalidades y los déspotas; entre el Papa y la Italia.

CAPITULO LI.

ERRORES DIPLOMATICOS.

Por la publicacion de los documentos diplomáticos hecha en Noviembre de 1867, que coincidió con la apertura del Cuerpo legislativo, estudiábanse las fases de la cuestion italiana. Lo más notable que de su largo exámen podia deducirse, era que esa desdichada idea del Congreso fué un recurso diplomático de Mr. Rattazzi para dar, como decimos en nuestro lenguaje vulgar, tiempo al tiempo. Cuando el gobierno francés le atosigaba para que suprimiese los alistamientos contra Roma, para que ahogara el partido de accion, el ministro

italiano pedia un Congreso europeo. Sin duda, con ese tacto que del gran Maquiavelo han aprendido todos los italianos, comprendian bien Rattazzi y sus compañeros la imposibilidad de semejante solucion general, y la proponian mientras ellos arreglaban la solucion propia. El gobierno francés aceptó la idea, y yo no comprendo cómo pudo aceptarla. Despues de tantas y tantas derrotas diplomáticas en las orillas del Rhin y en el golfo de Méjico, esta idea del Congreso para arreglar la cuestion de Roma fué un aborto. Hacia pocos años que propusiera Napoleon III una especie de Congreso de la paz, de anfitrionado europeo. Este Congreso fué eludido por todos los gobiernos. Se creia que era, hablando en estilo mitológico, la caja de Pándora. ¿Cómo, pues, se le ocurrió despues la idea de un nuevo Congreso que habia de ser definitivamente un nuevo aborto?

Las respuestas de casi todos los gobiernos fueron idénticas. El gobierno romano propuso que le devolvieran sus antiguos Estados, único medio de vivir en paz y de procurarse

el necesario sustento. El gobierno italiano propuso que le dieran Roma y le dejáran asegurar la libertad del Papa en la ciudad leonina como único medio de matar la efervescencia pública, de conjurar la revolucion siempre inminente. El gobierno inglés no queria conferenciar sobre esta cuestion. Poco más ó ménos le sucedia lo mismo al gobierno prusiano. Rusia aceptaba, pero con ánimo decidido de favorecer á Italia. España, como era natural, se inclinaba á favorecer en todo y por todo al Papa. Austria, como era tambien natural, se inclinaba al lado de Francia. Por consiguiente, de todos estos diversos pareceres, lo que indudablemente iba á resultar era un nuevo aborto. Y en Roma la tranquilidad material estaba restablecida. Pero en cuanto se notaban síntomas de que los franceses iban á embarcarse, comenzaban nuevamente las proclamas revolucionarias y los trabajos de las sociedades secretas.

Los periódicos oficiales sin embargo declaraban con grande estrépito que el Congreso tenido por imposible iba á reunirse. Confieso

que, á pesar de mi incredulidad, á pesar de mis dudas respecto á la reunion del Congreso, creíle ya reunido. ¿Quién no se rinde á la evidencia? Mas en seguida reaparecieron de nuevo las dificultades. El Papa accedia, pero con la restriccion de que el Congreso fuera sólo deliberativo, lo cual era tanto como quitarle de antemano su autoridad. Italia accedia, pero con la condicion de que habian de acceder las demás grandes potencias de Europa. Francia lo propuso, pero en términos tan vagos que no decia si su carácter habria de ser dispositivo ó meramente deliberativo como queria el Papa. Podria creerse que el gabinete de Viena era el más dispuesto á secundar las miras de Francia. Pero el gabinete de Viena tenia un periódico oficial, y este periódico oficial decia lo que á la letra copio: «En la cuestion roma»na no tenemos que reprocharnos ningun »equívoco. Nos es indiferente que el Papa con»serve ó no intacto su poder temporal; pode»mos acudir en auxilio de Francia para sa»carla de los embarazos que para ella resultan »de la convencion de Setiembre; pero no te-

»nemos necesidad de entusiasmarnos por el »poder temporal del Papa; daremos consejos »amistosos á unos y otros; seremos concilia- »dores; pero si por unos ó por otros se des- »atienden nuestros consejos, nos alzaremos »de hombros.» Viene en seguida el *Diario de San Petersburgo*: «La adhesion de las nacio- »nes al Congreso no es todavía oficial, dice á »la letra. Se necesitan conferencias prévias. »La reunion no se verificará sino cuando las »potencias sepan que sus trabajos no han de »ser completamente estériles. Es muy difícil »que las potencias europeas quieran reunirse »por el placer de empeñarse en largos deba- »tes, y de registrar voluminosos protocolos y »decir opiniones que, si bien desprovistas de »sancion efectiva, comprometerian más ó mé- »nos á las naciones que las sostuvieran.» Todo el mundo sabe que el *Siecle* de París era ca- si un periódico oficial del gobierno italiano. Llamándose demócrata no tuvo inconve- niente en defender siempre al rey Víctor Manuel y atacar siempre al demócrata Maz- zini. Pues bien, el *Siecle* decia, respecto

á Italia, lo que á la letra copio: «Es positivo »que hasta hoy (30 de Noviembre) Italia no »se ha adherido formalmente á la conferen- »cia. Todo el mundo comprenderá que antes »de decidirse definitivamente el ministerio »italiano desea asegurarse del apoyo que la »política italiana encontrará en el futuro Con- »greso. Los ministros y encargados de nego- »cios han recibido la órden de conocer pré- »viamente la opinion de los diversos gobier- »nos de Europa.» Además, el gobierno italiano exigia la evacuacion por las tropas francesas de todo el territorio romano, y el gobierno francés insistia en quedarse, al ménos con la guarnicion de Civitta-Vecchia. El dia 27 de Noviembre, ni Bélgica ni Holanda habian manifestado su aceptacion del Congreso. Desde el principio, aunque por razones diversas, se habian negado á él Suiza y Portugal. A su vez Italia y Prusia apoyaban fuertemente la solucion italiana. El Hesse electoral y España solamente se habian adherido sin condiciones. Y el Hesse electoral recibió del gran canciller de la Confederacion del Norte, de Bis-

mark, fuertes reconvenciones. El poderoso ministro prusiano aprovecha todás cuantas facilidades pueden ofrecerle los infinitos embarazos de Francia para ir perfeccionando, redondeando la grande obra de la unidad alemana. El poder temporal del Papa no podia sostenerse por sí mismo. En el momento que Francia lo abandona se viene á tierra. No puede resistir á un corrosivo interior, á un principio letal que lleva en su seno el absolutismo teocrático. No puede contrastar un principio de atraccion que hay fuera de él y que lo llama con fuerza, como los cuerpos grandes á los cuerpos pequeños en las esferas celestes; no puede resistir al princípio de atraccion, á la virtud de atraccion que ejerce sobre todos sus súbditos el gobierno italiano, el espectáculo de la unidad de Italia. Es cosa averiguada que, cuando llegaron las tropas francesas, Roma iba ya á caer á los piés de Garibaldi. Es cosa averiguada que tres ó cuatro dias despues de su victoria de Monte-Rolindo la unidad italiana hubiera surgido resplandeciente en el Capitolio. ¿Iba

Francia á pedir una ocupacion eterna? ¿Y en nombre de qué la pediria? ¿En nombre de los principios religiosos? Se han acabado las guerras de religion. Además, de tales principios no entenderian una palabra ni Inglaterra, ni Prusia, ni Grecia, ni Turquía, ni Holanda, ni Rusia. ¿Iba á pedir una intervencion para combatir los elementos revolucionarios que hay en Roma? Entonces retrocedíamos á la Santa Alianza, retrocedíamos á los principios en cuyo nombre los aliados vinieron á Francia el año 1815 y expulsaron á sus habitantes. ¿Iba á pedir que todas las naciones garantizasen al Papa su poder temporal? Eso no podia ser sin que al ménos le pidieran que modificára su poder absoluto. Y el Papa no modificará nunca su poder absoluto. La cuestion del Congreso se resumia en estos dos aforismos: 1.° Era difícil que el Congreso se reuniera. 2.° Era imposible que, reunido el Congreso, diera ningun resultado. El problema de Roma sólo podia resolverse por la libertad.

Pero en el Senado francés no querian tal

solucion. Cámara aristocrática en medio de esta democracia; cámara envejecida cuando en torno de ella toda se renueva; cámara proviniente de la voluntad del soberano, y compuesta de reputaciones seniles que en su mayor parte han seguido todas las banderas y han pactado con todos los gobiernos; allí no habia respiradero alguno por donde pudiera penetrar el espíritu de nuestro siglo. Si se encontraba allí algun libre pensador, como St. Beuve, sólo se atrevia á tomar la palabra cuando se hallaba en litigio su persona ó la persona de sus amigos, con tal que estos no sean de los desterrados, como Víctor Hugo. Cuando se trataba de un enemigo tan formidable como el absolutismo romano, pero tan amigo del Imperio, se calla y cobra en su alma y en su conciencia los doce mil duros de la soldada vitalicia.

No sucede lo mismo con los obispos y los cardenales. Comienzan por creer que sus palabras son divinas inspiraciones del Espíritu Santo, bañadas en la luz increada; siguen por reconocer que su autoridad pro-

viene de la superior autoridad del Papa; y acaban por declarar el poder temporal una condicion precisa para la guarda del dogma, y un áncora indispensable para la salvacion del mundo. Sin embargo, el Espíritu Santo ha inspirado algo diversamente á sus oráculos en el Senado francés. Mientras el arzobispo de Burdeos y el cardenal Bonnechose quisieron que Italia fuera inmolada en aras del Pontificado, como la antigua Ifigenia griega, el arzobispo de París quiso que Italia conservara su unidad política, aunque renunciando á Roma; y Roma su poder teocrático, aunque renunciando á sus antiguas provincias. La anexion de las Marcas, de la Umbría, y de las provincias románicas en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de Burdeos será siempre un robo; pero en el tribunal de penitencia que tiene el arzobispo de París, será siempre un hecho que ha creado intereses, los cuales ya se han elevado á derechos. De suerte que cada cardenal le tira de un ala al Espíritu Santo. Tal vez en las opiniones del arzobispo de París, influ-

yera algo ese roce cortesano que tanto ablanda las voluntades de los hombres. Pero lo cierto es, que los indivíduos del Senado disentian de todo en todo por sus apreciaciones políticas, y por sus ideas sobre aquella cuestion en que debian pensar más uniformemente desde que lo elevaron en Roma casi casi á la altura de un dogma. Si no recuerdo mal, en el Syllabus condenaba el Papa como relapsos á los que creyeran posible su renuncia á una partícula del patrimonio pontificio. El arzobispo de París debe felicitarse de que no estemos en aquellos tiempos del siglo XVI, en que un Papa llamaba á sí todo un arzobispo de Toledo, como Carranza, y lo entregaba á todo un tribunal como la Inquisicion. Pero lo más notable de esta controversia senatorial fué el discurso del marqués de Moustier, ministro de Negocios Extranjeros. Y no fué notable por su forma oratoria, ni por sus elevadas ideas. El marqués de Moustier no ha sido nunca orador. Es muy diferente hablar desde un sillon diplomático á hablar desde la tribuna de un Senado ó de un Con-

greso. Además, la cuestion era tan grave, que el ministro de Negocios Extranjeros no podia explicarse con claridad, ni fácilmente. Y por consecuencia, el Imperio y Francia andaban á tientas, entre las tinieblas, sin saber cómo resolver ese nuevo conflicto que brillaba en la oscuridad con el siniestro y tétrico fulgor de las grandes tempestades.

Llega la hora en que salen las tropas francesas de Roma en virtud de la convencion llamada de Setiembre, y en que Roma se agita por su libertad y por su unidad Italia. Garibaldi representa como siempre esta agitacion. Las tropas francesas son sustituidas por una legion llamada de Antibes y compuesta en su mayoría de legitimistas franceses. Los italianos dicen que esta es una intervencion extraña é indirecta y protestan contra ella. Ricasoli cae por sus tendencias á la dictadura ministerial y por su capacidad en la gestion administrativa. Rattazzi le sucede y trata de impedir con halagos la expedicion á Roma que Garibaldi idea con entusiasmo. El antiguo dictador sale de su isla, toca en tierra

firme, remueve los ánimos, subleva las ciudades, se dirige amenazador á Roma. Rattazzi le detiene y por Italia se extiende una sublevacion moral. Tener á Garibaldi preso, es como tener presa á la Italia. La nacion forcejea como en los tiempos más adversos. Garibaldi es conducido á su isla y guardado por una escuadra italiana. Pero Garibaldi pasa en una lanchilla; aborda á un buque norte-americano; monta, se dirige á las costas, desembarca, corre por aquellas campiñas, subleva á los pueblos, reanima á los suyos y los conduce en Monte-Rotondo á una victoria que pareceria legendaria en el tiempo de leyendas. Jóvenes desnudos, hambrientos, desarmados; despues de marchas fabulosas, combaten cuarenta horas en escarpadísimas montañas, desde cuyas cimas fortificadas vomita sobre ellos la artillería con rabia el espanto y la muerte; y concluyen por plantar, subiendo unos sobre los cadáveres de los otros, en las torres casi inexpugnables, la bandera de Italia. El sentimiento nacional crece, llega al delirio. El rey nombra ministro á Menabrea.

Es un antiguo saboyano, honrado por carácter, frio por temperamento, devoto, como nadie en Italia de la reaccion clerical, y amigo del gobierno francés. Su nombramiento es un desafío al pueblo italiano. Florencia se conmueve profundamente. Las calles se llenan de gentes que llevan banderas, en cuyos pliegues van escritas estas palabras: *abajo el gobierno y á Roma*. Algunos gritos se oyen tambien de: *Viva la República*. Víctor Manuel se escapa casi de Florencia y se refugia en Turin. Pero al llegar, oye los mismos gritos pero más acentuados, más amenazadores. En Nápoles, la sublevacion moral es unánime. En Génova, la policía tiene que trabajar mucho para impedir al pueblo derribar las estatuas de Víctor Manuel en la plaza pública.

La nacion italiana puede indignarse; pero el gobierno francés envia sus tropas. Entonces ese mismo ministerio Menabrea, que tantas consideraciones ha guardado á los clericales, decide á su vez intervenir en los Estados Pontificios, y manda á sus tropas

que pasen la frontera. La decision es tardía, porque nada evita, ni la marcha de Garibaldi ni la marcha de las tropas francesas. Además, mientras estas se adelantan hasta entrar en Roma, las tropas italianas parece que se han evaporado, pues nadie sabe dónde se encuentran. La noticia de la decision del gobierno italiano, cae como un rayo sobre la frente del gobierno francés. *La Patrie*, uno de sus periódicos oficiales, llama á este acto del gobierno italiano, que le imponian todos sus deberes, una declaracion de guerra á Francia. Aunque *El Constitutionnel* desautoriza esta interpretacion, se ve bien claro que el gobierno francés se halla decidido á jugar el todo por el todo, y á correr hasta el riesgo de una guerra europea. Impulsa la política contra Roma, un clerical, Menabrea; toma el mando de un ejército que va á cumplir una obra revolucionaria, un reaccionario, Cialdini. Garibaldi se fortifica en Monte-Rotondo y no quiere oir al gobierno italiano que le pide se someta á su direccion.

¿Qué saldrá de aquí? preguntaba todo el

mundo. Es una cuestion pavorosa esta cuestion de Roma, respondia la conciencia pública. El Papa no consentirá nunca en que le arrebaten el poder temporal. A todo arreglo político, ó diplomático, responderá vibrando los rayos de la excomunion en sus caducas manos. Italia no puede ya retroceder, tiene que ir hasta Roma. Si vacila Víctor Manuel un punto, perderá su corona, arrancada de sus sienes por la revolucion. Francia no puede retroceder tampoco. El negociar casi no cabe, cuando se hallan los dos gobiernos con las armas en la mano. Un congreso europeo es una utopia. Las más grandes potencias de Europa son protestantes, como Prusia é Inglaterra, ó cismáticas como Rusia, ó enemigas del poder temporal de los Papas como Italia. Francia tendria entonces que retroceder ante Europa. Mientras tanto Bismark se aprovecha de las tristes complicaciones de la política francesa para intervenir en el Sur con su poderosa influencia, y forzar al Wurtemberg y á Baviera á que acepten la unidad económica despues de la unidad

militar hasta que llegue el dia de realizar la unidad política y administrativa.

En medio de todas estas tempestades se destaca la gran figura de Garibaldi. Él no ha medido las dificultades, no ha pensado en los obstáculos; inspirándose en su fé maravillosa y en su amor á la pátria, se ha lanzado sin armas en medio de la revolucion. El antiguo dictador vuelve á la isla de Caprera, no en aquella sencilla nave en que cruzaba el golfo de Nápoles cuando arrojó á los piés de Víctor Manuel la corona de Italia que no habian podido forjar quince siglos de guerras y de revoluciones, sino prisionero de ese mismo rey, en una nave del Estado. Sea cualquiera el juicio que mis lectores hayan podido formar del guerrero italiano, á la verdad, no puede ninguno de ellos dudar, que ora sea una série de faltas, ora sea una série de virtudes, la vida de Garibaldi es siempre una vida extraordinaria. Nacido entre el Mediterráneo y los Alpes, su alma tiene algo de la poesía de aquella hermosa naturaleza. Criado en el mar; acostumbrado á vencer sus

olas, y sus huracanes, á deslizarse sobre los abismos, á recoger en la vela para marchar el mismo viento que parece venir á combatirlo, cree, como todo marino intrépido, que ninguna fuerza social puede resistirse al que ha vencido los elementos. Los hombres muy dados al mar, toman esa especie de carácter romántico que dan los horizontes inconmensurables, las luminosas estelas, el hervidero de las blancas espumas, la palpitacion del oleaje, los mundos embrionarios que hay en esos gérmenes de nuevos séres, los movimientos concertados de los astros que parecen hacer con sus moles infinitas combinaciones aritméticas para señalar la ruta de la humilde nave, el estruendo de los huracanes, azotando las alteradas aguas, en fin, la realizacion visible, palpable de lo infinito. Para que nada faltase á acrecentar esta especie de carácter legendario, Garibaldi pasó los dias más floridos de la vida en las selvas de América, en el seno de sus rios que parecen mares, en aquella especie de exaltacion de la vida en infinitos séres que tanto contribuye á

exaltar el espíritu y arrojarlo en el seno de infinitas ideas. Es además italiano, de la tierra del arte, y ha hecho de su pátria como Miguel Angel, como Savonarola, como el Dante, una especie de religion para su alma, una fuente de inspiraciones para todas las obras de su vida. Esto es tan cierto, que ese mismo hombre que hoy declara muerto el catolicismo, y caido el Pontificado, se confesó como un penitente cuando creyó que Pio IX, convertido al liberalismo, salvaria su Italia. Hay que mirarlo para comprenderlo. Su frente es ancha; la bóveda de su cabeza indica la benevolencia; de sus ojos destella una luz tan suave, que no es el centellear de la mirada de ave nocturna que tienen los implacables guerreros, sino la dulce resignacion de los mártires; su rubia melena y su no ménos rubia barba, surcada por algunas blancas canas le rodea de una especie de atmósfera luminosa como la que daban por fondo los pintores de la Edad Media á sus místicas figuras. Decid de él lo que querais; pero no dudeis que por su ingenuidad y por su candor, se

distingue en el mundo maquiavélico de los diplomáticos y de los anexionistas, ese marino, ese guerrillero que tiene una sola pasion en el corazon, y ese mismo corazon siempre en los lábios. Se estrella contra las realidades de la vida moderna; pero si hay quien crea, si hay quien ame, si hay quien espere en el mundo, tendrá siempre un culto al hombre que combatió por la libertad á las orillas del Plata, que vino en alas de su amor pátrio á luchar en el sitio de Roma, que emprendió la inmortal retirada á Venecia, digna de compararse á la retirada de los diez mil; que volvió á reaparecer en los desfiladeros de los Alpes, cuando Italia peleaba por su independencia; que fué de Caprera á Palermo, y de Palermo á Nápoles, ahuyentando los Borbones y sus cortesanos; que despues de haber levantado con los conjuros de su génio y con el brillo de su espada, un trono, se volvió humildemente á su isla; que fué herido por el mismo á quien le habia dado la corona de Italia; que do ve un pueblo en peligro, allí está, inspirado por su ideal, á dar

su vida por todos los oprimidos, y á pelear contra todos los opresores.

La cuestion de Italia contribuyó en mucho al descrédito y á la ruina del tercer Imperio. En medio de sus protestas de libertad fomentaba la reaccion. En medio de sus alardes de patriotismo, humillaba á Francia. El César que se mostraba humilde ante las escuadras de América y los ejércitos de Prusia, mostrábase valerosísimo ante los voluntarios de Garibaldi. La nacion de Voltaire sostenia al Papa de Roma. El general enviado á esta empresa habia avisado por telégrafo, contando los defensores de la libertad muertos por los disparos franceses, que los nuevos fusiles habian hecho milagros. La irritacion era inmensa, indescriptible; y se oian palabras de venganza en todos los lábios, y se veian relámpagos de revolucion por todos los horizontes.

CAPITULO LII.

LA CAMPAÑA ITALIANA EN EL CUERPO LEGISLATIVO.

La verdadera batalla sobre la cuestion de Roma se dió en el Cuerpo legislativo, cuerpo esencialmente democrático por su orígen, como dimanado del sufragio universal, pero esencialmente conservador por sus tendencias como devoto al Imperio. La discusion comenzó de una manera muy grave, muy solemne. Pocas veces el Cuerpo legislativo ha presentado un aspecto tan imponente. Mr. Jules Favre sube á la tribuna. Su rostro está pálido, su paso es vacilante; grande preocupacion agita su espíritu, pero su palabra sale

serena, fluida, trasparente como un profundo rio de ideas que nace al pié de elevadas montañas. El discurso de Favre no tiene, al principio, esa agitacion nerviosa que dá escalofrios; no tiene esa poesía con que la elocuencia alcanza los efectos de la música; no tiene esa elevacion de pensamientos que provoca á las grandes meditaciones; pero tiene la severidad, el nervio, la lógica, la sencillez y la grandeza de una acusacion elocuentísima. Sus palabras, al tocar la grave cuestion de Roma, adquieren una solemnidad extraordinaria, porque en el fondo de su corazon el orador republicano es religioso, y en su conciencia aún tiene algo de teólogo. La diccion es severa, el estilo sóbrio, la dialéctica contundente, la idea elevada, la intencion profunda; y en algunos momentos, sobre todo cuando la indignacion habla, toma toda su arenga la solemnidad majestuosa de una gran tormenta. Voy á ver si me es posible resumir en breves conceptos sus principales argumentos. La primera expedicion á Roma tuvo en su orígen por objeto defender Italia contra el Austria.

El ministro de Francia declaró ante la Asamblea nacional que jamás cometeria la República francesa el fratricidio abominable de aniquilar la República romana. Pero la República romana fué aniquilada, y el Papa repuesto en su trono. Entonces Napoleon Bonaparte, á la sazon presidente de la República, escribió una carta al embajador en Roma diciéndole que, al reponer el Pontificado en el sólio temporal, deshecho por las revoluciones, de ninguna manera habia sido su ánimo restaurar el absolutismo teocrático, y por lo tanto era necesario exigir del gobierno pontificio las reformas indispensables á la vida de los pueblos en este nuestro siglo. El gobierno pontificio, á pesar de deber al gobierno francés su existencia, negóse á toda reforma. En vano insistia Francia; la insistencia de Roma era incontrastable. Vino la guerra de la Independencia, y Roma estuvo por sus simpatías con el Austria, con los Borbones, con los príncipes destronados, con los enemigos de Francia. Entonces perdió gran parte de sus provincias abrasadas como toda

Italia por el fuego de un santo patriotismo. El águila francesa alejó con sus alas el incendio que llegaba hasta las frágiles puertas del Vaticano. A este nuevo servicio siguieron, por parte del gobierno francés, nuevas demandas de reforma, y á estas nuevas demandas de reforma nuevas negativas por parte del gobierno romano. Entonces, valiéndose el Papa de su autoridad religiosa, de sus ejércitos por todo el mundo esparcidos, de su fuerza moral, elevó á artículos de fé en un documento eternamente célebre, en el Syllabus, todos los errores, todas las preocupaciones, todos los principios que Francia ha condenado en sus códigos. Poder civil, matrimonio civil, libertad de pensar, libertad de cultos, igualdad en la ciudadanía, derechos modernos, todo fué declarado contrario al catolicismo. Italia que, merced á tantos trabajos, se constituia y se emancipaba del extranjero, fué maldecida. El Papa le declaró la guerra.

En su ansiedad por ver libre de extranjeros todo el suelo italiano, formó Italia la convencion de Setiembre, en que se com-

prometia á no intervenir en Roma ni á dejar que ninguna fuerza extraña interviniese. Pero si la convencion ha sido rota, decia Favre, ha sido rota por Francia. Francia organizó la legion de Antibes, que era una intervencion disfrazada. Francia envió al general Dumont á contener las deserciones de los zuavos pontificios. Francia dijo por boca de su ministro de la Guerra que servir al Papa era tanto como servir al Emperador. Y al mismo tiempo el Papa condenaba en contínuas maldiciones á Italia sobreexcitando contra sus leyes las conciencias. En este tremendo estado Francia ha intervenido, y al intervenir, sin favorecer al Papa, ha deshecho la Italia. La nacion francesa ha rasgado el Syllabus; pero de sus fragmentos ha hecho tacos para cargar el fusil contra los enemigos del Syllabus. Los resultados de esta política deben ser tremendos, como lo son siempre los resultados de toda política equívoca.

El discurso de Favre produjo inmensa sensacion. Monsieur Rouher, como hábil táctico parlamentario, queria procurarse el espec-

táculo de que la oposicion contestara á la oposicion. Pero habia una parte de la oposicion, los legitimistas y los orleanistas, que deseaban algo más que una batalla, deseaban una victoria sobre el gobierno. Y la obtuvieron. Mr. Moustier, ministro de Negocios extranjeros, se encerró en sus habituales reservas. Habló como en el Senado mucho de la independencia espiritual del Pontífice; pero nada de su independencia temporal. Estas reservas disgustaban á la mayoría esencialmente conservadora y católica. Entonces Mr. Thiers, como antiguo general de Parlamento, aprovechó la ocasion para poner el Parlamento sobre el Imperio. Habia del lado del gobierno la reserva; del lado de la mayoría la franqueza. Apoderarse de la conciencia de la mayoría; expresar su pensamiento; formular sus aspiraciones; defender claramente el poder temporal del Papa; ofrecer como solucion que permanezcan á su lado indefinidamente las tropas imperiales; decir que sin trono de rey no puede haber independencia de Pontífice para el jefe supremo de la Iglesia católica, la cual es la Iglesia

nacional en Francia; maldecir de la unidad de Italia como una gran desgracia; esperar que sin Roma esa unidad será imposible; proponer francamente que Francia tenga su espada desnuda á la puerta de Roma para que Italia vaya en su demencia por la unidad hasta clavársela en el corazon; hacer y decir todo esto, entre los aplausos de la mayoría, entre los saludos y los gritos entusiastas de los imperialistas, era sustituir la política de un enemigo del gobierno á la política misma del gobierno, el pensamiento de Thiers, al pensamiento del Imperio y poner el Cuerpo legislativo que manda sobre el Emperador que obedece. La táctica fué hábil, de un consumado capitan, de un grande orador. No puede darse más flexibilidad de talento, más riqueza de recursos. En tres largas horas el sofisma, la reticencia, la argumentacion contundente, la ironía fina, la duda filosófica, la teología escolástica, la historia, la política, hasta las efusiones del misticismo, hasta los esplendores de una elocuencia religiosa, todo fué por el hábil orador empleado para conse-

guir un grande triunfo parlamentario. Este héroe de la palabra no ha tenido todavía un Waterlóo. Cuarenta años han pasado despues que su talento llegó á la madurez y todavía está robusto. Pero ¡ah! que esa palabra tiene la mala influencia del manzanillo. Importa poco que apague ó combata, asesina á cuantos se sientan á su sombra. Mató á la República que la creyó, y matará al Imperio si la cree. Y sin embargo, por este momento que historiamos, el Imperio la ha creido.

Mr. Rouher, al dia siguiente, va al Cuerpo legislatívo, asalta la tribuna, y prescindiendo de todo género de consideraciones, franca y claramente descubre el secreto de la política imperial diciendo que Italia jamás, jamás, jamás tendrá á Roma. No puedo pintar bien el entusiasmo que esta declaracion produjo. Las señoras agitaban sus pañuelos blancos cual la enseña de los Borbones, los diputados aclamaban á grito herido al Emperador, los obispos y los cardenales aplaudian hasta el escándalo y se entusiasmaban hasta el llanto. Las Cámaras France-

sas parecian un Concilio declarando un dogma de fé. La extrañeza era tanta, que se preguntaban unos á otros los católicos fervientes, si es que habian oido bien. Algunos arrancaban sus notas á los taquígrafos. Otros detenian al ministro para pedirle explicaciones. Entre estos se distinguia Thiers, al cual escuchaba Rouher con tanto acatamiento como si escuchara al mismo Emperador. Se veia, que el orador, enemigo del Imperio, reinaba sobre el Imperio. Así es, que obligó al ministro de Estado á subir nuevamente á la tribuna y declarar que entendia por dominios del Papá, no solamente la ciudad de Roma, sino todo el territorio sujeto hoy á su autoridad suprema. El entusiasmo redobló entonces. Favre intentó hablar, pero nadie quiso oirle. Tuvo que bajar de la tribuna sin expresar su pensamiento. Berryer, el legitimista, dictó el órden y la manera de la votacion, que fué numerosa, compacta, á favor del poder temporal del Papa. Entre los que más se distinguian por su adhesion calurosa, estaban los diputados judíos. Y, sin embargo, el telégrafo nos

[redacted]

dice, que al abrirse el Parlamento italiano, Menabrea, ese ministro conservador, ese ministro, casi clerical, reclama Roma, como parte de Italia, dice que Francia nunca hubiera consentido un gobierno extranjero en París. ¿Por qué se ha de exigir á Italia que consienta un gobierno extranjero en Roma? El partido conservador, que presentaba á Lanza como candidato á la presidencia del Congreso italiano, ha triunfado sobre el partido avanzado que presentaba á Rattazzi. Pero la victoria ha sido solamente de cuarenta votos. Italia no renunciará jamás á Roma.

De nada abusan tanto los hombres como del poder. Por eso las sociedades verdaderamente conservadoras, son aquellas, que, á la manera de Suiza, Inglaterra y los Estados Unidos, limitan por todos los medios posibles las arbitrariedades del poder. Mientras la suerte de los pueblos se halle á merced de cuatro ó cinco potentados, no tendrán paz los pueblos. Mientras el derecho internacional de Europa se halle á merced de la vieja y egoista diplomacia, no saldrá Europa del triste estado de

latente guerra. Con razon ha dicho uno de nuestros primeros poetas dirigiéndose al cielo:

¡Oh, qué abismo tan profundo
De iniquidad y malicia,
Han hecho de tu justicia
Los poderosos del mundo!

Las palabras de Rouher fueron tan graves, de una tan grande trascendencia, que pesaban despues de muchos dias sobre todas las discusiones del Cuerpo legislativo. Al dia siguiente tomó la palabra Mr. Garnier-Pagés, uno de los indivíduos de la extrema izquierda. Á pesar de haberse comprometido á hablar sobre los asuntos de Alemania evocaba á cada instante la Italia, esa sombra querida, esa ilustre madre de tantas naciones, que parece condenada á un eterno martirio como el génio, á un eterno dolor como el arte. Cada vez que su palabra tocaba en la llaga de Roma, retorcíase la mayoría como herida de un acerbo dolor. El diputado de la izquierda curó de declarar altamente una cosa que sus compañeros de oposicion no habian declarado

todavía, curó de declarar que la extrema izquierda del Parlamento francés defiende la causa de la revolucion en Italia. Efectivate, era vergonzoso que cuantos rèpresentan la revolucion se callaran el dia mismo en que la revolucion sufria una de sus más crueles derrotas. Si hemos de pertenecer al número de los que sólo aplauden el éxito, si hemos de ser tambien los ciegos adoradores de la fortuna; si hemos como Pedro de negar al justo, cuando el justo se halla maniatado y perseguido, vale más abandonar las legiones de los tribunos y de los mártires que defienden la libertad para irnos con las turbas de los cortesanos á incensar á los Césares. La parte capital del discurso de Garnier-Pagés versó especialmente sobre los asuntos de Alemania. Con una vigorosa entonacion y una lógica igualmente vigorosa manifestó las graves inconsecuencias cometidas en la cuestion alemana. No hay nadie en Europa que no atribuya el ruidoso triunfo de Prusia sobre el resto de Alemania al arte con que Bismark supo envolver Italia en su propia causa. Una

parte considerable del ejército austriaco, en vez de acudir á la defensa de Bohemia, acudió á la defensa de Venecia. El Austria fué definitivamente vencida, y lanzada con ignominia de la Confederacion germánica, sobre la cual habia ejercido una tan grande influencia. El eje de la política europea cambió. Francia se ve obligada desde entonces á compartir su gran poder continental con una potencia vecina que tiene por el Rhin puesta en sus riñones la punta de formidable espada. El equilibrio europeo se desconcertó con la aparicion de este terrible cometa de la unidad prusiana. Sí, cometa en el sentido de que es difícil calcular su órbita; de que es precipitada y errante su marcha; de que no sabemos si llegará á formar un nuevo planeta; y de que á los ojos de Europa, como á los ojos de la supersticion los cometas, aparece como una siniestra señal de muy terribles guerras y de muy próximas catástrofes. ¿Qué conducta convenia seguir á Francia en vista de tan grave suceso? Ó bien lanzar sus tropas sobre el Rhin á impedirlo; ó bien aceptarlo como

[redacted]

una base de la alianza occidental, como un nuevo medio de reducir á polvo el Austria, negacion de todas las nacionalidades, y de encerrar en sus nieves á Rusia, amenaza á todas las libertades. Una de estas dos políticas hubiera sido algo fuerte, algo afirmativa una solucion. La incertidumbre presente sólo conduce al marasmo, á las amenazas de guerra universal, á la paralizacion de las transacciones, á la ruina de los intereses, á este triste estado que atraviesa Europa. Mr. Rouher no estuvo tan explícito respecto á Alemania, como habia estado respecto á Italia.

Es interesantísimo saber el efecto que produjo en Europa la grande discusion del Cuerpo legislativo sobre la cuestion de Roma. *El Obsservatore Romano*, periódico oficial de la Santa Sede, publicaba con grandes elogios el discurso de Thiers. Ni siquiera suprimió los párrafos en que el orador predicaba la universal tolerancia religiosa condenada por el Syllabus. En cambio el periódico oficial de la Santa Sede, no ha querido publicar el dis-

curso pronunciado por el arzobispo de París en la alta Cámara, discurso que proponia el mantenimiento del *Statu quo* y por consiguiente la renuncia á las antiguas provincias de parte de la Santa Sede. La prensa inglesa lanzó un grito de reprobacion contra el discurso del ministro de Estado. Los periódicos ingleses declaraban unánimes que ese harto franco discurso, habia ahogado la conferencia en el momento mismo de su difícil gestacion. La Prusia, cuya reserva y cuya prudencia en aquellos momentos, impidió la guerra universal, se mostraba tambien muy maravillada de que el gobierno francés fuera tan reservado ante el resto de Europa, y tan abierto y tan franco ante el Cuerpo legislativo de Francia. El movimiento de la opinion era muy original en Rusia. Existen dos grandes partidos en este vasto imperio. El despotismo no ha podido impedir que estallen allí las contradicciones naturales al espíritu humano, ni que entre allí como en todas partes la aspiracion á la libertad. Mientras un partido que se llama de la civilizacion propone

que Rusia vaya al Congreso decidida á favorecer á Italia y destruir el poder temporal de los Papas, el antiguo partido nacional, el antiguo partido ruso pide que la nacion, representante del Cisma de Oriente, aproveche esta coyuntura para proponer lo que no pudo conseguirse durante la Edad Media: la unidad de las dos Iglesias. De suerte que en Rusia el partido europeo amenaza el poder temporal, y el partido ruso el poder espiritual de los Pontífices.

Italia contestó al discurso de Rouher con nuevas protestas á favor de la reivindicacion de Roma. Mr. Sella, uno de los repúblicos más moderados, presentó en el Congreso una proposicion de órden del dia concebida en los términos que trascribo á la letra. «La Cámara, firme en la resolucion de sostener el programa nacional que es la capitalidad de Italia en Roma, pasa á la órden del dia.» El presidente Lanza, á quien el partido de accion no votára por creerlo sobrado reaccionario en la cuestion de Roma, y sobrado completamente con el Imperio fran-

cés, dijo notabilísimas palabras, al tomar posesion de la presidencia, afirmó una vez más el derecho de su pátria á la posesion de Roma.

Hay momentos en que el hilo de los hechos se rompe, en que el sentido de la historia se pierde. Napoleon III continuaba la equívoca conducta del primer Imperio, tomaba dos caras, se creia á un tiempo la revolucion y la Iglesia, el despotismo y la democracia, Carlo-Magno y Robespierre, la Edad Media y el siglo décimo-nono; equívoco tremendo que el tiempo aclara, que la razon desvanece, y que tarde ó temprano, siembra ruinas en el suelo y llena los aires con relámpagos de tempestad y vapores de sangre. Desde el momento en que el tratado de 15 de Setiembre se firmó, la soberanía del Papa quedó abandonada á los romanos. Pero el Papa sigue las tradiciones de sus predecesores, llama al extranjero contra los italianos. La legion de Antibes y los zuavos pontificios, ese ejército de aventureros que tiene á Roma postrada por fuerza á los piés de un ejército de frailes, la

legion de Antibes y los zuavos son todos extranjeros: aristócratas franceses llenos de orgullo por su historia y de preocupaciones religiosas, suizos pagados con el dinero que los obispos de todo el orbe envian al Papa á fin de que compre sangre en que ahogar la libertad de Italia. Y los que han nacido sobre ese suelo de Roma, los que llevan en la frente el beso de ese luminosísimo sol, los que hablan la sonora lengua romana, los herederos de todos esos monumentos levantados sobre los huesos de sus padres, los últimos testamentarios de esa grande historia, no podian ir á expulsar del Capitolio los soldados extranjeros que lo ocupaban contra todo derecho, y los frailes extranjeros conjurados contra toda verdad. De esta inícua manera se interpretaba el tratado del 15 de Setiembre por el gobierno francés. Todo para los obispos; nada para los pueblos. El monte Aventino y el monte Capitolino; la cuna de los tribunos y de los jurisconsultos; el foro de donde se ha promulgado el derecho civil á todas las naciones; el Senado que envidiaban los reyes y respe-

taban los pueblos; los arcos de triunfo bajo los cuales pasaban los guerreros vencedores que abrian con su espada nuevos surcos en la tierra para la siembra de nuevas ideas; los sepulcros de Escipion y de Cincinato pertenecian como un feudo, como un patrimonio á unos cuantos monjes que obligaban á un pueblo entero á no respirar para ser ellos oidos, y á estar de rodillas para ser ellos vistos como los viejos oráculos del engañado Universo.

Los principios que la revolucion francesa ha esparcido por el mundo, se reducen á los siguientes capitalísimos: 1.° Los pueblos no son patrimonio de ninguna persona ni familia. 2.° El pensamiento es libre. 3.° La religion es asunto privativo de la conciencia individual. 4.° La ley civil y la ley política, no miran ni al nacimiento ni al culto. 5.° Todos los destinos y cargos públicos son accesibles á todos los ciudadanos, en fin, la libertad y la igualdad. ¿Y qué principios reinaban en Roma? Como representante del espíritu de la Edad Media, como jefe de una teocracia más inmóvil que la China, como personificacion

de dos poderes igualmente absolutos, é igualmente superiores á todos los derechos humanos, como sombra de los Pontífices del Oriente y de los Césares de Roma, como heredero de todos los despotismos de la historia, el Papa cree que el suelo romano es el patrimonio y el mayorazgo de la Iglesia; que los romanos, los grandes hombres del antiguo mundo deben pasar á ser en el mundo moderno sus corderos; que solo á la casta sacerdotal corresponden todos los derechos; que la conciencia libre merece el título de conciencia rebelde; que las leyes civiles y las leyes políticas deban crear privilegios para los fieles de una religion esclusiva; que la libertad y la igualdad han de contarse entre las heregías más escandalosas del mundo; y que el espíritu humano está condenado á permanecer en los limbos de una teología fastástica, leyendo y releyendo la Suma de Santo Tomás, como la última palabra de la ciencia, esperando para pensar, para creer, para adorar, que hable la voz de un poder, el cual mira siempre hácia atrás, sentado sobre

las ruinas, respirando el aliento de los sepulcros.

Y el pueblo de la revolucion va á sostener al jefe de las supersticiones. De suerte, que esa Italia, á la cual se le llama en Francia la nacion afeminada y débil; esa Italia que en concepto de sus enemigos y de sus rivales sólo sirve para pintar y para cantar; esa Italia de las leyendas religiosas y de las preocupaciones fanáticas, esa Italia, que al cambiar de religion sólo há cambiado de ídolos, y que enciende hoy lámparas á la Vírgen como presentaba ayer coronas á Vénus; esa Italia del catolicismo, hace un esfuerzo supremo para salvar al mundo del último poder que, salido del abismo de la Edad Media, desafía las revoluciones, en tanto que la Francia de Montaigne, la Francia del edicto de Nantes, la Francia de Voltaire, la Francia de la Convencion, se arrastra en el polvo de las Catacumbas, y sostiene al Papa á quien ha herido, á quien ha destronado de la conciencia humana, y fuerza con sus bayonetas que han llevado la revolucion por el mundo á la infeliz Italia á que

sostenga el trono donde están amarradas las últimas cadenas de los últimos esclavos.

Hágase lo que se quiera, el poder temporal no se sostendrá. El Papa y el César no pueden rehacer lo que han deshecho los grandes tribunos del pensamiento humano. Se necesitaria recomponer el Viejo Mundo desquiciado, y ahogar el mundo moderno. La sombra de las viejas ideas que se levantaba sobre el Papa dándole tan extraordinario prestigio, se ha desvanecido. Hoy los aristócratas de la Iglesia van á Roma; pero los pueblos van á la exposicion de París. No solamente no puede el Papa convocar una Cruzada, pero ni siquiera reunir su Jubileo. El terror que habia inspirado á las naciones comenzó á perderse el año mil, cuando vino el Juicio final profetizado por los frailes, y continuó la tierra girando por los espacios, á pesar de los tremendos anuncios de los profetas eclesiásticos. Despues del año mil, ha cantado el Dante, ha pensado Abelardo, ha escrito Bacon, ha hablado Lutero, y se ha reido Voltaire.

[redacted]

CAPITULO LIII.

RESUMEN DE LA REVOLUCION ITALIANA.

Compendiemos en breve epílogo la revolucion italiana para poder apreciar su orígen y conocer sus consecuencias. Resumamos los principales hechos y las ideas principales de la Historia de este grande acontecimiento.

Libre Roma de soldados extranjeros, debia pertenecer á sus habitantes en razon de un derecho indisputable. Pero los ciudadanos de Roma no pueden expresar ni su pensamiento ni su voluntad, porque la inquisicion los cela hasta en el secreto de su conciencia, y la policía los oprime hasta en el asilo de su hogar,

y una fuerte guardia los ata con hierros á su ignominioso patíbulo. Si los católicos extranjeros á Roma, se creen con derecho á enviar soldados para mantener allí su capitalidad espiritual, los italianos tienen mayor derecho á enviar soldados para reivindicar su capital política. Tal es el pensamiento de Garibaldi. A la verdad un tratado diplomático retenia á los italianos casi cautivos de su palabra empeñada; pero los tratados diplomáticos han perdido toda su fuerza; primero, porque en la esfera de las ideas jamás se ajustan á los principios de justicia, y despues porque en la esfera de los hechos jamás sobreviven al dia de su nacimiento. La Europa contemporánea no tiene un derecho escrito con que regular sus relaciones internacionales. El que trazaron los reyes en la Santa Alianza ha sido deshecho por los pueblos en contínuas revoluciones.

El auxilio á Roma era el pensamiento capital de Garibaldi. En vano sus amigos de la extrema izquierda intentaban disuadirle presentándole prematuro el proyecto y arriesgada

la empresa. Garibaldi oyó lo mismo la víspera de partir para Sicilia. En vano los amigos de Francia le escribian anunciándole una intervencion francesa á favor del Papa. Garibaldi contestaba que en esta intervencion podian entrechocarse y perecer dos enemigos suyos: el Emperador y el Rey. Las súplicas eran tanto más vivas, cuanto que los amigos de Garibaldi componian la extrema izquierda del Parlamento, y la extrema izquierda del Parlamento habia pactado una media alianza con Rattazzi en ódio á la reaccion clerical hipócritamente fomentada por el ministerio Ricasoli, que acababa de sucumbir á consecuencia de sus serviles consideraciones con Roma.

Garibaldi es del temperamento de los héroes, y el temperamento de los héroes se sobreexcita con la contradiccion y con la lucha, saltando resueltamente sobre todos los obstáculos así morales como materiales para cumplir el destino superior de la realizacion de las ideas que les confia la Providencia, ó sea la ley racional y lógica regula-

dora del desarrollo de la historia. Hombre singular este héroe de otros tiempos, que se destaca del fondo de nuestra prosa diaria y de nuestras convenciones sociales como una sombra gigantesca ó como un cometa errante, ó como una nota épica, ó como una sublime discordancia, algo de extraordinario, sin nombre, que toca en los confines del misterio. Su sér ha nacido impregnado de una idea como los astros de luz. Su vida se ha consagrado á esa idea con la fé de un mártir, con la constancia de un héroe, con el sentimiento de un poeta, con la franqueza de un orador, con la rigidez de un cenobita. Hay algo en ese carácter de la conjuncion sublime del antiguo mundo con el mundo moderno, de la antigua historia con nuestra historia, como en esa Italia, donde se levanta el intercolumnio pagano junto á las agujas góticas, y las agujas góticas junto á las rotondas del Renacimiento, y las rotondas del Renacimiento junto á las escuelas de los filósofos. Él es marino como Andrea Dória, viajero soñador é inquieto como Cristóbal Colon,

tribuno del pensamiento libre como Arnaldo de Brescia, plebeyo como Masaniello, severo como Cincinato, místico como Savonarola, sacerdote del pueblo como los Gracos, poeta en accion como todos los italianos; un Wasingthon legendario, maravilloso, sin el sentido práctico de este gran ciudadano, pero con ese poético sentido que brota del suelo sagrado de las ruinas doblemente esmaltadas por los rayos del sol y los sueños de la poesía. El mar le ha dado algo de la libertad de sus vientos; las selvas de América algo de la exuberancia de su vida; la Italia algo de la armonía de sus inspiraciones; la religion algo de su desprecio por los intereses de un dia; el arte algo de su extraña grandeza; la guerra algo de su audacia; y la fé el don de los milagros reservado á esos locos sublimes que se llaman redentores, y que sacan de su locura el sentido comun para muchas generaciones, y de sus sacrificios y de su muerte la vida para muchos siglos.

Garibaldi, pues, se hallaba decidido á todo. El gobierno italiano le detuvo. Entonces

no pudiendo ir él, mandó á sus hijos á morir por la unidad de la pátria. Sublimes son los sacrificios de estos italianos; sublime la inspiracion que de sus corazones se apodera cuando se trata de la libertad de su nacion. La muerte se les aparece como á los antiguos griegos con una corona de rosas en la frente y una copa de oro en las manos por cuyos bordes rebosa el licor de la inmortalidad. Véase el ejemplo de ese Cairoli que acaba de morir ante los muros de Roma. La madre de los Cairoli se parece á la madre de los Gracos. Seis hijos tenia, seis hijos educados por ella en el santo amor á la pátria. Pero el amor á Italia en el presente siglo, es el amor al sacrificio, es el amor á la muerte. Los desposorios de sus héroes con Italia son como los desposorios de Romeo con Julietta; algunas horas de luna, algunos arpegios de ruiseñor en la embriaguez de la esperanza; en seguida, el panteon húmedo por toda habitacion, el sepulcro por todo lecho, la muerte por toda victoria.

Italia vivirá porque aún saben morir sus hi-

jos. La madre de los Cairoli, ya lo he dicho, tenia seis. Uno murió en 1848, otro en 1859, otro en la expedicion de Sicilia, otro en la expedicion á Roma; y la mayor víctima es el corazon de esa madre, de esa santa matrona anegada en un mar de lágrimas, arrastrando por el polvo de la pátria el sudario de sus hijos, que es el sudario de su entristecida alma.

Los hermanos Bandiero, jóvenes, ricos, gallardos, amados, mueren juntos sobre el campo de batalla, donde se pelea por la pátria. Un pueblo que tiene tales caractéres no puede existir la esclavitud. Las revolucionarios italianos, inspirados por la idea de libertad, enardecidos por el entusiasmo de Italia, llamados al combate por la poderosa voz de Garibaldi, reunidos en torno de esa bandera tricolor que ha llevado la libertad y la independencia desde las cumbres de los Alpes hasta las orillas del Mediterráneo, se dirigen á derrocar el más opresor de todos los poderes; y como si desde el fondo de los sepulcros diseminados en el campo romano saliera

la inspiracion del heroismo, se enardecen al ver dibujarse en lontananza los muros, los arcos, los simulacros, los torreones, los intercolumnios de Roma, y creen ser los cruzados del porvenir que buscan, no el sepulcro de la religion oculto en los desiertos de Jerusalen que oyeron la promulgacion de los códigos teológicos, sino la cuna de la libertad europea, quizá oculta bajo las ruinas de los destrozados monumentos que oyeron la promulgacion de los códigos civiles.

Indudablemente la religion de los recuerdos influye mucho en este pavoroso problema romano. El terror de los viejos poderes, en este momento, en que se halla amenazado el más viejo de todos, su terror es infinito. El entusiasmo de los pueblos italianos por concluir la obra comenzada, iguala al terror de los reyes europeos. El ejército no puede resignarse á la disciplina y se mezcla á la insurreccion, desbandándose muchas de sus compañías en pos de las banderas de Garibaldi. Los alistamientos se hacen públicamente. El comité que los preside se halla

compuesto por diputados del Parlamento. Las municipalidades votan recursos abundantes para sostener la insurreccion. En crísis tan tremenda Italia no es, sin embargo, árbitra de sus propios destinos. La brecha por donde entraron Carlo-Magno, Barbaroja, Cárlos de Anjou, está abierta por medio del Pontificado, eterno extranjero en el suelo de Italia.

El gobierno francés, en presencia de estas campiñas tan católicas, de este Parlamento tan reaccionario, y de este tratado de Setiembre tan reciente, se apercibe á penetrar en Italia por la brecha de la teocracia romana. El pueblo italiano se ha arrancado de los piés los clavos del Cuadrilátero; pero no se habia arrancado á la sazon de las sienes la corona de espinas de Roma. Su crucifixion continuaba. Conforme las partidas garibaldinas se aumentan, los soldados franceses se concentran á las orillas del mar para embarcarse en son de guerra contra Italia. El ministerio del comendador Rattazzi quiere á toda costa conjurar este gran peligro. Pero no pudiendo con-

seguiría, dimite. El ministro, que era impopular, se convierte en popularísimo. La poblacion entera de Florencia acude al pié de las ventanas de su palacio á celebrar y aplaudir el valor con que se opone á las serviles complacencias de Víctor Manuel con el gobierno de las Tullerías. Cialdini es llamado al ministerio. Antiguo ayudante de Narvaez, enemigo implacable de Garibaldi, reaccionario por temperamento militar, más reaccionario aún por su educacion y sus compromisos políticos, representa la resistencia á toda costa, y á toda prisa contra el espíritu revolucionario en Italia y contra su invasion en Roma. La idea de que lo conseguirá fácilmente se esparce de tal manera en los ánimos, que se dá contraórden desde París al embarque de las tropas imperiales para Civitta-Vecchia. La *Gaceta* oficial de Florencia anuncia que se ha conjurado el gran peligro de una intervencion francesa. Y sin embargo, Cialdini comprende, á pesar de sus antecedentes, las dos necesidades supremas de la situacion: un ministerio compuesto de todas las fraccio-

nes que defiendan la libertad y la pátria; una oposicion enérgica á la ingerencia del imperio francés en los asuntos de Italia.

En estos momentos, Garibaldi se pasea por su isla como el leon por su jaula. Sus hijos pelean, sus amigos mueren, y él está lejos del combate. Valiéndose de la oscuridad de tenebrosa noche, de la alteracion del mar embravecido, del traje de marinero, y de una fragil barca podrida casi en la desierta playa, pasa entre la escuadra, burla su vigilancia, pisa la tierra italiana, se presenta en Florencia huérfana de gobierno, arenga al pueblo que le sirve de escudo para evitar un nuevo arresto, y se dirige precipitadamente al campo de batalla seguido de nuevos soldados y acompañado como siempre del génio de la pátria. Cialdini quiere detenerle; pero Garibaldi le dice que está decidido á cumplir su deber. «Tal vez la bala que me hiera en el corazon, salvará á Italia.» En álas de su deseo llega al campo de sus voluntarios. «Que no me siga el que no esté decidido á morir. Que se vayan los que no puedan sufrir la sed,

el hambre, la fatiga, el insomnio.» Este sublime idealismo es uno de los contrastes más maravillosos que ofrece el patriota italiano con el génio positivo egoista de nuestra mezquina civilizacion.

Mientras Garibaldi combate, Cialdini sucumbe. No puede formar ministerio con las bases que ha pensado, y con la política impuesta por los hechos. Dos caminos le quedan al rey, ó ponerse á la cabeza de Italia, ó ponerse á las espaldas de Francia. El rey, despues de haber debido una corona á la audacia con que aceptó los compromisos contraidos por el sublime valor de Garibaldi en su expedicion á Nápoles, el rey arroja esa corona á las plantas del Imperio francés. Enemigo de Italia, servil instrumento de las Tullerías, dócil cortesano de la fortuna, perseguidor de los patriotas que le han dado el trono más envidiable de la tierra, Víctor Manuel parece destronado moralmente. Nombra presidente del gobierno á Menabrea, conservador intransigente, enemigo de la capitalidad en Roma, amigo de Napoleon, devoto á los clericales. El nombra-

miento de este ministerio causó sensacion dolorosísima en toda Italia. Inmensas muchedumbres, movidas por el deseo de conjurar el peligro de una intervencion extranjera y de un ministerio teocrático, se reunen á las puertas de la Asamblea nacional y aclaman á los diputados; aclamaciones que fueron como una protesta viva contra el rey. Ferrari corre á palacio á revelar todos los peligros que amenazan. El rey se parapeta tras de su inviolabilidad constitucional y su ministerio responsable, como si la inviolabilidad constitucional, qne es siempre una mentira, no fuera un imposible, cuando los reyes anteponen su pensamiento personal á la voluntad y al voto de los pueblos.

Mientras tanto, los franceses desembarcan en Civitta-Vecchia y Garibaldi alcanza grandes victorias. La opinion de Europa es clara. Inglaterra favorece á Garibaldi, pero con simpatías y no con obras enérgicas que detuvieran á Napoleon. Prusia observa y medita sobre el porvenir. Rusia se decide como Inglaterra, platónicamente por Italia. En Francia los cleri-

cales no sólo aplauden la intervencion sino que piden una monarquíá pontificia, una resurreccion monstruosa de la teocracia en Europa. El pueblo de París, sin embargo, el pueblo de París que es como el cerebro donde reside el pensamiento de Francia, es enemigo de la intervencion y del Papa. Moustier escribe una circular diciendo: 1.° que la expedicion romana de ninguna manera tiene un sentido contrario á Italia, y 2.° que la cuestion romana se arreglará en un congreso de potencias católicas.

¿Qué iba á suceder? ¿Se desmentirian todos los principios, se negaria la soberanía de los pueblos, se afirmaria la idea feudal de la patrimonialidad de los reinos, se descuartizaria la nacion italiana á tanta costa alzada de su sepulcro por tan terribles sacrificios, todo para que callaran los jesuitas, y la reaccion tuviera un abrigo inviolable en mitad de Europa? Viendo Garibaldi que la intervencion del rey de Italia, unida á la intervencion del Emperador de Francia imposibilitaba todos sus trabajos, decidió retirarse de los Estados Pontificios y unirse

á las partidas de Nicotera, que operaban sobre la frontera napolitana. Tomó, pues, el camino de Tívoli. No creia ser inquietado, y por lo mismo no guardó ninguna de aquellas precauciones que inmortalizaron su fabulosa retirada á Venecia, la cual eclipsará en la historia la retirada de los diez mil griegos descrita por Jenofonte. Cuando más descuidado estaba, al llegar á las alturas de Mentana, pueblo cercano á Roma, cayeron sobre él pontificales y franceses en número muy superior y con pertrechos y armamentos admirables. Garibaldi fué vencido despues de ocho horas de combate, en el cual murieron seiscientos de sus valientes. Nada hay de hazañoso en este hecho de los vencedores. Se hallaban combinadas tropas imperiales y pontificias compuestas de suizos y de franceses, grandes soldados, mientras las partidas garibaldinas, por el mismo entusiasmo que su jefe despierta, se hallan formadas de gentes de muy dudosa disciplina. Los vencedores venian de refresco, sin haber disparado un tiro, sin haber tenido ni una contrariedad ni un

insomnio, puesto que eran las tropas francesas recien llegadas y la guarnicion de Roma, mientras los vencidos llevaban muchos dias de marcha, muy varios y muy sangrientos combates, asaltos formidables, prolongados insomnio, hambre y desnudez. Las tropas pontificias é imperiales ensayaban su fusil Chassepot de una precision matemática y de un grande alcance, mientras las tropas de la libertad ni fusiles tenian y peleaban casi al arma blanca tomando aliento de sus ideas, fuerzas de su misma desesperacion. Solamente así puede concebirse esa inmensa y desproporcionada mortandad, esos montones de cadáveres hacinados por los desfiladeros que están acusando alguno de los inverosímiles sacrificios de los pueblos libres que tanto se parecen al suicidio. No de otra suerte aquellos trescientos espartanos que interpusieron su pecho entre Grecia y Asia para salvar los gérmenes de la civilizacion universal, murieron sobre la tierra sagrada de las Termópilas, sabiendo que sólo peleaban por *la derrota* y por la muerte en el campo de

batalla, pero que obtendrian la victoria y la inmortalidad en el seno de la historia. Sí, hay en este último y tremendo combate de los garibaldinos algo de ese anhelo de la muerte que han tenido todas las legiones de una idea superior en el momento de una derrota; hay algo de la terrible desesperacion de Bruto cuando vió brillar las estrellas en el cielo mientras se extinguia la libertad en el mundo. Con grande esfuerzo, rodeándolo cuatrocientos voluntarios que juraron morir antes que tolerar la prision ó la muerte de su capitan, logró salvarse Garibaldi. La principal preocupacion de su mente era no entregar las armas de la libertad en manos de los soldados de Italia que debian defender su misma causa, que debian auxiliarle, y cooperar á su obra. Sin embargo, tuvo que pasar por este amarguísimo trance. Sus partidas, derrotadas por los franceses, fueron desarmadas por los italianos. El general tomó el camino de Florencia. Aquí se encontró con los carabineros italianos que lo arrestaron conduciéndole como un facineroso á una fortaleza. Mientras tanto,

las tropas italianas, cediendo bajamente á las intimaciones de Francia, evacuaban los Estados Pontificios y dejaban de nuevo al extranjero, al conquistador en el seno de sus mismos hogares.

Yo no pertenezo al número de los que sólo admiran la victoria. Confieso que casi siempre me inspira mayores simpatías que la fortuna el valor desgraciado. Yo creo que Garibaldi ha crecido en su derrota como Sócrates en su muerte. Yo creo que ese hombre, ese grande hombre, de la madera de los héroes, que despues de haber tantas veces visto la fortuna sonreir á su causa, es capaz de sacrificar hasta su reputacion militar, de arriesgar hasta su corona de gloria, por devolver á Italia su capitalidad y por salvar al mundo de la teocracia, ese hombre merece que su desgracia sea contada entre los sacrificios sublimes y su nombre registrado entre las legiones de los mártires. Yo lo veo tan grande hoy en su cautiverio como en su victoria. Parece que el génio misterioso que preside al desarrollo de la historia se goza

en atormentar á todos los hombres grandes como si no hubiera grandeza posible lejos del dolor. Garibaldi preso en esa tierra de Italia, que él ha emancipado, que él ha creado, me recuerda Colon volviendo en el fondo de un buque, por los mares antes de él inexplorados, preso en la misma tierra salida casi del fondo de su alma, y preso por los reyes á quienes habia regalado un mundo. Es la eterna triste historia del génio.

Pero debemos historiar otras escenas y otros peligros que en el mismo año 1867 habia corrido ántes Francia y que mostraron el decaimiento inevitable del Imperio y la inevitable inminencia de la guerra.

CAPITULO LIV.

LA EXPOSICION Y LA GUERRA.

Es el dia 1.º de Abril de 1867. Acaba de verificarse el acontecimiento desde tanto tiempo esperado; la apertura de la Exposicion, el circo de la industria, el certámen del trabajo, donde los pueblos van á mostrar, no la rivalidad de sus fuerzas como en los campos de batalla, sino la rivalidad de su inteligencia, como en los juegos poéticos de la antigua Grecia. Es imposible no entusiasmarse en vista de las grandes obras del trabajo, de esos mundos creados por la actividad humana para vencer todas las resistencias, para hermosear

toda la vida, para modelar la tierra á su imágen y semejanza, para levantar, ora por el arte, ora por la industria, ora por la ciencia, un nuevo Universo en el cual resplandezca vivamente lo que hay de más luminoso, de más grande y de más perenne, la idea que es un sol eterno, y el espíritu humano, ese eterno sacerdote que interpreta los misterios de la creacion, y que levanta á lo infinito el planeta trasformado, continuando la obra del creador en el Génesis eterno de la historia.

Cuando pensamos los obstáculos que el hombre ha encontrado en su camino, y la victoria que sobre esos obstáculos ha conseguido, estamos tentados á creer en la omnipotencia del trabajo. Las aves nacieron con ricos plumajes, las fieras con fuertes pieles, nosotros desnudos; y el trabajo nos ha vestido. La abeja encuentra en su aguijon, el águila en su pico, el leon en su garra, todos los animales en los órganos proporcionados á sus funciones, los instrumentos para procurarse la vida; y el hombre ha necesitado tallar la piedra, limar y fundir el hierro, templar el acero, trasformar

la materia para procurarse el sustento. Su principal facultad ha sido el trabajo. No hay animal más delicado que la criatura humana. El frio y el calor, la lluvia y la nieve, el rocío que refrigera los campos, el sol que madura los frutos, la tempestad que purifica los aires, le son dañosos; y ha necesitado por medio de la arquitectura construirse una nueva vivienda en el seno de la inclemente naturaleza: el trabajo ha sido su hogar. Y mientras los séres terrestres tienen dentro de su esfera todo su Universo, el hombre ha nacido con un deseo de tal suerte infinito, que en él se pierden como leves arenas arrojadas á un abismo, los mundos y los soles. Así pone como los antiguos titanes Pelion sobre Ossa, y levanta esa torre de Babel del trabajo, donde no podrán ser confundidas las lenguas, ni desorientadas las razas, porque lleva escritas en cada una de sus piedras las fórmulas de la ciencia, el eterno lenguaje de las ideas. Cuando veo la vela extendida al viento, la chimenea de hierro que dejando en los aires su penacho de humo corre por los mares y los

campos; el hilo misterioso que difunde en las chispas de la electricidad la palabra humana, haciendo del relámpago el enviado del hombre; el telar que teje las vestiduras para cubrir nuestra desnudez sacando de las plantas, de los insectos y de los cuadrúpedos, hebras maravillosas empapadas en los matices del íris; el faro que corona el escollo como una estrella descendida del cielo; el escudriñador cristal que se abisma en la vía láctea y busca en la inmensidad los mundos que son como eflorescencias de una nueva vida, no puedo ménos de admirar á esta criatura humana, que á pesar de todas sus miserias, tiene las alas del pensamiento en el alma y los instrumentos del trabajo en las manos para sostenerse en lo infinito. Una fiesta del arte, de la industria, no podrá dejar de ser para mí un grande atractivo, como es para mis lectores un grande asunto. Encaminémonos al sitio donde la fiesta se celebra. El dia 1.° de Abril convida con su luz y con su cielo. El ausente sol brilla en todo su explendor como si quisiera ¡el tan escondido

siempre! asociarse al espectáculo, alegrar la fiesta. Un dia claro es en estos climas del Norte una verdadera excepcion, una rareza, una especie de diamante encontrado en negro estercolero, una estrella en una tempestad de sombras.

A decir verdad, el espíritu de París no está el dia 1.º de Abril tan claro como el sol y como el cielo. Hay en él vivas obsesiones de una idea fija, del engrandecimiento obtenido por Prusia que amenaza con una guerra. Y una guerra puede ser para la Exposicion como la entrada de D. Quijote en el retablo del pobre maese Pedro. Además, Prusia está provocadora y un tanto insolente. El gobierno francés creia poder inaugurar la Exposicion con una buena noticia; la de nuevas adquisiciones territoriales, como la anexion del Gran Ducado del Luxemburgo. Los franceses saben poca geografía, y por regla general viajan poco. Es fácil hacerles creer que con el Gran Ducado se tragaban media Alemania. Los estadistas de París no pueden consentir el voraz apetito de Bismark que se come reinos como la tarasca

de nuestras antiguas procesiones muchachos. Y á fin de tener ellos tambien su gran dia, instaban al ministro prusiano para que les dejara al ménos recojer una migaja de su festin; el Gran Ducado de Luxemburgo. Y ¡oh crueldad! en el momento mismo en que la apertura de la Exposicion se verifica, llega la noticia de que el Gran Ducado no se entrega á Francia. Y el cable submarino envia á la vez desde el Norte de América una nueva preocupacion á este París ya tan preocupado; envia la noticia de que Rusia, el gran imperio, ha cedido á la gran República todas sus posesiones en el continente americano.

Esta nueva es gravísima. En su virtud, el principio de que América es para los americanos, queda grabado hasta sobre las nieves del Polo. En su virtud el telégrafo eléctrico atravesará mares de hielo, habitados por las ballenas y alumbrados por las auroras boreales para acercar Rusia á los Esdos-Unidos. Y esta union del primer Imperio y la primer República, de la primer potencia militar y la primer potencia marítima, de la

nacion que ocupa el Norte de Europa y la nacion que ocupa el Norte de América, gigantes formidables que inician misteriosa civilizacion, la una en nombre de la autoridad y la otra en nombre de la libertad, casi al mismo tiempo en que manumiten sus siervos; esta union puede ser, cuando todos los dias presenta nuevas complicaciones la cuestion de Oriente, y encierra nuevas amenazas la cuestion de Alemania, el principio de una guerra gigantesca, horrible, que abrase en sus llamas toda la tierra, que haga hervir con el fuego de los cañones el agua de todos los mares. Y si no lo tomais á mal, puedo decir que echando á la humanidad en esos mares, saldrá tan desnuda como la gallina echada en una olla de agua caliente. Nos llamamos civilizados, tenemos circos para la exposicion de los progresos pacíficos del mundo; y en el dia mismo en que tales circos se abren, como para convidar á los pueblos á una grande efusion, la guerra, ese ángel exterminador coronado de serpientes, seguido de tigres y chacales, como una vision apocalíptica, atraviesa el cie-

lo, dando siniestros graznidos como los cuervos en campo de batalla, y blandiendo en sus manos las espadas del hambre y de la peste.

El pueblo de París se extiende en dos columnas cerradas desde la Plaza de la Concordia al Puente de Jena. Los guardias municipales de á pié, con su severo uniforme azul oscuro, y los de á caballo con su abigarrado uniforme verde, oscuro y rojo, mantienen el órden y facilitan la circulacion. Bien es verdad que no hay un pueblo más enemigo de molestar en la calle, en los espectáculos, en los paseos á los que tiene á su lado, que el pueblo francés, cuya finura ha sido en todos tiempos proverbial. La montaña del Trocadero que estaba frente al Campo de Marte, ha desaparecido, dejando en su lugar plaza á una dulce cuesta. El Puente de Jena es la principal Avenida. Desde su último arco hasta la puerta misma de la Exposicion, se elevan dos hileras de mástiles que llevan en su remate oriflamas, gallardetes, y que sostienen un inmenso toldo verde, adornado con mariposas de oro en su centro, y con guirnaldas

y franjas de oro en sus orillas. El Emperador y la Emperatriz pasan bajo este toldo en sencillo carruaje descubierto, tirado por cuatro caballos, seguido de tres carruajes más, pero sin ninguna escolta. Ambos príncipes van muy sencillamente vestidos. En el rostro impasible del Emperador se nota alguna preocupacion. El príncipe imperial, cuya presencia estaba anunciada, no los acompaña. El príncipe Napoleon ha salido para el Havre con toda su familia. Hay en la ceremonia algo de triste que acusa la preocupacion del momento, y en el palacio algo de confuso que acusa lo prematuro de la apertura. Hay muchos invitados, pero el frac negro de rigor en Francia, aumenta la triste uniformidad del cortejo, que pareceria en verdad un cortejo fúnebre, si no lo alegrasen con sus bellos tocados de varios colores las damas, que semejan una nube de mariposas volando sobre un árbol seco.

El color del edificio es otro de los graves inconvenientes que para alegrar el ánimo y divertir la vista tiene la Exposicion. El co-

lor es el resplandor de la forma, su revelacion más expléndida, el color es como el centelleo en el astro, el color es la luz de las cosas, la luz, esa alma del mundo. Se han ensayado á la vista del Emperador para dar un aspecto artístico al monumento, casi todos los colores. Se ha rechazado el blanco por frio, el rojo por caliente, el negro por triste, el amarillo por chillon, el azul por impropio; y ha quedado así, de un color de chocolate muy metido en canela, ó de un color de pimenton bastante oscuro. Despues, la forma no tiene nada de artística; es una inmensa caldera en la cual han arrojado las hadas del trabajo sus joyas, como las hadas del Macbhet arrojaban en otra caldera sus misturas. Artísticamente considerado, el palacio de la Industria no vale cosa. Sus arquitectos se defienden diciendo que á la comodidad y al órden se ha sacrificado el arte y el gusto. Cuando andais circularmente, veis todos los productos de un mismo género ó de géneros similares. Cuando andais trasversalmente, veis los productos de una misma nacion. El pala-

cio, con sus edificios anejos y con sus parques y muelles, ocupa cuatrocientos sesenta mil metros cuadrados, más espacioso que muchas ciudades importantes. El circo de la Industria tiene ciento cuarenta y seis mil metros cuadrados. Los trescientos mil restantes se hallan compuestos por aquel número infinito de edificios que hay en torno de él, y por aquellos grandes jardines. Como todo anda de prisa, los jardines todavía no tienen sus flores, ni el suelo su alfombra de verdura. Sin embargo, entre estas construcciones exteriores, hay una muy romántica, á la izquierda de la gran entrada, detrás del bonito edificio levantado para descanso del Emperador. Son unas rocas graníticas amontonadas como si acabara de apagarse en ellas el fuego primitivo, la erupcion de un volcan; algunas yerbas medio secas penden de sus piedras, y un castillo arruinado se alza en su cima, de la cual cae con ímpetu y ruido un gran torrente.

Pero concretémonos al palacio. Las galerías son nueve, que se extienden concéntricamente

en torno de la elipsis central formada por un jardin cuyo suelo esmaltan varios dibujos de flores, y cuyos anchos espacios adornan grupos de grandes estátuas y surtidores de murmuradoras fuentes. Las primeras galerías, las más cercanas á la elipsis central, están destinadas á la historia del trabajo y á las bellas artes; la última, que es la más importante, la más ancha, la más elevada, que recibe la luz por ventanas abiertas en sus muros, y que tiene una plataforma desde la cual se pueden contemplar grandes segmentos de arriba á abajo, es la galería de las máquinas. Ciento setenta y seis columnas de hierro tiene esta galería, y cada una de ellas pesa doce mil kilógramos. En la parte exterior se halla el círculo que podíamos llamar de las fondas, donde se podrá comer al gusto de todas las naciones. Las sendas y caminos abiertos en el Campo de Marte, estas grandes venas de la Exposicion, puestas en línea recta, formarán setenta y cuatro kilómetros. Indudablemente, no se puede negar á tan vasto edificio, ó mejor dicho, á tan vasto conjunto de edificios, la

grandeza, y grandeza tanto más de admirar, cuanto que despues se desmontarán estas inmensas galerías, se arrancarán estas altísimas columnas, se sacarán los millones de clavos que contiene; y el hierro empleado en un palacio, que si no va á alojar á un soberano, va á alojar la eterna soberanía del trabajo, fundido de nuevo, tendrá varios destinos; tal vez sirva para acorazar algun buque prusiano ó inglés contra Francia, tal vez para fundir alguna cadena ó algun grillete contra los defensores de la libertad, contra los mártires mismos del trabajo. Pero, en fin, el edificio no merece otra calificacion que la calificacion de colosal.

¿Y esto es bastante? ¿No tiene derecho la industria á un bello alojamiento? ¿No debe revestir el templo del trabajo formas que revelen esa armonía divina, de la cual resulta la hermosura? Casualmente la Exposicion iba á resolver un gran problema intentando levantar el mayor edificio que hubieran visto los hombres y el más hermoso. Se dice que nuestro siglo industrial es enemigo del arte, que

á su virilidad repugna la hermosura como repugnan los juguetes á un atleta. Si fuera así, en verdad podríamos llamarle un siglo bien desgraciado, un siglo incapaz de conocer el resplandor divino de las ideas y de las cosas; un siglo gigante, pero un gigante ciego. Yo bien conozco que cada grande época de la historia tiene á veces una direccion exclusiva y toma un solo carácter con daño de todos los demás caractéres de la vida, y desarrolla una sola facultad con mengua de todas las otras facultades del espíritu. Yo bien sé que, si un dia hubiera el juicio universal de los siglos ante el Tribunal del Eterno, bastaríale al siglo décimo-nono presentar el ferro-carril y el telégrafo, los adelantos de la química para alzarse orgulloso entre los siglos. Pero cuando el siglo décimo-sexto presentara la corona de las artes y la libertad del pensamiento; y el siglo décimo-sétimo, su filosofía genesiaca, que es como uno de los dias en la creacion del espíritu humano; y el siglo décimo-octavo, su tabla de derechos, bastaríale al siglo décimo-nono, para completar estas grandes

conquistas del espíritu, presentarse como un dios antiguo, montado en su locomotora, ceñida la frente de las chispas del rayo, y alzando en las manos la retorta de que se desprenden esos nuevos gases encontrados por su trabajo, esos gases que han sido como la espiritualizacion de la materia.

No parece sino que hayamos perdido el sentimiento estético. No parece sino que los descendientes de Rafael, de Miguel Angel, de Murillo, de Claudio Lorena, de Covarrubias, han bajado desde la categoría de los grandes dioses á la triste categoría de Vulcanos, armados del hierro, ennegrecidos por el carbon de piedra. Saquemos de la industria el arte, como la naturaleza en su fecundidad prodigiosa convierte el carbono en el diamante. Yo no sé qué ha sido de aquella intuicion artística que tuvieron nuestros padres. El levantar la Cúpula de San Pedro, el construir la joya de San Miguel de los Reyes, el tallar en el mármol la asombrosa figura del Moisés, el dejar en las tablas el Pasmo de Sicilia, no les impidió encontrar la brújula para posesionarse de la inmensidad

de los mares, y la imprenta para fijar la eternidad del pensamiento. Y casualmente en lo que más bajo hemos caido, en lo que más hemos atrasado, es en la arquitectura. En vano seria buscar hoy aquel atrevimiento con que la arquitectura gótica escalaba los cielos dibujando en lo infinito sus agujas caladas llenas de hojas, de flores, de angelillos que eran como el florecimiento del alma; en vano buscar aquellas proporciones admirables, aquellos arcos graciosos, aquellas ventanas airosísimas, aquella cinceladura clásica de los edificios del Renacimiento, cuya vista es tan grata á los ojos como una melodía á los oidos; en vano la austera grandeza del Escorial, ese sepulcro de la antigua monarquía española, que espiraba en el ascetismo, ni la pomposa grandeza de Versalles, ese sepulcro de la antigua monarquía francesa, que espiraba en la orgía; nuestras estaciones, nuestras fábricas, nuestros hoteles, son de una utilidad indudable, pero de una indudable fealdad y de una abrumadora pesadez, como si los hubiera levantado el instinto de la con-

servacion tan sólo, y no el pensamiento, ese grande arquitecto que, desde el Partenon de Atenas hasta la catedral de Sevilla, desde el Oriente hasta el Occidente de Europa ha dejado en monumentos una guirnalda de piedras cinceladas que serán el eterno orgullo de la historia. Yo hubiera querido, pues, que se hubiera convocado á los pueblos, no solamente para que mostraran sus maravillas artísticas é industriales, sino para mostrarles un panteon de todas las artes como la Roma antigua construyó en el Foro el panteon de todos los dioses. Yo hubiera querido que esta nacion francesa, preciada con fundamento de ser el foco donde convergen todos los rayos de la luz de nuestro siglo, hubiera resuelto en la Exposicion universal el problema gigantesco de reunir el más gran certámen que han visto los siglos en el más hermoso edificio..... Pero ¿y el tiempo? Es verdad, queremos prescindir del tiempo, y como el tiempo es una ley de la vida, todas nuestras fuerzas son efímeras, todos nuestros frutos tienen dentro el gusano de la muerte.

Desde luego el estudio de la Exposicion es un estudio importantísimo, de la mayor utilidad para todos los pueblos y de un justo orgullo para nuestro siglo. Esta Exposicion de París tiene, sobre las antiguas exposiciones, dos ventajas: primera, su universalidad, por abrazar más ramos del trabajo y más naciones; segunda, su método, por haber clasificado con más órden los productos. Pero en el dia de la apertura, y aun en los dias siguientes, de nada puede hablarse con madurez, de nada decirse un juicio con certidumbre. A la cita no han acudido todos los pueblos con igual prisa ni con igual celo. Mientras los ingleses tienen ya arreglada toda su exposicion, puestos en órden sus maravillosos productos y hasta impreso su catálogo, los españoles sólo hemos colgado nuestros cuadros, y en la parte industrial ni siquiera hemos hecho todavía los estantes. Mientras los suizos han trabajado con ese empeño que pone la admirable nacion en probar al mundo cómo se prospera á la sombra de la libertad, los turcos todavía están sembrando de estrellas de

marfil y oro su departamento donde se ve el génio del Oriente. Rusia ha instalado sus muebles, sus malaquitas, sus mosáicos, sus altares bizantinos, casi toda su exposicion. Suecia y Dinamarca han hecho lo mismo, se han adelantado muchísimo á las otras naciones. Portugal ha construido en el Parque su casita con reminiscencias del convento de Belen; pero en el Circo aún se halla en sus trabajos tan atrasada como España. Italia tiene puestas en órden sus maravillosas estátuas, pero no tiene puestos en órden sus productos industriales. Aquello es todavía un caos donde sólo podrá poner alguna armonía ese gran regulador de todas las cosas, ese grande ordenador de todos los sucesos, ese infatigable trabajador que se llama el tiempo. En el dia de la apertura sólo se oye el ruido de la sierra, del martillo, del escoplo, el grito del trabajador; sólo se ven realmente, en aquella colmena de la industria humana, como nubes de obreros que deshacen bultos, que abren cajones, que reciben fardos, que colocan objetos en sus estantes, que montan má-

quinas, que arreglan y perfeccionan la grande obra para que vengan emisarios del mundo entero á celebrar la fiesta maravillosa de la fraternidad en el trabajo, la cual anuncia otra fiesta más grata para lo porvenir, la fiesta de la fraternidad en el derecho.

Pero no puede hablarse de nada de esto cuando resuenan en todos los oidos las últimas palabras pronunciadas en el Parlamento del Norte de Alemania por un amigo de Mr. Bismark. En un discurso en el cual pregunta qué hay sobre la cuestion del Luxemburgo, pero en tono tan grave y tan amenazador que todo el mundo teme una guerra. La respuesta del ministro no es mucho más tranquilizadora. Naturalmente no usa aquel tono guerrero empleado por el diputado. Pero, en medio de las reservas diplomáticas, la amenaza estalla como un relámpago en una nube oscura. Bismark dice que el rey de Holanda le ha consultado sobre la cesion del Luxemburgo; pero que le ha contestado que, al tomar tal decision, adquiriria inmensa responsabilidad. El asunto es grave, las amenazas

terribles; el porvenir se halla preñado de tormentas. Los industriales han creido siempre que sus intereses podrian desarrollarse fuera del derecho, fuera de la libertad. Y en medio de una fiesta pacífica, en medio de una exposicion del trabajo, cuando todo parecia apercibido para unir los pueblos y reconciliarlos, viene á sentarse en torno del banquete, el espectro de la guerra. Ahora sí que podríamos decir con el poeta:

> Paz á los hombres, gloria en las alturas
> Cantad en vuestra jaula, criaturas.

Abríase pues, en la primavera de 1867, la Exposicion, el gran certámen del trabajo, esa fuerza creadora; y todo el mundo hablaba de otro certámen ménos plácido, de la guerra, de la gran fuerza destructora. Se libran á ella tantos intereses y hay tal solidaridad en los pueblos modernos, gracias á la extension de la idea del derecho en la conciencia y á la rapidez de las comunicaciones en el espacio, que todo el mundo recoge su aliento para escuchar si resuena el primer cañonazo de larma. Cuando la nobilísima causa de la

emancipacion de los esclavos trajo en el Norte de América aquella guerra, que será siempre una de las mayores glorias de nuestro siglo, los viejos políticos del continente europeo, apegados á sus altares y á sus tronos, achacaban tan supremo conflicto, necesario para acabar con uno de los mayores males heredados por la jóven sociedad americana, á la índole inquieta y subversiva de las instituciones democráticas. Estamos en Europa; aparentemente las viejas instituciones se hallan todas de pié. Un Papa hay en Roma como representante de la idea religiosa y de la autoridad espiritual; un Emperador en Viena como representante de la última sombra del antiguo sacro Imperio; reyes se hallan á la cabeza de todas las naciones; colegios de sacerdotes dirigen, nuevos augures, las conciencias; ejércitos armados hasta los dientes con armas que siembran por do quier la muerte sostienen el órden; la diplomacia escribe y habla como si tuviera pendiente de sus labios ó de su pluma el hilo misterioso de los sucesos; las aristocracias del capital

que han heredado á las antiguas aristocracias de la sangre se refugian en las altas Cámaras y en los nobilísimos Senados; la democracia está reconocida en la ciencia, pero está proscrita, negada en la práctica; y, sin embargo, en tres años hemos tenido tres guerras; la del Holstein, la de Alemania, la de Italia; tres guerras, que no han podido evitar tantos diplomáticos, tantos sacerdotes, tantos reyes, todo este órden artificial y costoso, á cuyos piés se inmolan los eternos principios de justicia, y los progresos de la civilizacion moderna.

El orígen de estas guerras se encuentra en los graves males que nos aquejan, efecto de nuestra imperfectísima constitucion social. Si el primer cónsul no hubiera entregado el Véneto al Austria como un despojo que se abandona sobre un campo de batalla, ¿hubiérase vertido tanta sangre para devolver el Véneto á Italia? Si las nacionalidades se encerraran dentro de sus límites y los hombres dentro de sus derechos, ¿hubiera regido en la cuestion de los Ducados la ley brutal de la

fuerza? Y, ahora, si los principios de justicia dominaran, si cada pueblo no entrara sino en aquellas confederaciones señaladas por la naturaleza, por la afinidad de las razas, por los lazos de la lengua, de la sangre, de la historia, y sobre todo, por su propia voluntad soberana, ¿tendríamos conflictos que amenazan ser tan horribles como si nuestro planeta chocara con otro planeta en la inmensidad del espacio?

No podemos medir bien cuán caras le cuestan á la humanidad sus viejas preocupaciones. Si tuviéramos un instrumento para medir la sangre que ha caido sobre la tierra, por culpa de nuestros viejos errores, como tenemos instrumentos para medir la lluvia que cae en ciertos períodos de tiempo, llevaríamos un horrible remordimiento sobre la conciencia al mirar cómo nos hemos bañado todos en sangre humana, en esa sangre que debia ser la sávia de la vida.

Pero vamos á los hechos. El engrandecimiento de Prusia es una grave inquietud para Francia. El gobierno francés, á pesar de las

largas perífrasis de Mr. Rouher, no puede contestar á los que le aseguran deberse principalmente este amenazador engrandecimiento de Prusia á la neutralidad de Francia. Hay quien supone más, hay quien supone que la guerra no se hubiera emprendido sin las conferencias de Biarritz entre el Emperador y Bismark, ni rematado tan dichosamente para Prusia si el Emperador no le hubiera aportado el auxilio de Italia. Naturalmente, en nuestro siglo se ve el fenómeno de la formacion de las nacionalidades no concluidas durante estos tres últimos siglos como en el siglo décimo-sexto, se vió el fenómeno de la formacion de nacionalidades no concluidas durante la Edad Media. Solo que entonces las nacionalidades se formaban por el principio del derecho divino, y ahora se forman por el principio del sufragio universal. Las naciones que se formaron tan fuertemente hace tres siglos como se formó la Francia, no pueden crecer, porque han llegado, casi al límite natural de su desarrollo; mientras que otras naciones, no formadas en-

tonces, precisamente se han de formar ahora, y se han de formar, violentando la ley del tiempo un poco, por lo rápido, si tardío, de su crecimiento. Italia, llena de extranjeros por sus desgracias históricas, por el poder teocrático arraigado en su centro, por los duques feudales esparcidos en sus provincias, debia formar su nacionalidad, que ya está completa desde que se ha arrancado esos clavos que se llaman las plazas del cuadrilátero, aunque le faltara entonces desceñirse por último, para término de su larga pasion, la corona de espinas que es el poder temporal establecido en Roma, Alemania, donde el príncipio de individualidad ha germinado para esparcirse por la historia moderna, estaba casi reducida á un monton de polvo, merced á sus infinitos régulos feudales. Era necesario darle unidad, aun á costa de violentar un tanto los sucesos, y la opinion misma de Alemania. Era necesario crear esa nacionalidad. ¿Qué daño puede sobrevenirle á Francia de que las naciones vecinas rematen hoy lo que Francia remató hace tres siglos? Sean las

que quisieran sus aprensiones, así como la unidad italiana se ha constituido sobre su frontera de los Alpes, la unidad alemana se constituirá sobre la frontera del Rhin, y la unidad ibérica sobre la frontera del Pirineo. Los pueblos, para evitar que estas grandes unidades no se conviertan en grandes dictaduras, tienen un medio político que es la democracia y otro medio administrativo que es la descentralizacion. Pero caminamos á la unidad por nacionalidades que será el término anterior á la unidad por razas, la cual á su vez será el término anterior á la unidad por continentes, la cual será á su vez el término anterior á la unidad humana, que será completada por la variedad de las libertades y de los derechos individuales; bello ideal de la futura historia.

Mas la susceptibilidad francesa está muy herida por el crecimiento de Prusia. Además, Bismark no ha tenido el tacto que tuvo Cavour al unir la causa de la unidad italiana con la causa de la libertad; Bismark ha dado á su obra el sello del derecho divino, y á sus pro-

cedimientos el aspecto de una gran violencia. La causa ocasional de las angustias con que la Exposicion Universal se abria, era muy sencilla. El ministro prusiano comprendia que necesitaba dar alguna satisfaccion á esas suceptibilidades francesas, y propuso al Gabinete de las Tullerías comprara el Luxémburgo al Rey de Holanda. Acostumbrado á menospreciar la opinion, Bismark no calculó cuántas resistencias opondria la opinion alemana á su proyecto. Cuando el hecho iba á ser público, el Parlamento aleman anatematizó el hecho, ahogándolo casi en su cuna. Y no solamente lo anatematizó el Parlamento, sino tambien el Rey, ese Rey de quien Bismark ha sido el dueño durante largos años. Así es, que en París, en las altas regiones, se creia posible que el ministro prusiano arreglara la cuestion del Luxemburgo, ó sucumbiera. Su permanencia en el poder, decíase entonces, seria la paz, su caida del poder seria la guerra. Febrilmente cogido al telégrafo, lleno de preocupaciones que casi le matan, el Cavour aleman, consulta á los Gabinetes eu-

ropeos, detiene la ira de las Tullerías, disciplina las bandas parlamentarias, entretiene al Rey, conjura á Rusia para que no le comprometa en su conflicto, recuerda á Italia que le debe la emancipacion de Venecia, despierta ó adormece á su grado el patriotismo aleman, y con frecuencia, en sueños, agitados sus nervios por tantas emociones, exacerbadísimo su cerebro por la fragua de un pensamiento siempre en combustion, cree que el juicio se le escapa, sobre todo, cuando ve su reciente y no bien cimentada obra expuesta á caerse, como los muros de Jericó, al sonar de las trompetas.

Así es, que todavía se creia, todavía se esperaba á mediados de Abril en la paz. El Rey de Holanda no sabe naturalmente qué hacer de ese gran Ducado en el cual subsiste aún la guarnicion prusiana. Conociendo que no tiene fuerza para sacarse tal espina, entrega el Ducado de Luxemburgo á Francia á cambio de unos cuantos millones. En tal punto, el sentimiento aleman, que tantos poetas han sobreescitado, se despierta, y se alarma. El Luxemburgo,

dicen los de allende el Rhin, es la Saboya alemana entregada á Francia. El Luxemburgo es el territorio aleman vendido en pública almoneda. Italia pudo dar Saboya en pago de un auxilio eficaz, como soldada á los guerreros de Solferino, pero los que nada deben á Francia, con nada le pagan. Si al inaugurarse la Confederacion del Norte, se inaugura con la venta de un territorio aleman, bien puede decirse que la Confederacion del Norte se inaugura muerta. Francia, en el Luxemburgo, amenaza de un lado las provincias rhinianas y de otro lado la Bélgica, tal vez la Holanda. Cárlos V, viejo, achacoso, cercano ya á enterrarse vivo en Yuste, sitió á Metz para que el Imperio aleman tuviera en sus manos las llaves de la frontera francesa. ¿Vamos á dejar caer una de sus llaves cediendo el Luxemburgo? Entonces se deshojará en la frente del Rey de Prusia la corona de laurel que se habia ceñido á costa de tanta sangre alemana en los campos de Sadowah. Si quiere Francia dar á beber á Alemania la copa de esta grande humilla-

cion, Alemania preferirá la guerra, la muerte. Si sucumbe, habrá salvado su honra, y no se dirá que el territorio aleman se vende y se compra como una hacienda, ni que doscientos mil alemanes son traspasados de unas manos á otras como un hato de ganado.

Tales son poco más ó ménos las palabras que en todo Alemania se oyen desde los periódicos al Parlamento, desde los clubs hasta los salones, desde las tabernas hasta los teatros. En tal crísis todo el mundo pregunta ¿qué piensa, qué hace el gobierno francés? La Bolsa oscila entre los temores de la guerra y las esperanzas de que no será la paz turbada durante la Exposicion. La minoría del Cuerpo legislativo interpela, y las secciones niegan la oportunidad de la interpelacion. El ministerio francés pasa la siguiente nota á ambas cámaras. Algunas negociaciones se han entablado respecto al Luxemburgo; pero sea cualquiera su término, la Francia no arreglará esta cuestion sino con estas tres condiciones: 1.ª la cesion expontánea del Gran Ducado por el rey de Holanda; 2.ª el consentimien-

to de los habitantes por el sufragio universal; 3.ª el prévio convenio de las potencias firmantes del tratado de 1830. Sabido es que en tal época se declaró la independencia de Bélgica y que se aseguró por un tratado entre Inglaterra, Francia, Prusia, Austria y Rusia. Pues bien, este tratado garantizó al rey de Holanda el Gran Ducado de Luxemburgo que se quiere ceder á Francia. La cuestion, pues, se eleva á la altura de una cuestion europea.

Hay quien propone la cesion del Luxemburgo á Bélgica, y en este sentido acaba de hablar el rey belga á Napoleon, como hubo quien propuso la cesion de Saboya á Suiza. Hay quien propone tambien que el Luxemburgo sea declarado autónomo y en respeto de su autonomía, Prusia retire la guarnicion de su fortaleza. En Francia la guerra no es popular. La creo más un arma de oposicion que un arma templada en el fuego de los corazones franceses. Cuando Francia quiere una guerra lo dice tan claramente y tan alto como lo dijo cuando arrastró al Imperio á la guerra

de Italia. El *Avenir National*, el más avanzado entre los periódicos franceses, ha dicho que no desea la guerra, porque si sucumbe el ejército francés, peligrará la pátria, y si triunfa, se afirmará en Francia la reaccion. Así es que á todo el mundo ha extrañado mucho la actitud guerrera del periódico de Girardin, cuando rebusca diariamente alguna sentencia de cualquier hombre ilustre, y la publica, encabezándola con este título: guerra á la guerra. Girardin tiene en su carácter algo de lo que constituia el fondo del carácter de Proudhon, algo de lo que constituye el fondo del carácter francés, tiene, no ya el amor á la originalidad, sino el amor á la singularidad. Y sacrifica la verdad al deseo de sostener una tesis que hiera fuertemente la imaginacion francesa y haga vibrar su nombre con grande resonancia en las ondulaciones del aire. Sólo así puedo explicar que diga hoy que Francia tiene su cuadrilátero en manos de Prusia como Italia tenia su cuadrilátero en manos de Austria. En cambio la *Opinión Nationale* escribe estas sensatas palabras: «¿Es herir el honor

aleman pedirle que no ocupe sin derecho una posesion del rey de Holanda? No lo creemos. Esperamos que la diplomacia pueda fácilmente encontrar una base de transaccion honrosa en la neutralizacion bajo una forma cualquiera del territorio disputado; porque tenemos horror á una guerra, que empeñada entre Francia y Alemania tendria todos los caractéres de una guerra civil.»

La cuestion parecia entrar en la fase de las negociaciones. Y sin embargo encontréme por estos dias uno de los escritores más adictos al Imperio, y me dijo lo siguiente: «tendremos guerra, porque Francia ha encontrado un cañon que dispara ciento treinta y tantos cañonazos por minuto, capaces de barrer muchos ejércitos y de incendiar muchas ciudades.» Como veis, la razon no puede ser más valedera, no puede ser más fuerte. Pero desde este infierno de los conflictos guerreros, pasemos á la Exposicion, al Congreso de la Paz. Esta exposicion de París indudablemente es la más grande, la más rica de cuantas recuerda el mundo; pero ya lo hemos dicho, no

la más bella. Comencemos por decir que no se han seguido ninguno de los dos sistemas que hoy traen dividido al mundo; pero que hacen cada uno con sus procedimientos y con sus medios las verdaderas maravillas. La Exposicion pudo hacerse por una asociacion libre como la Exposicion de Inglaterra, ó pudo hacerse como se hacen todas las cosas en Francia, por el esfuerzo exclusivo del Estado, del Imperio. Se han combinado los dos sistemas y ha resultado un eclecticismo, que como todos los eclecticismos, sólo engendra obras verdaderamente híbridas. Al lado de gastos fabulosos mezquinerías ridículas. Muchos millones para levantar un palacio como no se hubiera visto otro en magnitud; un regateo incomprensible de tiempo, de espacio, de dinero para alojar á cada nacion, y ya en su línea nacional, á cada expositor. El sitio escogido para la Exposicion parece á los parisienses un sitio ya extraño á su gran ciudad, porque para la flor y nata de los parisienses, la capital del mundo se compone de los puentes y los muelles que se extienden entre

Nuestra Señora y la Plaza de la Concordia, y sobre todo, de la línea clásica de los grandes boulevares. Así es que á pesar de los muchos medios de locomocion empleados, los vapores, los ómnibus, los ferro-carriles, los coches, hay que sufrir siempre alguna molestia. Despues, cuando se acerca una gran multitud por cada puerta, por cada avenida, como rios que van al Océano, llegadas al palacio, se encuentran en un torniquete, que sólo permite la entrada de uno en uno, y que es por consecuencia el potro del tormento. Ya dentro del palacio, la orientacion es muy fácil, la clasificacion muy adecuada y lógica; pero jamás se encuentra un punto de vista grandioso que abrace, como sucedia en la última Exposicion, un maravillosísimo conjunto. El que va á estudiar y comparar tiene más medios que en las antiguas exposiciones; el que sólo va á ver tiene mucho ménos espectáculo. De todos modos, cuando entramos en este grandioso circo; cuando vemos tantos y tan varios instrumentos, tantas y tan potentes máquinas; cuando consideramos los productos que la in-

dustria ha aglomerado para conservar la vida y los productos que la ciencia ha aglomerado para iluminarla y los productos que ha aglomerado el arte para embellecerla; en el pensamiento nos acordamos de aquella tierra de los primeros dias de la creacion, humedecida por el estancamiento de las aguas, erizada por el espesor casi impenetrable de los bosques, iluminada por la pálida antorcha de los volcanes en contínua erupcion, y la comparamos con esta tierra, con este planeta de hoy, iluminado por los faros que como estrellas de esperanza se levantan en las costas; surcada por los telégrafos eléctricos y los caminos de hierro que vienen á ser como su sistema nervioso; embellecida por esta série de obras de arte que es como una explēndida diadema de la cual se irradia el resplandor de la hermosura, no podemos ménos de bendecir el trabajo que con sus fatigas, con sus martirios, tanto ha perfeccionado nuestro planeta, y tanto lo ha iluminado, haciéndolo irradiar de cada uno de sus poros el éther misterioso, ...s vívido que la materia cósmica disemina-

da por los espacios infinitos, el éther misterioso que siente y piensa, y tiene la indómita virtud de la voluntad, el éther del espíritu humano, lo que más se acerca y más se asemeja á Dios en el Universo.

Antes de entrar en el palacio de la Exposicion, voy á hablaros de un recuerdo. Enfrente del palacio habia una montaña que se llamaba el Trocadero, en conmemoracion de un irrisorio triunfo de los cien mil franceses que fueron en el año veintitres á arrancar á España el sistema constitucional. Con la montaña del Trocadero se ha nivelado el Campo de Marte y se han construido los cimientos de la Exposicion universal. El nombre, muy mortificador para nosotros los españoles, y poco glorioso para nuestros vecinos los franceses, ha desaparecido con la montaña. Una cuesta no muy ágria, y una escalinata no muy monumental, han reemplazado á la antigua montaña, ofreciendo al pueblo una gran plaza y una gran gradería para contemplar á vista de pájaro el conjunto exterior de la Exposicion. Esta plaza se llama Plaza del Rey

de Roma. ¿Por qué tal nombre? Quiero evocar las memorias históricas. Es tan necesario á la vida humana el recuerdo como la esperanza. Si no se deslizara entre estas dos riberas seria insufrible la vida, porque lo presente es siempre muy triste. Por la historia dilatamos el breve minuto de nuestra existencia hasta convertirlo en una eternidad. En las fraguas de la historia, el tiempo se estiende con estraña elasticidad como el pequeño pedazo de hierro candente bajo el martillo de los cíclopes. Las pirámides en el Desierto son grandiosas, no tanto por sus dimensiones y por su arquitectura, como por guardar á sus piés enterrado un gran pueblo con sus extrañas teogonías. La Plaza del Rey de Roma encierra tambien un gran recuerdo. Cuando Napoleon tuvo un hijo, creyó tener una esperanza de perpetuidad para la dinastía levantada sobre las ruedas de los cañones. En aquella blonda cabeza reposaba la inmortalidad de su obra. El César acariciaba de antemano extraños proyectos, porque nada podia parecer imposible al corso que se levantaba desde ofi-

cial de artillería á nuevo Carlo-Magno, con reyes por vasallos, y emperadores por cortesanos, y la tierra por tablero para sus juegos de azar, las naciones por pedestal, el rayo de la guerra por cetro, y la corona de la fortuna por diadema. Napoleon era jurisconsulto, matemático, arquitecto, naturalista y cómico. Muchas veces invitaba á Talma á su palacio para que tomara lecciones prácticas de representar los papeles de rey. Arquitecto tambien, como he dicho, quiso levantar sobre esa montaña demolida enfrente del Campo de Marte, un palacio inmenso para su hijo el rey de Roma; un palacio desde el cual se descubriria ese mar de hombres que se llama París. Antes de levantar el palacio Napoleon hasta habia nombrado el conserge, un pobre trabajador que le escribiera cierto memorial en verso, pidiéndole indemnizacion por su industria perdida á causa de las expropiaciones. La obra de Napoleon debia ser mayor que la obra de Luis XIV. El palacio del Rey de Roma debia eclipsar el palacio de Versalles. Pero todos estos sueños se desvanecieron. Napoleon

cayó en Waterlóo. María Luisa, su mujer, se volvió á casar con un tuerto despues de haber compartido el lecho con un titan. El hijo de Napoleon murió en Viena víctima de los reyes, como el hijo de Luis XVI muriera antes en París víctima de los pueblos. Cuando las cenizas del conquistador iban á volver de Santa Helena, se proyectó levantarles el sepulcro sobre esa misma montaña donde habia soñado levantar el palacio de su dinastía. Esa montaña, que ni de palacio ni de sepulcro sirviera, sirve hoy de base al gran circo de la Industria. En el lugar que ocupaba, se extiende la Plaza del Rey de Roma. ¿No parece decir todo esto que el único poder permanente y glorioso es el poder del trabajo?

Nada hay más difícil que dar un análisis de este inmenso dédalo de la industria. Baste decir que he recorrido desde la alta plataforma la galería de las máquinas, y mirándola muy de ligero, he empleado más de cuatro horas. Esta galería es la más ancha, la más elevada, la más interesante. Allí se ven los grandes motores que el vapor impulsa y que

á su vez impulsan las máquinas; los telares donde se peina, se limpia, se hila, se teje el algodon y la lana; las barras de hierro fundidas, estiradas, retorcidas, arregladas bajo la poderosa mano del trabajo, hasta hacerlas flexibles como una caña y manejables como el barro; los instrumentos prodigiosos que taladran las piedras, perforan las montañas, abren como las hojas de un libro las rocas primitivas guardadoras de los secretos de la creacion, y extraen la hulla de los oscuros senos donde la encerrára el enfriamiento sucesivo del planeta; allí las bombas que agotan el agua en los profundos pozos, los ventiladores que llevan el aire, las lámparas que derraman la luz en la noche eterna de las minas para sorprender la cuna de los minerales, los aparatos foto-eléctricos que encierran el dia en el seno de las tinieblas, las hornillas donde se depura el mineral y deja su rico substratum, esa piedra filosofal de la ciencia; allí los materiales para las fábricas agrícolas, los tubos que han reemplazado á los antiguos costosos acueductos, el aparato

donde se tuesta el café, y el aparato donde se congela el agua, el destilador que clarifica el aceite para darle un rico sabor, y el lebrillo de hojalata que condensa la blanca leche en apetitoso queso; las retortas que exhalan vapores de amoniacos; el montgolfiero que nos promete las alas del águila y por consecuencia el dominio del aire; allí la aserradora para cortar los bosques, la cavadora para buscar la tierra sazonada en el campo, la sembradora para esparcir sobre el surco la misteriosa semilla preñada de ópimos frutos, la red para el pescador, el cable para atar la nave á la playa; desde el azadon hasta esos gases destinados por la química á dilatar los horizontes de la vida y á espiritualizar, digámoslo así, la materia; allí las de la mecánica, esa palanca de Arquímedes que remueve el mundo; los reguladores y los moderadores del movimiento, gruas capaces de elevar pesos enormes, máquinas hidráulicas, calderas generadoras de vapor, recipientes donde el vapor se condensa, retortas para dar el éther, el cloroformo; desde el esquife hasta el na-

vío acorazado; los medios de fecundizar la tierra y de dominar las olas; allí desde la carreta hasta la carroza, desde el cilindro que estampa el dibujo en la tela y en el papel, hasta la máquina inmortal de Guttenberg que eterniza las obras del pensamiento, desde el lente que ayuda á la vista en su debilidad, hasta el faro que busca al navegante en la inmensidad de los mares y le contempla con la luz de su caritativa mirada; allí toda esa trasformacion que está esperando todavía el grande, el inspirado autor capaz de escribir el poema de la industria, como Virgilio en sus Geórgicas escribió el poema inmortal de la Agricultura. Ahora bien, analizar todo esto, y las otras ocho galerías, será el trabajo titánico de toda una generacion. Y un mundo con tantas riquezas, con tantas glorias, con tantas maravillas, que va á resolver el problema de sustituir los brazos por las máquinas, que va á levantar todas las frentes abatidas, que va á ungir con el óleo de la dignidad humana á todas las razas, en vez de escribir la palabra paz y trabajo al pié

de todas estas máquinas, ¿convertirá como Cain sus fuerzas á degollar á sus hermanos? ¡Oh humanidad, sublime ciega, que llevas una lengua de fuego sobre la espaciosa frente, cuán tardamente andas por el camino del progreso!

[redacted]

CAPITULO LV.

UNA TREGUA.

A primeros de Mayo de 1867 adivinaba todo el mundo que la paz de Europa no seria perturbada por uno de esos terribles encuentros, sólo propios para dejar ruinas humeantes y regueros de sangre en el suelo de las naciones. Las conferencias para asegurar la paz debian reunirse el dia 7 de Mayo en Lóndres, que tendria la dicha de ser, como capital del trabajo y de la libertad en Europa, capital de la paz. Como ya he dicho muchas veces, yo consideraba que esta guerra, por un motivo tan fútil como la fortaleza del

Luxemburgo, en el momento mismo de la apertura de la Exposicion, no podia ser, no debia ser popular en Francia. Aunque viviendo en tierra extraña, los que hemos ejercido durante mucho tiempo el magisterio de la prensa, estamos acostumbrados á medir las corrientes de la opinion con ese barómetro que se llama un periódico. Yo preguntaba á los industriales, á los trabajadores, á esas muchedumbres que se levantan henchidas por el viento de las ideas como las olas del mar, y nadie, absolutamente nadie me decia que creyera indispensable al honor ó á la seguridad de Francia una guerra. Yo veia que en los dias de más zozobra, cuando Girardin trazaba é imprimia su célebre mapa del cuadrilátero francés, comparándolo al cuadrilátero italiano, una carcajada contestaba en Francia á estas paradojas nacidas de la excesiva, y un tanto extraviada, imaginacion del publicista. Yo preguntaba, á los que pueden recorrer el cuartel latino, qué idea reinaba en los estudiantes, en esa juventud que siempre refleja como colocada en las cimas de la so-

ciedad, cual las altas montañas, los primeros rayos de la nueva luz, y me decian que en el cuartel latino se firmaba una carta dirigida á los estudiantes de Berlin protestando contra la guerra. Felicitémonos, los que de veras amamos la libertad y la paz, al ver preservado el mundo de una gran catástrofe, libre la humanidad de una plaga terrible.

El rey de Prusia abria en aquellos momentos las Cámaras. Su discurso era firme y estaba lleno de esperanzas. La unidad entre el Norte y el Sur de Alemania, la unidad militar estaba cimentada y concluida. El rey dirige militarmente una nacion de treinta y siete millones de habitantes. En esta poderosa confederacion los pueblos no han tenido que renunciar ningun derecho de los que ya tenian consagrados por la ley. En cambio, al movimiento unitario se juntará cada dia con más vigor el movimiento constitucional. Despues de haber dicho, con la seguridad que nace de una gran confianza, todos estos progresos de Alemania, añadia que la Confederacion estaba resuelta á cuantos sacrificios fueran compati-

bles con su honra para conservar la paz de Europa.

En efecto, Inglaterra é Italia representaron en los preludios de esta gran tragedia el papel de mediadoras. Uno de los errores de Francia ha sido comenzar por su cuenta y riesgo la emancipacion de Italia y dejar que concluyera esta emancipacion Prusia, á la cual es deudora Italia de Venecia y del cuadrilátero. Naturalmente, colocada entre dos aliados, la nacion italiana debia trabajar con todas sus fuerzas y con toda esa superioridad política que el mundo entero le reconoce, en evitar la guerra. La nacion inglesa, de cuya decadencia política tanto se ha hablado, como si pudieran decaer fácilmente los pueblos que admiten y practican el principio de libertad, la nación inglesa ha reivindicado con gloria el arbitraje. Lo más extraño que hay en todo esto es que Rusia presentaba las proposiciones de paz. Todo el mundo creia á Rusia deseosa de la guerra. En un conflicto europeo, cuando la gran nación de Occidente se desangraba á las orillas del Rhin, la nacion que

sostiene todavía el imperio turco; los moscovitas, siguiendo como una estrella fija el pensamiento de Pedro el Grande, podian acercarse á las riberas del Bósforo y plantar la cruz griega, la cruz de Constantino sobre las torres de Santa Sofía. Acaso en la prevision de este grande suceso habian cedido el Polo americano á los Estados-Unidos para que los Estados-Unidos les prestasen el auxilio de su marina contra la marina de Inglaterra. Nunca se le podia presentar un motivo más justo que la insurreccion de los candiotas; nunca una coyuntura más propicia que la guerra occidental.

Francamente, era extraña la actitud pacífica de Rusia. Acaso midió sus fuerzas y no las encontró proporcionadas á la gravedad de su intento. Acaso conoció mejor que nosotros cuántas cordilleras de obstáculos se levantan entre San Petersburgo y Constantinopla. Los pesimistas no querian creer en la paz. Pretendian que el gobierno francés habia pedido préviamente la evacuacion del Luxemburgo. Pretendian que el gobierno prusiano habia

sostenido que no evacuaria el Luxemburgo sino á condicion de que el gobierno francés desmantelara otras fortalezas análogas que tiene sobre esa incierta y movediza frontera del Rhin. Pero una nota del *Monitor*, suspendiendo todo armamento, vino á probar cuán segura era la paz. Y la seguridad de la paz se fundó en que las conferencias se restringieron á las proposiciones rusas, y las proposiciones rusas se limitaron á la neutralizacion del Luxemburgo y á la evacuacion de la fortaleza.

[redacted]

CAPITULO LVI.

UNA APOSTASIA.

Desde que la historia moderna comienza, el mundo medita sobre este carácter francés, que ha de ser como el protagonista de nuestra sociedad. César, el hombre, no sólo de las victorias increibles, sino de las profecías maravillosas, pintaba en sus historias los germanos y los galos con gran cuidado, como si presintiese que los unos iban á matar á Roma y los otros á restaurarla. El espíritu francés nos interesa á todos, porque es la nota, si no más alta, más vibrante del espíritu moderno; y en este espíritu respiran

nuestras almas, como en la atmósfera nuestros cuerpos. La lengua francesa, que es de suyo ligera, confunde la palabra espíritu con la palabra ingenio, y hasta con la palabra gracia. Pero yo entiendo por espíritu el carácter general, el alma colectiva de los pueblos. Y reconozco que el espíritu francés tiene luz, armonía, gracia, ligereza, y se volatiliza fácilmente, y se difunde por todas partes, y hay en él un gas sardónico capaz de pegar la risa de los vivos á los muertos; y siendo tan exclusivo de esta tierra, que se extiende entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Mediterráneo, toma en las crísis de la vida universal, un carácter humano; y siendo tan positivo y á veces tan egoista, se sacrifica por las grandes causas; y aun se ofrece en holocausto por cosas y personas que no le interesan, por el Preste Juan de las Indias ó como si dijéramos, por el Emperador de Méjico.

Mas, reconocidas todas estas cualidades, ¿quién me llamará apasionado si tambien señalo sus defectos? No conozco ningun pueblo

que entienda ménos la libertad ni que ame con más loco amor las organizaciones artificiales y ficticias propias sólo para encadenar la actividad humana. En Francia, el redoble del tambor es como el latido del corazon de todos los ciudadanos. Al fin de cada boulevard un cuartel; junto á Nuestra Señora, la casa de la Oracion, un cuartel; en el Louvre, la mansion del soberano y la mansion del arte, un cuartel; á la puerta del Instituto de Francia dos soldados, y dos soldados tambien á la puerta de cada teatro. El francés debia llamarse el mónstruo de la vanidad. Yo no conozco ningun pueblo tan vano. Los anglo-americanos tienen la vanidad de sus libertades; los ingleses la vanidad de su riqueza y de su comercio; los italianos la vanidad de sus artes; los alemanes la vanidad de sus ciencias; los españoles la vanidad de su historia; pero los franceses tienen todas las vanidades juntas. Con tal de ser los primeros, les importa poco ser hasta los primeros titiriteros del mundo.

¡Cuántas veces sufren largos períodos de

tiranía, en que un hombre dispone á su arbitrio de la vida y de las riquezas de los franceses, á trueque de ver muy alta su bandera, ó de inscribir algun nombre glorioso y retumbante en los machones de sus puentes y en las curvas de sus arcos de triunfo. Y mueren gozosamente por uno de esos juguetes, por una de esas niñerías de los pueblos. Y á pesar de morir tan gozosamente, cuando el pánico se apodera de ellos, huyen veloces ó se entregan resignados. En un ataque acometen como tigres, en una fuga corren como cabras. Nadie ha visto un terror como el terror de la retirada de Rusia. Temian más la lluvia de los blancos copos de nieve, que la lluvia de las rojas balas de plomo. Nadie ha visto una resignacion como la resignacion de mil ochocientos quince. Abrieron sus filas y dejaron que los caballos cosacos se abrevaran en las aguas del Sena. Se hubieran resignado á perder su nacionalidad, ellos, los mismos que en mil setecientos noventa y tres habian con su furor galo vencido á todas las naciones. Y así hoy, en este período en que

escribo, el francés tiene el pánico burocrático. Cree que un empleado del gobierno es dueño de la vida de los ciudadanos. Al antiguo feudalismo nobiliario, ha sucedido el feudalismo oficinesco. Ya no hay castillos, pero hay oficinas. Os habeis tomado el trabajo de nacer, decia Beaumarchais á los nobles de su tiempo, echándoles en cara lo inmerecido de su fortuna. Más hay ciertamente mucho mayor trabajo en nacer, que en ser nombrado cualquier cosa por un ministro. Y estos nombrados se enorgullecen como los emperadores romanos cuando los nombraban dioses. Y los otros mortales temen á los nombrados como los romanos á sus Césares. La burolatría es la religion nacional de Francia. Lo teme todo, pero tambien lo espera todo del poder. Tiene el concepto de que el Estado es un cielo, el monarca un Dios, y sus leyes tan divinas como las leyes de la Providencia, y su poder tan extenso y tan fuerte como el mismo poder creador.

Digo esto, porque hay muchos franceses que se engañan, creyendo la libertad un re-

galo del poder, cuando la libertad es siempre una conquista del pueblo. Y entre estos franceses se encuentra un hombre tan eminente como mi amigo Emilio Girardin, que hoy está desengañado ya de sus ilusiones. Ninguno de mis lectores habrá dejado de oir alguna vez el nombre del escritor de las fórmulas atrevidas, de las ideas nuevas, de los rasgos admirables, de las sorpresas periodísticas, de los triunfos maravillosos, de las suscriciones casi inverosímiles, y de los sistemas sociales casi impracticables. Hoy puede asegurarse que el escritor, capaz de predicar el desarme de Francia á la sombra de los mil cuarteles que tienen como clavadas en el suelo fuertemente las grandes alas de la gran nacion, es el primer periodista francés, sobre todo, desde que la muerte ha segado á Armand Carrel, ¡ay! el periodista del sentimiento, á Louis Courier, el periodista ó el folletista de la crónica, á Pedro Juan Proudhon, el gênio de la paradoja.

Girardin comenzó tristemente su carrera política. En estos comienzos tuvo un duelo.

En el duelo mató á su adversario, á un jóven que habia luchado por la libertad con espada caballeresca, y con pluma tan cortante como su espada. En la monarquía de Julio, Emilio Girardin estuvo profetizando la República; en la República el Imperio; y en presencia del Imperio la libertad. Y sin embargo, no es de la madera de los profetas, porque le faltan dos cualidades esenciales, el sentimiento que adivina y la imaginacion que canta, toda la escala de las profecías. Para Girardin la sociedad es una máquina, la libertad una mecánica, el fin supremo de la vida la utilidad ó la conveniencia. Sus artículos parecen grandes cálculos, operaciones de suma ó de sustraccion, como si el hombre fuera sólo una cifra. En estos cálculos casi nunca entra para nada el primer elemento de la vida, el elemento moral. Quiere convencer á los gobiernos fuertes como el gobierno imperial, á que dejen libre la prensa, porque dice que la prensa nada puede, cuando los gobiernos fuertes, avisados por su instinto de conservacion, saben que la prensa, la idea

impresa repartida profusamente, llevada en alas del papel desde el palacio á la cabaña, lo puede todo. Es imposible que no conozca esto un escritor que ha dicho: «Yo dejo al poder la facultad de hacerlo todo, con tal que el poder deje á la prensa la facultad de decirlo todo.» Tiene Mr. Girardin demasiado talento para ignorar que es imposible vivir en paz á una prensa como la de Suiza, con un gobierno como el de Turquía.

Y es bien notable que en esta Francia tan apestada de comunismo haya un escritor que alce su frente radiante de luz sobre el nivel de las creencias vulgares, y reivindique fuertemente los eternos derechos de la individualidad. Y sin embargo, hasta en tal esfera, el escritor individualista, por no dejar de ser franco, se contradice. Las personas casi ilegislables, las cosas casi sujetas al Estado, exclama. Todos los derechos naturales al indivíduo, todos los trabajos públicos y todas las obras públicas al gobierno. Una grande libertad y un gran poder; mucha actividad individual y mucho presupuesto. Es decir, dos

términos inconciliables. Y sin embargo, yo digo que Emilio Girardin es el primer periodista de Europa. He creido siempre que es un gran general aquel que cuenta grandes victorias, como es un gran periodista aquel que llega á conmover grandemente al público. No creo en el talento militar de los generales austriacos, siempre vencidos, ni en el talento periodístico de los publicistas olvidados. Un periódico es como un para-rayos; el mejor, el que más electricidad arranca á los aires y lleva á la tierra. Uno de los errores de Girardin, ha sido creer que el publicista puede como el filósofo permanecer aislado en medio de la sociedad, dominándola sólo por su idea. Todo ministerio político es un apostolado, y todo apostolado una legion. Durante la monarquía de Julio y la República, Girardin estuvo solo. Intentó formar una especie de tercer partido dentro del Imperio dentro de un régimen que casi imposibilita, los partidos. Ya era tarde.

He tenido la honra de ser invitado á uno de los banquetes que da en su casa este hom-

lore dispuesto á reunir á todo París, aun aquellos que de él han maldecido. Un escritor español apenas puede concebir el lujo que despliega Mr. de Girardin, lujo reservado entre nosotros á príncipes ó á banqueros. En la Avenida del Rey de Roma, no lejos del Arco de la Estrella, se levanta el palacio donde el escritor habita. Atravesais una verja; un gran patio, abrís una puerta de cristales, subís una escalera alfombrada y cubierta de macetas llenas de varias flores, dejais vuestro abrigo en manos de dos criados vestidos de frac negro y corbata blanca, dais vuestro nombre á una especie de bastonero que está como un maniquí á la segunda puerta con una gran maza dorada, y entrais en la biblioteca del escritor. Imaginaos una inmensa galería llena de armarios, donde se ven millares de libros magníficamente encuadernados; una galería cuyo suelo y cuyo techo son de finísimas maderas, cuyas paredes pintadas de colores vivos, lucen grandes cuadros de todos tamaños, y de antiguos y modernos autores, cuyas ventanas cubiertas de vidrios rayados,

parecen como capillas en las cuales se levantan magníficas estátuas de mármol, y cuyos rincones todos, así como las mesas y los armarios, se hallan materialmente atestados de estatuillas, juguetes, bustos, medallas, copas cinceladas, planos, alhajas, todo lo que puede allegar la riqueza y esparcir el gusto en un ordenado desórden, especie de confusion maravillosa que revela al mismo tiempo un poeta, un anticuario y un publicista. Allí observé el busto de la primera mujer de Girardin, la ilustre Delfina Gai, una de las glorias de la Francia moderna; allí un retrato de sí mismo regalado por el príncipe Gerónimo Napoleon; allí un gran sillon bordado en cañamazo por la mano de Raquel, la gran trágica, que por lo visto manejaba con tanto arte la aguja casera como el puñal trájico. Nada, sino cierta viveza en el mirar y cierta sonrisa inteligente, nada acusa la travesura del escritor. Su conversacion es lenta. No tiene en verdad la lengua tan bien cortada como la pluma. De la biblioteca pasé al salon y del salon al comedor, apartamentos todos de igual magnificen-

cia. Estaban allí Sardou, el autor cómico en boga, Clement Duvernois, el periodista en boga, Emilio Ollivier, el diputado que estaba en vísperas de ser ministro. El autor cómico con su cara rapada, sus pómulos aplastados, sus mandíbulas salientes, su tez blanca ó más bien pálida, su larga melena rubia que le llega hasta los hombros, partida en su frente, me traia á la memoria algunas de las figuras de la córte de Felipe IV, tan admirablemente trasladadas sobre el lienzo por la creadora mano de Velazquez; me traia á la memoria figuras de decadencia. Clement Duvernois me parecia una franca naturaleza, un jóven lleno de fuerza muscular y de fuerza intelectual, una especie de alsaciano que une la gravedad alemana á la gracia gala. El orador Emilio Ollivier es uno de los hombres más satisfechos de sí mismo que he visto en el mundo. Antiguo republicano, prefecto de Marsella durante el régimen de 1848, elegido por su oposicion al Imperio, ha quemado todo lo que sus electores le mandaron adorar como el culto de los vencidos, y ha adorado todo lo que sus

electores le mandaron quemar en las llamas de la elocuencia. Se conoce, sin embargo, que no en vano ha cometido estas grandes apostasías, pues á todas horas habla de sus desgracias morales y de su impopularidad manifiesta. Tiene el yo satánico tan desarrollado, que cuando se discute un sistema cree que se discute su persona, y á una exposicion de ideas opuestas á las suyas contesta con su historia, y á un argumento con el recuerdo de una accion propia, y en frente de toda la sociedad que le vuelve la espalda, alza su propia personalidad hasta las nubes. Pretende la más singular bellaquería que ocurrirse puede al cacúmen más próvido de ocurrencias, pretende ser un mártir ¡él! un cortesano de la fortuna. En el antiguo régimen no hubiera pasado de fiel de fechos ó de maestro de escuela; en el régimen doctrinario de abogado con pleitos; la revolucion le ha hecho su representante, y él ha recogido esa representacion para darse aires de ministro en el Imperio. ¡Que la historia le sea ligera! Y no creais que os hablo de todo esto

por fantasía ó por capricho, no, os hablo porque desde el diez y nueve de Enero en que el Emperador escribió su carta liberal, en la prensa, en el café, en las tertulias, en los bailes, hasta en los ómnibus se habla del tercer partido y de su jefe el gran periodista. Este banquete mismo á que yo he asistido, ha dado ocasion á una de esas gracias en que tan fecundos son los franceses, le han llamado el banquero de los girondinos.

Pero he querido describir el escritor y sus comensales para deciros que este hombre, deudor á la prensa de cuantiosa fortuna y universal consideracion, abusa como pocos de la prensa. Su última apostasía solo es comparable á la apostasía de su tocayo Emilio Ollivier. Inauguró el año 1867 con una série de artículos que se titulaban *Guerra á la Guerra*. En defensa de la paz perpétua agotó los recursos de su ingénio, y cuando estos recursos se agotaron, acudió á su prodigiosa erudicion. De cada escritor célebre, antiguo ó moderno, especialmente de los escritores franceses, extraia sentencias, apotegmas, afo-

rismos en favor de la paz y en contra de la guerra. En su sentir, la guerra no debe condenarse solamente por sus ruinas, sus incendios, sus matanzas, sus atentados á las ciencias y á las artes, sino por su esterilidad para el bien y su prolífica fecundidad de dictaduras insolentes, de Imperios absolutos, de autocracias sangrientas. En cambio, la paz reconcilia los ánimos, convida las inteligencias al estudio, mueve las máquinas, fecunda los campos, siembra y cosecha ricos bienes, y deja por do quier las indelebles señales de la fecundidad inagotable del trabajo, que pule y perfecciona la creacion.

¿Quien no habia de persuadirse á la paz con sus raciocinios, con sus artículos, con sus citas, con sus ejemplos? Pero de la noche á la mañana, cuando todavía estaba fresca la tinta con que trazara sus artículos pacíficos, aturde á París con guerreros artículos. Su cambio fué tan súbito, que sobre la seccion capital del periódico, donde llamaba á las batallas, veíanse aún las sentencias de los escritores que ensalzaban la paz. Y no predi-

mula como Proudhon en sus postrimerías la guerra teórica; predicaba la guerra determinada y concreta, predicaba la guerra contra Prusia, la guerra por el Rhin, la conquista como instrumento único para alcanzar la grandeza. ¡La guerra! ¡La guerra! ¿No comprende los peligros que trae sobre su pátria? ¿No comprende que si en esa guerra vence Francia se arraiga el árbol del Cesarismo, el mayor de los males; y si es vencida Francia viene la desmembracion de la pátria, la mayor de las desgracias? Predicar la guerra en estas condiciones y con esos antecedentes ¡ah! paréceme una demencia, una verdadera demencia. Y yo tengo miedo á ese hombre. Le tengo miedo porque su pluma, criticada por unos, zaherida por otros, es temible para todos. Y levanta grandes pasiones. Y puede levantar la pasion de la guerra en los momentos mismos en que la opinion pública se decide resueltamente por la paz. Así va á recibir la prensa francesa la visita de los soberanos extranjeros, entre el ardor de ódio, entre amenazas de guerra.

CAPITULO LVII.

EL EMPERADOR DE RUSIA EN PARIS.

Son los primeros dias de Junio de 1867. El Czar de todas las Rusias acaba de llegar á París entre dos filas de aquellos soldados que tomaron á Sebastopol; entre seiscientos mil franceses de aquellos que pidieron cuatro años antes la guerra por Polonia. El dia 1.° de Junio de 1867 era un dia bellísimo y no pueden imaginarse los habitantes de los pueblos meridionales, en verdad, lo que un dia bellísimo vale allí, en París, donde el barro mancha de contínuo el suelo y las nubes manchan de contínuo los aires. París entero, el París ofi-

cial que es crecido, el París que es ocioso, todavía más crecido, y el París de extranjeros que sobrepuja á los dos anteriores, habia, no llenado, henchido las calles, en términos que era difícil hasta para los carruajes de la córte, el paso entre aquellas muchedumbres, en unos puntos apiñadas como las piedras de sólido muro, y en otros movedizas y tumultuosas como el hervidero de embravecido oleaje.

La nacion de 1789, la que en la noche del cuatro de Agosto enterró con soberano aliento los privilegios feudales, grabando en la conciencia humana la idea de igualdad, mostraba tal número de bordados, uniformes, bandas, placas, distinciones despreciables para los varones de ánimo fuerte, que cualquiera hubiese creido encontrarse, no en el pueblo de los revolucionarios, sino en pueblo compuesto exclusivamente de lacayos. Bien es verdad que en el fondo de ese París tan calumniado, se hallan innumerables muchedumbres de trabajadores, los cuales encerrados en sus talleres, al son del martillo, al empuje del telar, al correr de la lanzadera,

se acordaban acaso del Czar de todas las Rusias solamente para maldecirlo, desde la cueva del trabajo, que, á manera del pesebre de Belen convertido en altar por el sublime hijo del carpintero, ha de ser en lo porvenir más grande y más respetada que lo son hoy los sombríos palacios de los reyes.

En los edificios públicos se veian estrechamente enlazadas las banderas de Francia con las banderas de Rusia, extraño contubernio que haria palpitar de horror en su tumba á los vencidos en Leipsik, á los muertos sobre los hielos del Berecina. Como en Francia pueden llamarse edificios públicos las tabernas, los cafés, las tiendas, por el soberano imperio que en todas partes, y muy especialmente en el pequeño comercio, ejerce la policía, el número de banderas no dejaba de ser bastante considerable. Digamos en honor de la poblacion que ni una sola flotaba en las casas particulares. Casualmente la aristocrácia polaca que ha podido salvarse de las garras del Czar, habita los barrios más nobles de París; los sacerdotes

[redacted]

que no han sido asesinados al pié de los altares llenan las iglesias; y una gran parte del pueblo de Varsovia suspira, en los arrabales de la capital de Europa, por la ausente sacrificada pátria. Pocos dias antes de esta ceremonia oficial, en el bosque de Montmorency, no lejos de los sitios donde Rousseau habia meditado las páginas del Contrato social, ese evangelio de la Revolucion, casi al mismo tiempo en que Kociusko notificaba al mundo, en un grito sublime de angustia, la muerte de Polonia; el crímen más odioso cometido por los reyes, la injuria más infame escupida á l s pueblos; en el bosque de Montmorency, decia, envolvíanse en el polvo del frio é ingrato suelo del destierro las cenizas del poeta nacional de Polonia, de Mikrewitz, que con sus cánticos, con sus sublimes invocáciones á lo pasado, con sus religiosas profecías de lo porvenir, llenando los aires con los sombras de los héroes, que salvaron á la Europa occidental de los tártaros y de los turcos, y con los clamores de desesperacion que hoy lanzan desde sus hierros los escla-

vos hijos de esos héroes, demostró al mundo en versos inmortales, á la manera de esos profetas bíblicos bajo la cautividad de Babilonia, que la omnipotencia de los tiranos, por incontrastable que parezca, no alcanza á extinguir el inmortal espíritu de un pueblo. Al pié del sencillo monumento arrojaron Víctor Hugo, Michelet, Edgard Quinet, desde el destierro tambien, esos pensamientos inmortales, esas lágrimas del génio, más duraderas que los diamantes de las coronas de los reyes, lágrimas que caen como una lluvia consoladora sobre los dolores humanos, y que descomponen los eternos matices de otra luz más bella aún que la luz material, de la eterna luz de las ideas.

Junto á esta oracion consagrada al génio muerto, ¿qué vale, ni qué importa la oracion consagrada al poder vivo? ¿Cuánto tiempo durarán los aplausos confiados al viento por muchedumbres siervas al lado de los pensamientos confiados á la eternidad por génios inmortales? Muchedumbres que los aplaudieran han tenido desde Tiberio hasta Rosas,

pero esas muchedumbres han desaparecido en el abismo donde se pierden las corrompidas formas sociales de épocas protervas. Y las elocuentes imprecaciones de Florencio Varela, y los sonoros versos de Mármol en el lenguaje imperecedero de la elocuencia y de la poesía, conservarán eternamente por las márgenes del Plata el recuerdo del tirano, y transmitirán, de generacion en generacion, de gente en gente, el inextinguible horror á su memoria. Así Tiberio hubiera dado todas las infames muchedumbres, que le aplaudian en el circo, y todos los viles cortesanos que le besaban los piés en el Senado, por una página de Tácito, ese juez inflexible como la conciencia humana, que lo está atormentando eternamente en el eterno infierno de su Historia.

La estacion del camino de hierro se hallaba tapizada de paño carmesí bordado de abejas de oro. Oficiales de todos los ejércitos europeos, cortesanos de todos los reyes, diplomáticos de todas las córtes acudian con sus respectivas embajadas á recibir al Czar. Los cazadores de Vincennes con sus uniformes

azul-oscuro y sus plumas negras; los fusileros con sus pantalones rojos y sus chaquetas verdes; los guias de á caballo con sus casacas blancas y sus plumas carmesíes; los cien guardias con sus levitas celestes llenaban de abigarrados colores todas las cercanías de la estacion del Norte. Si el Czar no fuera cismático, y por ende enemigo de Roma, el clero se hubiera unido en la oracion á esa otra milicia vestida de color de sangre, para rendir homenaje á uno de los mónstruos de la fuerza que con más éxito han logrado torturar la conciencia humana. A las cuatro el Emperador Napoleon se dirigia, en gran coche de gala precedido por otros muchos, á la estacion del Norte. ¿Pensaria en aquel momento solemne, pensaria, digo, en los errores del primer Emperador, del hombre extraordinario que fundó el poder de su raza y de su familia? Superficialmente mirado el suceso, un Emperador de Occidente iba á recibir á un Emperador de Oriente, un César á un Czar, como si la obra de Diocleciano estuviera aún de pié, y el mundo dividido entre el Empe-

rador que protege al Pontífice de Roma, y el Emperador que protege al Patriarca de Constantinopla.

Pero cuando nuestra mirada penetra más hondamente en lo porvenir; cuando ve que la rivalidad histórica de razas y de pueblos nos amenaza siempre con una guerra universal, pregúntase anheloso el incierto ánimo si Napoleon III recibe en sus palacios á un huésped, ó si recibe á un aliado. No tratemos de forjarnos ilusiones; la paz de Europa no está asegurada. Cuando vemos en la Exposicion universal moverse las máquinas á impulsos del vapor ó á impulsos del agua; cuando pasan deslumbradores ante nuestros ojos los cuadros y las estátuas de todas las naciones; cuando los instrumentos músicos elevan coros que más parecen ecos del espíritu universal; cuando desde la gasa india hasta el tejido británico, todos los portentos de la industria, todos los milagros del trabajo, que han purificado y embellecido el planeta, amoldándolo al espíritu humano, pasan como [illegible] tantas esperanzas á nuestros ojos, cree-

mos que la guerra, ese mónstruo hambriento, ha muerto, cogido entre los dientes de las ruedas, entre las planchas de la máquina, aprisionado por esos continuadores de la creacion divina, por esos legionarios del progreso humano, por los grandes artífices de lo porvenir que se llaman trabajadores. Pero cuando veo que hay coronas, que hay Césares, me rio interiormente de todas las esperanzas de paz, y preveo que dentro de poco hemos de volver á vernos, pobres náufragos, á la luz de los incendios, ahogándonos en océanos de sangre. ¿Pensaria esto mismo el Emperador Napoleon, ál recibir á su huésped?

Pero es bien difícil adivinar lo que pensaria Napoleon III en su camino desde las Tullerías á la estacion del Norte. El llevaba el gran cordon de San Andrés, y el Czar llevaba el gran cordon de la legion de honor al cuello. ¿Quién se atreveria á recordarles la soga que lleva al cuello la infeliz Polonia? El emperador de Rusia es alto, grueso, rubio, de cierto aire desenfadado y militar muy pronunciado, y de esas maneras imperiosas que engendra

naturalmente el arte de mandar sin responsabilidad y sin contradiccion. En la estacion del Norte hubo muchos saludos respetuosos y algunas aclamaciones ruidosísimas. El pueblo francés ama mucho el ruido. No le dejan que lo mueva con sus discursos y lo mueve con sus vítores. Pero si en el baile que por aquellos tiempos diera la embajada inglesa había ciento sesenta señores de la policía secreta, encargados de velar por el príncipe de Gales, no será mucho suponer que en la estacion del Norte habria ciento sesenta mil esclavos de la policía secreta, encargados de vitorear al emperador de Rusia.

Lo cierto es que en la plaza de la Concordia, en el sitio más admirable de todo París, donde nosotros descubríamos desde el pescante de un coche todo el espacio y abrazábamos de una mirada todo aquel mar de cabezas, no vimos una sola que se inclinara, no oimos un solo viva que demostrase el entusiasmo público. Cuando pasó por la plaza de la Concordia quizá se fijaron los ojos del Czar en el obelisco de Laxon, quizá en el

Arco de la Estrella. Pero debió detenerse en la gran fuente de la izquierda. Allí, por esa ley tremenda de la solidaridad, de la herencia, por ese blasfemo error en que han fundado su poder eterno las dinastías históricas, Luis XVI pagó en un cadalso los crímenes de todos los monarcas. Sólo Dios sabe cuánta parte tuvo en esta expiacion de un dia, que pagaba los errores de siglos, el asesinato de Polonia, que unos reyes perpetraron y que otros reyes consintieron. En pueblos como Rusia no hay convenciones, no hay tribunales revolucionarios. Pero hay algo más horrible, hay hermanos que matan á sus hermanos, hijos que asesinan á sus padres. Si amontonara Alejandro II los cadáveres de sus parientes, que han sido como las gradas de su trono, se quedaria horrorizado, por poco horror que inspire la muerte al que tiene la costumbre de degollar á un pueblo. Escenas horribles las de Moscow. Alejandro y Nicolás han subido al trono resbalándose sobre su propia sangre. Nadie sino Dios tambien puede saber cuánta parte tiene en estos horrores

la horrible crucifixion de Polonia. La demencia es la sombra que sigue de cerca á la tiranía.

Yo hubiera llevado al Czar de todas las Rusias á la seccion francesa de pinturas en la Exposicion universal. Hay allí un magnífico cuadro. Es una plaza de Varsovia. En el centro se alza un monumento, una columna que recuerda aquellos dias gloriosos en que la caballeresca Polonia salvaba de los tártaros á esa Europa occidental que hoy la abandona á los tártaros. Todos los polacos están de rodillas, sin armas, exhalando del pecho un *Te-Deum* y ofreciendo á Dios resignados el holocausto de sus vidas. Los cosacos disparan sobre ellos, é innumerables víctimas, ancianos, mujeres, niños, caen sobre charcos de sangre entre unas nubes de humo, pronunciando el dulce nombre de una pátria que no podrán encontrar ¡heróicos mártires! sino en la inmensidad de los cielos, en el seno del Eterno.

Pero se me olvidaba, no ha nacido todavía un tirano que tenga conciencia. Pues qué, ¿existiria el despotismo sin esa ceguera en el alma con que nacen los déspotas?

CAPITULO LVIII.

UNA TENTATIVA DE REGICIDIO.

El jueves, 6 de Junio, París entero se habia trasportado al grandioso bosque de la modesta Boulogne. Sesenta mil soldados congregaban en torno de sus vistosos cuadros, un millon de espectadores y unos ochenta mil carruajes, sin contar las locomotoras que echaban á la puerta del bosque sus nubes de humo y sus rios de gente. La antes solitaria selva gala parecia una ciudad de follaje en la cual se reconciliaban el hombre y la naturaleza. Bien es verdad que esta reconciliacion entre el ciudadano ahumado de gas y saturado de carbóni-

co, y la campiña saturada de oxígeno, resultó en daño de la última, á pesar de lo mucho que le conviene al mundo vegetal absorber nuestro aliento. Los montones de yerba seca fueron primero asaltados por los que deseaban descubrir un largo espacio y luego destruidos por los que no habian podido asaltarlos. La yerba verde, humedecida aún por el rocío, se agostaba casi bajo el peso de tantos cuerpos como caian sobre ella rendidos por la fatiga. Las inmensas columnas de espectadores no respetaban ni los cercados, ni las flores, ni los arbustos. Hasta las ramas de los altos árboles crujian y se desgajaban al peso de los más atrevidos, ó de los más curiosos. Entre las encinas no se veia la hoz sagrada cortando el muérdago, ni el túmulo celta donde reposaban los dioses, ni la fugitiva luna saludada por los coros de las sacerdotisas, ni las almas inmortales que hacian vibrar con su aliento las verdi-negras hojas, sino ridículos galanes y pequeños sombrerillos á la última moda, que jamás hubieran inspirado á Lucano sus admirables descripciones de un bos-

que de las Galias. Y cuidado que, digan lo que quieran, cuántos echan de ménos el antiguo París con sus calles sombrías y el antiguo bosque de Boulogne con sus siniestros ladrones; ¡cuidado que es bello este inmenso paseo! Aquí una alameda de tilos, y más allá otra de sicomoros; caminos tortuosos cubiertos de dorada avena serpentean hácia todas partes rematados por festones de yerba; la pradera extiende á cada paso una verde alfombra que convida al reposo, especialmente cuando el ciervo casi viene á vuestros piés y la paloma casi baja á vuestras manos, animales por la muchedumbre domesticados; el arroyo susurra sus églogas en consonancia con el rumor del follaje, el zumbido de la abeja, el canto del ruiseñor y los coros de las alondras; entre los riscos, cubiertos de plantas parietarias y las estalactitas sembradas de cristalizaciones, se despeñan, despedidas por misteriosas grutas, bullidoras cascadas; grupos de árboles, de todos los que permite el ingrato clima, levantan al cielo sus ramas y canastillos de flores abrillantan á intervalos

el suelo; entre estos muros de verdura se ven ya las aspas de un molino de viento, ya las almenas de un torreon feudal, ya el tejado triangular de una casita suiza; y mientras en lo más profundo el lago extiende su verde superficie, sobre la cual inclinan sus desmayadas ramas los melancólicos sáuces, en lo más alto los cedros abren sus copas como una corona, y sombrean la colina, desde la cual se descubre el campanario gótico de Boulogne con su calada aguja y la montaña de Saint-Cloud besada por el Sena, cubierta de blancas casitas, medio ocultas en la espesura y suspensas en las breñas, paisaje encantador que asemeja una miniatura de los Alpes.—Al mismo tiempo, ¡cuántos recuerdos históricos! Abrid cualquier historia ó guia de París y los encontrareis á millares.

El galo ha sacrificado á sus dioses bajo las ramas de las encinas, y ha presentido la inmortalidad del alma, creyendo en el rumor del follaje oir vibrar palabras de sus progeres. Los germanos han pasado por este removiéndolo con las ruedas de su

carro de guerra, de ese arado que abria los surcos de la libertad. Un arzobispo lo ha poseido largo tiempo. Pero el feudalismo teocrático, como ha dicho profundamente Maquiavelo, ni sirve para gobernar á los hombres, ni para defender las tierras. Duguesclin, el condottiero francés que asesinó á Pedro de Castilla, ha visto sus bagajes desembalados y sus riquezas robadas en este bosque, donde hoy pasea muellemente reclinada, en su coche, la flor de la elegancia universal. Cárlos V le ha dado á Duguesclin autorizacion para que lo purgue de ladrones, y esta autorizacion es algo más que el decreto de un Rey, es la reconciliacion de la monarquía con el feudalismo militar, reconciliacion que sentará sobre las ruinas de la teocracia un nuevo derecho europeo. El infame Luis XI regala el Bosque á su médico. Y este regalo es algo más que el capricho de un Rey; es la reivindicacion de la soberanía territorial por el derecho monárquico. Francisco I fundó en el Bosque un palacio que se llamó de Madrid, en memoria del triste cautiverio á que lo sujetó la derrota

de Pavía. Diana de Poitiers y Enrique II celebraron á la sombra de sus árboles muchas de las brillantísimas fiestas que caracterizan el Renacimiento. Cárlos IX cazó aquí jabalíes antes de cazar hombres en el Louvre. Luis XV, para cuyas orgías, y cuyos escándalos hubiera sido estrecho el mundo, trasladó algunas veces de los ordenados jardines de Versalles á los agrestes bosques de Boulogne sus babilónicas cenas que renovaban los amores de Pasifae y las protervias de Babilonia. Enrique III quiso levantar en medio del Bosque su sepulcro, y obligar á todos los nobles franceses á enterrarse á su alrededor en magníficos mausoleos coronados de estátuas, «con lo cual, decia, dotaremos á París de un divertido paseo.» En las sombrías alamedas se han visto muchas comedias. Una francesa y una polaca tuvieron un duelo á muerte, espada en mano, por un cantante de la ópera llamado Dechassée. La francesa fué muy mal herida. Visto el escándalo, decidió el Rey que la francesa fuera encerrada en un convento y la polaca echada de Francia. El cantante recibió por

medio del duque de Richelieu un recado del Rey diciéndole que se portase con más prudencia para no inspirar tales pasiones. «Dígale á S. M., contestó el actor, que yo no tengo la culpa de ser el hombre más encantador que hay en Francia, el primero en la dignidad y en la suerte de inspirar grandes pasiones.» «El tercero, direis mejor, contestó el duque de Richelieu, porque el primero es el Rey, y el segundo yo.» Ignoro si este Richelieu es el mismo que á pesar de sentarse entre los cuarenta inmortales de la Academia francesa, nunca supo ortografía. Y si han pasado en el Bosque muchas comedias tambien han pasado horribles trajedias. Fué un tiempo el lugar de los duelos. Gerome se ha inspirado en él para pintar un cuadro admirable, titulado: «Despues del Baile.» La nieve cubre el suelo, haciendo destacar las desnudas ramas de los árboles. La mustia luz de una alborada de Enero alumbra el cuadro con tintes más tristes que los de una lámpara funeraria. Yace por tierra un jóven vestido de arlequin, cuyo pecho ha sido atravesado en terrible duelo

por una espada. Sus dos padrinos, vestidos de máscara, sostienen con mortal angustia el cuerpo inanimado. Por el fondo se va alegre el vencedor, envuelto en negro dominó y acompañado de uno de sus camaradas, tambien de máscara. Estos trajes de fiesta en tal escena de horror, dan materialmente ese frio indescriptible en que se encierra el secreto del terror trágico.

Levantando un poco la vista desde el montecillo, que en el Bosque se halla vecino á la histórica laguna de Auteuil, se descubre el lugar de una tragedia real más espantosa todavía que esta tragedia imaginaria. Hay allí, sobre la montaña de St.-Cloud un cenador, en el cual casi nadie repara. Bien es verdad que lo ocultan los árboles. Allí aguardaba la hija de María Teresa al hombre que derrocara la monarquía para rogarle que volviera á levantarla. Por el rugoso y manchado rostro de Mirabeau, pasó un reflejo de misericordia, de compasion hácia aquella grandeza caida, hácia aquella hermosura suplicante. La sangre de los nobles hirvió por vez primera en aquel

corazon, donde se habian refugiado todas las tempestuosas cóleras de los plebeyos. Imaginaos á la orgullosa austriaca pidiendo con las manos cruzadas al tantas veces maldecido demagogo una palabra de fuego, para dorar moralmente la deslustrada corona de cien reyes. Mirabeau bajó de la colina con el propósito de levantar la monarquía. Pero la Providencia le habia reservado otros destinos. Á los pocos dias la palabra se ahogó en su pecho, el Hércules cayó en la tumba. Y la graciosa cabeza que se inclinaba ante el poder del génio, cayó tambien bajo el hacha del verdugo.

¿Habria tenido alguna idea política Napoleon III al citar en el bosque de Boulogne á sus poderosos huéspedes Alejandro de Rusia y Guillermo de Prusia? Digo esto, porque el Bosque de Boulogne es el lugar donde más se cebaron los aliados, es decir, los ingleses, los rusos y los prusianos, despues de la caida de Napoleon el Grande en Waterlóo. Ignoro qué idea política pudo tener el Emperador; pero indudablemente su vanidad personal estaria satisfecha, mostrando á sus colegas cómo con-

virtiera en paraiso el lugar que los aliados convirtieran cruelmente en desierto. Dicen que los cosacos acampados en París, solian bañarse durante el mes de Enero en el helado Sena. Yo no lo creo, y ménos cuando recuerdo la mucha leña que gastaron para calentarse. El Bosque debe su explendor de hoy á Napoleon III. Este magnífico paseo es la importacion en Francia por el César de los jardines ingleses. Hubiera hecho mucho mejor en importar la libertad inglesa; pero al fin, es algo. Al principio de la Revista, las manifestaciones tumultuosas que en obsequio á Polonia han hecho los franceses al paso del Czar, cesaron, gracias á unas cuantas prisiones, y á unos cuantos procesos en que brillaba el don de la oportunidad. Permitidme que medite un poco sobre las relaciones entre Francia y Polonia, porque son la clave de las escenas de que voy á hablar, de otra gran tragedia que registrará la historia; de la tentativa de asesinato cometida por un jóven, hijo de esa infeliz Polonia, de un jóven que ado su amor á la pátria hasta un ex-

tremo punible, hasta el crímen. No podemos creer todos los que adoramos, como descendientes de los héroes de Bailen y del Dos de Mayo, la santa causa de las nacionalidades, en la muerte de Polonia, y por consiguiente, esperamos todavía su resurreccion. El enemigo de esta nacion no puede ser más grande, no puede ser en verdad más poderoso; pero por lo mismo, no puede ser más grande, no puede ser más poderosa la simpatía de todos los corazones que aman más una causa cuanto menor es la esperanza de su triunfo. Así en París, durante la presencia del Czar, se ha oido por todas partes el grito de: Viva Polonia. Y no creais que el suceso último ha ahogado ese grito. Acababa de cometerse el atentado que subleva la indignacion pública, no tanto por ser un crímen en sí que trastorna las leyes morales, como por ser una falta que hiere los sentimientos más sencillos de la hospitalidad francesa; y al domingo siguiente, cuando los Emperadores vuelven de Versalles, despues de haber recorrido los jardines dibujados por Le Notre y de haber visto

los maravillosos juegos de agua que divertian los ócios del Rey-Sol, como llamaban sus cortesanos á Luis XIV; en los campos solitarios, en las encrucijadas, en los caminos se oye todavía el grito de Viva Polonia como si saliera de las entrañas de Francia. Cuando los paseantes daban este grito, Napoleon se volvia al Czar para decirle: «Son incorregibles.» «Déjalos, contestó Alejandro. Eso prueba que lo mejor es consentir que griten.» Y aprovechó la ocasion para pedir la libertad de los que habian sido presos á consecuencia de las voces dadas á favor de Polonia, cuando la córte entera iba á la gran fiesta de la ópera. Poned á un pobre jóven, sin grande educacion, sin grandes medios, en los profundos senos del mar insondable que se llama París. Hacedle ir allá despues de haber dejado el hogar, el nido de la vida, y la pátria, el compendio de todos los amores humanos. Recordadle que su padre ha sido desterrado á Siberia, y que su madre ha muerto en el camino abrazando al último de sus hijos contra el yerto seno. Llenad su mente con el recuerdo

de la nacionalidad; y su corazon con los gritos de simpatía que á favor de esa nacionalidad lanza París, la capital del género humano. Y en seguida, si no justificáreis, comprendereis su accion.

Pero dejo á un lado todo género de reflexiones para limitarme, en calidad de historiador, á referir sencillamente los hechos. En la puerta del Hipódromo, frente á la magnífica quinta del baron Rotschild, se reunieron para pasar la revista los Emperadores, los Reyes, los Príncipes que á la sazon albergaba París. Entre todos levantaba su cabeza el Emperador de Rusia. Alto, flexible, elegantísimo, el color blanco y sonrosado, la barba rubia, los ojos azules, el Emperador es personalmente uno de los hombres más distinguidos de Europa. No es un tártaro, no es un moscovita; es un aleman, y un aleman aristocrático. Sin embargo, cuando os acercais mucho á él; cuando distinguís por algunos momentos lo que encierra su mirada, veis descubrir algo de duro y de implacable, algo de esa severidad que engendra el hábito de mandar sin contradiccion

y sin responsabilidad. Sus dos hijos han heredado la viril hermosura del padre sin la dureza. El Czar se hallaba en el centro; á su izquierda el emperador Napoleon y á su derecha el rey de Prusia. Este soberano se ha eclipsado en París, detrás, digámoslo así, del Czar de todas las Rusias. Pero cuando se piensa que en una batalla ha arrancado la corona de Alemania al Austria y ha devuelto Venecia á Italia, batalla, no sólo grande por sus resultados, sino tambien por su arte, por esa táctica militar que recuerda los tiempos del gran Federico, no puede ménos de fijarse la atencion con vivísimo interés en este hombre extraordinario que ha cambiado en su provecho el mapa del Norte de Europa. Nadie diria que hay en él esas puntas y ribetes de romántico, de pietista, de adorador del derecho divino, de creyente testarudo en una mision especial y cuasi-divina confiada por la Providencia á su familia y á su raza. Alto, como lo son casi todos los descendientes de Arminio, robusto, de pacífico semblante, de tranquila mirada, muy gordo, casi degenerando en barrigudo,

Guillermo I, más que un aspirante á imperar por derechos de conquista, más que un guerrero dispuesto á llevarlo todo á fuego y sangre para unificar su Alemania, parece un pacífico y bonachon comandante de la Guardia Nacional, que tiene tienda abierta y que sólo se ocupa en explicar la doctrina cristiana y la economía doméstica á sus hijos. Pero á fé que le seguia de cerca el antiguo redactor de periódicos satíricos, el astuto diputado de la extrema derecha, el Maquiavelo aleman, que se ha valido del partido feudal, para preparar la obra revolucionaria de la unidad alemana, y de esta misma obra revolucionaria, de esta misma unidad, para desarmar la democracia en Alemania. En su uniforme de coronel se encierra un hombre de Estado. Es un ergotista incansable en las Cámaras, y un hábil espadachin en el campo del honor. Pero como la obra es tan gigantesca, le abruma, cual abrumó á Cavour la no ménos gigante de la unidad de Italia. Su rostro deja ver las huellas del trabajo de su espíritu. El ministro de Prusia no se engaña respecto á las pocas sim-

patías que tiene en Francia. Uno de estos franceses, que llevan la hospitalidad hasta la adulacion, le decia en un almuerzo: «me parece haber oido en muchos puntos gritar *¡Vive Bismark!* El hábil político meneó la cabeza y dijo: no, han gritado *¡Voilá Bismark!* (hé ahí Bismark) que no es lo mismo.» Mas dejando aparte todo esto, ¡qué magnífico estado mayor el que acompañaba á los emperadores y reyes en su revista! Los generales rusos con sus cascos dorados; los prusianos con sus largos penachos blancos; los franceses con su tricornio galoneado; los ingleses con sus uniformes granas, los príncipes alemanes con sus casacas blancas y sobre la cabeza águilas de plata en actitud de volar, abiertas las alas al viento; los árabes envueltos en sus alquiceles, pareciendo, sobre sus caballos á galope, una nube blanca que cabalga sobre una nube negra; guerreros de mil zonas diferentes que pasaban extasiados en verdad delante de estos soldados franceses, los cuales, ya á pié, ya á caballo, ya al lado del cañon, ya como ingenieros, ya como zapádores, ya como fu-

sileros ó como cazadores, tienen ese aire marcial indescriptible y se mueven con ese desembarazo soberano, unido á esa precision matemática, que les coloca al lado de los primeros ejércitos que ha tenido el mundo.

En el impasible rostro de Napoleon, que pocas veces refleja su secreto pensamiento, se dibujaba, al concluirse la gran revista, una sonrisa de satisfaccion. Todos los ginetes imperiales y reales habian dejado sus caballos. El emperador de Francia y el emperador de Rusia, con sus dos grandes duques, acababan de subir á una carretela abierta. Hallábanse en el sitio de la gran cascada desde el cual se descubre un panorama admirable: las colinas de Saint-Cloud, los campanarios de Boulogne, los bosques de Serret en lontananza, el camino de Versalles por donde cruzan las locomotoras, las dos vertientes del Sena cubiertas de verdura y los más espesos senos del bosque, perfumado á la sazon por el aliento de la primavera y vivificado por los rayos del sol que, además de sus cuerdas de luz, de esa arpa de los colores, tienden con su fuego

las aves por los aires, las mariposas por las flores, la vida y la alegría por toda la naturaleza. Al rededor del carruaje donde iban los emperadores, las muchedumbres se agolpaban de manera que no podia el carruaje abrirse paso. El Emperador mandó cambiar de camino, y al camino nuevamente tomado corrió fuera de sí el infeliz regicida. Habia comprado por la mañana su pistola, y habia almorzado frugalmente un pedacillo de salchichon con media botella de vino. Cuando vió al Czar tan cerca de él, casi á cinco pasos, perpetró su crímen. La pistola era de dos cañones y soltó los dos tiros á un tiempo. Una pistola, tan inhábilmente manejada, le reventó en las manos y le llevó tres dedos. La bala fué á herir la cabeza del caballo de un oficial que marchaba á la portezuela del coche. El caballo manchó de sangre, vertida por las narices, á los dos emperadores y á sus hijos. Aquel fué un momento de horror. Los cuatro se abrazaron.—«¿Estás herido?» preguntó el emperador Alejandro á su hijo mayor.—«Nó, ¿y vos?»—«Yo tampoco.»—

Iguales preguntas se dirigieron todos mútuamente con esa celeridad de la inteligencia humana en momentos supremos, con esa celeridad que aventaja la rapidez del relámpago.—«El tiro iba dirigido á mí, dijo el Emperador de los franceses; el asesino es un italiano.»—«No, iba dirigido á mí, dijo el Czar; el asesino es un polaco.»—«Hemos ya desafiado el fuego juntos,» añadió Napoleon.—«La Providencia tiene en sus manos nuestra suerte,» exclamó el emperador Alejandro. Mientras tanto, la multitud se lanzaba sobre el regicida con un furor indescriptible. Los franceses sentian herido su honor nacional y su reputacion de hospitalarios. Fué necesario que la policía emplease esfuerzos supremos para libertarle de una muerte segura. En seguida lo condujeron á la prefectura, y de la prefectura á la consergería. Yace muy cerca del mismo calabozo donde tanto padeció María Antonietta. Empezado el interrogatorio dijo ser polaco, y de la provincia de Võlhiinnya. Preguntado por su padre, dijo que no tenia con él relaciones, porque habiéndole

jurado entregarse en cuerpo y alma á la revolucion, su padre le habia maldecido. En tal respuesta se vé bien que trataba á toda costa de evitar la venganza del Czar y toda pena á su familia. Preguntado por qué habia intentado matar al Czar, respondió: «Por libertar á mi pátria de Alejandro, y al mismo Alejandro de sus remordimientos.»—«¿No pensásteis que vuestra bala pudo herir al Emperador de los franceses?»—«¡Imposible! dijo; la bala de un polaco no podia dar sino en el corazon del Czar.» Cuando supo que no habia conseguido su propósito demostró un dolor inmenso, una verdadera desesperacion. Ha sido necesario cuidarle, porque su herida le desarrolló una terrible calentura. En algunos momentos de calma, pide afanoso el conversar con los demás presos y el leer los periódicos para saber qué dicen de su crímen.

No puedo dejar de hacer algunas reflexiones sobre el regicidio. Delante de pavorosos hechos de esta clase, la conciencia se despierta y á su vez despierta al pensamiento. La vida seria un rio de sombras, si de los hechos

particulares y aislados no dedujéramos una idea general, una ley, un principio. No vacilo en decirlo, porque jamás ha vacilado mi pluma en escribir lo que dictaba la conciencia.

El intento del jóven polaco es un crímen, y todo crímen merece una grande, una severísima reprobacion. Nadie tiene derecho sobre la vida del hombre, nadie, ni la sociedad, ni el indivíduo. Al bien no se va por el camino del mal. Pero téngase presente que el asesinato político nace en las monarquías absolutas, como una consecuencia necesaria de la violacion de todos los principios de justicia. Desconoced las leyes de la inteligencia, y os encontrareis con el error; desconoced las leyes de la naturaleza, y os encontrareis con el mal; desconoced las leyes de la sociedad, y os encontrareis con el crímen. La bala de Berezouski se ha forjado en las fraguas del despotismo ruso. Todo gobierno que es inmortal, que es absoluto, que es irresponsable; todo gobierno que arranca la palabra á los lábios, el pensamiento á la conciencia, la voluntad al carácter; todo gobierno que suprime una grande naciona-

lidad á su antojo, y lucha para matar un pueblo, se encuentra como Sardanápalo en Nínive, como Baltasar en Babilonia, como César en Roma, conculcador de las leyes de la vida, se encuentra con el espectro de la muerte. Los más grandes teorizadores del absolutismo, los que han escrito su teología, convienen todos en que contra el tirano que viola hasta el secreto de la conciencia y que suprime hasta el suelo de la pátria no hay más que un remedio: el tiranicidio. ¿Qué significa Judit matando en su tienda á Holofernes, Judit elevada á modelo por la Biblia, sino el símbolo de una pátria que se levanta para degollar un tirano? Y lo que es religion para Betulia ¿ha de ser crímen para Varsovia? Gerson, aquel grande orador del siglo décimo-cuarto, de tal manera místico y católico, que hasta la Imitacion de Jesucristo se le atribuye, el libro de la paciencia y de la conformidad; Gerson escribió la apología del tiranicidio. Mariana, nuestro historiador español, ilustre jesuita, ha escrito un libro dando reglas para matar á los tiranos. El jesuitismo, que es la quinta esencia

del Pontificado, ha bendecido á los regicidas Santiago Clemente y Baraillac, porque diz que las víctimas de estos dos mónstruos violentaban ó perturbaban las conciencias católicas.

Nosotros no participamos de estas ideas. La Judit de la Biblia ha repugnado siempre á nuestra conciencia religiosa. Nosotros creemos que la manera de acabar con el tiranicidio, es acabar con la tiranía. El puñal de Bruto mató á César é hizo inmortal en Roma el Cesarismo. Pero el esfuerzo sublime de Wasingthon matando de un solo golpe la tiranía en lid honrosa, en revolucion sublime, ha hecho para siempre imposible los tiranos en la tierra libre de América. El crímen que no pudo, ó no supo arrancar el crímen de la esclavitud, engendró la última guerra y abortó á Booth, á ese infame asesino, á ese loco inmundo que la humanidad pondrá al lado de Pilatos, de Judas, de Barrabás, de todos los que han perseguido á los justos de la tierra, y los han colocado entre los mártires del cielo. Los que matan un rey son criminales, porque ningun hom-

bre tiene derecho sobre la vida de otro hombre. Pero los que matan un pueblo son criminales tambien, porque ningun hombre tiene derecho sobre la vida de un pueblo. Arránquese el Czar de la frente su corona autocrática, y habrá arrancado de las manos de los tiranicidas sus puñales. El despotismo ruso engendra el regicidio, como las lagunas pontinas la fiebre, como los arenales abrasadores las ponzoñosas víboras. La bala de Berezouski, repitámoslo, se ha forjado en los fraguas del despotismo.

Mientras yo me entregaba á estas reflexiones, iban pasando ante mis ojos las tropas en desfile. No sé por qué, al ver aquellas legiones tan alegres, tan vistosas, precedidas de sonoras músicas, acompañadas de gran muchedumbre; no sé por qué me asaltó siniestro presentimiento. Lo cierto es que toda la tarde estuve inquieto, inquietísimo, comparando en mi pensamiento la sociedad tal cual es con la sociedad tal cual debiera ser. Estas ideas atormentaron hasta mi sueño, que fué incierto y fatigosísimo, interrumpido de pesadillas con-

tínuas. Soñé que el cielo era una noche eterna y sin estrellas; que la tierra era un desierto inmenso, uniforme, como un sudario, despojada hasta de vegetacion; que bajo montones de cenizas, todavía humeantes, palpitaban millones de cuerpos, aún agitados por el estertor de la agonía y galvanizados por la chispa eléctrica de algun último deseo, de alguna última esperanza; que un clarin estridente sonaba y le respondia un frio rechinamiento de dientes, ruidoso, largo como un trueno, que helaba en mi corazon la sangre y desgarraba todos mis nervios; y al eco del clarin, legiones de muertos, seguidas por nubes de cuervos y manadas de chacales rodaban, rodaban en vértigo infinito, lanzando de sus frentes chorros de sangre, y profiriendo de sus cavernosas bocas multitud de maldiciones sobre varios gigantes, caballeros en esqueletos de grandes caballos, armados con fria guadaña que empuñaban, cual si fuera un cetro, ceñidos de imperiales coronas sobre las que aleteaba un mónstruo inmenso, indefinible, con gigantescas alas de mur-

ciélago, y con agudas garras, lanzando de sus vacías órbitas con el fosfórico resplandor de los fuegos fátuos en los osarios ¡ay! estas tremendas palabras: guerra, guerra, guerra.

[redacted]

CAPITULO LIX.

OJEADA AL CERTAMEN DEL TRABAJO.

En medio de los grandes temores de guerra, consolaba, aliviaba fijarse en las promesas y en las obras de paz. Cuando entraba en el gran circo de la Exposicion y recorria aquellas galerías atestadas de objetos nacidos de la fuerza creadora, que se llama el trabajo, no me entusiasmaba tanto por lo que veia como por lo que esperaba y presentia. En medio de las inarmónicas condiciones en que vivimos, este templo de la gloria levantado á los trabajadores parecíame la ciudad del porvenir, dibujándose en lejanas riberas del tiempo. El va–

por que hierve, el hacha que hiende, la sierra que corta, el agua que se eleva absorbida por la poderosa bomba, la hercúlea grua que sostiene enormes pesos y casi mueve las montañas, me anuncian que los trabajos penosos se acaban, que las máquinas van á sustituir á los brazos, y que los hombres, rescatados de las penas de ayer y redimidos de sus fatigas, podrán consagrarse á los goces puros de la inteligencia, formando sociedades tan cultas como la antigua Atenas y más justas por los grandes progresos que en nuestro mundo moderno ha obtenido la idea sacratísima del derecho.

El objeto del trabajo hoy es llamar á todos los hombres á la participacion de la vida. He notado que en los tiempos antiguos reinaba la manía de la singularidad en el goce de los productos industriales ó artísticos. Esta observación se confirma por la leyenda tejida sobre cada maravilla de la Edad Media. Si hay una alta torre, una gran campana, una admirable cinceladura en piedra, oireis decir al sencillo campesino que se sacaron los ojos al

industrial ó al artista para que no hiciera obra semejante, y dejara allí tan sólo el testimonio de su fuerza ó de su inteligencia. Bien al revés sucede hoy. La tendencia del trabajo es repartir sus maravillas entre todas las clases sociales; llevar las condiciones de bienestar y hasta de lujo al fondo de la cabaña y del taller. El mérito de las grandes obras consiste en la extension dada á la vida, en la universalizacion, si es permitida tal palabra, de todos los goces, como de todos los derechos. La imprenta es un milagro de la civilizacion, porque la imprenta puede llevar en su misteriosa hoja de papel la luz y el fuego de las ideas, el calor de la vida intelectual á todas las conciencias. El telar de Jacquard ha sido en la industria otro milagro, porque el telar de Jacquard, añadiendo nuevos hilos á los tejidos, permite que hasta las mujeres de más humilde fortuna puedan envolverse, como las antiguas damas de los altos castillos, en la crugiente seda. La locomotora ha hecho que el placer del viaje no sea el patrimonio de unos pocos afortunados; y la fotografía que el

retrato no sea el privilegio de unos cuantos distinguidos; y el telar de vapor que el traje no arroje un obstáculo social más en el camino de la reconciliacion de las clases, como en los tristes tiempos en que el señor habia de vestir precisamente el terciopelo y el villano la estameña, para que ni de los ojos se borrase un momento la injusta idea de la desigualdad humana, sobre la cual reposaban las castas.

Estos triunfos del progreso regocijan á todos los que aman la justicia. El naturalista en las hojas de un pobre insectillo ve ocultas maravillas tan extraordinarias como las que descubre el astrónomo en los planetas; y el que estudia la sociedad ve en estos esfuerzos del trabajo, apenas perceptibles, en estas pequeñas trasformaciones, apenas apreciables, los gérmenes ocultos de una nueva y más progresiva evolucion de la humanidad. Heróico Plinio, que por añadir una línea á la historia de la tierra pereciste consumido por el fuego de los volcanes; luminoso Guttemberg, que por detener el pensamiento en tipos imborrables

y propagarlo en ejemplares infinitos con la prodigiosa fecundidad de la naturaleza, pasaste una vida de fatigas é insomnios en los sombríos cimientos de una catedral, tallando con cristal las letras de plomo á la luz de la luna, sin más compañeros que los murciélagos, como si hicieras una evocacion mágica; glorioso Galileo, que en los últimos dias de tu vida te quedaste ciego, por haber sumergido los ojos en la indecisa fosfórica luz de las nebulosas, que semejan una niebla de mundos extendiendo sus vaporosas gasas por lo infinito; sublime Beetthoven, que sordo, incomunicado con el mundo de las armonías, trazabas esos cantos, que parecen la voz de los espíritus; vosotros, todos, legiones de trabajadores, que habeis añadido la luz de la ciencia, la melodía del arte, la fuerza de la industria al poder de la tierra, que habeis endulzado la amarga levadura de la vida con vuestro sudor y con vuestras lágrimas; vosotros sois más grandes que esos conquistadores, cuyo poder se levanta sobre un pedestal de huesos humanos, y cuyas frentes apa-

[redacted]

recerán en todos los siglos ceñidas á las tristes sombras de la muerte.

Fundemos, pues, fundemos la sociedad en el trabajo. Así como el mundo feudal tenia por timbre la horca y el cuchillo, la lanza y el escudo, el casco de guerra, los instrumentos de la destruccion; el mundo moderno debe tener el martillo, el escoplo, la sierra, la retorta de donde se desprenden los gases, la caldera del vapor que lleva en sus moléculas impalpables el movimiento á la materia inerte, todo lo que sirve para conservar y para perpetuar la vida.

Entramos en nueva edad de armonía. Y las sociedades de seguros mútuos, las asociaciones cooperativas entre los trabajadores, las máquinas que vienen á aligerar las tristes asperezas del trabajo, las exposiciones de la industria y del arte son como los preludios todavía inciertos que anuncian las grandes síntesis de la nueva sociedad. Así como para sentir la poesía de un templo es necesario entrar con fé religiosa, para conocer el conjunto científico de la Exposicion es necesario entrar con estas esperanzas sociales.

El viento que reinaba durante todo el mes de Abril en el desapacible clima, rasgó el gran velo verde extendido ante la principal avenida del palacio. Los mástiles, adornados con anillos dorados, quedaron de pié como dos hileras de gigantescos espárragos. En su mitad se han colocado unos trofeos con multitud de banderas tricolores coronadas por áureas águilas en actitud de volar. Pasais el tormentoso torniquete, que sigue al puente de Jena, y os dirigís entre estas dos filas de mástiles á la puerta principal de la Exposicion. Lo primero que veis es el gran jardin donde se aglomeran en confusion caótica obras de todos tiempos y pueblos; construcciones bizarras, á veces de arquitectura inverosímil, por lo extravagante y abigarrada; á veces de ligereza y gracia. Pasando entre aquellas dos filas de monumentos aglomerados en desórden, veíanse colosales fuentes de hierro, cuya fundicion es un prodigio; estátuas y columnas; la Iglesia gótica con sus vidrios de colores en las rasgadas ojivas; la sinagoga, la mezquita, el antiguo altar mejicano, que limpió de sangre

humana el heroismo de Hernan Cortés: el templo egipcio con sus efigies y sus geroglíficos; la aglomeracion de varias muestras de arquitectura. Por cierto que pasando por el Parque y por el trayecto de la Avenida principal para entrar en el palacio, no se puede el ánimo desasir de una música misteriosa que atrae y cautiva. Es una especie de piano, ó de órgano, compuesto de campanas, graduadas de tal suerte, que entonan con sus poderosas voces y sus sonoras vibraciones, melancólicas y aun dulces cadencias. Imaginaos la media noche, la luna entre nubes, el lejano y monótono canto del sapo, ese ruiseñor de las lagunas, el rumor del bosque, semejante al *crescendo* de una orquesta compuesta sólo de violines, el ancho Rhin azul que se desliza mansamente entre sus bordes, cubiertos de viñas; y sobre esta sinfonía de la noche, que parece aumentar la solemnidad del silencio y tener la majestad del misterio, desde el gótico campanario, ó caer la melodía extraña, la música mágica, no tocada por ninguna mano, producida por una rueda invisi-

ble, por una máquina oculta, y en seguida en ese crepúsculo intelectual del alma, ni bien dormida, ni bien despierta, vereis pasar las leyendas alemanas, los génios que tejen los hilos en la urdimbre de la vida, los wilis y los gnomos, los ángeles que bajan en legiones á rozar con sus álas invisibles las campanas, para arrancarles esas notas que semejan un eco de las armonías de las esferas, el resonar lejano y apagado de la música de los mundos.

La primera galería que se encuentra, al entrar en la Exposicion, es la galería de las máquinas. Como los objetos que debe contener son por su misma naturaleza tan voluminosos, la galería es ancha, es grandiosa, y quizá la única, desde la cual se descubren algunos puntos de vista, que suspenden y asombran el ánimo. Su anchura es de treinta y cinco metros; su elevacion de veinticinco. Ciento setenta y seis pilares de hierro sostienen la bóveda que corona la galería. Estos pilares tienen veintiseis metros. Un metro entero de cada uno de ellos sale sobre el techo al aire libre, y le da al palacio por fuera tan

mala vista, que ha sido necesario ocultarlos con trofeos y banderas, cuando sobre ellos un arquitecto de gusto podria haber elevado una cornisa ó una terraza, algo que fuera como la diadema de todo el edificio. Cada uno de los pilares pesa doce mil kilógramos. El centro de esta gigantesca nave está ocupado por una galería corrida, toda de hierro, á la cual se sube por varias escaleras. La galería recorre una extension de mil doscientos metros. En esta galería se apoyan los tubos de trasmision que comunican el vapor á las máquinas. Un antepecho, con gran balconaje, sirve para poder contemplar á placer estos mónstruos de la industria, los cuales parecen animados. Cuando el vapor hierve, y los émbolos se mueven con celeridad incalculable, y las ruedas giran como poseidas de un vértigo, y las aguas suben á grandes alturas, y gritan, y se mueven todos aquellos gigantes, que la industria humana ha animado, y que á pesar de su carácter positivo, y de su ministerio útil, parecen séres fantásticos, organizaciones caprichosas, como esas que se en-

cuentran esculpidas en los terrenos antidiluvianos, la galería de las máquinas se convierte en el taller más grande que han visto los hombres, en el campo de batalla del trabajo, donde ejércitos de trabajadores pelean por la vida. Se ve con espanto aquel vertiginoso movimiento, se oye con asombro aquel ruido discorde, que parece como un quejido de la materia, resistiéndose al trabajo, ruido que alguna vez viene á templar ó endulzar la melodía dulcísima del órgano, desprendida de las altas naves; del órgano, cuyas trompetas sonando sobre las máquinas, me parecen un coro de aves que cantáran sobre una tempestad, ó una jaula de ruiseñores colgada sobre los quinqués de una fragua. La Exposicion no tiene un punto de vista que sea admirable, habiéndose olvidado dos elementos que son el secreto de todas las obras maravillosas: la síntesis y el arte. Mas para el análisis, para el estudio, no ha tenido rival.

Entrando por la puerta de Jena, en la galería de las máquinas, á mano izquierda, está Francia, á mano derecha Inglaterra, que vie-

nen á cerrar el mágico círculo. Como estais en Francia, y como su industria ocupa un tan grande espacio, conviene comenzar por Francia y recorrer circularmente todás las naciones. Mr. Letrange de Saint Denis tiene el singularísimo privilegio de inaugurar la Exposicion, y casi merece por esto una mencion especial en mi brevísima reseña. Son de ver ciertamente sus productos de cobre, las colosales calderas, los rodillos, los varios productos de su útil industria, que forma á los dos lados de la escalera extraños, pero admirables trofeos. No lejos de estas calderas, que una máquina á ellas cercana construye á la vista de todos, con rapidez pasmosa, he visto colocadas elegantes y ligerísimas locomotoras, destinadas al ferro-carril del Norte de España, que hasta aquí se habia provisto principalmente en Bélgica é Inglaterra. Junto á la máquina que trabaja el cobre como cera, se ven rodar unos tornos que tuercen grandes maromas y magníficos cables. Todo este movimiento se comunica á las máquinas por un grandioso motor de Rouen, cuyas columnas

son de una gracia casi griega, como si fuera un esfuerzo para reconciliar el arte con la industria. Mientras unas máquinas hilan y tuercen las gruesas maromas, otras tejen finos gorros de dormir. A pesar de la complicacion de sus ruedas y de sus telares, el vapor que se extiende por ella, como la sangre por un cuerpo animado, la mueve en tales términos y hace tales operaciones, que una mujer cruzada de brazos casi siempre basta para ir recogiendo los productos de esta especie de inteligencia alumbrada por la industria en la materia. Junto á esta hay otra gigantesca máquina de tejer. Allí se ve salir una tapicería de elegantísimo dibujo. La aplicacion de las máquinas á estos objetos de lujo, concluirá por ponerlos al nivel de todas las fortunas, y lo que antes tenia sólo un César, lo tendrá mañana un trabajador. Un industrial colocado junto á esta máquina de tapicería, enseñaba otra en la cual ha logrado sustituir para los tejidos el carton, que exigia Jacquard, con el papel. Cuando estábamos contemplando estas máquinas, vimos pasar los chinos enviados

al estudio de la Exposicion. No hay nadie que no haya visto chinos, aunque sea en los abanicos, esta raza que se gloría de haber sido en los comienzos de la humanidad la raza príncipe, y que hoy permanece en una infancia imbécil. Sus borceguíes negros, su veste de seda morada, su sobrevesta de seda negra, su pelo partido por la mitad y arreglado como un moño femenil sobre la nuca, su color cetrino, sus pómulos aplastados, su frente sumida y estrecha, sus ojos tan pequeños que parecen puntillos luminosos, como los de un ave nocturna, les dan bizarro y singular aspecto, que despierta la curiosidad europea, y que provoca á meditar en este eterno problema: la influencia del organismo sobre la civilizacion y de la civilizacion sobre el organismo. Pasaban junto á las máquinas sin conmoverse, sin extrañar, sin admirar, ¿qué digo admirar? sin mirar casi. Cuando yo veo esta indiferencia en la hermosísima raza árabe, ó en la feísima raza china, casi dudo que puedan sus inteligencias salir del estancamento presente. La admiracion, la extrañeza es el

principio de la ciencia. Así lo ha dicho Platon. Cuando un árabe ó un chino contemplan en París uno de estos portentos y no se admiran, y no se mueven siquiera á preguntar y á saber, ¿qué esperanza pueden inspirar de redencion? Solo que el árabe no se entraña por idealismo, por poesía, porque lleva dentro del alma una religion más explendida para su fé que todas las industrias, y el chino ¡ah! no se admira por frialdad é indiferencia. Dejamos de ver los hombres-máquinas para mirar las máquinas-hombres. Un industrial francés tenia expuestas segadoras, podadoras, escardadoras. Al ver la elegancia de estas máquinas, cualquiera las tomaria, no por instrumentos de agricultura, sino por objetos de salon. El hierro ha logrado reunir á su perfecta solidez una grande elegancia. Entre las máquinas agrícolas hay una para abonar, que parece un juguete. Ante tales maravillas de la industria, ¿quién no ha de creer que algun dia el trabajo perderá el carácter de aspereza, de lucha, de fatiga, para tomar el carácter de una armonía más, añadida á las

armonías del Universo? De pronto, una grande reverberacion de la luz del sol caia sobre nuestras cabezas y deslumbraba nuestros ojos, provenida de la luz descompuesta por las espirales de un faro gigantesco, girando sobre su eje, qué parecia un diamante de deslumbradoras facetas. Los faros son una de las glorias de la ciencia francesa. Monsieur Auspere ha dado á la brillantísima luz recogida en los lentes de los faros, una intensidad infinita. Notamos un progreso hecho en estas máquinas, que vienen á sustituir las estrellas en las espesas tinieblas y en las terribles tempestades. Para facilitar la construccion de los faros de luz cambiante, se han inventado unas puertecillas movidas por un resorte, que se abren y se cierran con presion matemática, y que así alcanzan una grande sencillez. Junto á estos faros que toman, digámoslo así, posesion de los cielos, vimos una grande coleccion de máquinas destinadas á tomar posesion de las profundidades de la tierra. Son las que abren los grandes pozos, las que perforan las galerías, las que llevan la luz á los

abismos, las que renuevan el aire, las que levantan enormes pesos. Llamáronnos mucho la atencion todos los útiles empleados en unas grandiosas minas de betun, útiles que forman baterías, en verdad más provechosas que las baterías destinadas á la guerra y á la muerte. Llama la atencion general, entre todas las máquinas, una que hay montada cerca del fin de la Exposicion francesa. Sus dueños han querido que trabaje como si estuviera en un taller. Los obreros la rodean y enseñan á la multitud, en torno de ella apiñada, los milagrosos productos. A un extremo de la máquina veis materialmente formarse el fieltro, mientras al otro extremo veis salir cortado, concluido el sombrero, todo obra de brevísimos instantes. Cuando la seccion francesa ha terminado, comienza la seccion de sus colonias. Francia no se ha distinguido nunca por su génio colonial. Dios la ha hecho una grande nacion en el centro de Europa, á fin de que concentre en su seno y condense en su laboratorio intelectual el espíritu moderno, al que Francia dá un gran carácter de ciudadanía universal.

Pero en sus obras coloniales, no se ha distinguido como se han distinguido Inglaterra, Holanda, Portugal y España.

Una idea me sobrecogia en medio de tantas y tan extraordinarias grandezas; la idea de lo breve que iba á ser aquella ciudad universal, donde tenian su habitacion los productos de la industria.

El inmenso campo de Marte, lleno de tantas maravillas, iba á ser restituido á las maniobras de los ejércitos, al ruido de los caballos, de los fusiles y de los cañones. El 1.° de Noviembre se acercaba sobre él como telon sobre escenario. El mundo antiguo acaso haya visto erigir una ciudad para cincuenta mil habitantes en tres años. No quiero disputar nada á los fundadores de Alejandría. Pero lo que seguramente no ha visto el mundo antiguo es hacer una ciudad en tres años, para vivir seis meses y deshacerla en uno. Esas campanas que llenaban los espacios con sus sinfonías de bronce se iban á callar. Esos cuadros, que ornaban los muros de la Babel del trabajo, iban á desaparecer como los fantasmas de un

sueño. Las estátuas corrian á ornar otros monumentos. Las máquinas, que allí tenian tan monstruosa actividad, y que respiraban juntas como inmenso ejército, formando bajo su bóveda de kilómetro y medio, las más estridentes, pero las más singulares armonías que han oido los hombres, dirigíanse á cardar, á hilar, á tejer, á perforar, á sembrar, á trabajar en otros puntos, donde servian ménos al estudio de los observadores, más á las necesidades de la industria. Hubo quien propuso que se dejaran como estaban todos aquellos objetos, para que compusiesen el museo de la humanidad en el campo de la federacion universal. No dudo que la idea es grande. Pero no creo que tantos propietarios pudieran sacrificar inmensas riquezas en aras de esta idea; no creo que ningun gobierno, y ménos el gobierno francés, en aquellas circunstancias pudiera pagarlas. Cada nacion se llevaba sus productos; cada raza se volvia á su hogar. El chino partíase hácia Oriente, contando que hay una ciudad maravillosa allá en la lejana Europa, mas que no vale ni la mitad de lo

que su ciudad natal, porque la habitan los extranjeros, los bárbaros. El africano entrará en sus aduares, y el recuerdo de París con su cielo ceniciento le será un recuerdo triste, y los dias pasados á orillas del Sena, dias negros. Nada hay en el mundo como el pedazo de cielo que cubre, cual las azules alas de un ángel, ese nido sagrado de la pátria. La Exposicion se desvanecia; y no era dado decir, recordar, escribir esto, sobre todo por los que estuvimos allí y la visitamos todos los dias, durante seis meses, viendo sus maravillas, estudiándolas; no era dado decir esto sin profundísima congoja.

Un desterrado creia que aquel espacio era neutral y que allí estaba tambien su pátria. Porque, á pesar de las esperanzas contenidas en la redencion del trabajo, nuestro dolor era tan grande que algunas veces, cuando nos imaginábamos las montañas perforadas por la locomotora, el mar atravesado por los hilos del telégrafo, el telescopio del astrónomo penetrando más lejos en el abismo de los cielos y la sonda del minero ó del geólogo

más hondo en los abismos de la tierra, mayor tristeza se apoderaba de nosotros, porque en esa actividad prodigiosa del trabajo nuestra vida de un dia se disipaba, como la mota de lana que se arroja en los dientes de una máquina. Sin embargo, el trabajo es creador, y su obra es la segunda creacion. Estos círculos concéntricos del cielo de la industria son la antítesis de los círculos concéntricos del infierno del Dante. Maldecid como querais la civilizacion moderna, pero antes miradla en sus obras. Si despues de haberla contemplado la maldecís, sereis tan ciegos como el ateo, que niega á Dios despues de haber contemplado una noche estrellada. Soberbia es la galería de las máquinas. Se entra por un arco de triunfo de ese hierro, que con el carbon es el grande auxiliar de la industria, lo que el oro y la plata son en el comercio. Una máquina hila, otra carda, otra teje; una inmensa torre móvil levanta los curiosos al techo del palacio; un motor alza su gran brazo de bronce que semeja la batuta de una orquesta. En cuarenta y cinco minutos fabrica

una de esas máquinas un par de zapatos. Otra hace con escamas introducidas en globulillos de vidrio perlas falsas. Otra graba tarjetas con la celeridad del relámpago. A un lado hay una máquina que fabrica á millares letras de imprenta; á otro cajistas del sexo hermoso que las componen y ajustan para imprimirlas. En cincuenta minutos la piel de un conejo se convierte en un sombrero de fieltro. Pero no nos detengamos ante las particularidades; miremos el conjunto. Ahí está Bélgica con sus máquinas de imprimir; Holanda con sus wagones; Prusia con su cañon mónstruo, tubo gigantesco por donde Bismark piensa hacer pasar los pensamientos de tantos filósofos y los cánticos de tantos poetas, para formar la unidad de la pátria; Baviera con sus bombas de hacer cerveza, esa bebida de la cual han salido los cuentos de Hoffmann; Austria con sus telégrafos de campaña ambulantes, que no han evitado sus pesadas derrotas, y sus magníficos cofres de guardar dinero, que tampoco evitarán su inminente bancarota; Suiza con sus magníficos telares;

España con sus aserradoras muy dignas de estudio y sus troqueles que han inundado de medallas la Exposicion; Italia llena de maquinillas de helar el agua; Rusia que por toda máquina expone los zapatos de sus antiguos siervos, de esos verdaderos hombres-máquinas; el Oriente con sus sillas de mano, sus andas de mil colores, sus camellos y sus elefantes, sus caravanas tostadas por el sol, y sus guerreros indios, casi fajados en grandes cintas de seda, con máscaras deformes sobre el rostro, cascos bizarrísimos á la cabeza y sobre el casco una rata blanca; los Estados-Unidos con sus locomotoras que son un portento, su piano de componer que simplifica las operaciones de la imprenta, y sus calderas de vapor que se aplican hasta los usos más sencillos del hogar, hasta los trabajos de las agujas femeniles; Inglaterra llena de artefactos de todas clases y de instrumentos del trabajo de todos géneros; con su corona de favor y su pirámide de oro de la Australia; Inglaterra, nacion donde se han unido estas dos fuerzas, que se llaman la libertad

del hombre y la actividad de la industria, estas dos fuerzas, cuyo alcance se ve, se toca, se puede medir materialmente, despues de haber contemplado esa magnífica galería de las máquinas que forman el ejército de la paz en el mundo.

La galería de primeras materias sigue á la galería de las máquinas. En este punto no muestra Francia ni la riqueza carbonífera de Inglaterra, ni la incomparable riqueza metálica de España. Pero pasando á la galería de tejidos, no puede darse variedad más rica de colores, ni gusto más esquisito de dibujos que los presentados por los telares franceses. Son los Ticianos, los Tintorettos del tejido. Y siendo esto cierto, no se concibe cómo las principales casas de París han podido presentar esos vestidos de señora tan chillones y abigarrados; esas telas verdes, sobre las cuales han aglomerado cintas de raso blanco, blondas de colores, bordados de hilillo de oro, y gargantillas de tal manera extrañas y tan llenas de broches y joyas, que no podrian ajustarse á la garganta de una dama

sin destrozarla. Hay riquezas fabulosas, pero no iguala, no, á la riqueza de la materia la riqueza de la forma, que es el secreto del arte. Precisa decirlo; no se puede entrar en la seccion de mueblaje francés sin experimentar un sentimiento extraño de admiracion inspirado por aquellos muebles de todas épocas y de todos gustos, por aquellas estátuas de rinconera y por aquellas lámparas de cristal.

Bélgica ofrece encajes tan ligeros y tan aéreos, que parecen formados con las gasas mismas del aire. Sus esculturas en madera son muy notables, y fija la atencion un reló donde se ve á Napoleon desde la Isla de Elba á París, reló que está pidiendo otro donde se le vea ir desde Waterlóo á la isla de Santa Elena. La Prusia está por allí ostentando primero su riqueza mineralógica en grutas de sal de Silesia y en pirámides de bronces; y luego su riqueza industrial en tejidos maravillosos de lana y en admirables productos de tierra cocida. Una de las más gratas impresiones que he tenido en la Exposicion, la

debo á los acentos de un piano que tocaba sonatas de Mozart y de Weber. Esa música alemana tiene una sencillez tan encantadora, unida á un sentimiento tan profundo, que se arroba y se sumerge el alma en sus deliciosas melodías.

Estoy seguro de que el más indiferente contempla el Austria, donde involuntariamente se pára el espectador delante de aquellos cristales de Bohemia, que no tienen la trasparencia del cristal inglés, ni la elegancia del cristal veneciano, pero que en cambio tiene un colorido brillantísimo, que no parece sino que cada uno de sus vasos es un rubí ó una esmeralda vaciados como los antiguos vasos de las cenas de Neron. Pero ahí está Suiza con su joyería de Ginebra, sus encajes de Saint-Gall, sus tejidos de Zurich, sus esculturas campestres que evocan y recuerdan las églogas de los lagos y de las cabañas alpestres.

En pos de Suiza, España. Sus riquezas naturales se hallan en la severa casa del Parque, el más bello modelo de arquitectura que se ha presentado en la Exposicion. Mirad esos

maniquíes; el murciano con sus zaragüelles blancos y su manta morellana y su montera de terciopelo negro, y su chaleco brillantísimo con botones de plata, y su faja carmesí, mientras la murciana al lado luce su zagalejo, que parece púrpura bordada de sedas blancas, su pañuelo de finísimo hilo cuajado de relucientes lentejuelas, sus agujas de esmeraldas que recogen la negra cabellera, y sus peines de oro que brillan, aunque no tanto como el azabache de sus profundos ojos.

Si pudiera detenerme, habia de mostrar los cuadros españoles que compiten con los primeros cuadros del mundo, mostrando que nuestra decadencia jamás ha llegado á tres artes soberanas: á la elocuencia, á la dramática y á la pintura.

En la seccion de armas tiene España sus célebres espadas de Toledo; en la seccion de vestidos, sus blondas de Barcelona y sus sedas de Valencia; en la seccion de muebles, unos magníficos embutidos, unos mosáicos de madera que son modelos de arte y de paciencia; un aparador blanco y morado y una

librería que son modelos de buen gusto. En pos de España, Portugal, que brilla sobre todo en la galería de la Historia del trabajo, y en pos de Portugal, Grecia, que sólo brilla por las fotografías de sus ruinas, donde el alma de todo artista se recrea y se fortalece, como el alma de un verdadero creyente en el seno de su templo. De las regiones del Mediodía pasamos bruscamente á las regiones del Norte, sin que el pensamiento, esa grande ave capaz de surcar en un minuto lo infinito, se resienta ni de un constipado. Suecia, Dinamarca, Noruega, ofrecen sus admirables pieles, y los tipos de sus campesinos; los de las regiones polares, casi ocultos en pesados trajes y tendidos sobre rápidos trinéos; los de las regiones más dulces, vestidos de telas muy fuertes, sin ese amor á los colores vivos y esa falta de armonía en las tintas y en los matices, que es la propiedad de todas las regiones donde el sol no pinta los admirables paisajes del Mediodía. En frente de Suecia, está Rusia. Nada más extraño que el contraste que hay entre los rusos venidos de las

grandes capitales como San Petersburgo y Moscow, á la sociedad de París, rusos civilizados hasta rayar en cierta degeneracion física propia de todas las civilizaciones muy maduras, rusos de una ilustracion y de una cultura singulares, y los rusos campesinos, los rusos de los bosques, los rusos de las estepas, cuyos tipos y cuyos trajes se descubren por los escaparates de la Exposicion, rusos de esa fuerza física propia de los salvajes. La exposicion rusa tiene un carácter oriental, bizantino, medio aleman y medio primitivo, que prueba la confusion de ese imperio, de ese cáos donde se están formando, para aparecer en lo porvenir, muchas naciones. Frente á frente de Rusia se dibujan admirables columnas clásicas pintadas al gusto pompeyano, que adivinó Rafael; estátuas, por cuyos lábios ha pasado el soplo vivificante de la antigua Grecia, y en cuyas frentes de mármol se refleja ese rayo de la luna espiritual, que se llama hermosura; cuadros en mosáico, destacando de su fondo de oro, especie de atmósfera luminosa, correctas figuras que

expresan recuerdos del mundo antiguo é imágenes del mundo moderno; mesas de mármoles, en las cuales se hallan incrustados, formando ramilletes de una frescura y de una gracia incomparable, piedras de todos colores, lujosos espejos, artísticas copas, arañas deslumbradoras adornadas con flores y guirnaldas de chispeantes cristales; muebles, sobre los cuales se destacan en porcelanas aquellas hermosísimas diosas que nacieron á la sombra de los laureles y de los mirtos, que amamantaron á los poetas y á los escultores de un mundo nunca bastante llorado, y que todavía viven con sus coronas de espumas en las ondulaciones del Egeo y del Tirreno. Es la Italia, la bella Italia, el ruiseñor de las naciones, la musa de la historia moderna. Sus estátuas, sus muebles de lujo, sus mesas de mármol, son excepcionalmente bellas en este Museo universal del trabajo humano. El Oriente sigue, el Oriente, que se divide en tres grandes porciones. Los árabes que ostentan sus lápices, sus tejidos de seda, sus bordados de oro; sus pebeteros de ámbar,

sus cogines de terciopelo, sus pipas de marfil, sus tazas de café, sus bandejas inmensas, los objetos propios de pueblos que han consagrado el cuerpo al serrallo, el alma al fatalismo, objetos empapados en esa luz del Oriente que parece como el amanecer de nuestro espíritu en los bordes del mundo.

Sigue la América; los Estados-Unidos con sus relojes de una precision matemática, sus máquinas sin rival, sus instrumentos de enseñar geografía á los niños, que hacen del mundo sideral donde se abismaban Galileo y Laplace un encantador juguete; el Brasil con sus maravillosas maderas y sus piedras de donde salen cinco condensaciones de los rayos de la luz, los topacios, las esmeraldas y los diamantes; las Repúblicas hispano-americanas del Sur con sus finas lanas; sus cacaos, sus pieles riquísimas, sus pintorescos gauchos, montados en caballos de la rapidez del viento, llevando el lazo para arrastrar al toro en la soledad de la verde y majestuosísima pampa. Cierra el círculo misterioso Inglaterra. Algunos muebles pesados, pero otros

muy sencillos; máquinas de cocina propias del carácter positivo y económico del gran pueblo; pabellones góticos formados por ovillos de hilo; tejidos innumerables; calderas de todas dimensiones; artefactos maravillosos, propios de esa nacion-taller, de esa nacion-dock, de esa nacion que ha sabido unir á las fuerzas morales de la libertad, las fuerzas materiales del trabajo.

Despues de este grandioso espectáculo, ¿quién dudará del progreso? ¿quién temerá que caigamos en una reaccion sin remedio? ¿quién dejará de esperar en la santa redencion humana?

¡La naturaleza! ¿Habrá en el mundo quien aborrezca este gran todo de donde nos viene el aire, la luz, el calor? Es necesario preguntarlo hoy, porque de otros tiempos de la historia sabemos que era casi una ley de moral, una regla de conducta renegar de esta fecunda madre, á cuyos pechos mamamos todos la vida. El desamor de la naturaleza ha pasado; pero el desamor de la naturaleza ha existido en el fondo del corazon humano, ca-

paz de todas las ingratitudes. No desamaban la naturaleza los hombres que produjeron los poemas de Hesiodo, las Geórgicas de Virgilio, los idilios de Jeocrático. Al contrario, teniéndola por el océano de la vida universal, pobláronla de génios y de dioses que entonaban, desde el fondo de los abismos hasta la inmensidad de los cielos, en una oda infinita, las alabanzas de todos los séres creados, del aire, de los colores, de la vida que á todos los séres creados animan, esmaltan, alimentan. El desamor á la naturaleza fué propio de los duros tiempos de la Edad Media, cuando la sociedad tenia por sus dos polos el castillo y el convento. El monge daba un adios eterno al amor, á la familia, y no comprendia este grande hogar del Universo-Mundo, como decian nuestros antiguos, donde todo está regulado por las atracciones del amor y ordenado todo en séries interminables de familias: que no otra casa son los desposorios de las plantas, de las aves, el instinto general de la reproduccion, y hasta las varias maneras de reunirse que las moléculas tienen, por miste-

riosos procedimientos, en el seno de los minerales. La mitad, pues, de aquel mundo no sentia la naturaleza. A su vez, el guerrero, el señor feudal, que representaba otro de los lados de la vida en la Edad Media, no era para la naturaleza sino un verdugo, como no era para la sociedad sino un tirano. Aislado en las cimas de los riscos, bajaba sólo para hacer la guerra contra los pueblos, ó la caza contra los animales. Lleno de ódio, centelleando la cólera de sus ojos, armado siempre de pesadas armas, caballero en su troton de guerra, teniendo por timbre el cuchillo ó la espada, sabia que su vida infernal estaba consagrada á la matanza. Y antes de destruir pueblos, talaba campos; antes de incendiar ciudades, incendiaba bosques; antes de matar hombres, cazaba aves. Semejante al antiguo génio persa de la destruccion, el sepulcro era su mundo, el cadáver su obra, la muerte su esposa, la sangre su bebida, el ódio su religion y su númen. Imposible que una sociedad de este género llegase á comprender todos los encantos que hay en los susurros de un

arroyuelo ó en los lejos de un horizonte. Imposible que una sociedad así llegase á comprender el éxtasis que hoy siente un amador de la naturaleza ante los más sencillos espectáculos, la nube que el viento se lleva; las alas del ave que se rozan en las espumas del mar; la cima de la montaña que hiende el cielo; el torrente que baja impetuoso al hondo valle, donde olvidamos nuestras penas, á la sombra de un árbol, sobre la yerba sembrada de campanillas, oyendo el zumbido de las abejas, el mugido del buey en el establo, el balido del corderillo que trisca, mientras los ojos se sumergen con amor en la contemplacion de los giros de alguna mariposa ó en las ondulaciones de las espigas, y el pensamiento se abisma en la vida universal. Cuéntase que en los tiempos últimos de la Edad Media, en una mañana de Mayo, salian de paseo dos hombres que asistian al concilio de Constanza. La aurora teñia las montañas, el rocío temblaba en las hojas de los árboles, al doble beso del aire y de la luz. Un rosal abria sus encendidas flores, y un ruiseñor lanzaba sus

religiosos himnos sobre el nido de sus amores. Uno de los dos pensadores se quedó arrobado en la contemplacion de este espectáculo. Pero el otro le dijo: «Anda, anda, que todas esas bellezas son tentaciones del diablo.» Hasta donde puede arrastrar un falso misticismo, hasta ver el mal y las tinieblas en los milagros de la luz, en las fiestas de las flores, en los gorgeos de las aves, en las manifestaciones más bellas de la vida, en el seno mismo de Dios.

Este desamor de la naturaleza que tenian los hombres de la Edad Media, se convirtió más tarde en fria indiferencia. Yo no he visto nada que cause un vértigo tan grande, y que lleve al espíritu un olvido tan profundo de todo, como la caida del Rhin, cuando poco despues de salir del lago de Constanza, se despeña de una inmensa altura toda bordada por verdes viñas, abriéndose en dos blancas espirales de espumas, entre las cuales se levanta un peñasco casi negro, que esmalta el íris producido por las chispas y las nubes de vapor lanzadas á los aires del seno de

aquellos torrentes, las cuales, al desgajarse rápidas sobre los abismos, retumban de valle en valle, y de monte en monte, como eterno trueno de una tempestad infinita. ¡Qué contraste entre la plácida campiña y la guerra de las aguas; entre la estruendosa espumosísima catarata y el rio sereno que á los pocos momentos se encierra en su lecho de verdura sonriendo á los cielos en su azul y trasparente superficie. Pues bien; un hombre del génio excepcional de Montaigne, pasa junto á esta gran catarata sin conmoverse apenas, sin que su palabra lance ninguna de esas centellas de entusiasmo que ha despedido el génio de Heredia al contacto de las espumas del Niágara. Se necesita leer el relato mismo de Montaigne para comprender toda su indiferencia: «Abajo de Schaffhouse, el Rhin encuentra un fondo lleno de gruesas rocas donde se rompe, y más abajo aún, entre estas mismas rocas, una cortadura de casi dos picas de alta, donde dá un gran salto, que hace mucha espuma y mucho estruendo. *Esto detiene el curso de los barcos, é interrumpe la navegacion en di-*

cho rio.» El amor hácia la naturaleza ha tomado desde el siglo décimo-octavo una intensidad infinita. Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, han resucitado á Virgilio. Las ciudades se han creado el campo hasta dentro de sus muros. En Francia, especialmente, ningun ciudadano se cree feliz, si no tiene una casita donde reposar el domingo á la sombra de los árboles. Yo de mí sé decir, que desde niño he tenido un culto extremo por la naturaleza. En mi infancia, cada árbol del huerto de mi casa, era para mí un amigo. Yo no me sabia ir sin despedirme, ni volver sin saludarlos. Cuando se vestian de flores, me alegraba tan locamente, como cuando me vestian á mí un traje nuevo. Cuando se le caian las hojas, cada una de ellas me heria el corazon, como si fuera una lágrima. No he vuelto á gustar bocado más sabroso que sus almendras, sus melocotones, sus albaricoques, sus crugientes racimos de uvas. En ningun cuadro he visto despues el bruñido y el relieve que á las peladas montañas del Mediodía dan la trasparencia del aire

y la reverberacion de la luz, que las convierten en montañas de ópalo y zafiro. En ninguna parte he visto nada tan encantador como los bosques de enanas adelfas llenas de flores carmesíes, que crecen gallardas entre las piedras de nuestros secos torrentes. Nunca puedo olvidar los dorados haces de trigo amontonados en nuestras eras, las abejas del colmenar, los gusanos de seda que hilaban las finas hebras en el desvan, las uvas que rodaban sobre las tablas del lagar, las horas de las siestas en que bajo el tórrido calor del sol, todo callaba ménos la cigarra, las noches de la primavera y del estío con las músicas de los ruiseñores ó de los grillos, ó el despuntar de la mañana en los celestes horizontes del Mediterráneo. Y cuando muchas veces, evoco mis recuerdos más sagrados, y veo al pié de las alamedas de granados, la imágen adorada de mi madre, santa mujer, que entre sus virtudes tenia el amor á los campos, como la caridad por todos los infortunios, me parece que en esas líneas interminables del valle, quedan más que en mi corazon desolado las

sombras de todo cuanto he querido y he respetado sobre la faz de la tierra.

Mas para escribir del jardin de la Exposicion ¿se necesitan todas estas reflexiones? Para hablar de sus estufas, de sus flores, ¿se necesita mojar la pluma en las lágrimas de tristísimos recuerdos? Voy pareciéndome al mal poeta que comenzó la relacion de la guerra de Troya por el huevo de donde salió Leda. Y despues de tanto disertar, se me ha olvidado recordar estas cuatro líneas que habia al frente de una comedia de Moliere: «El teatro representa un sitio campestre, y sin embargo, agradable.» ¿Y sabeis á qué atribuyo esta especie de repugnancia invencible á entrar en materia? Á lo rebelde que es nuestra frágil naturaleza. El cumplimiento de todos sus deberes le disgusta. Me he impuesto hoy como un deber, escribir sobre el Jardin de la Exposicion, y de todo se me ocurre hablar ménos del jardin. Vamos á él. Despues del ruido de tantas máquinas, de la vista de tantos artefactos de la industria, como nada se puede comparar al efecto que en nosotros

producen los contrastes, agrádame reposar en el jardin, donde los prados extienden su aterciopelada verdura y las flores levantan sus matizados cálices, y las cascadas se desprenden de los riscos, y las plantas parientarias se agarran á las piedras, y las palmeras se cimbrean en los aires, y los peces nadan silenciosos en el fondo de las aguas, y las aves ostentan sus plumajes á la luz, y un aroma incitante se eleva de los montones de rosas y de los blancos cogollos, digámoslo así, de las olorosas magnolias. Para comprender cuán maravilloso es el jardin, se necesita haberlo visto como yo lo he visto, antes de la apertura de la Exposicion. Ya no me extraña que el sueño de Fourrier se cumpla. El gran fundador del Falansterio, queria que el agua del mar se convirtiese en limonada, y el desierto de Sahara en el jardin del Globo. Si en pequeño ha podido una ciudad hacer del árido Campo de Marte un jardin como este, en grande pueden hacer todos los pueblos su jardin hermosísimo del desierto de Sahara. Una inmensidad de árido pedrusco, la Ara-

bia petréa en París, en este París, cuyos alrededores son tan bellos, eso era poco antes de abrirse la Exposicion, la parte reservada al jardin. Y ahora hay estufas, pabellones, montañas, bosques, laberintos, puentes, ria, cascadas, estátuas, surtidores, peces de mar y peces de agua dulce, moviéndose á la vista de todo el mundo; y desde el pino que mantiene en sus verdi-negras ramas la nieve de los Alpes, hasta la caña de azúcar madurada por el sol ardiente de los trópicos.

La jardinería es un grande arte en Francia. Bien es verdad, que Hegel, ese génio sintètico, abrazaba en su estética desde las concepciones del pintor hasta las líneas que traza el jardinero. Mas el arte de la jardinería ha cambiado mucho desde el siglo décimo-séptimo en que lo llevó Le Notre, bajo la mano de Luis XIV, á tan extraordinario esplendor. Entonces se queria ver, especialmente por los poderosos del mundo que hacian los grandes jardines, la naturaleza sometida al hombre, ó mejor dicho, la naturaleza sometida al Rey. Así es que el despotismo llegaba á recortar,

alinear, oprimir la creacion. La fórmula: «El Estado soy yo», se imprimia en los troncos del bosque. Un jardin era un salon. Las plantas y las flores no podian faltar á la etiqueta, los árboles debian vestir uniforme. El jardinero los arreglaba de una manera bastante análoga á la que el peluquero usaba para arreglar la enorme peluca del Rey. Grandes terrazas, alamedas interminables, árboles recortados caprichosa, pero uniformemente, estátuas que parecian centinelas, cisnes que parecian cortesanos, fuentes alineadas que parecian escuadrones de mosqueteros, la regularidad artificial, nunca la vida. Ahora, el arte de jardinería francesa prefiere la línea curva, la línea de la sorpresa, la línea del misterio. Los canales no son rectos, sino tortuosos. Sus bordes no son de mármol, sino de verdura. Los árboles no están alineados, sino caprichosamente exparcidos, cual si nacieran á su arbitrio. La cascada no sale de tritones fabulosos, de dioses mitológicos, sino de riscos donde se mecen las plantas selvátivas. Se quiere mucho la decoracion, se bus-

ca mucho el efecto, se procura que parezca el jardin un tanto teatral; pero no se fuerza á la naturaleza á imitar al hombre, sino al hombre á imitar la naturaleza. La igualdad natural reina, sino la libertad, donde antes reinaba el despotismo cortesano. Pero yo, que amo con tanto delirio la naturaleza, no amo los parques ociosos, los jardines inmensos que nada producen. Me gustan ver los campos de trigo y los bosques de olivos y las ópimas viñas y el surco abierto por el arado, y la yunta, y el establo, y el corral de ganado, y la cabaña humeante, y la vida que sale á borbotones del seno de la naturaleza, que fecundada por el trabajo, mantiene en la abundancia y en la alegría á los buenos labradores. Pero esos bosques inmensos, de leguas y leguas, que rodean un grande palacio á veces inhabitado la mitad del año, y que por todo labrador tienen algunos guardias con uniforme, parécenme bosques-eunucos, tristes como la ociosidad, raquíticos como el vicio, embusteros como las esperanzas cortesanas, que diria el elegante Rioja. En el campo es

el trabajo como la salud, como la robustez, como la limpieza en el cuerpo. Y hay más poesía en un lagar que en una estufa. Las geórgicas de los jardineros podrá escribirlas un artificioso Delille; pero las geórgicas de los campesinos, de los sericultores, de los labriegos, de los pastores sólo podrá escribirlas ese divino hijo de los pastores que se llama Virgilio.

Desde luego la horticultura y la floricultura son grandes industrias. En Europa, y sobre todo en Inglaterra, han llegado á un extraordinario poder. Allí, donde el sol no exparce su azúcar en las frutas, su aroma en las flores, el arte sustituye la vida y el calor con los medios propios del trabajo. La Prusia tiene grande habilidad tambien para la jardinería, segun demuestra el espacioso parque, reservado á manifestar el esplendor de sus flores y los recortes de sus praderas. Para el adorno de los jardines ofrece Italia porcelanas, columnas de barro cocido, estatuillas, jarrones, todo de formas admirables y de brillantísimos colores. Tambien el Aus-

tria, tiene en medio del parque, trofeos de todos estos preciosos objetos, adornos de fuentes y estátuas de jardin. Los belgas han brillado de una manera casi excepcional en el cultivo de las flores. No puede darse un espectáculo más bello que el de aquellas campanillas de todas formas y de todos colores, tachonadas de puntitos de variadísimos matices, y con los cuales encantan y alegran la vista. Bajo unos quitasoles de varios colores, hay tantas dalias, tantas camelias, tantas capuchinas, tantas violetas, tantas margaritas, que parecen materialmente mullidos lechos de flores. Los más grandes árboles han sido trasportados aquí, cual si no tuvieran raices, cual si fuesen objetos de salon. Hay de esta suerte, sobre estos antiguos desiertos, plantados en un dia, castaños de proporciones colosales, magnolias que derraman su olor en los aires, pinos alpestres que resisten con noble porfía la feroz guerra del tiempo. En punto á estufas, hay muchas y de muy varias dimensiones. La principal ha sido construida por Mr. Dormois. Un pequeño lago se extien-

[redacted]

de al pié de una quebrada montañita. Las plántas alpestres bordan su pié y de su cima se precipita una bullidora cascada. Este es el pedestal de la grande estufa. Precédela un salon de honor construido con maderas doradas, sobre las cuales descansan grandes tapices de terciopelo verde y carmesí recamado de riquísimos flecos. En el suelo bordan las flores, en íris vegetales, caprichosos dibujos. En el centro, una fuente de bronce, cuya arquitectura es deliciosísima, y cuyas estátuas son de verdadero mérito, lanza á los aires en varios surtidores sus sonantes aguas. En el interior milagros de vegetacion verdaderamente increibles. La naturaleza se hermosea cada dia más á los conjuros del arte y á los esfuerzos del trabajo. Su seno se abre como para abrigar próvida á todas las generaciones, que la buscan. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la naturaleza! ¡Bendita la libertad y bendito el trabajo!

[redacted]

CAPITULO LX.

PROBLEMAS SOCIALES EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Es el obrero, el pobre obrero, como el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto, los frutos del árbol que ha plantado con su mano, y regado con el sudor de su frente, no deben caer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia, que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida. Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, habia en el certámen de la Industria universal una seccion entera donde se trataba de

las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de la relacion entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las sociedades cooperativas; de ese nuevo mundo, en el cual parece como que se encuentra la solucion al complicado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea necesario, para buscar el bien de los más, atropellar la propiedad de los ménos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos, sin los que se imposibilita toda sociedad, es el derecho sacratísimo, natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoco quien crea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus conjuros, la tierra va á ceñirse una diadema de auroras boreales, el mar á perder su sabor amargo, el polo á fundir sus nieves en celestes y reposados lagos que retraten las estrellas, y el cielo á florecer con el soplo de una nueva creacion, hasta colgar siete lunas

con los siete colores del prisma, un íris cósmico en las noches de nuestro planeta.

Pero todo el mundo ve que sin tocar los derechos incuestionables de la propiedad, y sin desvariar en las regiones utópicas, se pueden aumentar los goces y los rendimientos del trabajo. Gobiernos tan conservadores como el gobierno francés, políticos tan sesudos como el gran ministro de Prusia, naciones tan prácticas como Inglaterra presentan en la Exposicion numerosas memorias, numerosos modelos, notas, cuentas, ensayos de sociedades cooperativas, cuyo objeto es resolver el problema de dar al trabajador participacion en la propiedad de su trabajo. Estas memorias, estas notas, estas admirables estadísticas no se ven, cuando se entra en la Exposicion, y sin embargo, componen toda la décima clase. La grande reforma se oculta en volúmenes en fólio que nadie hojea, pero en esos volúmenes en fólio está, como en la semilla encerrada en el campo, el pan de muchas familias.

La sociedad cooperativa tiene por objeto

principal convertir al trabajador en propietario. El medio único que el trabajador tiene de allegar algunos capitales, indudablemente es su crédito personal. El único medio de tener crédito personal el trabajador, asociarse á sus compañeros, para lograr que todos sean fiadores del crédito de cada uno. Hé aquí con estos sencillos medios resuelto el problema capitalísimo, el problema que encierra en su seno el mundo del porvenir. La rica ciudad de Rochdale en Inglaterra ha sido levantada de esta suerte; es una ciudad de trabajadores. Y en ninguna parte la propiedad está mas segura, porque en ninguna parte el trabajo es más libre. Una de las necesidades más urgentes del trabajador, es tener un abrigo contra las inclemencias de la naturaleza, un santuario de sus amores, un refugio de su vida, un templo donde pueda poner ese altar del corazon, que se llama la cuna de sus hijos, ó esa religion de la vida, que se llama el hogar de sus padres. La casa, la casa; hé aquí la primera necesidad del hombre. El ave del campo busca el follaje, y

allí como un arquitecto, construye, y como un escultor, cincela el hogar de sus pequeñuelos, que cubre con las plumas de sus alas y encanta con sus gorgeos y sus trinos de amor. El más débil entre todos los animales, el hombre, necesita tambien un nido. ¡Qué preocupacion tan grave es én la vida del trabajador el mes de la casa! ¡Qué perturbacion en sus operaciones económicas este gran tributo! Y las ciencias sociales, ¿no han de tener algun medio de levantar una casa cómoda, ventilada, económica para el trabajador? Hé aquí uno de los problemas expuestos en el gran certámen del trabajo; un problema, de cuya solucion penden otras muchas soluciones importantes. Pero no olvidemos que en la vida nada se puede constituir fuera de la série, de esa ley que es un organismo de las ideas tan preciso, tan matemático y tan fuerte como el organismo de los cuerpos. Las más fáciles de las sociedades cooperativas, son las sociedades para el consumo. Prestarse apoyo y crédito unos trabajadores á otros, para adquirir los objetos de primera necesidad, es casi casi

el rudimento de la cooperacion. Lo más difícil es la sociedad cooperativa para la produccion. Prestarse apoyo, crédito para emprender una grande industria, es gravísima, y á primera vista insuperable dificultad. Cuando la operacion tiene por objeto producir un inmueble de venta difícil ó de venta costosa, como es una casa, los obstáculos á la solucion del problema cooperativo se acrecientan de una manera formidable.

Y sin embargo, el milagro está en la Exposicion universal, á la vista de todo el mundo; allí se ve la casita del trabajador, elegante, ventilada, con dos pisos, con su ancha cocina, con su sala de recibo y comedor, con su sencilla, pero cómoda escalera, con sus gabinetes y alcobas, todo admirablemente pintado y empapelado, que por once mil reales de gasto, empleados en procurarse desde el terreno hasta la teja, puede ser en París mismo, en la capital del mundo, donde el suelo es tan caro, la propiedad eterna de una familia de trabajadores. ¡Cuánto no hemos caminado á pesar de la lentitud con que marcha el mun-

do social, segun la cuenta de nuestro deseo, desde la habitacion encerrada en las entrañas de la tierra, con un agujero para dejar paso á la columna de humo y al pálido reflejo de la luz, habitacion donde la familia vive confundida en la miseria con los animales domésticos y de labranza; cuánto no hemos caminado, decia, desde esta habitacion que parece la madriguera del conejo ó la pocilga del cerdo, hasta la habitacion sana, espaciosa, graciosísima, de la cual habia un modelo en la Exposicion, y que puede, por medio de las asociaciones cooperativas y del crédito personal nacido de estas asociaciones, llegar á ser, no ya del arrendamiento, sino de la propiedad del trabajador! La arquitectura es una de las bellas artes que más obligan á la meditacion y al estudio. La arquitectura es respecto al espíritu humano, como la creacion, como el Universo respecto al espíritu divino. La arquitectura es el arte en que lo verdadero, lo bello y lo útil se identifican en maravillosa unidad. El problema de acercar el arte á la industria, que no ha podido resolver este

nuestro siglo industrial por excelencia, lo resolvió hace tiempo la arquitectura. Nada más útil, nada más acomodado á las primeras necesidades de la vida que el hogar, cuyo principal objeto, cuyo único objeto es servirnos para albergue, un fin tan restringido á la esfera material, utilitario; y sin embargo, sobre esos edificios, el cincel, el buril, el pincel, la inspiracion misma del arquitecto ha levantado un mundo de inspiraciones, de bellezas, como las que vemos en las espirales de la Alhambra ó en los intercolumnios del Parthenon. Nuestro siglo no es siglo arquitectónico. Si algo agradable á la vista se ha construido, es en arquitectura rural, en casas de campo, donde el espacio es mucho, y donde los surtidores que se levantan al cielo, y los árboles que proyectan sus sombras en la tierra, y los muros de verdura, y las pintadas flores ayudan á los efectos arquitectónicos. Cuando yo veo que París ha sido en pocos años casi destruido y reedificado, sin que de tantos edificios nuevos, de tantas largas calles, de tantas obras colosales y casi mons-

tria, tiene en medio del parque, trofeos de todos estos preciosos objetos, adornos de fuentes y estátuas de jardin. Los belgas han brillado de una manera casi excepcional en el cultivo de las flores. No puede darse un espectáculo más bello que el de aquellas campanillas de todas formas y de todos colores, tachonadas de puntitos de variadísimos matices, y con los cuales encantan y alegran la vista. Bajo unos quitasoles de varios colores, hay tantas dalias, tantas camelias, tantas capuchinas, tantas violetas, tantas margaritas, que parecen materialmente mullidos lechos de flores. Los más grandes árboles han sido trasportados aquí, cual si no tuvieran raíces, cual si fuesen objetos de salon. Hay de esta suerte, sobre estos antiguos desiertos, plantados en un dia, castaños de proporciones colosales, magnolias que derraman su olor en los aires, pinos alpestres que resisten con noble porfía la feroz guerra del tiempo. En punto á estufas, hay muchas y de muy varias dimensiones. La principal ha sido construida por Mr. Dormois. Un pequeño lago se extien-

de al pié de una quebrada montañita. Las plántas alpestres bordan su pié y de su cima se precipita una bullidora cascada. Este es el pedestal de la grande estufa. Precédela un salon de honor construido con maderas doradas, sobre las cuales descansan grandes tapices de terciopelo verde y carmesí recamado de riquísimos flecos. En el suelo bordan las flores, en íris vegetales, caprichosos dibujos. En el centro, una fuente de bronce, cuya arquitectura es deliciosísima, y cuyas estátuas son de verdadero mérito, lanza á los aires en varios surtidores sus sonantes aguas. En el interior milagros de vegetacion verdaderamente increibles. La naturaleza se hermosea cada dia más á los conjuros del arte y á los esfuerzos del trabajo. Su seno se abre como para abrigar próvida á todas las generaciones, que la buscan. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la naturaleza! ¡Bendita la libertad y bendito el trabajo!

tria, tiene en medio del parque, trofeos de todos estos preciosos objetos, adornos de fuentes y estátuas de jardin. Los belgas han brillado de una manera casi excepcional en el cultivo de las flores. No puede darse un espectáculo más bello que el de aquellas campanillas de todas formas y de todos colores, tachonadas de puntitos de variadísimos matices, y con los cuales encantan y alegran la vista. Bajo unos quitasoles de varios colores, hay tantas dalias, tantas camelias, tantas capuchinas, tantas violetas, tantas margaritas, que parecen materialmente mullidos lechos de flores. Los más grandes árboles han sido trasportados aquí, cual si no tuvieran raíces, cual si fuesen objetos de salon. Hay de esta suerte, sobre estos antiguos desiertos, plantados en un dia, castaños de proporciones colosales, magnolias que derraman su olor en los aires, pinos alpestres que resisten con noble porfía la feroz guerra del tiempo. En punto á estufas, hay muchas y de muy varias dimensiones. La principal ha sido construida por Mr. Dormois. Un pequeño lago se extien-

[redacted]

de al pié de una quebrada montañita. Las plántas alpestres bordan su pié y de su cima se precipita una bullidora cascada. Este es el pedestal de la grande estufa. Precédela un salon de honor construido con maderas doradas, sobre las cuales descansan grandes tapices de terciopelo verde y carmesí recamado de riquísimos flecos. En el suelo bordan las flores, en íris vegetales, caprichosos dibujos. En el centro, una fuente de bronce, cuya arquitectura es deliciosísima, y cuyas estátuas son de verdadero mérito, lanza á los aires en varios surtidores sus sonantes aguas. En el interior milágros de vegetacion verdaderamente increibles. La naturaleza se hermosea cada dia más á los conjuros del arte y á los esfuerzos del trabajo. Su seno se abre como para abrigar próvida á todas las generaciones, que la buscan. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la naturaleza! ¡Bendita la libertad y bendito el trabajo!

[redacted]

CAPITULO LX.

PROBLEMAS SOCIALES EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Es el obrero, el pobre obrero, como el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto, los frutos del árbol que ha plantado con su mano, y regado con el sudor de su frente, no deben caer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia, que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida. Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, habia en el certámen de la Industria universal una seccion entera donde se trataba de

las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de la relacion entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las sociedades cooperativas; de ese nuevo mundo, en el cual parece como que se encuentra la solucion al complicado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea necesario, para buscar el bien de los más, atropellar la propiedad de los ménos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos, sin los que se imposibilita toda sociedad, es el derecho sacratísimo, natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoco quien crea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus conjuros, la tierra va á ceñirse una diadema de auroras boreales, el mar á perder su sabor amargo, el polo á fundir sus nieves en celestes y reposados lagos que retraten las estrellas, y el cielo á florecer con el soplo de una nueva creacion, hasta colgar siete lunas

CAPITULO LX.

PROBLEMAS SOCIALES EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Es el obrero, el pobre obrero, como el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto, los frutos del árbol que ha plantado con su mano, y regado con el sudor de su frente, no deben caer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia, que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida. Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, habia en el certámen de la Industria universal una seccion entera donde se trataba de

las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de la relacion entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las sociedades cooperativas; de ese nuevo mundo, en el cual parece como que se encuentra la solucion al complicado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea necesario, para buscar el bien de los más, atropellar la propiedad de los ménos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos, sin los que se imposibilita toda sociedad, es el derecho sacratísimo, natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoco quien crea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus conjuros, la tierra va á ceñirse una diadema de auroras boreales, el mar á perder su sabor amargo, el polo á fundir sus nieves en celestes y reposados lagos que retraten las estrellas, y el cielo á florecer con el soplo de una nueva creacion, hasta colgar siete lunas

CAPITULO LX.

PROBLEMAS SOCIALES EN LA EXPOSICION UNIVERSAL.

Es el obrero, el pobre obrero, como el cooperador en la obra divina del Universo. Por esto, los frutos del árbol que ha plantado con su mano, y regado con el sudor de su frente, no deben caer podridos sobre la tierra feudal, sino servir de alimento á él y á su familia, que en esta gran colmena de la industria elaboran la miel de la vida. Y para resolver el problema de aumentar los frutos del trabajo y aumentarlos en bien del trabajador, habia en el certámen [illegible] sal una sec[illegible]

las cajas de ahorros, de las sociedades de seguros, de las asociaciones obreras, de la relacion entre el capital y el trabajo, del reemplazo de las máquinas á la mano de obra, y de las sociedades cooperativas; de ese nuevo mundo, en el cual parece como que se encuentra la solucion al complicado problema social de nuestro tiempo. Los dias de la utopia han pasado. Hoy seguramente no existe en el mundo quien crea necesario, para buscar el bien de los más, atropellar la propiedad de los ménos. Hoy todo el mundo sabe que uno de los derechos fundamentales, uno de esos derechos, sin los que se imposibilita toda sociedad, es el derecho sacratísimo, natural, de la propiedad. Hoy no existe tampoco quien crea que la asociacion es omnipotente hasta para trastornar las leyes del mundo físico, que á sus conjuros, la tierra va á ceñirse una diadema de auroras bor[illegible] el mar á perder su sabor amargo, el [illegible] sus nieves en [illegible] repos[illegible] etraten las est[illegible] ciel[illegible] el soplo de [illegible] ac[illegible] siete lu[illegible]

[redacted]

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

[redacted]

CAPITULO LXI.

LOS PREMIOS A LOS EXPOSITORES Y LOS CASTIGOS AL CESAR.

Celebrábase el 1.° de Julio de 1867 grandiosa fiesta, para distribuir los premios ganados por los industriales que en la Exposicion acababan de presentar sus maravillosos productos. Empecemos por saludar con todo el ardor de nuestra alma la gran fiesta, cuyo único objeto ha sido la apoteosis del trabajo, de esa fuerza que, coadyuvando á las fuerzas creadoras de Dios, siembra la virtud en el espíritu y la vida en la naturaleza. Grande, en verdad, era la idea que yo me habia formado anticipadamente de este espectáculo; pero

puedo decir que la realidad ha excedido á la imaginacion. No tenia el nuevo Circo de la Industria espacio á tal ceremonia suficiente, y se habilitó el antiguo palacio de la Industria, construido en 1854. Este palacio presentaba, para tal espectáculo, uno de los mayores salones que hay en el mundo, un salòn amplísimo, en el cual cabian holgadamente más de veinte mil espectadores. Mucho nos queda todavía que andar para que el trabajo reciba el honor y la recompensa que le son debidos; pero mucho hemos ya andado. La concepcion sobre la cual se levantaba el mundo antiguo y el mundo de la Edad Media, era que teóricamente el trabajo es un mal, y que prácticamente el trabajo es una indignidad. Hoy el espíritu de la historia, la idea fundamental de la civilizacion puede decirse que ha cambiado por completo. Empiézase dándole honor al trabajo y se acabará por darle al trabajo su derecho. El mundo industrial está en Europa en su período de lucha, y está en América en su período de organizacion; le falta aún el tiempo necesario y las victorias brillantes,

para entrar en el período del arte, en que no entró el mundo pagano, sino despues de cinco ó seis siglos de existencia, ni el mundo cristiano, sino despues de trece siglos de lucha. Toda grande forma social necesita que el tiempo convierta sus orígenes en sagrados y su historia en epopeya, para entrar en los cielos del arte. Si hubiéramos tenido un pintor cíclico del siglo XIX, trazara para este dia un maravilloso lienzo, ó un maravilloso fresco, que viniera á representar un período de la historia moderna, como la épica pintura trazada por Miguel Angel en la Capilla Sixtina, cuando espiraba el mundo de la Edad Media, representa el testamento de este misterioso tiempo, en aquellas expléndidas figuras, que todavía exhalan el *Dies Iræ* de la desesperacion y del terror. Un pintor podia haber trazado entre sombras, sobre mares de lágrimas, el infeliz que los sacerdotes indios sacrificaban á sus implacables dioses; el ilota ébrio que los lacedemonios ofrecian como ejemplo de horror á sus hijos; el vencido de la antigua Roma que los señores de la tierra cazaban en

las selvas, para divertirse con su agonía sobre la arena de los circos, ó descuartizaban para alimentar los peces de sus estanques; y en un Sinaí fulgurante, á cuyo pié lucharan en espesa nube las tempestades de las guerras que registra nuestra historia y á cuya cima asomara la luz expléndida del nuevo dia, las legiones de los trabajadores, dominando con la locomotora la tierra, con el barco del vapor el mar, con el montgolfiero el aire, acercando con sus telescopios el cielo, y á sus plantas, quebrantada la serpiente de la miseria, y sobre su frente, en colores más vivos que los adivinados por Murillo, para hacer resaltar sus personajes celestiales, la atmósfera llena de vida, la luz espiritual, la luz increada, más hermosa que aquella primera nacida de la palabra de Dios sobre la creacion inmaculada, la luz de la libertad, que viniera á extender sus resplandores sobre esta apoteosis del derecho.

El dia primero de Julio fué el destinado á la ceremonia. Amaneció esplendente como pocos, muy pocos dias del año. Estamos en

pleno mes de Julio y rara vez podemos ver el sol, ese bello sol que hace sonreir á las flores y cantàr á las aves. Yo tengo tanta necesidad de luz, que saludo como un dia fáusto, como un dia de buen agüero aquel en que la luz brilla. Bajo un cielo expléndido, entre hileras de verdes árboles á cuyos piés se elevan caprichosas fuentes, que semejan fantásticos cisnes; no lejos del Sena cuyo color de hiel se ha mejorado convirtiéndose en verde claro, desde que no lo azotan las lluvias del invierno, en los Campos Elíseos, que de un lado limita la plaza de la Concordia con sus fuentes, sus candelabros, remedos de las antiguas columnas romanas, sus estátuas, y los majestuosos jardines, en cuyo fondo se descubre el sombrío palacio de Catalina de Médicis; y de otro lado limita el severo, el magnífico arco de la Estrella; en los Campos Elíseos, decia, se levanta el palacio de la Industria, que no es una maravilla arquitectónica, pues peca de monótono y de pesado, pero que es grandioso y tiene un salon, en el cual solamente podia aco-

modarse bien la inmensa multitud, venida de todos los puntos de la tierra á ceñir una corona de laurel á ese glorioso eterno vencedor de la miseria, que se llama el génio del trabajo. Precisa que mis lectores se formen una idea del salon donde la ceremonia se celebraba, y no hay más medio que dar las dimensiones precisas. Tiene ciento noventa y dos metros de largo, cuarenta y ocho metros de ancho, y treinta y cinco metros de alto. Desde un extremo se descubre el otro extremo, entre esos vapores y esas mezclas de líneas y de objetos que dá la luz á las largas distancias, no muy asequibles á nuestra mezquina vista. La inmensa y vistosísima muchedumbre, allí aglomerada, parecia un tapiz de raros matices y colores, pero un tapiz al cual comunicaba el movimiento la variedad de un cuadro disolvente. El salon es materialmente indescriptible. En el foco izquierdo de la elipse, mirando al Sena, estaba colocada la orquesta. A pesar de los mil músicos sonaba como una orquesta ordinaria en la inmensidad de aquellos espacios. A la dere-

cha veíase la escalera por donde habian de bajar los expositores, escalera toda cubierta de paño blanco que semejaba una cascada, y toda ceñida y festoneada de macetas de flores. Al fin del eje más corto, frente á frente del Sena, se levantaba el sólio destinado al Emperador y al Sultan, todo adornado con magníficas cortinas de terciopelo carmesí bordadas de oro, que descansaban sobre columnas doradas, y que estaban recogidas á los dos lados por magníficos escudos guerreros en el gusto del Renacimiento, los cuales brillaban en el fondo oscuro como dos planetas en las sombras de la noche. En la línea central se levantaban los diez trofeos, conmemorativos de las diversas secciones de la industria, estátuas, telas vistosísimas, instrumentos de agricultura, máquinas, telescopios, relojes, todos los signos de las victorias del hombre sobre la indómita naturaleza. Una guirnalda jigantesca de flores innumerables, un íris vejetal bordaba todos los pies del salon, y ceñia los grandes trofeos, como un beso que la naturaleza daba á su dominador, á su ven-

cedor el trabajo. Entre esta guirnalda jigantesca de flores, que por su extension hubiera podido cubrir el pié de una montaña, y las primeras líneas de asientos, se extendia un ancho espacio destinado á paseo, por donde discurrian los tipos de casi todas las naciones, los representantes casi de tòdas las razas de la tierra. Desde este punto hasta el pié mismo de una galería, que podríamos llamar una série de palcos, se extendian unas diez mil butacas, para otros tantos espectadores. La galería ostentaba en los antepechos colgaduras de terciopelo carmesí, y de arriba abajo grandes cortinas, todo resplandeciente de bordados de oro. En esta galería, se levantaban otras diez mil butacas, para otros diez mil espectadores. La techumbre es una inmensa bóveda de cristal. Para templar la luz demasiado viva, habíanse colocado bajo los cristales unos paños blancos por rayas verdes cortados á intervalos, y sembrados todos de estrellas. En la línea de los palcos brillaban, recogidas por trofeos, las banderas de todas las naciones del mundo; y de la

bóveda caian oriflamas verdes, azules, blancas, rojas, amarillas, sembradas de estrellas de oro que flameaban sobre la cabeza de la muchedumbre. ¡Qué bello, qué extraordinario espectáculo! La luz templada, cernida admirablemente; las ligeras oriflamas arriba, y los voluminosos trofeos abajo; las guirnaldas de flores de mil matices, formando un jardin en el suelo, y las grandes colgaduras de terciopelo carmesí, formando un inmenso salon de corte; por el paseo que por entre las flores y los muros del salon se extendia, los representantes de todas las naciones, los ediles de Lóndres con sus túnicas rojas recamadas de pieles de armiño, los turcos, vestidos de levitas azules y gorros colorados, los húngaros, con sus botas de montar, su manto de terciopelo negro, su calzon corto bordado de oro, y sus retorcidos sables orientales; los egipcios arrastrando sus blancos alquiceles, semejándose á evocaciones de un mundo destruido, los chinos, bocetos informes de la raza humana, envueltos en crugientes sedas de un lustre inimitable que les dán el aspecto

de orientales ídolos animados y vivientes; y en la inmensa gradería, quince mil espectadores, los hombres vestidos rigorosamente de negro, las señoras, vestidas de seda de todos colores, envueltas en vaporosos encajes, ostentando en las cabezas ricas flores y abriendo y cerrando con voluptuosa coquetería sus ocho ó nueve mil abanicos de todos matices, que renovaban el aire y parecian bandadas infinitas de mariposas, discurriendo con sus brillantes alas abiertas sobre aquellas flores vivientes, vasos de bendicion donde ha depositado Dios la miel de todas las inspiraciones, el secreto de todos los amores, con la doble mágia de la hermosura y del arte, y que, por lo mismo, son el adorno más sobresaliente de todos los grandes espectáculos.

A las dos en punto aparecen el Sultan, el Emperador y la Emperatriz, el Príncipe Imperial, el heredero del trono de Inglaterra, el heredero del trono de Prusia, los Príncipes de las familias de Bonaparte y de Murat, los Príncipes de la familia turca, la Princesa Matilde, la Princesa Clotilde, la Gran Duquesa

[redacted]

de Leugtemburgo y no sé cuántos magnates más. Es el dia siguiente al de la llegada del Sultan, y todavía excita la curiosidad. Es la primera vez que el dueño de Constantinopla deja los encantados jardines del Bósforo, para venir á las tierras de Occidente, á las cuales no hubieran jamás venido sus predecesores, sino llevando en una mano la cimitarra y en la otra el *Korán*. Débil, heredero de todos los vicios del islamismo, con el peso del dogma mahometano sobre la conciencia, con un Imperio disuelto á los piés, sombra de un cadáver, todavía es para los franceses el que impide á la temible barbarie moscovita llegar hasta Occidente, y para los ingleses el atleta que tiene abierta la ruta de las Indias. Yo le miraba, y unia á su presencia los recuerdos de mi pátria. Yo recordaba que nosotros retardamos medio siglo la caida de Constantinopla en su poder, grabando las barras aragonesas en el Monte Tauro y en el Eta; que nosotros impedimos al turco extenderse por todo el Mediterráneo, convertir el mar de la civilizacion en estanque de sus serrallos,

cuando sepultamos sus escuadras en las hirvientes aguas de Lepanto, donde perdió una mano el mayor entre todos los escritores; y reuniendo á estos recuerdos mi fé en la justicia y mi esperanza en los triunfos del derecho, acordábame de esos pobres candiotas, víctimas de la más implacable persecucion, que nos tienden los brazos desde las hogueras de su martirio y que mueren por arrancar la media luna á la Basílica de Constantino profanada, y por proclamar el dogma de la libertad en esas bellas costas griegas, hoy convertidas en ponzoñosas y estériles por el soplo letal del fatalismo. Por más que su representante venga á París; por más que baje la frente coronada por la diadema de Mahomet ante el pensamiento libre y el trabajo; por más que presencie fiestas como la fiesta de la Industria, no tiene remedio; el *Korán* es de esos libros que mueren y no se renuevan; la Turquía es de esos pueblos que perecen al contacto de la civilizacion, como perecen al contacto de la luz y del aire los enfermos y pálidos engendros de las sombras. Ese Sul-

tan, á pesar de su traje europeo, con el cual ha burlado la natural curiosidad de los parisienses; á pesar de sus viajes y de sus visitas, muestra bien claramente en aquella su fria indiferencia, en aquella su impasible actitud, que la idea, de la cual es representante, idea con artificios sostenida por Francia é Inglaterra, tiene toda la rigidez de la muerte.

Prosigamos describiendo la bella ceremonia. Poco antes de que el Emperador y su córte vinieran, fueron apareciendo los principales premiados en cada grupo. A su cabeza llevaban su respectiva bandera con las insignias de su trabajo, instrumentos de sus luchas, principal causa de sus gloriosísimas victorias. Aquellos eran los ejércitos de la paz, y sus banderas las oriflamas de las únicas guerras posibles en el porvenir. Aquellos hombres modestos habian hermoseado la vida y no habian derramado la sangre que esteriliza la tierra y siembra la peste en los aires, sino el acre sudor de sus frentes, más fecundo que la lluvia de los cielos. Un saludo respe-

tuoso honraba cada grupo. Una emocion profunda se sentia en aquel público. Hubiéranse podido contar los latidos del corazon de los veinte mil espectadores. En tal emocion habia un presentimiento. El mundo de la guerra se iba como una sombra, y el mundo del trabajo venia como una aurora. Cuando el Emperador apareció, la orquesta entonó el himno de Rossini. Toda la prensa ha criticado acerbamente la cantata del gran maestro, el cual personifica una revolucion artística en nuestro siglo. Confesemos que el himno de *Rossini* no es ni como la plegaria de *Moisés*, saliendo libre de Egipto, ni como el cuarteto de *Guillermo Tell*, fundando la libertad de Suiza en el divino altar de los Alpes. Por muy excéptico que en la vida privada sea el maestro, para remontar el vuelo á las cimas del arte, necesita alas, y las alas de su génio han sido siempre la fé y la libertad. Esa poesía, sembrada de cánticos de no sabemos qué especie de pontífices, que no pertenecen á ninguna religion; cortada por los coros de las cantineras; invocando la guerra en la fiesta

de la paz y disponiendo, como de instrumentos principales de los cañones y de los obuses, no podia ser de ninguna suerte una inspiracion feliz. Rossini con otra letra hubiera tal vez compuesto otra música. Sin embargo, en algunos de aquellos grandes *crescendos* se descubre siempre el génio inmortal de las brillantes armonías. El águila ha dejado impresas, en ésta como en todas sus obras, las señales de sus garras. Concluido el himno, Mr. Rouher leyó el discurso en que referia las dificultades vencidas, los resultados obtenidos. El palacio ocupa cuarenta hectáreas; el peso de los productos expuestos asciende á veinte y ocho mil toneladas; los caballos de vapor que mueven las máquinas son más de mil; los grandes premios, sesenta y cuatro; las medallas de oro, ochocientas ochenta y tres; las medallas de plata, tres mil seiscientas cincuenta y tres; las medallas de bronce, seis mil quinientas sesenta y cinco; las menciones honoríficas, cinco mil ochocientas una, y sesenta mil los expositores. El Emperador pronunció en seguida, con voz muy sonora y

acento muy firme, su discurso. Los periódicos ingleses decian que el primer orador de discursos oficiales en Europa era el Emperador Napoleon. Pero lo que no dicen los periódicos ingleses, por razones de mí desconocidas, es si debia tal habilidad á sus dotes naturales ó á la altísima posicion que ocupaba en Europa, como jefe de un pueblo tan grande y dueño casi de decidir de sus destinos en los momentos supremos de su vida. La palabra de Napoleon resonaba, mucho más que ninguna otra palabra en el mundo, por el tornavoz que formaba su inmenso trono y por el silencio que guardaba su dócil pueblo. El discurso tiene razon, cuando dice que la Exposicion es una maravilla, y que merece el título de universal por los productos que la componen y por los pueblos que la sustentan, y que es una innovacion felicísima el décimo grupo, destinado á estudiar los medios de resolver el problema de la miseria y de elevar á la instruccion al proletariado; pero el discurso no tiene razon cuando dice que en Francia habia libertad. Despues del discurso fué acercán-

dose cada grupo á recibir su recompensa. Entre estos grupos, el que recibió más grande ovacion del inmenso público fué el décimo, aquel cuyo objeto es mejorar las condiciones morales y materiales de las clases trabajadoras. Indudablemente, en esta grande renovacion de las sociedades modernas, en estas inspiraciones nuevas que llenan su conciencia, en esta generacion de un nuevo derecho, el más pavoroso, y por lo mismo el más grande entre todos los problemas, es encontrar el nuevo mundo social.

Los mares son más proccelosos; los bagios más temibles que los mares y los bagios del mundo material, aunque el norte de la justicia sea más claro en la inmensidad de la conciencia que la estrella polar en la inmensidad de los cielos. Cuando aquella multitud de gentes bien acomodadas, viviendo, no ya en la medianía, sino en el lujo, se preocupaba así del porvenir de las clases trabajadoras, mostraba cómo han cambiado las condiciones morales de un mundo, que ayer no se acordaba de los pequeños ni de los ignorantes, y que

hoy les reconoce su derecho á la vida superior de la libertad. A la distribucion de los premios, ha sucedido un paseo de todo el inmenso concurso de príncipes y de soberanos por todo el inmenso salon. El Sultan iba en medio, dando muestras de la misma glacial indiferencia que durante toda la ceremonia. A su izquierda iba el Emperador, á su derecha la Emperatriz. Seguian despues los varios príncipes venidos de las principales córtes de Europa.

Todo el mundo notó que no estaban presentes ni el conde ni la condesa de Flandes. Los príncipes belgas no habian asistido á la ceremonia en virtud de una carta del Emperador. Tambien se notó que al entrar en el salon de descanso, antes de comenzarse la fiesta, llamaba aparte Napoleon III al Embajador de Austria, y le decia algunas palabras al oido. El Embajador tomó del brazo á su esposa y ambos salieron del salon. A las once de la mañana recibia Napoleon III la noticia de que su cliente, el Emperador Maximiliano, habia sido fusilado por Juarez. En el hermoso

rostro de la Emperatriz se notaban las señales de profundísima tristeza, y aún hay quien añade que las huellas de encendidas lágrimas. El Emperador Maximiliano habia nacido el segundo de los herederos al trono de Austria, y se habia siempre imaginado, por la superioridad de talentos sobre su hermano, ser el primero. Esta conviccion le condujo á tener una política propia, cuando para dar pasto á su actividad le nombraron en Viena gobernador de Lombardía. Tal política disgustó á su hermano y cayó en desgracia. Entonces se retiró á Miramar, especie de destierro entre forzado y voluntario. En una de sus excursiones por Europa, habitó algunos dias el palacio de St.-Cloud, donde Napoleon III solia pasar los estíos, y desde el cual se descubre á lo lejos como un océano sin límites la inmensa ciudad de París. Aquí nació la idea de colocarle en un alto trono. Los viajeros tienen á gala pasear por las mismas galerías en que los dos príncipes departian sobre estos proyectos, que al uno le han costado la cabeza y que al otro debian costarle gran parte de la

autoridad necesaria para conservar el trono. A las excitaciones del Emperador, se unian razones de familia bastantes para aguijonear á Maximiliano. Era la una el desamor de su hermano, siempre de él receloso. Era la otra el deseo de reinar, que siempre aquejó á su esposa, mal contenta en su retiro, donde tenia por único recreo la vista de las altas montañas y de los profundos mares, no tan llenos de abismos, diria Bossuet, como las grandezas humanas. Maximiliano dudaba. El Emperador le escribia carta sobre carta rogándole que aceptase el trono, y la Princesa Carlota le dirigia con el mismo fin instancia sobre instancia. Maximiliano tenia un confuso presentimiento de sus terribles desgracias. Decidida la aceptacion, fué la Emperatriz Carlota á despedirse de los hermanos de su madre, de los príncipes de la casa de Orleans, los cuales entonces arrastraban por el mundo las tristes penas del destierro. Todos la despidieron afectuosamente. El duque de Nemours guardaba un profundo silencio.—«¿No me decís nada?»—le preguntó la Emperatriz.

—«Nada.»—«¿Por qué?»—«Ya conseguiste lo que tanto has deseado. Quiera el cielo que lo conserves mucho tiempo. No creo, sin embargo, que estos mis votos se cumplan, porque no es nuestra familia de las nacidas para conservar largos años una corona.» Despues de algun tiempo, vistas las dificultades con que tropezaba el Imperio, vino la Emperatriz Carlota á Europa, creida de que su presencia bastaria á decidir una larga prórroga de la intervencion francesa. La prórroga era imposible, porque no la consentian los Estados-Unidos. La infeliz Princesa cayó en la demencia. Su estado era tal, que ni siquiera fué poderosa á sacarla por un momento de su estupor, la noticia del terrible fin que tuvo el amante esposo, el desdichado jóven, que todo lo sacrificó por ceñir á sus sienes esa corona, por la cual ella perdió la razon, y él la vida. ¡Horrible suerte, en verdad, la de esta dinastía que fundó en Austria un nieto de Isabel la Católica, un hermano de Cárlos V, un nieto de otro Emperador, caballeresco y pendenciero, que se llamó Maximiliano. Ma-

ría Antonietta murió en un cadalso. La archiduquesa María Luisa huyó entre nieves y tempestades del tálamo y del trono que habia compartido con Napoleon I. El hijo de sus entrañas, el Rey de Roma, destinado al Imperio francés, murió prematura y misteriosamente. El último Emperador, Fernando, abdicó para encerrarse en triste retiro de Bohemia. El Emperador actual ha sido despojado de Lombardía y de Venecia; lanzado como un extranjero de Alemania, humillado en Hungría. La archiduquesa Matilde ha muerto abrasada. La prometida al hijo de Víctor Manuel prefiere un claustro á la corona de Italia. El Emperador Maximiliano muere fusilado en Méjico. La Emperatriz Carlota pierde el juicio. Si un Esquilo existiera hoy, escribiria una trilogía tan terrible como su Orestiada, tomando por siniestro argumento el destino que pesa con su mano de hierro sobre esa familia de reyes.

[redacted]

CAPITULO LXII.

LOS SOBERANOS Y LOS PRINCIPES EN PARIS.

Cuando el Emperador de Rusia volvió de sus excursiones á Francia, el príncipe de Gortschakoff le reconvino suave y respetuosamente, por haber ido al gran volcan de las revoluciones modernas. Y en efecto, por todas partes pudo ver el asfixiante humo y la candente lava.

Fué á la ópera, é inmediatamente que llegó al boulevard de los Italianos, un grito inmenso, atronador de *¡ Viva Polonia!* llenó los aires. Aquel grito era indudablemente el eco de las palpitaciones del corazon de Francia, que no

podia ser indiferente al martirio de su infeliz hermana, de Polonia, de esa Grecia del Norte. Y estas manifestaciones se prolongaron de una manera alarmante para el gobierno francés. Acudió el Czar al Museo de Clunny. En el momento mismo de llegar, una gran multitud de estudiantes apiñada á la puerta, gritó: ¡Viva Polonia! De allí se dirigió el Czar al palacio de Justicia. Los abogados, revestidos de sus togas gritaban: ¡Viva Polonia! como indicando que en este templo de la ley no podia entrar sin oir una protesta contra el que ha violado todas las leyes, sosteniendo la inícua supresion de un pueblo. Cuando el Czar vió la acogida que en el palacio de Justicia encontraba su cuasi divina persona, retrocedió sin pisar ni las escaleras. Entró en la Santa Capilla, y allí en el mismo santuario de la Edad Media, donde parece que debia dormir el espíritu de obediencia y de servidumbre, oyó la voz del siglo décimo-nono, rebelándose contra la infame crucifixion de Polonia. Por la noche, cuando iba á cualquier espectáculo, grandes grupos invocaban la resurreccion del

martirizado pueblo con estruendosas aclamaciones. La policía hizo muchas prisiones en la entusiasta multitud, que demostraba no haber muerto en Francia la conciencia pública. Bien es verdad, que la prensa contribuyó en primer término á este resultado, porque dió la voz de que delante del Czar debia gritar todo el mundo fuertemente: Viva Polonia.—Y no sólo dispensaron este recibimiento al Czar de todas las Rusias, sino que se apercibieron á recibir de manera bastante análoga al Sultan de Constantinopla, cuya venida se señalaba para mediados de Julio. Tambien de este potentado tenian algo que decir los periódicos franceses. Recordaban que, mientras las músicas de París sonaran armoniosamente en su loor, el cañon turco resonaria en la isla de Candía, y cien mil cristianos, sacrificados por su amor á la independencia y su fé en la Cruz, maldecirian á la ciudad, capaz de olvidarse en fiestas y orgías de tantos y tan cruentos dolores.

No hablemos de las bromas á que se entregaban todos los parisienses con motivo de la

visita del Rey de Prusia. Un periódico, y bastante imperialista, *La France*, presentaba á los gobiernos de Francia y de Prusia como dos gascones, más largos de lengua que de manos, cenando juntos despues de un duelo frustrado. Otro periódico decia que fué el Rey Guillermo alojado en las Tullerías, porque pidió no le alojaran en el Luxemburgo. Y á propósito, un gran escritor, Pelletan, y un gran periódico, *La Liberté*, el primero nada ménos que en la monumental guia de París acabada de publicar, y el segundo en artículo de crítica muy severo para las faltas ajenas, confunden la fundacion del Luxemburgo con la fundacion de las Tullerías, y á María de Médicis con Catalina de Médicis, es decir, á la mujer con la suegra de Enrique IV.

Pero, sigamos. El príncipe heredero de Prusia llegó á primeros de Junio, y *La Liberté* preguntó si un conde que traia en su acompañamiento era el mismo que apaleó allá en Prusia, acompañado de otros muchos, á un distinguido francés, que hablaria sin duda

de sorberse el Rhin con tanta facilidad como una copa de ajenjos. Y mientras el Rey de Bélgica andaba de fiesta en fiesta, del teatro de la Ópera grande, al teatro de la Ópera cómica, de un banquete ofrecido por el rey de los picapedreros de París, ó sea Mr. Haussman, el que ha derribado toda la capital, á un almuerzo ofrecido por el rey de los judíos, ó sea, por Mr. Rostchild, la prensa misma imperialista hablaba con grave descortesía de dejarlo cesante, anexionando la Bélgica libre á la oprimida Francia. No sé qué hubieran dicho si llega á ir el anunciado hijo del sol, el esposo de la luna, la estrella de la mañana, el celeste, el supremo, el inmenso, el infinito, el inmortal, el insondable Emperador de la China, que esperaban á la sazon en Marsella para primeros de Agosto. Baste decir, que *El Fígaro*, dirigido por un legitimista, estuvo tres dias con el grave entredicho de no poder ser vendido en la via pública, por haber escrito estas palabras respecto á las visitas de los Reyes: «puesto que el Mercado francés se halla rebozando reyes, nosotros no

conocemos medio mejor de aderezarlos á la parisien, que consultar la Revolucion francesa.» Véase cómo la prensa de París tenia libertad de hablar de todo, con tal que no hable de la política interior. Y como estos franceses á veces han destronado reyes sin más objeto que cambiar de dueño, por veleidad de carácter, ya que no pueden hablar de los reyes de casa, hablan de los reyes de fuera, y París se divierte.

Pero vamos viendo á los diversos magnates. El rey de Bélgica es jóven, muy alto, de barba cerrada, de frente despejada, de ojos dulces, que revelan cierta inocente candidez. La Reina, su mujer, seria bella si no fuese chata. Cabalga con la rapidez del viento, y de esto puedo dar fé, porque la he visto pasear á caballo. Pretende cantar como el ruiseñor, pero de esto no puedo dar fé porque no la he oido. Un belga se quejaba el otro dia de que su Rey no tiene mucho talento, y le contestaba otro que para el destino reservado por la Constitucion de Bélgica á los reyes, el talento es casi, casi un grave inconveniente.

Pero ambos á dos convenian en que el rey de Bélgica ha heredado la honradez de su padre.

El Príncipe de Gales, á quien he visto en la Exposicion, iba solo, vestido sencillamente, con un flexible junco en la mano, y alegre ária de Offenbach en los lábios. Disgustado de la vida de corte, se ha dado al gran goce de todos los personajes muy notables por su posicion ó por sus talentos, se ha dado al incógnito, á la oscuridad. Parecióme su figura muy simpática y su aire muy distinguido. Algunos ingleses se quejan de que es un tanto inclinado al partido tory. No me extraña. Ese instinto de conservacion está en todas las monarquías. Pero las instituciones inglesas son tan poderosas que el Príncipe de Gales será lo que quieran los ingleses que sea. Hacia pocos dias entonces que habia sido invitado en domingo á unas carreras de caballos, la fiesta favorita de los aristócratas insulares. Mas observan el domingo con tal rigor, que en la Exposicion cubren sus escaparates. El Príncipe puso el sábado un telégrama á su madre la Reina Victoria preguntándole si debia seguir la

costumbre francesa, yendo el domingo á divertirse, ó la costumbre inglesa, quedándose el domingo en el recogimiento del hogar. La Reina le contestó que no saliéra de casa, y no salió. El Príncipe Alfredo, hermano del de Gales, me pareció un gallardo jóven, de tez curtida por el sol, y de viveza meridional. Yo, al ver á los que Homero llamaba ya en su tiempo pastores de pueblos, decia: véase qué hora esta para fundar en nuevas bases el derecho internacional europeo. ¿Por qué no se habia, despues de esta federacion del trabajo, por qué no se habia de proclamar la libertad de todos los mares, la franca navegacion de todos los rios? O mejor todavía, ¿por qué no se habia de sacrificar para siempre el mónstruo de la guerra en el altar benéfico de la industria? Y el mundo sacaria una grande ventaja de estas Exposiciones, si convencidos todos de que el trabajo es uno como la humanidad, y el cambio debe ser tan comunicativo y universal como el aire, se demolieran esos monumentos de desconfianza que se llaman aduanas, y sobre sus pie-

dras se enarbolara una bandera de paz en cuyos pliegues se leyese: libertad del comercio, consagracion de la personalidad humana, consagracion, superior aun, de las nacionalidades.

Se me olvidaba decir que todo esto no puede conseguirse, sino en el dia en que se consiga plantear definitivamente el derecho. Y que el derecho no puede plantearse, sino en el dia en que triunfe definitivamente la democracia. Y la democracia no puede triunfar, sino dentro de la República. Y la República ha de ahuyentar á todos estos reyes que se imaginan dueños, por derecho patrimonial y hereditario, de los infelices pueblos.

Pero sigamos viendo á los señores de Europa.

Preciso es confesarlo; el Sultan no hizo fortuna en París. Si la frase peca de inexacta, la sustituiremos por esta otra: el Sultan no hizo gracia en París. Las causas de esta desventura son varias. En primer lugar los parisienses aguardaban ver un sultan de las *Mil y una noches*, con su túnica de seda

bordada de lentejuelas, su manto de grana, su turbante de plateada gasa sembrado de perlas, y sus collares de piedras preciosas, como si dijéramos, un Sultan todo de oro. Y el Sultan fué modestamente empaquetado en la conocida levita y en el prosáico pantalon de los uniformes europeos. En segundo lugar los parisienses prefieren ser conocidos por sus talentos á ser admirados por sus edificios. La gran capital no es más que la concha del ingenio francés. Y el Sultan no puede admirar el ingenio francés, porque no entiende esta corriente y universalizada lengua francesa. Además, cuando reciben los parisienses huéspedes, gustan de importunarlos á preguntas. Creen, por regla general, especialmente aquellos nacidos en París, rara vez separados de esta su amada Francia, que fuera de su civilizacion las cosas pasan como en ciertas estampillas de ordinario papel, hechas para divertimiento de los niños, las cuales representan peces pescando hombres y coches tirando de caballos; todo al revés. Y como el Sultan no habla francés, no pueden diver-

tirlos con sus respuestas, ni llenar las columnas de los diarios con los equívocos, anécdotas, cuentecillos; invencion generalmente de los cronistas. Así es que el Gran Pachá, como ellos le llaman, ha pasado á la categoría de las cosas insulsas, y no hay parisien capaz de andar cuatro pasos por ver su conocido gorro colorado, del cual tienen miles de ejemplares en cualquier boulevard. A consecuencia de esto han caido sobre el Gran Señor las plumas de los gacetilleros, esas plumas tantas veces comparadas á los mas venenosos, ó al ménos, á los más incómodos aguijones de los insectos. Se comenzó por notar que en la fiesta de la Distribucion de premios, no dió el brazo á la Emperatriz al bajar del Trono; falta imperdonable de galantería. Se siguió criticando que gustara de comer solo, al revés de los franceses, los cuales gustan de comer con todo el mundo. Se vió con estrañeza que el Sultan durmiera una larga siesta, y despues de tal siesta, aún se permitiese cabecear en el paseo y en el teatro. A los pocos dias pidió que le llevaran á ver la plaza de la Bas-

tilla, el espacio donde se levantaba el mónstruo mayor engendrado por el despotismo francés. S. A. se durmió profundamente al salir del Elíseo, y dormido pasó por toda la calle de Rívoli, dormido por el trabajador barrio de San Antonio, dormido bajo las doradas alas del Angel de la libertad, que se levanta sobre las ruinas de la Bastilla, y dormido volvió á entrar en su palacio; sueño ofensivo á los parisienses que saben cuán despiertos necesitan estar todos los sentidos para vivir en París. Hasta los comerciantes se quejaban. La comision imperial de la Exposicion, que era la primer explotadora del gran certámen, se quejaba de que el Sultan necesitase una grua mayor que las expuestas en la Seccion de Máquinas para ser movido á ir á la Exposicion, lo cual tenia el inconveniente gravísimo de que los rendimientos dados por las entradas no pasaban de cincuenta mil francos diarios; y la comision imperial habia tasado en cien mil las visitas del Sultan. Los fondistas se quejaban de que estando el Sultan el Elíseo, sus cuartos no habian subido á

los cuernos de la luna, á pesar de haberlos pintado y expuesto tales cuernos, en banderas rojas, sobre todas sus ventanas, en honor y gloria de la venida de S. A. á esta ciudad. Un comerciante se quejó en letras de molde, en las columnas de *La Presse*, de que el Sultan le hizo llevar todas las telas de su tienda, y solo compró por valor de setecientos francos, la compra de cualquier ciudadano modestísimo. ¿Y para esto se ha contratado el Empréstito turco? preguntaban los parisienses. Como un periódico dijera que el Sultan gustaba mucho de los muebles, en la Seccion francesa expuestos, le contestó otro periódico que no debia ser cierto cuando ni un metro de tapicería habia comprado para sus palacios del Bósforo, esos palacios que hoy están bajo el poder de Turquía, gracias á los heróicos sacrificios de los zuavos franceses. De suerte que el Gran Señor ha desoido los preceptos del Koran; ha abandonado las risueñas riberas orientales, donde el Asia y Europa se miran frente á frente, coronadas de flores, donde las barcas doradas vuelan sobre

las aguas de color de ópalo, donde miles de muezines piden, al salir el sol y al ponerse entre los murmullos de aquella naturaleza que enseñó á cantar á los hombres, desde las altas torres, al Dios omnipotente por la vida del Gran Señor; se ha mareado atravesando el mar que en otro tiempo gemia bajo el peso de las escuadras de sus predecesores, sí, se ha mareado, hasta el punto de creer que le iba á costar la vida tal viaje de placer; ha pasado sin que se le reventaran los oidos entre los mil cañonazos despedidos por las barcas francesas apostadas en Tolon para saludarle, y ni siquiera ha conseguido divertir á estos franceses, de quienes diria el grave Platon lo que decia de los griegos: sois un pueblo de niños, y de niños interesados como los viejos.

Pero entre los reyes de Europa, ninguno tan extraño y tan original como el jóven que dirige los destinos de Baviera.

El rey Luis padece indudablemente de crónica demencia. La poesía romántica, muerta hace tanto tiempo, revive en su corazon. La guerra, el gobierno le hastian; pero le

gusta ascender á las montañas; perderse en las selvas; ver las nubes á sus piés, como si fueran espumas escupidas por su caballo; y entregarse allí, como el Manfredo de Byron, á recitar versos febriles y leyendas diabólicas. Su pasion es la música. Wagner, el gran compositor, que cree haber sorprendido y copiado en sus notas, no sólo todos los ruidos del Universo, sino hasta el nunca oido rumor que forman las invisibles álas de las ideas, Wagner es su ídolo. Mientras sus tropas se sacrificaban horriblemente en la guerra de Austria, inclinábase el jefe de ellas sobre las blancas teclas de armonioso piano. Ha llevado su pasion hasta el extremo de montar por su cuenta un teatro exclusivamente consagrado á dar las óperas de Wagner. Los franceses, muy dados á explicar por causas segundas y accidentales la historia, creen que una de las razones de la estrecha alianza entre Baviera y Prusia, ha sido el recuerdo de la silva dada en París á la obra maestra del músico que el rey tiene por amigo y á veces por consejero.

Yo creo que el poder monárquico, hasta en

nuestros tiempos en que ha perdido tantas fuerzas, es un poder que inclina á la melancolía. Y la música es un arte que endulza ese estado del ánimo. Ya Fernando VI de España tuvo por único amigo al tenor Farinelli. Cuando la tristeza devoraba el alma del rey, cuando sombríos presentimientos sacudian y agitaban su corazon cargado de dolores, el consuelo único, el único alivio era aquella voz, que emanada de un alma jamás poseida por el amor, expresaba el amor admirablemente. Farinelli habia conseguido tal ascendiente sobre el rey, que á Farinelli se dirigian los embajadores. Entonces gozaba España de una grande preponderancia en el mundo. Su voto era de mucho peso todavía en la balanza de los destinos humanos. María Teresa de Austria tenia que escribir al tenor Farinelli, el favorito de Fernando VI, para ganarse ascendiente en Madrid, y á madame Dubarry, la favorita de Luis XV, para ganarse ascendiente en Versalles. Y muchas veces arrojando la pluma, decia al terminar estas cartas desde las alturas de su orgullo imperial: «Yo, María Teresa,

»emperatriz de Austria, y reina de Hungría, »descendiente de Cárlos V y de Isabel la Ca»tólica, me veo obligada á rebajarme hasta »dirigir amistosas cartas á una prostituta y á »un eunuco.» En efecto, Farinelli era grande cantor, merced al procedimiento en uso allá por las capillas del Papa, para procurarse voces melífluas y sonoras, que canten alabanzas al Creador y Regulador de la Naturaleza.

¿Si Bismark, ó el rey de Prusia habrán tenido, para arreglar los asuntos de Baviera, que escribir alguna vez á Wagner? Lo cierto es que el músico exalta la imaginacion del rey, á favor de históricos recuerdos. Lo cierto es que le inclina á creerse muy honrado, siendo uno de aquellos reyes feudatarios, de aquellos electores que giraban como planetas en torno del Emperador, del sol elevado por ellos mismos á las alturas, para distribuir las fuerzas y mantener el equilibrio en el grande Imperio de Alemania. En el centro de uno de sus palacios hay salones que por sus muebles, por sus armaduras, por su arte, repiten los tiempos feudales de Alemania. Y así como

el rey va al palacio del músico para hallar olvido, el músico suele ir al palacio del rey para buscar en estas grandes salas inspiracion con que evocar el acento de la antigua Germania.

Un rey así no puede curarse gran cosa de los asuntos del gobierno. Yo recuerdo haberlo visto, y recuerdo haber sorprendido en su mirada alguno de esos relámpagos de locura que ahora cruzan sobre su reino y que ahora entreven casi todos los políticos de Europa.

Dió por Junio de 1867 la Emperatriz Eugenia fantástico sarao á los príncipes y reyes á la sazon huéspedes de París. La iluminacion de las Tullerías fué una maravilla. Desde el suelo del jardin reservado, al piso principal del palacio, se levantaba inmensa escalera, verdaderamente monumental, tapizada de terciopelo bordado de oro é iluminada por dos hileras de vasos que formaban dos barandas de fuego. En lo alto, la luz eléctrica bañaba la oscura mole de las Tullerías con la claridad del sol. Parecia en medio de la oscuridad de la noche un palacio formado con la masa can-

dente de algun planeta en volcánica ebullicion. El jardin era un asombro. Dibujado por Le Notre, sembrado de flores, cubierto de bosques, cuyos tilos y cuyos castaños son de una prodigiosa altura y de un impenetrable espesor, ornado de estátuas de mármol y bronce; por todas partes lleno de surtidores que elevan á los cielos sus columnas de cristal, tiene el jardin, á pesar de tantas bellezas, el defecto de ser muy sombrío. Pero este defecto habia desaparecido con la noche. Y las guirnaldas de millares de mecheros de gas suspendidas en todas las alamedas, los vasos de colores ocultos como frutos de fuego en el verdor del follaje; los torrentes de mágica claridad que aumentaban la trasparencia de las aguas y convertian en gotas de luz las gotas de los surtidores; los diversos colores que los fuegos de bengala extendian sobre aquellas sartas de estrellas; los dibujos fantásticos trazados con fuego en la oscuridad de los aires, como por la mano oculta de algun encantador ó de alguna hada; el sonido de las músicas que hallándose ocultas parecia salir de las ramas

mismas de los árboles; los acentos lejanos de invisibles coros; la presencia de tantas hermosas, en cuyas coronas de diamantes se descomponia la luz con todos los matices del íris, daban en el silencio de la noche á la fiesta todo el aspecto del sueño de un poeta oriental ébrio por alguna de esas bebidas que hacen delirar con indescriptibles fantasmagorías y no imaginados placeres. Pero ¡ah! que Europa no está muy segura sobre sus cimientos. Poco tiempo antes de la revolucion de Julio de 1830, dió Luis Felipe un baile en el palacio real, en honor de su pariente el rey de Nápoles. Cárlos X asistia. Salvandy pronunció las siguientes palabras que han sido históricas: «Este es un baile verdaderamente napolitano, puesto que bailamos sobre un volcan.» El dia en que Mr. Thiers supo la noticia del atentado contra el Czar, dijo lo siguiente: «Europa sabrá que todavía humea el cráter del volcan.»

Pero los previsores oian otros ruidos más siniestros. Pocos días despues de este baile, se despedia el rey de Prusia de los Empera-

[redacted]

dores de Francia. Gruesas lágrimas caian de los bellos ojos de la Emperatriz Eugenia. Siniestra emocion se trasparentaba en el impasible rostro de Napoleon III. El rey Guillermo apretó estrechamente la mano de sus ilustres huéspedes, y les dirigió estas últimas palabras: «Será posible que sólo podamos volver á vernos en la guerra.»

CAPITULO LXIII.

DERROTAS EN EL INTERIOR DEL IMPERIO.

El Imperio francés mostrábase muy sereno, á pesar de los grandes errores de su política exterior, porque tenia la suerte propia y la suerte de Francia, en manos de una mayoría rural tan atrasada como todos los campesinos de Europa. Mas los desaciertos eran bastantes á inspirar la esperanza de que pudiera hablar alto el patriotismo en las varias elecciones, hasta forzar la mano al Imperio y arrancarle necesariamente la libertad. Mucho habia de ilusorio, de halagüeño en esta esperanza. Pero lo cierto era que el sufra-

gio universal, con todas sus imperfecciones, aseguraba al mundo que si Francia iba derechamente á perderse, perdíase por su propia culpa. En una democracia bien organizada, la palabra dicha en las reuniones y escrita en la prensa, dirige el sufragio universal, como en todo espíritu bien templado el entendimiento y la conciencia dirigen la voluntad. En Francia, la palabra escrita se hallaba sometida á tales reglamentos, y la palabra hablada á tales restricciones, que la inteligencia nacional no podia formarse ni dirigir el sufragio á sus fines; que deben sér el asegurar la libertad de los ciudadanos, y el hacer del gobierno la imágen de la nacion. Por aquellos dias, en Nimes, el candidato de oposicion habia convocado varios electores á una junta privada, tenida en el hogar, y en la cual, ni podia, ni debia intervenir la autoridad. Y sin embargo, el comisario fué; tras el comisario los soldados de policía; tras los soldados de policía los soldados de línea; y á pesar de las protestas del dueño de la casa, violaron su hogar y disolvieron la reunion á bayonetazos. A pesar

de estas grandes violencias, que debian haber irritado los ánimos, el candidato imperial cantaba victoria. Y esta victoria probaba cuán lejos se hallan los campesinos en Francia de aquella claridad de inteligencia y de aquella fuerza de voluntad sin las cuales siempre se malogra el sufragio universal.

En estas circunstancias se presentó la candidatura de Grevy, que era como una reaparicion de la República de 1848, de aquella República que habia asesinado y deshonrado el Emperador. Conviene recordar algunas ideas generales sobre el departamento y el diputado, para saber la significacion de las elecciones en aquellos instantes. Montañosa esta region del Jura, tienen sus habitantes esa independencia engendrada á la vista contínua de las montañas. Parece que el carácter se fortifica en esas regiones elevadas, donde el hombre está en lucha contínua con los elementos, azotado por las ventiscas y los nevascos en invierno, por los rayos y los pedriscos en verano, con el abismo siempre al lado y la inmensidad presente siempre, que dan á su es-

[redacted]

píritu la aspereza de la tierra y á su voluntad la impetuosa fuerza del torrente. Así, de antiguo hemos simbolizado la libertad en una montaña. Cercano además el departamento del Jura á esa bella Suiza, que conoce el derecho con tanta inteligencia y lo realiza con tanta pureza, debe tener y tiene deseo vivísimo de tocar esas instrucciones que producen tantos bienes morales y materiales á su vista, que purifican con sus aromáticas emanaciones el aire mismo del Jura.

En cuanto al candidato es, como he dicho, uno de los más considerables republicanos franceses. Nacido en 1813, se educó en el culto á la República vencida, lejos de las fascinaciones de la monarquía y del Imperio. Su pátria, conocedora del talento y de la honradez de ese hombre, lo elevó á diputado en la última Asamblea Constituyente. Grevy tiene el talento político por excelencia, el talento de la prevision. Nada más fácil en la vida política, donde la lucha es tan contínua y las pasiones tan ciegas, que sacrificar á triunfos del momento y á venganzas de partido la

suerte de una generacion, el porvenir de una idea. Prever lo porvenir, mirar por los horizontes del tiempo como vienen los sucesos cuando nadie los descubre aun, como el piloto ve la tempestad antes de que asome; los que tal hacen, verdaderamente son los grandes talentos políticos, necesitados, no tanto de una grande profundidad como de una grande lucidez. Grevy tiene el talento político por excelencia, el talento de la prevision.

Redactábase la Constitucion de 1848, esa funesta Constitucion en cuyas estrechas entrañas murió la República, y con la República el espíritu de toda la generacion que entonces abríamos los ojos á la luz de la vida pública y parecíamos llamados á ser libres. Tocqueville, que habiendo nacido aristócrata, se convirtió á la democracia, al verla en América realizada con todos los esplendores propios de tan hermosa idea y de tan hermosa tierra, Tocqueville olvidó muchos lados buenos de la Constitucion americana, el respeto ciego á la absoluta libertad de imprenta

y á la absoluta libertad de reunion, la descentralizacion política y administrativa, para imitar los lados malos ú oscuros, como la organizacion de la Presidencia, que es aún lejana sombra, pero sombra al cabo de la monarquía en América. Contra el artículo de Tocqueville, redactor de la Constitucion, presentó Grevy una enmienda en la cual proponia que se aboliera la Presidencia única, y se confiara el Poder ejecutivo á comision nombrada por la Asamblea. De esta suerte no dieran los franceses el espectáculo de un Presidente emanado del sufragio universal, y por consecuencia, representando él solo tanto como toda la Asamblea, dueño del ejército y de la marina, armado de todos los poderes, dispensador de todos los honores, tentado siempre á convertir su autoridad transitoria en autoridad permanente, la República en monarquía. ¡Oh! En América, donde el temperamento de las razas por dicha es republicano, donde la independencia y la República se confunden y se identifican, la jefatura de un solo hombre no tiene tantos peligros como en

esta tierra de Europa, donde la monarquía ha echado profundísimas raices en nuestras amontonadas ruinas. Grevy presintió esos peligros y los expuso. La Asamblea no los presintió y fué á perderse á los piés del mismo Presidente que habia levantado para salvarse; porque las leyes sociales se cumplen tan fatalmente como las leyes físicas, y el error engendra siempre el mal.

Otra derrota parlamentaria de Grevy, fué tambien una derrota de la República. Veíase venir la conspiracion bonapartista poco antes del dos de Diciembre. Los aires se hallaban cargados con gasas de sombras, con chispas de tempestad. En aquella lucha entre el Presidente y la Asamblea, el presidente dispuso de todas las fuerzas públicas, y la Asamblea estaba completamente desarmada. La mayoría propuso que la Asamblea proveyera á su propia defensa y tuviese una fuerza para sostener sus actos y dar fuerza coercitiva á su soberanía desamparada. Esta mayoría se hallaba compuesta de elementos conservadores, orleanistas, reaccionarios, que habian mo-

dificado el sufragio universal, que lo habian restringido. Sin embargo, odiando ante todo á Bonaparte, su accion cedia en bien de la República, por contraria al restablecimiento del imperio. Sostener en esta tendencia á la mayoría, era una necesidad de la izquierda radical. Y en aquellos angustiosos momentos, del voto de la izquierda dependia que la República se salvara. Michel de Bourges, el más vehemente orador radical, se opuso á la adopcion de la medida en ódio á la mayoría conservadora, cegándose por los peligros que le cercaban, hasta no ver el gran peligro suspendido sobre todos. La proposicion fué desechada, la Asamblea no tuvo una fuerza bajo sus órdenes y cayó vencida, dispersa. Cuando despues de una larga lucha, despues de un debate tormentosísimo, despues de una votacion solemne y extraordinaria, en que parecia inclinarse á cada minuto la victoria á uno de los lados, Grevy salia sólo, triste, paseándose á lo largo de los muelles del Sena para distraer su melancolía; como uno de sus amigos le encontrase y le preguntara qué habia sucedido,

respondióle con la voz ahogada por la emocion de aquella derrota, y repitiendo las sublimes palabras latinas de Kociusko: *Finis Reipublicæ.* En efecto, á los pocos dias habia concluido la República.

Los ciudadanos del Jura, los fuertes montañeses, los dignos vecinos de Suiza, los descendientes de aquellos antiguos siervos del terruño, que Voltaire defendió y que la revolucion redimiera, fundiendo sus cadenas de veinte siglos, saben que al votar al candidato de la oposicion, votan por el triunfo de la democracia, por el recuerdo augusto de la República, por el hombre sencillo que mejor personifica las virtudes populares, por el repúblico previsor, cuyos proyectos, cuyas ideas tendieron siempre á conservar al pueblo su soberanía y á evitar el advenimiento del Imperio; y al votar así, al votar por todo aquello que los ha redimido, que los ha alzado á la dignidad de ciudadanos y al derecho de hombres, dan un supremo consuelo en el ignorado polvo de sus tumbas á los manes de sus predecesores, víctimas del feudalismo.

Los más esperanzados desconfiaban mucho del triunfo, porque la administracion agotó sus recursos contra el candidato republicano. El ministro del Interior sostenia que el gobierno debe tener candidatos oficiales, debe nombrar sus propios jueces. Y dos cosas distinguen á esta sociedad francesa, la pasion de la igualdad y la supersticiosa creencia en la fuerza sobrenatural del Estado. En Francia pueden llamarse empleados públicos desde los ministros del Imperio hasta los conductores de ómnibus. Todas las tardes acostumbraba yo á mirar en las alturas del Trocadero el aspecto que presenta París. La inmensa ciudad parece un inmenso Océano confundiendo sus techos de pizarra con los últimos límites del horizonte. Nada sobresale en ese infinito muro de casas iguales. Aquí y allá, como pequeños puntos en el espacio, como naves diseminadas en alta mar, la cúpula de los Inválidos, las curvas del arco de la Estrella, la rotonda romana del Panteon, las agujas góticas de Nuestra Señora. El resto igualmente monótono, igualmente uniforme, igualmente

sombrío, como conviene á este pueblo que ha querido siempre la igualdad, pero que sólo ha realizado todavía la igualdad en la servidumbre. En todo se conoce este igualitario espíritu, que es la mitad y más de la democracia. El francés, á pesar de su pobreza, es una de las lenguas más flexibles, más bellas, más comunicativas que han hablado los hombres, á todo lo cual debe su difusion milagrosa hasta por las remotas regiones del Norte. Pues bien, el francés se distingue por sus fórmulas generales, reguladas artísticamente, lo cual hace que todo el mundo lo hable de idéntica manera. No hay esa variedad de construccion, esa diversidad de estilo, esa libertad de sintaxis que constituyen los caractéres fundamentales de nuestra lengua, la más hermosa, la más sonora, la más augusta de las lenguas modernas, y en cuyos acentos majestuosísimos, y en cuyas palabras rozagantes se descubren todavía las señales de nuestra antigua dominacion sobre la tierra. En el francés, casi todas las frases están hechas, como leyes, como códigos. De esta uniformi-

dad en la vida, en la lengua, en el carácter, nacen las cualidades sociales de los franceses; pero tambien nace la ausencia de todo individualismo en que pueda arraigarse la libertad. Y como donde no hay fuerzas individuales, resistencia individual á la manera inglesa y á la manera americana; donde no hay esta idea vivísima de la personalidad, el Estado se apodera de todo, el Estado se sustituye á todo, aquí el Estado es omnipotente y con dificultad se puede luchar contra su omnipotencia. Escribo estas reflexiones, nacidas de un estudio diario de Francia y confirmadas por toda su historia, á fin de probar el fundamento que tenian los ánimos para presentir una derrota probable de la oposicion democrática en las elecciones del Jura por el carácter político de Francia. Aquí el gobierno usa de todo su poder, hasta que viene un dia no previsto, un dia no esperado, en que el espíritu francés se despierta, se trasfigura maravillosamente en las barricadas; y contra el poder del gobierno usa la revolucion de toda su fuerza. Y fué tan vivo el despertar de la

opinion que triunfó Grevy en el departamento del Jura.

El disgusto público tomó proporciones alarmantes para el Imperio. Hacia pocos años, en el Consejo de la órden de abogados apenas se contaba un republicano. En 1867 era republicana la inmensa mayoría, y Grevy nombrado decano. Antes no salia el Emperador sin escuchar aclamaciones, y por 1867, en torno suyo reinaba extraño silencio. Las más pequeñas manifestaciones revelaban las profundas corrientes de la opinion. Los juegos más sencillos se elevaban á cuestiones políticas. Las muchedumbres de estas grandes ciudades tienen algo de la naturaleza felina, algo del tigre ó del gato. Comienzan por jugar con las manos del poder como si las acariciaran, y concluyen por clavarle cruelmente las uñas. Por la primavera de 1868 todos los sábados se reproducia un espectáculo curioso: la publicacion de *La Linterna*. Eran las cubiertas de este folleto semanal rojas, llamativas: se veian de lejos. Y todo el mundo lo llevaba en el café, en el paseo, en el teatro, en los

talleres, en el imperial de los ómnibus. Representaban un síntoma del descontento público, porque los ataques de *La Linterna* eran ataques á fondo; su guerra era guerra implacable. ¿Y qué era *La Linterna?* Una sátira, nada más que una sátira. Pero yo he notado que al pié de los grandes monumentos ruinosos, á la hora del crepúsculo de una época, cuando se deshace un mundo, cuando se disuelve una sociedad, cuando se acaba una creencia, cuando se cuartea un Imperio, dibújase allí la amarga sonrisa de una sátira. Yo conozco que Grecia va á morir, no tanto en las legiones alineadas por Filipo sobre los desfiladeros de Macedonia, como en las comedias arrojadas por Aristofanes en el teatro de Atenas. Yo conozco que el grande imperio romano, el coloso apocalíptico, con sus cien brazos como Bríareo, con el mundo tendido á sus piés como un esclavo y el cielo sobre su cabeza como un dosel, va á caer en su lecho de inmundicias, no porque los bárbaros ahullen como hienas tras el Rhin y el Danubio, sino porque escribe sus sátiras Juvenal.

Cuando San Pablo se enciende en la nueva fé, y habla, los dioses paganos se mantienen serenos en sus altares ornados de verbena; pero cuando Luciano se rie, los dioses se caen. La sátira es como esa sonrisa siniestra de la agonía, que se queda dibujada sobre los lábios de los muertos; la sátira es amarga.

Y el ingenio francés se ha distinguido siempre por la ironía, siempre por la sátira. Desde los tiempos más antiguos la ironía ha sido la más sobresaliente de sus facultades, la más pronunciada de sus aptitudes. Tiene el carácter francés esa misma alegría ligera que dan sus deliciosos agrios vinos, los cuales jamás llegarán á producir las pesadas borracheras inglesas ó las calientes borracheras meridionales. Bien es verdad que para la ironía cuenta con el admirable instrumento de su lengua dúctil, flexible, maravillosa de gracia, pobre en esencia, y por lo mismo rica en palabras de doble sentido. Lo mismo ha sido en todas las épocas de la historia. En el Renacimiento, se oye sobre todas la carcajada de Rabelais. Acaso el primer pensador francés ha sido

Montaigne, y Montaigne es burlon, excéptico, satírico, una abeja que destila mucha miel, pero tambien mucho acíbar. La risa de Voltaire ha pasado á ser proverbial. Jamás ningun terremoto conmovió la tierra ni descuajó árboles seculares como una carcajada de ese hombre-siglo, de ese hombre-nacion, de ese Voltaire que era la Francia. Y á Voltaire precedió Moliere y siguió Beaumarchais. Y la República tuvo á Camilo, y la Restauracion á Pablo Louis Courier. Los gobiernos deben temblar siempre que los franceses se echan á reir. Y ahora la risa de Francia se llama Rochefort, poco literaria como conviene al Imperio, pero franca como conviene á la democracia; fuerte, porque son fuertes los sucesos que la provocan; amarga, porque es amargo el reir del esclavo entre el ruido de sus cadenas; y amenazadora, porque las olas de la opinion la inspiran, y esas olas están henchidas del viento de la ira y coronadas con espumas de hiel.

Era en vano que el gobierno luchase contra esta fuerza de la opinion y forcejease por

romperla. Hasta los bienes materiales con que quiso reemplazar la ausencia de los bienes morales, faltaban ó iban faltando. Un dia cayó Mires. Despues los Pereires; cariatides de oro que sostenian el segundo Imperio. Una sentencia dada por el Tribunal Superior les condenaba á reembolsar las acciones de la segunda emision, y les decia que habian traspasado el límite de las habilidades permitidas. El Estado acudia á un empréstito de cuatrocientos millones cada dos ó tres años. La ciudad de París se hallaba imposibilitada de continuar sus inmensos trabajos. Iecker, el célebre banquero que entró por tan extraordinaria manera en los asuntos de Méjico, acababa de quebrar; y por haber dado la noticia de este suceso, provocaba en duelo á uno de los redactores de la *Liberté*. Su bala se estrelló contra el portamoneda del escritor cuando iba derecha al corazon. El director del Banco de Francia resumia así la situacion; resúmen que dejo en francés porque toda traduccion quitaria su fatídica onomatopeya al original: «Depression universelle, stagnation

generale. Defiance de 'avenir, cauchemar de l'incertitude.»

Bien es verdad que contribuia en mucho á esta angustia el temor general de una guerra. Por estos momentos la reina Victoria llegaba á la estacion de Saint-Lazaire, acompañada de algunos de sus hijos y del ministro de Negocios extranjeros. Por cumplir sus deseos, no sale á recibirle ninguna comision, ningun enviado del Emperador. Detúvose un dia en París, y partió para Lucerna. Los ánimos estaban de tal manera inquietos, que daban al viaje de esta desolada viuda un sentido político. Pero bastaba considerar dos cosas: primera, que la reina es completamente ajena á la política de su nacion; y segunda, que ni siquiera fué de los baños el Emperador á su encuentro, para disipar todas estas ilusiones. Y digo ilusiones, porque se daba al viaje de la reina Victoria trascendencia política á favor de la paz. La emperatriz le hizo una visita que le fué devuelta por la reina, y ahí concluyó todo.

En cambio se anunciaba para el 15 de

Agosto un discurso del Emperador á las tropas. El quince es la fiesta anual del Imperio. Los mendigos salen por todas partes en tropel, los titiriteros se instalan en circos improvisados, los cómicos representan de balde, las bóvedas de Nuestra Señora resuenan con los acentos del *Te Deum* oido por un ejército de áureos uniformes, y cuando viene la noche, París se cuaja de luminarias oficiales que van desde el Arco de la Estrella hasta las Tullerías, y desde las Tullerías hasta el Hotel de Ville, subiendo por las altas cúpulas y dilatándose por el friso de los monumentos, con tales resplandores, que parece esta inmensa capital del mundo una ciudad de fuego. Pero hay otros dias, no tan frecuentes, en que París se recoje en sí mismo, recuerda que ha brillado en el mundo por la luz de sus ideas, que lo ha purificado por el fuego de sus revoluciones. Y en esos dias vota contra el Imperio. Consecuencia que el Emperador no está nunca en París el dia de su fiesta. Pero aquel año decíase que faltaria á tal costumbre, é iria á decir una arenga al

ejército y á la Guardia nacional tendidos en parada por las calles. ¡Una arenga ante cien mil hombres! Eso olia á pólvora.

Un ejército numerosísimo, una Guardia nacional movilizada, un pueblo nervioso, inquieto, que ama sobre todo la gloria, nube de humo á la cual gustoso sacrifica la vida; enfrente la Alemania de Jena, creciendo desmedidamente en fuerzas; desafiando con su actitud y con sus discursos, agrandada por la teoría napoleónica de las anexiones, y conservadora de los territorios cedidos á su codicia por la Santa Alianza; territorios que muestran la derrota definitiva del primer Imperio; todo esto era verdaderamente tentador para un hombre que se asentaba en el trono de las conquistas, que llevaba el apellido del primer guerrero de la historia, y que era el jefe de una grande sociedad militar, á cuyas armas debia el golpe de Estado, y esta dictadura, por la cual ha podido reinar pacíficamente quince años sobre la nacion más revolucionaria de la tierra.

En vista de todas estas grandes preocupa-

ciones, y de todas estas embarazosas dificultades, no es maravilla que el Emperador se encontrara como bajo una máquina pneumática. La ruina de las sociedades de crédito, la carestía de todos los alimentos, las crecidas contribuciones sobre el consumo, la debilitacion de los trabajos en la ciudad de París, la crísis universal del comercio y de la industria, hacian que el hambre amenazase en aquellos duros dias con todos sus horrores al pueblo francés. El Emperador parecia exclusivamente consagrado á desvanecer las aprensiones que pudiera engendrar el temor de una guerra y á impulsar las transacciones paralizadas. Así insistia en todos sus documentos con una tenacidad y una persistencia sin ejemplo en las seguridades de la paz, y se desembarazaba con una claridad y una franqueza sin ejemplo tambien de las interminables redes de la cuestion alemana. Pero no bastaban las palabras cuando no iban acompañadas y seguidas de lós hechos. Y los hechos eran que no se podia inspirar mucha confianza en la paz cuando se corrian aven-

turas como la de Roma, cuando se trababan alianzas como la de Salzburgo, cuando se mostraban recelos como los nacidos por el discurso último del rey de Prusia, cuando se tomaban disposiciones como la de aumentar cuatro años el servicio militar y se proponian reformas como la de movilizar toda la Guardia nacional. Los dias eran duros para el Imperio. Los puntos negros se iban agrandando y amenazaban cubrir todo el horizonte. La ciudad de París no tenia aquellas facilidades para construir que tuviera en otro tiempo, ni aquellos tesoros que emplear, ni aquellos ejércitos de trabajadores que sostener. Para dar á sus operaciones mayor rádio, y á sus tributos mayor rendimiento, se le iban anexionando los pueblos vecinos donde algunas familias pobres se refugiaban huyendo de esta horrible carestía. Las fábricas, que en virtud de tal reforma acababan de entrar en París, veian perturbadas sin ninguna compensacion sus condiciones económicas. Los carbones eran más caros que antes, á causa de la contribucion de puertas. Los jornales

más caros, á causa del subido precio, que tenia el título oneroso de habitante de París. Las fábricas cerraban sus puertas. La clausura de las fábricas arrojaba una muchedumbre inquieta de trabajadores, sobre las aceras volcanizadas. El Emperador, que intentaba ser personalmente el Emperador de los trabajadores, oyó sus quejas y las quejas tambien de los fabricantes, y se exceptuaron esas fábricas por algun tiempo de la pesada carga de los tributos parisienses. Pero monsieur Haussman, prefecto de París, su gran demoledor, el que aplicó la piqueta á sus antiguas calles, y abrió sus magníficos boulevares, se resistia á las pretensiones del Emperador, y dejaba su alto puesto. El Imperio se asfixiaba. Las dificultades eran graves, y muchas, y cada dia más insuperables para todo poder que no fuera el vigoroso poder de la libertad.

CAPITULO LXIV.

ESTADO GENERAL DE EUROPA.

¿Hay paz ó guerra? preguntaban durante los años de 1867 y 1868 todos los partidos. Y respecto á la cuestion de la guerra siempre estamos en igual incertidumbre. La única luz que se vislumbraba era el folleto: «Paz ó guerra.» Segun el autor de esta nueva elucubracion política, era necesario renovar la tentativa de general desarme, hacia algunos años anunciada ante Europa por Napoleon III. Los pueblos han llegado á tal extremo de violencia en sus armamentos, que no pueden ni sostenerlos, ni ménos aumentarlos, sin caer

en la ruina económica hoy, en la bancarota mañana. La causa principal de esta violencia es Prusia con sus conquistas llamadas anexiones, y su despotismo militar llamado unidad política. Es necesario intimarle paz ó guerra. Si quiere paz, que desarme. Si quiere continuar en su armamento, es que quiere continuar en sus amenazas. Apercíbase, pues, para la guerra. El Emperador dará un manifiesto como el manifiesto de Milan, prometiendo libertar Alemania de sus opresores los prusianos y no querer en cambio ni una pulgada de tierra alemana. El folletista supone cándidamente que los prusianos son para Alemania como los austriacos para Italia, y ve ya en sueños á los pueblos del Sur echarse á los piés del redentor. En seguida los reyes destronados suben á sus tronos. La Rusia, desapercibida, no puede socorrer á su aliada la Prusia. Austria, Holanda, Suecia, son las aliadas de Francia. Inglaterra é Italia quedan neutrales. El reino de Polonia reaparece en el Norte. Prusia es perdonada. Napoleon III no repetirá los castigos de Jena. Y pacificado

el mundo, nos abrazamos todos bajo las alas del águila imperial ¡Oh! Yo no llamaria al tal folleto: la paz ó la guerra; le llamaria las ilusiones del deseo.

Mientras tanto continúan las tendencias unitarias desarrollándose en Alemania. Los diputados, que han sido muy prudentes en la Asamblea aduanera, no lo han sido tanto en los banquetes con que han terminado sus trabajos. El vino del Rhin es tan locuaz como el vino del Gironda. Las invocaciones á la unidad de la pátria no han faltado, ni tampoco las amenazas al Imperio francés. Un diputado de Munich, tendiendo los brazos hácia Occidente, ha dicho que responderian á toda ingerencia extranjera como respondieron allá en 1813 sus padres, cuyo glorioso monumento descubríase desde el lugar del banquete. Sabido es que todo movimiento hácia la independencia de un pueblo es sagrado á mis ojos. Pero en el crítico estado en que se encontraban las relaciones de Francia y Alemania, no era prudente, no era útil darse á desahogos de elocuencia que podian precipitar

pavorosas catástrofes. Si la guerra se hubiera evitado, si hubiéramos podido hacer pasar de nuestros lábios tan amargo cáliz lleno de sangre, hubiérase debido principalmente á los esfuerzos que, publicistas de mérito, sacerdotes del pensamiento, consagrados al culto de la justicia, emplearon generosamente para apaciguar los ánimos, para extender el soplo de las ideas sobre la agitacion de las pasiones. Nada conseguia, pues, Alemania con mover el hierro en la herida sino enconarla. Hubiera proseguido en buen hora su pacífico movimiento á la unidad, pero armonizándola con la libertad política y con la descentralizacion administrativa. En este sentido parecíame notabilísimo el manifiesto que veinte y seis diputados del Sur convinieron en firmar, dando cuenta á sus comitentes de la conducta observada en el parlamento aduanero. Gracias á sus esfuerzos, crecidas contribuciones, como la propuesta sobre el tabaco, no pasaron; ejemplo de entereza, útil en medio de las muchas asambleas complacientes que tenia Europa. Los veinte y seis diputados creian que la Pru-

sia no podia representar con fidelidad el pensamiento aleman por las muchas tendencias manifestadas en su política, hácia el despotismo militar. Siempre lo he dicho. Es un error imperdonable en Bismark no comprender que la única fuerza de atraccion en la política es la libertad, y que sólo por la libertad puede realizarse, en país tan descentralizado como Alemania, una federacion de pueblos que tenga todas las ventajas de la unidad y todas las ventajas de la democracia. Un imperio militar centralizado, despótico, no haria en realidad otra cosa que aumentar la perturbacion, traida á Europa por el Czar de Oriente y el César de Occidente. El Rey de Prusia ha comprendido un poco esto cuando ha olvidado aquellos principios de derecho divino invocados, como una blasfemia escupida á la civilizacion y un reto arrojado al pueblo, el dia de su coronacion, para recordar tan solo, en el discurso de clausura del parlamento aduanero, el voto unánime de los pueblos. Pero tambien este principio de la soberanía nacional ha sido profanado, y escupido y puesto en ignominia.

La soberanía que los reyes conceden á los pueblos, se parece bastante al *Inri* puesto por Pilatos sobre la cabeza de Jesús. Lo único que no se puede malear es la libertad. O la hay, ó no la hay. Pero su falta se conoce tanto como la falta del aire. Y si Prusia no sabe unir estos dos principios, sucumbirá en la demanda. ¿Por qué el Piamonte bajó desde los Alpes á los mares de Nápoles tan rápidamente? Los diputados del Sur se presentaban como intermediarios en los conflictos europeos. Difícil era parar el golpe, difícil evitar la guerra. Además, presentarse á sí mismos los diputados del Sur por intermediarios, me parecia tan inocente como si la presa tímida, por la cual riñen dos fuertes alimañas en la espesura de los bosques, quisiese contenerlas, cuando en realidad no haria con su presencia, sino excitar la furia del combate, aguijoneando la vivacidad del apetito. Más eficaz me hubiera parecido la intervencion del gobierno inglés y más segura. En aquellos dias creíamos que este poderoso gobierno habia renunciado á su antigua indiferencia. Asegurábannos que proponia

un congreso general y un general desarme. La Inglaterra, apartada del continente en su libertad y en su isla, fuerte por su posicion, respetable por sus instituciones, indiferente á esos aumentos territoriales, que son la manzana de la discordia, aliada de Francia por las tradiciones de Crimea y de Prusia, por parentescos de raza y de historia, Inglaterra hubiera podido convocando á Europa y pidiendo un desarme, conjurar esta tempestad, que antes de estallar nos sofocaba con su calor y nos abrumaba con su peso. Pero estaba visto que seguiria su política de neutralidad y de indiferencia. Los periódicos ingleses desmintieron que Inglaterra hiciera tales proposiciones. El *Monitor* prusiano lanzó un radical mentís á un periódico francés que atribuia la moderacion de Bismark en el parlamento aduanero á los buenos oficios de Inglaterra. Y la *Gaceta de la Cruz* sonaba el clarin guerrero y decia que todo habia de acabarse con ese recurso supremo de los cañones, la última razon de los reyes.

Mientras tanto, contra todas nuestras pre-

visiones, el Emperador de Austria sancionaba las últimas leyes religiosas. El clero perdia su intervencion en la familia y su intervencion en la escuela, esa segunda familia del alma. Las declamaciones, las amenazas, las intrigas empleadas para conjurar esta gran reforma no tenian número. Obispo habia, de esos constantes y fuertes en predicar sumision á todos los poderes tiránicos, que se levantaba airado en su silla episcopal, y dirigiéndose al Imperio, le afirmaba su decision de no obedecer ni cumplir las nuevas leyes, por contrarias á las leyes divinas. El siglo décimonono tiene por objeto principal realizar, formular en la práctica las ideas del siglo décimo-octavo. Su trabajo no es tan brillante como el trabajo del siglo anterior; pero es más útil, y acaso más difícil. Salvando el muro de bronce puesto en torno de la conciencia por las monarquías absolutas, las ideas filosóficas iluminaron el mundo. Las llamas de la inquisicion, que aún ardian, palidecieron en la inundacion de luz producida por aquel sol de las almas. Y el primer pensamiento formula-

do por la filosofía fué la separacion entre la Iglesia y el Estado, y el segundo pensamiento la tolerancia con todos los cultos, resultado forzoso de la libertad para todas las ideas. La sociedad obedece con alguna resistencia á las inspiraciones sublimes del pensamiento, como resiste el mármol y el bronce al cincel de los escultores. Pero al fin cede. El doble movimiento de la opinion protestante contra los privilegios de la Iglesia protestante en Inglaterra, y de la opinion católica contra los privilegios de la Iglesia católica en Austria, prueba cuán profundamente las ideas del pasado siglo se han arraigado en los ánimos, y cómo, á través de infinitos obstáculos, modifican la realidad é impulsan hácia sus altos destinos á las sociedades modernas. Los que se oponen á este gran movimiento han perdido completamente ese órgano precioso, que debe llamarse el sentido ó el conocimiento del siglo. Así en su ceguera se hieren contra todos los objetos que las nuevas ideas van haciendo brotar en la órbita incalculable del progreso. Acababa de morir por entonces uno

año 1848 perteneció á la Asamblea de Francfort defendiendo la idea de una gran pátria alemana. Despues de Sadowah, el Emperador vencido invocó el auxilio del partido liberal. Muhlfeld se lo prometió á cambio de la destruccion del Concordato, esa cadena del Austria. Vió realizada su obra. Habiéndole brindado una cartera, la renunció, porque amaba las grandes reformas para su pátria y no las grandes posiciones para sí, desinteresado como todos los poseidos por el amor sublime de las ideas. Atacado de un mal de corazon en el Parlamento, en el campo mismo de batalla, murió despues de tres meses, viendo con alegría sancionadas las leyes, á cuyo cumplimiento fiaba la salvacion de su pátria. Abogado ilustre, hombre público distinguidísimo, jefe de un partido llamado varias veces al poder, murió tan pobre que sus amigos debieron proveer á los gastos de su entierro. Viena le lloró como deben llorar todos los pueblos agradecidos á sus grandes ciudadanos.

Sancionadas ya las últimas leyes políticas;

las relaciones entre Roma y Viena quedan rotas. Sin embargo, el embajador Begssemburg salía, y tenia yo la plena seguridad de que no alcanzaria concesion alguna del Papa. Pio IX vibra todavía sus rayos despuntados en la cima del Vaticano. Se parece al pobre Júpiter que nos pintaba tan admirablemente Luciano en sus obras, modelos de excelente ironía, cuando los dioses antiguos espiraban uno á uno, y se perdian como gotas de agua caidas de un cielo tempestuoso en el profundo Océano formado por el nuevo espíritu, que se inspiraba ya en las revelaciones del cristianismo.

Extraños destinos en verdad los de Pio IX. Pocos hombres, tal vez ninguno en el presente siglo, han excitado tanto y tan ardiente entusiasmo. Su voz despertó la revolucion de 1848 en el mundo. Venia, despues que Lammainais acalorara los ánimos con su estilo bíblico lleno de brillantez y de energía, anunciando la reconciliacion eterna del cristianismo y la democracia. En este sistema histórico y político, Cristo era presentado como el precursor de la libertad y su doctrina

[redacted]

de igualdad y de fraternidad, doctrina esencialmente republicana, como el prólogo de nuestras edades, como el decálogo de nuestros derechos. Sorpresa grande fué para el mundo ver subir á la cátedra pontificia, inmóvil, imperturbable, que parecia el asiento de las antiguas sociedades, un hombre resuelto valerosamente á arrancarla de su serena region de lo pasado, para lanzarla en el Océano de nuestras dudas, de nuestros dolores, de nuestras zozobrosas esperanzas. El mundo respiró. La batalla entre nuestra fé y nuestro derecho habia concluido. La cruz que habíamos abandonado, presidia las legiones de la libertad, como coronaba la diadema de los reyes. El templo, el hogar que tantas veces habian sido contrarios á nuestras ideas; los sentimientos de la familia que tantas veces se habian vuelto contra nuestras reformas; la mujer, sobre todo la mujer, que parece la estátua misteriosa de todas las urnas funerarias, la sacerdotisa por generosidad de todos los cultos moribundos, volvia con la sonrisa en los labios y el ámor en el pecho, á

comulgar en comunidad de ideas con su familia. Pero de pronto se rompe este hechizo pasajero, se acaba esta seductora esperanza, y renace la antigua guerra, la antigua discordia, porque Pio IX ha vuelto á maldecir de nuevo nuestra libertad.

A haber podido, nos trae el Papa de la libertad el terrible presente de la renovacion de las guerras religiosas. Urge, pues, llegar á la separacion de la Iglesia y del Estado, y llegar lo más pronto posible, exclamaban todos los liberales. Así, la Iglesia será libre para hacer cuantas declaraciones le plazcan, sin que pasen de apotegmas morales á leyes coercitivas. Y el mundo hubiera asistido al concilio que á la sazon se anunciaba, con respeto, con veneracion; pero decidido á no dar á sus decisiones más importancia que aquella que tienen las varias controversias y las diversas ideas de las sociedades científicas, políticas ó religiosas, que á cada paso suelen reunirse tanto en Europa como en América.

de pronto, el Papa pensaba más en las que en las ideas, y más en el ejército

[redacted]

que en el Concilio. Atronaban todos los periódicos reaccionarios los oidos con el himno de alabanzas cantado en honor de los jóvenes canadienses que, desde las selvas de América, desde las maravillosas riberas del Niágara, movidos por una fé como la de Pedro el Ermitaño, venian á las cenizas de ese gran cementerio llamado Roma, á las ruinas calcinadas de la ciudad eterna, al suelo estéril lleno de hosamentas, sólo por sostener con sus robustos brazos en los campos de batalla la autoridad del Pontífice. Algunos de ellos habian dado una prueba bien extraña de su fé religiosa, habian cambiado el traje de la Iglesia por el traje del ejército, el convento por el cuartel, y los breviarios por los fusiles, como si en nuestro tiempo la vida militar fuese algunos grados más perfecta que la vida religiosa para alcanzar y merecer el cielo. Más parece que la profesion de soldado del Papa es preferible en los cánticos religiosos de la prensa bienaventurada, que en las tristes asperezas de la realidad. El suelo romano despedia mortíferas calenturas. Y los

comulgar en comunidad de ideas con su familia. Pero de pronto se rompe este hechizo pasajero, se acaba esta seductora esperanza, y renace la antigua guerra, la antigua discordia, porque Pio IX ha vuelto á maldecir de nuevo nuestra libertad.

A haber podido, nos trae el Papa de la libertad el terrible presente de la renovacion de las guerras religiosas. Urge, pues, llegar á la separacion de la Iglesia y del Estado, y llegar lo más pronto posible, exclamaban todos los liberales. Así, la Iglesia será libre para hacer cuantas declaraciones le plazcan, sin que pasen de apotegmas morales á leyes coercitivas. Y el mundo hubiera asistido al concilio que á la sazon se anunciaba, con respeto, con veneracion; pero decidido á no dar á sus decisiones más importancia que aquella que tienen las varias controversias y las diversas ideas de las sociedades científicas, políticas ó religiosas, que á cada paso suelen reunirse tanto en Europa como en América.

Por de pronto, el Papa pensaba más en las armas que en las ideas, y más en el ejército

[redacted]

que en el Concilio. Atronaban todos los periódicos reaccionarios los oidos con el himno de alabanzas cantado en honor de los jóvenes canadienses que, desde las selvas de América, desde las maravillosas riberas del Niágara, movidos por una fé como la de Pedro el Ermitaño, venian á las cenizas de ese gran cementerio llamado Roma, á las ruinas calcinadas de la ciudad eterna, al suelo estéril lleno de hosamentas, sólo por sostener con sus robustos brazos en los campos de batalla la autoridad del Pontífice. Algunos de ellos habian dado una prueba bien extraña de su fé religiosa, habian cambiado el traje de la Iglesia por el traje del ejército, el convento por el cuartel, y los breviarios por los fusiles, como si en nuestro tiempo la vida militar fuese algunos grados más perfecta que la vida religiosa para alcanzar y merecer el cielo. Más parece que la profesion de soldado del Papa es preferible en los cánticos religiosos de la prensa bienaventurada, que en las tristes asperezas de la realidad. El suelo romano despedia mortíferas calenturas. Y los

soldados desertaban huyendo de la fiebre, de la muerte. El Papa trataba de retenerlos con espectáculos y con revistas. Por aquellos dias, celebró una en el campo desde donde Anníbal contemplaba con mirada codiciosa la ciudad eterna, para arrancarla de la tierra. Las tropas formaban un cuadrado. En su centro, habia un altar. Al aire libre, rodeado de los desolados campos y las majestuosas ruinas, teniendo el cielo por dosel, la naturaleza entera por templo, el Papa ofreció á Dios el sacrificio de la Misa. En aquel mismo instante, se desataron las nubes en torrentes de lluvia. Y cuando el Papa alzaba la hostia, un relámpago vivísimo cruzó la inmensidad y resonó por los espacios un largo trueno. Confieso que la ceremonia debia ser imponente. Desde luego, en ella habia más aroma religioso que en las carnavalescas procesiones de San Pedro. Pero héte aquí un periódico jesuita diciendo que el Papa desafiaba en aquel momento los malos espíritus del aire. ¡Qué idea de la naturaleza! Mal espíritu el fluido que sostiene la combustion de la vida, el agua que

abreva los campos, la nube en cuyas fecundas entrañas viene la abundancia, el fuego eléctrico que devora los miasmas y dá salubridad y trasparencia á la atmósfera, ¡qué blasfemia contra Dios y contra sus obras!

Mientras tanto, el Emperador Napoleon procuraba establecer la paz entre Italia y la Santa Sede, paz cada dia más dificultosa. Las condiciones que el gobierno italiano proponia para un *Modus vivendi*, eran las siguientes: Restauracion del tratado de Setiembre, pago de la Deuda pontificia por Italia, evacuacion inmediata del territorio romano por las tropas francesas, establecimiento regular de aduanas en las respectivas fronteras, recíproca extradicion de malhechores, abolicion de pasaportes, paso libre de las tropas italianas por los ferro-carriles romanos, persecucion simultánea de los bandidos por los dos ejércitos, permiso á las tropas italianas para entrar en la persecucion hasta el territorio pontificio, libertad de los presos políticos, ciudadanos de Italia, que Roma tenia por tanto tiempo en sus calabozos. Ningun gobierno

italiano concederá lo que concedió el gobierno de Menabrea. Y sin embargo, el Papa nunca aceptara esas condiciones que implican una debilitacion de su definitivo *Non Possumus.* La verdad es que la cuestion romana sólo podia resolverse ó por el triunfo de Roma sobre Italia, ó por el triunfo de Italia sobre Roma. Mientras no se llegara á uno de estos resultados, Roma habia de ser un muro de bronce entre la Italia del Norte y la Italia del Mediodía, un semillero de conspiraciones borbónicas, un lago muerto, emponzoñado, que envenenase el aire en todo el resto de la península, y que mantuviese su libertad en ese estado enfermizo, inquieto, parecido al de los pobres cuerpos tocados por una raquitis material y moral, que nunca pasan de la infancia. Y no mostraba la córte romana síntomas de flexibilidad. Con motivo de las reformas austriacas, volvia á revelar su implacable ódio á la libertad. Los obispos, obedeciendo la voz soberana de Roma, se negaban á cumplir las reformas, á obedecer las autoridades civiles. La irritacion era tan grande, que el órgano de

[redacted]

Roma en la prensa francesa, Mr. Veuillot, llamaba con redoblados llamamientos la democracia contra el Austria, y presagiaba un pueblo santo en sustitucion del santo Imperio. Desesperados debian los teócratas andar, cuando á tales recursos apelaban ¡ellos! los eternos aliados, de todos los tiranos. La democracia europea es enemiga del Imperio, pero no intenta poner sobre sus ruinas la teocracia de la Edad Media, la institucion contraria al más fundamental de todos los derechos, á la libertad de pensamiento. Una prueba tenia de ello el órgano clerical en la grande peregrinacion organizada en aquel tiempo por la democracia de Bohemia. Los representantes de este país fueron á Constanza, y allí, á las puertas de la histórica ciudad, á la orilla del lago, entre las selvas alpestres, consagraron un recuerdo al mártir de la libertad, Juan Hus, precursor de la reforma, víctima sublime, como Savonarola, de las implacables iras clericales. La democracia es la libertad, y la libertad principia en la conciencia.

Los clericales no comprendian que se ave-

cinaba una guerra, y que en una guerra podian perderlo todo. Y sin embargo, por instinto de perdicion tocaban más que ningun otro partido á rebato. Y todos los dias señalaban hácia Alemania.

La obra de la unidad alemana continuaba á despecho de tantas y tantas vociferaciones. Bismark conoce bien á sus compatriotas, sabe á ciencia cierta sus crísis futuras, y aprovecha todo cuanto hay de nervioso bajo su lustrosa grasa, para pulsar en ellos las cuerdas vibrantes siempre del patriotismo. El Parlamento aduanero recorrió una larga série de estaciones gastronómicas, del real palacio de Berlin, al real palacio de Postdam, y del real palacio de Postdam á la libre ciudad de Hamburgo, y de la libre ciudad de Hamburgo á la escuadra, donde en presencia de dos infinitos, el mar y el cielo, se lanzaron contra Francia ardientes brindis inspirados por vino francés. A los brindis del Parlamento sucedieron los artículos de los periódicos alemanes. Algunos de ellos llegaron á decir que si persistia Francia en dirigir la política ale-

mana á su antojo y vedar el movimiento de los pueblos de allende el Rhin hácia la unidad, pudiera muy bien arrepentirse como en mil ochocientos quince, de su soberbia. Los ministros, los áulicos franceses corrieron al gabinete del Emperador á llevarle estos artículos guerreros y moverle á pedir explicaciones al gobierno aleman. Pero el Emperador, más cuerdo de ordinario que sus amigos, les mostró cuán digna era la reserva y cuán inútil preocuparse de cuanto dice la prensa allende y aquende el Rhin, cuando él mismo no ha sido fuerte á contener la prensa francesa consagrada en su mayor parte á demoler el Imperio.

Mientras tanto, el ejemplo de Austria liberalizándose, para contrastar la influencia de Prusia, se extiende por toda Alemania. La libertad es difusora, contagiosa. La abolicion de la pena de muerte ha sido votada casi unánimemente en Sajonia. Durante las tres largas discusiones que este problema social suscitara, fué siempre el Príncipe heredero uno de los más fieles á las ideas liberales y

uno de los más prontos á votar por la conclusion de este último resto de las edades bárbaras. En cambio el Obispo católico Forwek votó á favor de la pena de muerte. Por todas partes se arruinan sobre el suelo feudal de Alemania las instituciones de la Edad Media.

Hay dos sentimientos que viven hoy con igual fuerza en Alemania. Es uno el sentimiento de libertad, es otro el sentimiento de pátria. El ilustre jefe del partido avanzado, Jacobi, acababa de publicar un manifiesto que tengo por ideal de la política del porvenir, y que pongo á la altura del discurso de Fichte á los alemanes, uno de los más gloriosos monumentos de la política nacional. Dolia ver hombres como Simon de Treves, que han sido condenados á pena capital por liberales y que arrastran veinte y ocho años de triste destierro, inclinados á la política austriaca con preferencia á la política prusiana. Pero este divorcio entre sus más ilustres servidores y la nueva Alemania, dimana del divorcio establecido por Bismark, entre la pátria y la libertad. Jacobi sostiene con gran copia de ra-

[redacted]

zonamientos y grande calor de estilo que la forma de gobierno más racional, más en armonía con el temperamento aleman y las tradiciones germánicas, la que se deriva de su historia y satisface sus necesidades presentes, no es un imperio unitario, centralizado, militar, especie de vasto cuartel como Francia, fatal modelo, sino una República que realice esta ley de la verdad y de la hermosura, reflejo de las leyes de la naturaleza, la unidad y la variedad, cimentada en bases indestructibles.

CAPITULO LXV.

DECADENCIA DEL EMPERADOR, ENGRANDECIMIENTO DE PARIS.

¡Qué diferencia en esta época, de aquella época en que activo, inquieto, soñando con grandes proyectos, poniendo mano en la política interior de los diversos paises, creia al Imperio destinado al fin civilizador de unir las razas, de aglomerar las nacionalidades, de cambiar por completo el mundo, con la norma suprema de infundir el espíritu revolucionario en el seno de las antiguas instituciones, sin que pierdan ni su naturaleza, ni su forma, aunque asentándolas sobre el dogma de la soberanía popular y derivándolas del sufragio universal.

Recuerdo que en esta época de la juventud del Imperio y del Emperador, un gran número de escritores que podria citar si no temiese distraer inútilmente la atencion de mis lectores, profetizaban al bonapartismo una especie de misteriosa mision evangélica; un mesianismo de nuevo género, á cuyo término estaba no sé qué unidad de los espíritus, no sé qué concentracion de las razas; una de esas infinitas utopias sociales, cuyos falsos espegismos han deslumbrado á tantas generaciones. Con el rumor de estas ideas en la mente, el Emperador mandaba sus tropas á Crimea, á Italia y á Méjico. Aunque todas estas expediciones eran contradictorias; aunque en unas se heria al Papa de Oriente y en otras se salvaba al Papa de Occidente; aunque unas mantenian la independencia de los pueblos y otras la negaban; aunque en Puebla se cañoneaba el principio defendido en Solferino, aunque en Cochinchina se hablaba de emancipacion y en América se iba á servir la causa de los plantadores, de los mercaderes de carne humana, todas estas expediciones nacian de la idea de

disciplinar en un Imperio, en una confederacion de Imperios la raza latina, y pondrá á su frente, sobre alto trono, un archi-Emperador, una especie de reproduccion de César y Carlo-Magno.

Pero en 1867 y 68 todas estas ideas se habian extinguido completamente. Los periódicos declaraban que el Emperador estaba en las fiestas de Rouen como abatido, y de mal humor. Es verdad. Y habia razon para tal abatimiento. En el segundo período del nuevo Imperio, se ha repetido el fenómeno del segundo período del primero, aunque en menor escala. El mundo, si no ha entrado en plena democracia, camina rápidamente hácia la democracia. Esta época de verdadera elaboracion social, se conoce en el advenimiento del cuarto estado, del pueblo á la vida pública. Y con el advenimiento del cuarto estado coincide la imposibilidad completa de que un sólo hombre, ni el mayor escritor, ni el mayor político, ni el mayor guerrero, se apodere de la voluntad ó de la conciencia de un siglo. Así como hubo reaccion contra la conquista ma-

terial del mundo intentada por Napoleon I, la hubo contra la direccion moral del mundo intentada por Napoleon III. Y la caida del trono de Méjico, y la enemistad de Italia, y la unidad alemana, y el despertamiento del espíritu público en Francia, eran las señales de esta nueva crísis que Napoleon deseaba con grande prevision atravesar, en álas de la libertad. Pero la libertad es de suyo inquieta, ruidosa, agitada; es como el viento, como el oleaje, como la vida, llena de contradicciones, llena de luchas, llena de crísis, que son peligrosas para los poderes permanentes, más peligrosas todavía para los Césares plebeyos, pero saludables, muy saludables para la sociedad.

No hay viaje del Emperador que no vaya acompañado de algun misterio ó seguido de alguna emocion. Así el viaje de Rouen no se ha eximido de esta ley general de los viajes imperiales. Al dia siguiente se despertó *Le Pays*, diciendo que habian sido presos por la policía tres sugetos sospechosos de atentar á la vida de Napoleon III. Este periódico representaba la extrema derecha del bonapartismo.

Y creia que desde la última fase de la política liberal en que habia entrado el Imperio todas las malas pasiones se habian desencadenado como furias del Averno sobre Francia. Y pedia la censura contra los periódicos, la ley de sospechosos contra los ciudadanos, el silencio para que las elecciones fueran meramente una explotacion de los ultramontanos, un conciliábulo de reaccionarios, que convirtiera en cofradía el sufragio universal, y la tribuna en púlpito. *El Constitutionnel* que representaba el centro derecho y estaba muy en armonía con las últimas reformas, desmentia que hubiera habido atentados, ni pensamiento de atentado, ni sospechosos, ni presos por la policía. Pero lo cierto es que el Imperio temblaba ante su propia sombra.

Bien es verdad que, segun ha dicho Thiers, se han cometido muchas faltas. Una de las mayores, tal vez la mayor, ha sido aglomerar en la cabeza de París toda la vida de Francia, aún á riesgo de una apoplegía. Yo sé bien, que este predominio de la ciudad de París, proviene de una causa; de los esfuerzos in-

mensos que ha hecho Francia para constituir una fuerte y uniforme nacionalidad; y de lo mucho que necesitan las nacionalidades muy fuertes, muy uniformes una grande capital. Cuando el inglés ocupaba las costas del Océano, y el aleman los campos de Alsacia, y el español parte de la vertiente oriental del Pirineo, y el italiano parte de la vertiente Occidental de los Alpes; cuando se encontraba esta poderosa nacionalidad francesa, que habia de ser como un sol, disgregada, separada, confusa como un caos; circuida por todas partes de extrañas nacionalidades que la ahogaban, era necesaria una ciudad que fuese como el núcleo, en torno del cual pudiese condensarse la materia cósmica de que se forman las nacionalidades, y convertirse el cometa errante, vaporoso, sin órbita, sin forma definida, en planeta habitable por una poderosísima é ilustre raza. París fué ese centro. Luego vino la revolucion. Los peligros de la nacionalidad francesa se redoblaron con la liga de los reyes, y se centuplicaron al par los servicios de París. Así quedó

ejerciendo sobre Francia una gran dictadura con aquella convencion, cuyos crímenes se van como una sombra, cuyas virtudes quedan, para probar que es siempre la virtud la semilla de la inmortalidad y de la gloria. Y todavía en el desnivel intelectual que existe entre París y las provincias, el influjo moral de París se conserva, como un poder de la inteligencia sobre la ignorancia, de la idea sobre el instinto. Pero yo creo que el Imperio, el segundo Imperio fué una reaccion del espíritu de los campos contra el espíritu de París. Así el Imperio residia en medio de aquella populosa ciudad, y no pudo jamás conquistarla. Á cada eleccion París le enviaba diputados anti-dinásticos, diputados, cuya significacion es esencialmente republicana. Y, sin embargo, el Imperio ha hecho por París toda suerte de sacrificios, lo ha dotado de calles interminables, de paseos encantadores, de casas colosales, de aguas, de luz, de aire. Y ha aumentado el predominio de París sobre Francia, y el encanto que París tiene para los extranjeros. Pero destruir y levantar una

[redacted]

ciudad en quince años, obra es que, acaso no haya visto ninguna otra vez la historia. El martillo demoledor y la escuadra reconstructora se han movido con igual presteza. Casas recien hechas han caido; calles recien levantadas se han borrado de este suelo, como pudiera borrarse el paso de una caravana en el desierto; para comunicar el abigarrado teatro de la Ópera con el teatro francés, la piqueta entra por barrios tan centrales, que podríamos llamarles sin exageracion la espina dorsal de París. Y, sin embargo, este gran reconstructor que ha levantado en quince años una ciudad nueva, grandiosa, babilónica, en el sitio mismo donde se levantaba una ciudad confusa, estrecha, súcia, oscura; este hombre de las grandes construcciones, jamás acertó con una construccion hermosa. Tiene el sentimiento de lo grande, de lo colosal; pero no tiene el sentimiento de lo bello. Dios ha hecho la ballena gigantesca y muda; en cambio ha puesto en el pequeño ruiseñor, en su breve cuerpo, esas largas sartas de notas amorosas que derraman poesía dulce y melancó-

lica en la soledad de los bosques. Cuando se vuelve de Italia, cuando se han visto plazas como la plaza de la Señoría, palacios como los palacios de Florencia, calles como el Corso de Roma, apenas se puede sufrir el París de Haussman, esta larga fila de cuarteles alineados como compañías, estirados como centinelas, y con adornos de uniforme. Se han abierto diez y seis leguas de calles, se han construido sesenta y cuatro mil metros de edificios, se han gastado ocho mil millones de reales; y no hay ni una sola piedra que sea bella. El Nuevo Louvre es el edificio más grande del mundo, y por fuera parece una casa de vecindad; la nueva Ópera es el más rico, y parece un ramillete de confitería, una caja de bombones. ¿Dónde está la belleza del palacio de los Duxs en Venecia, la elegancia de los patios del Vaticano en Roma, la ligereza, la esbeltez del maravilloso alcázar de Toledo? En ninguna parte. La arquitectura es siempre un arte simbólico. El coloso en Oriente, la columna coronada de acantho en Grecia, el arco triunfal en Roma, las severas

líneas bizantinas en los tiempos místicos de la Edad Media, el gótico en el siglo décimo-tercio, el gótico florido en el siglo décimo-quinto, la resurreccion de los tres antiguos órdenes, cuando resucitan las tres edades clásicas de la antigüedad, en el siglo décimo-sexto; un convento severo, como el Escorial, para sombrías familias como la familia de los Austrias, esos monges; un palacio sensual, como Versalles, para familias glotonas, y epicúreas como los Borbones, esos farsantes; cuarteles sobre cuarteles, para simbolizar el París de los Bonapartes, arrancado á la libertad en una noche por cien mil pretorianos que lo convirtieron en su campamento. Y para hacer esto se creó una dictadura municipal, como acaso no se haya visto otra en el mundo. París no podia elegir su ayuntamiento. Los proyectos de Haussman eran más que golpes de piqueta, golpes de estado. Ni un concurso, ni una discusion prévia. Dios no creó el mundo con más imperio. Y, sin embargo, en todos sus cálculos se engañaba este albañil-Papa, este prefecto infalible.

Baste decir, que los trabajos para hacer viables la segunda red de calles, se calculaban en cuatrocientos millones de reales, y costaron mil doscientos. En sesenta y cuatro, prometia concluir los trabajos de París con mil cuatrocientos millones de reales, y confesó despues que habia gastado dos mil ochocientos cuarenta. Esto es enorme. Ponerse á calcular y engañarse en mil y tantos millones, eso no ha sucedido nunca, ni á nadie. Por aquel camino la ciudad de París iba derecha á la bancarota. El déficit podia llegar á doscientos millones de reales por año. La continuacion del sistema necesitaba un empréstito de mil millones cada tres años. La contribucion impuesta sobre las materias de construccion á cincuenta y dos millones; pero este recurso habia de concluir el dia que concluyeran las construcciones. Cuatrocientos mil trabajadores de París mantenia el Estado. Y esto lo hacian esos mismos reaccionarios que crearon el Imperio, para salvar á Francia de los escollos del socialismo. Así notaba con dolor, que mientras el consumo de la carne, y de la leña

[redacted]

permanecia estacionario, el consumo del vino y las bebidas espirituosas tomaba proporciones inverosímiles. La ciudad de París pagó treinta y seis millones de reales por las carnes de que se alimentó el año sesenta y tres, y pagó en 1867 unos diez millones; se aumentó poco el consumo. Pero en cambio pagó por consumo de vino el año sesenta y tres, ciento treinta y seis millones de reales, y pagó el año 1868 ciento setenta y dos. Cualquiera diria que esta gran ciudad se embriagaba como Baltasar en festines sin fin, para no ver dibujarse en los caliginosos aires las proféticas cifras que le anunciaban espantosas catástrofes. El terror fué tal, que despertó á los poderes públicos. Y el Cuerpo legislativo se ocupaba de un contrato monstruoso entre el Prefecto de París y el crédito territorial, contrato en que violaron todas las leyes. Mr. Haussman fué en aquellos quince años la paz del Imperio. Su obra ha entrado en el largo decálogo de las razones de Estado. Así es, que todo el mundo oficial tomaba por desacato el empeño de la oposicion parlamentaria en recla-

[redacted]

mar, como era de su deber, una larga investigacion sobre la dictadura de este doble prefecto de la ciudad y del palacio. «Se piden economías al municipio, gritaba el Prefecto.» ¿Y por qué no comienza dando ejemplo al Cuerpo legislativo? Lo cierto es, que el Imperio veia volverse contra él todas sus obras, convertirse en títulos de cargo y acusacion todas sus glorias.

[redacted]

CAPITULO LXVI.

VENCISTE, GALILEO.

Las ideas de Francia, su posicion geográfica, su poder político influyen de tal manera en el mundo, que cuanto aquí sucede, trasciende á todas las naciones. Aquella desmedida influencia que España tuvo en el siglo décimo-sexto por sus armas, la ha tenido Francia en el siglo décimo-nono por sus ideas. Y sucede un fenómeno bien digno de estudiarse. Piensa, trabaja, elabora doctrinas Francia, y piensa, y trabaja, y las elabora para el extrajero. Ora sea que le falte el sentido político que es eminentemente práctico;

ora sea que no comprenda bien las mismas ideas por ella difundidas, como los oráculos antiguos que hablaban sin saber el sentido de sus sentencias, la Francia de nuestro tiempo no conoce, y por consiguiente no practica las ideas fundamentales de su revolucion, las ideas de libertad, que habian elaborado sus filósofos, defendido sus héroes, santificado sus mártires. Y no se diga que al ménos conoce la igualdad. Este principio no existe con toda su admirable sencillez en el país de las condecoraciones, de los privilegios para los más altos industriales, y del depósito para los más altos magisterios del espíritu, por ejemplo, para la prensa. Desde muy antiguo, en el tiempo mismo de la revolucion, cuando parecia que la individualidad iba á brotar y á desarrollarse con más pujanza, el Estado tomó las proporciones gigantescas, monstruosas que hoy tiene, y acaparó religion, enseñanza, arte, las más augustas facultades de la inteligencia humana, los derechos más sagrados del espíritu. Así es, que por la fuerza misma de este poder inmenso, tomó la forma

propia de toda omnipotencia del Estado, la forma monárquica, y se personificó en un hombre. Y el hombre que á la sazon personificaba el Estado en Francia, era Napoleon. Y las palabras que Napoleon decia desde su altísimo trono, resonaban con grande y poderoso eco en todo el mundo. Hasta América tenia que oirlas y estudiarlas. Pasaron los tiempos en que América se creia, con el orgullo propio de la juventud, capaz de desarrollar su democracia fuera, aparte de la democracia universal. Cuando los Caínes del Sur hirieron el seno de la pátria de Washingthon; cuando en los primeros momentos de la sublime lucha, la fortuna fué en Manassas adversa á la justicia; cuando parecia que la bandera de los esclavos iba á flotar sobre el Capitolio de la libertad, antes de la victoria de Richmond, la vieja Europa intentó llevar al nuevo mundo que habia nacido en los dias en que el Renacimiento lucia y la Reforma alboreaba, para ser el santuario de la democracia, intentó llevar allí sobre las ruinas de la República, próxima á perder su eterno ejemplo

del Norte, nuestras gastadas monarquías. Por consecuencia, la causa de la libertad es solidaria en todos los pueblos, como el espíritu humano es uno en todos los hombres. Y siendo la causa de la libertad solidaria en todo el mundo, y Napoleon el César, el dictador, el enemigo implacable de todas las manifestaciones del pensamiento, invocaba, al aproximarse su ruina, el aire vital de la libertad. ¿Por qué causa?

El Emperador Napoleon se dirigia solemnemente á Francia. Desde luego el acontecimiento extraordinario que hiere la vista del Emperador, que llama su atencion, es el acontecimiento que embargaba el ánimo de toda Francia, la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa. Este acontecimiento puede ser considerado desde dos puntos de vista: desde el punto de vista europeo y desde el punto de vista francés. Para Europa la formacion de una grande Alemania era un progreso como ha sido un progreso la formacion de una grande Italia, porque no se encuentra así á merced del poder exclu-

sivo de Francia. Desde el punto de vista francés la cuestion cambia. Para Francia la formacion de una poderosa Alemania en el centro de Europa era un gran retroceso, porque así menguaba su influencia casi exclusiva en el mundo occidental. Habia que escoger uno de estos dos puntos de vista. Por el primero Prusia merecia un elogio; por el segundo una censura. El Emperador se quedó en cierto término medio. Ni alabó, ni condenó sin reserva la revolucion acontecida en Alemania. Dijo sólo que venia á justificar unas palabras del Emperador en el Memorial de Santa Helena, las cuales anunciaban la formacion de grandes nacionalidades como preliminar á los Estados-Unidos de Europa. La invocacion del nombre cíclico del Emperador era siempre un gran recurso para su dinastía, puesto que aún la cubria con sus alas jigantescas la sombra del gran génio del Imperio. Pero Napoleon I, que como soldado es acaso el primer soldado de la historia, como político es una deplorable medianía. Si para conocer el espíritu de su siglo, si para

caminar al paso de las ideas hubiera tenido la mirada de águila que tenia para abrazar un campo de batalla, y la agilidad que tenia para marchar á la cabeza de un ejército, indudablemente hubiera sido el redentor de Europa. En política interior dudaba siempre entre una dictadura revolucionara y un imperio á lo Carlo-Magno; entre el antiguo y el nuevo derecho. Solo por estas dudas se comprende que teniendo el óleo del sufragio del pueblo, fuera á buscar el óleo de la consagracion del Papa. En política exterior supo escribir en Italia la página inmortal de Marengo; en Alemania la página inmortal de Jena y Austerlitz; tener á sus pies por un momento aguardando trémulos las palabras que cayeran de sus lábios á todos los reyes de Europa. Pero, ¡ah! que no tenia el látigo único con que pudo marcarles de ignominia el rostro, y arrancarles de las sienes la diadema; no tenia el látigo de la revolucion, tan poderoso como ese ígneo látigo de Dios que se llama el rayo. Así es que al uno le pidió su amistad, al otro u hija, cuando hubiera podido uncirlos á to-

dos á su carro. Debia haber destruido á los reyes, y los cobijó bajo su manto. Debia haber levantado á los pueblos, y les hirió en su independencia. Nunca supo qué hacer ni en Italia ni en Polonia, que le seguian ciegas por aquella odisea de sangrientas batallas, aguardando en vano á que cayera de sus manos, que habian destrozado las coronas de los reyes, el acta de la emancipacion de los pueblos. Y despues que recogió en Waterlóo la cosecha de todos sus errores, debiera haber apelado al silencio como su supremo refugio, y á la historia como su juez supremo. Y sin embargo, escribió tantas y tantas contradicciones en el Memorial de Santa Helena, que bien se veia cómo aquel hombre le faltó siempre la direccion suprema de un gran talento político. Que el Emperador anunció la confederacion de los pueblos. Ese anuncio está escrito en caractéres indelebles en toda la historia moderna. Pero conviene pensar, y conviene decir que tantas ambiciones coronadas, tantos ejércitos armados hasta los dientes, tantos gobiernos enemigos de los

pueblos, tantas inmolaciones de la libertad; todo lo que presenciábamos en esta vieja Europa, lejos de acercar la hora de la confederacion de los pueblos, la alejaba. Se habian sembrado por todas partes recelos. Bélgica recelaba de Francia, Suiza de Prusia, Italia de Europa entera, que la queria tener clavada en la picota del poder temporal de los Papas. Para llegar á ese resultado, era un grandísimo obstáculo tambien otra doctrina que sustentaba Napoleon. Pedia el armamento de Francia, en vez de pedir el desarme de Europa.

Yo creo que la Europa no puede ser rica mientras se dispendien en la guerra las sumas que debian consagrarse al trabajo. Yo creo que la prueba mayor de su fuerza que Francia hubiera podido dar al mundo en aquella época tan crítica, hubiera sido arrojar lejos de sí, como si le quemara su contacto, las bayonetas, que son todavía un muro de bronce levantado entre nacion y nacion, un obstáculo inmenso á la reconciliacion de todos los hombres en el seno del derecho moderno. Para llegar

á los Estados-Unidos de Europa, es necesario imitar los Estados-Unidos de América. Y los Estados-Unidos de América, despues de haber empleado sus ejércitos hechos en un dia; sus ejércitos, increibles por su número y por su disciplina, en la obra más meritoria del siglo presente, en la redencion del esclavo, los ha disminuido en un momento, obligándoles á convertir los instrumentos de guerra, es decir, de muerte, en instrumento de trabajo, que hacen brotar la vida de la tierra.

La más importante de las palabras de Napoleon III, era la promesa de libertad á Francia. Y la importancia estribaba nó tanto en lo que el Emperador prometia, como en lo que el Emperador proclamaba. Yo sé muy bien, yo tengo de ello una perfecta conviccion que el Emperador no podia dar la libertad á Francia, sobre todo, esa libertad completa, absoluta, que se dilata desde el pensamiento hasta el trabajo, que emancipa desde las asociaciones de los creyentes hasta las asociaciones de los obreros, esa libertad que abraza toda la vida y que consagra todo el dere-

cho. Yo sé muy bien que la libertad no puede nunca ser una concesion del poder, sino una conquista del pueblo. Yo sé muy bien que todos los poderes tienen un instinto de propia conservacion, el cual les manda imperiosamente no suicidarse, y la libertad concedida al pueblo hubiera sido el suicidio aceptado por el imperio. Yo en este punto no participaba de las ilusiones de Emilio Girardin y sus compañeros, que creian posible desarrollar la libertad entera, la libertad completa, á la sombra de un gobierno personal, casi absoluto como habia de serlo por necesidad siempre el gobierno de Napoleon III. Pero hay una confesion que debe recogerse y registrarse, una confesion impuesta quizá por ese doble oleaje de las ideas y de los hechos que marchan en progresion creciente á fundar la democracia en el mundo, la confesion de que no puede haber estabilidad para los gobiernos, dignidad para los ciudadanos, brillo para las artes, luz para las ciencias, moral para la familia, grandeza para las naciones, sin que se apoye todo en la libertad, que no será la

vida entera, el destino total del hombre; pero que es la condicion primera, el instrumento indispensable, para realizar toda nuestra vida y para cumplir todo nuestro destino. Es en verdad consolador para los que hemos consagrado nuestra pluma y nuestra palabra á la libertad, para los que hemos acudido en su defensa á todos los campos de batalla, para los que la llevamos como un culto en el corazon, como una luz en la conciencia, ver que aún los poderes fortísimos confiesan la existencia de otro poder más fuerte, que es la libertad. Se siente algo de la satisfaccion que debieron sentir los primeros cristianos, cuando despues de aquella inteligente reaccion de Juliano, inspirada por tan altos pensamientos, servida por tan grandes filósofos, proseguida con tan indomable constancia, le vieron vacilar y decir, llevándose la mano al corazon desgarrado por el mal logro de toda una vida ilustre, y por la debilidad de toda una obra jigantesca: «Venciste, Galileo.» Sí, hay que desengañarse. Crucificada, la libertad convierte su patíbulo en un trono, enter-

rada, la libertad convierte en una nueva cuna su sepulcro. Ella es como el espíritu humano, inmortal é incoercible. Los poderes que la han combatido, concluyen por sucumbir á su fuerza; los poderes que la han negado, concluyen por sucumbir á su evidencia. El principio de libertad es el principio humano por excelencia. El principio de libertad es el primer agente del progreso. Y sin embargo, escribo acerca de uno de los pueblos que ménos han comprendido la libertad. Lo cierto es que ya provenga de una tendencia constante del poder á conspirar contra la libertad, ó de una tendencia constante del pueblo á abusar de la libertad, su reinado ha sido siempre efímero. La Francia ha divorciado de una manera tristísima estos tres términos correlativos en toda la historia; ha divorciado la libertad de la igualdad, la autoridad del derecho, la sociedad del indivíduo. Ha creido que para ser verdaderamente democrática debia sacrificar el principio de libertad al principio de igualdad, ado estos dos principios son en la sociecomo la extension y la impenetrabilidad

de los cuerpos en la naturaleza, perfectamente armonizables. Ha creido que la libertad debia fundarse sobre las ruinas de la autoridad, ó la autoridad sobre las ruinas de la libertad, cuando las dos ideas se necesitan, la libertad para que de ella nazca la autoridad social, y la autoridad social para que haga coexistir todas las libertades y la libertad de todos. La autoridad y la libertad son como el tiempo y el espacio en el Cosmos. Ha creido que para ser libre debia renunciar el hombre á la sociedad, ó para ser social, á la libertad; cuando sociedad y libertad son como la fuerza centrífuga y la fuerza centrípeta en los planetas. Estos errores han hecho oscilar contínuamente la historia moderna francesa entre la dictadura y la anarquía. Y luego los apóstoles de la libertad en Francia han creido reunir á su causa, á su planteamiento, no sé qué especie de esperanzas fantásticas, de poemas épicos, de renovaciones misteriosas, de felicidad sensual, de goces materiales, de bienestar completo para el pueblo. Y como la libertad tiene cierta gloriosa auste-

ridad; como á ella va unido el derecho, y el derecho sólo puede hacer que cada hombre realice su propia vida, bajo su entera responsabilidad, cuando la libertad ha venido, y con ella no ha venido la realizacion de la utopía socialista, la Francia se ha creido engañada, y en su desencanto, ha abdicado su libertad. Además, cuando el pueblo francés ha sido dueño de sí mismo, no ha acertado á resolver estos dos grandes problemas, sin cuya solucion prévia toda libertad es imposible. Primero: reducir el gobierno á su menor expresion posible, quitarle toda suerte de facultades que puedan dañar al derecho. Segundo: realizar una amplísima descentralizacion administrativa. Pero de todos modos, cuando se veia al apóstata de la democracia invocando la libertad, el ánimo se elevaba á la antigua leyenda cristiana, que presenta al más hábil de los reaccionarios con profundísima herida en el alma, y esta palabra en los lábios: «Venciste, Galileo.»

[redacted]

CAPITULO LXVII.

MAS COMPLICACIONES.

¡El quince de Agosto! ¿Quién no habrá oido mentar la fiesta imperial? Un dia del año París se divertia. Pero el hombre tan fácil en buscar el dolor, tan rico de invenciones para matar, no tiene igual facilidad para buscar el placer, no tiene la misma inventiva para divertirse. Estamos en la moderna capital de Europa. El mundo entero le presta vasallaje como á la antigua Roma. Si aquella tuvo sus procónsules y sus pretores, tiene esta sus sastres y sus modistas.

A la fiesta imperial se consagraban cantida-

ridad; como á ella va unido el derecho, y el derecho sólo puede hacer que cada hombre realice su propia vida, bajo su entera responsabilidad, cuando la libertad ha venido, y con ella no ha venido la realizacion de la utopia socialista, la Francia se ha creido engañada, y en su desencanto, ha abdicado su libertad. Además, cuando el pueblo francés ha sido dueño de sí mismo, no ha acertado á resolver estos dos grandes problemas, sin cuya solucion prévia toda libertad es imposible. Primero: reducir el gobierno á su menor expresion posible, quitarle toda suerte de facultades que puedan dañar al derecho. Segundo: realizar una amplísima descentralizacion administrativa. Pero de todos modos, cuando se veia al apóstata de la democracia invocando la libertad, el ánimo se elevaba á la antigua leyenda cristiana, que presenta al más hábil de los reaccionarios con profundísima herida en el alma, y esta palabra en los lábios: «Venciste, Galileo.»

[redacted]

CAPITULO LXVII.

MAS COMPLICACIONES.

¡El quince de Agosto! ¿Quién no habrá oido mentar la fiesta imperial? Un dia del año París se divertia. Pero el hombre tan fácil en buscar el dolor, tan rico de invenciones para matar, no tiene igual facilidad para buscar el placer, no tiene la misma inventiva para divertirse. Estamos en la moderna capital de Europa. El mundo entero le presta vasallaje como á la antigua Roma. Si aquella tuvo sus procónsules y sus pretores, tiene esta sus sastres y sus modistas.

A la fiesta imperial se consagraban cantida-

des enormes. ¿Pues creereis que lograban divertir á París? Nada de eso. La fiesta comenzaba por una circular del arzobispo, diciendo que aquel tiempo en nada desdecia de los mejores tiempos de Francia. Dios nos libre de los amigos inhábiles. Cuando el arzobispo de París afirmaba, como artículo de fé, la grandeza del Imperio, daba prueba de que muchas gentes lo dudaban. Yo no he visto á ningun obispo escribir una pastoral para afirmar la claridad del dia. Pero lo más donoso del caso es que su eminencia afirmaba que veremos bien la grandeza de este nuestro tiempo cuando nos hayamos muerto. Si para tan largo me lo fiais.....

Además, yo creí que la primera autoridad religiosa de Francia profesaba, como buen católico mitrado, el dogma consolador del Infierno. Pero lo dudaba desde el punto en que le veia afirmar nuestra admiracion allá en la eternidad por el París del segundo Imperio y por su tiempo. Tiene París tantas seducciones, hay bailes tan provocativos, comedias tan agridulces, cafés-cantantes tan

verdes, cancioneros tan libres, mujeres tan amantes, can-canes tan contínuos y moralistas tan pesados, que en Dios y en mi conciencia os afirmo la imposibilidad para sus habitantes allá en la eternidad, de ver otra cosa que los tizones del Infierno, si no los ha extinguido la prosa de Voltaire.

Pero si admiramos no nos divertimos. La mañana comenzó por una de truenos, como si ya resonára el cañon de la guerra. Las nubes lloraban cual si ya vinieran los dias de Noviembre. Las hojas se caian y se pegaban secas al barro. Un manto ceniciento cubria el cielo. El dia anterior hubo revista; pero como se ignoraba si habria guerra ó habria paz, nadie sabia por qué entusiasmarse. Un silencio grave, solemne, pesaba sobre París, como si la gran ciudad presintiese que despues de quince años de sueño, se acercaba la hora de despertar, siquiera pára ver morir sus hijos en la frontera á una señal de su César.

En cuanto á la fiesta del quince, yo os hubiera desafiado á que os divirtierais como no llevárais dentro del corazon la fuente de la

alegría. Algunas banderas por las casas que más ó ménos dependian de la policía; nubes de mendigos que podian por una antigua tolerancia tener la libertad de pedir limosna; titiriteros ambulantes que de mala gana y con la tristeza propia en los habitantes de las grandes ciudades, empleaban sus fuerzas en ejercicios gimnásticos; teatros de balde, á cuya puerta se reventaban y en cuyo interior se ahogaban los concurrentes; y por la noche, un fuego de artificio sobre el arco levantado á todas las glorias militares; fuego brillante que se convertia en humo como las glorias militares de los pueblos.

Confieso que prefiero las austeras fiestas de la libertad. Yo estaba en Suiza el dia del jubileo nacional. La naturaleza tiene allí en sus lagos, en sus verdes colinas, en sus bosques, en sus cascadas, en sus montañas coronadas por las nieves eternas, una solemnidad que en vano buscaríais aquí en estas ciudades-mónstruos, donde las habitaciones de los hombres quitan la mayor parte de su solemnidad á los campos. No habia teatros, no

habia iluminaciones, no habia titiriteros, no habia ferias donde las sonámbulas dicen lo porvenir á pueblos que ni siquiera saben lo pasado. Nada de esto habia en Suiza. Pero en cambio se oian músicas de militares voluntarios, de soldados del pueblo, que entonaban los himnos de la naturaleza, unidos á los himnos de la libertad, himnos que parecian la voz de los lagos, uniéndose á la voz de las almas; en cambio, sacerdotes que predicaban la tolerancia universal, el respeto á todos los cultos, la fraternidad entre todos los hombres, la inviolabilidad de la conciencia humana, en el mismo sitio donde en siglos anteriores los protestantes quemaban á los católicos, y no lejos de sitios donde los católicos quemaban á los protestantes; sacerdotes llenos de elocuencia, que inspiraban la idea consoladora de que sobre las esferas celestes se alza el Dios de la verdad y de la justicia, trazando la ley de armonía en los espacios infinitos á los astros, y la ley de progreso en los infinitos tiempos, á los pueblos. Despues el pueblo reunido se entregaba á las expan-

des enormes. ¿Pues creereis que lograban divertir á París? Nada de eso. La fiesta comenzaba por una circular del arzobispo, diciendo que aquel tiempo en nada desdecia de los mejores tiempos de Francia. Dios nos libre de los amigos inhábiles. Cuando el arzobispo de París afirmaba, como artículo de fé, la grandeza del Imperio, daba prueba de que muchas gentes lo dudaban. Yo no he visto á ningun obispo escribir una pastoral para afirmar la claridad del dia. Pero lo más donoso del caso es que su eminencia afirmaba que veremos bien la grandeza de este nuestro tiempo cuando nos hayamos muerto. Si para tan largo me lo fiais.....

Además, yo creí que la primera autoridad religiosa de Francia profesaba, como buen católico mitrado, el dogma consolador del Infierno. Pero lo dudaba desde el punto en que le veia afirmar nuestra admiracion allá en la eternidad por el París del segundo Imperio y por su tiempo. Tiene París tantas seducciones, hay bailes tan provocativos, comedias tan agridulces, cafés-cantantes tan

verdes, cancioneros tan libres, mujeres tan amantes, can-canes tan contínuos y moralistas tan pesados, que en Dios y en mi conciencia os afirmo la imposibilidad para sus habitantes allá en la eternidad, de ver otra cosa que los tizones del Infierno, si no los ha extinguido la prosa de Voltaire.

Pero si admiramos no nos divertimos. La mañana comenzó por una de truenos, como si ya resonára el cañon de la guerra. Las nubes lloraban cual si ya vinieran los dias de Noviembre. Las hojas se caian y se pegaban secas al barro. Un manto ceniciento cubria el cielo. El dia anterior hubo revista; pero como se ignoraba si habria guerra ó habria paz, nadie sabia por qué entusiasmarse. Un silencio grave, solemne, pesaba sobre París, como si la gran ciudad presintiese que despues de quince años de sueño, se acercaba la hora de despertar, siquiera pára ver morir sus hijos en la frontera á una señal de su César.

En cuanto á la fiesta del quince, yo os hubiera desafiado á que os divirtierais como no llevárais dentro del corazon la fuente de la

alegría. Algunas banderas por las casas que más ó ménos dependian de la policía; nubes de mendigos que podian por una antigua tolerancia tener la libertad de pedir limosna; titiriteros ambulantes que de mala gana y con la tristeza propia en los habitantes de las grandes ciudades, empleaban sus fuerzas en ejercicios gimnásticos; teatros de balde, á cuya puerta se reventaban y en cuyo interior se ahogaban los concurrentes; y por la noche, un fuego de artificio sobre el arco levantado á todas las glorias militares; fuego brillante que se convertia en humo como las glorias militares de los pueblos.

Confieso que prefiero las austeras fiestas de la libertad. Yo estaba en Suiza el dia del jubileo nacional. La naturaleza tiene allí en sus lagos, en sus verdes colinas, en sus bosques, en sus cascadas, en sus montañas coronadas por las nieves eternas, una solemnidad que en vano buscaríais aquí en estas ciudades-mónstruos, donde las habitaciones de ...bres quitan la mayor parte de su so... ...d á los campos. No habia teatros, no

habia iluminaciones, no habia titiriteros, no habia ferias donde las sonámbulas dicen lo porvenir á pueblos que ni siquiera saben lo pasado. Nada de esto habia en Suiza. Pero en cambio se oian músicas de militares voluntarios, de soldados del pueblo, que entonaban los himnos de la naturaleza, unidos á los himnos de la libertad, himnos que parecian la voz de los lagos, uniéndose á la voz de las almas; en cambio, sacerdotes que predicaban la tolerancia universal, el respeto á todos los cultos, la fraternidad entre todos los hombres, la inviolabilidad de la conciencia humana, en el mismo sitio donde en siglos anteriores los protestantes quemaban á los católicos, y no lejos de sitios donde los católicos quemaban á los protestantes; sacerdotes llenos de elocuencia, que inspiraban la idea consoladora de que sobre las esferas celestes se alza el Dios de la verdad y de la justicia, trazando la ley de armonía en los espacios infinitos á los astros, y la ley de progreso en los infinitos tiempos, á los pueblos. Despues el pueblo reunido se entregaba á las expan-

siones del espíritu en discursos, en conferencias, donde se oian resonar las palabras que encienden el corazon de entusiasmo, y que orean el alma, como una brisa consoladora, pasando sobre sus heridas, las palabras á las cuales prestará eterno culto el corazon humano, las palabras pátria y libertad.

La verdad es que una série de escritores adictos al Imperio, se habian propuesto excitar los sentimientos rivales entre Francia y Prusia en vez de apaciguarlos. Yo no comprendo esa política francesa que consiste en molestarse y ofenderse del crecimiento de los pueblos vecinos. Si Alemania llega á la unidad, pasando sobre los reyecillos feudales, ese buen ejemplo se lo ha dado Francia. Si Alemania se constituye en Imperio militar, fuerte y centralizado, tambien le ha dado Francia ese mal ejemplo. Ignoro qué utilidad reportaba el recordar con acritud que los reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y que los electores de Brandeburgo recibian una pensioncita de Luis XIV. Estas rivalidades nacionales nada significan desde el mo-

mento en que se ha descubierto el interés de los reyes en estar entre sí en guerra, y el interés de los pueblos en estar entre sí en paz. Nosotros podíamos recordar que poseimos el Rosellon, la Cerdania, Flandes, Borgoña; que triunfamos en Pavía y en Bailen; y así los Estados-Unidos de Europa, que son el ideal de todas las almas grandes, llegarán cuando nosotros los europeos dejemos de ser neciamente orgullosos, enfermedad espiritual de que no llevamos traza de curarnos.

La verdad es que el mundo moderno debe á Prusia, á esa Prusia tan maldecida, la renovacion filosófica, que ha formulado las grandes ideas del derecho moderno, y el aniquilamiento del Austria, que ha sostenido en su corona imperial como un titan el inmenso calabozo del derecho antiguo.

La verdad es que cuando se profundiza la historia, cuando se buscan las corrientes de las ideas bajo la corteza de los hechos, se encuentra que pueblos enemigos, contrarios, los cuales han peleado en los campos de batalla mil veces, desangrándose á un manda-

to real, se juntan, se unen allá en la obra celeste de la civilizacion, como dos coros de la epopeya eterna del progreso.

En la solidaridad de intereses modernos, en la difusion de las ideas y de las luces; cuando el telégrafo vibra, cuando las máquinas vencen y dominan la naturaleza, cuando todos aspiramos al mismo ideal de justicia que todos hemos entrevisto en la luz de la filosofía y en las tempestades de la revolucion, es un crímen dividir á los pueblos.

Y al cabo, si fuera meramente una tésis académica, podrian pasar, como esparcimento de espíritus atrabiliarios, aquellas maldiciones que leíamos á cada instante en los periódicos franceses contra los pueblos alemanes. Pero cuando de todos estos florilegios de retórica podia resultar una batalla en la cual chocaran dos pueblos y corriera la sangre á torrentes, y subiera el incendio hasta las nubes, parecíame un crímen aquella elocuencia preñada de muerte.

Por aquellos dias se celebraba en uno de los barrios más excéntricos de París conmovedora ceremonia. Los niños polacos, nacidos en

el destierro, nacidos en tierra de Francia, celebraban la fiesta anual de sus escuelas. Allí, á las orillas del Sena, lejos de la pátria, aprenden la lengua nacional y la hablan, para decir que esparcidos en el mundo, diseminados por la tempestad, son testimonios vivos de la existencia de su pátria, á pesar del ensañamiento de los tiranos. Nada más tierno, nada más conmovedor que estos niños, hijos del destierro, invocando la nacion ausente, repitiendo los versos de su rica literatura, los ejemplos de su heróica historia. Me recordaban las razas de Israel á orillas de extranjero rio, bajo los sauces de Babilonia. Me parecian la descendencia augusta de los Profetas con la Biblia de las eternas esperanzas y de los consuelos eternos en las manos. Pero sobre todo cuando se oyó una música melodiosa, cuando sobre aquella música flotó entonado por un coro de voces puras é inocentes, por un coro de ángeles, el himno de la pátria, el corazon, las sienes latian fuertemente, y todos pronunciábamos la misma palabra, aun no ha muerto Polonia, y todos creíamos ver



márgenes del Danubio. Lo cierto, lo indudable es que en la córte de Francia, en el mundo oficial, era muy popular una alianza del Imperio francés con el Imperio austriaco. Yo no lo concebia, no me explicaba aquella ternura por Austria, por el Imperio, contra el cual ha peleado siempre Francia, siendo este uno de sus principales títulos á la consideracion de las gentes. Contra ese Imperio peleó Francisco I, impidiendo que pusiera su pesado sudario de plomo sobre toda Europa; en la derrota de ese Imperio, se levantó el poder de Enrique IV á proclamar la paz religiosa en Francia; contra ese Imperio, pelearon Richelieu y Luis XIV; contra ese Imperio, ganó sus más heróicas batallas la República; y el haber herido ese sacro romano Imperio, es la gloria mayor que Napoleon I alcanzó en Austerlitz y haberlo arrastrado al borde de su última decadencia, la mayor gloria que alcanzó Napoleon III en Solferino. ¿Cómo se queria entonces rehacer lo que han deshecho tantos siglos? No hay que equivocarse; la resurreccion del Imperio austriaco es la muerte de Hungría, es la es-

clavitud de Venecia, es el restablecimiento de la reaccion en Italia; es el poder temporal del Papa restaurado, es la teocracia católica triunfando en Alemania: que no hay poder bastante fuerte á detener el desarrollo de una fuerza social, ni á impedir las consecuencias lógicas de una idea.

Debo decir que si la alianza con Austria era popular en el mundo oficial, no me lo parecia tanto en la opinion pública. Todos convenian ya en que el liberalismo de Austria era forzado y transitorio, como lo probaba su repugnancia invencible á destruir el Concordato, la obra mayor de la reaccion. No se puede dudar que las opiniones democráticas han caminado mucho en poco tiempo. Si los campesinos franceses continúan entregados á esos éxtasis católicos, que se interrumpen de vez en cuando con guerras tan crueles como la guerra de la Vendée, los trabajadores de las ciudades, cuya influencia es decisiva en los dias de las más graves crísis sociales, son hoy más que nunca amigos de la democracia liberal, de esa fórmula que encierra el porvenir del mundo.

Así en los últimos consejos generales triunfó la opinión democrática en casi todas las ciudades y la opinion conservadora en casi todas las campiñas. ¡Cosa verdaderamente grave! El industrial se mueve en la esfera de las ideas con la misma celeridad que las ruedas de sus máquinas y con el mismo impulso que el vapor de sus calderas, mientras que el agricultor, á quien la comunicacion con la naturaleza debia inspirarle el deseo de ser libre como el viento, de remontarse como el ave al cielo, permanece inmóvil, alimentándose á la manera del árbol en el terruño de sus viejas creencias.

Y sin embargo, el mundo marcha. Así como durante los siglos décimo-sexto y décimo-séptimo vieron una Alemania católica apoyada en una España absolutista, el siglo décimo-nono vá á ver una Alemania protestante apoyada en una Italia liberal. A pesar del viejo carácter individualista germánico, siempre ha soñado la Alemania con una grande y poderosa unidad interior. La verdad es que el problema aleman es hoy el problema mismo de

Inglaterra y de los Estados-Unidos: agregar á una grande libertad y particularidad municipal un formidable poder de unidad política. No puedo decir si la pátria clásica de las razas germánicas sabrá tener la medida entre el poder central y la libertad individual, que han tenido sus poderosas hermanas, la Inglaterra de aquende y allende el Atlántico. Sí diré que los medios de Mr. Bismark no son muy de mi agrado. Pero al fin no ha visto el mundo formarse la unidad de las nacionalidades sino atropellando muchos intereses particulares. Y la obra de Bismark tiene á mis ojos los siguientes méritos: el predominio de la Alemania librepensadora sobre la Alemania teocrática, la semi-independencia de Hungría, y la libertad de Venecia. Esta obra iba á completarse, porque Bismark estaba decidido á que se desvaneciera la última sombra de la Edad Media, á que se arruinara el poder temporal de los Papas.

Por aquel tiempo luchaban los dos jefes de la democracia italiana, Garibaldi y Mazzini.

Estos dos hombres son como las dos fases del espíritu italiano. Es el uno la idea y el

tro la accion; el uno el conspirador y el otro el guerrillero; el uno la cabeza y el otro el corazon; el uno el misionero y el otro el cruzado; el uno todo lo que hay de más profundo y de más grande en el espíritu de Italia, mientras que el otro es todo lo que hay de más vivo y de más heróico en sus sentimientos. Mazzini tiene esa intuicion del génio que ve lejos, y esa paciencia del mártir que prefiere ver desvanecerse su sangre, á ver desvanecerse su ideal. Como todos los hombres de pensamiento, se adelanta á los tiempos y gusta anticipadamente el fruto de sus ideas, la vida del porvenir, ese placer, en cambio de sus dolores infinitos, reservado al génio. Garibaldi no es de la madera de este hombre, porque en el espíritu no se pueden desarrollar ciertas cualidades, y sobre todo, las cualidades eminentes, sino á costa de otras, porque el equilibrio entre las facultades humanas está casi siempre reservado á las medianías. Garibaldi tiene, como todos los héroes, la fiebre del trabajo, la necesidad apremiante de la accion, la impaciencia por el bien, la prisa por

la satisfaccion del amor, la ceguera sublime que Dios ha puesto en todas las pasiones, las cuales, siendo poco escrupulosas, por lo mismo son más fecundas. Mazzini quiere ir á Roma bajo la invocacion de la República, aunque vaya más tarde. Garibaldi quiere ir á Roma bajo la monarquía por ir más pronto. Confieso que bajo el cielo de Roma, despues que haya desaparecido la sombra secular del despotismo teocrático, no cabe otra institucion, no cabe otra forma de gobierno, digna de aquella tierra de héroes, más que la República. La monarquía ha sido popular en Italia mientras la monarquía ha trabajado en la obra de la unidad. Pero satisfecha ya esta necesidad, Italia siente otra más viva, más profunda, más grande, más difícil tal vez de conseguir á razas habituadas á una larga servidumbre; siente la necesidad de la libertad. Y dígase lo que se quiera, no hay institucion, no hay forma de gobierno que pueda dar de sí la libertad como la forma republicana. Ella es la imágen viva del pueblo, y la práctica constante de la soberanía nacional. Ella solamente puede llevar la

igualdad á las más altas y más elevadas esferas sociales. Bajo ella la unidad en la variedad, esta ley, así de la naturaleza como del espíritu, así de la ciencia como de la sociedad, se realiza completamente. La República es la forma única de gobierno posible en las democracias. Pero yo confieso que por ver á Roma libre, por ver la teocracia hundida, por ver cómo desaparece ese mónstruo ante el cual se han estrellado las palabras de Arnaldo de Brescia y de Savonarola, por ver concluido el adulterio del poder espiritual y el poder temporal, por ver desmentidas las fórmulas bárbaras de la última Encíclica y humillados los negros enemigos de la independencia humana, por el César espiritual contra cuyo dominio pelean desde el siglo doce las gloriosas dinastías de los tribunos del pensamiento libre, esa dinastía cuya corona es de luz y cuyo cetro es de ideas, he tenido siempre una impaciencia tan grande como la impaciencia de Garibaldi.

Pero los dos rivales tenian igual ódio al enemigo comun de la democracia, igual ódio al Emperador Napoleon.

CAPITULO LXVIII.

EL CONGRESO DE GINEBRA.

Oponerse á la *guerra*, conjurar sus ódios, herir á los déspotas, formar una liga europea que se interpusiese con ramos de olivo entre los contendientes, cuyo choque podia ser tan espantoso como el choque de dos planetas en la inmensidad del espacio, era un bello programa. Toda idea, lanzada á los cuatro vientos de la publicidad por un periódico, tiene partidarios, y los tuvo la ídea del *Temps*, partidarios que comenzaron por formar una pequeña liga y concluyeron por convocar un gran congreso. Este congreso no debia ya li-

mitarse á impedir la guerra entre Francia y Prusia, objeto conseguido por las conferencias de Lóndres, sino que debia formular un código de paz entre todas las naciones.

El teatro del congreso debia ser Ginebra. Pocas ciudades hay en el mundo tan hermosas, tan espléndidas como Ginebra. Yo he pasado tres meses de mi vida en su seno, y cuando la recuerdo me parece que sueño. Delicioso es el valle donde el Jura extiende al Occidente sus celestes muros, y la cadena del Mont-Blanc extiende al Oriente sus agujas de cristales eternos, que ya semejan pirámides, ya inmensas rotondas de una blancura inmaculada, sólo interrumpida por las nubes que la buscan como bandadas de águilas, ó por los rayos del sol poniente, que la hermosean con sus rosadas tintas. Desde las cumbres del Mont-Blanc y del Jura descienden, como un oleaje de piedra, montañas de caprichosas formas, colinas que vienen á morir al pié de esa preciosa turquesa, engarzada en sus sandalias, que se llama el lago de Ginebra. Sus aguas tienen el color de un esplén-

[redacted]

claro color del Mediodía, y es tal su trasparencia, que parece que doblan la luz del sol ó de las estrellas cuando se miran en su espejo. Todo es titánico, sublime, como los restos de un mundo despeñado en las empinadas cordilleras, llenas de rocas estriadas por las nieves eternas y heridas por los aludes, y todo es bello, gracioso, como el cuadro de un idilio, en las colinas que circundan el lago, llenas de verdura, donde levantan sus caprichosas torres [illegible] y pintorescas [illegible] las palomas [illegible] las vacas. [illegible] mismo del lago, [illegible] precipitándose [illegible] y abriéndose en dos cauces, por los cuales corren sus aguas azules [illegible] de espumas, como si quisieran abrazar toda la ciudad en su parte moderna, coqueta como Cádiz, y en su parte antigua, sombría y severa como Toledo. Desde los muelles se ve en primer término la ciudad moderna con sus blancos edificios, y [illegible] la ciudad antigua con sus negros

torreones; la isla de Rousseau, llena de sauces y de álamos, monumento levantado al profeta de la revolucion política, y la sombría catedral, por donde raya aún la sombra de Calvino, el dictador espiritual de la revolucion religiosa. Todo habla al espíritu, todo convida á la meditacion: el lago, que á cada momento cambia de color, las montañas gigantescas, las graciosas colinas, las selvas, las aves acuáticas, que rozan las espumas, y las velas latinas, que cortan el horizonte, los inmensos ventisqueros tendidos al borde oscuro de los abismos, y las casas cubiertas de yedra, que bañan sus cimientos en las tranquilas aguas; los contrastes de la Égloga y de la epopeya en la naturaleza; el caos coronando una campiña digna de Andalucía ó de Italia, campiña enriquecida por todos los tonos de la luz y por todas las armonías de la vida.

Examinemos la ciudad desde el punto de vista político. Ginebra es una República. En sus calles no se ve un soldado. Bajo su cielo, caben todos los cultos. A las puertas casi de

la estacion de Francia, la Iglesia Católica; en el centro de la ciudad, la catedral protestante. Frente por frente de la Sinagoga, el templo masónico. Desde el lago se descubren resplandecientes en el horizonte las torres doradas de la iglesia griega. La imprenta es allí tan libre como la palabra, y la asociacion tan libre como la imprenta. El sufragio universal engendra el gobierno que, como nombrado por todos, es responsable ante todos. Las leyes constitucionales son por el pueblo entero sancionadas. Cuando llegais á la hospitalaria ciudad, ningun agente de la policía os pregunta vuestro nombre, ni os registra ningun agente del fisco vuestro equipaje. Pero veamos el reverso de la medalla. Ginebra es acaso el canton ménos tranquilo de la pacífica República suiza. Enclavado en el imperio francés, temia que á cada momento le ahogase el jigante, en cuyos brazos reposaba. Y ese temor ha llenado casi toda su historia, porque puede decirse que casi toda su historia es una lucha permanente con los duques de Saboya, region hoy pertenecien-

te á Francia. Ginebra empezó por derribar el feudalismo de su Obispo, y concluyó por derribar el feudalismo de sus Duques. Como estos fueran católicos, acaso en odio suyo abrazó el protestantismo para fundar su república. Unida la causa protestante á la causa republicana, y una y otra á la causa de la independencia, Ginebra amó el protestantismo, como el santuario espiritual de todo cuanto hay para ella de sagrado en su historia. Mas los hechos históricos no se modifican en un dia. La sombra de los Duques de Saboya ha desaparecido ya, y sin embargo, sus soldados perturban todavía la tranquilidad de la República. Estos soldados son los habitantes de Carouge, ciudad anexionada á Ginebra y que hoy forma uno de sus más populosos cuarteles.

El Duque de Saboya la fundó como rival de Ginebra, y aún dura esa rivalidad. Los católicos de Carouse profesan odio implacable al protestantismo y á los protestantes. Como quiera que el protestantismo es la religion de más predominio, para combatir

sus privilegios, se han refugiado los católicos á la sombra de la bandera más radical. Además, la aristocracia es la más protestante entre todas las clases de Ginebra. El representante del partido radical en la ciudad de Calvino, es un hombre de grande talento, de poderosa palabra, pero de una vida pública que manchan innumerables errores. Sus amigos convirtieron la ciudad severa de Calvino en verdadero garito. Por espacio de algunos años los jugadores que han compartido su banca, fueron los dueños de Ginebra. Sus arbitrariedades azotaron el rostro de los ciudadanos, como si hubieran llegado á convertirlos en esclavos. Los desórdenes de su jefe mataron al partido radical, que perdió la direccion de la República. Desde entonces no hay motivo que el jefe de los radicales no aproveche para ganar las elecciones y reconquistar el poder.

Grande agitador, subleva las conciencias con ideas en que no cree; y grande intrigante, mancha las elecciones con escenas demagógicas que repugnan á su carácter aristo-

crático. El recuerdo de los antecedentes históricos de Ginebra es muy necesario para explicar todas las tempestuosas escenas.

Seamos justos: el Congreso de la paz se convirtió en congreso de la revolucion. Se habia comenzado por invitar á todos los jefes reconocidos de la revolucion europea. Casi todos ellos se negaron á asistir. Los que en Francia mantenian la causa democrática tenian dos inconvenientes: primero, el temor de encontrarse con los desterrados, que son á sus ojos ó una reconvencion ó un remordimiento; segundo, el temor de que por ciertas declaraciones más ó ménos audaces á que les forzara el espíritu reinante en el Congreso, fueran castigados á su vuelta á Francia. Los desterrados tenian para asistir dos inconvenientes. Primero, muchos de ellos habian sido expulsados de Ginebra á instancias de Napoleon. Segundo, casi todos creian que la paz no era posible mientras la libertad no triunfase, y que el triunfo de la libertad no era posible sino por medio de la revolucion. No quiero creer, y por lo mismo no quiero men-

cionar un tercer inconveniente: las rivalidades que desgarraban de contínuo el seno de la emigracion francesa. El Congreso abortó verdaderamente. Levantáronse contra él muchos elementos pura y exclusivamente ginebrinos. Los ciudadanos de Ginebra, que tienen la República, se inquietan poco de que la República triunfe ó no en el resto del mundo. Pero los ciudadanos de Ginebra se inquietan mucho de que Francia pueda violar su neutralidad ó acabar con su independencia. Y no querian en su recinto un congreso que pudiera considerarse como una amenaza á Napoleon. Las cuestiones religiosas entraron por mucho, como entran siempre en Ginebra. Los protestantes se habian indignado de que el Congreso proclamase el racionalismo como base de la libertad, cuando ellos unen todas sus antiguas libertades á su antigua religion. Los católicos se habian indignado de que el Congreso pidiese la caida del Papa y declarase la muerte del Catolicismo. Los conservadores repugnaban el Congreso por arácter radical. Los radicales, en su ma-

yoría católicos, le anatematizaban por su carácter heterodoxo. El jefe del partido radical queria dos cosas: hacer algo que fuera grato á los fieles de Nuestra Señora de la Coulourvrier y algo que fuera grato á los huéspedes de las Tullerías. Pues nada podia ser tan grato á unos y otros como la disolucion violenta del Congreso. Para esto llevó allí unos cuantos vociferadores que impidieran el nombramiento de un Comité permanente.

Con esto, si bien el Congreso pudo celebrar todas sus sesiones y votar todo su programa, los misioneros de la paz en verdad se disolvieron á los ojos de Europa, desgarrados por todas las apariencias de una guerra, como si este fatal veneno se respirara en los aires. Mazzini expresó las opiniones generales de la democracia europea en una carta que á su profundidad de pensamiento, unia ese caloroso estilo meridional tan lleno de subidos tintes y de deslumbradores matices como el cielo de Italia. Mientras no tengamos pátria, mientras no tengamos hogar, mientras estemos condenados á ocultar nues-

tro pensamiento como un crímen, y ahogar nuestra palabra, á cometer por fuerza ese infanticidio horrible en la conciencia; mientras todos los hombres no tengan sus derechos individuales consagrados en las leyes y todas las naciones su independencia reconocida en Europa, no les hableis, no, á los hijos de Polonia, de España esclava, de Roma muerta, no les hableis de paz; tanto valdria haber impedido al sublime mártir Espartaco trasformar en espada el hierro de sus cadenas. La paz no puede ser, añado yo, sino el fruto de la libertad, y la libertad no puede ser sino el fruto de la democracia, y la democracia en aquel momento no podia ser sino el fruto de la revolucion. Las monarquías de todos los paises necesitan privilegios de toda naturaleza y los privilegios engendran la guerra como la corrupcion del aire la peste, y como la peste la muerte. Una monarquía no puede existir sino con estas condiciones; una aristocracia que la guarezca; un clero que la bendiga; una centralizacion que la apoye, y por consiguiente una monarquía no puede vivir sino

en medio de la guerra, que le han de armar por precision las democracias proscriptas y que ha de resultar por necesidad de los derechos violados. El Congreso de la paz fué, pues, el Congreso de la revolucion.

Hé ahí por qué la presencia de Garibaldi en el Congreso era una gran necesidad y le dió un profundo sentido. Yo no disputaré ni sobre los talentos políticos ni sobre los talentos literarios de Garibaldi tan maltratados en toda Europa, con motivo de su aparicion en el Congreso de Ginebra, y de su conducta en la ciudad, y de sus palabras en la Asamblea. Humilde de talento, ha tenido fé en aquello que no creian posible los talentos más profundos. Garibaldi no es Maquiavelo; pero indudablemente es Savonarola. No pertenece á la raza de los ergotistas; pero pertenece á la raza de esas legiones que iluminan las noches de la historia, pertenece á la raza de los héroes y de los mártires. En los siglos primeros de nuestra era, hubiera ido á la cruz con los redentores de la religion, en los siglos medios, á las hogueras con los tribunos del

pensamiento; en nuestro siglo, ha ido á los campos de batalla con los soldados de la democracia; y en todos tiempos hubiera pertenecido á los hombres de fé, que humildes y hasta ignorantes, en el fuego de su alma, funden la materia candente que se necesita para amasar una nueva sociedad. Él puede pasear su tranquila mirada sobre esa nube de publicistas que le niegan el sentido político, y preguntarles cuál de ellos ha derribado en tres dias una corona y hecho en tres meses una Italia. Estamos tan acostumbrados á ver unido el talento político á la mentira y al crímen, que no podemos creerlo hermanado con la virtud y la verdad. La política es todavía en los parlamentos el arte de mentir, y es todavía en las cortes el arte de engañar; es el catecismo del crímen. La política para un hombre de la sinceridad infantil, de la bondad angélica, del candor primitivo, de la conciencia pura y trasparente de las virtudes ingénuas de Garibaldi, la política es un eterno manantial de verdades, una agua pura y salutífera donde se fortifican los pueblos. No

era político, es verdad, en el sentido que hoy se dá á la palabra, creer que la Ginebra de Fazy era la Ginebra de Calvino. No era político unir la causa puramente civil, puramente nacional, puramente democrática de la caida del poder temporal con la causa protestante de la caida del Pontificado. No era político pedir á una asamblea, donde pululaban los ateos y los materialistas, que proclamara muerto el catolicismo y promulgase la religion del nuevo Dios de la libertad y del progreso. Pero el dia que le quitárais á ese hombre sencillo el candor sublime de los redentores, que han salvado al mundo por la fé, le quitábais la cualidad que le hace único en este siglo cercano á la barbárie por el refinamiento de la cultura. El, sin acordarse de los católicos de Carouge, creyó que Ginebra debia tener á orgullo continuar siendo la Roma protestante; él, sin acordarse de Rattazzi y de las habilidades diplomáticas, por donde querian ir á Roma los Maquiavelos de bajo cuño, notificó al mundo sus propósitos; él, sin acordarse de las supersticiones de sus com-

patriotas, sabiendo que el Pontificado ha abierto eternamente al extranjero las puertas de Italia, que ha quemado á Giordano Bruno, que ha arrancado la luz á los ojos de Galileo, y la lengua á la boca de Vanini, declaró muerto el pontificado; él, sin acordarse de los materialistas y de los ateos, miembro de una raza religiosa y artística, proclamó ante el mundo, el Dios de su pura conciencia, el Dios que ha encendido en su alma de tribuno la fé, el Dios que ha visto resplandecer en su vida de marino, como una luz inextinguible en los astros del cielo y en las estelas del mar. Que los hábiles se levanten y digan: yo haré más, yo conseguiré más, yo podré más que ese hombre, á cuya voz se conmueven sobre su trono de sombras diez y nueve siglos de supersticiones y de mentiras.

Cuatro discursos se pronunciaron que produjeron una honda sensacion: discurso de Lemmonier, que yo llamaré el discurso de doctrina, declarando sólo compatible la paz perpétua con el establecimiento de la República; discurso de Simon de Treves, que yo

llamaré el discurso del momento, declarando que Alemania no heriria ninguna susceptibilidad europea el dia que fundase su gran trabajo de unidad en la federacion republicana; discurso de Edgard Quinet, que yo llamaré el quejido, el dolor de la proscripcion, declarando que la conciencia humana ha muerto desde el momento en que ha considerado criminales á los defensores de derecho, y el discurso, sin ningun género de exageracion más aplaudido, más celebrado, más elocuente, el discurso que mostraba la democracia práctica, la verdad realizada, el discurso eco de la República, el discurso eco del Nuevo Mundo, el discurso de Hector Florencio Varela. La idea del primer discurso es exacta. Las faltas de un hombre pueden perder un siglo, mientras no sean los gobiernos amovibles. La inviolabilidad de un hombre es su endiosamiento, y el endiosamiento de un hombre es contrario á su responsabilidad, base de los gobiernos libres. La herencia del poder por uno solo, mata el derecho de todos. Un privilegio anterior y superior á la

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible]

[illegible] en fin [illegible]

[illegible]

---

as angustias presentes, el discurso de las udas que nos asaltan, el discurso de los dolores que nos desgarran. El corazon se parte de pena al saber, por la boca de un hombre honrado, que la conciencia humana ha muerto, como se partian de pena las piedras de Jerusalen al saber, por boca de los ángeles, la muerte del justo. Pero si la conciencia individual desmaya, si la conciencia de un siglo se eclipsa, no hay en el mundo, ni en los soles, ni en todo el sistema planetario, un sepulcro que pueda contener el cadáver de la conciencia humana. De los sofistas nació Sócrates, de los gnósticos y los esenios Cristo, de los nominalistas y los realistas Lutero, de los excépticos y de los jansenistas la Convencion francesa. La corrupcion de hoy es la semilla que se pudre en la tierra, más para dar de sí el árbol de la libertad. No repitamos la palabra de Bruto, al hundirse la espada en el corazon sobre el desolado campo de Philipos, en la última noche de la República: la virtud es un nombre vano. ¡Oh! no. Cuando por ella nos hemos visto arrancados de nues-

tros hogares, desalojados de nuestras cátedras, perseguidos como fieras por los mismos que persiguen á los criminales hasta en la tierra del destierro, consolémonos con creer que no nos hemos sacrificado por la muerte, consolémonos con creer que existe el sagrado objeto de tanto amor y de tantos dolores; la virtud de la libertad.

CAPITULO LXIX.

UNA REVOLUCION PACIFICA.

El Congreso de la paz no estaba tan lejos de la realidad cuando Europa presenciaba en aquellos años el espectáculo de una revolucion pacífica llevada á cima por la prudente y mesuradísima Inglaterra.

La poderosa Iglesia anglicana, que por espacio de tres siglos ha dirigido la conciencia de este gran pueblo; que ha entrado vencedora bajo los agudos arcos de Westminster levantados en la Edad Media á la fé católica, cuyos reflejos todavía se descubren por aquellas místicas ogivas; que ha construído, como

rival de San Pedro de Roma, su majestuosa basílica de San Pablo, para abrigar gerarquías de obispos y de sacerdotes más ricos y más poderosos que los clérigos católicos del continente; esa Iglesia que ha visto á la gran ciudad de Lóndres lanzarse á las llamas y arder en un incendio infinito por conservar su intolerancia, será hoy expulsada de Irlanda en nombre de los derechos de la conciencia humana, y mañana, en plazo más ó ménos breve, separada del Estado británico, en nombre de la libertad y de la justicia.

Pensad, pensad un momento, vosotros, los dedicados de antiguo al titánico trabajo de abrir surcos en las inteligencias para sembrar las ideas; pensad en los prodigios de reflexion, que necesita un protestante, educado en estos hogares, tan sombríos como una fortaleza, tan severos como un templo, para levantarse animosamente sobre su educacion, y tender la mano á los eternos enemigos de su fé y de su raza, á los celtas oprimidos y oscuros, á los católicos de Irlanda. Y esta revolucion, que es profundamente cons-

titucional, porque la constitucion británica reposa en la confusion de la Iglesia y del Estado; que es profundamente religiosa, porque la Iglesia anglicana descansa en el reconocimiento del privilegio de su dogma sobre los dogmas católicos; y que es profundamente social, porque va á disolver propiedades acumuladas por los siglos; esta revolucion, cuya trascendencia no cabe ni en el ilimitado seno del pensamiento humano, tiene de su parte á esa grande asociacion liberal de Inglaterra, compuesta en su mayoría de comerciantes que saben unir á los cálculos matemáticos de sus atrevidas operaciones, el culto espiritual de las ideas.

La supersticion combate esta reforma usando los mismos argumentos que contra la libertad usan todos los reaccionarios del mundo. Yo creo estar en sueños allí entre los neo-católicos. Un protestante fanático sostiene la célebre teoría de no sé cuál de nuestros más célebres reaccionarios; dice que no se puede tratar ni contratar con los católicos, porque no son hombres de bien los que no

profesan la religion protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas, á los enemigos de la pátria, á los traidores, á los que quieren perder la nacion, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasion de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Lóndres? Su magistratura tiene puntos de contacto con la magistratura del antiguo Dux de Venecia. Es el jefe de la más gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalacion se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales, necesita la reina de Inglaterra pedirle permiso tres veces, llamar tres veces á su puerta. El carruaje del príncipe de Gales habrá de cederle el paso y darle preferencia. Es el rey de la ciudad, es el almirante de este puerto á donde llegan todos los navíos del mundo, es la primer magistratura de este rio inmenso, donde se hallan los banqueros

más ricos y más poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues mirad lo que acababa entonces de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del Continente. El lord corregidor debia su eleccion á los liberales. Sin embargo, en un meeting celebrado dentro de Saint James-Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energía contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie podia negarle su derecho á tener una opinion sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunion, y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el veintidos de Junio otra reunion en Guildhall, como si dijéramos, la Casa de ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las instituciones de aquel país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico, hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunion; los reaccionarios decididos á manifes-

profesan la religion protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas, á los enemigos de la pátria, á los traidores, á los que quieren perder la nacion, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasion de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Lóndres? Su magistratura tiene puntos de contacto con la magistratura del antiguo Dux de Venecia. Es el jefe de la más gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalacion se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales, necesita la reina de Inglaterra pedirle permiso tres veces, llamar tres veces á su puerta. El carruaje del príncipe de Gales habrá de cederle el paso y darle preferencia. Es el rey de la ciudad, es el almirante de este puerto á donde llegan todos los navíos del mundo, es la primer magistratura de este barrio inmenso, donde se hallan los banqueros

más ricos y más poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues mirad lo que acababa entónces de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del Continente. El lord corregidor debia su eleccion á los liberales. Sin embargo, en un meeting celebrado dentro de Saint James-Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energía contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie podia negarle su derecho á tener una opinion sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunion, y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el veintidos de Junio otra reunion en Guildhall, como si dijéramos, la Casa de ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las instituciones de aquel país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico, hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunion; los reaccionarios decididos á manifes-

tarle extraordinarias simpatías. El salon es capaz de seis ó siete mil personas. Los partidos se hallan muy divididos. Las injurias más groseras caen mútuamente sobre cada uno de los enemigos bandos. El ruido es infernal. Entra el lord corregidor, y los aplausos mezclados con los silbidos estallan formando la más ruidosa algazara imaginable. Para oir gritar es necesario ir á Inglaterra y escuchar esas fraguas titánicas de los pulmones ingleses. Siete mil cíclopes no aturdirian como la gritería de estos hombres acostumbrados á hablar entre el ruido de las olas y el ruido de las máquinas. El lord corregidor se empeña, desde la plataforma presidencial, en acalorada discusion con un alderman del partido liberal. Nadie sabe qué quieren ni qué dicen. La discusion toma el giro de disputa; la disputa degenera en riña. El lord recibe golpes, empellones, puñetazos en el pecho, entre las ráfagas de un huracan de imprecaciones infinitas. Mientras tanto, en el patio, á las puertas de aquel mismo salon, donde la aristocracia mercantil de la ciudad no habia podido en-

tenderse, un gran número de trabajadores que no llegaron á penetrar en el salon, celebraban su meeting, censuraban soberanamente al gobierno de Disraeli y á la reina que lo sostenia, condenaban la conducta del lord corregidor y de los diversos miembros de aquella reunion tempestuosa, decidian que la abolicion de la Iglesia protestante en un país católico era una prenda de union segura entre Inglaterra é Irlanda, y conjuraban á los lores, á ese gran Senado de patricios, á dar su asentimiento al bill de Gladstone, proponiendo la suspension de todo nombramiento y de toda dignidad oficial en la Iglesia irlandesa; y de esta suerte demostraban que el pueblo inglés ha perdido su fanatismo antiguo y llegado á la madurez de su juicio, siendo por tanto digno ya de ver convertidos los antiguos privilegios de algunos en los derechos de todos.

Leed los juicios y escuchad la sentencia de la opinion. ¿Creeis que hay un sólo inglés capaz de pensar en la necesidad de abolir los meetings? No. La prensa toda censuraba la

Bretaña vemos el espectáculo más maravilloso que puede presentar una sociedad; las ideas más radicales subiendo á las Cámaras británicas como la sávia nueva á la copa de un árbol viejo; las clases más humildes compartiendo el derecho al voto con las antiguas clases privilegiadas y acercándose cada dia más al sufragio universal; la Iglesia más rica perdiendo su poder feudal y su intolerancia anti-humanitaria; el privilegio hundiéndose á los repetidos triunfos del derecho, en fin una revolucion pacífica.

---

generaciones ceden su puesto á las nuevas, ceden en la sociedad su puesto las viejas á las nuevas ideas; que todo se rije por leyes análogas en la grande química de la vida. El Estado inglés dejará caer su vieja iglesia, intolerante, atrasada, oligárquica, fortaleciéndose cada dia más en la libertad, una para todos los hombres, y en la justicia, una sobre todos los continentes, y que por lo mismo reconoce á todos los hombres y en todos los continentes el derecho absoluto de la conciencia individual para dirigirse al Dios de la fé. Las ideas nacen como una ligera semilla en la conciencia individual; pero luego se extienden, se propagan, atravesando todos los obstáculos, venciendo todas las resistencias. Y el secreto de la política está en abrirles al través de las instituciones un respiradero para que en vez de hacer estallar en mil pedazos la sociedad que las contiene, la alimenten, y la impulsen á cumplir sus destinos. En la Gran Bretaña todo el mundo piensa, cree, habla, escribe, enseña, se asocia, segun las inspiraciones de la propia conciencia. Y por eso en la Gran

Bretaña vemos el espectáculo más maravilloso que puede presentar una sociedad; las ideas más radicales subiendo á las Cámaras británicas como la sávia nueva á la copa de un árbol viejo; las clases más humildes compartiendo el derecho al voto con las antiguas clases privilegiadas y acercándose cada dia más al sufragio universal; la Iglesia más rica perdiendo su poder feudal y su intolerancia anti-humanitaria; el privilegio hundiéndose á los repetidos triunfos del derecho, en fin una revolucion pacífica.

[redacted]

CAPITULO LXX.

LA LEY DE ARMAMENTO EN FRANCIA Y LA ACTITUD POLITICA DE ITALIA.

Mientras la libre Inglaterra cumplia esta revolucion pacífica que acabamos de admirar, y agitaba todas las ideas, la esclava Francia se armaba hasta los dientes y se apercibia, á pesar de su grande y radical debilidad, á una guerra cruentísima.

Síntoma de guerra y tambien de debilidad era en este tiempo la cuestion del armamento nacional. Francia es nacion militar, esencialmente militar; pero la carrera de soldado es tan desagradable como en todas partes; pero el dia de la quinta es un dia tan nefasto como en todas partes; pero el número

alto es tan deseado entre los jóvenes de Francia como entre los jóvenes de todo el mundo. Veíase entonces amenazar la guerra y el instinto de conservacion se revelaba contra aquellas innovaciones que amenazaban llevar al matadero á toda la juventud francesa, no por defender sus propios derechos sino por salvar los privilegios de sus señores. El ejército debe existir para ser áncora de la paz pública, y no como quieren los déspotas, gérmen de la guerra.

Los intereses dinásticos serán siempre como una pústula en que llevarán las monarquías encerrado el virus de la guerra. Y por consiguiente no podemos tener instruccion á la altura de nuestro estado social, ni escuelas suficientes á educar generaciones viriles en tanto que dispendiemos nuestro dinero en presupuestos crecidísimos y embrutezcamos la flor de nuestra juventud en los cuarteles para consagrarla á la guerra. Europa siente, al acercarse los últimos dias del siglo décimo-nono, el mismo triste afan que sentia al acercarse el fin del siglo décimo-octavo, el afan

de los armamentos. Y este afan dará los mismos resultados: la ruina y la guerra universal. La nueva ley que se presentaba al Cuerpo Legislativo tenia varias tristes condiciones: 1.ª Llamaba á la juventud válida á las armas, con grave detrimento de las ciencias, de la industria, del comercio, y con grave peligro para la libertad: 2.ª aumentaba de siete que eran, á nueve, los años de servicio; 3.ª movilizaba la Guardia nacional. El resultado iba á ser que Francia tuviera un millon y doscientos mil soldados.

Pero ¡ay! mientras tanto las escuelas todavía en mantillas; las poblaciones del campo todavía fanatizadas hasta el punto de impulsar al gobierno á defender por las armas el cadáver de la teocracia romana; gran parte de las tierras todavía sin cultivo á pesar de la inmensa poblacion; los matrimonios en descenso, los placeres de la familia en disgusto, y la sombra de la guerra abriendo sobre todas las negras alas de la muerte. Así es que esta ley afectaba tristemente á todos los ciudadanos. Por poco ha-

[redacted]

bituados que estuviéramos á juzgar la opinion pública, sentiais bajo vuestra mano los latidos del corazon de un pueblo cuando rechaza innovaciones, leyes, principios contrarios á sus ideas, opuestos á sus deseos.

Mr. Julio Simon defendió con grande fuerza de lógica en el Cuerpo Legislativo la verdadera ley militar de la democracia: el llamamiento de todos los ciudadanos al ejército y no como sucede ahora solo de los jóvenes. Esta es la ley militar verdadera. Yo he visto prácticamente su aplicacion en Suiza. Ninguna nacion más débil, ninguna por sus inciertos límites, por su posicion geográfica entre Francia que la ciñe por el Ródano y el Jura; Italia, que la ciñe por el Tesino y los Alpes; Alemania, que la ciñe por el Rhin y por el lago de Constanza, tres grandes naciones que cada una ejerce sobre los habitantes de los diversos cantones la atraccion poderosa del mismo orígen, del mismo idioma; y sin embargo, con todos estos insuperables obstáculos ninguna nacion, ninguna tan fuerte, porque tiene en sí los principios de la democra-

cia que le dan poderosa cohesion, y para los extremos peligros todos sus hijos armados, que, grandes ciudadanos, la salvarian de nuevo con el heroismo, con el martirio contra todos sus perseguidores, contra todos sus tiranos, aunque fuesen los más poderosos del mundo, como Grecia venció al Asia en Maraton y en Platea, por la virtud de la libertad. El ministro de la Guerra defendió la ley en un discurso muy hábil, destinado á pedir en nombre de la paz el estado de guerra, y á pintar como un idilio la vida de cuartel. Era una manía singular la manía del gobierno francés: amontonar todos los preparativos de una guerra formidable y pretender que estaban destinados á una paz perpétua. Es como si entráramos en casa de un amigo á hacer una visita de confianza con una pistola cargada y amartillada en la mano, apuntándola á cuantos vinieran á saludarnos. Precisa no engañarse. O esos armamentos son un capricho de vanidad costosa, ó son los preparativos para una guerra cruel, como acaso no ha presenciado otra el presente siglo. Nadie creia,

[redacted]

nádie podia creer que el gobierno francés á toda prisa armara más de un millon de hombres por el placer de dar en el Bosque de Boulogne una revista-mónstruo á Mr. Bismarck cuando le pidiera el gusto otro viaje á Paris. Julio Favre presentó una fundada observacion. Desde que Francia cambió el régimen republicano que á nadie amenazaba, por un régimen monárquico á cuyo frente se veia aparecer el mismo nombre de aquel guerrero afortunado cuya espada llevó á todas partes la guerra y la conquista, Francia apuró los males del régimen militar y los agravó en toda Europa. El Emperador tenia, pues, la absoluta facultad de declarar la guerra, y como tenia esta absoluta facultad, el Emperador que presidia una nacion muy guerrera, amenazaba constantemente con tal poder discrecional y omnímodo la paz del mundo. Sirva de ejemplo la guerra contra Méjico. Emilio Ollivier hizo observacion no ménos justa. Se vota esta ley en medio de cóleras contra Alemania, de amenazas al Rhin, de fervorosas aspiraciones á tomar la orilla izquierda, de celos por la

grandeza de Prusia que ha comenzado dominando intelectualmente Alemania, y ha concluido dominándola materialmente, porque ha representado sus intereses más caros y sus tradiciones más sagradas, y sobre todo, y antes que todo, porque tiene fuerza para preservarla de las amenazas del Imperio francés. Dígase lo que se quiera, la ley sobre armamento era una ley de guerra.

Y el Imperio que se apercibia á una guerra sin piedad, se encontraba sin aliados necesarios, indispensables en estos graves trances. Italia habia sido por él fundada para lanzarla en brazos de sus enemigos.

A la sazon, las protestas contra Francia eran más vivas en Italia todavía que en Alemania, porque la herida era tambien más reciente. El Parlamento italiano usó y abusó de la palabra. Perdió gran parte de su tiempo en recriminaciones de la derecha contra la izquierda, y de la izquierda contra la derecha. La historia del tratado de Setiembre, la historia de las negociaciones para una inteligencia con Roma, la historia de la expedicion

profesan la religion protestante. Guerra á los jesuitas, á los papistas, á los enemigos de la pátria, á los traidores, á los que quieren perder la nacion, á los que se han conjurado contra la grandeza británica; guerra á muerte á los reformistas.

La pasion de uno y otro lado es intensa, calurosísima. ¿Concebís algo que pueda exceder en grandeza á un lord corregidor de la ciudad de Lóndres? Su magistratura tiene puntos de contacto con la magistratura del antiguo Dux de Venecia. Es el jefe de la más gran república de comerciantes conocida en el mundo. La fiesta de su instalacion se puede comparar á los ruidosos triunfos de los emperadores romanos. Para entrar en sus dominios municipales, necesita la reina de Inglaterra pedirle permiso tres veces, llamar tres veces á su puerta. El carruaje del príncipe de Gales habrá de cederle el paso y darle preferencia. Es el rey de la ciudad, es el almirante de este puerto á donde llegan todos los navíos del mundo, es la primer magistratura de este barrio inmenso, donde se hallan los banqueros

más ricos y más poderosos que todos los monarcas del continente reunidos. Pues mirad lo que acababa entonces de sucederle, y decid luego que no se pueden imitar las libertades inglesas, porque las libertades inglesas son ordenadas, y desordenadas las libertades del Continente. El lord corregidor debia su eleccion á los liberales. Sin embargo, en un meeting celebrado dentro de Saint James-Hall, se expresó en varios discursos de extraordinaria energía contra el proyecto relativo á la Iglesia de Irlanda. Nadie podia negarle su derecho á tener una opinion sobre los asuntos de su patria. Pero allí estaba llamado á presidir la reunion, y no á manifestar sus propias opiniones. Convocó para el veintidos de Junio otra reunion en Guildhall, como si dijéramos, la Casa de ayuntamiento; edificio extraño, muy parecido á las instituciones de aquel país, en que al lado de una ventana ó un muro gótico, hay una columna ó un pórtico griego. Los liberales se hallaban resentidos por su conducta en la última reunion; los reaccionarios decididos á manifes-

tarle extraordinarias simpatías. El salon es capaz de seis ó siete mil personas. Los partidos se hallan muy divididos. Las injurias más groseras caen mútuamente sobre cada uno de los enemigos bandos. El ruido es infernal. Entra el lord corregidor, y los aplausos mezclados con los silbidos estallan formando la más ruidosa algazara imaginable. Para oir gritar es necesario ir á Inglaterra y escuchar esas fraguas titánicas de los pulmones ingleses. Siete mil cíclopes no aturdirian como la gritería de estos hombres acostumbrados á hablar entre el ruido de las olas y el ruido de las máquinas. El lord corregidor se empeña, desde la plataforma presidencial, en acalorada discusion con un alderman del partido liberal. Nadie sabe qué quieren ni qué dicen. La discusion toma el giro de disputa; la disputa degenera en riña. El lord recibe golpes, empellones, puñetazos en el pecho, entre las ráfagas de un huracan de imprecaciones infinitas. Mientras tanto, en el patio, á las puertas de aquel mismo salon, donde la aristocra-[illegible] mercantil de la ciudad no habia podido en-

[redacted]

tenderse, un gran número de trabajadores que no llegaron á penetrar en el salon, celebraban su meeting, censuraban soberanamente al gobierno de Disraeli y á la reina que lo sostenia, condenaban la conducta del lord corregidor y de los diversos miembros de aquella reunion tempestuosa, decidian que la abolicion de la Iglesia protestante en un país católico era una prenda de union segura entre Inglaterra é Irlanda, y conjuraban á los lores, á ese gran Senado de patricios, á dar su asentimiento al bill de Gladstone, proponiendo la suspension de todo nombramiento y de toda dignidad oficial en la Iglesia irlandesa; y de esta suerte demostraban que el pueblo inglés ha perdido su fanatismo antiguo y llegado á la madurez de su juicio, siendo por tanto digno ya de ver convertidos los antiguos privilegios de algunos en los derechos de todos.

Leed los juicios y escuchad la sentencia de la opinion. ¿Creeis que hay un sólo inglés capaz de pensar en la necesidad de abolir los meetings? No. La prensa toda censuraba la



armamento militar, debió haber llamado vivamente la atencion del Emperador, y mostrarle cómo entraba la marea de la oposicion hasta dentro de los mismos diques, levantados para evitarla. El disgusto se manifestaba en el seno mismo de la familia de Bonaparte, que debiera ser primer apoyo de la autoridad del Imperio. El Príncipe Napoleon escribió un folleto sobre la política imperial, tan acre y de tan vivaz estilo, que los periódicos á su persona más afectos, no se atrevieron á publicarlo, por temor de atraerse las iras de las Tullerías. Los departamentos comenzaban á clamar contra la nueva contribucion de sangre. Bourges, ciudad muy reaccionaria, se quejaba de las consecuencias de su política favorita. Los Bajos Pirineos mandaron una fuerte protesta á sus representantes en el Cuerpo Legislativo. Dos distritos vencieron por una grande mayoría á los candidatos oficiales. La ciudad de Lila, que tan ardientes manifestaciones de simpatía consagrara al Emperador en uno de sus últimos viajes, consagraba á la sazon sus votos á un candidato republicano.

Nadie quiere ni la paz armada que arruina, ni la guerra á toda costa que mata. Francia está ya desencantada de ejércitos innumerables y de armas de todos calibres, de aumentos territoriales que solo sirven á ensanchar el calabozo donde yace aprisionada la libertad, el cadalso donde se decapita la conciencia; y suspira por aquel inmenso influjo que le dió en el mundo su gran carácter de nacion propagadora de esa idea democrática que su ardiente palabra ha impreso en las conciencias.

Pero el Imperio se empeñaba en armar á Francia para apartarla de la idea de libertad; en conducirla á los azares de la guerra para separarla de los comicios de la democracia; en deslumbrar sus ojos con el fuego de los combates para que no viese la luz de las ideas, y el último eslabon de esta série de errores se perdia en los insondables senos del abismo.

[redacted]

CAPITULO LXXI.

LOS PRIMOS DEL EMPERADOR.

Celebróse en Roma, por estos años de decadencia, una ceremonia que recordaba los tiempos de la Edad Media, pero que tenia indudable trascendencia al porvenir. Tratábase nada ménos que de la investidura cardenalicia de un príncipe de la familia Bonaparte. La ceremonia fué, como son todas estas ceremonias, llena de fórmulas ridículas, enmascarada por un lujo asiático, ajena á la humildad de aquel que vivia en el desierto, y amaba más el templo del espacio, donde los séres elevan sus eternos cánticos de alabanza al

republicanos, errores que debemos confesar para en lo sucesivo evitarlos, se habia convertido en una especie de tempestad incesante, en una especie de oligarquía mezclada con otra especie de dictadura. Con razon ha dicho un periódico inglés que jamás ningun pueblo puso tanto empeño en conquistar la libertad como puso Francia en abdicarla. Pero los errores, como los crímenes, se expían. Y la expiacion de los pueblos suele á veces durar siglos enteros en la solidaridad inevitable de las generaciones. Mucho tiempo ha tardado Francia en comprender el error que cometió empezando por no usar bien de la libertad, y concluyendo por abdicarla; pero como la inteligencia francesa es tan viva, y el carácter francés tan vehemente, como esta inteligencia y este carácter tienen una tan grande necesidad de difundir, de propagar la luz de sus ideas y el calor de sus sentimientos, esperábamos con fundamento entonces que no tardaria mucho tiempo en reivindicar este pueblo su perdida libertad. Lo cierto es que esa cifra de sesenta diputados que se oponen á la ley del

armamento militar, debió haber llamado vivamente la atencion del Emperador, y mostrarle cómo entraba la marea de la oposicion hasta dentro de los mismos diques, levantados para evitarla. El disgusto se manifestaba en el seno mismo de la familia de Bonaparte, que debiera ser primer apoyo de la autoridad del Imperio. El Príncipe Napoleon escribió un folleto sobre la política imperial, tan acre y de tan vivaz estilo, que los periódicos á su persona más afectos, no se atrevieron á publicarlo, por temor de atraerse las iras de las Tullerías. Los departamentos comenzaban á clamar contra la nueva contribucion de sangre. Bourges, ciudad muy reaccionaria, se quejaba de las consecuencias de su política favorita. Los Bajos Pirineos mandaron una fuerte protesta á sus representantes en el Cuerpo Legislativo. Dos distritos vencieron por una grande mayoría á los candidatos oficiales. La ciudad de Lila, que tan ardientes manifestaciones de simpatía consagrara al Emperador en uno de sus últimos viajes, consagraba á la sazon sus votos á un candidato republicano.

Nadie quiere ni la paz armada que arruina; ni la guerra á toda costa que mata. Francia está ya desencantada de ejércitos innumerables y de armas de todos calibres, de aumentos territoriales que solo sirven á ensanchar el calabozo donde yace aprisionada la libertad, el cadalso donde se decapita la conciencia; y suspira por aquel inmenso influjo que le dió en el mundo su gran carácter de nacion propagadora de esa idea democrática que su ardiente palabra ha impreso en las conciencias.

Pero el Imperio se empeñaba en armar á Francia para apartarla de la idea de libertad; en conducirla á los azares de la guerra para separarla de los comicios de la democracia; en deslumbrar sus ojos con el fuego de los combates para que no viese la luz de las ideas, y el último eslabon de esta série de errores se perdia en los insondables senos del abismo.

[redacted]

CAPITULO LXXI.

LOS PRIMOS DEL EMPERADOR.

Celebróse en Roma, por estos años de decadencia, una ceremonia que recordaba los tiempos de la Edad Media, pero que tenia indudable trascendencia al porvenir. Tratábase nada ménos que de la investidura cardenalicia de un príncipe de la familia Bonaparte. La ceremonia fué, como son todas estas ceremonias, llena de fórmulas ridículas, enmascarada por un lujo asiático, ajena á la humildad de aquel que vivia en el desierto, y amaba más el templo del espacio, donde los séres elevan sus eternos cánticos de alabanza ¡al

Creador, que todos los templos de piedra levantados por el orgullo humano. Un alma grave no se detiene ante la carroza dorada y el caballo enjaezado, y la púrpura recamada de armiño y los cincuenta mil francos de propinas con que el nuevo cardenal saluda á sus felicitantes, á la manera que un patricio de la antigua Roma á sus parásitos y á sus clientes. Ya sabemos que quince siglos de cristianismo han sido impotentes para expulsar de Roma la antigua idea pagana, á pesar de haberla declarado muerta, los senadores trémulos bajo la imperiosa espada de Theodosio. Pero la ceremonia de entonces significaba una cosa muy grave; significaba que acaso habian hallado los eternos intrigantes del Sacro Colegio un sucesor á Pio IX, y que acaso la familia Bonaparte pretendia sentarse á un tiempo en el trono material y en el trono espiritual más poderosos de Occidente; en el trono de Francia y en el trono de Roma. Y si en aquel dia, el descendiente de Luciano Bonaparte, desde San Pedro, hubiera hecho á Napoleon III los servicios que su antecesor

hizo en las Asambleas políticas á Napoleon I, podria verse de un golpe suprimida esa sepacion entre el poder espiritual y el poder temporal, que ha sido la obra por excelencia del Cristianismo.

El sueño de Carlo-Magno ha electrizado siempre la conciencia de los Bonapartes: un imperio con dos cabezas, en una la corona, en otra más baja la tiara, acallando todas las voces de la conciencia, reprimiendo todas las fuerzas de la libertad, para fundar en Europa, ó al ménos en la Europa latina, un solo pueblo, un solo código y una sola fé. Pero ¡ah! que la idea germánica de la variedad, por la cual se ha salvado el mundo de la viciosa absorcion en la idea latina de la unidad, está aún fuerte, poderosa, en las conciencias que quieren ser libres y en los pueblos que quieren ser independientes. Pero esta universalidad de sentimientos, contra la cual se estrellaria el ideal del segundo Imperio como se estrelló el ideal del primero contra las piedras de Zaragoza y contra los hielos de Rusia, era nuestra seguridad respecto al peligro,

pero no respecto al proyecto. Un poder absoluto es capaz de idearlo todo en sus vertiginosas alturas y capaz de hacerlo todo en sus horas de orgullo. ¿Seria esto más descabellado que la expedicion á Méjico? La guerra franco-prusiana y la revolucion de Setiembre libertaron al mundo de este escollo.

No se puede mencionar la guerra sin mencionar Alemania, ni Alemania sin mencionar á Prusia, ni Prusia sin mentar las maniobras del príncipe Napoleon, que por Marzo de 1868 verificaba misterioso viaje. En verdad no tuvo éste ningun ministerio político, ningun fin diplomático en su larga excursion. El Emperador lo envió para cerciorarse del estado de los ánimos en Alemania y de las corrientes de la opinion pública. No habia necesidad de tomarse este trabajo. Con solo ver las poesías más populares, con solo hojear las historias más leidas, con solo meditar los filósofos más ilustres, puede comprenderse que habia en Alemania una opinion vigorosísima, deseosa de constituir la unidad de la pátria sin romper el lazo de la federacion; sin perderse en

este monstruoso cesarismo, ante el cual ha sacrificado tantas veces sus libertades Francia. Cinco horas de conversacion tuvieron Napoleon y su primo el príncipe Gerónimo. Las ideas del Palais-Royal trascendian á todo el mundo, así como se ocultaban las ideas de las Tullerías á los ojos de todos. El Príncipe dijo á su primo que Alemania está decidida á romper las tres tutelas oprobiosas bajo las cuales se ha sofocado su génio nacional: la tutela austriaca tradicional é histórica, la tutela francesa, que la oprimió durante el Imperio, y la tutela moscovita, que tantas veces se ha extendido como una sombra de muerte sobre sus aspiraciones liberales. La fuerza relativa de Prusia y Austria ha consistido en que las dos eran las potencias más fuertes de Alemania, y por consecuencia las más idóneas para realizar este pensamiento nacional. Mas en tanto que el Austria, compuesta de diversas razas, forzada fatalmente á disciplinarlas y regirlas por el látigo, aparecia dentro de sí como una potencia inmóvil y asiática, fuera de sí como un caos de razas ; la Prusia, fun-

dándose en la idea nacional, creciendo por grados desde el pobre electorado de Brandeburgo, representa con más fidelidad que el Austria el génio germánico en toda su nativa originalidad. La política de Bismark es clara. La union militar de Alemania está realizada por el tratado de alianza y la unidad mercantil se concluirá por el parlamento aduanero. En cuanto al Sur, su confederacion se ha desvanecido como sueño de una noche, como la ilusion de un dia. Prusia no admitirá al Sur en su confederacion sino cuando lo pida, cuando resueltamente lo desee. Pero hay un medio de que la unidad alemana se realice con la rapidez del pensamiento, y es que Francia la combata con la fuerza de las armas. Por consiguiente, la paz á toda costa y el desarme general á toda prisa deben ser las dos bases de la política europea. Hé aquí las ideas capitales traidas por el Príncipe Napoleon de su viaje.

Pero hay dos cuestiones que indudablemente son dos sombras muy espesas en este cuadro. Es la una la cuestion de Oriente; es

la otra la cuestion de Polonia. Los pueblos cristianos de Oriente no pueden llevar por más tiempo la marca infame de la media luna. Y se retorcerian todos los dias con grandes dolores bajo su presente ignominia. Y estos esfuerzos, como las erupciones de un volcan terriblemente conmoverán la tierra. Y la sacudirán en estremecimientos espantosos. Y el Emperador de Rusia acaba de rusificar la Polonia, acaba de destruir hasta el nombre sagrado de ese pueblo. Podrá borrarla; podrá arrancar su nombre de su memoria; pero Polonia permanecerá á sus piés inmortal en sus tormentos y en sus patíbulos, porque la muerte no llega hasta su alma.

Todas estas cuestiones fueron dilucidadas y controvertidas por César y príncipe en largas conferencias. Se podria formar un diccionario con las frases que se consagraron al Príncipe Napoleon. Quién le llamaba el príncipe rojo, quién el príncipe de la Paz, quién el comis-vogayeur de L'Empire. Un periódico francés dice, que cierto actor austriaco llamado Valiente, se parece mucho al príncipe

Napoleon. El parecido es tan grande, que el actor topaba á cada paso con ovaciones á las cuales ni en el teatro se hallaba acostumbrado. «No le ha valido poco, dice el periódico francés, tal *quid-pro-quo*. Es la primera vez que han confundido al actor con un príncipe, y al príncipe con un valiente.» Desde luego hay en este indivíduo de la familia imperial cierto carácter inquieto, cierto deseo de ensayar su actividad febril en el dilatado campo que le ofrecen las cuestiones políticas europeas, esta madeja de pensamientos y de hechos, cada una de cuyas hebras tiene cien mil nudos. Ya que no reinar se contentaba su alteza imperial con darse aires de rey, arreglando las más intrincadas y las más difíciles cuestiones diplomáticas. Vió el Imperio aislado, su política mal comprendida, la guerra amenazante, el Austria inclinada hácia Prusia, el Oriente en gravísimas complicaciones, más irritada cada dia Alemania; y se fué, especie de peregrino político, en busca de las mejores soluciones como Gerónimo Paturot en busca de posicion social. Pero el príncipe

no tiene criterio fijo, ni idea precisa y determinada en política. Unido á una poderosa dinastía, y antiguo amigo de todos los revolucionarios del mundo; príncipe de sangre imperial y demócrata de convicciones liberales; deseoso de servir el Imperio por servir su interés y tambien de derribarlo por ensanchar el horizonte de sus ambiciones; indivíduo de la familia real italiana y amigo ahora de la Imperial familia de Austria; deseoso de la unidad alemana á la cual ha contribuido con sus manejos diplomáticos y apesadumbrado por el aumento de Prusia que ha traido la disminucion de Francia; aspirando á una corona en Polonia pero sin atreverse á trabajar en la obra de sus aspiraciones por temor á Rusia; el príncipe Napoleon es un conjunto de vivas contradicciones; un candidato al poder que no sabe por qué camino marchar; si por el camino de los tribunos ó por el camino de los Césares. Hubo un tiempo en que acarició la idea de suceder á su primo. Entonces pronunciaba discursos tribunicios. Pero luego se ha convencido completamente de que

no tiene ni un partidario en los diversos bandos políticos, ni un sargento en el ejército. Asi diose en las postrimerías del Imperio á errar por el mundo. De tarde en tarde volvia á París. Pero se notaba que ora vendia sus cuadros, ora sus caballos; como si se aperci-biera á un largo viaje. En Suiza tiene su retiro.

Mas verdaderamente yo ignoro qué se propuso con esta larga peregrinacion como no fuera procurarse los esparcimientos naturales del viaje. Es muy hermoso un viaje á Oriente, el espectáculo del ancho Danubio, las colinas del serrallo sembradas de jardines, el Bósforo, en cuyas celestes aguas se miran Europa y Asia, el cielo azul sembrado de estrellas del Oriente. Esto es muy bueno para la poesía. Pero en política poco podia hacer, muy poco el príncipe con tal viaje. Cada una de las grandes naciones tiene ya su alianza y su línea de conducta. Austria pugna por recuperar con el espectáculo de su reciente libertad el perdido influjo en Alemania, y Prusia por conservar y agrandar el suyo, mientras que el Oriente

atiende á su verdadera protectora, la poderosa Albion. La diplomacia del príncipe en este concierto de la política europea era tan inútil como una paja arrojada en medio del armonioso concierto de los mundos. Hubo quien le atribuyó la paz de aquel año, la inteligencia entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de París, las grandes conciliaciones á que llegaron los ministros de Hungría con los ministros de Austria, una pausa en el movimiento de Bohemia hácia su independencia, ese movimiento necesario como el curso de los rios, obra de las leyes generales de la mecánica social. Pero yo creo que ni á la paz ni á la guerra contribuye la política del Príncipe Napoleón. La guerra universal fué inminente cuando Prusia, vencedora en Sadowah, dividió á su antojo la Alemania. Entonces Drouyn de Luhys propuso en Consejo de Ministros la declaracion de guerra que fué aceptada por unanimidad. Cada ministro se repartió uno de los diversos trabajos preparatorios de esta grande empresa. El ministro de Hacienda debia proveer de fondos, el mi-

no tiene ni un partidario en los diversos bandos políticos, ni un sargento en el ejército. Así diose en las postrimerías del Imperio á errar por el mundo. De tarde en tarde volvia á París. Pero se notaba que ora vendia sus cuadros, ora sus caballos; como si se apercibiera á un largo viaje. En Suiza tiene su retiro.

Mas verdaderamente yo ignoro qué se propuso con esta larga peregrinacion como no fuera procurarse los esparcimientos naturales del viaje. Es muy hermoso un viaje á Oriente, el espectáculo del ancho Danubio, las colinas del serrallo sembradas de jardines, el Bósforo, en cuyas celestes aguas se miran Europa y Asia, el cielo azul sembrado de estrellas del Oriente. Esto es muy bueno para la poesía. Pero en política poco podia hacer, muy poco el príncipe con tal viaje. Cada una de las grandes naciones tiene ya su alianza y su línea de conducta. Austria pugna por recuperar con el espectáculo de su reciente libertad el perdido influjo en Alemania, y Prusia por conservar y agrandar el suyo, mientras que el Oriente

atiende á su verdadera protectora, la poderosa Albion. La diplomacia del príncipe en este concierto de la política europea era tan inútil como una paja arrojada en medio del armonioso concierto de los mundos. Hubo quien le atribuyó la paz de aquel año, la inteligencia entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de París, las grandes conciliaciones á que llegaron los ministros de Hungría con los ministros de Austria, una pausa en el movimiento de Bohemia hácia su independencia, ese movimiento necesario como el curso de los rios, obra de las leyes generales de la mecánica social. Pero yo creo que ni á la paz ni á la guerra contribuye la política del Príncipe Napoleón. La guerra universal fué inminente cuando Prusia, vencedora en Sadowah, dividió á su antojo la Alemania. Entonces Drouyn de Luhys propuso en Consejo de Ministros la declaracion de guerra que fué aceptada por unanimidad. Cada ministro se repartió uno de los diversos trabajos preparatorios de esta grande empresa. El ministro de Hacienda debia proveer de fondos, el mi-

irian á juntarse á ella, porque conservan la unidad de la vida y la unidad del espíritu. El Príncipe Napoleon ha aconsejado á los hijos de Bohemia resignacion, pero ¿dónde? en Pesth, en la capital misma de Hungría autónoma y emancipada. La verdad es que para emancipar Hungría y no emancipar Bohemia, no hay más que una razon, que será de Estado, pero no de justicia; la razon de que Hungría es fuerte, y débil Bohemia. Pero llegará en Europa el dia de los débiles y de los oprimidos, como llegó en América el dia de los esclavos.

El carácter del Príncipe Napoleon es uno de esos caractéres que engendran y sostienen las perversas instituciones monárquicas. Registrad la historia y descubrireis junto á las dinastías de primogénitos que heredan el poder otras dinastías de segundo-génitos que heredan el odio á los herederos del poder, con los cuales se hallan unidos por los fuertes lazos de la sangre y de los cuales se hallan separados por las terribles inspiraciones de la ambicion. En nuestra historia, por otros

conceptos caballeresca y sublime, se encuentran siempre junto á las dinastías que podríamos llamar fundamentales, otras dinastías que podríamos llamar secundarias, otras dinastías de príncipes, de infantes segundones, que nacen á la sombra del trono, que sienten las tentaciones del trono, que adquieren el ánsia de reinar, que para satisfacer esta ánsia rompen por todo, atropéllanlo todo, ahogan los sentimientos más humanos, aborrecen á las personas más queridas entre los demás mortales, olvidan que son hijos, hermanos, padres, venden la pátria, faltan á sus juramentos, se pasan á los enemigos, no ya de su nacion y de su rey, sino de su fé religiosa, y llenan de sombras la historia, de crímenes la tierra. Testigos: aquel infante D. Enrique, hermano de don Alonso el Sábio, que corre á buscar entre los agarenos aliados de su cólera; aquel otro príncipe que al pié de Tarifa inmola al hijo de Guzman el Bueno; aquel D. Sancho el Bravo que se revuelve en rebelion abierta contra el derecho de sus hermanos y contra la autori-

dad de su padre; aquellos Trastamaras, nacidos en el adulterio y al trono elevados por el fratricidio. Pues lo mismo sucede en todas las naciones. Alfonso VI de Portugal se ve despojado por su hermano del reino, de la libertad, de la familia; el rey Luis XVI de Francia se ve condenado á muerte por su primo el Duque de Orleans; Cárlos X, destronado por su primo Luis Felipe; y Napoleon III y el hijo de Napoleon III, perpétuamente contrariados por el Príncipe Napoleon que ama con furor el trono, el poder, y con furor odia á su propia dinastía, á su propia sangre. Hé aquí una de las grandes ventajas de los poderes monárquicos; sacrifican la naturaleza humana en aras de la conveniencia social, y esta inmolacion de la naturaleza engendra tarde ó temprano el crímen dentro de la misma familia que se cree llamada por los privilegios de su rara virtud y de su apellido á reinar sobre la tierra, y á dirigir á los hombres.

[redacted]

CAPITULO LXXII.

LA OPOSICION PARLAMENTARIA Y LA GUERRA EUROPEA.

Permitidme evocar todos mis recuerdos y subir á la contemplacion de una Cámara del Imperio como si todavía me encontrara en los tiempos del Imperio. Para esto no tengo otra cosa que hacer sino recurrir á mis *Memorias del destierro* donde guardo algunas páginas que enumeran todos estos grandiosos espectáculos de una Historia, cuyos hechos están muy recientes y que parecen pertenecer, por lo grandes y lo asombrosos, á bien lejanas edades. Léase la siguiente descripcion que yo trazaba en el mes de Noviembre de 1866, y en la cual

se encontrará presentado con la mayor fidelidad, que me fué posible, el Cuerpo Legislativo del Imperio en uno de sus más interesantes períodos.

«Nada más interesante, decia yo, que ver una Asamblea. Es el espectáculo de los espectáculos. Esos altos intereses que las embargan, esos partidos que las dividen, esas ideas que las preocupan, esos ecos de grandes tempestades morales que se levantan de su seno, esos oradores agitados por el sublime génio de la elocuencia, esas corrientes de la palabra en que se vierte la sangre del alma y en que se decide la suerte de muchas generaciones, todo tiene los atractivos de un campo de batalla sin ninguno de sus horrores. Y si hay en el mundo punto que merezca ser mirado como el navegante mira al polo; si hay cúspide visible de la inteligencia humana, desde la cual desciendan fecundantes rios de ideas, á no dudarlo, es la gran tribuna francesa, destinada á cambiar desde el dia en que surge coronada por la tempestad, toda la direccion de la inmensa corriente de los tiempos.»

«Encaminábame, pues, en los primeros dias de esta semana al Cuerpo Legislativo, atravesando la inmensa plaza de la Concordia. Los árboles del jardin de las Tullerías y de los Campos Elíseos han perdido sus hojas; el rio su trasparencia del verano; entre las nubes de color parduzco se dibuja el Arco de la Estrella que parece construido para coronar siempre la victoria, y el obelisco egipcio que parece en el centro levantado para recordar siempre la muerte. A la orilla izquierda del rio, frente por frente de la Magdalena, aunque á larga distancia, se levanta el edificio que podríamos llamar Congreso de los diputados franceses. Fué un dia palacio de los descendientes del gran Condé, y palacio que pasó á la nacion cuando vinieron las confiscaciones de las tierras patricias; que cayó en poder de los Orleanes, cuando Luis Felipe se apoderó de la herencia de los Condés; y que volvió de nuevo á la nacion mediante uno de esos cambalaches á que tan aficionado era el difunto rey de los tenderos. Su pórtico griego, muy semejante al del Congreso de Madrid,

aunque mayor y más artístico, fué obra de Napoleon I.»

«Entrando por la puerta de la derecha os hallais en espacioso salon. Allí se aguardan los billetes para las tribunas, se citan y hablan los periodistas, salen de vez en cuando los diputados. Es una especie de locutorio donde llegan algunas personas distinguidas que los porteros conducen con grandes reverencias, y donde se arma una animadísima tertulia preparatoria de la sesion. Sucede lo mismo que en tales sitios suele suceder en España. Todo el mundo es de oposicion. Los que tienen el público encargo de defender al gobierno, se burlan de él, cuentan picantes anécdotas que aprovechan los oposicionistas de oficio, y se vengan, como suelen los lacayos, de sus propias complacencias, renegando y maldiciendo de sus amos. De pronto se oye un redoblar de tambor, ese ruido tan frecuente en Francia donde el tambor es como la batuta en una orquesta. No sólo cierran los franceses á toque de tambor los cuarteles, sino las Exposiciones de artes é industrias. No

sólo guardan con centinelas de línea los palacios, sino los teatros. En cuanto se oye el ruido del tambor, todos los ojos se convierten á la puerta. Dos filas de soldados aparecen y cubren la corta distancia que hay del palacio del Presidente á la puerta del salon de sesiones. Una nube de porteros se estiende por todas partes. Los indivíduos de la mesa vienen seguidamente llevando los secretarios sus respectivas carteras. El Sr. Presidente aparece de frac negro y corbata blanca, con un baston de áureo puño en la mano derecha y el sombrero en la izquierda, la roja cinta de la legion de honor sobre el pecho, y en los lábios la cortesana sonrisa que es de rigor en todos los ceremoniales franceses.»

«Entremos en el salon de sesiones. Yo ocupo un puesto muy cómodo en una tribuna designada por el Presidente. Lo debo á una recomendacion muy especial de un mi amigo diputado de oposicion. La sala de sesiones me parece mezquina, muy inferior á la del Congreso de Madrid, pero construida con más atencion á las leyes de la acústica. La tribuna es todavía

no tiene ni un partidario en los diversos bandos políticos, ni un sargento en el ejército. Así diose en las postrimerías del Imperio á errar por el mundo. De tarde en tarde volvia á Paris. Pero se notaba que ora vendia sus cuadros, ora sus caballos; como si se apercibiera á un largo viaje. En Suiza tiene su retiro.

Mas verdaderamente yo ignoro qué se propuso con esta larga peregrinacion como no fuera procurarse los esparcimientos naturales del viaje. Es muy hermoso un viaje á Oriente, el espectáculo del ancho Danubio, las colinas del serrallo sembradas de jardines, el Bósforo, en cuyas celestes aguas se miran Europa y Asia, el cielo azul sembrado de estrellas del Oriente. Esto es muy bueno para la poesía. Pero en política poco podia hacer, muy poco el príncipe con tal viaje. Cada una de las grandes naciones tiene ya su alianza y su línea de conducta. Austria pugna por recuperar con el espectáculo de su reciente libertad el perdido influjo en Alemania, y Prusia por conservar y agrandar el suyo, mientras que el Oriente

atiende á su verdadera protectora, la poderosa Albion. La diplomacia del príncipe en este concierto de la política europea era tan inútil como una paja arrojada en medio del armonioso concierto de los mundos. Hubo quien le atribuyó la paz de aquel año, la inteligencia entre el Gabinete de Viena y el Gabinete de París, las grandes conciliaciones á que llegaron los ministros de Hungría con los ministros de Austria, una pausa en el movimiento de Bohemia hácia su independencia, ese movimiento necesario como el curso de los rios, obra de las leyes generales de la mecánica social. Pero yo creo que ni á la paz ni á la guerra contribuye la política del Príncipe Napoleón. La guerra universal fué inminente cuando Prusia, vencedora en Sadowah, dividió á su antojo la Alemania. Entonces Drouyn de Luhys propuso en Consejo de Ministros la declaracion de guerra que fué aceptada por unanimidad. Cada ministro se repartió uno de los diversos trabajos preparatorios de esta grande empresa. El ministro de Hacienda debia proveer de fondos, el mi-

cho de duro. Lleva la barba á la americana, muy poblada bajo el labio inferior, mientras el labio superior se halla completamente descubierto. Los oradores franceses no tienen las grandes cualidades de palabra que tienen los primeros oradores de España. Bien es verdad que no manejan esa lengua española, ora ruda como las grandes pasiones políticas, ora melodiosa como un cántico, y que se abre en maravillosísimas ondulaciones de elocuencia para prestarse ya á la concision imperiosa del mandato, ya á la vibracion guerrera del argumento, ó ya á la sonoridad del estilo ciceroniano, oriental, expresado en períodos que parecen á entusiastas odas. Julio Favre razona friamente, y habla con un gran sosiego, con un sosiego que entre los españoles sólo posee Cortina. Pero al acabar sus oraciones, cuando el auditorio se halla encantado apaciblemente de aquella fluida palabra, lanza, ó una larga frase, ó un gran pensamiento, ó un aceradísimo dardo, algo que parezca al final ruidoso y deslumbrador de un fuego de artificio, algo que entusiasme y deslumbre,

dejando como un gran eco en los oidos y otro eco mayor en la conciencia. Cierto dia, monsieur Rohuer acababa de emitir una brillante apología del Emperador. «No contendré, le contestó Julio Favre, sobre las cualidades que el ministro atribuye al jefe del Estado; pero si Mr. Rohuer se contenta con ser ministro de un Trajano ó de un Marco Aurelio, yo aspiro á más, yo quiero más que todo eso, yo aspiro á ser ciudadano de un pueblo libre.»

«No lejos de Favre se asienta un hombre cuya reputacion es más antigua y más universal, Mr. Thiers. Es pequeño, rechoncho, pero la cabeza es grande, y admirablemente modelada por el trabajo interior del pensamiento. Decia Plotino que cada espíritu se fabrica su propia habitacion. Y en efecto, la morada de Thiers acusa un espíritu más efusivo que profundo. Su inteligencia es antes el microscopio para ver el mundo de las cosas infinitamente pequeñas que el telescopio con que los génios superiores, los dioses del mundo intelectual, ven las cosas infinitamente grandes. Sus discursos son análisis de una

minuciosidad incomprensible; conversaciones de un maravilloso encanto. Despues de haberle oido cuatro horas, os preguntais en seguida: «¿y ya ha concluido?»

«En la oposicion se encuentra tambien Emilio Ollivier, pero en la oposicion imperialista. Habla con portentosa fluidez, si bien con escasísima autoridad, por haber cambiado de bandera política tantas veces. Es alto, de fisonomía expresiva, de temperamento nervioso, de ojos grandes aunque ocultos casi bajo oscuras antiparras; y su aire es entre asacristanado y golillesco. En la cima de la montaña veo á Glais-Bizoine, respetable viejo, de entero carácter, de gracia finísima, de esquisita naturalidad, recordándome á nuestro ya casi olvidado Conde de las Navas; veo á Picard, en cuya cara se descubre la satisfaccion de una conciencia limpia y en cuyo trato la fina amabilidad de un parisien; veo á Julio Simon, célebre por sus virtudes privadas y su ciencia universitaria; veo á Pelletan, cuyo rostro pinta el desencanto de un alma que no ha llegado á dar los frutos pro-

metidos por las flores de sus primeros libros.»

Esta oposicion tan ilustre tenia alguna parte en los alardes guerreros que menudeaban por do quier, y que al cabo trajeron un conflicto dañosísimo á la causa de la civilizacion y de la libertad, que si bien de pronto produjo dos evidentes progresos, la caida del poder temporal de los Papas y la caida de la dictadura cesarista de Napoleon, produjo á la larga un mal de que difícilmente nos curaremos, la implacable enemiga entre la raza germánica y la raza latina, entre Prusia y Francia, que ha roto una armonía necesaria y que ha traido el peligro de una incesante guerra.

Ha llegado la hora de hacer un estrecho exámen de conciencia y ver qué parte de responsabilidad cabe á cada cual en una de las catástrofes más terribles que ha registrado la historia. Historiemos. Corria el verano de 1866 y se acababa la guerra austro-prusiana por la batalla y la victoria de Sadowah. El emperador Napoleon, que habia contribuido en mucho á este resultado, esperaba una parte en el botin. Pero, al ir á recla-

marlo, se encontró con una redonda y absoluta negativa. Inmediatamente quiso apelar á la guerra, y no tuvo medios para sostenerla. Esta inmensa desgracia pudo costarle entonces la vida, porque de sus resultas le asaltó mortal enfermedad en Vichy. Napoleon sabia que su poder no duraba sino aparecia á los ojos de su pueblo como infalible en sus juicios é incontrastable en sus empresas. Entonces se conformó con necesaria resignacion; y predicó en célebre manifiesto que la victoria de Prusia habia sido una victoria del imperio, por varias y fundamentales razones; porque habia roto los tratados de mil ochocientos quince; porque habia realizado las grandes aglomeraciones tantas veces prometidas y sustentadas en las meditaciones y en las memorias del grande Emperador; y porque habia creado una potencia revolucionaria más, enemiga de antiguos poderes y necesaria aliada de Francia.

Ahí estaba la verdad. Ese era el profundo y necesario sentido político. Se necesitaba mantenerlo contra todo y contra todos una

vez públicamente expresado. Las inquietudes de Alemania se hubieran concluido, y las consecuencias de la paz internacional se hubieran tocado inmediatamente. Los recelos del pueblo francés se hubieran poco á poco apaciguado. Pero el partido militar queria la guerra á toda costa; y á las cábalas, á las pretensiones del partido militar sirvió un discurso de Mr. Thiers, discurso admirable por su arquitectura, por sus formas, nocivo por sus tendencias, por sus ideas.

El discurso combatia todo el manifiesto de Napoleon, y por consecuencia toda su política europea. Jamás unió tanta elocuencia á tanta erudicion, ni tanta profundidad á tanta gracia como en este discurso. Cuatro horas tuvo la Asamblea pendiente de sus labios, que fluian como un rio de ideas trasparentes, clarísimas, en las cuales se reflejaba con todos sus rojizos resplandores el orgullo nacional de Francia. Olvidando la unidad fundamental del espíritu moderno, y la solidaridad de los pueblos, habló como hubiera hablado un patriota á la antigua, uno de esos hombres que

fijan la atencion y la concentran solo en su pátria; para las cuales todos los pueblos extranjeros deben ser considerados como pueblos, ó enemigos, ó bárbaros. Solamente por un sentimiento de esta altiva estrechez puede comprenderse y explicarse que olvidado de alemanes, de italianos, de españoles, de ingleses, de todos los pueblos circunvecinos á Francia, sostuviera que á esta nacion le conviene tener á perpetuidad en sus fronteras pueblos, ó desmembrados, ó débiles. Así condenó la obra de la unidad de Italia, esa obra debida á las fuerzas de Francia, y anunció á Víctor Manuel autoridad más fugitiva y reinado más tempestuoso en su nuevo amplio reino de Italia, que en su antiguo estrecho nido de Saboya.

Pero en el tema en que agotó sus fuerzas y su elocuencia fué en el tema de la unidad de Alemania. Elevóse en alas de su maravillosa palabra á los tiempos más remotos, y recorrió con rica variedad de tonos en la voz, y de ideas en el discurso las crísis supremas que han formado la grandiosa nacionalidad fran-

cesa. Para él toda la historia moderna de Francia, se ha propuesto impedir la Alemania una fundada sobre Italia, ó sobre España. Por esta causa, porque Italia no fuera española combatieron Cárlos VIII y Luis XII de un extremo á otro de la hermosa península de las inspiraciones y de las artes. Por esta causa, porque el Imperio aleman no fuera una amenaza en el Rhin y otra amenaza en el Pirineo, merced á la poderosa familia de Cárlos V, combatieron Francisco I en París; sus herederos en San Quintin; Enrique IV en Crescy; Luis XIII en Rocroy, hasta que consiguieron humillar á España y Austria en la paz de Westphalia, preparada por Richelieu y concluida por Mazarino, los dos grandes políticos de Francia. Y Napoleon III habia contribuido con su política de las nacionalidades á fundar un grande Imperio sobre la frontera de los Alpes, y otro grande Imperio sobre las fronteras del Rhin que aminoraban toda la antigua grandeza de Francia. Y despues de haber luchado tantos siglos en impedir el feudal imperio

austriaco unido á la nacion española, ahora nos encontramos con un imperio aleman unido á la nacion italiana. Y se querrá cohonestar todo esto con la frase de haberse concluido los tratados de 1815, ajustados en daño de Francia y concluidos y rasgados con mayor daño todavía de esta gran nacion. Y se añade que el gran Emperador predicaba la aglomeracion de razas, los inmensos calabozos donde se amontonan pueblos esclavos, cuya libertad y cuya independencia habian sido el secreto quizá de sus inspiraciones artísticas, de su cultura científica, de los esmaltes con que ornaran la expléndida diadema de la humana gloria. Esas teorías eran absurdas, y sobre todo contrarias á la dignidad de Francia, que por lo ménos debia compartir con otras naciones su preponderancia en Europa. Ya no queda ninguna falta más que acometer, dijo el orador con voz lúgubre, dejando clavado su agudísimo puñal de dialéctico en el corazon del Imperio.

Desde aquel dia todo cambió en Francia. El orgullo nacional se reanimó con una re-

animacion extraordinaria. El partido militar cobró grandes brios y sonó sus sables amenazadores en las gradas mismas del cesáreo trono. Los patriotas pidieron la guerra con clamores y ahullidos espantosos. Francia se palpó las sienes y sintió que le habian quitado en las sombras su espléndida corona de oro. El pueblo mismo comenzó á ser cómplice del error que podia perderlo, esclavizarlo, retardar su emancipacion y su progreso. Y yo creí ver, entre aquellos siniestros relámpagos de entusiasmo, dibujarse el yerto cadáver de la noble Francia.

CAPITULO LXXIII.

CRIMENES Y ERRORES.

Otra discusion lúgubre se empeñó en el Cuerpo Legislativo respecto á las obligaciones mejicanas. Una trahillá de aristócratas indignos, espúreos hijos de la republicana América, la tierra de la democracia, la tierra de la libertad, creyeron difícil, imposible, vivir sin títulos, sin condecoraciones, sin esos marquesados y esos ducados que violan la igualdad humana, y sólo recuerdan la soberbia de unos pocos levantándose audaz sobre la humillacion de todos. Para reanimar el privilegio era necesario alzar una monarquía, cuyas

raices se agarran al error, cuyas ramas llevan los venenosos frutos de la supersticion, cuya sombra engendra esa desigualdad de la cual brotan, como vestiglos de una pesadilla, arriba los príncipes, abajo los esclavos. Y á fin de llamarse condes, duques, marqueses, de cargar con una librea recamada de oro y condecorar el vil pecho con una medalla relumbrante que ocultara la podredumbre del corazon, quisieron una monstruosa monarquía en la misma América, que habia rechazado hasta la antigua, y bajo tantos conceptos gloriosa, monarquía de España. Pero América, esa tierra que ha producido á Washington, á Franklin, á Bolívar, á Lincoln, á San Martin, á Rivadavia, América puede producir ciudadanos, pero no puede producir reyes. Era necesario buscar el Emperador en Europa, en este semillero de príncipes. Ellos son las ortigas que brotan entre las junturas de las ruinas del feudalismo europeo. Aquí los hay de varias condiciones, de varios orígenes; pero igualmente deseosos de dominar, de tener un presupuesto crecido, de ver frentes y

rodillas en el polvo, de engendrar hijos que nazcan con la estrella de la soberanía en la frente, destinados á dirigir esos mansos ganados que se llaman pueblos, y que siguen gustosos el cencerro de una corona.

La eleccion de príncipe no era cosa fácil. Los Borbones recordaban la antigua dominacion española y herian la justa susceptibilidad de América. Los Bonapartes reanudaban las conquistas del primer Imperio y herian la justa susceptibilidad de Europa. Entonces se pensó en buscar el príncipe entre esa raza de verdugos que se llaman los Hapsburgos y que han nacido reyes y dominadores como los tigres nacen carniceros. Habia un príncipe blondo, melancólico, romántico, lleno de recuerdos de su familia, de aspiraciones á la dominacion; y que, despues de haber recorrido Europa entera y parte de Africa en pos de grandes emociones, volvia triste, desesperado, á su retiro de Miramar, sin encontrar reposo en la tierra, porque habia nacido para vivir en el absolutismo como las aves rapaces en las sombras, y porque

necesitaba la cima de un trono, como el águila necesita la cima de una montaña. Los traidores vieron unánimes en aquel príncipe el destinado á restaurar la conquista europea en América, el imperio absoluto en Méjico, á sostener los negreros de los Estados-Unidos, prometiéndoles que, detrás de sus fratricidas banderas, empapadas en sangre humana, estaba su trono reciente, y detrás de su trono reciente todos los antiguos tronos de Europa, que se conmueven y tiemblan así que en cualquier region del mundo quiebra el esclavo un eslabon no más de su cadena. La traicion se consumó. El príncipe fué emperador, sí, emperador destinado á restaurar la monarquía, la aristocracia, la esclavitud, la conquista europea, la reaccion universal contra esos pueblos esparcidos por el Nuevo Mundo que se han empeñado en ser libres y en rechazar las imágenes de Dios sobre la tierra, los celestiales reyes. El príncipe tenia de todo; diplomáticos destinados á llevarle el reconocimiento de los reyes de Europa; bayonetas destinadas á abrirle paso hasta su trono

y sostenerle en su cima; chambelanes de pantalon corto y sombrero apuntado que recibieran de sus manos las insígnias de la Vírgen de Guadalupe y le llamáran en cambio sacra majestad; sacerdotes que le hicieran creer en la intervencion divina á favor de su autoridad y en que la imágen de Dios se reflejaba sobre su frente; un rio de sangre libre donde teñir su púrpura; solamente le faltaba dinero.

Entonces se crearon esas obligaciones mejicanas que fueron arrebatadas, merced á solemnes promesas y á exaltadas pinturas, por la sórdida sed de lucro despertada en los pueblos europeos, cada dia más adoradores del vientre y más olvidados de la justicia. Pero lo que debia suceder sucedió. América rechazó de su libre seno el Imperio. En vano se apeló al fuego, al hierro, al terror. En vano se fusiló á jóvenes é ilustres generales que defendian la más noble de las causas, la causa de la independencia y la causa de la República. La justicia social se cumplió inflexiblemente. Y de este Imperio no han quedado más que las obligaciones mejicanas, á cuyo

pago destina hoy el gobierno francés cerca de cien millones de francos. Glais-Bizoine ha dicho una palabra que es gráfica: «¿Por qué no se pagan esas obligaciones con la lista civil?» Es verdad. Pero no importa que los pueblos quieran separar su responsabilidad de la responsabilidad de sus gobiernos. Si no los quieren, los consienten. Y esto basta. De la catástrofe del Imperio sólo queda una mujer distinguida, que siempre deseó reinar, y que ha reinado, pero dejándose ¡infeliz! en las gradas de ese alto trono, al cual ha corrido como la mariposa á la llama, el cadáver de su marido y su propia razon. Espantosa trajedia. ¿Y creereis que algunos de los que, no sabiendo ser ciudadanos, aspiraron á ser chambelanes, todavia usan por Europa esos títulos y esas condecoraciones que han costado tanta sangre? ¿Para cuándo guarda la conciencia humana los rayos de sus remordimientos?

Por fin el Cuerpo Legislativo se cerró para que se abriera el último Cuerpo Legislativo del Imperio. Contra la costumbre de todos los

años, el Presidente no pronunció ningun discurso. Este silencio se explicaba por dos razones: primera porque no podia decir á los diputádos si volverian ó no á reunirse; y segunda porque no podia decir á la nacion si tendria paz ó guerra. La mayoría gritó: Viva el Emperador. Y la minoría: Viva la libertad. Y el Cuerpo Legislativo se disolvió por fin. Pero se disolvió bajo bien tristes auspicios. Muchas veces creo haber dicho que no aparecía popular entonces la guerra en Francia. Al ménos, los armamentos apercibidos para empeñarla, no eran populares. El pueblo se quejaba de que el innumerable ejército le quitaba la mitad de sus fuerzas y el abrumador presupuesto la mitad de sus productos. Pero cierto ardor guerrero se despertaba en la prensa. Las causas de este despertamiento se resumian todas en el incidente que sigue. El estado mayor prusiano publica una historia de su última campaña que no deja bien parado al ejército de Italia. La verdad es que, gracias á la impericia de sus jefes, dejáronlo todavía peor parado las balas aus-

triacas. La Mármora que no quiere conocer esta verdad evidente, por lo mismo que él mandaba la última guerra en representacion de Italia, sube á la tribuna, se queja, y entrega á los cuatro vientos de la publicidad una secreta nota en que el ministro de la Guerra prusiano le hablaba del plan de batalla. En esto comete falta gravísima porque debió permanecer secreta esa nota fiada á su reserva. En la nota el ministro prusiano dice antes de Sadowah que, contratada la alianza, dispuestas las dos naciones á la campaña, no deben contentarse con una guerra parcial, sino á fondo; atravesar los unos los desfiladeros de Bohemia, y atravesar los otros los desfiladeros del Tirol; reunirse prusianos é italianos en tierra de Hungría removida por la revolucion; enviar á Garibaldi á las costas para que sublevase los pueblos eslavos deseosos de su presencia; y entrar todos en Viena aventando al aire las cenizas del Imperio austriaco. Esta nota produjo extraña sensacion en Francia. ¿Quién nos asegura, preguntaban los franceses que no se tramará

mañana igual confabulacion contra nosotros? ¿Quién nos dice que deseoso Víctor Manuel de entrar en Roma y deseoso el rey Guillermo de humillar á Francia, no se citarán en París mañana, como ayer se citaban alborozados en Viena? Pero yo pensaba que habia dos medios muy sencillos, muy fáciles de conjurar todos estos peligros sin necesidad de atravesar el incendio de una guerra: dejar Roma á los romanos y á los alemanes Alemania.

Abandonada Roma á los romanos era seguro que caeria el gobierno temporal del Papa, mas no era tan seguro que entrase Víctor Manuel. Abandonada Alemania á los alemanes, casi era seguro que se unirian en una grande federacion; pero no era tan seguro que se unieran bajo el cetro de Prusia. Oponiendo al movimiento italiano y al movimiento aleman el veto del Tíber y el veto del Mein, el gobierno francés les quitaba á los pueblos toda esperanza en la revolucion, pero les inspiraba esperanza en la guerra. Necesitaban, pues, prusianos é italianos, reunirse en torno de sus gobiernos para sostenerlos contra una poten-

cia extranjera que los embarazaba y que los humillaba. Este es el grande error de Francia: no dejar Roma entregada á los romanos y no dejar Alemania entregada á los alemanes.

Por aquellos dias se celebraba en Viena una fiesta que tenia un gran sentido político porque tenia un gran sentido aleman. Todo el mundo sabe cuán populares son en la literatura alemana las leyendas campestres, los ejercicios de la caza, el aire embalsamado de las praderas, el rumor de los árboles poblados de aves, el sonido del cuerno cazador, la habilidad en el tiro, toda esa epopeya rural tan digna de los antiguos germanos, y sobre la que Weber ha tendido sus dulces melodías nacionales, que parecen salir como un vapor del seno mismo de la naturaleza, y ser una mezcla milagrosa de la cádencia de los arroyos con la vibracion de las selvas. Y lo que hay todavía más popular en esas leyendas son los tiradores, hábiles y certeros en manejar la escopeta, que van por las montañas y por las selvas, procurándose la caza tan necesaria en los países frios, y que si es preciso, cazan

con igual habilidad á los enemigos de la pátria. Puede decirse que hay de todo esto una literatura en Alemania. Pues bien; los tiradores francos de la antigua Germanía suelen reunirse cada año en una ciudad, para demostrar que, á despecho de las divisiones políticas, á despecho de los reyecillos feudales, á despecho de tantos pequeños Estados, la gran pátria alemana es una en su espíritu y en sus tradiciones, y se extiende como el cielo sobre todas las frentes de sus hijos. Los francos-tiradores de Suabia, de Sajonia, de Prusia, de Francfort, de Baviera, de los desfiladeros del Tirol, se reunieron en Viena para demostrar que, á pesar del tratado de Praga, la federacion germánica, tanto del Norte como del Sur, subsiste en el pensamiento y en la voluntad de todos los alemanes resueltos á fundar la unidad de la pátria. Habia en todo esto indudablemente un sentimiento de hostilidad manifiesta á Prusia; pero habia otro sentimiento de hostilidad manifiesta á Francia. No hay que olvidarlo: la Alemania herida por Francia, será una bajo el sable de Prusia. La

Alemania abandonada á sí misma llegará á la unidad por la federacion. Al pueblo francés conviene ménos, mucho ménos que al pueblo aleman mezclarse en los asuntos germánicos, tan gravemente complicados, porque su intervencion le costaria una guerra bien sangrienta y le daria esa formidable unidad alemana tan temida. Pero las verdades más claras y más sencillas son las que más difícilmente penetran en el ánimo de los gobiernos y aun de los pueblos.

Habia un error en Francia por este tiempo, error tan grave que yo calificaba de ciega demencia en la siguiente carta escrita con fecha de diez y ocho de Marzo de 1868 á todos los periódicos de América. «No he visto á ningun gobierno ir tan derechamente hácia su perdicion, arrastrado por la fatalidad, como al gobierno francés. La dinastía napoleónica necesita la guerra porque todos sus timbres son guerreros; necesita la conquista porque su jefe augusto es un conquistador; y va á la guerra, va á la conquista sin calcular préviamente las probabilidades de una derrota en

que la dinastía puede perder su corona, y la Francia su integridad y su influencia. O la diplomacia francesa no sabe cuánto ocurre en Alemania, ó la diplomacia francesa engaña á su nacion y á su gobierno. Lo cierto es, que aquí en Francia se ha concebido una idea y se ha formado un juicio de radical falsedad y de ningun fundamento. Se ha formado la idea ficticia de que una guerra en Alemania es tan fácil como una guerra en Italia. Se cuenta con el Austria, y se olvida que el Austria se halla dominada por los húngaros, y los húngaros no pueden consentir el antiguo predominio austriaco en Alemania que seria tanto como renovar la servidumbre de Hungría. Se cree que Prusia es tan odiada en Alemania como Italia en Austria; y se olvida que Austria representaba en Italia el impedimento insalvable á la unidad y á la independencia italiana, en tanto que Prusia representa en Alemania la unidad y la independencia alemanas. Se cree que Napoleon, desenvainando á las orillas del Rhin su espada á favor de los alemanes del Sur será tan popular como Napoleon desen-

vainando su espada á las orillas del Mincio. Pero se olvida por completo que si hay algun sentimiento vivo en Alemania, si hay alguna idea arraigada es el sentimiento y la idea de horror á esa Francia napoleónica que humilló á sus padres y que los llevó uncidos á su carro de triunfo, cuyas ruedas se hundian profundamente en las entrañas de Alemania. La gran literatura alemana, la grande idea de la pátria germánica, toda esa unidad que ahora aterra á Bonaparte, nació en la conciencia de los filósofos, en la lira de los bardos antes de nacer en la realidad, y nació engendrada por el odio al conquistador, por el odio á Napoleon. Y en cuanto el conquistador aparezca de nuevo sobre las orillas del Rhin aleman, tronando en la figura siniestra de uno de sus más odiosos descendientes, el bávaro dejará de pertenecer á Baviera, el sajon á Sajonia, el austriaco mismo al Austria para pertenecer todos juntos á la gran pátria, á la Alemania. Y Napoleon decadente luchará con una idea vigorosa. Y el resultado de esta lucha no es dudoso, porque en el com-

bate de un Imperio moribundo con una idea nueva y vigorosa, la victoria está reservada á la juventud y al vigor.»

En uno de los últimos viajes hecho con motivo de la conferencia celebrada entre los Emperadores de Austria y Francia, subió este á una de las montañas. Dícese que desde aquella eminencia se descubria el gran Ducado de Baden, y ese Rhin aleman, donde ya en tiempo de Augusto se perdieron las legiones de Varo. El espectáculo debia ser maravilloso en una clara mañana de Julio: los bosques oscuros, los lagos celestes, las praderas verdes, los pueblos por su torre gótica coronados, y por la humareda de sus chimeneas ceñidos; las locomotoras cruzando en diversas direcciones con sus penachos semejantes á nubes que serpentean por la tierra; allá á lo lejos el Rhin como una línea del horizonte, y tras el Rhin, como un reflejo indeciso, como una refraccion de la luz, centelleando las nevadas crestas de los Alpes. Yo me figuro al Emperador contemplando en las cimas de las montañas, en esos últimos refugios de la li-

bertad, en esos eternos altares de Dios, la tierra desecada, el codiciado rio, como el águila desde su desnudo peñasco tantas veces azotado por el rayo, mira con su retina siniestra y sanguinolenta la anhelada presa. Me parece repetirse aquella escena descrita por Tito Livio, del supremo dia en que Annibal miraba desde una montaña á sus pies, Roma, por la cual habia corrido los mares y la tierra, Roma, en cuya posesion estaba el secreto de su destino; porque con Roma libre era incompatible Cartago, y con Roma esclava Cartago era señora del mundo. Pero ¿habremos vivido tantos siglos, habremos allegado tantas ideas, habremos visto pasar por el cielo del espíritu las almas de tantos genios, habremos abonado nuestro suelo con los huesos de tantos mártires para asistir á la perpetuidad del reinado de la fuerza y á la repeticion del duelo de las razas? Si el Emperador Napoleon miraba bien, veria levantarse de aquellas praderas tan rientes, de aquellos lagos tan serenos, de aquellas aldeas donde en sus amores y en sus trabajos viven tantas familias;

de todo aquel espectáculo realizado por la fecundidad de la vida, rojo vapor de sangre, que debia penetrar como siniestra nube en el seno de su perturbada conciencia.

Y allí debian dibujarse, como los condenados en el infierno, las siniestras figuras de dos pueblos en armas; el ódio evaporado de sus corazones, ocultando el sol; la guerra levantándose para desgarrar y ensangrentar el feraz suelo; los montones de cadáveres tendidos en heras donde antes se levantáran los haces de trigo; el incendio devorando los pueblos, santuarios del amor y de la familia; millares de familias tranquilas y felices, maldiciendo á su perseguidor y á su verdugo. Y todo por conservar un trono, ¡oh infamia!

CAPITULO LXXIV.

LA INCERTIDUMBRE.

Grande dolor heria por aquellos momentos á uno de los primeros republicanos del mundo, á Víctor Hugo. Su mujer murió en el destierro. Francia sintió por este infortunio de su gran poeta, de su gran tribuno, un dolor que bien puede llamarse nacional. Yo creo que este luto de un gran pueblo y de un gran hombre, cubria la frente de todos los pueblos donde á la sazon palpitaban amor al arte y amor á la libertad. Cruel destino. Bella, virtuosa, con mucho talento y mucho corazon; fluyendo de sus labios sencilla elocuencia y de su pluma

admirables páginas que las letras contarán mañana entre sus tesoros inmortales; mujer de un genio al cual ha inspirado divinos pensamientos, madre de una familia educada en viriles virtudes y en el amor á la libertad; con todas estas venturas y con todas estas prendas, capaces de honrar un siglo, no pudo la esposa de Víctor Hugo tener el consuelo de morir sobre la amada tierra de Francia, en el seno sacrosanto de lapátria. Nos llamamos civilizados, y aun hay prescripciones, y aun las sociedades para vivir arrojan bárbaramente de su seno hasta aquellos hijos ilustres que por su genio las han de inmortalizar, dándoles la vida de todos los siglos en la memoria humana, con obras sublimes que se alzan sobre todas las ruinas, y que alimentan el espíritu de todas las generaciones.

En la cuestion de guerra no salia la nacion de su penosa incertidumbre. Si hubiera habido Parlamentos que fueran expresion de la voluntad nacional; ministros que tuviesen política propia y respondiesen de ella ante el Parlamento; asociaciones públicas destinadas

á discutir las ideas y á dar las fórmulas del pensamiento general; si hubiera habido la libertad, en fin, hubiérase podido seguramente prever el porvenir y señalar hasta el momento del conflicto; pero en aquel Imperio, donde reinaba la voluntad soberana de un hombre que á su arbitrio lanzaba un dia la tea sobre los combustibles hacinados, no era dable penetrar la espesísima nube que rodeaba al poder, y la guerra amenazaba como un hecho súbito, imprevisto, que sorprendiera los ánimos, que los sobrecogiera, cuando más inadvertidos se hallasen y ménos temerosos del peligro: situacion penosísima que naturalmente engendraba zozobras y temores paralizando todas las fuerzas del trabajo y todo el curso del comercio.

Los periódicos imperialistas comprendian á la sazon el mal que traia tamaña incertidumbre. Pero ¿creeis que se daban traza para impedirlo? «Renazca la confianza en la paz,» gritaba por la mañana el *Constitutionel*, devoto al Imperio; y por la tarde el *Pays*, no ménos devoto, exclamaba: «Solo hay una so-

lucion posible á los conflictos europeos; solo hay un medio conveniente á la dignidad de Francia, la guerra.» Desmentíase un dia oficialmente que el Imperio tratase de pactar la union aduanera y política con Bélgica, y al otro dia se nombraba embajador en Bélgica al director de la *France*, diario que siempre habia sostenido la anexion de Bélgica al Imperio. Decia en los Consejos generales de un departamento el mariscal Vaillant, ministro de Bellas artes, bucólicamente, que el estado del Imperio era la paz en la abundancia; y decia en los Consejos generales de otro departamento el mariscal Niel, ministro de todas las armas, que el Imperio estaba muy bien armado y de él dependia la paz ó la guerra en toda Europa.

No paraban aquí las imprudencias. Ese mismo *Constitutionel* que tan solícito se mostrara en procurar la paz del mundo con sus artículos tranquilizadores, sustentaba una tésis muy extraña, la tésis de que la Emperatriz merecia la regencia por sus talentos, y que habiendo desempeñado tantas veces con glo-

ria tan alta magistratura, la desempeñaria en lo porvenir con la histórica felicidad alcanzada por las varias regencias maternales durante siglos, desde San Luis hasta Luis XIV. A tamaña imprudencia solo se encontraba disculpa considerando la necesidad que tienen los cortesanos de adular como los reptiles tienen necesidad de arrastrarse. Cuando un periódico oficial sostenia en plena calma el gobierno de la Emperatriz, sin duda era por una de estas dos razones, clamaba el vulgo de las gentes, ó bien porque estando el Emperador muy enfermo se necesitaba preparar la opinion para una regencia definitiva; ó bien porque estando el Emperador apercibido para la guerra, se necesitaba preparar la opinion para una regencia temporal, transitoria de la Emperatriz; regencia indispensable, como durante la guerra en Italia, á causa de una larga ausencia del soberano.

El público no podia comprender que hubiera un académico bastante atildado, cortesano al par bastante abyecto, para bordar sobre un tema de lejana realidad política por el mo-

mento, variaciones de bizantina retórica, sin más fin que halagar los oidos de los poderosos, los cuales gustan de vivir entre nubes de incienso, aunque esas nubes, perfumadas de viles lisonjas por la adulacion, se eleven siniestras de un océano de sangre.

Otro de los personajes que continuaban contribuyendo á mantener el ardor bélico, convertida en trompa guerrera la pluma, era Emilio Girardin. Ya lo he dicho, durante largos años no habia nadie más pacífico. Sus artículos se dirigian todos contra los ejércitos, sus razonamientos contra la guerra, sus votos á sustituir la política del trabajo y la libertad á la política de la dictadura, de la matanza; y su erudicion á mostrar evidentemente que todos los génios, honra de la humanidad, todos los grandes profetas sociales han querido y anunciado la paz perpétua como el comienzo de una nueva era de redencion para el linaje humano.

Girardin cambió por completo. Sostuvo la guerra, y dijo que las fronteras del Rhin son las fronteras naturales, y que las fronteras

naturales son las fronteras necesarias á Francia. Nada le detenia en esta calentura conquistadora. Si era preciso anexionar Bélgica, Holanda, Suiza, pasaba sobre todas estas independientes nacionalidades, sobre estos vivos ejemplos de libertad. El Aguila debia extender sus alas desde los Alpes á los Pirineos, desde el Rhin al Bidasoa, aunque se alimentara con los despojos de cien pueblos. Un millon de franceses debian levantarse, y precedidos de la bandera tricolor, que tantas tempestades ha suscitado en el mundo, ir á degollar otro millon de alemanes para trazar con una roja línea de sangre humana los límites entre dos naciones. Y la humanidad, tranquila, indiferente, sonriendo en una implacable serenidad, como la Hecate antigua, debia tener este cruento sacrificio de sus hijos por uno de sus mayores triunfos, por el principio de la paz perpétua en la tierra.

Esto es horrible. Emilio Girardin gusta mucho de singularizarse. La originalidad es el contínuo anhelo de su espíritu inquieto.

La contradiccion es la necesidad principal de su carácter. Dios le ha puesto en las manos mundos, y los rompe y los estrella como un niño los juguetes brillantes para gozarse en ver los esparcidos fragmentos, reluciendo á sus ojos. Disputa, no para defender la verdad como los apóstoles, sino para mostrar la agilidad de su inteligencia como los sofistas. Parece un gran dialéctico y es en realidad un grande acróbata. El estilo brillante y conciso de que naturaleza le dotara, le sirve para llamar la atencion sobre sus juegos y sobre sus saltos mortales como á un titiritero los cascabeles. Por eso cuando todo el mundo aspiraba á la paz, él defendia la guerra. Y llaman habilidad al salto desde la política de Cobden á la política de Casagnac. La Historia calificará eso con más agrias palabras.

Mas se queria emprender la guerra por recuperar provincias que si durante algun tiempo fueron francesas, hoy son fundamentalmente alemanas. Sucedia á la sazon extraño fenómeno en las fronteras de Francia y de Alemania. La Alsácia y la Lorena, provincias

de orígen aleman, eran francesas, y uno de los baluartes de Francia. Los principados del Rhin, que fueron franceses durante la revolucion y el Imperio, son hoy alemanes y uno de los baluartes de Alemania. El amor á la nacionalidad francesa de los unos, se explica por las grandes reformas sociales con que los redimió la revolucion del ochenta y nueve. El amor á la nacion alemana de los otros se explica por varias razones de afinidad entre las razas; pero además por la excelente administracion alemana, por la amplia libertad intelectual, por la amplísima libertad religiosa. Estas provincias del Rhin tienen unánimemente en grande estima su ciencia y su religion, y gustan de un gobierno que les deje raciocinar, discutir, pensar, soñar, fantasear, ejercer todas sus facultades, sondear todos los problemas, al mismo tiempo que lleva su tolerancia religiosa hasta el punto de permitir que en una misma iglesia, despues de haber entrado los católicos á profesar su culto y á encender su incienso y á predicar la virginidad de María, las penas del purga-

torio, la supremacía del Papa entre luces y flores, vayan los protestantes á predicar la gracia, á sostener la interpretacion individual de la Biblia entre los acentos del Coral de Lutero y las melodías de populares coros. Las iglesias, donde las conciencias son libres y las universidades, donde son libres los entendimientos vienen á ser los más fuertes lazos entre los principados del Rhin y el resto de Alemania.

Ahora bien, hubieran necesitado los franceses una guerra espantosa para vencer primero á Prusia, y una ocupacion onerosísima, imposible, para tiranizar despues los principados del Rhin. Resultado, que iban á sacrificar la flor de sus hijos, la sangre más pura de sus venas, á mantener una guerra colosal, á exponer en grave peligro su propia nacionalidad, ó al ménos, á debilitarla; para conseguir al término de una campaña el tener entre las manos, como Rusia, una nueva Polonia.

Y en el interior, ¿cuál hubiera sido el resultado de esas victorias? Nuevos tributos,

nuevos armamentos, la oligarquía militar en gran pujanza, la gloria eclipsando la libertad, los derechos del pueblo confiscados por la conservacion de las recientes conquistas; y la dictadura cesárea con su sable de nuevo forjado y reluciente en las manos, arrojándonos para mucho tiempo del único eden que entrevemos en los desiertos presentes, del eden de nuestras esperanzas republicanas.

Aglomerar las razas queria á la sazon el Imperio. Y mirad lo que resulta en último término de esas aglomeraciones de razas en vastos imperios que son vastísimas ergástulas. El ejemplo de Austria es instructivo y capaz de disgustar á todos los repúblicos previsores del febril afan de las conquistas. Ese Imperio, sobre el cual se dibujan todavía las pálidas sombras de los hermanos de Cárlos V; ese Imperio, que es un fragmento del horrible altar de la inquisicion española; ese Imperio, medio gótico y medio bizantino, á quien no ha podido salvar ni la política reaccionaria de Metternich ni la política liberal de Beust, llega ahora, despues de haber bebido la san-

gre de tantas razas, despues de haberse engordado con la carne de tantos pueblos, á caer en la podredumbre y en la disolucion de gangrenosa muerte.

Sus cortesanos no quieren oir hablar de guerras, sino de placeres; no quieren oir el cañon, sino las canciones, como si el Imperio fuera un serrallo inmenso. Cuando los prusianos triunfaron en Sadowah, aún quedaba una salvacion al vasto Imperio herido, aún le quedaba que tentar un dos de Mayo como el de Madrid, un sitio de sublime heroismo como el sitio de Zaragoza. Para esto no tenia más que una ciudad: Viena, sí, Viena defendiéndose, Viena arruinándose al cañoneo de los prusianos para salvar, ya que no el poder, la honra del Austria. El emperador lo intentó, el emperador vencido fué á buscar un corazon en la ciudad enervada por el despotismo. Los cortesanos de Viena pidieron tan solo que les ahuyentaran las calamidades de la guerra, que los entregaran sin ninguna herida, sin ninguna de esas manchas de sangre que son las estrellas de la honra, á los brazos del ven-

cedor, á la manera de aquellos caballeros de Farsalia que ocultaban el hermoso rostro como mujeres á los golpes de los soldados de César. Y despues las dificultades se aumentan, las sombras se espesan, los alemanes de Austria vuelven los ojos á la pátria comun de su raza y maldicen á los cortesanos del Emperador, los húngaros se apartan virilmente de su contacto corruptor, los bohemios piden la nacionalidad perdida, los polacos murmuran viéndose engañados, los eslavos se aperciben á emanciparse, las asambleas están desiertas, los obispos rebeldes, la autoridad sin fuerza, el ejército sin prestigio, la alianza austriaca sin precio, la libertad sin resultados, y Viena, Nínive envenenada por tantos tiranos, se rie, se embriaga, canta, juega, goza, como esos epicúreos que gastaban el último sextercio de su bolsa y la última hora de su vida en la última orgía.

CAPITULO LXXV.

LA NOTIFICACION DEL IMPERIO ALEMAN AL IMPERIO FRANCES, Y EL ESTADO GENERAL DE EÚROPA.

El dia treinta y uno de Diciembre de 1867 se celebraba en el palacio de la Tullerías trascendental ceremonia. Mr. Goltz iba á presentar por vez primera á Napoleon III sus credenciales como embajador de la confederacion del Norte. El viejo diplomático estaba pálido, trémulo, balbuciente. Adivinaba las inmensas consecuencias que podia traer al mundo la notificacion del nacimiento de una nueva potencia que ha venido á trastornar el equilibrio de la antigua Europa. Habia tambien gente que atribuyera la inquietud casi

angustiosa mostrada por Goltz al temor de una respuesta súbita, audaz, que fuese una declaracion de esa guerra universal prevista por todos, como densa nube de langosta, cayendo sobre los campos de Europa. Las palabras de Goltz fueron breves; las del Emperador brevísimas. Habia en ellas una afectacion de cumplido social, de saludo urbano como para indicar que allí sólo se trataba de una de esas fórmulas de cortesía, que preceden á un duelo. *El Constitucional*, el periódico que lleva la voz de las grandes declaraciones, se indignaba contra los que entreveian siempre una amenaza de guerra en las palabras de Napoleon III. Y no recordaba que si entreveian amenazas de guerra, era porque á ello obligaba la actitud del gobierno francés; la precipitacion en votar la ley de armamento general; el millon de soldados que iba á tomar las armas; el empréstito que iba á caer sobre la plaza; el dinero estéril encerrándose en las entrañas del Banco de Francia; las terribles palabras de los periódicos oficiales; las angustias patrióticas de que hablaba siempre

el ministro de Estado; los rápidos ataques y los insolentes desafíos á Italia; el ensayo de armas de todas clases hecho con una tenacidad sin ejemplo; y los artículos que salian sonando la trompa guerrera de una especie de oficina alquímica ó química sita en el ministerio del Interior, donde se extraía por no sé qué misteriosos alambiques una esencia llamada espíritu público. Los periódicos del gobierno, combatiendo á los alarmistas, se olvidaban de que ellos habian sido los primeros en sembrar la alarma. Y al estado á que habian llegado las cosas, en lo supremo de las circunstancias, convenia algo enérgico, extraordinario, ó una declaracion de paz que sólo hubiera sido eficaz con el desarme, ó una declaracion de guerra que sólo hubiera sido salvadora con decision y prontitud, como en los tiempos en que el Imperio no estaba herido de paralisis.

Al dia siguiente de la entrevista Goltz partióse para Berlin. Los periódicos oficiales de aquende y allende el Rhin atribuyeron la ida del embajador prusiano á la imperiosa y pre-

miosísima necesidad que tenia de consultar un oculista. Yo interrogué sobre tal asunto á un jóven médico prusiano que reside en París, amigo de Goltz y amigo mio, el cual me dijo que el embajador prusiano tenia entonces una vista de lince. La única catarata que acaso habia necesidad de operarle, era la muy espesa producida en sus ojos intelectuales por la proximidad al Imperio, á ese sol que le quemaba y le deslumbraba. Y el operador de esta catarata no era otro que Mr. Bismark, el cual llamaba al plenipotenciario prusiano para enterarle de las trascendentales revelaciones que se proponia hacer al Parlamento aduanero. Esta era una Asamblea de nuevo género que bajo la apariencia de arreglar los aranceles, de tratar cuestiones puramente económicas, afirmaba con grande autoridad las bases para una confederacion total de Alemania. En los bosques germánicos no nacen estos tribunos franceses, tan elocuentes, tan entusiastas, que saben tocar con tanta destreza la campana de rebato, é incendiar con tanto furor la vieja Europa; mas en cambio nacen

hombres rubios, de apariencia bonachones, de carácter linfático, que cojen una idea, la toman fuertemente como un arma, la esgrimen, y la realizan con una tenacidad de que no son capaces los nerviosos é inspirados sicofantas del Mediodía. De esta suerte, el pobre electorado de Brandeburgo, ha venido á ser toda la Alemania. Y no hay más que leer los historiadores alemanes, Gervinus, Hegel, cualquiera, para convencerse de la superioridad que dan á su raza sobre todas las razas europeas. Aunque venidos tan tarde á la historia, y venidos con la tea en la mano para incendiar los templos de la civilizacion romana, y el martillo de Thor para demoler nuestras estátuas, se creen los dioses del mundo moderno, los renovadores de nuestra sangre corrompida, los fundadores del Cristianismo social, los que han sembrado los gérmenes de la individualidad y de la libertad con el feudalismo, los que han resucitado los municipios, los que han rejuvenecido la conciencia con la reforma y la han santificado con la filosofía, los que han cimentado en la libertad á

Inglaterra con sus sajones, padres tambien de aquellos que, atravesando los mares, han escrito sobre las selvas vírgenes de la América del Norte el Evangelio de la democracia universal que ha de salvar al mundo moderno como la infusion de sangre germánica salvó el antiguo mundo. Y con talês ideas sobre la superioridad de su raza no hay para qué decir cómo suspiraran por el momento en que su raza forme una grande potencia, con derecho, con *seidad*, para hablar su intrincado lenguaje, que tome la direccion política y moral de Europa.

Así es que se mostraban impacientes por concluir esta obra. En todas partes se apresuraban á nombrar los miembros del Parlamento aduanero. La *Gaceta de Carlsruhe* publicaba un manifiesto de varios influentes diputados de Baden. Segun los firmantes, «el ministerio de los diputados badenses en el Parlamento aduanero no se reduciria sólo á contribuir al decreto de leyes de union económica, sino que debia extenderse á una inteligencia íntima y á una completa union en-

tre el Norte y el Sur de Alemania.» Los electores de Heidelberg, la gran universidad propagandista de la unidad, hallábanse divididos. Los unos querian que los diputados al parlamento aduanero se limitasen á pedir la rebaja de las grandes contribuciones que los amenazaban, miéntras la inmensa mayoría pedia que se invitase á Prusia á pasar la línea del Mein para unir el Mediodía de Alemania á la poderosa confederacion del Norte. Así es que los periódicos ministeriales de Bismark, declaraban ya con gran gozo que la línea del Mein es una línea imaginaria. Baden se hallaba á las puertas de Francia. El dia que la Prusia llegara hasta allí, habria penetrado en el corazon de la Alsacia. ¿Seria este paso, preguntaba todo el mundo, como la trompeta apocalíptica que levante el espectro sangriento de la guerra?

Todo dependia de las alianzas de Napoleon. Si las tiene, decian los políticos, habrá guerra. Si no las tiene, hará de la necesidad virtud. Y á la sazon no las tenia. La expedicion á Méjico le enemistó con los Estados-Unidos.

La expedicion á Roma le enemistó con Italia. El empeño puesto en minar el tratado de París á favor de Rusia, le enemistó con Inglaterra. La alianza austriaca le enemistó con Rusia. El Austria solamente le quedaba; pero al Austria no podia moverse, dividida por cuestiones internas de solucion dificilísima, desgarrada por una fuerza invencible de disgregacion y circuida de tres enemigos formidables: Italia, Prusia y Rusia. Si Mr. Bismark llegaba á lo que pretendia, á una alianza de Rusia con Inglaterra, á una inteligencia sobre la cuestion de Oriente entre estas dos naciones, que al ménos asegurase la neutralidad inglesa, Napoleon se encontraba aislado, encerrado en su jaula, frente á frente de su pueblo, que viéndose sin gloria, le pediria, por una de esas enérgicas veleidades del carácter francés, la confiscada libertad. Rusia debia estar muy segura de poder resolver la cuestion de Oriente cuando con tanta audacia la planteaba. La insurreccion de Creta se hallaba moralmente sostenida por la razon que asistia á este pueblo en reivindicar glo-

riosa independencia, para su isla, que se alza, como una nereida, entre las armoniosas olas de los mares de Grecia é Italia, coronada como en tiempos más felices, por la libertad. Pero la insurreccion de Creta se hallaba materialmente sostenida por Rusia. Un navío ruso acababa de violar el bloqueo puesto por los turcos. Pavoroso problema, en verdad, el de ese Imperio Ruso. Arriba, en lo alto, un despotismo que toca en lo aleman por lo espiritualizado, y en lo asiático por lo ostentoso; un César y un Papa armados, unidos en la personalidad semi-divina, de soberbio autócrata; en el centro una aristocracia que se arrastra herida sobre sus tierras removidas por los ukases imperiales; y abajo, en el fondo, unos siervos emancipados que se acaban de levantar como Lázaro de su sepulcro, reuniendo al individualismo germánico el comunismo semítico; pero todos inspirados por no sé qué ministerio legendario prometido por los ángeles de sus cielos interpolares, esos ángeles que baten sus alas, blancas como la nieve, en el seno de las auroras boreales, rojas

como la púrpura, guardadores de un Apocalipsis nacional, que se resolverá en guerra espantosa, como no la han conocido igual ninguno de los siglos, cuyo recuerdo guarda la historia; guerra de exterminio como las irrupciones de los imperios asiáticos, y de religion como las cruzadas de la Edad Media.

Por fin se llegó á constituir entonces trabajosamente el ministerio italiano. Pero se constituyó con algunos hombres de negocios, con algunos administradores y hacendistas, los ménos idóneos para aquellos momentos en que principalmente se necesitaba la decision y la energía. Este ministerio no era más que un paréntesis. La izquierda del Parlamento acaso lo consentiria, porque la ascension de la izquierda seria una guerra con Francia, y para una guerra con Francia no estaba aun preparada Italia. Los italianos son los hombres políticos por excelencia. Yo no conozco en ninguna raza un arte más hábil para convertir las derrotas en victorias. De la derrota de Novara sacó la casa de Saboya su explén-dida corona italiana; de la derrota de Custoz-

za sacó Italia su independencia respecto al Austria, y de la derrota de Mentana acababa de sacar su independencia respecto á Francia. Por eso la extrema izquierda dejára al partido conservador el triste encargo de proclamar el derecho á Roma, y no ir á Roma, reservándose el recoger el mando cuando sea hora de ir á Roma, aunque pasando por el incendio de una guerra universal. ¡Caso raro! De todas las disidencias últimamente ocurridas en Europa, ha sacado Italia, por su esquisita habilidad, esa virtud de los débiles, una parte de su territorio. Sacó de la guerra entre las potencias occidentales y Rusia el derecho de sentarse en el Congreso europeo, y convertir la cuestion de Oriente en la cuestion de Italia. Sacó de la guerra entre Austria y Francia, la Lombardía; sacó de la guerra entre Prusia y Austria el Véneto. Ahora esperaba sacar de la guerra entre Francia y Prusia, Roma. Lo cierto es que se armaba hasta los dientes, y que podria poner en línea de batalla hasta doscientos mil hombres. Mientras tanto el Papa, que debia levantar la con-

ciencia moral del mundo moderno, que debia tener en sus manos el ideal de la moralidad absoluta como una hostia consagrada al Eterno, que debia ser el sacerdote de la libertad, de la igualdad; de la fraternidad, si quisiera continuar la educacion del mundo comenzada por el Evangelio, lleva su blanco ropaje manchado de sangre, y no la ve; bendice á los verdugos en vez de bendecir á los mártires; se va con los Césares, en vez de irse con los Apóstoles; y cree que el mundo se salvará por el fusil de aguja, cuando el mundo solo se salvará por la verdad y la justicia.

Bismark mostraba su gran talento cuando tendia á la union estrecha entre Prusia é Italia, entre los dos pueblos que han debido á las revoluciones modernas su respectiva unidad. En esto mostraba de una manera indudable, no sólo que sentia donde estaba la fuerza de su patria, sino que conocia tambien donde vive y se agita el espíritu inmortal de nuestro siglo, que despide la espaciosa frente de esa misteriosísima musa de la historia.

En efecto, las dos naciones se levantan so-

bre las ruinas de los dos polos de la Edad Media; Italia, sobre las ruinas del Pontificado; Alemania, sobre las ruinas del Imperio: Italia ha quitado á la Roma de la inquisicion su prestigio político en el sigló décimo-nono, Alemania le quitó su prestigio moral en el siglo décimo-sexto; los blasones del escudo de Italia son la soberanía del pueblo, el sufragio universal, y los blasones del escudo de Prusia son la Reforma, la Paz de Westphalia, la filosofía del siglo décimo-octavo; Italia encuentra su fundamento en la razon práctica, y Alemania en la razon teórica de nuestro siglo; ambas en la revolucion.

Luego el haber seguido la escuela de Cavour; el haber copiado su política; el haber comprendido que allí, en aquel ejemplo, estaba el secreto de la grandeza de Alemania, es una prueba más de la grande habilidad de este hombre de Estado que tantas relaciones tiene con Cavour. Ha comprendido que la Alemania del Norte debia regenerar políticamente á la Alemania del Mediodía, como Cavour lo comprendió en Italia; ha preparado

la realizacion de este pensamiento en una guerra á él estraña en la guerra de Dinamarca, como Cavour preparó la realizacion del suyo en la guerra de Crimea; ha buscado y conseguido la neutralidad de Francia y la alianza de Italia, como Cavour buscó y encontró la alianza de Francia y la neutralidad de Prusia; ha suprimido cuatro ó cinco reyes feudales, como Cavour suprimió cuatro ó cinco reyes teócratas; ha realizado ya el ideal de la unidad de Alemania, como realizó Cavour el ideal de la unidad de Italia; y ha vencido al Austria, herida ya por la mano del gran estadista de Itália, con todo lo cual, aparte de las imperfecciones naturales en obra de tanta monta, bien puede decirse que ha servido como pocos al espíritu y al progreso de su siglo.

No podia verse con paciencia la contínua reconvencion de los franceses á los alemanes por esta obra suprema. Malo, muy malo, es indudablemente, que Alemania se haya constituido en un imperio militar y absoluto. Pero ¿quién le ha dado el ejemplo á Alemania sino Francia? En 1849 renunció Federico

Guillermo IV la corona del Imperio aleman, porque estaba (son sus palabras) «manchada de barro democrático.» A su heredero le ha parecido mucho mejor una corona forjada con bayonetas en el horno candente de una guerra. El movimiento unitario impulsa al Mediodía. Es verdad que Baviera tiene la aspiracion á ser en el Sur lo mismo que Prusia es en el Norte. La religion de sus habitantes, las pretensiones artísticas de su capital, parece como que dan ese destino á la más fuerte de las naciones del Mediodía, despues de la hábil eliminacion del Austria, arrojada ignominiosamente hasta fuera de la gran pátria alemana. Pero las leyes de la gravitacion social se cumplen tan necesariamente como las leyes de la gravitacion física. Todo el mundo creia que la inmensa mole, formada por Prusia, atraeria el resto de Alemania como el Sol atrae los planetas, y los planetas atraen á sus satélites. Todo el mundo creia que Bismark no pasaria á la línea del Mein trazada á su ambicion por el tratado de Praga; pero dejaria que la pasase la Alemania meridional. El rey

de Baviera y el rey de Prusia se acababan de ver en Augsburgo, la ciudad de donde salió el símbolo religioso que ha sido la primer carta política de Prusia. El rey de Prusia en Nuremberg recordó los orígenes de su casa; recordó que antes de ser sus abuelos reyes de Prusia fueron electores de Brandeburgo, y antes de ser electores de Brandeburgo fueron burgraves de Nuremberg. Así acalora al Norte y al Sur con las perspectivas de una extraordinaria grandeza en el seno de la unidad. Yo siento en el alma que esta gran causa de la unidad alemana se realice por un imperio militar cuando debiera realizarse por una república democrática. Pero colocada Alemania entre la hegemonía de Prusia ó la hegemonía de Austria, todo espíritu liberal opta por la hegemonía de Prusia. El Imperio de Austria es el sacro antiguo Imperio, la sombra fatídica de la Edad Media, el enemigo de Guillermo Tell y de Suiza, el carcelero de Italia, el verdugo de Lanuza y de Padilla, que ha estendido su huesosa mano sobre el Atlántico para degollar tambien á los descen-

dientes de los héroes de nuestras libertades en el Nuevo Mundo. El Imperio de Austria debe desaparecer del mapa. Si el movimiento liberal que ahora se nota, movimiento combatido con fuerza por el clero, y aceptado con dificultad por el Emperador, diera resultados, los húngaros reivindicarian su nacionalidad con mayor fuerza, y los alemanes y los eslavos de ese Imperio caótico unirian á sus respectivas razas, mientras el Tirol entraba en el seno de Italia y los verdaderos alemanes del Austria, unidos por tantos lazos á su eterna pátria germánica irian orgullosos á encerrarse en su sagrado seno.

Las dificultades con que choca la obra de la unificacion de los pueblos, se halla manifiesta en Alemania. Despues de la guerra austro-prusiana, Bismark vió su salud quebrantarse abrumada bajo el peso del trabajo. Se necesitan hercúleas fuerzas para sostener esta titánica empresa de las reformas sociales en pugna siempre con preocupaciones muy arraigadas y con intereses muy antiguos. El dia que el primer ministro salió para su reti-

ro, hubo necesidad de llevarlo poco ménos que en brazos: tan debilitado estaba su cuerpo y tan consumido por la calcinacion nacida de las combustiones contínuas del pensamiento. Lucha interior, resistencias de los reyes feudales, preparativos para una guerra formidable, enemiga natural de los demócratas en vista de la escasa libertad concedida por las instituciones prusianas; hé aquí los mayores obstáculos á tanta empresa. El último lo hubiera podido vencer el ministro prusiano valiéndose de otra política más en armonía con su siglo. El rey resolvió sin embargo una grande dificultad al presentarse valientemente en Hannover. Este nuevo Estado le es muy contrario, y su antiguo rey no cesa un punto en continuar sus maquinaciones contra la obra de Prusia. La recepcion no fué muy brillante y el rey confesó que hay sentimientos muy respetables, cuya manifestacion ha visto y cuya intensidad considera; pero que es necesario reprimirlos, templarlos, convirtiendo el pensamiento á considerar y el corazon á amar la gran pátria.

Pero de este crecimiento era cómplice, primer cómplice Napoleon, que habia imaginado sacar ventajas enormes de la trasformacion súbita de Alemania. Diga lo que quiera hoy Mr. Rohuer, el Emperador Napoleon miró siempre de muy buen ojo la empresa prusiana, sin prever los resultados de esa empresa, ni presentir los graves obstáculos que debia suscitarle en el interior, ni los puntos negros que debia sembrar en el dosel de su trono. Las entrevistas en Biarritz con Bismark prepararon esa inmensa catástrofe de Austria que el hábil ministro presentaba como una continuacion de la política francesa en Italia, como una nueva batalla de Solferino ganada por Francia. El Emperador Napoleon dijo en los críticos momentos de preparacion de la guerra, que Prusia estaba muy mal limitada, y que tenia derecho á procurarse mejores y más seguros confines. El príncipe Napoleon fué enviado por el Emperador su primo á Italia para concluir la alianza con Prusia que debia sér la sentencia de muerte arrojada sobre el Austria. A pesar

de las denegaciones de Rohuer, Ollivier, amigo íntimo del príncipe, sostuvo esto con una grande é incontestable insistencia en el Cuerpo Legislativo, siendo su afirmacion la definitiva y la última. Pues bien; Bismark contaba lo que sigue, de que todo el mundo hablaba y que nadie se atrevia, sin embárgo, á publicar en Francia. Iban ya á encontrarse frente á frente austriacos y prusianos. Bismark le escribe á Goltz, su embajador en París, á fin de que escudriñe las intenciones del gobierno francés y le diga que necesitaba anexionarse despues de la victoria, por lo ménos cuatrocientos mil alemanes. Todavía la diplomacia moderna cuenta los pueblos como los propietarios las cabezas de ganado. Goltz se presentó con esta notificacion al entonces ministro de Negocios extranjeros, Mr. Drouyn de Lhuys. Este le dice: Prusia no debe acrecentarse ni con un hombre ni con una pulgada de terreno sin suscitar justas desconfianzas en Francia, sin merecer tal vez una amenazadora protesta. Goltz comunica la respuesta á Bismark. Este por toda contes-

tacion le telegrafía: «Ved al Emperador.» Goltz se presenta al Emperador y le dice lo mismo que habia dicho al ministro: «¿Cuatrocientos mil hombres? responde, eso es poco, que tome ocho millones, que vaya hasta el Mein.»

Y por un resultado en el cual habia tenido la primera parte Napoleon, iba á desatar sobre Europa la guerra. ¡Qué perversos, Dios mio, son siempre los tiranos!

CAPITULO LXXVI.

DE LA INCOMPATIBILIDAD ABSOLUTA ENTRE LA LIBERTAD Y EL CESARISMO.

Cuando el Imperio romano concluia, y los bárbaros se acercaban, los últimos emperadores solian gritar: libertad, libertad. Pero el pueblo romano, embrutecido por cinco siglos de servidumbre, falto de conciencia, olvidado en su abyeccion de la grandeza de sus instituciones antiguas, de la majestad de sus leyes, de la sómbra de sus tribunos; sin ver ni á Bruto ni á Casio pasearse sobre las ruinas de la República en busca de venganza, ni á Caton morir sobre los altares de la pátria, apenas comprendia el sentido de esa palabra,

por la cual han peleado los héroes, y han muerto los mártires; y cambiaba de dueños con estúpida indiferencia.

Pero si el Cesarismo antiguo consiguió extirpar la idea de libertad en el pueblo romano, el moderno Cesarismo no lo consiguió en el pueblo francés. Todos conservaban vivo el recuerdo de la República, y viva tambien la idea de la libertad. Pero por lo mismo que conservaban idea y recuerdo, no querian nada con el César. Éste, despues de haber hecho de la libertad su víctima, cuando la veia erguirse, levantarse, trataba de convertir la libertad en su manceba. Y la libertad no queria ceder, casta esposa del espíritu humano, á las caricias del que un dia creyó posible perderla y deshonrarla, entregándola maniatada á las infames brutalidades de sus pretorianos. El emperador, que habia abusado de la idea de órden y de autoridad, cuando la opinion pública estaba cansada de los excesos revolucionarios, abusaba tambien de la idea de libertad, cuando la opinion pública se volvia unánime hácia la realizacion

práctica de la democracia, hácia la victoria del derecho.

Habíase convencido de que la inmovilidad era peligrosa para su Imperio y renunciaba á la inmovilidad. Desde el 19 de Enero de 1867 se proponia rematar el edificio levantado el dia 2 de Diciembre sobre la disolucion de la Asamblea y la ruina de la República. El emperador confesaba que este edificio sólo podia tener una base, la voluntad nacional; y sólo podia tener una cúspide, la libertad. Bien es verdad que despues de tan esplícito reconocimiento suprimia la contestacion al discurso de la corona, ó sea el mensaje que en todas las legislaturas se dirigia al Imperio. Pero en cambio concedia el derecho de interpelacion, lo cual daba cierto tinte de iniciativa al diputado; y consentia la presencia de todos los ministros en las Cámaras, lo cual daba cierto tinte de responsabilidad al gobierno. A estas concesiones se unieron dos promesas: la promesa de una ley de imprenta que acabára con la arbitrariedad administrativa, y la promesa de otra ley im-

portantísima que reglamentara el derecho de reunion. El emperador se gloriaba de haber conseguido que despues de quince años de paz y de prosperidad pudieran coexistir el poder y la libertad en Francia.

Debo decir cómo recibió la opinion estas manifestaciones de la política imperial. Noté con dolor en el pueblo francés cierta indiferencia por la política. Fuera que hubiese ensayado todas las formas de gobierno y en ninguna sentídose bien; ó fuera que, olvidara en este largo régimen de silencio el hábito de las cosas públicas; atribúyase el fenómeno á lo que se quiera, no por eso era ménos indudable su existencia: Francia parecia haber perdido aquella actividad política, en otro tiempo su timbre y su gloria. Así es que en los círculos generales, en el teatro, en el café, donde nosotros, los hombres del Mediodía, aun bajo los gobiernos más fuertes, tenemos las expansiones de nuestro corazon y de nuestra conciencia, el francés tenia cierto recogimiento y reserva que se aviene mal con su carácter oratorio y ateniense.

La opinion de los que se agitaban á la sazon en la superficie de la política, era varia. Habia los hombres del partido republicano, que conservaban la tradicion de las ideas democráticas y que nada querian del Imperio. Como no habian aceptado los jefes de esta fraccion una amnistía del emperador, no aceptaban los soldados ni un derecho del Imperio. Habia otros republicanos, ó más dúctiles ó más prácticos, que creian imposible todo su ideal, visto el estado de Francia, pero que creian posible mayor libertad de la actual, visto cierto despertamiento que suponian haber en la opinion pública. Aquí concluyen las fracciones enemigas del Imperio desde el punto de vista liberal. Desde el punto de vista monárquico habia dos fracciones: la clerical y la orleanista, que tampoco miraban de buen ojo las reformas imperiales, y que tampoco eran dinásticas. La fraccion clerical creia que en las reformas napoleónicas habiase dado un paso más hácia la política revolucionaria inaugurada sobre los campos de batalla de Italia. Inútil decir que las con-

denaban y las execraban. La fraccion orleanista pensaba que no valia la pena de haber hecho una revolucion y de haber dado un golpe de estado; de haber arriesgado las batallas interiores y exteriores arriesgadas por Francia, desde la caida de Luis Felipe, para llegar á una media restauracion, y eso tímida, del régimen de Luis Felipe. En cambio, dentro del campo de los dinásticos habia tres opiniones: unos que creian necesaria la union del Imperio con la libertad. Esta opinion tenia por representante en la familia imperial á Gerónimo Napoleon, en el Parlamento á Emilio Ollivier, en la prensa á Emilio Girardin. Habia otros que creian imposible y dañosa toda union del régimen imperial con la libertad. Esta opinion era quizá la opinion de la mayoría del Senado y del Cuerpo Legislativo. Pero existian otros que creian compatible el Imperio con una libertad prudente, mesurada, contenida dentro de ciertos límites arbitrarios, ponderada por la mano del poder. De esta opinion era quizá la totalidad del ministerio entonces gobernante.

El asunto de todas las conversaciones en Francia era la manera con que se cumplirian las promesas imperiales. Para mí que amo la libertad sobre todo, para mí era muy sencillo el cumplimiento de estas promesas. El emperador cumple su palabra con un decreto de cuatro líneas que diga: Artículo primero. Se suprime toda legislacion sobre imprenta. Artículo segundo. Todos los ciudadanos podrán reunirse libremente para tratar los asuntos públicos, ó los de su interés privado, sin más formalidad que pasar un aviso prévio al Mair de su distrito, para que cuide, si lo cree necesario, de la conservacion del órden público. ¡Ah! La libertad es tan sublime por su fecundidad como por su sencillez. Pero me dicen que para esto hay un grave inconveniente, y es que el Emperador ha dispuesto ya sujetar la prensa al régimen correccional, y entonces me callo. Me dicen tambien que Francia es un país tan poco dispuesto para la democracia, que no puede usar de la libertad sin abuso, y lo lamento, porque la libertad de Francia es la libertad del mundo. Pero per-

sisto y persistiré siempre en una opinion, nacida del fondo de mi conciencia, confirmada por una larga enseñanza, cada dia más viva en mi entendimiento, cada dia más fuerte en mi corazon, y es que nada hay tan difícil como la libertad á medias, ni nada tan fácil, nada tan sencillo, nada tan saludable como la libertad entera. Bien es verdad que, siendo la libertad el mayor bien de la vida, no se puede admitir como un regalo; hay que considerarla siempre como una conquista. Todos los bienes verdaderos de la vida son fruto del trabajo. ¿Cómo no habia de serlo el primero de todos, que es la libertad?

Era sofístico el régimen que se daba á la prensa. Se renunciaba á la prévia autorizacion, condicion indispensable antes para fundar periódicos. Se penaba á los escritores con fuertes multas. En caso de insolvencia se les condenaba á redimir la pena pecuniaria con una pena aflictiva. La facultad de suprimir periódicos quedaba completamente abolida.

Despues de estas medidas, el Emperador tuvo una larga conferencia con Emilio Olli-

vier. En esta conferencia le ofreció una cartera para que le prestase su apoyo en la obra que intentaba. Emilio Ollivier, aspirando á fundar situacion por sí, renunció á formar parte de ningun ministerio. La mayoría del Cuerpo Legislativo no se mostraba muy propicia á las reformas imperiales. De suerte, que mientras en el fondo de la sociedad reinaba una gran calma, en la superficie se agitaba un grande oleaje. Os contaré un hecho que me parece como la simbólica de toda esta historia y que acusa la imperial incertidumbre. Se habia mandado restaurar la tribuna francesa, aquella antigua tribuna en la cual se acumuló tanta electricidad revolucionaria y ardió por tanto tiempo la luz más viva del pensamiento humano. Cuando los obreros pusieron mano en su obra, vino una órden de suspender el trabajo. Y se colocó una tribuna raquítica donde apenas podia moverse un orador á su arbitrio. Y á los pocos dias se restauró la verdadera tribuna, aquella que iluminó y abrasó al mundo.

En las provincias reinaba grande agitacion.

Por todas partes se apercibian las plumas y las lenguas encadenadas á ejercer sus derechos; y hasta el movimiento de la opinion tomaba cierto aspecto revolucionario, parecido al sacudir de un volcan. Dos particularidades graves se revelaban en el conjunto de estos hechos. La primera una descentralizacion política á la cual nos tenia desde hace tiempo desacostumbrados el país de la unidad y de la centralizacion. La segunda era más grave todavía y más trascendental. No habia señal de movimiento en que no se invocase la República y se cantara la Marsellesa, el himno de la emancipacion popular. El Emperador Napoleon creia detener este movimiento recordando los títulos de su dinastía á la gratitud de Francia, en folleto recientemente arreglado, si no por su pluma, por sus tijeras. Yo no quiero ser injusto. Reconozco la grandeza material del primer Imperio, y reconozco el genio extraordinario del fundador de la dinastía. Concedo que hay otras tantas páginas de una grande epopeya en sus victorias. Pero digo tambien que Francia las ha pagado

muy caras. Una gloria que empieza por el diez y ocho de Brumario matando la libertad y que acaba por el año quince destrozando la nacion francesa, enflaquecida, exhausta, bajo el doble peso del despotismo y de la guerra, es una gloria bien fúnebre. El pedestal de Napoleon es la ruina de Francia. Y al pié de su estátua todavía yacen cuarenta millones de hombres encadenados como si el despotismo se hubiese escapado de la tumba de ese genio, para ceñirse como una corona inmortal los resplandores de su funesta gloria. Pero ese recuento de los títulos de la dinastía; de los veinte millones de votos que en diversas circunstancias recibieran los dos representantes del bonapartimo en el mundo, ¿no indica verdaderamente que Francia iba olvidándose de sus propios votos? Si tan presentes los hubiese tenido, de seguro no se los recuerda un hombre de suyo hábil como Napoleon III. Si ha querido decir que el país ha fundado la dinastía por su voluntad, ha dicho al mismo tiempo que esa voluntad puede cambiar. El folleto «Los títulos de la dinastía,»

me probaba que el Emperador estimaba en toda su gravedad ese cambio de la opinion. Como decia melancólicamente Mr. Rohuer en una de las últimas sesiones del Cuerpo Legislativo: han muerto la mitad casi de los que votaron el segundo Imperio.

Y á las nuevas generaciones se les ha preguntado su opinion sobre las cosas secundarias; pero no se les ha preguntado su opinion sobre las bases fundamentales del Imperio. Y las generaciones pasadas pueden enagenar su propia voluntad, pero no pueden enagenar la voluntad de las generaciones futuras. Así es, que aun admitiendo la idea ya atrasada y reaccionaria de que la democracia sea tan solo un gobierno fundado sobre la voluntad nacional, en tales bases, en tales apotegmas no se pueden fundar los gobiernos hereditarios y permanentes. Todavía cuadran á los franceses las cualidades que admirablemente descubrió en ellos Julio César: la movilidad, la gracia, la elocuencia, el ingenio agudo, la ironía, el furor en el empuje, la debilidad en la resistencia, el entusiasmo sú-

bito y el descorazonamiento fácil, la inconstancia. Y estas cualidades del gran país, algunas sobresalientes, otras débiles, pero todas notables, no le hacen muy idóneo para sufrir largo tiempo un gobierno ya sea bueno, ya sea malo. Yo estudiaba entonces el movimiento de la política en Francia sin tener el interés que tengo en el movimiento de la política española; y por consecuencia, yo era imparcial y decia con los ojos puestos en la conciencia, que la opinion cambiaba radicalmente, apasionándose cada dia más de la libertad y volviendo cada dia más sus recuerdos y sus esperanzas hácia la República.

Se habia dicho que este gobierno, el gobierno republicano, amenazaba la propiedad con la utopia socialista; y las clases acomodadas vieron disiparse en humo su fortuna con la utopia militar y cesárea. Ochocientos millones de francos más que la República gastaba el Imperio. Solamente la ciudad de París habia adquirido una deuda casi tan crecida como la insoportable deuda de España. Se decia al pueblo que su trabajo iba á ser

bien retribuido por un Estado omnipotente, rico. Y vió el pueblo burladas todas estas fantásticas esperanzas; enriquecida una aristocracia burocrática; aumentado el presupuesto que pesa principalmente sobre su trabajo; ahogadas sus quejas en forzoso silencio impuesto por innumerables esbirros, necesitando ocultar muchas veces las asociaciones consagradas al alivio de su miseria, como si fueran una conjuracion ó un crímen.

Pero el síntoma peor que habia en los tres años de 1867, 1868 y 1869 contra el Imperio, era el ódio de la juventud, ódio implacable, ódio inextinguible, en el cual se veia dibujarse su inevitable muerte. Los senadores reconocian públicamente este ódio, y los cardenales lo achacaban á las ideas materialistas vertidas en la Escuela de Medicina, contra la cual reclamaban no los rigores de la ley, los rigores de la arbitrariedad, los rigores de la censura.

El decano de Medicina publicó notabilísima carta con este extraño motivo. En ella, nada de temores ridículos, nada de protestas hi-

pócritas: una noble entereza para reclamar el derecho absoluto de la ciencia á ejercer su criterio sin preocuparse de las ideas ó de las instituciones que pueda herir; y una reivindicacion dignísima de la primera de las libertades, de aquella sin la cual es como una sombra el Universo, de la libertad de conciencia. Y os digo que era tan extraña semejante entereza, tan raro el hombre que desde un puesto oficial sabia defender los derechos científicos cuando los atropellan gentes poderosas como los cardenales franceses, que tuve la carta del decano de Medicina por señal vivísima de la vitalidad del genio francés, de este genio que ha limpiado mil veces de sombras la conciencia humana.

Si el ministro de Instruccion pública hubiese observado esta conducta impuesta por la altísima dignidad ejercida al frente de uno de los primeros pueblos del mundo, no diera de sí tan mala idea como dió á todo observador imparcial, y no arrojára lo más alto, lo más divino de la creacion, el espíritu, la ciencia, como una alfombra, á los piés de los

reaccionarios para que la pisoteasen y la escupiesen. La verdad es que las ciencias físicas obedecen principalmente á la razon y á la experiencia como las ciencias metafísicas á la indagacion y al raciocinio. Si de estas indagaciones y de estas experiencias resulta que el planeta es muy viejo; que su principio fué la materia incandescente; que su forma es la esfera; que hay antípodas á pesar de San Agustin; que el sol está inmóvil á pesar de Josué; que todos los hombres son iguales á pesar de esos cánones creadores de una aristocracia moral; que el pensamiento es libre á pesar del *Syllabus*; si los cuatro elementos aristotélicos elevados á dogma por la escolástica se descomponen por la química moderna en impalpables gases, y el rayo obedece al mandato humano, yéndose, encadenado por el hereje Franklin, al fondo de la tierra; y el planeta á cada rebelion de la conciencia contra las antiguas preocupaciones recibe una nueva perfeccion y se empapa por todos sus poros en mares de nueva luz; esto querrá decir que Dios ha puesto la verdad

humana en el seno de la razon libre, y que esta libertad de la razon es el más grande, el más necesario y el más civilizador de todos los derechos.

La cuestion de la libertad de pensar agitó un poco los ánimos; y luego todo volvió á su antiguo órden, á su natural y sosegado curso. Las fiestas de Rouen sucedieron á las fiestas de Orleans. El público no habló de las nuevas fiestas porque el Emperador no habia prometido hablar en ellas. Por consiguiente se redujo todo á recepciones oficiales, discursos aprendidos de memoria, banquetes múltiples, exposiciones de industria, bailes de etiqueta, entradas triunfales por calles henchidas de gentes, y reparticion de esas cruces de la Legion de Honor por las cuales tanto suspiran los nietos de los antiguos republicanos. El Emperador debia contestar al cardenal Bonnechose que acababa en el Senado de sostener ruidosa campaña en nombre de la Iglesia contra la ciencia del gobierno. Esperábase que indirectamente el jefe del Estado hubiera dirigido alguna diplomática re-

convencion al príncipe de la Iglesia. Pero el Emperador fué prudentísimo y sólo dijo en muy concisas palabras, que la religion eleva el espíritu sobre los intereses materiales y que su santa causa debe unirse á los progresos modernos.

La manifestacion que ocupaba especialmente á la prensa por el mes de Agosto de 1867 era la manifestacion habida en la Sorbona. Celebrábase el certámen de premios en la Universidad. El ministro de Instruccion Pública decia en voz alta los premiados, y el príncipe Imperial les entregaba el premio. Los jóvenes acudian todos á recibir sus diplomas. De pronto suena un nombre que recuerda una época, un nombre que recuerda la República perdida, la República llorada, la República, á cuya imágen todos vuelven los ojos como buscando en ella la libertad. El nombre es Cavaignac, el premiado es hijo del general republicano, de aquel que teniendo el poder supremo, lo entregó á Bonaparte en cuanto el pueblo lo nombró presidente de la República, y que luego recibió de Bonaparte la

prision y el destierro en el dia en que Bonaparte dió el golpe de estado contra la República. En cuanto la concurrencia oyó el nombre de Cavaignac, prorumpió en una salva de aplausos. Pero el jóven se levantó, saludó, y como hijo de Cavaignac, no quiso recibir el diploma de manos del hijo de Bonaparte. Once veces le llamaron y once veces rehusó. Si hubiera podido dudar, su madre estaba allí, la viuda fiel á la memoria querida del hombre ultrajado por el Imperio; la madre, que retenia á su hijo con la mirada y con el gesto. Y como los sentimientos de familia son tan poderosos, como la imágen de una madre y de una viuda es tan santa, como el amor filial está en todos los corazones verdaderamente humanos, como el recuerdo de la República es tan vivo en Francia, sublime en medio de su decadencia, poderosa todavía porque no se ha apagado el resplandor de las ideas revolucionarias en su frente donde leemos aun los principios del derecho moderno; todos estos sentimientos y todas estas ideas arrancaron un aplauso unánime, entusiasta, universal hácia

el jóven fiel á los penales del hogar y al génio de la libertad.

El gobierno expulsó de los institutos á los jóvenes que más se distinguieron y más se esforzaron en poner de relieve aquella manifestacion gravísima, de enseñanzas aterradoras, porque mostraba al príncipe heredero la generacion con que se podria encontrar si llegaba al Imperio. ¿Pero, qué sacó el Imperio con castigar tan duramente á jóvenes entusiastas? El príncipe estudiaba en uno de los Liceos; pero estudiaba nominalmente, siguiendo los cursos en su propio palacio. Optó á los premios, y obtuvo uno en matemáticas. Mas no habia hecho sus ejercicios en el aula, encerrado como los demás estudiantes, sino libre, y en su casa. El colegio entero protestó contra el premio, y la protesta debió alcanzar tal unanimidad, que el nombre del heredero del Imperio no fué proclamado en público por temor á una ruidosa manifestacion.

El problema de aliar el gobierno personal con la libertad es un problema de todo punto insoluble, porque son dos principios contra-

dictorios y no pueden vivir sino perdiendo el uno lo que gane el otro, hasta el dia supremo en que el gobierno personal dé un nuevo golpe de estado contra la libertad, ó la libertad escriba con sangre de sus hijos en las piedras de las calles la protesta de la revolucion contra el gobierno personal.

Corria entonces un libro anónimo sobre la segunda República. El éxito de este sencillo libro, fué inmenso. Todo el mundo convenia, al evocar estos grandes recuerdos, que la República, pervertida y todo como estaba desde su orígen, explotada por los teócratas y los orleanistas, podia reformarse, podia traer la paz y la libertad con las grandes instituciones encerradas en su seno, mientras el Imperio, concebido en las sombras, victorioso por un golpe de estado que hirió todas las leyes, traido, no por el llamamiento del pueblo, sino por las bayonetas de los soldados, no podia reformarse; y condenaba á Francia al sacrificio de pasar nuevamente entre las llamas de una revolucion.

Sí, aquel dia cayeron con la República las

esperanzas de nuestra generacion, la libertad del pensamiento, los derechos de todos los pueblos oprimidos; y se abrió un nuevo horizonte cargado de guerras que se avanzaban tronando y amenazándonos con toda suerte de calamidades y catástrofes. Los Estados-Unidos de Europa, que tan fáciles serian bajo la idea de la libertad, se alejan ahuyentados por las preocupaciones de la diplomacia y por la ambicion de los reyes. Y un movimiento de la opinion cada dia más vivo, cada dia más impetuoso, se habrá convertido en siniestra nube allá en los profundos senos de su conciencia. El descontento crecia de una madera espantosa. Y lo más formidable del caso era que ese descontento elegia la legalidad para manifestarse. Ved la virtud de los principios democráticos. En el sufragio universal estaba la mayor válvula de seguridad que tenia el Imperio. Mal organizado, mal dirigido, aplastado bajo el inmenso peso de la centralizacion política y administrativa una daba esperanza de poder despedir pacíficamente al aborrecido Imperio.

Emilio Ollivier, que excitaba al Emperador á sostenerse en el camino de la libertad, lanzaba extrañas teorías á la sazon para aliar con la libertad el Imperio. Aristóteles ha dicho que los gobiernos puros están muy cerca de perecer por exceso. El exceso de la monarquía es la tiranía. El exceso de la aristocracia la oligarquía. El exceso de la democracia la demagogia. Pues reunid los tres elementos, decia Ollivier, y llevará cada uno lo mejor. La Constitucion francesa es por el César una monarquía, por el Senado una aristocracia, por el sufragio universal una democracia. Prescindiendo de que si sumais tres elementos, no sé por qué sumando sus ventajas, no habeis tambien de sumar sus defectos; prescindiendo de que tantos elementos contrarios han por fuerza de desarrollar una guerra interior en la Constitucion; prescindiendo de todo esto, no reune Ollivier tres elementos, reune tres sofismas. El César no es monarca, sino dictador. El Senado no es aristocracia, sino burocracia. Y el sufragio universal sin descentralizacion no es la democracia, sino el

envilecimiento de la democracia. Esa mixtura es la mixtura de las tres mentiras. Esa mixtura es, no la química, sino la alquimia de la política. Y en esa alquimia no encontrará Ollivier el oro que necesita para forjar una corona al heredero del César.

Pretender que sea democrática una Constitucion que deja al jefe del Estado, entre otras facultades absurdas por excesivas, la de declarar la paz ó la guerra, lo cual pone siempre á su arbitrio la vida y la hacienda de los ciudadanos; pretender que sea democrática una Constitucion que deja á ese mismo jefe del Estado el disolver cuando le parezca el Cuerpo Legislativo; pretender que sea democrática una Constitucion que comparte las facultades de la representacion nacional entre dos Cámaras de las cuales una proviene siempre de la eleccion de la Corona; pretender que sea eso una democracia, el advenimiento por la libertad y la igualdad, por el derecho y la justicia, de todos los ciudadanos á la vida pública, me parece una de esas indignas sofisterías, de las cuales se reirá la conciencia

humana, que no ha perdido aún aquellos ojos espirituales con que distingue el bien del mal en la vida.

Así es que nadie hacia caso de estos sofismas y la oposicion continuaba enconándose, cada dia más exacerbada é implacable. El César habia querido poner sobre su manto de César el manto del tribuno; y el manto de tribuno iba á quemar y á consumir sus carnes entre el horror del género humano y las eternas maldiciones de la historia.

CAPITULO LXXVII.

ITALIA, EL ORIENTE, AUSTRIA, RUSIA, INGLATERRA, SUIZA, PRUSIA Y FRANCIA DURANTE EL VERANO Y EL OTOÑO DEL AÑO 1868.

Fué esta época decisiva en la historia del movimiento republicano. Los hechos se combinaban de suerte que debian traer por necesidad ineludible la victoria de nuevos principios, puesto que vacilaban y caian los representantes y personificadores de los antiguos. Sobre todo, el Papa mostraba cada vez más una ceguera incurable para ver con claridad la difusion de las ideas modernas por el mundo, empeñándose en vencer á lo invencible.

No hay ciudad que explique la relacion de las instituciones con las creencias como

la Ciudad Eterna. La política general ha tomado en los últimos tiempos, como en los últimos tiempos de Bizancio, carácter religioso. Un partido potentísimo, que se apoya en las dos fuerzas de la sociedad antigua, en el clero y en la aristocracia, quiere á toda costa restaurar la Monarquía y la Iglesia en el estado de explendor alcanzado por ambas instituciones antes de la revolucion. Para esto no perdona medio de agitar las conciencias. Así en el fondo de toda cuestion política se encuentra una cuestion religiosa. La independencia de Méjico fué vulnerada, y la república en toda América herida por los católicos que deseaban impedir el triunfo del principio sagrado que es la base del mundo moderno, el principio de libertad de conciencia. La última victoria de Napoleon fué la victoria de Mentana pedida á gritos por los católicos de toda Europa, que deseaban impedir la coronacion de la unidad italiana en el Capitolio. La última defensa de la reaccion es una victoria religiosa. El problema de la familia civil y de la enseñanza independiente que Austria

plantea con tanto valor y resuelve con tanta dificultad, es un problema religioso. La reaccion española se ceba principalmente en la Universidad, porque la reaccion española es principalmente religiosa, y la Universidad la única institucion que se mantenia independiente de la tutela eclesiástica. Esa tempestad que se forma en Oriente, esa horrible tempestad que descargará sobre Bizancio; reproduciéndose en algo catástrofes como la de Jerusalen en el siglo primero y la de Roma en el siglo quinto, es una tempestad formada por las corrientes eléctricas que hay en las ideas religiosas de dos pueblos, los eslavos y los griegos, cuya política toma hoy la solemnidad de un Apocalipsis. Pero ¿qué más? La raza sajona, raza esencialmente práctica, raza que ha traido al mundo moderno las ideas políticas y las ideas económicas de que el mundo moderno se gloria, ha sentido que la tierra estallaba bajo sus plantas, ha visto penetrar en el seno de sus ordenadas leyes nubes de conspiradores movidos de una audacia incomprensible; y cuando ha querido examinar

el orígen de esta perturbacion, ha encontrado como un reguero de pólvora bajo las piedras ciclópeas de sus instituciones, una cuestion religiosa.

Y no hay ciudad en el mundo para aprender toda la trascendencia que los problemas religiosos tienen, no la hay como la ciudad de Roma, que parece alzada para tan alto fin social en el centro de Europa, sobre las aras destrozadas de todas las antiguas religiones y sobre las espaldas de todos los antiguos dioses. Italia amó en estos últimos tiempos su independencia y su unidad con el amor infinito que ponen los pueblos meridionales en el cumplimiento de todos sus deseos, en la realizacion de todas sus ideas. Italia estaba dividida bajo el sable de varios procónsules austriacos, y se levantó una por la fuerza de su pensamiento y por el amor á su independencia. Italia estaba abandonada, casi olvidada del mundo; y se adquirió poderosos valedores por la habilidad de su política y por el prestigio sobrenatural ejercido en todos los ánimos en virtud de sus gloriosos recuerdos.

Italia tenia el cuadrilátero, como una bala puesta á sus pies para que nunca se moviera, é Italia se ha arrancado el cuadrilátero, la fortaleza más formidable del mundo.

Ahora bien; ¿cómo es que Italia, á pesar de la viveza de sus deseos, y á pesar del indómito valor de Garibaldi, se habia entonces detenido ante Roma? No lo atribuyamos á causas segundas; á falta de prudencia en Garibaldi, á falta de habilidad en Rattazzi, á sobra de celos por la alianza del prusiano con Napoleon. Atribuyamos este fenómeno más bien al prestigio inmenso que, á despecho de tres siglos de filosofía y un siglo de revolucion, ejerce aún sobre la conciencia humana la autoridad del Pontífice. Nada ménos político que el empeño de ocultarnos los obstáculos de nuestra política. Nada ménos lógico que la ceguera voluntaria para mirar las sombras extendidas sobre nuestras ideas por las ideas opuestas. Para conocer bien los grandes fenómenos políticos, precisa estudiarlos, si es preciso, en el sitio mismo donde sucedan. Y la medicina social necesita de la clínica.

En cuanto llegais á Civitta-Vechia, por poco atento que os mostreis á lo que sucede en vuestro alrededor, os asaltan miles de enseñanzas que guardais para establecer vuestras observaciones como el zoólogo los varios ejemplares que le enseñan á definir un órden de séres en la escala orgánica de la vida animal. Desde lejos, las montañas cortadas escultóricamente; el cielo resplandeciente de hermosura y de incomparable nitidez; el mar azul que refleja los rayos del sol, como ciñendo á sus claras aguas una gasa de éther, ó como presentando en el planeta una nueva via láctea, pues no parece sino que las ondas chispean estrellas; las poblaciones, tendidas sobre las lejanas cordilleras como vetas de cristal de roca sobre gigantescas turquesas; la inmensa cadena de castillos que se dilata por las costas y que parece una greca de almenas puesta para defender esta tierra de tantos conquistadores como han venido á violarla despues que ella conquistara al mundo; los aromas que os envian las tibias auras desde los vecinos campos; todo os anuncia que lle-

gais á la tierra del arte, que llegais á Italia. Y cuando pensais que de estas tierras son las partículas del hierro de vuestra sangre y los átomos de vuestros huesos; que de esa tierra heredásteis las bases del derecho y las palabras capitales de la lengua; que ahí se amasó, con sudor de todas las razas, la unidad material del género humano por el Imperio, y ahí se fundó con ideas de todas las filosofías la unidad religiosa del mundo moderno por el catolicismo, y ahí se despertaron todas las artes por la evocacion de incomparables génios para formar la corona de inspiraciones y de resplandores ceñida á las e lades modernas, un sentimiento indefinible os sobrecoge, semejante al que debió sobrecoger á los cruzados cuando por vez primera descubrieron Jerusalen, la cuna y el sepulcro de su Dios, entre los espegismos del desierto. Yo confieso que una emocion inexplicable se habia apoderado de mí, y que una mezcla de asombro y de sentimiento religioso se unia en mi alma conmovida á la vista de aquellas costas, como si fuera un sueño magnético mi

proximidad á esa Italia que tanto habia deseado ver toda mi vida.

Pero inmediatamente que desembarcais, veis la imposibilidad absoluta de que subsista aquel Estado pontificio inmóvil en medio del movimiento y del oleaje de las ideas. Subsistiria el Papa, ese jefe de la teocracia, en su serenidad absoluta, si estuviera circuido, como las pirámides hieráticas de Egipto, por las arenas del desierto. Pero cuando tantas ideas y tan grandes se encrespan tumultuosamente en torno suyo, el Papa no puede continuar ejerciendo un poder temporal que necesita para vivir, negar todos los principios humanos, todas las ideas científicas, y contrastar y detener el movimiento de la civilizacion moderna. En cuanto veis á Roma pontificia, os persuadís de que allí no puede entrar el rayo de la luz del dia sin convertirse en el rayo de tempestad formidable. Es una de esas antiguas cúspides, medio alzadas en su gran quebrantamiento, sobre ruinas, y que atraen la tempestad con fuerza invencible. Legiones de aduaneros para impedir el libre-cambio de

los humanos productos; legiones de censores para impedir la libre difusion de las humanas ideas; un ejército reclutado en todas partes, pequeña Babel nómada, donde se confunden, como todas las lenguas, todas las supersticiones; los monges de rodillas melancólicamente sobre las ruinas como las hortigas ó la cicuta; el colegio de cardenales, aristocracia religiosa con el orgullo y sin la fuerza de los antiguos senadores romanos; el silencio del pensamiento interrumpido sólo por los pasos de los peregrinos que andan estáticos en torno de una tumba; el Papa rey, sentado en su trono que quiere competir con el trono de Dios; infalible, inefable, sacratísimo, Papa cuasi-divino, persona nuevamente añadida á la Santísima Trinidad, con la creencia íntima de que su palabra es la palabra del cielo; especie de tirano, César y Pontífice, como sólo se encuentran en sombra, en recuerdo, en imágen allá entre los fragmentos destrozados de los templos y de los palacios del Asia.

Por eso todo el mundo creia en Italia á la sazon que el poder temporal de los Papas no

podia durar, no podia subsistir sino lo que durase, lo que subsistiese la paz, y que al primer sonido de la guerra, al primer rompimiento, sacando Napoleon de allí sus tropas, no habia más remedio que una desaparicion completa, un completo desvanecimiento de esa sombra de la Edad Media.

Hallé, pues, muy viva entonces la preocupacion por la guerra en Italia. Contábanme que el dia antes de su partida para Génova, tuvo el Príncipe heredero de Prusia en Florencia una entrevista con Rattazzi, el cual, como sabeis, habia caido del poder por sus simpatías á favor de prontas soluciones en la cuestion romana. El príncipe le alabó mucho llegando á compararle con Bismark, en lo cual anduvo un tanto exagerado. La habilidad política de los conservadores italianos quedó enterrada toda entera en el sepulcro de Cavour. El príncipe dijo que Prusia é Italia son dos aliadas naturales, idea muy racional. Pero que Italia se habia equivocado poniendo la capital en Florencia cuando debia haber elegido á Nápoles antes de conseguir á Roma, llegando

á ser así lo más necesario para fortificar la union de los dos pueblos, una grande potencia marítima. De todos modos, el príncipe habló de las contingencias del porvenir, asegurando que esperaba entonces encontrar á Rattazzi en el poder para coronar la obra tan felizmente comenzada, la obra de la unidad italiana. Esta conversacion, muy difundida en Italia, era una última flecha arrojada al corazon de Bonaparte.

Lo cierto es, que el Príncipe Napoleon, cuya habilidad diplomática he oido encarecer tantas veces á Emilio Girardin, no estuvo muy feliz ni en sus negociaciones con Prusia ni en sus negociaciones con Italia. Llevó por principal fin á Prusia comprometerla en una alianza anti-rusa y no lo consiguió. Llevaba por principal fin á Italia arreglar un *modus vivendi* en la cuestion romana, y tampoco lo consiguió. Víctor Manuel se negó explícitamente á todo trato que pudiera implicar un reconocimiento del poder temporal y una renuncia á la capitalidad en Roma. Contábase entonces ya, á pcincipios de Mayo, cerca de treinta dias

de fiestas en Italia con motivo del casamiento del príncipe heredero, y no llevaban traza de concluirse ni en otro mes. Comenzaron las de Turin, siguieron las de Florencia, vinieron despues las de Génova, y á fin de Mayo tocaba el turno á Nápoles, y luego á Venecia y á Milan. Ví el célebre torneo de Florencia y puedo decir que, á pesar de mi repugnancia á las fiestas reales y á las resurrecciones de la Edad Media, salí encantado. Sólo en Italia pueden darse estos espectáculos sin correr el peligro de que se conviertan en ridículos. Sólo en esa tierra donde el arte es casi un sacerdocio, hay gusto bastante para realzar con la belleza de la forma la puerilidad del fondo de estos espectáculos. Pero era de ver aquella gradería elíptica henchida por más de treinta mil espectadores; aquellas grecas de seda celeste rematadas por escudos rojos que coronaban todo el recinto; la expléndida decoracion de los árboles, y la más expléndida de las lejanas montañas envueltas en los vapores de la tarde, y la explendidísima del cielo tachonado de nubes enrojecidas por los ra-

yos del sol poniente; y junto á tales encantos los inexplicables de aquel bellísimo coro de damas capaces de resucitar con el aroma de su aliento la muerta caballería, y con la luz de sus ojos las olvidadas justas y córtes de amor de otros tiempos; y en aquel momento de rápido remedo de pasados dias excitando con su mirar á los caballeros, que ya vestidos de rojo y negro con el Toison de oro al pecho, ya de seda amarilla y terciopelo morado dejando caer sobre la espalda blanca pluma á guisa de nobles aragoneses; ya de azul y blanco; ya de otros varios trajes recamados de oro, formaban cabalgando en hermosísimos corceles de bellísima estampa y rápido andar, vistosos pelotones, precedidos por sus portas-estandartes, acompañados por sus pajes, seguidos por los universales aplausos, las entusiastas exclamaciones, los ecos de los clarines y las armonías de las músicas; mientras al impulso de sus lanzas y de sus estoques, unas y otros esgrimidos en alegres juegos, se llenaban los aires de palomas y la tierra de ramos, formando todo aquel conjunto un cuadro que sólo

seria posible pintar al que reuniera á los calientes toques de Claudio de Lorena, y á las atmósferas luminosas de Bartolomé Murillo, las figuras del Ticiano vestidas de infinitos colores por Pablo Veronés. Sin embargo, haced aquello mismo en otra tierra, bajo otro cielo, y resultará ridículo.

Algunas observaciones personales pude hacer en aquellas fiestas. Lo hecho en Italia es poco si desde nuestro punto de vista radical se mira; lo hecho en Italia es mucho si se mira desde el punto de vista de la aristocracia y de los destronados príncipes que no dejan de tener y guardar recuerdos en sus antiguos estados. El pueblo está por la unidad. El pueblo comprende tarde una idea; pero cuando ya la ha comprendido, tiene mucho corazon para amarla y mucha sangre para defenderla. Yo he visto al lazaroni de Nápoles grabar el busto de Garibaldi en la ardiente lava del Vesubio. Yo he oido á los pescadores del sublime é inolvidable golfo de Bayas; yo les he oido hacer votos al cielo, que convidaba á orar, por la unidad de Italia y por la capitalidad de Ro-

ma. Pero yo no creí que la aristocracia italiana fuese adicta á una monarquía nacida de un plebiscito. La he visto, sin embargo, rodear la casa de Saboya en todas estas fiestas con una adhesion, que me prueba cuán universalmente es amada ya en Italia la idea sagrada de la independencia de la pátria. Algun más talento político ha mostrado siempre la aristocracia italiana, que muestra la aristocracia polaca agradeciendo por boca de Czartorisky las concesiones de Austria. Cuando la herida es tan profunda como la herida de Polonia, no hay más que esta alternativa: ó la resurreccion á la libertad ó el silencio de la muerte.

¡Qué maravillosa nacion! La fantasía abulta siempre los objetos con los resplandores de sus creaciones; el corazon con los espegismos de sus deseos. Pues bien; la realidad ha excedido á la imaginacion y al deseo. No podeis figuraros lo que es Italia, con sus severos monumentos, con sus legiones de estátuas que realizan la belleza material en todo su esplendor, con esos cuadros de los cuales se

destacan coros de figuras tan ideales como los ensueños de la poesía; con sus recuerdos que dilatan la vida por los pasados tiempos; con sus flores que os embriagan los sentidos y sus cantares que os embriagan el alma; con sus ruinas y sus esperanzas; con la ancianidad respetable de sus destrozadas columnas, de sus caidos arcos, de sus despedazados anfiteatros y la juventud eterna de su raza consagrada como la raza griega á cultivar las artes y á hermosear los dias de la humanidad; con las estrellas de sus claros cielos y los ojos que centellean bajo las largas y negras pestañas de sus mujeres, las cuales parecen nacidas como las musas, con la miel de la inspiracion en esos sus rosados lábios, donde tomó Petrarca la singular dulzura de sus versos y Rafael la inmortal sonrisa de sus vírgenes.

Prescindiendo del objeto á que estaban consagradas, casi era imposible resistir á la tentacion de admirar en las fiestas tanto gusto, tanta elegancia, la sencillez severa unida á la riqueza, las decoraciones de las calles que se elevan á la region del arte, la magnificencia

de los monumentos, sólidos como fortalezas, y cincelados como joyas. La noche de la iluminacion de Florencia creí soñar. Era necesario verlo todo; el cielo azul, las estrellas que centelleaban; la luna creciente en el horizonte esparciendo por las alturas una gasa de plata; las colinas cercanas, cuya vegetacion se dibujaba en sombras dulces é inciertas como el crepúsculo; los edificios cuajados de guirnaldas de luces tomando una forma aérea; las altas torres, de tal manera iluminadas, que parecian de trasparente ámbar; las líneas de fuego, enroscándose como fantásticas serpientes en las líneas de la arquitectura; las dos orillas del Arno, cuajadas de millones de luminarias, cuyos caprichosos dibujos repetian, duplicaban las aguas, que se semejaban á un rio de luz, la via láctea caida sobre la tierra, y rodeada de monumentos de cristal, de castillos labrados en piedras preciosas, segun resplandecian con todos los cambiantes del íris, con todas las chispas de las refracciones diamantinas; en tanto que las barcas, como fantásticas sombras que llevá-

ran una estrella celeste en la frente, se deslizaban sobre las aguas, llenando con los acordes de varias músicas aquellos espacios, que parecian pertenecer á otro planeta, donde pudieran realizarse fácilmente por mágicas artes ó por manos de misteriosas hadas, los más bellos ensueños de los poetas. Ignoro si el porvenir corresponderá á las esperanzas que aquella noche manifestaban los italianos. Un secreto presentimiento me decia que aquellos festejados príncipes acaso no se asentarán en el trono de Italia.

Pero prescindiendo de esto, que me llevaria muy lejos, no sé por qué los italianos han de haber tenido tan consumada ciencia para ser independientes, y despues de haber logrado este gran bien, tengan hoy tan poca para gobernarse á sí mismos. No os podeis imaginar lo perdida que está su Administracion, lo desbaratada que está su Hacienda. No podeis imaginar la rapidez con que se precipita su política por el camino de la resistencia, sembrado de reacciones y de revoluciones. Pero sobre todo, el mal mayor de

Italia es el estado de su Tesoro. Yo sé bien que un pueblo tan privilegiado para las artes ha de carecer de ciertas aptitudes necesarias para la Administracion. Pero no olviden los italianos que, así como la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago, la salud de toda la nacion se fragua en las oficinas de la Hacienda. El estado de la política y de la Hacienda engendraba profundísimo descontento que se manifestaba en motines, en conjuraciones, en amenazadoras proclamas, en sociedades secretas, á las cuales se halla de antiguo habituado el italiano como todo pueblo que ha padecido larga servidumbre. Se ha pedido á Italia el sacrificio de sus glorias municipales sin haberle dado en cambio por entonces la unidad nacional, ni la anhelada independencia. Su frontera de los Alpes se hallaba abierta todavía al austriaco; las rivalidades entre las regiones meridionales y las regiones del Norte, vivas por la falta de una capital que las apagase; Roma con su rey-pontífice en medio de todas estas provincias dislocadas, conservando el pabellon ex-

tranjero como la marca inextinguible de la servidumbre italiana, y trayendo, bajo sus enseñas cosmopolitas y anti-nacionales, una turba de condottieros de todos los pueblos, estipendiados por las cofradías, diversos de pátria, de lengua, de carácter; pero dispuestos á lanzarse voraces sobre su presa, sobre la libertad, al primer anuncio de que vacila en sus mal ajustadas bases la reciente nacionalidad italiana. La situacion era por extremo angustiosa. El Imperio francés, que proclamó la teoría de las grandes aglomeraciones de razas, la abandonaba por completo, despertando las esperanzas de los reaccionarios borbónicos. La imposibilidad de entrar en Roma atormentaba ese pueblo italiano, á quien nada le parece difícil despues de los milagros con que ha obtenido la anexion de tantos de sus Estados perdidos bajo el yugo extranjero. Menabrea pedia la evacuacion de Roma, y Napoleon no se dignaba ni siquiera contestarle, porque Roma era el secreto de una combinacion táctica y el talisman de una alianza. La córte de Roma, en cambio, consagraba

todo el dinero que le enviaban los reaccionarios del orbe á conspirar contra las libertades italianas y á mantener viva la agitacion moral por medio de sus agentes. Las señales de afecto con que el infante de Nápoles y la infanta de España, dos Borbones, fueron recibidos en la córte de Francia, sobreexcitaba las esperanzas de los borbónicos y de los clericales. Habia quien veia una inteligencia entre París y Madrid para restaurar los Borbones en Nápoles y guarnecer con un ejército español Roma. La desesperacion era tan grande hasta por parte de los conservadores, que se pensaba en seguir el consejo prusiano, en trasladar definitivamente la capital á Nápoles, con lo cual, sin resolver ninguno de los inconvenientes actuales, se podian obtener dos resultados negativos: descontento y desesperacion de los liberales al ver esa expresa renuncia á la capitalidad en Roma, y disgusto profundísimo de las provincias del Norte, que son las más vigorosas y las más adictas á la causa de la unidad italiana.

La córte de Roma no veia que por el áspe-

ro camino de la intransigencia, por el ódio inveterado á las reformas democráticas, por el empeño en reunir todos los aventureros del mundo bajo sus banderas de sombras, por su intolerancia en este siglo de tolerancia, por su tiranía en este siglo de libertad, por su enemiga á la independencia de los pueblos en este siglo de la resurreccion de las nacionalidades, por todos sus errores, sin poder salvar el corto terruño que se estremecia bajo sus plantas, como tierra atravesada y sacudida por el terremoto, comprometia gravemente el sagrado depósito de sus creencias religiosas.

Pero es inútil raciocinar cuando se trata de poderes á quienes la tradicion ha cegado. La córte de Roma no olvida sus principios. El criterio que la ilumina es el criterio utilitario, y el fin supremo que busca es el propio interés. Aplaudia la maravillosa campaña de Gladstone á favor de la libertad religiosa de Irlanda, porque en Irlanda era la Iglesia católica la oprimida; pero condenaba fuertemente la maravillosa campaña legislativa de Beust en Austria, porque en Austria era la Iglesia

católica la opresora. La censura á las nuevas reformas austriacas fué tan acerba en una entrevista de Antonelli con el embajador, que éste llegó á pedir su relevo. El cardenal le dijo con la biliosa amargura propia de su carácter, cuya dureza se retrata en su semblante verdoso y airado, que no debia esperar concesion alguna de Roma un Imperio capaz de votar las leyes inmorales sobre el matrimonio civil votadas últimamente por Austria. Todos los medios de conciliacion se agotaron, y todas las transacciones se rompieron. Sin embargo, el emperador rogó á Beust que le permitiera designar un ministro en Roma, aceptable al Papa por su piedad y dispuesto á reconciliar la Iglesia con el Imperio por su lealtal al emperador. El baron Beysenbug fué el embajador electo. Inútil, completamente inútil. Los poderes, que se imaginan poseedores de la verdad absoluta, de esa verdad que contiene á todas las verdades como el espacio á todos los mundos, no pueden ceder ni en pequeñas minuciosidades que desdigan de su alta soberanía y de su completa infalibilidad.

Quien no discute porque no puede engañarse, no se convence porque se desmentiria á sí mismo. Por consecuencia, no habia para el emperador de Austria más remedio que romper con la reforma ó romper con el Papa. Los periódicos oficiales del Imperio austriaco esperaban una solucion de paz y de armonía. Pero añadian que el nuevo embajador no saldria sino despues de haberse sancionado las últimas leyes. Y yo aseguraba que corria un gran peligro de no ser recibido. Una de las razones que movian á los periódicos oficiales en su cándida seguridad, se apoyaba en las ideas del nuevo representante austriaco. Y casualmente estas ideas son otra de las razones que yo tenia para fundar mi juicio contrario á las esperanzas austriacas. Beysenbug pertenecia al partido católico liberal. Y este partido es uno de los más detestados en Roma. La mayor parte de aquellos célebres cánones del *Syllabus*, resúmen de las ideas políticas, religiosas y morales de la curia romana, estaban escritos contra los católicos consagrados á predicar la reconciliacion del católicismo

con la libertad. Por consiguiente, si el embajador de Austria pensaba prevalecer en Roma por sus relaciones ó puntos de semejanza con Montalembert, se engañaba tristemente. Fué considerado, en efecto, como un hereje.

Espanta comprender el número de dificultades que habia de vencer Austria para cumplir su programa liberal y deslumbrar los ojos de Alemania con los resplandores de la libertad. Así es que le corria mucha prisa de comprometer en una guerra á toda Europa antes de verse forzada á llegar hasta el fin último en este drama de libertad á medias que representaba á la sazon en el mundo. Su política tenia muchos precedentes, muchos ejemplos en esa misma Alemania. Cuando los reyes germánicos no pudieron vencer á Napoleon el Grande con las armas, trataron de vencerlo con las ideas, y como no las hay que tengan la virtud de las ideas liberales, prometieron constituciones á sus pueblos. Pero vencido Napoleon, olvidaron todas sus promesas. Si mañana el Austria venciera á Prusia, volveria á recojer instantáneamente en el campo de batalla

donde se proclamaria su victoria, el férreo cetro del despotismo. Por eso Prusia no debe contentarse con representar la unidad de Alemania; es necesario que tambien represente la libertad en el mundo, la libertad, esa eterna pátria de las almas, esa unidad suprema de la naturaleza humana, el mayor bien de los pueblos, el sello augusto de la dignidad de los hombres, y Bismark, que no vacila en la política unitaria, vacila y retrocede en la política liberal. Tal vez imagina falsamente necesaria, indispensable, una dictadura para conducir la Alemania á sus destinos históricos. Pero yo creo que no hay virtud en ningun poder para realizar las grandes ideas como lo hay en la libertad. Los pueblos del mundo se echaron en brazos de Francia cuando Francia representaba el triunfo de la democracia. Y esos mismos pueblos se volvieron todos contra Francia, cuando Francia representó la dictadura de Napoleon. Víctor Manuel no ha realizado la unidad de Itália, sino esparciendo en sus marmóreos sepulcros donde parecia enterrada el alma italiana,

ese soplo de libertad que como la palabra de Cristo resucita á los muertos. Los Estados-Unidos han fundado y han mantenido la más poderosa confederacion republicana conocida en la historia por el poder de la libertad. Y no solamente es de justicia esta idea, sino tambien de interés. Si Alemania ha de constituir un imperio formidable, militar, reunido bajo el sable y donde no haya espacio para un derecho, ni voz para la libertad, vale más que continúe en su presente fraccionamiento. De esta suerte se conseguirá al ménos que un enemigo de la libertad sea impotente para combatirla. Pero la unidad de la raza germánica, de esta raza esencialmente individualista, que á costa de tantas catástrofes, de tantos incendios, de tantas matanzas, de la pérdida de tantos monumentos y de un retroceso tristísimo en las artes, vino á libertar al mundo moderno del cesarismo romano; la unidad de esta raza que guarda aun el recuerdo de sus campos de Mayo y de sus tumultuosas Asambleas, no puede conseguirse sino por la libertad, y la libertad no puede fun-

darse sino en la descentralizacion. No se deje, pues, Bismark aventajar por el Austria, lo cual seria una gran ignominia para su nombre y una gran desgracia para los defensores de la unidad alemana.

En verdad no era únicamente esta cuestion la que entonces agitaba al mundo; las dos graves cuestiones de Oriente y de Rusia, tenían tambien embargados los ánimos. Pavorosa cuestion esta de Oriente. Si ponemos nuestras simpatías de parte de los pueblos cristianos, servimos los intereses del Imperio ruso, el bárbaro degollador de Polonia, que últimamente habia llevado su crueldad hasta borrar el nombre de tan heróica nacion y forzar á sus hijos á olvidar lo más querido, lo más natural, lo más sagrado, la propia habla, la lengua nacional, en cuyos acentos creeis oir la voz de una raza martirizada, pero no vencida, capaz aun de mayores sufrimientos pero tambien de indómitas esperanzas y de resoluciones heróicas. Mas si ponemos nuestras simpatías de parte del *Statu quo* mantenido por Francia é Inglaterra, apoya-

mos un sultan imbécil, una teocracia decadente, el fatalismo dogmático, algo parecido al poder temporal de los Papas, algo que oprime y hechiza tristemente á una de las razas por cierto más ilustres que han habitado la tierra.

El Imperio turco acababa de hablar invocando los principios del derecho moderno para todos los ciudadanos, y la tolerancia universal para todos los cultos. Estas tribunicias palabras en boca de un Sultan, conmovieron profundamente á Europa. Es frecuente el suicidio de los indivíduos; pero no conozco en la historia el suicidio de las instituciones. En esos séres sociales hay tal vigor de vida y tal fuerza de organismo, que atraviesan muchos siglos y sobreviven á muchas ruinas. Si el Sultan de buena fé invocaba esos principios, hé ahí antigua institucion que desmentia una ley social, y se suicidaba. Pero averiguamos que el Sultan habia pronunciado dos discursos; uno en francés para Europa, y otro en árabe para sus vasallos. Como es natural, no se presta el árabe, lengua semítica, un poco

rígida como sometida al régimen triliteral, no se presta el árabe al lenguaje político, á los giros flexibles y civilizados del francés. El árabe que puede decir de mil maneras la palabra camello, acaso no tenga una manera propia de expresar nuestras reformas políticas. Por eso no me extrañaria que fuese muy tolerante el discurso francés y muy intolerante el discurso árabe. Cuestion de gramática. Catalina de Rusia escribia manifiestos filosóficos: «para engañar á Europa.»

Al lado de Turquía y aspirando á heredarla está Grecia, esa pátria del genio descendida al grado último de miseria. La diplomacia ha puesto una monarquía constitucional en la República de Arístides, y prueba muy mal esa planta exótica en la tierra madre de la democracia universal. Grecia se encontraba muy preocupada con la idea de admitir á los fuertes candiotas como diputados en su Parlamento. Todo indicaba que una diferencia de Grecia y Turquía podia traer á la superficie la cuestion de Oriente, es decir, la guerra. Pero no habia solamente esta dificultad. Los Principados

que se encontraban entre el Imperio turco y las potencias cristianas del Norte, aumentaban las probabilidades de grandes conflictos. Un ilustre escritor los ha comparado á bajos relieves antiguos perdidos en las orillas del Danubio. Yo las compararia á botellas de Leyden cargadas por la máquina eléctrica. No podeis acercar un dedo sin que despidan una chispa. Interiormente el príncipe Cárlos no superaba en Rumania las dificultades que le suscitaba la cuestion de los judíos; y el príncipe Miguel se peleaba en Montenegro con su Parlamento y con el Sultan; con el primero por la lista civil y con el segundo por construcciones militares en la frontera. Todos sus vecinos ó sus afines tienen pretensiones sobre esos pobres Estados. Grecia los invita á una confederacion; Turquía los reivindica como parte de su Imperio; Austria los considera como su herencia; y Rusia los proteje como miembros de la familia eslava. Cada una de estas diversas pretensiones significa un semillero de guerras. La Bosnia y la Herzegóvina, provincias turcas cercanas á esos

Estados, amenazan constantemente con una revolucion. Y la Rusia tiende sobre todos su manto protector.

Pero no solamente provienen de aquí las dificultades inmensas de Oriente; provienen tambien de Bohemia. Esta antigua nacionalidad forma una provincia del Austria. Pero en el fondo de su memoria hay un recuerdo de su independencia, y en el fondo de su corazon hay una aspiracion á renovarla. Naturalmente, Rusia sostenia que estos son tambien eslavos y los amparaba secretamente con su reconocida habilidad. En cambio el Austria molestaba á Rusia en Polonia. La autonomia concedida por el Austria á Galitzia, su parte en el despojo de Polonia, era un ejemplo que invitaba á los polacos siempre deseosos de su independencia, á reclamar la autonomía de su opresora, la Rusia. El Imperio ruso contestaba á estas pretensiones confiscando las propiedades de los patriotas y suprimiendo hasta el nombre de Polonia.

Y sin embargo, hay en los rusos ilustrados vivísimos arrebatos de orgullo en que anun-

cian un porvenir de libertad y de federacion para su pátria, parecido al presente de los Estados-Unidos. La facilidad con que han emancipado sus siervos, y la felicidad con que han sabido unir la propiedad en comun de la tierra á la independencia individual, les parece la obra capitalísima de la civilizacion moderna. Dicen que el cosaco, libre, acostumbrado á la vida de la naturaleza, se eleva sobre los hombres de Occidente, como el antiguo germano sobre los menudos hombres de la Roma imperial. Dicen que las diferencias religiosas, tan vivas, tan ricas, tan poderosas, á pesar de la autocracia del Emperador y del poder de la Iglesia, prueban la variedad del pensamiento ruso que en lo porvenir sobrepujará al pensamiento aleman. Presentan con orgullo su régimen municipal de una antigüedad muy respetable, y sus repúblicas históricas de una libertad muy firme. Hay allí el combate de estos elementos con la monarquía como en Francia y en España. Ivan III y IV, el Grande y el Terrible, son como el Pedro Cruel de Rusia, como el Fernan-

do V, como el Luis XI; son fundadores del Imperio y de la unidad. Nowgerod, refugio de la democracia cosaca, es destruido por la monarquía moscovita. Pero esa democracia subsiste y sueña con la república, y aspira á fundar los derechos individuales, y á constituir en el norte de Europa un Estado tan fuerte y tan libre como el Estado que los descendientes de los puritanos han constituido en el norte de América. Desde hace mucho tiempo forman los republicanos una grande sociedad secreta. Alejandro I, queriendo dar una idea al príncipe Volkousky de la importancia de esa sociedad decia: «No sabes lo que son esas gentes, han alimentado, durante el hambre, distritos enteros del gobierno de Esmolenko.» Pues bien, este partido es cada dia más poderoso en Rusia. La libertad se extenderá sobre el espíritu como el aire y la luz sobre el planeta.

Por eso en Rusia se daba inmensa latitud y perfecta organizacion al espionaje que mantenia arriba una monarquía en el despotismo, y abajo un pueblo en la opresion contra la doble corriente de las ideas y de los hechos

que marcha impetuosa hácia la libertad. En nuestros países occidentales el espionaje es uno de los oficios más viles y más abominados. Un espía queda materialmente fuera de la sociedad como un verdugo. Nadie le tiende la mano. Su sombra mata, su compañía deshonra. Y esto es natural, porque un espía es un traidor, y un traidor es más perverso que un asesino claro y franco. Pero el despotismo no puede dominar sin subvertir todas las leyes morales, sin corromper todos los caractéres, sin nublar todas las conciencias, porque el despotismo es el mal, engendrando perdurable progénie de males. Y por consecuencia uno de los mayores empeños del despotismo es rehabilitar el espionaje, convertir el espía en magistrado y en sacerdote. Publicábase en Ginebra una *Revista* política redactada por republicanos rusos. Su objeto era despertar el sentimiento de libertad en las razas del Norte y denunciar al mundo así los crímenes de los autócratas, como su impotencia para impedir el progreso de Rusia hácia la libertad. El poder de este periódico era grande.

Sobre las legiones de soldados, de esbirros, de cortesanos que rodeaban al Czar; recluido allá en su inmenso palacio como un déspota oriental, rey, juez, pontífice, semi-dios, pasa el periódico, instalándose ya en los árboles del jardin, ya en las columnas del patio, y algunas veces hasta en las sábanas del lecho imperial. En vano se destituian empleados, en vano se celaban mútuamente desde los chambelanes hasta los barrenderos; á la hora prefijada en un dia de la semana, el periódico entraba, como si lo llevase algun espectro vengador salido de las regiones de sombras donde habitan los remordimientos para castigo de los criminales.

El Czar quiso saber de qué medio se valia el redactor de la *Revista* para arrojarla hasta en sus manos. Nubes de esbirros, de espías, de cortesanos, corrieron desde las orillas del Neva á las orillas del Leman. Vano empeño. Nada averiguaban. Por fin se logró ganar un jóven literato, republicano, amigo de los redactores de la *Revista*; y fué enviado á Ginebra. Ya allí, extremó sus ideas avanzadas, su

horror al despotismo, su entusiasmo por el único castigo que tenian los crímenes de los tiranos, por la *Revista*, por la campana que despertaba á los vivos resonando en su calabozo, y vengaba á los muertos, despidiendo remordimientos sobre el Czar.

Los redactores de la *Revista* le dieron un gran banquete. Cuando estaban en los bríndis, se habló, como era natural, del periódico, á cuya prosperidad consagraron muchos entusiastas recuerdos. El jóven espía cogió la ocasion por los cabellos. Los vapores de un banquete arrastran á la espansion. El vino es siempre locuaz y hasta garrulo. A través de las copas el mundo aparece de color de rosa. «Lo más admirable, dijo, es ver llegar el periódico á las manos del Czar. ¿Cómo »os componeis? ¿De quién os servís?» El director de la *Revista*, levantándose, dijo: «Ese es »mi secreto. Y lo guardo porque hay muchos »espías.»—«¡Espías! replicó el jóven sin desconcertarse. Pero aquí, en la soledad de nuestra casa, en la misma redaccion, en Ginebra, á tan larga distancia.... ni que fueran

»brujos.»—«¿Quieres conocer uno que acaba »de llegar?»—«Con mucho gusto.»—«Pues »mira su retrato,» y arrojó sobre la mesa, en medio de la comida, el retrato de su interlocutor en una tarjeta de fotografía. «Yo, yo, yo....» murmuró el criminal cubriéndose el rostro con las manos.—«Sí, tú, tú, y ahora »mira el retrato de otro espía enviado para expiarte.»—El jóven se levantó de la mesa, tomó la puerta, y no paró hasta San Petersburgo.

Y sin embargo, el despotismo, ese gran verdugo de la conciencia humana, ha logrado inspirar hasta gusto por el espionaje. Los periódicos lo ejercen al aire libre, á la luz del dia. Todo el mundo sabe que en el gran despojo de provincias, de reinos, de nacionalidades, propiedad de la Santa Rusia, hay varios territorios alemanes, por la geografía, por la historia, por la raza que los puebla y por la lengua que esta raza habla. Dos sábios, uno de las provincias alemanas independientes, Treschke, y otro de las provincias alemanas sometidas á Rusia, Eckardt, disputan

en la region de las teorías sobre el porvenir de su pátria. *El Golos*, periódico de Moscow, los sigue, los expía, descubre en el aleman rusificado el crímen del patriotismo, el amor á su raza, y lo denuncia como un perjuro, olvidado de que el propietario implacable, eterno de su pátria y de su alma está en San Petersburgo, y es el Czar. ¿Cuánto se tardará, pregunta el periódico, en castigar al rebelde? Esto es verdaderamente asqueroso.

Un sacerdote protestante llega á la segunda capital rusa y pide permiso para predicar un sermon. No hay edificio bastante capaz á contener la muchedumbre que acude á recoger su palabra. Van á la plaza. El sacerdote les habla del Dios protestante, de su providencia, de su gracia eficaz, de la salvacion por el sacrificio, de Cristo en la cima del Calvario, de los demonios de Milton, de los ángeles de Klopstek; y despues de haberle oido, la multitud desfila serena, cada protestante con su Biblia bajo el brazo, y con el Coral de Lutero en los lábios, perdido en los sueños de su vago misticismo, y alentado por las pro-

mesas de la redencion. Pero un cristiano griego de Bohemia se constituye en delator público, y dice que deben ser castigados cura y auditorio, porque en Viena no se consentiria un sermon griego, y en Rusia solo deben hablar sacerdotes ungidos con el óleo ruso. Vista tal demanda de delacion, no extrañareis ahora que se hayan publicado unas memorias sobre la última guerra de Polonia, memorias á cuya cabeza pone el autor su propio nombre, y como una ilustracion á este nombre, el título de espía imperial.

Pero es inútil tanto lujo de despotismo. El ogro que se asienta en el trono de Rusia; ese dueño de cien millones de hombres embrutecidos á sus pies como un ganado; ese pontífice de otros tantos millones de almas á quienes cree negar ó conceder á su arbitrio el cielo; ese conquistador que mientras esclaviza razas célebres del Asia por las orillas del rio Amor, sueña con extenderse hasta las orillas del Bósforo; ese déspota que quiere ser un patriarca como Abraham y es un infame como Sardanápalo; ébrio de sangre polaca, acosado

en su nube de incienso por los remordimientos cqmo un cadáver por los cuervos; podrá tocar con una mano en el Mediterráneo y con otra mano en el polo; podrá extender su corona cesárea como una sangrienta aurora boreal por todo el Norte; podrá calentar sus piés en las entrañas humeantes de pueblos degollados sobre nefastos altares; pero no podrá impedir que los polacos conspiren y se preparen á una nueva revolucion; que los alemanes sueñen con reincorporarse á su antigua pátria; que los montañeses del Cáucaso afilen sus armas en las piedras teñidas con la sangre de sus progenitores; que las sombras de los mártires de Siberia se alcen á imbuir la libertad en los habitantes de Rusia; que los campesinos aprendan á ser libres despues de haber dejado en el terruño sus cadenas; que las varias sectas esparramadas hoy, reclamen mañana la propiedad inviolable de su conciencia y la profesion pública de sus ideas; y no pudiendo impedir todo esto, mantendrá en sorda agitacion á Rusia hasta que llegue el dia verdaderamente deseado de todos, el dia

de la libertad, que será tambien el dia de la justicia.

Volvamos los ojos á Inglaterra, donde se discutia por 1868 el humano principio de la libertad religiosa con motivo de la gran reforma de la supresion completa de la Iglesia anglicana en Irlanda.

Llamaba vivamente la atencion el debate empeñado en la Cámara de los Comunes sobre este tema. La verdad es que no puede continuar este monstruoso consorcio del Estado y la Iglesia sin que el poder se resienta y se resienta el derecho. Obligar á los católicos á pagar una Iglesia protestante es una grande injusticia. En esto, como en todo, la aristocracia inglesa tiene que entrar, tarde ó temprano, en los principios de la democracia moderna. La coaccion de los Estados se ha roto contra la inflexibilidad de la conciencia. La raza europea ha rechazado el islamismo que quisieron imponerle tantos conquistadores. Y la raza árabe admite el yugo civil de los cristianos, aunque con disgusto, pero no les deja llegar hasta el Dios de su espíritu.

¿Por qué la raza anglo-sajona ha de imponer á la raza céltica una religion que esta raza rechaza? Yo creo que en la separacion de la Iglesia y del Estado hay grandes tesoros morales para el mundo. De este gran principio han sacado los Estados-Unidos su fuerza. Méjico, que lo ha promulgado, ha podido salvarse de una horrible conjuracion clerical y de un atroz Imperio extranjero. El principio de la separacion entre la Iglesia y el Estado es sin duda hasta la base de un nuevo derecho internacional de los pueblos; derecho que acelera el pacto federal de los continentes despues del pacto federal de las naciones. Notad cuán impotentes han sido todos los poderes del mundo para matar la variedad religiosa. A pesar de sus esfuerzos esta variedad subsiste.

Yo lo he dicho en otra ocasion. «La unidad religiosa no se ha conseguido todavía en la tierra. Aún los dioses índicos murmuran en las orillas del Ganges, y el carro de Brahama rompe con sus ruedas las cabezas de los devotos; aún se levanta, en los templos de la China, la diosa en cuyas tetas cree la vulgar

preocupacion que se amamanta la naturaleza; aún suena el atambor mágico en las llanuras de Tartaria, y vuelan como murciélagos las brujas que, para ir á Roma, evocaba Atila; aún el negro del interior de África inmola al espíritu de sus padres, cuyos lamentos cree oir en el simoun, víctimas humanas; aún quizá el abisinio deletrea, como un libro sagrado, los geroglíficos que encuentra en las ruinas cubiertas de arena; aún desde la helada Laponia, hasta las selvas de los trópicos, se extienden mil religiones; y en la misma Europa se levantan, por todas partes, las sinagogas, donde los judíos aguardan al Mesías; en las orillas del Guadalquivir y del Rhin, las dos grandes catedrales góticas, que representan en sus agudas agujas la aspiracion de la Edad Media á lo infinito; en el Bósforo, sobre la Santa Sofía de Constantino, la media luna y las inscripciones del Koran; en el Norte los templos monstruosos teñidos de los colores del íris, y coronados con cimborrios dorados que representan el cisma griego; y en Roma, á la vista del panteon de todos los dioses, no

lejos del despedazado anfiteatro, sobre los restos mutilados del paganismo, el templo de todos los católicos, donde Rafael unió, en el ideal de sus Vírgenes, las dos edades de la historia, las dos fases del espíritu, el mundo pagano y el mundo cristiano; donde Miguel Ángel unió, con las piedras milagrosamente alzadas á lo infinito en la cúpula maravillosa, la tierra con el cielo. ¿No podria tratarse una paz religiosa, entre los pueblos del mundo, semejante á la paz de Westfalia, que trataron los pueblos de Europa? Aún cabria esperar que, merced al telégrafo, á la navegacion, al vapor, rotas las murallas de la China, explorado el interior del África, convertidos en instrumentos de trabajo los instrumentos de guerra, asegurada la libertad de los misioneros por los esfuerzos de todas las naciones, respetados los derechos de la conciencia humana, se evangelizara toda la tierra, se cumpliera el ideal sublime de la fraternidad de todas las razas en el seno de un mismo derecho y de todos los espíritus en el seno de un mismo Dios.»

La libertad religiosa seria en otra parte propuesta por algun filósofo, y su triunfo remitido á una revolucion; pero en Inglaterra, donde toda idea se formula en el inmenso espacio concedido á la publicidad por el respeto al derecho individual y adquiere partidarios por la constante práctica de la asociacion, en Inglaterra la reforma de la Iglesia de Irlanda entra vencedora en el Parlamento. Por eso la tribuna inglesa es el primer poder de Europa. Sus altas cimas son las primeras en reflejar los albores de las nuevas ideas. Y no creais que no encuentra obstáculos el pensamiento reformista. A tres votaciones en que la oposicion ha triunfado, la reina ha respondido manteniendo el ministerio. El Parlamento que votaba tales reformas iba á ser disuelto. A pesar de los cortos plazos de que se podia disponer, el nuevo Parlamento se reuniria á fines de Diciembre con arreglo á la última reforma electoral, que tanto extiende el derecho del sufragio. Disraeli creia que esta grande extension del sufragio le seria favorable porque tachaba la reforma propuesta por

sus enemigos de poca práctica, y por consecuencia, contraria al génio de este pueblo y al carácter de su política; y creia posible renovar contra ella los ódios protestantes, no bien apagados todavía. Últimamente la corporacion de los sastres le habia dado un banquete. El jefe de esta orgullosa aristocracia no se desdeñaba de presidir reuniones de artesanos, porque sabia bien que la primera virtud de Inglaterra era su trabajo. Para comprender toda la fuerza de estas asociaciones habia que ver en Lóndres sus palacios parecidos á palacios de reyes. Por eso todo un presidente del Consejo hablaba á los sastres de su política, de su línea de conducta, de su pensamiento, como pudiera hablar á una reunion de diplomáticos. En los pueblos acostumbrados de antiguo á la servidumbre, se llega á creer incompatible la política con el trabajo. Zapatero á tus zapatos, se suele decir entre nosotros cuando un artesano eleva su inteligencia y su alma hasta confundirla con el alma y la inteligencia de la humanidad ó de la pátria. Los asuntos de Inglaterra son

suntos de cada uno de sus hijos. Las verdaderas elecciones se verifican en las magnas juntas preparatorias para designar los candidatos, puesto que luego el escrutinio es pura fórmula; y en tales juntas todo el mundo toma parte, hasta los extranjeros que pueden hallarse de esta suerte revestidos por un momento de la envidiable dignidad de ciudadanos ingleses. Pues bien: Disraeli habló de la reforma pintándola con sombríos colores; dijo que puede romper en mil pedazos el cetro de la reina y el poder británico; que no es un pensamiento liberal, sino un pensamiento demagógico. A pesar de estas excomuniones, yo fiaba en el buen sentido del pueblo inglés; yo creia y pensaba que triunfaria inevitablemente la reforma.

El clero protestante ponia inmensos obstáculos. Esa tierra de la libertad, tiene tambien que luchar con su clero. Entrad en uno de los edificios más sagrados del mundo, en las Cámaras inglesas; investigad los elementos mayores de resistencia á todo progreso, y los encontrareis en su alta Igle-

sia, en la oligarquía eclesiástica, en los Obispos. Ellos se opusieron á la reforma electoral, ellos á la emancipacion de los católicos; ellos se oponen ahora al grande acto de justicia meditado y propuesto por los liberales á la reforma de la Iglesia de Irlanda.

La arquitectura tiene misteriosas combinaciones que harán de ella siempre un símbolo magnífico, la expresion de una época. Cuando se entra en San Pablo de Lóndres, lo primero que hiere la atencion de todo observador, es que, empezada y concluida esta Iglesia en tiempos del protestantismo, tiene la disposicion de capillas propia de las Iglesias Católicas. Cualquiera diria que San Pablo ha sido como la abadía de Westminster, alguna vez, de la religion romana. ¿Qué hacen allí aquellas capillas laterales destinadas en la liturgia católica al culto de los santos? El secreto de esta inconsecuencia lo sabe la historia. El Duque de York, más tarde Jacobo I, no renunciaba á la idea de restaurar el catolicismo en la Gran-Bretaña; y la catedral protestante obedeció á este pensamiento político

y reprodujo la construccion simbólica de las Iglesias del continente. El arquitecto lloró cuando le impusieron esta heregía; pero la iglesia protestante queda ahí con el sello católico en cada una de sus piedras. Es el símbolo de la iglesia anglicana, ortodoxa, amiga de las grandes riquezas, dada á las exterioridades del culto, con sus obispos vestidos de lucientes casullas, su clero fraccionado en gerarquías feudales, su intolerancia semejante á la intolerancia pontificia; separado de Roma más que por cuestiones de dogma, por rivalidades de raza.

Pero admiremos una y mil veces al pueblo inglés, ó mejor dicho, admiremos una y mil veces el poder de la libertad en el mundo. Toda nacion que se habitúa á la libertad, se transfigura. Por eso predije en todo tiempo una transfiguracion maravillosa á las Repúblicas americanas, que, á despecho de la educacion colonial, y del medio histórico donde han vivido, aciertan á conservar con grande firmeza, disputándosela palmo á palmo á todos los elementos conjurados en su daño, la

santa libertad y la adhesion tenaz, invencible á los principios democráticos. Pues bien, decia que todo pueblo se transfigura en la libertad. Notaba la transfiguracion del pueblo inglés, uno de los más apegados á sus tradiciones; uno de los más avenidos con sus hábitos y costumbres seculares. La abolicion de la iglesia protestante de Irlanda es popular en la protestante Inglaterra. Este progreso de las costumbres ¡oh! es uno de los milagros mayores de la libertad.

Aun quedan gentes intolerantísimas, porque las sombras de las ideas viejas no se disipan rápidamente. Por el mes de Junio de 1868 hablaba Brigth, el orador radical, de esta reforma, que es religiosa porque se refiere á la conciencia, y social tambien porque se refiere á la propiedad. Y decia lo que solamente los ciegos pueden desconocer, decia que la reforma relativa á la iglesia de Irlanda es uno de los títulos de gloria con que nuestro siglo se presentará á lo porvenir. Y al mismo tiempo que estas justísimas palabras despertaban caloroso entusiasmo en su auditorio, no lejos

de allí, los intolerantes, los enemigos de todo progreso, quemaban la efigie del grande orador, como Enrique VIII y Calvino quemaban en nombre de la libertad de conciencia á los que adoraban al Dios de su conciencia.

En Bandbridge, cerca de Belfast, se presentaron tres oradores católicos á catequizar en nombre del derecho sagrado que todo hombre tiene en Inglaterra á expresar libre y públicamente sus ideas políticas y religiosas. La irritacion que las discusiones sobre la Iglesia de Irlanda ha producido, se conserva tan viva, que los intolerantes persiguieron á los católicos y atacaron á mano armada sus capillas. Fué necesario usar de la fuerza pública para impedir un desastre. Nada más natural. La libertad es siempre tempestuosa. Una de sus mayores ventajas, la mayor, está en la posibilidad que dá á todas las ideas y á todos los sentimientos de manifestarse, impidiendo esa oscura aglomeracion de dolores ocultos, de aspiraciones silenciosas que suelen estallar al pié de los poderes tiránicos en pavorosas catástrofes.

Así los actos de intolerancia pasan en el libre pueblo inglés. Son los fuegos fátuos que corren por el inmenso hosario de las ideas muertas. La verdad es que, á pesar de la oposicion personal de la Reina, á pesar de la liga de todos los intolerantes, á pesar de los manejos del alto clero anglicano herido hoy en sus antiguos privilegios y amenazado para mañana; en la Cámara de los Comunes, esa representacion única de las ideas de Inglaterra; en la prensa británica, ese faro de luz eterna levantado sobre el escollo donde la libertad de pensar hoy se refugia; en las grandes reuniones que agitan todos los problemas y se renuevan al choque de la contradiccion moral todas las conciencias; en el ánimo del pueblo, asilo en que los penates de otros tiempos conservan su último altar y aspiran su último incienso; la abolicion de la Iglesia protestante es una causa ya definitivamente ganada para honra de este pueblo y para honra todavía mayor de la libertad.

En los horizontes del tiempo no nos hallamos hoy lejos de 1780. Aún no se ha cumpli-

do un siglo. Y en los horizontes morales ¡cuán lejos, casi hemos recorrido lo infinito! En 1780 Lord Gordon protesta contra ciertas ligeras concesiones á los católicos, y el pueblo le secunda en su senil intolerancia. Las casas de Lóndres aparecen llenas de rótulos con este grito de muerte «abajo el papismo.» Los habitantes se ciñen el cintillo azul, signo de guerra y de matanza. Las prisiones se abren al tumulto y se une la hez de la sociedad á la hez del populacho como dos rios de inmundicia. Son destruidos los juzgados de paz y quemadas las Iglesias de los católicos; destrozados á pedradas todos los reverberos como si aquellos hijos de las sombras amotinados contra los principios humanitarios de tolerancia, temiesen á un tiempo la luz material y la luz moral. Los barrios estallan en muchedumbres informes de saqueadores y asesinos que parecen evocados del seno de una sociedad desconocida. El incendio aumenta los horrores de la rebelion, y el estampido de las descargas mezclado á las voces de rabia, de ira y de terror, forma la más sinies-

tra de las tempestades. Caen criaturas humanas á centenares sobre arroyos de sangre y entre círculos de fuego como las piedras de muros destrozados. Los depósitos inmensos de licores arden y forman como un rio del infierno. Arrójanse las muchedumbres á beber y se abrasan retorciéndose entre dolores infinitos, metidas en el ardiente baño. Aquello fué una orgía infernal, una degollacion en el seno de un incendio, como si la sociedad se desquiciara, teniendo en sus cimientos un terremoto infinito y en su cima las bocas de cien volcanes.

Pues bien, contemplad cómo han cambiado los tiempos. Hoy esa misma ciudad aclama á los que piden la abolicion de su Iglesia en Irlanda, y el reconocimiento del derecho que tienen sus enemigos eternos, los católicos, á no pagar el culto protestante. Hoy esa misma ciudad está impaciente porque no cae un ministerio, cuyo mayor empeño es defender la religion de Lóndres. Hoy se grita contra el papismo, y una carcajada universal responde á ese grito de muerte. El

gobierno se resiste, hasta tocar en los límites de lo inconstitucional. A pesar de la formidable mayoría que el bill de reforma eclesiástica ha tenido, se mantiene de pié Disraeli, desafiando la tempestad. Nuevas elecciones vendrán, y recibirá el poder reaccionario, que hoy domina en la Gran-Bretaña, un golpe mortal.

En la noche del 8 de Junio de 1868 reveló bien el Canciller del Echiquier, respondiendo á una interpelacion de Mr. Childers, cuáles eran los proyectos del gobierno. Proponíase pedir que los subsidios se votaran hasta fin de año, puesto que el nuevo Parlamento no podria reunirse sino para la pascua de Navidad. Con tal motivo, añadió estas amargas palabras: «Nuestro mayor deseo como gobierno, es salir por un llamamiento al país de la posicion verdaderamente intolerable en que nos encontramos.» Tenia razon; para los representantes del pueblo intolerable como forzados á sostener un gobierno que no representaba su voluntad soberana.

Todo el mundo creia en la Gran-Bretaña

al gobierno tory transitorio. Gladstone, que tantas muestras de elevadísimo criterio y de poderosa elocuencia ha dado; que desde las alturas del poder, montañas cuyas cimas están hácia abajo, hácia las sombras, ha visto los horizontes luminosos del porvenir; Gladstone, que reune á la constancia y al sentido práctico de los sajones el amor á lo ideal de los latinos; Gladstone era el repúblico llamado á fundar un gobierno capaz de corresponder á los sentimientos de progreso cada dia más arraigados en su grandiosa pátria.

El problema sin duda más difícil que habia de resolverse era el de contar ó no contar con los radicales, que tan poderoso auxilio en esta solemne ocasion le habian prestado. Quizá su número no fuera considerable, pero es considerable su fuerza moral, la fuerza de sus ideas. El inconveniente que tendria para Gladstone, la asociacion por ejemplo, de Brigth, seria que este no puede ascender al gobierno sin suscitar la reforma electoral, y no puede suscitar la reforma electoral sin proponer el voto para todos los ciudadanos.

La Inglaterra meditará mucho esta reforma; pero la aceptará al cabo. No hay cuestion política alguna que suscite las tempestuosas pasiones de una cuestion religiosa; santuario donde el pueblo halla consuelo á sus dolores y alimento á sus esperanzas. Y sin embargo, los liberales han podido abordar esa cuestion y vencer. ¿Por qué no habian de vencer en la cuestion ménos candente del sufragio universal?

Cuán distinto es el método inglés de nuestro método político. En Francia, en España para ahogar una insurreccion como la insurreccion feniana, se apela á persecuciones horribles contra todas las libertades, mientras se apela en Inglaterra á un ensanche, á un progreso de estas dobles garantías de la paz y de la dignidad de los pueblos. Allí se presenta cada reformador como un criminal por las conjuraciones del poder contra la verdad; y aquí se levanta al pueblo, su tarda conciencia, hasta el Thabor, donde las inteligencias superiores se transfiguran, y se le hace ver en los reformadores sus profetas y sus hé-

roes. Este sublime desinterés de un pueblo tan esencialmente positivista, será el asombro de la historia, y será tambien la vergüenza de aquellos pueblos católicos, hijos de la inquisicion, que convirtiendo el Evangelio en Korán, y la Iglesia en fortaleza militar, nieguen á los disidentes del catolicismo el derecho que Inglaterra, cuya gloria desde el siglo décimo-sexto se halla unida al protestantismo, concede, no generosa, justamente á los católicos.

Y no se crea que el espíritu de resistencia deja de existir en esta sociedad forjada en el bronce de la historia; existe poderoso, vigorosísimo, tanto más fuerte, cuanto más se encierra en las leyes. Quizá no hay en el mundo un poder más tenaz en su resistencia al progreso que la Cámara de los Lores. En 1804, cuando la abolicion de la infame trata de negros, habia sido votada por los Comunes, se vió ir á votar á la Cámara de los Lores contra esta santa reforma, á cuatro indivíduos de la familia reinante. Setenta y cinco años resistió la alta Cámara al bill que abolia

la pena de muerte para los delitos de robo de menor cuantía. Inmensa oposicion hizo á la ley de cereales, á la reforma electoral, y al bill que emancipaba los católicos, dictado á la conciencia de Inglaterra por la voz tempestuosa de O'Connell, ese tribuno sublime de una raza oprimida, y de una religion proscrita.

Pero todo el mundo sabe que esta resistencia no llega hasta la negacion absoluta y por eso no llegan nunca las reformas en su fuerza impulsiva hasta la absoluta desesperacion de las revoluciones. En 1868 se apela á los medios de siempre. Los privilegiados, los poderosos lores, los obispos, la Iglesia anglicana, la aristocracia más rica de toda Europa, recurren contra Gladstone á las eternas calumnias que oponen todas las reacciones á todos los progresos: le dicen católico, papista, defensor de los jesuitas, enemigo jurado de la grandeza de su pátria, sacristan de Roma, teniente de Antonelli; ignorando sin duda que el liberalismo en sus amplias formas políticas se eleva sobre las disidencias de los cultos, sobre la oposicion de las religiones, y lo abra-

za todo, lo consagra todo, con respeto escrupuloso á la conciencia individual, en fórmulas de derecho inspiradas por las ideas de justicia.

Yo participo en mi oscuridad y en mi destierro de ese mismo desinterés. Yo me elevo sobre todas las heridas abiertas en mi alma á las altísimas regiones de la eterna justicia. Yo defiendo el derecho de los que han negado mi derecho. Yo aplaudo la emancipacion de los que han tiranizado mi conciencia, y en nombre de su religion, me han arrebatado la propiedad de mi pensamiento y el hogar sagrado de la pátria, arrancándome hasta la esperanza de mezclar en la tierra natal mis huesos con los huesos de mis padres. Pero antes que todo está la justicia, y bendigo el que sus rayos vivificadores caigan sobre la frente petrificada de mis verdugos. Emancipacion universal, libertad de todos, justicia para todos, respeto á la conciencia de los católicos y de los prostestantes; inviolabilidad del pensamiento humano. Este es nuestro dogma, y lo acatamos en todas partes, y lo queremos para todos los hombres, trabajan-

do en la medida de nuestras fuerzas por aquellos mismos que nos persiguen y nos calumnián. Honor, pues, á los liberales ingleses. Y como cada dia las diferencias de nacionalidad, y las oposiciones de razas se van perdiendo barridas por las nubes del vapor, y las chispas del telégrafo, honor á la humanidad. Yo no creo, yo no puedo creer que la libertad sea el patrimonio exclusivo de la raza germánica. Si tal creyera, le aconsejaria á mi propia raza el suicidio en toda la extension de la tierra, aunque hubiera de perecer yo el primero en la universal catástrofe. Nosotros realizaremos tambien la libertad.

Hay otro pueblo en Europa para el cual guardaré siempre mi admiracion y mi culto. Las tierras de Francia tienen la brillante uniformidad del Cesarismo. Pero así que nos volvemos á Suiza, así que penetramos por los primeros estribos de los Alpes, el terreno cambia en una variedad prodigiosa; en montañas, sobre cuyas cimas se alzan las ruinas de un castillo feudal poblado hoy de águilas; en valles, por cuyo fondo corren impetuosamen-

te los rios, y á cuyas laderas se suspenden, á guisa de blancos nidos, las aldeas. ¡Ginebra, cuna ilustre de la conciencia de los pueblos libres, yo te saludo!

Mil veces he descrito á Ginebra, y por lo mismo excuso repetir sus magnificencias; las luminosas aguas del Ródano que saltan á borbotones engalanándose de espumas tendidas sobre su corriente como blancas nubes sobre un cielo azul; la limpidez del lago, cuyo color desafía en trasparencia al color del golfo de Nápoles ó de Bayas; la belleza de la ciudad coronada en sus cimas con las torres austeras de la catedral calvinista y ceñida en sus barrios bajos de una larga série de joyerías que forman como una greca de oro y de diamantes; las colinas cubiertas de praderas y sombreadas de árboles que ocultan entre el follaje blancas quintas; las dos cadenas de montañas, el Jura al ocaso, el Mont-Blanc al Oriente, que os darian ideas trágicas, de desolacion, con sus picos, ora desnudos, ora cubiertos de nieve, si la casita triangular suiza coronada de yedra, la pacífica vaca con sus

tetas cargadas de leche, la esquila del ganado que se apacienta sin necesidad de pastores, no os anunciáran que os hallais en una de las más tranquilas regiones de la tierra, y en medio de uno de los más bellos idilios que puede componer con su poesía la naturaleza.

En este pequeño territorio, ¡cuántas enseñanzas políticas! Parece que la naturaleza y la historia lo han trazado para escuela de los pueblos, para ejemplo de la humanidad. En un lado Saboya, educada por la córte de Roma, y en otro lado Ginebra educada por la Reforma; Saboya atraida al despotismo español por ese cometa sangriento que perturbó los pueblos, y que se llamó Cárlos V; Ginebra atraida á la libertad suiza por los cantones que engendraron á Guillermo Tell y le infundieron el alma de los Alpes: Saboya entregada, como un feudo inmóvil, como una propiedad señorial, á la monarquía; Ginebra, bogando como una misteriosa nave, en las ondas alteradas, pero vivificantes de la República: Saboya poblada de capuchinos, de jesuitas que sólo fundan conventos; Ginebra

poblada de libre-pensadores, de filósofos que sólo fundan escuelas: Saboya, convocada por sus Duques á la guerra y sembrando de huesos de sus hijos el Norte de Italia; Ginebra, convocada por sus magistrados al trabajo, y llenando el órbe con la prodigiosa mecánica de sus relojes que miden el tiempo: Saboya, engendrando el profeta de la reaccion católica, el ceñudo conde de Maistre, que no encuentra salud para el mundo sino en las plagas de la guerra y en la rehabilitacion del verdugo; Ginebra, engendrando á Rousseau, el profeta de la revolucion que enseña á los pueblos á rehacer el pacto social y á fundar las bases de la democracia; Saboya, triste, pobre, leprosa, encadenada, sin una gloria que recordar, sin un nombre que oponer á su vecina, sin artes, sin ciencias; y Ginebra, alegre, rica, limpia, libre, con una legion de pensadores que honran el linaje humano, con otra legion de sábios que han estudiado hasta las entrañas de su hermoso suelo, con artistas que han reproducido en obras inmortales su naturaleza y

su historia, las gradaciones de su alma; Saboya, cayendo en el Imperio francés, en una ergástula donde ha ido á aumentar el número de los esclavos; y Ginebra, entrando en la confederacion suiza como un estado más de esta tierra de la libertad, como un planeta luminoso más que se engarza en este cielo moral de nuestra Europa; Saboya, castigada así porque fué un esbirro de la reaccion europea; y Ginebra, fortalecida, salvada así, porque fué un soldado de la libertad universal; espectáculo maravilloso, cuadro deslumbrador que nos obliga á prorumpir en un himno al progreso y á reconocer la suprema justicia que dirige é ilumina la historia.

Yo nunca me canso de contemplar esta ciudad. ¡Cuántas veces me he oido llamar soñador! ¡Es soñar querer el bien, pedir la libertad! Pues mirad si soy poco ambicioso, si soy poco idealista: aquí está mi utopia. Le faltan algunos complementos, la separacion de la Iglesia y el Estado, por ejemplo; pero no importa: aquí está realizada mi idealidad, aquí está practicado mi sueño. Yo bajo de la

estacion y nadie me registra mi equipaje. Vóime á mi posada y nadie me pregunta mi nombre. Si me da la idea de fundar un periódico, trato con un impresor y lanzo el periódico á la calle, sin censura, sin depósito, sin timbre. Se publican hasta periódicos en ruso. Si me da la idea de fundar una enseñanza, una escuela, de profesar una ciencia, no temais que me pidan mi título, ni que me pregunten mi doctrina. Si quiero establecer una asociacion, la establezco. Las hay de todas clases que tienen congresos donde se discuten todos los problemas. ¿Soy católico? Ahí está el templo gótico de la Vírgen donde se practica la sumision á la autoridad de Roma. ¿Soy luterano? A dos pasos tengo la Iglesia anglicana. ¿Soy judío? Más allá alza su rotonda oriental la Sinagoga. ¿Soy calvinista? La catedral me ofrece sus sermones, sus salmos cantados por todos los creyentes al son maravilloso del órgano. ¿Soy de la religion griega? La Iglesia rusa levanta sobre una colina sus ocho cúpulas doradas bajo las cuales un sacerdote vestido con vistosos ornamentos

agita dos incensarios de oro en presencia de una triste y severa Vírgen bizantina. ¿Me cansan las religiones positivas? Pues ahí tengo el templo masónico invitándome á celebrar el Arquitecto del Universo. ¿No tengo ninguna religion? A nadie le importa, ni esto me quita ningun derecho civil ó político. En un libro impreso en sus infinitas librerías ó en un sermon pronunciado al aire libre, puedo decir cuanto piense. Los escaparates se hallan atestados de obras prohibidas en Francia. Veo entre otras: «Jesucristo reducido á su verdadero mérito» por Miron. Los trabajos públicos son de una magnificencia extraordinaria. Sus puentes y sus muelles rivalizan con los de París. Los caminos serpentean hasta las cimas de las montañas. El alcalde de Carouge invita al pueblo á celebrar con himnos á la libertad la inauguracion de nuevas fuentes. El Consejo de Estado convoca á todos los ciudadanos mayores de edad á sancionar una ley constitucional que es un paso más dado en el camino de igualar todos los cultos, de reconocer sus derechos inviolables á todas las

[redacted]

conciencias. Y para que todos voten, para que todos hablen, para que todos escriban, para que todos gobiernen, ni un soldado hay sobre las armas. ¡Oh, santa libertad!

Decimos que las formas de gobierno son de todo punto indiferentes, que la libertad así puede existir bajo una monarquía como bajo una República. Pues los progresos incomprensibles de estas Repúblicas, cercados por monarquías militares y sin ejército; junto á pueblos en el polvo y de pié; serenas, cuando toda Europa tiembla; orgullosas de haber reunido en una asociacion perfecta la libertad y la igualdad; los progresos de estas repúblicas se deben exclusivamente al privilegio de haber podido salvarse de la monarquía. Ginebra era tan aristocrática, tan feudal como Saboya. Ginebra era en su austero protestantismo tan fanática como España en su catolicismo. Uno de los más gloriosos españoles, metafísico que ilustró el siglo décimo-sexto, fisiólogo que precedió al ilustre Harvey en el descubrimiento de la circulacion de la sangre, Servet, fué encerrado en estos calabozos que no co-

nocen ya reos de pensamiento, y tostado en estas plazas donde hoy se confunden todos los cultos y se oyen todas las ideas. Si Ginebra hubiera sido una monarquía, el monarca la enseñara á conservar la aristocracia feudal para rodear el trono, y el exclusivismo protestante para mantener la obediencia. Pero fué una República y la libertad ha entrado, se ha extendido por los dilatados espacios de esta gran forma de gobierno.

La República ha roto la intolerancia de los teólogos calvinistas; la República ha convertido el átomo de tierra en planeta; la República ha conseguido que esta ciudad pequeña, este diminuto estado casi imperceptible tenga un soberano influjo en la vida moderna, en la civilizacion europea. No hablemos de los tiempos de la Reforma. No recordemos que Ginebra ha impuesto la moral nacida en sus muros á los cincuenta millones de ciudadanos, más libres, más dignos, más poderosos, más trabajadores que hay esparcidos por la tierra. Recordemos, alejados de todas las sectas religiosas, como indivíduos de la humanidad,

como filósofos de la historia, los servicios prestados por Ginebra á las ciencias; recordemos que bajo las anchas alas de su libertad, nacieron ó se criaron, Abraham Trembley, cuyos descubrimientos ilustraron en tan alto grado la zoólogia; Abauzit, que presintió la ciencia geológica, ese Génesis, razonado de nuestro globo; Bonnet, el divino, el místico, el sublime que encontró en su Palingennesia los anillos intermediarios por los cuales se eleva la naturaleza orgánica en una escala misteriosa, en una armonía creciente desde el pólipo hasta el cerebro humano; Huber, el ciego, que sostenido por su mujer é iluminado por el amor describió el mundo de las abejas con estilo empapado en virgiliana poesía; Saussure, que escaló como un Titán los Alpes, estudió sus eternas nieves, clasificó su flora maravillosa, los reveló en su grandeza al mundo; De Candolle, que sistematizó la Botánica y refirió las plantas y los organismos á sus tipos, dándoles así las leyes generales científicas; Rousseau, que dió á la revolucion en las entrañas mismas del porvenir el bau-

tismo ginebrino; Burlamachi, que enseñó el derecho natural á los ingleses; Neker, el hombre más popular en tiempo de Francia, el rival de Turgot, el doctrinario que sostuvo con su poderosa mano un momento la monarquía al borde del abismo; Madame de Stael, que renovó con su aliento de libertad la literatura; Sismondi, uno de los fundadores de la escuela histórica moderna; todos, gloriosos hijos de la forma republicana, y todos luciendo en la ancha frente el beso de su austera madre.

Y no creais que se limita á Ginebra esta fecundidad maravillosa; se extiende por toda la República. Las instituciones se perfeccionan cada dia. Berna propone al pueblo entero, al pueblo reunido en asamblea, al pueblo que en otras naciones sólo debe sufrir y pagar; Berna propone al pueblo la amortizacion de una gran parte de su deuda. Zurich trata de resolver el problema del gobierno directo, de la legislacion directa, suprimiendo las delegaciones y las asambleas. Para comenzar esta admirable obra social desarma al verdugo, y

el cadalso no se levantará en frente de esos Alpes inmaculados que destilan desde sus urnas de nieve en grandes y fecundantes rios los manantiales de la vida por todo el centro de Europa. Dejadme respirar este aire; dejadme tomar la sombra de estos árboles de la libertad; dejadme saludar esta pura democracia. Ya que tan tristemente estoy condenado á contaros las argucias de la diplomacia, los crímenes de los reyes, los horrores de la guerra que nos amenaza; las tristezas de los pueblos esclavos, tendidos en las sombras, odiando y sirviendo á sus amos; permitidme que me detenga un momento, aquí, en plena libertad, dueño de todos los atributos de mi alma y de todos los derechos de mi sér, á contemplar una sociedad sin reyes y sin aristocracia; una sociedad donde todos los que la componen, gozan de las mismas libertades y le prestan la actividad de su vida y de su pensamiento; donde todo hombre es soberano, juez, legislador, sacerdote; donde la prensa es libre y no se mancha con la calumnia ni la impostura; la asociacion es libre y no piensa en conju-

raciones ni en asonadas; el trabajo es libre y no se extravía en la utopia; el gobierno nace de todos y no distingue con privilegios ni oprime con su peso á ninguno; la conciencia es libre y brilla como un santuario resplandeciente lleno de espíritu de Dios. Si la libertad es un sueño y otro sueño la igualdad para gran parte de los hombres, la Providencia ha querido que estos sueños se realicen aquí, á fin de consolar, de fortalecer las almas que han hecho de esos sueños divinos la fé de la conciencia, y han puesto en su realizacion sobre la tierra el fin casi exclusivo de su vida.

Fuerza volver á las grandes naciones los ojos si hemos de reseñar el movimiento político europeo en aquel año de 1868. No dejaba esta libre Ginebra de mostrarnos alguno de esos personajes, cuyo nombre embarga la atencion de la diplomacia universal. Por fines de Agosto Europa entera se conmovió con la noticia telegráfica de que el Príncipe Napoleon habia arribado á Homburgo, aunque en perfecto incógnito. No puedo decir á ciencia cierta cuántos céntimos bajó la Bolsa; pero sí

puedo decir que bajó. Los artículos escritos en toda la prensa, fueron innumerables sobre la súbita aparicion de este embajador misterioso en plena Alemania del Norte. Los cálculos, los comentarios, los recelos de unos, los temores de otros debian resultar infinitos. Aunque la experiencia hubiera mostrado la manía política de los viajes del príncipe, fastidiado del secundario papel á que su posicion le obligaba, y por lo mismo decidido á pasear su fastidio por toda Europa, especie de Child-Harold de la monarquía, los bolsistas, los negociantes no hacian grande caso de la experiencia, y seguian creyendo esos viajes tan funestos y tan preñados de males como cree el vulgo de las gentes los viajes de los cometas.

Hallábame yo sentado á la puerta de un café contemplando las montañas y el lago. Ginebra tiene aún la severidad, la austeridad calvinista. A pesar de la afluencia inmensa de extranjeros, hay pocos espectáculos, y malos. Voltaire no logró convertirla á los bailes, á las fiestas, á los placeres. El discurso de Rousseau sobre los espectáculos, todavía

es el código moral de esta poblacion enérgica. El único grande, inmenso que hay es el espectáculo de la naturaleza. Ese contemplaba yo saboreando una taza de café en el sitio mismo donde las aguas del Ródano, de una trasparencia aeriforme, abandonan el lago para lanzarse impetuosamente al Mediterráneo á través del Mediodía de Francia. Por no perder mis costumbres parisienses, ya que el hado me condenaba á vivir en la gran Babilonia, ojeaba el periódico de las murmuraciones y los chismecillos. He nombrado *el Figaro*. Y en él saboreaba al par del café los renglones siguientes: «En medio de este ma»rasmo sólo hay un personaje que se agita, »el príncipe Napoleon. Siempre está de viaje. »Hoy me dicen, se va, mañana ha vuelto, pa»sado mañana se ha ido otra vez, y ha vuelto »á venir, y se ha partido y repartido, y vuel»to y revuelto. No viene sino para irse; y no »se va sino para volver. Desastrosa concur»rencia para el Judío errante. Diríase que un »Dios irritado persigue al príncipe, gritándo»le: Anda, correá ver la exposicion del Havre,

»inaugura los caminos de hierro, visita los »acuarios. En ciertos momentos cree uno oir »la voz ahogada, desfallecida del príncipe que »exclama: Señor, estoy en Rouen, diez minu- »tos de parada. Dios, irritado, continúa man- »dando, y el príncipe siguiendo en el wa- »gon... Los periódicos extranjeros lo presen- »tan como un diplomático audaz. No puede »moverse sin conmover á Europa. No renun- »ciamos á leer sueltos como el siguiente: «Ayer, como hiciera mucho sol, calóse el »príncipe un Panamá. Tal audacia pronostica »nuevas complicaciones.»

En estos renglones andaba yo cuando se para de pronto un coche de alquiler, un simon que diríamos en nuestro lejano Madrid, á la puerta del café. Un caballero, vestido de negro, con largos bigotes rubios, faz y ojos alemanes, aire misterioso, baja del coche, y se detiene á la portezuela como diciendo: aquí traigo un gran secreto. Detras de él baja otro con un pantalon blanco muy súcio, un gabancillo de lana color de tierra, un sombrero de fieltro color de chocolate; alto de es-

tatura, suelto de maneras, ligero, á pesar de una crasitud que va rayando en obesidad; de sonrisa un tanto contraida por el desengaño, y de mirada burlona. Era el príncipe Napoleon. El descuido de su traje, lo pobre de su coche, no le sirven de disfraz. Todos los ginebrinos le conocen; ninguno le mira. Estos republicanos tienen á orgullo despreciar los potentados que todo el mundo aprecia. No han nacido como los pueblos monárquicos, ni para gentiles-hombres, ni para lacayos. El príncipe parece fatigado. Su rostro tiene todavía el reflejo de sus últimos viajes. Los rayos del sol de Oriente y las brisas del mar lo han bruñido. Se parece mucho á Napoleon: el mismo corte en la fisonomía, la misma cara pelada, la misma frente ancha, los mismos ojos inquietos, la misma nariz, todas sus facciones. Pero sea por la superioridad del génio, sea por el peso de los pensamientos, sea porque el tiempo reviste ya con resplandores legendarios la figura de Napoleon, lo cierto es que hay á mis ojos tanta diferencia entre el busto del Emperador y el busto

de su descendiente como entre la maravillosa cabeza que Cánova trazara en mármol digno del antiguo Paros, y la tosca estampa iluminada que pende en el hogar de las cabañas, todavía fieles al fundador del Imperio. Cuando concluyó su refresco, el príncipe se volvió á su coche; no sin que el cochero, entretenido en tomar un vaso de cerveza, le hiciera esperar largo rato discutiendo con los mozos del café y guiñando el ojo á los paseantes de las aceras, como para decirles con socarronería: miren que carga me ha tocado en suerte. El mundo podia, pues, reposar tranquilo. El príncipe Napoleon ya no iba ni á Oriente, ni á Viena, ni á Hungría, ni á Prusia; el príncipe Napoleon reposaba en tierra republicana, en estas hermosas orillas fatales á los reyes, á la vista de estos Alpes donde pronto debia celebrar la democracia herida, engañada, vendida por los Bonapartes, uno de los Concilios de la libertad que necesariamente ha de arrojar muchas nubes sobre muchas coronas.

Mientras el príncipe Napoleon se paseaba por la libre tierra de Suiza, el Emperador

Napoleon se paseaba por el campamento de Chalons. Ahí teneis la imágen fiel, fidelísima del Imperio. Los periódicos son argumentadores sometidos á una ley severa que no pueden traspasar sin caer en prision ó en ruina. Cuando alguno se atreve á mayores como *La Linterna,* desaparece cazado al vuelo por la policía y cocido por la magistratura. El Cuerpo Legislativo es una legion de cortesanos como las asambleas del antiguo Imperio de los Césares. En cuanto al Senado napoleónico, no pasa de ser un mudo salon de Inválidos, donde St-Beuve hace siempre de racionalista y de liberal como en las compañías de cómicos de la legua hace uno mismo siempre de traidor. La fuerza del Imperio, su núcleo, el representante de su energía, el áncora de su salvacion, era el ejército. El campamento era su prensa, su opinion, su aristocracia, su senado, su cuerpo legislativo, su sufragio universal, sus principios de 1789, su diplomacia, su nervio; su pasado, porque de ahí salió la noche del dos de Diciembre; su presente, porque esas bayonetas son el trono y

la corona de la dinastía; su porvenir, porque esos fusiles que se cargan con maravillosa rapidez por la culata y esparcen con su granizada de plomo derretido la muerte, van á permitirle una vez más ahuyentar la libertad, encubriéndola entre nubes de humo y nubes de gloria.

Varios dias pasó el Emperador en el campamento. Las cenas menudearon, las visitas á los grandes hospitales tambien, las maniobras audaces, los ensayos atrevidos de nuevas máquinas de matanza, todo lo que puede sostener, alentar, sonreir al ejército, á las legiones de la destruccion, al génio del odio que bate sus negras alas sobre Europa, impidiendo el progreso del trabajo, retardando la hora de la fraternidad. *El Times* anuncia que las balas del fusil Chassepot abren, al salir del cuerpo, atravesado, un boquete tan grande como la copa de un sombrero, y propone que se prohiba su uso por el congreso reunido para tratar de las balas explosibles. Los artilleros se hacen lenguas de los prodigiosos efectos del cañon-abani-

co, que, merced á una mecánica misteriosa, multiplica su boca en cien bocas, de cada una de las cuales sale una lluvia espesa de hierro candente y plomo derretido cayendo con tanta furia á largas distancias como los rios de lava lanzados por el Vesubio y por el Etna. Si hemos de creer todos los encarecimientos hechos de estas máquinas, la Europa camina al suicidio. Dos ejércitos en batalla se matarán en unos cuantos minutos. Cada guerra será un huracan de fuego. El laboratorio inmenso de la naturaleza no habrá producido jamás, con todas sus plagas, con todas sus calamidades, una destruccion tan activa y tan implácable como la que prepara este débil organismo, esta sombra de un dia, que se llama hombre, no contento con la muerte encerrada en su mezquino sér.

Cuando al son de los clarines, al redoblar de los tambores, en el embriagador espectáculo de un simulacro, tomadas un poco de aguardiente, ennegrecidas bastante por el humo, cubiertas con el sudor del ejercicio, y el polvo del campamento; precedidas por la

bandera tricolor, las águilas doradas, y las músicas esparciendo acentos de guerra y de entusiasmo; pasaban las legiones por delante del César, que les sonreia desde su caballo de guerra; un grito unánime, atronador, encerraba estas fatídicas palabras: al Rhin, al Rhin. No de otra suerte en aquellos dias fatídicos del Imperio Romano que acabaron con el antiguo mundo, allá por los desfiladeros de los Alpes que avecinan á Oriente, las legiones de Pannonia, deseosas de oro y de pláceres, fáciles en la embriaguez de la guerra, tomaban en hombros á Vitelio, y le paseaban, agitando en una mano la espada del combate y en la otra la copa del festin, y diciéndole con grandes clamores: al Tiber, al Tiber. Diez y nueve siglos de cristianismo, tres siglos de libre pensamiento, siglo y medio de revoluciones formidables, los inventos maravillosos de la industria, ciñendo con sus hilos eléctricos la tierra y los mares, para dar á la palabra humana la celeridad de la luz; todo este poema del espíritu humano da por resultado que los pretorianos jueguen sobre un manto de púr-

pura á los dados la suerte de esta generacion, la vida de los pueblos. Al ver eso debíamos avergonzarnos de ser hombres. Diz que ora fuese por el calor, ora por la agitacion del ejercicio, ora por las emociones del dia, al concluirse la revista y entrar en su tienda, el Emperador se desmayó. Yo creo que debió ver la boca del abismo á donde nos arrastra la dictadura militar y sentirse sobrecogido de terrible espanto.

La verdad es que Francia siempre ha mantenido una rivalidad con sus vecinos, rivalidad secular. En la época de la grandeza española nos buscó en todos los campos de batalla del mundo. Nosotros peleamos con ella en Irlanda, en Italia, en Holanda, y á las puertas mismas de París. Luego sucedió á la rivalidad con España la rivalidad con Inglaterra. Desde la Edad Media se trasmitió el siglo décimo sexto, desde el siglo décimo-sexto al siglo de Luis XIV, la heredó Luis XVI, la heredó la República, la heredó el Imperio, que pensó en la grande y bárbara utopia del bloqueo continental y en arrancar á Inglater-

ra hasta la India. Leed el libro del protestante Michelet, su dramática Historia de Francia, y en cada página encontrareis una maldicion contra la protestante Inglaterra. Su patriotismo es mayor que su religion. Ahora viene la rivalidad con Alemania. Los políticos alemanes han absorbido por todos sus poros las emanaciones eléctricas de la revolucion francesa. Las ideas que Francia arroja poseida de la inspiracion súbita en frases entrecortadas, en oráculos Sibilinos, como la Pitonisa de Delfos, Alemania las sistematiza y les da carácter científico. En cambio los franceses plagian todos los sistemas alemanes, revistiéndolos de su expléndido estilo y propagándolos con su clara elocuencia. Y estos dos pueblos que viven el uno del otro, se detestan á muerte. Cuando el aleman quiere llamar á un hombre ligero, vicioso, le llama francés. Cuando el francés quiere llamar á un hombre estúpido, le llama aleman: *tete carrée*. Y hé aquí las preocupaciones donde los reyes trazan con sangre sus planes de batalla.

Todo es motivo de recelo; todo es anuncio

de guerra. Propone Francia la union aduanera con Bélgica, Holanda y Suiza; é inmediatamente Bélgica y Suiza se niegan, aunque Holanda acceda, y Prusia ve en esa combinacion un caso de guerra. Propone Prusia á Holanda un sistema de libre navegacion por el Rhin que muere en sus pantanos, é inmediatamente Holanda se niega, y Francia ve en estas combinaciones, cuyo buen resultado seria provechosísimo á su comercio y á su industria, otro caso de guerra. Ni siquiera se puede tratar de los caminos de hierro sin que se susciten cuestiones gravísimas. Y lo peor del caso es que nadie acierta con el pensamiento de estos dos beligerantes, cuyas amenazas mútuas van siendo una catástrofe inmensa para Europa. Nadie sabe si Bismark es partidario de la paz ó de la guerra: ese es el terrible secreto que se reserva en sus selvas, donde pasea como el feroz cazador de la balada alemana. Tampoco sabe nadie si el Emperador y su primer ministro son partidarios de la política militar que pide la conquista ó de la política pacífica que pide la libertad.

Id á leer un pensamiento tras esa máscara de bronce que se llama la faz del César. La Prusia desarma ciento veinte mil hombres y le trasmite esta noticia pacífica al gobierno francés. Y el gobierno francés responde por boca de sus periódicos oficiales que ese desarme no proviene de intenciones pacíficas, sino de necesidades económicas; que el presupuesto de la federacion no puede subir un céntimo; que el Tesoro del Norte de Alemania está apurado ya hasta en sus heces por la insaciable, por la hidrópica sed de Prusia. Un ministro de Baden pronuncia elocuente brindis en loor de la unidad alemana y vibran todas las bayonetas francesas. Un oficial francés oculta su nombre en largo viaje por Prusia y vibran todas las bayonetas alemanas. Esto es la ruina del mundo. Esto no puede continuar: ó la paz ó la guerra. Cese la incertidumbre.

Sí, porque esta incertidumbre era dañosa á todos los pueblos, y dañosísima á los pueblos trabajadores, comerciantes. Así me explico los desaires hechos en aquellos tiempos

por la Reina Victoria al Emperador Napoleon. Un nuevo dia acababa de pasar en la capital de Francia la señora que simboliza hoy el Imperio británico. Ni devolvió la visita que le hiciera la Emperatriz, ni aceptó ninguna nueva visita. Empló cierto número de las doce horas trascurridas en la capital para recorrer los jardines de Saint Cloud, bajo cuyos umbrosos árboles pasó algunos dias felices con su llorado esposo. Pero como Reina constitucional de Inglâterra, no quiso dar ninguna muestra de simpatía á un gobierno odiado hoy por la nacion inglesa. Los cortesanos del Imperio francés decian que la Reina estaba muy mala, que los puros aires de los Alpes habian sobreescitado sus nervios, que la demencia era manifiesta, y la abdicacion en el príncipe de Gales próxima. Yo acababa de hablar con un diputado inglés, que la habia visto en Lucerna el dia de su partida; y me aseguró la robustez de su salud, la mejoría en las irritaciones nerviosas que padece despues de su inmensa desgracia.

Lo que no podia perdonarse al Imperio era

la incertidumbre eterna, la vacilacion inveterada y crónica. Rohuer, la palabra del Emperador, prometia con grande seguridad la paz. Mas al dia siguiente de estas tranquilizadoras promesas del ministro de Estado, el ministro de la Guerra exponia con verdadero aparato unos planos en relieve de las fortificaciones del Rhin, planos que tomaron toda la importancia de un plan de campaña. Los curiosos habitantes de París, los cuerpos de la guarnicion, los alumnos de la escuela politécnica corrian en gran número, y algunos en corporaciones, á visitar el plano de los diques alzados para encauzar el diluvio de sangre próximo á desatarse sobre Francia á causa de los errores del Imperio. Esta exposicion pareció al ministro de Estado un alarde imprudente. Las discusiones por tan pequeño motivo se elevaron á la altura de una batalla política en los Consejos del Emperador, entre los que deseaban la dictadura con la guerra y los que deseaban la paz con la libertad. El estado de los ánimos parecia tan fluctuante, la opinion tan por extremo incierta, las

ventajas de una campaña gloriosa y rápida se contrastaban de tal manera con los gastos y los sacrificios necesarios, que en los Consejos del Emperador penetraron por medio de palabras enérgicas las nobles aspiraciones de los amigos del desarme, único medio reconocido ya en Europa como suficiente á conjurar la ruina de todos los tesoros públicos y el hambre de todas las clases trabajadoras. Pero no encuentro en la red de instituciones tendidas por el Imperio sobre Francia, no encuentro absolutamente medio alguno de que la libertad penetre. Se necesitaria una abdicacion inverosímil, porque poderes tan fuertes como el Imperio Francés pueden sucumbir, pero no pueden abdicar. Las últimas leyes sobre libertad de imprenta y derecho de reunion, eran concesiones mezquinas que trazaban límites arbitrarios á facultades fundamentales de la naturaleza humana y de la sociedad. Sin embargo, asustaban al Senado francés, esa Cámara de cortesanos, inseparable compañera de todos los Césares en todas las épocas de decadencia. Y el gobierno, para

aplacar su oposicion á las concesiones imperiales, se vió forzado á prometerle que en los momentos necesarios á su juicio, suspenderia los derechos de la prensa y volveria á la arbitrariedad. De suerte que el Imperio era capaz de conceder á los ciudadanos todas las libertades; pero á condicion de que no las practicasen; y era capaz de escribir toda clase de leyes, pero á condicion de vulnerarlas en su provecho. No se pueden gobernar así los pueblos en el siglo presente. Nuestra concepcion social es que el hombre nace con derechos constitutivos de su personalidad, derechos naturales, ingénitos á su sér, superiores y anteriores á todo gobierno, necesarios al cumplimiento de su destino y á la plenitud de su vida, y que ni un César, ni un Parlamento, ni todo un pueblo, tienen jurisdiccion alguna sobre esos derechos primordiales á cuyo conjunto llamamos la suprema libertad, y cuya realizacion es la suprema justicia. Y á esta concepcion social adquirida por la filosofía, universalizada por la revolucion, se oponen aquellos hombres que desde las al-

turas sociales debian descubrir los horizontes más dilatados y ver más pronto amanecer los nuevos dias de la historia. Las resistencias ciegas, las luchas porfiadas con el espíritu de un siglo engendran necesariamente las revoluciones. Y de esto Francia tiene en el presente grandes ejemplos, que no debian olvidarse porque la historia de los pueblos será siempre la Biblia ó el catecismo de los gobiernos. ¿De qué sirve vivir si no se aprende viviendo la ciencia de la vida?

Pero en las batallas dadas en torno suyo sobre las grandes cuestiones políticas, ¿qué haria el Emperador? preguntaba todo el mundo? Era infinito el número de sus partidarios oficiales. Ningun poder ha dejado de tenerlos hasta el dia de su caida. Unos como Niel querian la continuacion de la dictadura y la guerra: otros, como Rohuer la continuacion de la dictadura y la paz; otros, como Duvernois, la guerra y la libertad; otros, como Ollivier y Duruy, la libertad y la paz. Tened por cierto que en el encontrado oleaje de estas ideas henchidas unas por la ambicion y otras por

la fé, el Emperador observaria, estudiaria, inclinaríase unos dias al lado de los reaccionarios, y otros al lado de los liberales en las deliberaciones de sus Consejos; pero al cabo cumpliria su propia voluntad. Y su voluntad era la guerra. Dos razones le movian; dos causas le arrastraban. La ambicion de reintegrar á Francia en sus fronteras perdidas por el primer Imperio, y el deseo de perpetuar su dinastía. La libertad es una facultad demasiado preciosa para que caiga como don gratuito de las manos de un dictador perpétuo, de un César. Y los Césares tienen demasiado vivo el instinto de la propia conservacion para que ignoren la imposibilidad de unir en paz los derechos de los pueblos con su propia omnipotencia. Si no se habia empeñado entonces la guerra, era porque el Emperador se encontraba frente á un enemigo formidable y sin alianzas seguras. Y el Emperador no se arriesgaba á una campaña sino contando matemáticamente con una victoria. ¿La obtendria? Hacia tiempo que se eclipsaba su estrella. Eclipsóse la estrella guerrera en

a expedicion á Méjico, y la estrella política n las negociaciones con Alemania. Su empeño de entonces necesitaba el vigor de una poderosa voluntad y la robustez de una florida juventud. Y poco á poco se le iba acabando la época mejor de la existencia.

La más grave de todas sus contrariedades era el movimiento persistente, tenaz, que se observaba en Alemania hácia la unidad. La reunion del Parlamento aduanero era una de las obras más perfectas que habian salido de la astucia de Bismark. Sin tener en apariencia aspiraciones políticas, sin excitar alarmas prematuras, Prusia pasaba la línea del Mein, puesta como un límite á su desarrollo, y reunia en una grande Asamblea los pueblos todos de Alemania, los cuales trataban de sus asuntos económicos, en cuyas entrañas se encontraba vivo y robusto, pugnando por salir á la luz de la vida, el feto de la unidad política. El discurso del rey de Prusia disgustó profundamente en las Tullerías. El *Monitor* tradujo el párrafo de *La Alemania una* con esta desviacion y esta infidelidad ingeniosa,

la Alemania compacta. Pero no hay institucion que muestre la unidad alemana como el Zolverein, ni Asamblea que la acelere como el Parlamento aduanero. Pueblos de un mismo orígen, de una misma historia, que hablan igual lengua, que componen una formidable nacion, puesto que tienen los mismos intereses económicos, no deben estar políticamente separados, por agradar á sus débiles reyezuelos y obedecer á las conveniencias ya trasnochadas de la vieja diplomacia europea. A pesar de haber prevalecido en las elecciones del Sur si no un espíritu anti-unitario un espíritu anti-prusiano; cuando el presidente del Parlamento aduanero se vió rodeado de los representantes de todos los Estados personificando la unidad de la gran pátria alemana trazada como un ideal en los libros de tantos filósofos ilustres, y cantada como una inspiracion en los versos de tantos poetas inmortales, su espíritu se sintió como trasformado en la esperanza ya cercana de tocar la realidad, y la palabra «unidad» cayó de sus labios entre grandes y ruidosísimos aplausos.

Por vez primera, una Asamblea económica se habia elevado á la altura de una de esas Asambleas religiosas de la Edad Media en las cuales ponian sus ojos los pueblos por creerlas depositarias de la vida ó de la muerte eterna. La Asamblea de Berlin ciertamente nada tiene que ver con los misterios de allende la tumba; pero tiene mucho que ver con las prosperidades de aquende. Si no llevan sus diputados la vida ó la muerte eterna en sus palabras y en sus decisiones, llevan la vida ó la muerte de muchos hombres con la paz ó la guerra. Si el Parlamento aduanero precipitase, violentase la unidad alemana, seria inevitable la guerra. El Emperador Napoleon no podria tolerar por más tiempo que el pueblo francés le tomara por cómplice del crecimiento de la influencia alemana, y de la disminucion de la influencia francesa en el mundo. La agitacion que sus amigos han sembrado, los sentimientos patrióticos que han herido con sus contínuas declamaciones contra la unidad germánica, serian grandes y tenaces acusadores de su política, la cual, co-

mo toda política arbitraria, no puede justificar su omnipotencia sino con el acierto y la victoria. El Parlamento aduanero tenia como todos los Parlamentos alemanes, cuatro matices: el feudal que andaba ocultándose tras los resplandores de la corona de Prusia; el nacional, que deseaba la unidad de la pátria mantenida por un gobierno fuerte; el nacional liberal, partidario de la unidad de la pátria, pero en alianza con la libertad parlamentaria; y el radical que tambien queria la unidad de la pátria, pero por medio de una confederacion republicana. De estos cuatro partidos los dos extremos eran los más hostiles á la unidad: los feudales en virtud de su amor á las tradiciones y de su entusiasmo por los príncipes cuyas coronas han caido ó peligrado en el movimiento último; y los demócratas en virtud de su amor á la libertad y de su recelo de ver fundada la unidad alemana, el sueño de toda su vida, sobre un millon de bayonetas, y concluida ó rematada por una corona imperial. Pero hay un sentimiento en el cual se unen todos los partidos, porque es

un sentimiento tan universal á los pueblos, como la dignidad á los hombres: la independencia. Y para sobreexcitar este sentimiento, no habia nada tan propio como la conducta de Napoleon y su falaz política. Si cada decision que el Parlamento aduanero tome á favor de la unidad, ha de ser asunto de una nota, decian los alemanes, si cada paso que dé hácia la reconstitucion de Alemania, ha de ser orígen de una amenaza, el Emperador Napoleon se encargará de mostrar prácticamente la necesidad de estar unidos para no caer bajo el yugo de la dominacion ó de la influencia extranjera. Y seria muy fácil que sobreexcitada la fibra nacional, demócratas y feudales se asociasen á las miras de Prusia, solo por contrariar las miras de Napoleon. Las naciones son como grandes personalidades que dan de sí muy mala idea, que demuestran una inferioridad muy triste, cuando someten sus decisiones interiores á una potencia extranjera. Convencer á los pueblos del derecho que tienen á disponer de sus destinos, fué la grande obra de la filosofía del

pasado siglo. Y realizar este principio ha sido la obra de nuestras revoluciones. No ha tenido otro sentido esa larga epopeya de guerras que llenan nuestros anales: la guerra de los Estados-Unidos contra Inglaterra, de España contra Napoleon, de la América española contra España, de Grecia contra Turquía, de Italia contra Austria. No tiene otra explicacion la profunda simpatía que una antigua nacionalidad, Polonia, aunque aristocrática en su forma y reaccionaria en el fondo de su espíritu, despierta entre todos los pueblos liberales. No tiene otra justificacion la conducta de hombres que como Bertani, Crispi, Garibaldi mismo, siendo muy republicanos, han apoyado la monarquía y la dinastía de Saboya en Italia, á fin de salvar dos principios capitales, á saber: la independencia y la unidad de la pátria. Pues bien; no se podría comprender que siendo este sentimiento de la independencia tan general, y estando tan arraigado, lo dejase impunemente herir una tan grande nacion como Alemania que ha venido á equilibrar en el continen-

te con su poder la antes avasalladora influencia de la nacion francesa. Y no se comprende herida más honda que ver á un soberano extranjero trazar desde lo alto de su trono límites á la voluntad de un pueblo sobre el cual no ejerce ninguna jurisdiccion. Así es que unidas Alemania é Italia en una misma ofensa por ese doble veto escrito en las orillas del Mein y en las órillas del Tíber, no seria extraño verlas tambien mañana unidas en la guerra. Todo el mundo notaba la prolongada residencia del príncipe heredero de Prusia en Italia. Yo comprendo que los encantos de la bella pátria de las artes encadenen largo tiempo á los que la visitan. Pero yo creo con el vulgo de las gentes que la residencia prolongadísima del príncipe de Prusia en Italia, solo se explicaba por las mútuas simpatías que nacen de su mútua situacion política. Yo lo ví acompañado por la multitud, seguido á todas partes, aclamado con delirio, y creí notar en su impasible rostro de hombre del Norte, como un vivísimo deseo de que la futura alianza de Italia y Prusia, fuese

tan afortunada como la última en que Prusia ganó la batalla de Sadowah, é Italia, perdiendo muchas batallas, ganó Venecia.

La unidad alemana tiene una historia, como la unidad italiana, muy interesante. Cuando Napoleon I dispuso de sus destinos, demostró prácticamente la necesidad de la unidad de Alemania. Desde entonces los más grandes pensadores se han consagrado á cultivar esta idea. Uno de los primeros que la formularon fué el profundo filósofo Fichte en su admirable discurso á la nacion alemana. La Prusia apareció siempre como el núcleo de esta idea, como el punto céntrico en torno del cual debia concentrarse la materia cósmica destinada á fundar la Alemania. Por eso hasta los más demócratas ofrecieron en 1849 la corona de Alemania al rey Federico Guillermo, predecesor del rey actual. Y el rey la rechazó porque no queria deber una corona á la democracia. Y los doctores demócratas de Alemania le llamaron Juliano el Apóstata. Y en efecto existian analogías entre Juliano y el rey Federico Guillermo IV. Pero cuando el rey Federico

Guillermo murió, la unidad alemana estaba hecha por el trabajo de tantos filósofos y de tantos poetas en el pensamiento de la nacion. Nada contribuye á hacer fermentar la masa de los hechos como la poderosa levadura de las ideas. En esto, el mismo pensamiento, iniciado por los primeros artistas del mundo y convertido en realidad, merced á una larga série de maravillosas combinaciones, se realizaba en la tierra llamada hasta entonces de los sepulcros, y que yo he llamado siempre de los milagros, se realizaba en Italia. Napoleon se presentaba entonces como el defensor de las nacionalidades para hacer olvidar que su dinastía representaba en el mundo la última era de las conquistas. Bismark logró atraerlo á la idea de la unidad alemana en tales términos, que antes de la última guerra declaró muertos los tratados del quince y mal limitada, como ya hemos varias veces dicho, á la Prusia. Es verdad que en todo esto habia un cálculo de egoismo dinástico; la conviccion de que el segundo Imperio podria devolver á Francia sus fronteras sobre el Rhin, perdidas

por el primer Imperio. La analogía entre la guerra de Prusia y la guerra de Italia contra Austria encerraba la analogía entre la Saboya y los principados rhinianos. Pero Napoleon llevó un gran desengaño al saber que no podria recobrar este codiciado territorio, unido á Francia por las victorias de la República y separado de Francia por las derrotas del Imperio, sino despues de una guerra. Hubiérala hecho rápida, instantánea, en el verano de 66, volviéndose de cara al Austria, á cuya perdicion tanto habia contribuido, vencedor de Solferino, cómplice de Sadowah, si no lo impidieran, primero la incertidumbre de las alianzas, y despues la poca preparacion de su ejército. El golpe fué tan tremendo que en Vichy, donde á la sazon se encontraba, estuvo á punto de perder la vida. Era la primera nube que pasaba sobre su corona.

Desde entonces dos pensamientos contrarios, opuestos, se desarrollan á uno y otro lado del Rhin: el pensamiento de impedir la unidad alemana en Francia y el pensamiento

de realizarla en Alemania. Napoleon hizo saber á todo el mundo que, si Prusia pasaba la línea del Mein, Francia en el acto le declararia la guerra. Pero tenia enfrente un enemigo muy hábil, un digno heredero de Federico de Prusia, tenia á Bismark. Tres maneras encontraba la Prusia de pasar el Mein y cumplir la unidad alemana: la manera militar, la manera económica, y la manera política. No he acertado á expresar bien mi pensamiento: lo diré más claro. Cuando los pueblos se unen, tienen unidad militar, unidad económica, unidad política. Pues bien: Bismark pensaba que, realizando las tres unidades en un dia, con una de esas combinaciones hábiles á lo Cavour y uno de esos golpes rápidos á lo Garibaldi, comprometia gravemente la causa alemana y desconocia el carácter reflexivo y parsimonioso de su raza. Lo más necesario era la unidad militar, y la realizó antes que Francia estuviera armada. Todos los reyes se resignaron á poner, en el caso de una guerra extranjera, el mando de sus ejércitos en manos de Prusia. Despues realizó, con el Parla-

mento aduanero, la unidad económica. Y cuando los obstáculos fueran menores, y la ocasion propicia, estaba resuelto á realizar la unidad política. Tenia dos grandes enemigos que vencer: los reyes existentes en el Sur, que temian perder su corona á pesar de las grandes cesantías apercibidas para consolarlos, y los recelos de Napoleon, que temia acabar de perder su antiguo predominio en Europa. Pero no es Bismark de esos hombres que van en línea recta, aun á riesgo de estrellarse contra el primer obstáculo encontrado en su camino. Los recelos que el Parlamento aduanero despertaba eran muy infundados. Bismark solo se proponia demostrar, con la unidad económica, la invencible necesidad de la unidad política. Sabia muy bien que las sociedades tienen su mecánica, y que esta mecánica se reduce á fórmulas matemáticas, las cuales no pueden realizarse de una vez, y en toda su pureza, sobre el movible y fangoso océano de los hechos. La fórmula de los cuerpos perfectamente elásticos será una verdad eterna. La naturaleza se aproxima á ella y no la realiza. Pero

todo problema está muy cerca de cumplirse cuando se ha planteado en una série de fórmulas conducentes á su demostracion. Y el problema de la unidad alemana se demuestra en el Parlamento aduanero por la unidad económica. Bismark no quiere pasar al tercer término sin haber resuelto el primero. Caidas las barreras que la preocupacion levanta para el cambio de las ideas; quebrantadas las barreras que levanta el interés rutinario y egoista para el cambio de los productos, ¿quién detendrá la doble accion de los espíritus y de los tiempos? No digo la Alemania, que tiene una historia, una lengua, una raza; los diversos pueblos formarán grandes y libres confederaciones en lo porvenir, porque la unidad humana se desprende, como un nuevo gas vital, de todos los trabajos de la filosofía; porque el hierro del camino, y el alambre del telégrafo, borran las fronteras; porque todos somos ciudadanos de este planeta, á cuya hermosura contribuimos, trasformándolo con el trabajo y ciñéndole esa corona más espléndida que la luz boreal, esa corona de inspi-

raciones y de ideas que forman nuestras artes y nuestras ciencias.

El movimiento de federacion es invencible. Comienza por las naciones, sigue por las razas, se dilatará á los continentes, y concluirá por ser humano: todos los hombres ciudadanos de todos los pueblos. Es verdad que contra este trabajo humanitario existen preocupaciones enormes. Pero no es ménos verdad que existian de pueblo á pueblo durante la Edad Media; y que esos pueblos, á pesar de sus mútuos sangrientos recuerdos, han comenzado por unirse en el seno de una misma provincia y han concluido por identificarse en el seno de una misma nacion. ¿Quién no recuerda las guerras sangrientas entre Pisa y Florencia de las cuales tantos ecos hay en los tempestuosos tercetos del Dante? Cuando todos estos problemas se agitaban, paseábame yo por el cementerio de Pisa, uno de los monumentos más sublimes de la Edad Media italiana. Los sarcófagos de todas las épocas; los bustos de los antiguos tribunos de Roma unidos á los bustos de los obispos del Catolicis-

los sublimes frescos de Giotto que repre-
an los dolores de Job y los no ménos su-
ıes de Orgagna que representan el juicio
ıl; la larga línea de estátuas funerarias que
cuerdan todos los misterios de la eternidad
todos los nobles impulsos del alma por
mper el círculo de lo finito y vencer á la
uerte; las galerías góticas al través de cuyos
severos intercolumnios se veian las aves po-
sarse sobre las ramas de los cipreses como
para entonar un coro á los difuntos; la con-
viccion de que pisaba la tierra misma de Je-
rusalen traida por las escuadras de Pisa para
envolver los huesos de sus ciudadanos; el
melancólico tañido de las campanas que caia
de la torre inclinada, la cual semeja una in-
mensa columna doblándose al impulso de un
huracan invisible; todas estas maravillas del
arte y de la historia me trasportaban fuera
del mundo real, allá á las vagas regiones en
que las ideas vuelan sin forma y las almas
sin cuerpo. Y, sin embargo, unas cadenas co-
locadas no lejos del sepulcro de uno de esos
príncipes que tanto contribuyeron con su po-

lítica á fomentar las rivalidades de las ciudades italianas, me trajeron á la realidad de la sociedad y de la historia. Eran las cadenas del puerto de Pisa que los genoveses habian arrancado regalándoselas despues á los florentinos en una de las infinitas guerras de las ciudades italianas durante la Edad Media. Los florentinos se las devolvieron á los pisanos en la efusion fraternal que produjo la primera guerra de 1848 por la independencia de Italia. Pues bien, aquellas cadenas devueltas ¿no significaban que en nuestro siglo han concluido las guerras entre las ciudades tan comunes en la Edad Media? Pues así concluirán las rivalidades entre los Estados que pertenecen á una misma nacion como los estados alemanes; y más tarde las batallas entre las naciones, batallas incomprensibles cuando todas realicen el derecho y se convenzan todas de que pertenecen á la humanidad.

Pero volviendo al Parlamento aduanero que empleaba uno de los mayores esfuerzos á favor de estas ideas de conciliacion humanita-

ria, debemos decir que Bismark evitó en todo lo posible complicaciones graves. Los impacientes habian presentado un mensaje en respuesta al discurso del Rey. En este mensaje proclamaban la unidad alemana, y por consecuencia se salian de las atribuciones propias de un Parlamento aduanero. Dos graves contradicciones despertaba este mensaje, las separatistas de los Estados del Sur todavía no bastante maduros para la unidad; y las diplomáticas del Imperio francés todavía no bastante resignado á compartir con Prusia su influencia en el mundo. El ministro prusiano evitó todos los conflictos trabajando hábilmente para que la Asamblea aduanera desechara un mensaje político que no entraba en su competencia. El Parlamento aduanero, pues, conjuró por este instante la guerra.

Los ministros de Francia se encontraban satisfechos. Pero no por eso disminuian los preparativos de guerra en el Imperio francés. El mariscal Niel desplegaba una actividad asombrosa para todos los preparativos de una campaña. Mientras el ministro de Negocios

Extranjeros se mecia en una grande confianza, y el ministro de Estado, que llevaba la palabra en el gobierno, aseguraba la perpetuidad de la paz, el ministro de la Guerra decia en pleno Consejo de Estado que un general prusiano habia sido sorprendido estudiando las fortificaciones francesas, y que el ministro de la Guerra en Prusia lo tenia todo preparado para dar una batalla, emprender una marcha más rápida todavía, y entrar en París hiriendo de un golpe el corazon de Francia. Esas reducciones de ejército que tanto encarece Prusia, eran para el ministro francés artes maquiavélicas encaminadas á enmascarar la guerra con apariencias de paz y facilitarla con estudios de maniobras. Prusia se desprendió en su opinion de muchos sargentos para enviarlos á los pueblos á fin de que sirvieran de maestros á los milicianos nacionales, á los soldados de la reserva tan importantes en la organizacion del ejército aleman. Lo cierto es que nadie podia explicarse cómo siendo tanta la seguridad de la paz, tan pocas las probabilidades de guerra, se amontonaban provi-

siones de boca, víveres en las ciudades fronterizas de Alemania. Compréndese que se forjen cañones para los fuertes; que se ensayen maniobras para aumentar la inteligencia y la habilidad del ejército; pero no se comprende que se almacenen víveres para el porvenir. Además, en la gente diplomática, en los amigos hábiles del Emperador, en aquellos que le aconsejaban la libertad y la paz, se notaba humor guerrero impropio de sus antecedentes. Compréndese bien ciertamente en *Le Pays*, un periódico extremo, batallador, neo-católico, que quiere un imperio militar, un César omnipotente, la tribuna y la prensa unidas, las guerras de religion renovadas, una batalla sangrienta en el Tíber para devolver al Papa sus antiguos estados, y otra batalla sangrienta en el Rhin para apagar esa Prusia que representa la causa de la libertad del pensamiento; y luego el bonapartismo convertido en una especie de mesianismo armado, renovando en los campos de batalla el pacto entre la Iglesia y el Estado de allá de los tiempos de Carlo-Magno. Pero no

se comprende esta actitud en periódicos tan moderados, tan hábiles como *La France*, académicamente redactado, amigo de la paz, predicador incansable de la libertad, que quiere el Imperio como un valladar á las invasiones de la democracia, pero tambien como un fuerte donde poner su prensa y su tribuna. Lo cierto es, que todo el mundo estudiaba estos fenómenos; y como el pueblo francés atiende principalmente á su vida económica, todo el mundo desconfiaba del porvenir y temia los azares de la guerra, y se preparaba para terribles eventualidades, y contaba los hombres que iban á morir, y los millones que se iban á gastar, y la oscilacion de los fondos públicos entre tantas manos repartidos en Francia.

Se acercaba para la grande y nobilísima nacion el castigo tremendo de su falta, el castigo de haber abandonado, como los pueblos seniles y decadentes, su libertad y sus derechos á merced del Cesarismo.

CAPITULO LXXVIII.

LA GUERRA COMENTADA EN EL HOGAR.

Guardo en mis memorias del destierro, escrita al dia siguiente de sucedida, el 12 de Setiembre de 1868, larga conversacion entre una aristocrática familia imperialista y yo, que trascribo, pues da idea del estado de Francia á la sazon y explica los preliminares del gran movimiento republicano.

Dice así la letra:

«Yo creo que la cuestion para el mundo más interesante hoy es si habrá paz ó habrá guerra. Nos interesa por humanidad porque va en esa cuestion comprometida la existencia de

millares de séres humanos, de semejantes nuestros. Nos interesa por derecho, porque no llegaremos á la política de la libertad y del trabajo si no renunciamos á la política de la guerra y de la conquista. Nos interesa económicamente, porque todos los valores europeos decaen durante esta larga incertidumbre y todos pueden zozobrar en el dia próximo de una catástrofe.

Así es que la guerra va siendo la preocupacion universal. Vais al teatro, y á lo mejor, vuestro vecino os interrumpe con las fórmulas sacramentales de la educacion francesa: perdon, señor, ¿pero V. cree que tendremos guerra? Os paseais por el boulevard y ois un rentista que dice á su ajente: vended, vended, he leido *El Pays* y no me cabe duda, tendremos guerra. Acudis á una tertulia, á donde se celebran en la estacion presente las grandes tertulias, al campo. En vano todo respira tranquilidad. En vano el rumor del bosque y el eco de la esquila del ganado os inspiran ideas bucólicas y os convidan á creer en la égloga de la paz perpetua.

Yo bajaba, hace pocos dias, á la puerta de una de las quintas donde descansan hoy de los placeres del invierno dos de las primeras familias de Europa, cuyos nombres no puedo entregar á las indiscreciones de la publicidad. Ninguna de ellas participa de mis ideas políticas; pero ambas me distinguen con igual amistad. Al través de una dorada reja, cubierta de enredaderas, se oia sonar melancólicamente un piano. Tocábalo con tristeza una hermosa jóven, rubia, de diez y seis años, cuyo casamiento debia haberse celebrado este otoño, y se ha remitido para despues de la guerra. Una señora mayor, muy avezada á la política, leia, de pié en la escalera de mármol, que da á la alameda de entrada, un periódico. Estaba tan absorta, que á pesar de haber salido para aguardar á su huésped, no echó de ver mi llegada, precedida de un campanillazo y de dos ó tres golpes de impaciencia sobre la verja, sin contar con el ruido del carruaje. Al llegar creí sorprender una lágrima en sus ojos.

—¿Qué os sucede?

—¿Qué quereis? Los que nos sucede hoy á todos. La guerra.....

—¡Bah! Estoy por desterrarme de Francia para no oir hablar siempre de lo mismo. El Emperador ha dado mil promesas pacíficas.

—No sea V. niño. ¿Conoce V. esa firma? dijo mi interlocutora, sacando una carta del bolsillo.

—Conozco vuestras relaciones de parentesco con la persona que firma; pero la firma no.

—Esa carta es un documento histórico, que acabo de traer como prueba en una discusion. Es una seguridad de paz dada el año cincuenta y nueve en el seno de la confianza á un pariente que tenia pedazos de su corazon en uno y otro bando. Pero los hombres proponen y Dios dispone. A los diez dias estallaba la guerra. El jefe de un estado no empeña siempre la guerra por su voluntad; le obligan. Y vereis cómo se repite el cuento de antaño, vereis cómo tenemos guerra.

Ya iba la señora, con su movilidad italiana, á cambiar de conversacion, cuando sale uno de us sobrinos, jóven militar de graduacion, que

viene corriendo á darme la bienvenida, y que oye las últimas palabras de nuestro diálogo.

—Sí, tendremos guerra, exclama con viveza. El partido militar la quiere y la obtendrá; porque el partido militar con las tradiciones guerreras del primer Imperio ha rehecho el segundo para la guerra, es decir, para la gloria. ¿Quereis hacer de un Napoleon un Luis Felipe? Eso es imposible. Concibo que las señoras lloren y se aflijan; es su destino. Pero no comprendo eso en los hombres; no comprendo eso en los publicistas, en los oradores, sino por su espíritu de ciega oposicion. Si hubiérais visto, como yo, al Emperador en el campamento de Chalons, no dudaríais de la guerra. Desde el caldo económico hasta los cañones y la calidad de la pólvora, todo, absolutamente todo, lo examinaba con detencion, como convencido del uso que habrá de hacer pronto, muy pronto, de todo ello. El dia último no pudo caber duda alguna. Cuando los regimientos pasaban delante de su caballo de guerra decian á una: ¡al Rhin, al Rhin! S. M. ha envejecido mucho en

poco tiempo, sin duda por los esfuerzos empleados para reprimirse y no lavar en el acto la afrenta inferida á Francia por Bismark, negándose á darnos lo que nos tenia solemnemente prometido. Pero veíase que al eco de aquellos gritos guerreros se reanimaba su semblante. Es verdad que, concluida la revista, hubo de acostarse un poco asaltado de fuerte jaqueca, no extraña por el calor infernal, el polvo espeso y el cansancio. Pero, al despedirse, todos pudimos leer en su rostro las disposiciones guerreras. No faltó alguno de sus allegados á decirnos: S. M. está satisfecho del ensayo y os emplaza para la primera representacion.

—Muy bien, dije yo, pero no veo la razon de la guerra. Segun eso, debieron declarar Inglaterra y Prusia la guerra á Francia, cuando se anexionó á Saboya. Segun eso justificais el que no pueda tratarse de una simple union aduanera entre Bélgica y el Imperio, sin que se pongan en movimiento los ejércitos del mundo. Dejad á Alemania gobernarse como le plazca.

—Pero no con detrimento de la grandeza de Francia, me replicó. Desde que elegimos un Imperio, declaramos que no dejaríamos descansar á Europa hasta que nos devolviese nuestras fronteras naturales.

—Que habeis perdido, dije yo, por el afan de meteros con todo el mundo. La Francia no puede crecer materialmente, está rodeada de pueblos libres que no quieren ser franceses, sino independientes. ¿Creeis que un belga, un suizo, un aleman del Mediodía cambia su pequeña nacionalidad, donde tiene lugar seguro, prensa libre, derecho de asociacion completa, libertad religiosa, absoluta libertad intelectual, por vuestro grande Imperio? Francia puede crecer mucho moralmente, porque es el corazon donde refluye toda la sangre de Europa. Mas para crecer moralmente, necesita la condicion primera de toda grandeza moral, necesita la libertad.

—¡Aun estais ahí despues de tantos estudios prácticos sobre nuestra Francia? Habeis vivido en medio de nosotros y nos creeis capaces de ejercer la libertad. Recorred nuestras cam-

piñas. Cuando no llueve le piden agua al Emperador. Hablad con nuestros comerciantes. Cuando no ganan se vuelven al Imperio á reclamar la tasa. Vuestros amigotes de la extrema izquierda han votado las penas corporales para los escritores, y no se han atrevido á sostener la abolicion de los privilegios de imprimir.

—Eso es muy exagerado, muy exagerado, sobre todo por lo que respecta á mis ilustres amigos. Pero si fuese verdad, si os creyese incapaz de la libertad, os tendria por el último pueblo del mundo, y yo admiro mucho á Francia.

—Notad, exclamó la señora terciando en la conversacion, que hemos perdido hace tiempo toda gravedad. Nos reimos de todo y hasta de nosotros mismos. Es un mal incurable. Hemos querido erigir en religion la duda. Y la duda, que puede ser una crísis saludable en la sociedad por algunos momentos, como enfermedad transitoria, como principio de renovacion, no puede erigirse en sistema sin quebrantar las fuerzas de las naciones. El es-

tado moral de Francia es el siguiente: París, una ciudad volteriana, rodeada de una nacion supersticiosa. Como nuestros filósofos no han sabido darnos nada para llenar la ausencia de la fé, nos hemos vuelto al antiguo régimen moral.

—Eso nos llevaria muy lejos, señora, dije yo, muy lejos, distrayéndonos de la cuestion principal. Esa corriente de dudas arriba, y esa otra corriente de supersticiones abajo, se curarian, como se curaron en Inglaterra, con la libertad, sí, con la libertad, la cual, por una ley necesaria, sustituye los vínculos materiales que rompe con fuertes vínculos morales que crea. ¿Cuáles son los tres pueblos más libres del mundo? Los Estados-Unidos, Inglaterra y Suiza. Pues son los tres pueblos más religiosos. Si un dia el Emperador escribiera una de aquellas proclamas de Lincoln, llenas de misticismo, le tomarian por loco. Si otro dia el Cuerpo Legislativo decretase un ayuno general en toda Francia, como lo decretan los Consejos federales de Suiza, en vez de aquel recogimiento sublime, se ve-

ria un pueblo muerto de risa y una Asamblea muerta de ridículo. Pero es porque esclavos nosotros, nos entretenemos con juegos y cascabeles, con las niñerías propias de los pueblos en tutela; y libres ellos, abren su alma á viriles pensamientos. Mas no hagamos de una cuestion militar una cuestion religiosa.

—¿Como no? me dijo entonces el militar, acabais de poner el dedo en la llaga, amigo mio, en la misma llaga. Prescindamos de Francia. Yo convengo, con mi cara tia, en que mientras París se sumerge en el materialismo, Francia se dirige cada dia más de prisa hácia el catolicismo. Las cátedras donde se predica que no hay Dios ó se propone al hombre el culto de la humanidad, se hallan cercadas por una muralla de conventos, de cofradías, de Iglesias, de procesiones. Mas París vale por sí solo toda la Francia, más que la Francia. El Imperio lo tiene por enemigo irreconciliable. Pero como el Imperio es la centralizacion, y la centralizacion es París, no ha podido destruir el poder de la ciudad; antes lo ha agrandado. París lo usa;

en las elecciones primero, votando contra el Imperio; en la prensa luego, escribiendo periódicos incendiarios; murmurando en sistemática oposicion; metiendo ruido, si el príncipe imperial va á la Sorbona, y callando con amenazador silencio si el Emperador nos pasa una revista. Pero ¡ay del dia en que se atreva á mayores! El Imperio no se irá como se fueron Carlos X y Luis Felipe, vencidos por quinientos vociferadores á lo sumo.

—Volveis á sacar, dije yo, la conversacion de su cáuce. Perdeis los estribos todos los imperialistas en cuanto recordais que París es una ciudad republicana. Dejémonos de calcular lo porvenir para conocer lo presente. Decíais......

—Que París no puede tener libertad porque siempre es de oposicion. Que París no puede tener fé porque los huesos de Voltaire han salido del panteon, pero la médula ha quedado en la conciencia de la ciudad. Es necesario darle gloria.

—¿La conoceis superior á la gloria de ser

libre, á la gloria de fundar con su ejemplo la democracia en el mundo?

—¡Dále! Pero esa gloria no puede alcanzarla sino derribando el gobierno actual, porque París tiene vuestra misma locura, la locura de creer que sólo por la República es posible la libertad.

Suprimo aquí el elogio que yo hice de lo que el otro llamaba mi locura, y voy al grano.

—Esta alma inquieta de París, continuaba el militar, no puede vivir sin pasto, sin mucho pasto. Rumió durante cinco años la guerra de Crimea. Durante otros cinco años rumió la guerra de Italia, la gloria de haber emancipado al pueblo de los pinceles y de los organillos. Le prepararon luego la guerra de Méjico, la reconquista de América por la raza latina. Pero este fué un golpe en vago. Le teníamos preparada la anexion de los Principados rhinianos, con la cual volvia á traer á la pátria el segundo Imperio, lo que el primero habia perdido. Pero Bismark no tuvo palabra. Cuando vió esto Drouyn de Lhuys, á la sazon ministro de Negocios Extranjeros, propú-

oles inmediatamente la guerra. El Emperador ceptó la idea, y hasta encargó al Ministro que redactara un manifiesto para notificarla á toda Europa. Los demás Ministros convinieron en la necesidad de la guerra. El de Negocios Extranjeros pasó la noche redactando la nota. Al ir á las Tullerías al dia siguiente, se encontró al Emperador abatido, que le dijo: Imposible vuestro plan, ni tenemos bastante ejército ni bastante dinero. El ministro presentó su dimision. Desde entonces ha consagrado el Imperio todas sus fuerzas á reorganizar militarmente Francia, y ya estamos preparados. ¿Creeis que nuestros dos millones de fusiles van á permanecer mudos? Puesto que es necesario dar algo á la inquietud del pueblo francés, démosle el humo de la gloria.

—Eso es; habeis descubierto, dije yo exaltadamente, en vuestro último razonamiento la filosofía de la guerra. La extension de Francia os importa poco; Francia es bastante grande. Su predominio en el mundo os importa ménos. Acostumbrados á las glorias de

la fuerza material, apenas comprendeis las glorias de la fuerza moral. Lo que importa es conservar la autoridad del Imperio, por ser la autoridad del soldado. Lo que importa es erigir el sable en el jefe de la sociedad. El único enemigo es el pueblo de París. Pero al pueblo de París se le distrae con el ruido del cañon y se le debilita con sangrías sueltas. La guerra es un grande espectáculo. Luego vuelven los soldados vencedores y hay dias de entusiasmo. Los puentes reciben nombres de batallas. El arco de triunfo se engalana con nuevas retumbantes victorias. Las coronas de siemprevivas se entrelazan á esa Columna Vendome que fabricásteis con cañones, y deberiais haber fabricado con cráneos. Y así burlais á la libertad, que está ahí, inmortal como el espíritu, severa como la conciencia, inflexible como las leyes de la naturaleza, implacable como la justicia, aguardando su hora que nadie puede evitar, que nadie puede detener, porque su hora es la eternidad. Y queda demostrado que el cesarismo moderno es como el cesarismo antiguo, una

rgía de sangre. Sólo que las fiestas del circo
han sustituido con guerras, y los gladiado-
s con ejércitos.

—Si creeis que voy á interrumpiros, á pesar
herir todas mis creencias, á fé que os en-
gañais. Me parece que estoy oyendo á toda la
revolucion europea; porque todos dicen lo
mismo.

—Ya sabeis, añadió dirigiéndose á mí la se-
ñora, que no participo de vuestras ideas;
cuanto más las estudio, ménos las comprendo.
Vais á dar en la tiranía de las clases trabaja-
doras, que acaban de pedir en su congreso
de Bruselas muy claramente el crédito por
el Estado, lo cual seria la mayor de las cen-
tralizaciones, y la abolicion de la propiedad
de la tierra, lo cual seria el mayor de los re-
trocesos. Y para corolario, demandan que se
disuelvan los Congresos de sábios, á fin de
que sólo se oiga en el mundo la voz de los
jornaleros. Pero vuestro juicio sobre el cesa-
rismo me parece exacto. Sólo que, en vez de
caer la responsabilidad sobre el dictador, cae
sobre los que han erigido la dictadura con

sus complacencias serviles, y sobre los que las han justificado con sus excesos.

—Permitidme, señora. Nadie más enemigo que yo de las utopias comunistas. Las he combatido siempre. Pero nadie se extraña ménos que yo de las pretensiones erróneas y exageradas de los trabajadores. El mundo no está socialmente bien. Es necesario reformarlo. Cada reforma tiene un ideal que se expresa absolutamente. Cada clase tiene un derecho que se plantea con violencia. Los trabajadores padecen el error de todas las clases. Creen que les será posible constituir una sociedad privilegiada para ellos. No saben que, siendo ellos el mayor número, sus soñados privilegios se convertirán en el derecho comun. Por consiguiente no me asustan. Acabais de oir á los militares, pidiendo privilegios á costa de la muerte que siembran, y os maravilla que los trabajadores pidan derechos á título de la vida que hermosean y prolongan.

—Yo he dicho, exclamó el militar, que la guerra es una necesidad de política interior;

pero añado ahora, impuesta por los gobiernos extranjeros. Aquí tengo un telégrama de Prusia. Ahora llega vivito, como para responderos. Parece que el correo nos estaba oyendo y ha traido el periódico para darme en razon lo que me falta en elocuencia. Mirad ese viejo chocho de rey de Prusia, ébrio con el mosto de su victoria de Sadowah. Todo el estío lo ha empleado en paseos militares, en revistas, en examinar las fortificaciones, en conspirar con sus tenientes, los reyezuelos del Mediodía, contra Francia, y en asegurarse al generalísimo de su retaguardia, al Czar de todas las Rusias. Ahora dice lo siguiente, lo que voy á leeros, contestando al Rector de no sé qué Universidad, al Rector de Kiel, que, por encargo suyo, le habrá hablado de la paz para darle ocasion de amenazarnos con la guerra.

—Parece que conoceis á fondo las mañas de los reyes, le dije yo riendo.

—Lee, lee, añadió la señora con grande impaciencia.

—Leo: «Relativamente á la paz, nadie como »yo la desea; porque es una responsabilidad

»penosísima pronunciar la palabra guerra para »un soberano. Y sin embargo, hay circunstan»cias en que no puede un soberano sustraerse »á tamaña responsabilidad. Sabeis bien, por »vuestra propia experiencia, que la necesidad »de la guerra puede imponerse tanto á un »príncipe como á un pueblo. Nosotros mismos »debemos á la guerra las ventajas de nuestra »actual posicion. Por lo demás, yo no veo en »Europa ningun motivo de que la paz se rom»pa; lo digo para vuestra completa tranquili»dad. Pero todavía os tranquilizará más el »ver aquí reunidos los representantes de mi »ejército y de mi armada, dispuestos á pro»bar, como en otras ocasiones, que no temen »arrostrar un combate impuesto por la nece»sidad.»

—En verdad es duro ese lenguaje. No trataré yo de ser abogado del diablo. La monarquía militar de Prusia me es tan odiosa como el Imperio cesarista de Francia. Pero despues de dos años y medio de provocaciones, de amenazas, no comprendo que se pueda ni que se deba decir ménos. Francia tiene una fuerza

[redacted]

entrípeda en Europa que aumenta su poder, ero tambien su responsabilidad. Si os hubiérais organizado libremente, el mundo civilizado seria una féderacion republicana. Os habeis organizado militarmente, y el mundo civilizado, al ménos el mundo europeo, es un campamento. Nada más natural, pues, que una batalla. Pero cuenta que no teneis un principio en que apoyaros para emprenderla.

—Tenemos un Chassepot.

—No importa. Cuenta que tampoco teneis un aliado. Inglaterra está disgustada de vuestra política. Bien lo ha demostrado en París la actitud de la reina al volver de Suiza. Inglaterra sabe que á la primer victoria os anexionareis Bélgica, y no puede consentir nunca la nacion inglesa que esté en manos de Francia la desembocadura del Escalda. Con Italia no conteis. Le creásteis para que fuese vuestra aliada, y habeis tenido el talento de arrojarla en brazos de vuestros enemigos con la batalla de Mentana. Al emperador de Rusia vos mismo le habeis llamado el generalísimo de la retaguardia prusiana. Si algo me de-

muestra vuestra penuria de aliados, penuria inconcebible, es el saludo hecho últimamente por vuestro emperador á la reina de España. De mucho os serviria la alianza española. No hay soldados ni más valientes, ni más sufridos que los nuestros; lo digo con orgullo. Pero la nacion española veria como una injuria á sus héroes esas alianzas con la familia enemiga de su nacionalidad en Bailén y en Zaragoza. Los recuerdos de la guerra de la Independencia están muy vivos. Los hemos recogido todos como un alimento del alma; los hemos recogido de los labios de nuestras madres, tiernas, sensibles, divinas por su virtud en el hogar, pero que fueron las primeras en decir á la asombrosa generacion de nuestros héroes: «antes vuestra muerte que la deshonra de la pátria.» Nunca, nunca renegaremos de tan gloriosa tradicion, porque seria renegar de nuestra sangre; permitidle este desahogo á un pobre desterrado, que lleva en el alma desolada, como una religion sacratísima, el culto de la familia y de la pátria ausentes. Pero esa alianza *in extremis* la

ngo por imposible. Además, el trono español se halla minado por una revolucion eterna. Isabel II no puéde sacar de España un regimiento sin exponerse á una catástrofe.

—Comprendo los inconvenientes de la alianza como vosotros, dijo mi contradictor, y condeno que en estos momentos supremos el Emperador dé tantas pruebas amistosas á una familia enemiga del Imperio y opresora de España, por recelos de esos fantasmas de Orleans, alejados del trono francés, como los Borbones, por la cólera del pueblo. Pero nos queda todavía una alianza poderosa, la alianza contraida en Salzburgo, nos queda la alianza con Austria.

—Que no os servirá de nada. Si yo quisiera definir con una sola frase la historia de la política exterior de Francia, desde tres siglos á esta parte, la definiria: guerra eterna con Austria. Los Valois la sostuvieron en Italia y en Flandes; los Borbones en Francia, como lo prueba la victoria de Ibry, y en España como lo prueba la guerra de sucesion. La gloria de Richelieu es haber preparado, y la

gloria de Mazarino haber concluido la paz de Westphalia, que mellaba el cetro austriaco. La enemiga más implacable de la revolucion francesa fué Austria. La nacion, que llevó al cadalso á Luis XVI, Austria. La espada del primer Napoleon me parece el hacha de las ideas revolucionarias cuando derriba el árbol carcomido del Imperio Sacro. Ya sabeis mis juicios sobre el tercer Napoleon, y sin embargo, me entusiasmo siempre que veo pasar las banderas victoriosas en Solferino y en Magenta. Vais á romper toda esta tradicion de gloria para uniros con podrido cadáver. El Austria ha querido curarse la gangrena del despotismo cuando llegaba ya al corazon. El remedio ha sido muy tardío y ha acelerado la hora de su muerte. No hay fuerza humana capaz de sostener una federacion bajo el cetro de un emperador. Mirad la Confederacion Helvética, formada de franceses, de italianos y de alemanes. Ninguna de estas razas quiere incorporarse á su nacion madre. Todas perseveran en ser suizas, porque Suiza es la libertad, porque Suiza es la democracia, porque Suiza

la República, porque Suiza es el oasis mo-
l de Europa, porque Suiza es el santuario
nde se ha refugiado la dignidad humana.
ero las razas aglomeradas en el Imperio austriaco tienden á separarse como presos que ven abierto su calabozo y que se dispersan en diferentes direcciones. El nervio de Austria está en Hungría, y Hungría no la ayudará en una guerra, porque sabe cuán cara habia de costarle su propia victoria. Los demás Estados son enemigos entre sí, y enemigos todos del Sacro Imperio. A estas graves cuestiones se une la cuestion religiosa. Los obispos no quieren obedecer las leyes constitucionales que promulgan la libertad de conciencia. Invocan las antiguas leyes para justificar su desobediencia. Pedimos que se les apliquen, exclama un publicista; entre ellas hay una que dispone coser en pieles de cerdo fresca á los obispos rebeldes y arrojarlos al Danubio, como los romanos arrojaban, dentro de un saco, en compañía de un mono y de una serpiente, los parricidas al Tíber. Ese Imperio no tiene fuerza. Alianza dañosa.

—Pero ¿qué hemos de hacer cuando nosotros somos los provocados? Thiers y todos los orleanistas dirigen las mayores acusaciones al Imperio, porque iniciando la política de las aglomeraciones de razas y de territorios ha disminuido la grandeza material de Francia. En vano el Emperador Napoleon ha querido poner esta política bajo la augusta égida del fundador de la dinastía; se le han reido en las barbas. En vano ha mandado á Berlin el diplomático de la familia, su propio primo, para decir á Bismark que le sacára de los grandes apuros en que le ponia el haber auxiliado tan de buena fé á la grandeza de Prusia. No han querido oirle. De la anexion de los Principados rhinianos á Francia no se puede hablar sino despues de la primera victoria. A todo esto nos suscitan las naciones, que más nos deben, innumerables dificultades. Italia aprovecha esta coyuntura, á fin de obtener la evacuacion del territorio pontificio, evacuacion imposible. Los pequeños Estados de Oriente, siervos unos de Rusia, como Grecia, y siervos otros de Prusia, como

Rumania, atizan aquella pavorosa cuestion, para aumentar nuestro embarazo. Grecia sostiene á Creta y subleva á Albania, Rumania enciende á los búlgaros, que ya están en armas y que tienen empeñada una campaña, la cual es tan peligrosa como una hoguera á la puerta de un polvorin. Si queremos tratar de una alianza económica con Bélgica y Holanda, Inglaterra nos opone su veto. Si queremos, aprovechándonos de una cesion en regla, fortalecer nuestra frontera del Nordeste con la anexion de las fortalezas del Luxemburgo, nos opone su veto Prusia. En cambio, el Ministro de Baden se burla del tratado de Praga, por nosotros puesto como límite á los engrandecimientos de la Alemania del Norte, y brinda porque desaparezca la línea del Mein. Hasta los Estados-Unidos vienen á traer su contingente de cólera. Vuestro compatriota el Almirante de los Estados-Unidos, Ferragus, se pasea por el Mediterráneo y turba la serenidad de las aguas del Bósforo con vivas á Rusia, la enemiga de Occidente. Y Rusia se acerca sigilosamente á su paraiso, á

Constantinopla. No hay más que un medio, no hay más que un recurso en estos instantes supremos, en esta suprema angustia; no hay más que la espada de Francia.

—Pero la espada de Francia, una fuerza material, no sirve de nada contra tantas fuerzas materiales. Imposible que reproduzcais la epopeya guerrera del primer Imperio, al cabo rematada por una catástrofe, por Waterlóo. La precision y la fuerza de las máquinas de guerra han imposibilitado las inspiraciones del génio. Tantos contra uno pueden aniquilarlo. Pero aun os queda un recurso, la fuerza moral: arrojad la espada é invocad la libertad. Entonces volvereis á ser la nacion iniciadora del progreso, el pueblo redentor, el génio de la filosofía; y con el viento que vuestra bandera agite, se caerán las coronas de vuestros enemigos; y cada paso que dé Francia resonará como un golpe mortal en las bases de los tronos. Entonces vereis cómo los reyes no pueden declararos la guerra. Unos habrán caido á vuestros pies, derribados por vuestras ideas. Otros necesitarán sus

[redacted]

fuerzas para emplearlas contra sus pueblos. Y Francia volverá á ser el sol de las naciones.

—Pero todo eso á costa de proclamar la República, exclamó el militar, jamás; la República, que nos desarmaria, jamás, jamás. Venga la guerra contra todos y contra todo, que yo tengo fé en los destinos del Imperio.

—Sonad, sonad la trompa guerrera, le dije yo. El mundo político europeo, amenazado por la guerra, me parece como aquel jigantesco sueño de Byron, en que el sol se ha ido, las estrellas se han apagado, el dia ha muerto, el planeta rueda como un yerto cadáver en los espacios infinitos, cosido dentro de un saco de tinieblas; y los hombres queman sus bosques, sus pueblos, sus riquezas para iluminarse; hasta que todo consumido, todo devorado por el frio, dos eternos enemigos, palpando en la oscuridad, encuentran las cenizas medio apagadas de un altar, soplan su rescoldo, lo avivan, y al mortecino resplandor se ven, y espiran de rabia, leyendo cada cual mútuamente, en su pálida y demacrada cara esta siniestra palabra: ¡Maldito, maldito!

CAPITULO LXXIX.

LA REVOLUCION ESPAÑOLA.

¿Qué impidió en aquel momento la guerra! Un suceso extraordinario, aunque previsto; el estallido de la revolucion española y el destronamiento de la dinastía de Borbon.

Si alguna vez el despotismo logró apagar la vida de un pueblo, fué en los últimos tiempos del reinado de Doña Isabel II. Nadie pensaba que pudiera verificarse el milagro increible de la resurreccion de España. Todos creian llegada la hora siniestra y solemne de su muerte. La noticia de que la espada de Narvaez se habia embotado para siempre en

la losa de su recien abierta tumba no tuvo eco ninguno. Los que esperaban una revolucion triunfante así que dejase la férrea mano de guardar la frágil corona, quedaron muy desengañados.

¿Qué importaba, ni qué significaba un muerto más en aquella tierra de los muertos? Se morian los opresores sobre el cadáver de los oprimidos sin que se viera despuntar ninna luz por nuestros horizontes cargados con los miasmas de cuatro siglos de corrupcion y tiranía. La pátria infeliz, bien deseaba sacudir tan triste estado que embargaba todas sus facultades; pero la magnitud de la empresa excedia á la intensidad del deseo. El régimen vigente se apoyaba en tradiciones creadas por una larga servidumbre, en el miedo á la libertad de las clases conservadoras, en la cándida ignorancia del pueblo oprimido brutalmente para que no viera la libertad y no la desease con la viveza propia de nuestra raza, y la conquistase con aquella energía, característica de los conquistadores del mundo. La monarquía

forjaba una mordaza para todos los lábios, y ponia un límite infranqueable á todas las ideas, un freno á las más nobles aspiraciones. El clero la apoyaba en esta obra de la degradacion de una raza de héroes, en este aniquilamiento de la conciencia de un pueblo nobilísimo; y las clases conservadoras, que empezaban á temer por sus propios intereses, en vista de la tenacidad de la reaccion, temian más, mucho más, los azares de las revoluciones. Por consecuencia Gonzalez Brabo, dueño absoluto del poder, no hacia otra cosa que impulsar la máquina montada por el clero y la monarquía como la impulsaba Narvaez. Singular hombre en verdad este Gonzalez Brabo que fué el primer ministro de la Reina Isabel, y que estaba destinado en los secretos de la Providencia á ser tambien el último. Tenia todas las cualidades del demagogo antiguo: valor, audacia, elocuencia, volubilidad de carácter, mayor volubilidad todavía de ideas, vida pública guiada por su interés; ningun escrúpulo para agitar como los tribunos al pueblo cuando se

hallaba en la oposicion, y ninguno para oprimirlo como los Césares cuando estaba en el poder; facilidad increible para cambiar de banderas; sofistería ingeniosa para sostener todos los principios; temeridad en los combates políticos, fé extrema en su destino, menosprecio por la opinion pública, amor, sin embargo, al aplauso, impaciencia contra las censuras, rapidez en la concepcion de un sistema, prontitud y energía para realizarlo, mucho amor propio, y ninguna consecuencia. ¿Quién podia representar mejor el sistema de aventuras á que se entregaba la córte? ¡Él! que adulára al pueblo, sabia cómo se abate á los pueblos. ¡Él! que fuera tribuno, sabia cómo se enerva á los tribunos. ¡Él! siempre conspirador, sabia cómo se desbaratan las conjuraciones: Catilina se vestia de fraile.

La prensa española no tiene páginas tan demagógicas como las que escribiera Gonzalez Brabo. La tribuna española no tiene discursos tan tribunicios como los que Gonzalez Brabo pronunciara. Durante la guerra civil

disolvia pólvora en el vino de las tabernas; y esa era su tinta. Arrazola fué su compañero de ministerio varias veces. Y sin embargo Arrazola no pudo olvidar que Gonzalez Brabo, dirigiéndose á él, dijo estas palabras: «No hay espectáculo más instructivo á un pueblo que enseñarle en la horca la cabeza de un ministro.» La Reina Isabel le ha nombrado cuatro veces su ministro, dos su presidente del Consejo. La Reina Isabel le ha condecorado con el Toison de Oro, guardado en las pueriles etiquetas cortesanas para los reyes ó para los iguales de los reyes. Y sin embargo, la Reina Isabel no podia haber olvidado que dirigiéndose á su madre, ¡oh! á su madre, Gonzalez Brabo comenzaba así un artículo: «Ilustre prostituta.» Yo comprendo que un rey constitucional nombre en la pasividad impuesta á sus deseos por las leyes ministro á un hombre aclamado por la opinion pública. Pero no comprendo que una Reina absoluta, ó al ménos arbitraria, desafíe la opinion para nombrar ministro á un hombre que ha insultado lo que más queremos en el mundo, lo

que más respetamos nosotros los plebeyos; nuestra madre, por cuya honra perderíamos cien veces la vida y hasta el alma.

Bien es verdad que en este culto á la familia, natural en todos los corazones, muestran los reyes tan monstruosas excepciones, que solo me explico y solo me disculpo con pensar que el metal de una corona quema una conciencia. Cárlos III, sin embargo, no perdonó jamás á los jesuitas que abrieran una informacion para probar que era hijo, no de Felipe V, sino de Alberony, ministro favorito de su madre. Este recuerdo fué una de las causas que más directamente influyeron en la expulsion de los jesuitas. Pues bien: la Reina Isabel hizo uno de sus oráculos, una de las personas más influyentes en su córte, á la monja sacrílega, que intentó probar el año 39 con el milagro de sus llagas, que la Reina Isabel no era ni hija de Fernando VII.

Continuemos en el estudio de Gonzalez Brabo. Nombrado por la córte para armarle á Olózaga un proceso cuyo fundamento era una calumnia, saltó con la impetuosidad pro-

pia de su carácter violento por encima de la Constitucion y de las leyes. Cayó á los pocos dias tan desacreditado, que ni siquiera su nuevo partido lo quiso para ministro. Veinte y tres años pasó fuera del poder, aunque buscándolo con todos los medios y por todos los caminos. En esto, las necesidades de la política habian traido un nuevo partido conservador que se llamó la union liberal, y que en cinco años de un gobierno largo y fuerte desmintió su título con una política reaccionaria. Gonzalez Brabo recobró sus hábitos y su lenguaje de tribuno, fué á los clubs, escribió artículos violentísimos, y hasta amenazó á la dinastía con suerte semejante á la suerte de la dinastía de Nápoles. El ministerio llegó á sus manos, merced á la caida de la union liberal; y, ya ministro, comenzó á practicar la autoridad con la misma violencia antes empleada para defender, como orador, la libertad. El partido liberal no podia perdonarle su política ni olvidar su historia. Comprometido en una série de violencias contra la Universidad y contra la prensa, cayó Gon-

zalez Brabo del poder bajo los anatemas de la opinion. No olvidó nunca esta caida, en que la cátedra y la prensa tuvieron tanta parte, alcanzando una de esas victorias morales reservadas á las instituciones modernas cuando pueden moverse en los dilatados espacios de la libertad; y vuelto al poder en la última reaccion, iniciada á consecuencia de nuestra última derrota, resolvió tomar ruidosa venganza de la prensa oprimiéndola y de la Universidad despoblándola. En cuanto á los que, por un deber de conciencia, contribuyeron á su caida, todos fueron condenados á muerte. Pero se realizaron sus deseos: mandó á su arbitrio en el silencio y en la oscuridad, sin que una palabra contraria le perturbara, sin que la más ligera oposicion asomase, conservando las apariencias del sistema constitucional como los emperadores de Roma conservaban los nombres de las magistraturas republicanas despues de haber suprimido la Repúlica. Su política estaba resumida en dos frases: combate á la revolucion armada con las armas, y á la revolucion pacífica con las leyes. Compren-

[redacted]

do lo relativo á la revolucion armada: es su deber. Pero en esta Europa, donde la mayoría de los gobiernos presentan la soberanía popular como su título, el sufragio universal como su orígen, el cumplimiento pacífico de la revolucion como su destino, el gobierno español ofrecia una excepcion monstruosa, consagrado á comprimir las ideas modernas como aquel tirano persa que azotaba el mar.

El ministerio que Gonzalez Brabo constituyó, era un ministerio insignificante, donde no se oia ninguno de los nombres que formaban como el núcleo del partido moderado. Hasta Sanchez Ocaña, que era el representante en el gobierno de una fraccion tan numerosa como la de Moyano, y de una idea tan popular como la idea de las economías, cesaba, convencido sin duda de que la tiranía es un mónstruo hambriento, el cual necesita tambien un presupuesto incalculable para satisfacer su hambre. El abandono del ministerio de Hacienda por Sanchez Ocaña demostraba que la fraccion ménos reaccionaria del partido moderado no apoyaba á Gonzalez Brabo.

Lastimaba ver un país tan hermoso por su cielo, tan rico por sus campos, tan abierto á todos los productos del comercio por sus costas, tan grande por su gloriosa historia, tan ilustre por los génios dados al mundo en las artes de la paz y de la guerra, tan amable por el carácter de sus hijos, tan sublime por el valor de sus razas; lastimaba verlo reducido á sufrir un gobierno tiránico, que manchaba con su hálito venenoso los huesos de nuestros padres, los cuales se sacrificaron en la guerra de la Independencia y en la guerra civil para darnos los dos primeros bienes de los pueblos: la libertad y la pátria. Pero España enseñaba cuán fatal es una ciega generosidad á cuyos impulsos los pueblos vencedores suelen dejar confiada la custodia de sus derechos á los tiranos vencidos. Caeremos todavía más bajo con el peso del cadáver que llevamos sobre nuestros hombros, hasta que por un esfuerzo supremo consigamos alzarnos á ver la luz y á respirar la libertad, dando á los manes de nuestros padres, tantas veces ilustres domeñadores de la tiranía, el consuelo

de creernos dignos de continuar la obra comenzada en 1808, y de llamarnos hijos de los que redimieron á Europa. Yo lo esperaba aún, y esta esperanza era mi fortaleza en el abatimiento de la derrota y el lenitivo único á los dolores del destierro.

Así en otoño de aquel mismo año sobrevino la revolucion, por no poder España sufrir más tiempo resignada la horrible reaccion borbónica. Tres años hacia que el más absurdo despotismo se implantára entre nosotros. Y no pasó un sólo año sin protesta. Podia sucumbir este nuevo esfuerzo; pero no por eso dejaba de ser digno y honroso ese forcejear contínuo de nuestro pueblo bajo su yugo. No hemos nacido para la esclavitud. La Reina preveia que su política de persecucion no contaba con una grande vitalidad. El vacío ganaba su trono. Olvidando que España quiere, sobre todo, su independencia, trataba de unir la reaccion española á la reaccion europea. A este fin desposó á su hija con un ex-príncipe de Nápoles. Los muertos abrazaban á los muertos en la fosa comun de su histo-

ria. En seguida demandaba el auxilio de Napoleon á quien odiára siempre. Cuando la entrevista debia celebrarse, no sin gran repugnancia de parte de las Tullerías, la bomba estalla entre los piés de la mesa del festin ya preparada en San Sebastian para festejar á los huéspedes, á la familia imperial de Francia.

La marina tiene la gloria de haber comenzado la revolucion. Y no se venga diciendo como tantas otras veces que estas son insurrecciones militares, contrarias al honor nacional. Tal idea proviene de una falsa concepcion de la sociedad, y de una série de preocupaciones monárquicas. ¿Pues qué los soldados, tanto de mar como de tierra, no son ciudadanos? Y siendo ciudadanos, ¿han de ver indiferentes que se esclaviza á su pátria, que se persigue á su familia, que se dilapida el tesoro público, que se violan todas las leyes, y se rasga artículo por artículo el pacto sobre el cual descansá la nacionalidad española? Cuando un gobierno quiere ser respetado, comienza por respetar la ley. Cuando una mo-

narquía quiere ser obedecida, comienza por obedecer la Constitucion.

Nosotros teníamos un derecho perfecto, absoluto, aun dentro de aquella legalidad, para negar á la Reina el juramento de obediencia, porque ella habia comenzado por negarnos el juramento de respeto á nuestros derechos. Pero contemos y no discutamos un hecho, cuya justificacion se encuentra en la conciencia universal. Isabel II quiso al entrar el otoño de 1868, aflojar un poco su política de cuerda tirante. Conocia bien que no era posible tirar mucho tiempo de un cuerda podrida. Pero el miedo á una media libertad de prensa que dejara penetrar algun rayo de luz en el calabozo de su poder; y el miedo á una amnistía que pudiera enviarle á vivir á su lado, respirando el mismo aire que ella, á tantas víctimas de su arbitrariedad, le impidieron una inteligencia con el partido conservador que le proponia medidas de reparacion y sentimientos de concordia.

La escuadra de Cádiz, la *Villa de Madrid* y la *Zaragoza*, enarbolaron la bandera de in-

surreccion. El brigadier Topete se puso al frente. Los generales desterrados á Canarias llegaron á bordo de estos buques. En los primeros momentos, segun unas noticias, Cádiz, ó mejor dicho, el gobernador de Cádiz se negaba á entregar la plaza á la revolucion. Segun otras noticias, la revolucion estaba en Cádiz vencedora. Al mismo tiempo, el general Prim se dirigia á Valencia, á Cartagena. Estas plazas rebosaban de elementos revolucionarios, y debian responder inmediatamente al grito lanzado en Cádiz. El gobierno se encontraba sin ministro de la Guerra. El general Concha (D. José), fué nombrado á última hora para este cargo por la Reina, prescribiéndole una resistencia á toda su costa.

El país estaba cansado de la tiranía insolente que sobre él caia, y aprovechaba aquella ocasion suprema de reivindicar su libertad y de regir por su soberanía los propios destinos. Es necesario para conocer la corriente de esta revolucion, remontarse á su origen. No hablamos del antiguo, del eterno, de la irremediable contradiccion, del profundo anta-

gonismo entre las ideas de la dinastía y las ideas del siglo. Hablamos del inmediato, de los hechos que lógicamente vinieron á engendrar el hecho capitalísimo de este levantamiento. Un partido se formó en España, como un organismo nuevo de una nueva idea, el partido democrático. La Reina en su ceguera no solamente queria desconocer la idea, sino hasta negar el hecho. Esta manía la heredó de su padre, el cual dió un decreto declarando que no habian existido los tres años del régimen constitucional. Registrad los delirios de los déspotas desde el azote del mar por Ciro hasta los desposorios con la luna de Calígula y no encontrareis en ninguno la idea de suprimir el tiempo. Estaba reservada á Fernando VII. Pues su hija se dió á suprimir un hecho inevitable. El partido democrático no existia. En vano entraban los diputados demócratas en las Córtes, los periódicos democráticos en el palacio de Madrid; en vano desde la Universidad Central, catedráticos muy populares que profesaban públicamente estas ideas, las infundian á toda una generacion; para la

Reina los hechos no eran hechos. A cuantos ministros llegaban á su presencia les imponia esta declaracion: la ilegalidad del partido democrático.

Tal locura debia dar sus resultados. Fueron disueltas por el ministerio Miraflores unas Córtes y convocadas otras en el mes de Junio de mil ochocientos sesenta y tres. Los partidos liberales, que habian hecho en la tribuna grande y provechosa propaganda, se preparaban á luchar legalmente en los comicios. El partido democrático, pidió permiso para celebrar una reunion electoral. Los que firmaban la peticion, escritores, abogados, catedráticos, estaban todos en las listas electorales. Pero el ministerio, violando el principio de reunion, dió una Real órden en la cual disponia que solamente facultaba para ejercer este derecho á los electores, á la sazon muy reducidos en número por lo aristocrático del censo. Tal órden mataba la influencia de los oradores sobre las muchedumbres, la influencia de las muchedumbres sobre la opinion, la influencia de la opinion sobre las elecciones.

El partido progresista, partido hasta entonces constitucional, presentó una protesta contra la Real órden, anunciando que si no se revocaba, entraria en la abstencion, y que esta abstencion significaba el propósito de apelar á la fuerza contra la fuerza, á la violencia contra la violencia, á la ilegalidad contra la ilegalidad. La Reina pudo salvarse revocando la Real órden inconstitucional; pero prefirió una lucha á una concesion. Los dos partidos liberales se retiraron de las urnas publicando á la vez dos elocuentes manifiestos que la historia registrará como dos muestras clarísimas de la entereza política de España y de su virilidad de carácter. La Reina habia sido advertida á tiempo. Su orgullo iba á ser tremendamente castigado.

Pronto comprendió su error al ver cómo la opinion pública se despertaba. Por aquellos dias murió el promovedor principal del retraimiento, diputado á Córtes por Madrid y director de *La Iberia*, murió Calvo Asensio, que se habia distinguido por una energía de voluntad y una fuerza de conviccion ver–

daderamente incomparables. Jamás ningun ciudadano tuvo entierro como aquel entierro. Madrid entero se vistió de luto. La Reina se vió obligada á no salir aquel dia de su palacio, porque sólo encontraba rostros amenazadores. Las elecciones estuvieron desiertas. Una comision de los partidos liberales se instalaba á la puerta de los colegios, y notaba con un lapiz los nombres de sus correligionarios, que iban á votar para entregarlos á la execracion pública. Ninguno aparecia. En Madrid, en Barcelona, en Zaragoza, hubo distrito donde sólo se presentaron veinte y dos electores. Las Córtes nacian muertas. La mayoría de la prensa no daba cuenta de sus sesiones. Algunos diputados se sonrojaban de ir á su asiento como electos por dos docenas de amigos. Mientras tanto, donde quiera que hablaba un orador liberal, acudian las gentes a millares, como diciendo que el Parlamento estaba fuera del Parlamento. Y estos oradores con reticencias, con alegorías, con metáforas, con apólogos, tan fáciles en la oriental lengua española formulaban el pensamiento

capital de la revolucion: la deposicion de los Borbones.

Los parlamentos nacian y morian sin ninguna autoridad. Baste decir que fueron disueltos cinco en cuatro años. Entonces la Reina empezó las concesiones. No conocia el carácter del pueblo español. Cuando se ha decidido por una causa la sostiene hasta el martirio. Cuando ha tomado una resolucion, la lleva hasta la violencia. Un ministerio Mon se formó encargado de formular las concesiones. Suprimiéronse cuatro artículos furtivamente introducidos en la Constitucion por una Asamblea reaccionaria. Dióse una ley de Imprenta relativamente liberal. Y en una ley de reuniones, se abolió la malhadada Real órden, orígen de la abstencion. Mas era tarde. Los partidos liberales contestaban á estos halagos diciendo claramente: no elegimos diputados, elegimos conspiradores; no vamos á las elecciones, vamos á la revolucion. La prensa liberal empeñaba con la dinastía una de las guerras más formidables y más brillantes que recuerda la historia. Nada tan digno de estudio como el

[redacted]

sentimiento, el calor, la facundia del periodismo español en una época de efervescencia. Unid las austeras convicciones de Armando Carrel con el pintoresco, sentimental lenguaje de Camílo Desmoulins, todo teñido por esos reflejos orientales que da á las ideas la más hiperbólica y la más rica de las lenguas modernas, y comprendereis el periodismo español, nervioso, imaginativo, improvisador, elocuentísimo. Cada artículo era una proclama. El pueblo y el ejército devoraban estos artículos con la avidez propia de una raza entusiasta. . .

La Reina, viendo que un ministerio Mon nada conseguia, nombró un Ministerio Narvaez como una amenaza. En Setiembre de 1864 tomó este antiguo dictador el poder, acompañado de Gonzalez Brabo, el cual acababa de contraer grandes compromisos con las oposiciones liberales en una série de actos y de discursos tribunicios que aconsejaban á la dinastía refugiarse en el liberalismo. Su orgullo era tal, que se lisonjeaba con sacar á los liberales del retraimiento. Apenas entró por

las puertas del poder, disolvió las Córtes, y ordenó que durante los tres meses del período electoral en que debian nombrarse las nuevas, no se recogiese ni se denunciase ningun periódico. Mas los periódicos aprovecharon aquellos noventa dias de libertad para afirmar el retraimiento y desacreditar la dinastía. Jamás ningun rey, ni Cárlos I, ni Luis XVI, han oido en el trono lo que ha oido doña Isabel II.

Seria digno de la historia el recoger aquellos artículos y el mostrar cómo sus ideas, cómo sus frases mellaron la corona y destruyeron el trono de doña Isabel II de Borbon. Celebrábase el aniversario de la muerte de Fernando VII, y era costumbre antigua el pronunciar en la Capilla de Palacio el sermon de sus honras fúnebres. Los predicadores, por regla general, lanzaban sobre la maldecida memoria del muerto, en obsequio á su hija, desde lo alto del púlpito el incienso de la adulacion y de la lisonja. Puede decirse que jamás la Cátedra del Espíritu Santo fué por tan extraña manera profanada. La prensa

liberal, en el mismo dia del aniversario, á la faz de su hija asentada en el trono, levantaba el sudario que cubria la asquerosa figura de Fernando VII, y la mostraba en toda su horrible desnudez. Merecen citarse para conocer el valor de la prensa, alguna de aquellas oraciones fúnebres que la cátedra de la revolucion oponia á la Cátedra del Espíritu Santo, convertida en centro de la lisonja cortesana.

«Hoy hace treinta y un años que expiró este rey funesto; este rey que ha manchado nuestra historia y ha envilecido nuestra política. Todos los años, la adulacion servil que no muere nunca, suele arrojar desde lugares donde solo debia oirse la voz de la justicia, á manos llenas, flores sobre su maldecida memoria, como si el incienso de la adulacion pudiera contrastar el hedor que exhala siempre la asquerosa tiranía. Es preciso que la historia no calle, porque la historia es la conciencia de la humanidad: y entiendan los que no la temen, que su justicia es implacable, y sus castigos eternos. Espiraba en este dia

el hombre funesto, sin amigos, divorciado del partido en cuyas aras lo sacrificara todo, desobedecido por su hermano mayor, abominado de la teocracia á quien sirviera, oyendo los gritos de los liberales en armas á las mismas puertas de su palacio, y de los facciosos en armas á las mismas puertas de su monarquía; dudando de la suerte de su esposa y de sus hijas, viendo aparecer sobre su lecho de agonía, los destellos de la revolucion que habia creido apagar con sangre; corrompido por gangrenosos males su cuerpo, y por la desesperacion su alma: todo podredumbre. Jamás se conoció rey que haya sido tan cruel como Fernando VII. Quince mil expatriados en 1814; veinte mil en 1823; seis mil españoles sacrificados por sus venganzas en los cadalsos; doscientos cincuenta mil muertos por sus errores en los campos de batalla, ya en mar, ya en tierra, dicen cuán grande y cuán negra debia ser la mancha de sangre con que aquella alma se presentaria ante el juicio de Dios.»

«Nacido en una córte corrompida, su con-

ciencia no tuvo un dia sereno. Sus primeros enemigos fueron ¡qué horror! sus padres. Contra ellos dirigió las primeras asechanzas de su carácter; sobre la humillacion y la vergüenza de ellos alzó sus primeras ambiciones. Oyó los consejos de un sacerdote infame: convirtió su córte en conciliábulo; armó los frailes; conspiró con embajadores extranjeros; contó al capitan del siglo hasta debilidades que debia ocultar por propio decoro; pidióle sus princesas por esposas; desconoció la autoridad de aquel de quien recibió la vida y debia recibir la corona; y al fin de toda esta trama, pudo ver la ancianidad de su padre ultrajada, la independencia de su pátria vendida, el extranjero en el sólio, su corona en el suelo, y su pueblo en la servidumbre.»

«¿Qué hubiera hecho un príncipe digno de mandar en España? Caido en la celada que su propia ambicion preparó, y que Napoleon aprovechara con tanto arte, erguirse y protestar contra la violacion de su pátria, contra la usurpacion de su corona. ¿Qué hizo Fer-

nando VII? Mientras el pueblo español abrazaba ¡pueblo mártir! el sacrificio más glorioso que recuerda la historia; mientras la guerra desataba sobre nuestro suelo todos sus furores, y el hambre consumia poblaciones enteras; mientras la sangre rebosaba en los bordes de la Península, y el incendio oscurecia nuestro claro cielo; mientras Madrid caia en el Dos de Mayo á los golpes arteros de la traicion, y Alicante y Cádiz veian pasar sobre sus hogares las bombas francesas, y peleaba desarmada Valencia, y sucumbia sobre montones de cadáveres Tarragona, y diez mil españoles morian entre los escombros de Gerona, borrada casi del suelo, y se suicidaba Zaragoza, y los campos sólo guardaban cadáveres insepultos, y el aire los miasmas de la peste, todo por Fernando, ¡ah! Fernando, sin ver las sombras de los mártires, las escuálidas mujeres que, como las madres de Jerusalen, sólo con sangre podian lactar á sus hijuelos; Fernando escribia á Napoleon felicitándole por sus victorias, demandaba á José I una banda de la órden que habia fun-

dado en España; y entre fiestas, saráos, conciertos, iluminaciones, bailes sin fin, brindaba agitando la espumósa copa en la mano, con estas palabras: *por nuestros augustos soberanos el grande Napoleon y María Luisa su augusta esposa.* Tácito no registra un hecho análogo á este en sus anales; no lo recuerda Suetonio; no lo han referido ni los historiadores de la historia augusta en aquellos últimos dias de la decadencia de un mundo, en que tantas manchas aparecieron sobre la faz lívida de la civilizacion clásica.»

«Tenia en el ánimo de Fernando VII la ingratitud su propia habitacion. Libre en 1814 por los heróicos sacrificios del pueblo español, ¿qué debió hacer? Ocultar con sus liberalidades las miserias del cautiverio. ¿Qué hizo? Mostrarse más enemigo del pueblo español que los extranjeros vencidos. Su primera idea fué borrar el código á que fiaban los españoles la libertad; su primera accion encarcelar á los que habian escrito ese código y evocado esa libertad. Doce mil españoles sufrieron la pena de proscripcion. Para

todos los hombres más ilustres de España fué la libertad de Fernando VII señal de cautiverio. Todos los que podian enaltecer al país estaban en el destierro ó en la cárcel. El poeta clásico Gallego; Quintana, nuevo Tirteo de la independencia nacional; Argüelles, de cuyos lábios comenzó á brotar la elocuencia política española; Muñoz Torrero, que esparció con su soplo las cenizas de la inquisicion; Moratin, nuestro primer dramático de aquel tiempo; el dulcísimo Melendez; Lista, Marchena, Mora, restauradores de las letras, todos gemian en el destierro ó en la cárcel, como si la luz gloriosa que despiden sus aureolas hiriese los ojos del déspota. La crueldad era tanta, que no perdonaba ni á las familias de las inocentes víctimas. La mujer que hubiera cumplido con su deber, acompañando á su esposo en la emigracion, era castigada como criminal y quedaba para siempre fuera de España. Así la tiranía que se cree en su soberbia, imágen de Dios, castiga como crímenes las virtudes que Dios premia con premio inmarcesible. ¡Y si hubieran sido estos

mente los horrores de aquella época!....
lier, soldado de la independencia, es
paramente inmolado. Lacy tambien; los
e oyeron el ruido de las armas en el dia de
s conflictos, sólo oyen el ruido de los cer-
ojos en el dia de la victoria; la inquisicion
nace, y Fernando VII quiere emular á Fe-
pe II; fúndase una órden para enaltecer el
anto Oficio; vuelven los jesuitas; levanta La
bisbal una horca permanente en medio de
Cádiz; arroja Elío una turba de asesinos so-
bre Valencia; los capitanes generales organi-
zan ejércitos de esbirros; el fraile Ostolaza
pronuncia sermones y publica libros en que
habla de los triunfos recíprocos ¡oh blasfe-
mia! de Dios y de Fernando VII; y una vil
canalla, hez de la sociedad, carne de los pre-
sidios, alimentada por los frailes, y por los
frailes movida, puñal en mano, se desata co-
mo legiones de furias, en pos de víctimas li-
berales que ofrecer al hambre voraz del des-
potismo.»

«Pero la revolucion en el siglo décimo-nono
está, ó suspensa, ó eclipsada; no vencida.

Renace en 1820. El rey cae á sus plantas! ¡Cuántas perfidias para combatirla! ¡Cuántas iniquidades para vencerla! Juró la Constitucion de Cádiz con rostro sereno, como si no hubiera cometido ninguna felonía con la causa de la libertad. Rey constitucional, no lo fué nunca. Odiaba á sus ministros, y entre dientes llamábales mil veces presidiarios. Resistíase á sancionar las leyes más liberales y convenientes al país. Decretaba nombramientos que no tenian al pié la firma del ministro como mandaba la Constitucion. Leia en la apertura de las Córtes discursos contrarios á los que habia redactado su gobierno. Presidia las sociedades secretas del realismo. Usaba dos lenguajes, uno humilde cuando le poseia el miedo, y arrogante otro, cuando le poseia la esperanza. Enviaba emisarios á fomentar las discordias entre los liberales, y emisarios á procurarse auxilio de los déspotas. En el 7 de Julio alentaba á los guardias contra el pueblo, cuando los creia vencedores, y despues al pueblo contra los guardias, cuando los vió vencidos. Con mano aleve rasgó la

torias de la independencia que no eran suyas, maquinando para que vinieran los soldados franceses á vengarse en el Trocadero de las afrentas de 1812, y á mancillar así nuestro glorioso nombre.»

«Y desde el punto en que recobró su poder absoluto, el terror recobró tambien su imperio en nuestro suelo. ¿Quién no recuerda 1823? Los delatores señalaban con sangre las casas de los liberales, como para consagrarlas al esterminio; los claros varones defensores de la pátria, ó pisaban el cadalso, ó el destierro, ó el árido camino de la mendicidad; el sistema de purificaciones, sistema no conocido por Tiberio, escudriñaba hasta los secretos del corazon, hasta el silencio inviolable de la conciencia; condenábase á más de cien mil personas, por afectas al régimen liberal, á no acercarse en quince leguas ni á la córte ni á los sitios reales; se daban instrucciones para que muriesen los reos de lesa majestad, y se declaraban reos de lesa majestad á los que habian proferido alguna palabra contra la tiranía, ó habian mirado con tristes ojos el sí-

[redacted]

tio donde se levantaba la lápida de la rasgada Constitucion; cinco liberales eran ahorcados en un sólo dia en Madrid; diez en la Coruña; treinta en Almería; trescientos en Tarifa; un ciudadano llamado Alfaro en Valencia, por haber dicho en estado de embriaguez, viva la libertad; Moreno Solano y Ferretí en Murcia, por haber loado el régimen representativo; y en Barcelona, en el silencio de la ciudadela, en aquellos húmedos y oscuros calabozos, caian sagradas cabezas á la voz del conde de España, como si la muerte únicamente hubiera podido nivelar este suelo de libertad para que sobre él se asentase la tiranía. No podemos continuar. El ánimo se abate al recordar tristezas que han amargado los dias de nuestros padres, qne han cubierto de luto nuestra misma cuna. Nos hemos propuesto conservar vivo el horror á los tiranos, y estos hechos bastan. Decia un historiador contemporáneo, hablando del entierro de Fernando VII: «Al »bajar al panteon el féretro, rompieron con »él una grada de piedra para que hasta su »muerte causase ruinas; y durante la última

»remonia, era tal el hedor, que la comitiva »o podia resistirlo, y algunos indivíduos se »esmayaron. Imágenes vivas del reinado de »Fernando; porque en el sepulcro, exhalados »las aromas de la lisonja, sólo queda la ver»dad, y la verdad de la tiranía es toda cor»rupcion.»

La Reina se indignaba de que la prensa tratase á sí á su familia; veia en aquellas palabras ultrajes á su nombre, á su raza, á su historia; y demandaba á todas horas la represion y la censura. El gobierno, deseoso de desarmar á los partidos revolucionarios y llevarlos de grado á la legalidad, aunque en el fondo del alma deseaba tiranizar á la prensa, no se atrevia á realizar su deseo, por miedo al retraimiento. Así mantenia una política verdaderamente imposible, una política de tirantez al par con la Reina, con la córte y con los partidos liberales.

Para contrastar las corrientes absolutistas de suyo desencadenadas, el gobierno llama á la reina Cristina que en la tristeza de aquellos tiempos y en la oscuridad de aquella reac-

cion, representaba con mayores títulos el único elemento liberal y la única influencia liberal que podia penetrar en el sagrado de Palacio.

Nacida Cristina en una córte donde el derecho divino estaba en grande predicamento; esposa de un rey que á una llamarán tirano, y tirano odiosísimo todos los siglos, por la revelacion de sus entrañas de madre, fué sin embargo, liberal, buscando en el fuego de la revolucion, no la vida de su pueblo, sino la corona de su hija. Movida por este santo interés, por este sublime egoismo, la reina Cristina jamás comprendió la libertad tribunicia de los tiempos modernos, la que, arrancando del fondo del alma, se cree superior á todo privilegio, y estima que la humillan las concesiones y los favores de los reyes. Esto es tan cierto, que en aquel mismo momento de su mayor gloria, de su mayor popularidad, cuando soterraba á los apostólicos y abria las puertas de las Universidades á la ciencia, las puertas de la pátria á los liberales, como si pudiera con sus rosados dedos trazar un lí-

nite al espíritu, ó con su dulce sonrisa aplaar la revolucion, decretaba que no se camiaria nunca, y ménos por su voluntad, la orma de gobierno en España. Es más, muero el rey, comenzada su regencia, amenazando desde Portugal D. Cárlos, concentrados los ódios de los apostólicos sobre su frente, próxima la régia cuna donde dormia su hija á flotar sobre mares de sangre, abierta casi la guerra civil, cerrada toda esperanza de acomodamiento con los carlistas, aun persistia la reina gobernadora en que la nacion llevase la coyunda de la monarquía absoluta, y vertiese su sangre antes por los derechos de los príncipes que por sus propios derechos.

Las ideas pueden más que las voluntades de los hombres; el espíritu humano es más fuerte que aquellos que se creen sus dominadores; y á pesar de las negociaciones de la reina Cristina, á pesar de sus esfuerzos, la revolucion subió las gradas de su trono, y estendió su tromba de fuego sobre aquella hermosísima cabeza. Cristina vió asaltada su cámara por unos soldados que le arrancaban

un juramento; vió los liberales volver en su contra las armas; vió en tierra los ministros nombrados por su autoridad soberana; vió disperso el partido moderado que forjara en su palacio; vió la democrática Constitucion del doce, arrancarle el veto absoluto, sembrar de ayuntamientos republicanos la Península, ahuyentar y esparcir los próceres, y poner en el trono la imágen augusta del pueblo, representada por unas Córtes soberanas y constituyentes. La revolucion, siempre generosa en España, guardó á la reina gobernadora toda suerte de consideraciones. Aunque el artículo ciento noventa y dos de la Constitucion del doce prescribia que la regencia se compusiera de tres personas, las Córtes dejaron la regencia en manos de doña María Cristina. Algunos diputados protestaron contra el quebrantamiento de la ley, como los por tantos títul ilustres Gorosarri y García Blanco, y el pu blo mismo oyó con desagrado sus protest

Y sin embargo, para la reina madre la volucion fué siempre un enemigo. El di que iba rodeada de su córte, con su hij

. mano, á presentarse ante la Asamblea, sus ortesanos, su mismo secretario, escribian un rtículo escandaloso en que llamaban concilábulo á la representacion nacional, esclava á a reina, turba de sangrientos demagogos á os legisladores, sicarios á los milicianos que acababan de ahuyentar de las puertas de Madrid á D. Sebastian, y juramento inútil, por forzado, al que iba á sellar el Código de 1837. En efecto, cuando volvia á su palacio, llevaba ya la reina decidida la suerte del partido liberal, y decretada su proscripcion del poder. Auxiliábanla en ello mucho las reaccionarias disposiciones que en materia electoral tomaron las Córtes del 37, malbaratando el sufragio popular por el censo. Pronto volvió el partido moderado, fijo el pensamiento en robustecer la autoridad de Cristina, y en matar los libres municipios. No comprendieron ni la reina ni su partido que aquellos municipios habian, durante la guerra civil, salvado la libertad. Con la grande autoridad que ejercian, con la milicia nacional que mandaban, con el voto popular que les servia de escudo,

renovaron las hazañas de Zaragoza y de Gerona en Ceniceros, Gandesa, Bilbao y Lucena. Herirles era herir la revolucion en la frente. La reina los hirió, y al poco tiempo tocó las consecuencias de tamaño atentado; el país se sublevó en su contra; cada Ayuntamiento fué un foco de revolucion; cada miliciano nacional un enemigo de la señora que les habia dado el nombre de Cristinos; y un dia, siempre memorable, vió á la reina más popular, que ha habido en el presente siglo, huir de su pátria, dejar su corona, abandonar sus hijas, y lanzarse entre el tumulto de las olas y de las maldiciones populares á extranjeras playas.

Para que volviera se sublevó O'Donnell, y se sacrificó Leon; para que volviera se entabló el proceso de Olózaga; para que volviera cometió Gonzalez Brabo su traicion política, y comenzó Narvaez sus primeras venganzas; y volvió en efecto, saludada, festejada como en los primeros dias de su reinado, entre nubes de incienso, entre palmas y flores, á ser el espíritu y el corazon, el alma y la vida del

[redacted]

tido moderado. Pero ¡ah! la habia abandodo la aureola popular que llevara en sus ienes. El pueblo no conocia del partido moerado más que su hermoso símbolo; no miaba la idea, miraba la mujer que parecia reresentarla como un simulacro, como una estátua. Todos los desórdenes de los once años, los fusilamientos sin formacion de causa, la violacion sistemática de los hogares, las cuerdas á Filipinas, las horribles proscripciones que emulaban las de Sila, el despilfarro de los caudales públicos, la inmoralidad gangrenosa, los escándalos de las concesiones de ferro-carriles, los empréstitos ruinosos, la anarquía electoral, las amenazas de golpe de estado, todo fué á recaer, por culpa del partido moderado que profanó su nombre, sobre la cabeza inviolable de la reina madre. Así; el gobierno revolucionario de 1854 le prestó un gran servicio proscribiéndola; y así decia con elocuencia verdaderamente sublime desde Monte-Mor á su hija: «dos veces te he salvado, hija mia; una por el amor, otra por el ódio de los españoles.»

[redacted]

¿Quién habia de creer que las locuras de la reaccion llegasen á ser tantas y tales en estos últimos años, sobre todo en 1864, que dieran motivo á muchas gentes para reclamar el regreso de la reina Cristina como contraste á la influencia de los viejos apostólicos? Pero apartando esto á un lado, consideremos cómo se dejó la reina Cristina España, y cómo la encontraba. En apariencia nada habia cambiado. El mundo oficial era casi el mismo, y las mismas las instituciones. Sin embargo, si quitando los ojos de lo exterior, fijábalos la reina Cristina en lo interior de los sucesos, ¡cuántos y cuán profundos cambios! En vano habria buscado en esas llanuras de Castilla, asiento de la lealtad monárquica, el pueblo entusiasta que iba desalado á recojer una mirada de sus ojos, una palabra de sus labios. Ese pueblo habia vestido ya la toga viril. En vano habria buscado aquella juventud moderada de 1843, en cuyo pensamiento se encerraba la inteligencia que iba á dar vida á la escuela doctrinaria. La juventud, aleccionada

más sublimes doctrinas, comprendiendo
ue no vive si no deja de sí un reflejo en la
istoria, y que no deja un reflejo en la histo-
ia si no abraza una nueva idea, estaba consa-
rada completamente á la causa de la liber-
ad. En vano tambien habria buscado aque-
lla uniformidad con que los antiguos partidos
liberales invocaban un sólo nombre. El par-
tido liberal, el que recogió en sus manos la
corona de Isabel II, el que llenó de gentes y
de entusiasmo las filas de la milicia nacional;
aquel partido que hizo la guerra é hizo la paz;
estaba proscripto, estaba maldecido; y desde
el monte Aventino señalaba con seguridad la
sangrienta nube que á más andar venia sobre
nuestro cielo preñado de tormentas. Y lo más
nuevo, y lo más extraño ciertamente que la
reina Cristina habia encontrado en su cami-
no, era este partido democrático, ayer des-
conocido, hoy fuerte; ayer tenido por un de-
lirio, y hoy oxidando con sus ideas hasta la
inteligencia de sus enemigos; partido que sin
necesidad de tocar las regiones del poder, sin
apoyo oficial, perseguido por las calumnias

que acompañan á todos los adeptos de las nuevas ideas, detenido en su camino por los inmensos ,é ímprobos trabajos que cuesta crear un nuevo dogma, subyugaba todas las inteligencias, atraia todos los corazones, y guardaba en su seno las esperanzas únicas de renovacion y de progreso que acaricia nuestra envejecida sociedad.

La reina Cristina, que asistiera al nacimiento de una nueva forma social, debió ver en todas estas ideas que cruzaba por su mente una muy triste enseñanza, la enseñanza de que la forma social por ella iniciada, el sistema doctrinario por ella sostenido, estaban heridos de muerte.

Por eso el periódico democrático que á la sazon publicábamos en Madrid, le dirigió e[l] dia de su llegada en el invierno de 1864 esta[s] palabras:

«Pero ¡ah! señora, que así se realiza [el] progreso de la historia. Los hombres q[ue] ayer eran grandes esperanzas, mañana a[l]... nas son recuerdos. El mundo marcha de... rando en su febril actividad, idolos, coro...

[redacted]

nastías. Cuando V. M. ha vuelto á Francia, ¿qué ha encontrado de aquella dinastía de Luis Felipe, que dictaba leyes al Mediodía de Europa? Cuando V. M. ha ido á Italia, ¿qué ha encontrado de su propia dinastía? En cambio habrá encontrado por todas partes renovacion de ideas, renovacion de instituciones. ¿Qué mucho, pues, que esas leyes misteriosas de la Providencia se cumplan en todas partes? Sentimos nacer, señora, bajo la maldicion de aquellos que, como V. M., enjugaron las lágrimas de nuestras madres y abrieron el hogar de la pátria á nuestros padres. Pero no tiene remedio. Toda nueva revolucion nace maldecida por la revolucion que la ha precedido. Aceptamos la maldicion de V. M.; creemos merecerla y adoramos la Providencia que ha querido que la historia del mundo sea la historia de la libertad.»

La Reina Cristina desde el punto en que llegó á Madrid, empleó todas las seducciones de su conversacion y todos los medios de su influencia, para persuadir el ánimo de su hija, siempre inclinado al gobierno per-

sonal, á que diese alguna esperanza á la libertad y á los liberales. ¡Inútil empeño! Despues de algunos dias de lucha constante entre hija y madre, en que nada valieron ni consejos ni advertencias, ésta se retiró desesperadísima, y penetrada firmemente de la proximidad de inevitable catástrofe. Así pudo decir un periódico democrático que al irse la Reina madre á visitar otra de sus hijas, creo que hácia Astúrias, divisaba desde su wagon los campos cercanos á Madrid cubiertos de nieve, y sobre la nieve, destacándose como sombras, los espesos muros. las altas torres y la gallarda rotonda del Escorial. Y ante este espectáculo ofrecido por la naturaleza y por el arte; ante estos campos que parecian cubiertos por blanco sudario, silenciosos como la muerte, y aquella tumba de tantas grandezas caidas, de tantos antiguos reyes, siniestro presentimiento pasó por su corazon, ideas siniestras por su inteligencia, y cubriéndose el rostro con ambas manos exclamó entre sollozos: ¡Oh Escorial! no reposarán, no, en tus marmó-

reos mausoleos, ni mis huesos ni los huesos de mis hijos!

Quien ejercia entonces influencia preponderante en la córte, era D. Sebastian, el príncipe venido de la emigracion, de su residencia de Nápoles, cuando estaba próximo el destronamiento de aquella dinastía, y consagrado por completo á recibir algunos millones á que llamaba atrasos, y que eran el importe de cuanto hubiera cobrado, si no abandona la causa de Doña Isabel II para abrazar la causa de Cárlos V. Pero venido á una monarquía constitucional, no olvidaba su bandera absolutista, intrigando perpetuamente para que las instituciones, vencedoras en los campos de batalla, se desnaturalizasen y se perdiesen por completo en los consejos del gobierno. Esta extraña ingerencia, este anormalísimo influjo de un general carlista, de príncipe rebelde en el Palacio, donde solo debia albergarse la imágen de la libertad, perdia á cada momentò más á la familia reinante, y condensaba sobre su ungida cabeza todas las cóleras del pueblo. Cuan-

do fué jurada heredera del trono la reina Isabel, juróla el infante D. Sebastian. Pero despues se pasó al campo de D. Cárlos, y desde allí combatió lo mismo que habia jurado, y puso particular empeño, su espada, sus fuerzas, su nombre, su sangre, toda su autoridad, todo su poder en salvar las instituciones antiguas, los frailes, la amortizacion, el absolutismo, y ceñir una corona á las sienes del príncipe rebelde. Él vino, ¡él! casi á las puertas de palacio cuando las Córtes discutian la Constitucion de 1837, cuando el cólera diezmaba á Madrid, cuando se mecia en la cuna una reina niña, que no tenia para su defensa más que un escudo, el pecho de los liberales. El infante D. Sebastian, segun dijo entonces y repite hoy la historia, se proponia entrar en las Córtes, y ahorcar á los diputados. No pudo cumplir su propósito, porque Dios decretó la victoria á favor de los enemigos de D. Sebastian de Borbon, á nuestro favor, que habiamos visto violados nuestros hogares y perseguidas nuestras familias por las tropas de que era generalísimo el infante.

[redacted]

Fué á Nápoles á pasar los dias de su emigracion. Allí vivió en la córte más absolutista de toda Europa. Allí comió el pan del rey que le decia á Luis Felipe en una carta, que jamás transigiria con el régimen constitucional, por considerarlo funesto para su raza, funesto para su familia. Allí pudo ver los tormentos, pudo oir las quejas de los liberales perseguidos, de aquellos esqueletos errantes, cuyo martirio denunció á Europa atónita la conciencia de Gladstone. Respecto á nosotros, respecto á España ¿qué hacia aquel rey, qué hacia aquella córte donde el infante D. Sebastian se encontraba? Sostener, avivar constantemente, con todos los medios posibles, la conspiracion carlista. Con sus recursos y con sus escitaciones, venia Cabrera, sí, Cabrera en persona, á incendiar nuestros caseríos, á inmolar á los defensores de la libertad que aun quedaban por nuestras montañas. Allí estuvo el infante D. Sebastian hasta la muerte del rey.

Muerto el rey quedaba en el Trono su hijo, inexperto, desarmado, expuesto á todas las

[redacted]

iras de la revolucion, víctima inocente destinada á pagar las iniquidades de su padre. Grande ocasion se ofrecia entonces al infante D. Sebastian para pagar los favores recibidos, para sostener á su familia en tan amargo trance, para encerrarse con aquel rey sin corona en la fortaleza de Gaeta, como se habia encerrado en su palacio de Nápoles, y sucumbir con una dinastía, pudiendo decir la frase que los absolutistas de ahora repiten: *Victrix causa diis placuit, sed victa Catoni.* Pero no, prefirió venirse entre nosotros. No sabemos lo que trajo, pero sí sabemos que se llevó á su casa los cuadros más bellos de nuestro Museo nacional, la rica encomienda de la órden de San Juan; algun millon del presupuesto, demandando despues á nuestra esquilmada Hacienda treinta millones de atrasos. Decidnos, ¿qué más consiguiera el infante D. Sebastian, de haber triunfado D. Cárlos?

Y lo peor del caso estaba en que no eran muy claros los derechos del infante D. Sebastian. El Sr. Olózaga dijo en la tribuna que llamaria siempre al infante D. Sebastian ex-

[redacted]

infante, porque fué espulsado del reino por una ley, y solo por una ley podia ser admitido: que no tiene poder un decreto para derogar las leyes. «Sea de esto lo que quiera, exclamaba á la sazon un publicista, reciba el infante D. Sebastian y consuma sus treinta millones. Y será bien que los paguen los héroes de Cenicero y de Gandesa; los propietarios que vieron sus casas incendiadas por la faccion; las viudas y huérfanos de los que cayeron en Morella, en Ramales, en Madrid; los defensores del trono de Doña Isabel II. Todo esto se merece el generalísimo de los facciosos, el brazo derecho de D. Cárlos, y todo esto debe pagarlo nuestra eterna candidez.»

Hablábase mucho en aquellos dias de una conversacion habida entre la Reina Isabel y la Reina Cristina. Habia encargado ésta á cierto pintor un cuadro, que evocaba glorioso recuerdo, la revista pasada entre sus dos hijas á la Milicia Nacional, cuando las tropas del Pretendiente asediaban á Madrid mandadas por el Infante D. Sebastian. La escena sucedia

[redacted]

en los altos del Retiro, tras la frágil tapia opuesta á la invasion absolutista, entre la arboleda, viéndose á lo lejos, en lontananza, los grupos de los carlistas, entre los cuales caracoleaba airoso ginete el Infante, anhelando cumplir un juramento; el de colgar á los diputados que le despojaran de sus encomiendas, de sus honores y de sus títulos.—¿Te acuerdas, preguntó Cristina á Isabel, te acuerdas de este dia?—Me acuerdo mucho, dijo la Reina. Hasta me acuerdo que miré con unos anteojos de teatro y ví que mi tio Don Sebastian montaba un caballo blanco por las cercanías de Vallecas.—¿De veras? volvió á preguntar la Reina Cristina. Pues no sabia que tuvieras tan buena memoria.

El epígrama corrió por todo Madrid y alcanzó gran fortuna, y fué pasto por muchos dias de la implacable oposicion que se ensañaba en la córte. ¡Memoria! ¡Cuántos de aquellos milicianos, que temblaban de entusiasmo al aproximarse la régia carretela; que veian en la matrona la imágen y en las tiernas niñas la esperanza de la libertad; que oponian

sus pechos como escudo entre el usurpador siniestro y la inocencia; que abandonaban hogar, familia, para pelear y morir por su Reina, héroes y mártires de supersticioso entusiasmo; cuántos de aquellos debian ir más tarde, víctimas de negra ingratitud, en barcos apestados, por los inmensos mares, á merced de la tempestad y de las ondas, á morir en la zona tórrida, de fiebre y de nostalgia, enviados por la misma niña á quien habian defendido y salvado, santa imágen de la libertad en la cuna, Euménide de la reaccion en el trono!

Así es que todo el mundo gritaba: *Delenda est Cartago*. Y esta expresion significaba: abajo la dinastía.

«¡Qué decadencia! Despues de medio siglo de revoluciones, decíamos entonces, la palabra muda, la imprenta rota, la cátedra herida, el derecho de reunion proscripto; y sobre este mundo de la electricidad y del vapor, las sombras del histerismo monástico del siglo décimo-sétimo; y sobre el ruido de las máquinas, sobre el rechinar de

la imprenta, los conjuros y los sortilegios de los tiempos del fanatismo, *Delenda est Cartago.*»

«Hemos hecho los mayores esfuerzos para libertarnos de este fanatismo, y nada hemos podido. Hemos vuelto á conquistar la tierra pátria, heredada de nuestros abuelos en la guerra de la Independencia; hemos visto la generacion entera del 23, la generacion de nuestros padres, cuya sangre llevamos en las venas, cuyos dolores llevamos en el alma, la hemos visto, como los hijos de Polonia, proscripta y casi aniquilada; hemos sustentado una guerra civil que salpicó de sangre nuestra cuna; y despues de haber triunfado de tantas luchas, no sabemos qué mala raiz queda al pié del árbol de nuestras libertades, que sus frutos son sabrosos para los realistas vencidos, y de muerte para los liberales vencedores. *Delenda est Cartago.*»

«Levantamos la libertad y la pátria en 1812, y nuestros enemigos nos dieron por libertad una cadena, por pátria un calabozo. Volvimos en 1820 á triunfar, y nuestros eternos enemi-

gos entregaron la Constitucion á los franceses, y sus salvadores al verdugo. Tornamos con otro esfuerzo en 1836, y nuestros eternos enemigos nos espulsaron nuevamente, riéndose de las leyes que habian jurado. Vencimos por la revolucion en 1840, y fuimos vencidos por la intriga en 1843. De nuevo triunfamos en 1854, y de nuevo fuimos sacrificados en 1856. Y si nuevamente consintiéramos un 1814, un 1823, un 1843, un 1856, bien podia decirse que el partido liberal en España tenia ménos instinto de conservacion que el infusorio ó el zoófito, y que era una raza de suicidas. *Delenda est Cartago.*»

«Entre nosotros y Europa media un abismo. La nacion que llevó al aterido seno de la Edad Media el calor de la ciencia oriental, tiene por toda ciencia las cenizas del neo-catolicismo; la nacion que interpuso su pecho entre las hordas del desierto y la civilizacion europea, está hoy fuera del coro, lejos de la legion sagrada de los pueblos libres; la nacion que descubrió el Nuevo Mundo, ha reconocido el bárbaro imperio galo-tudesco que

[redacted]

profana el Nuevo Mundo; la nacion que protestó contra el desmembramiento de Polonia, y dió su código al Piamonte y á las Dos Sicilias, y despertó el sentimiento de la independencia en el seno de Grecia, esta nacion que bien puede llamarse de mártires de la libertad, parece hoy una nacion de esclavos del neo-catolicismo. *Delenda est Cartago.*»

«No es posible aquí la imprenta libre; no es posible la tribuna libre; no es posible el derecho de reunion libre; no es posible ninguna, absolutamente ninguna de esas libertades, que son la honra de los pueblos modernos, que son el alma de la civilizacion, que son el resultado primero del progreso. *Delenda est Cartago.*»

«Cuando consideramos estas cosas; cuando vemos las camarillas que influyen, la política que nos envilece, los comicios que se usan, la corrupcion electoral que crece, las bandas de apóstatas que se lanzan sobre el país como los cuervos sobre el cadáver; los conventos convertidos en asamblea, y las asambleas convertidas en conventos; cuando

vemos todo esto, las alas del corazon se caen; y si fuera estrella nuestra que hubiese de durar mucho tiempo, bien podiamos abandonar, no solamente los comicios, no solamente la prensa, sino tambien la pátria, esta tierra que guarda los huesos de nuestros padres, la pátria, para ir á buscar, como los puritanos de Inglaterra, en cualquier rincon del mundo, otra tierra donde pudiéramos recibir el único rayo de sol que llega hasta las profundidades del espíritu; el rayo del sol de la libertad. *Delenda, delenda est Cartago.*»

Uno de los asuntos que más escandalizaban á la opinion, era el influjo de cierta monja célebre en los consejos de la política y en los salones de palacio. Esta mujer extraña, de cualidades excepcionales, de alguna belleza, de magia en el decir, de rara habilidad en las intrigas, fascinadora y supersticiosa, capaz de resucitar los sueños históricos del claustro y las alucinaciones del misticismo; pretendia con descaro que se maceraba con vigor, y que Dios, en premio á sus virtudes, á sus maceraciones, á su penitencia, le habia

[redacted]

estampado las llagas en su cuerpo, las mismas cinco llagas que destilaron la sangre divina de la redencion, desde las cimas augustas del Calvario.

En el mundo de la Edad Media, cargado el aire con los aromas del misticismo, empapadas las conciencias de ideas religiosas, vivas por todas partes y lucientes las señales augustas del milagro, verificado por el poder de lo sobrenatural y sucedido en el inmenso espacio de una fe sin límites, podia y debia extraordinario jóven, orador elocuentísimo, que llegaba con la espada invisible de su palabra á penetrar en los mas empedernidos corazones; poeta tierno y dulce que oia el diálogo del astro con el astro, del rocío con la flor, del ave con su nido, y lo trasformaba en coro de oraciones á Dios; místico soñador y extático, para quien las cosas creadas se trasparentaban al contacto de la luz increada; podia muy bien despues de haber dicho adios al mundo y sus placeres, despues de haber sacrificado una gran riqueza, despues de haberse recluido en triste apartamen-

to, sentir por la contemplacion extática, por las visiones magnéticas, y hasta experimentar que las cinco llagas de Cristo se estampaban en su cuerpo mortal, y le anunciaban como hondas heridas del alma saliendo á la superficie de su sér, que llegaba la hora de fundar aquella gran democracia cristiana menos-preciadora de las gerarquías y de la fuerza en medio del feudalismo, y que debia traer así á la sociedad como á la religion luz de nuevas ideas, sávia de consoladoras esperanzas.

Pero una mujer de mundo, experta en cosas terrenales, ducha en cortesanas intrigas, jefe de partidos políticos, sintiendo en el claustro ruinoso del siglo décimo-nono, claustro carcomido por la duda y calcinado por la revolucion fenómenos místicos, solo posibles, como el mito religioso, como la historia poética, allá en los tiempos de la fe, era cosa bien singular y extraña, más propia de la jurisdiccion de los tribunales, que de la jurisdiccion de los críticos. Y sobre todo, las cinco llagas se estampaban en sus miembros cuando la guerra civil ardia en los campos,

no como resultado de la congoja, de la angustia que debia asaltar á un alma mística, al escuchar el rumor de las batallas, el crujido de los incendios, el resuello de los combatientes, el estertor de los moribundos; las cinco llagas se estampaban en su cuerpo, como si fuera su cuerpo papel de prensa carlista, para anunciar al mundo que Isabel II ni hija era de Fernando VII, y que el derecho divino estaba por ende vinculado en la persona y en la autoridad de D. Cárlos. Estas profecías dichas con escándalo general allá en 1839 excitaron la curiosidad pública, y por consecuencia trajeron la intervencion del gobierno y de los tribunales, que rodearon el convento, pusieron mano sobre la monja y encerrándola con centinelas de vista, concluyeron y curaron unas llagas que pasaban entre el vulgo, por dichos de la propia monja, como indelebles, como incurables, y la condenaron en sentencia firme, estigmatizándola con los nombres de falsaria y embaucadora, los cuales pasaron del fallo de los magistrados á todas las conciencias y por consiguiente á todos los labios.

¡Quién habia de creer que monja milagrera de tal calaña, fautora de escándalos atentatorios, no ya al derecho, sino al honor de doña Isabel II y de su extirpe, tuviera tanto y tan extraordinario predicamento en el ánimo de doña Isabel II y de su extirpe! Lo cierto es que su convento de San Pascual parecia el palacio; que á sus procesiones iban los ministros, con el cirio en la mano, con el exceptismo en el alma; que su clausura se rompia diariamente para trasladarse de las austeras celdas á las cámaras reales; que sus parientes y amigos aparecian como privados y validos; que en cada uno de los deliciosos sitios donde los reyes pasaban las estaciones varias, surgian costosos monasterios y conventos llenos de novicias y monjas; porque Sor Patrocinio no se contentaba con ser la elegida del favor divino que le estampaba llagas y hacia en ella otros milagros como en San Francisco de Asís, sino que aspiraba tambien, como Santa Teresa, á fundar en nuestro siglo comunidades ascéticas y nuevas religiones monásticas.

Así un célebre periodista conservador, el Sr. Lorenzana, de rica erudicion y gallardo estilo, brillante é intencionado al mismo tiempo, trazaba fatídicos renglones, que herian á la reina en el corazon y anunciaban su destronamiento. Para el eminente escritor puede el místico llegar por exaltacion, por ayunos, por penitencias, á éxtasis místicos, á visiones beatíficas, á un estado de magnetismo, de sonambulismo en que hasta fisiológicamente alcance á experimentar sobre su cuerpo las señales del estado candente de su alma.

«En esta situacion toma la cruz con Jesucristo, sube al Calvario con Jesucristo, es sacrificada con Jesucristo, recibe la lanzada en el costado con Jesucristo, padece, en una palabra, con Jesucristo. Los trasportes del alma no tardan en invadir el cuerpo, y en virtud de una ley misteriosa de la fisiología trascendente, ó si se quiere sobrenatural, los estigmas espirituales se reproducen alguna vez exteriormente y llegan á manifestarse bajo formas sensibles. Tales son sobre el particular nuestras ideas, que emitimos á riesgo de

rrir en el sarcástico desagrado de los es-
us fuertes de la prensa, y de que se nos
uyan puntas y ribetes de neo-catoli-
mo.»

«Mas hé aquí que entre nosotros se declara caso de estigmatizacion cuya celebridad ne en *crescendo* desde 1835. Nó necesitaos describir puntualmente ni individualizar este *caso*, porque basta aludirle para que sea le todos conocido. Este *caso*, lejos de edicar, escandaliza; lejos de consolar, aflige; ejos de regocijar, entristece. Con motivo de este *caso*, unos se rien, otros se lamentan, éstos insultan, aquellos compadecen, algunos lo explotan, no pocos le consideran como un plagio diabólico, y nadie, absolutamente nadie, le concede un orígen divinamente místico. Entre este *caso* y los siniestros que con tanta frecuencia conmueven hondamente los cimientos del edificio político, media, segun el comun sentir del vulgo, un lazo indisoluble y pavoroso. Si los ministerios se forman, se modifican, se disuelven ó se levantan, resucitando al cuarto dia de entre los muertos,

estampado las llagas en su cuerpo, las mismas cinco llagas que destilaron la sangre divina de la redencion, desde las cimas augustas del Calvario.

En el mundo de la Edad Media, cargado el aire con los aromas del misticismo, empapadas las conciencias de ideas religiosas, vivas por todas partes y lucientes las señales augustas del milagro, verificado por el poder de lo sobrenatural y sucedido en el inmenso espacio de una fe sin límites, podia y debia extraordinario jóven, orador elocuentísimo, que llegaba con la espada invisible de su palabra á penetrar en los mas empedernidos corazones; poeta tierno y dulce que oia el diálogo del astro con el astro, del rocío con la flor, del ave con su nido, y lo trasformaba en coro de oraciones á Dios; místico soñador y extático, para quien las cosas creadas se trasparentaban al contacto de la luz increada; podia muy bien despues de haber dicho adios al mundo y sus placeres, despues de haber sacrificado una gran riqueza, despues de haberse recluido en triste apartamen-

to, sentir por la contemplacion extática, por las visiones magnéticas, y hasta experimentar que las cinco llagas de Cristo se estampaban en su cuerpo mortal, y le anunciaban como hondas heridas del alma saliendo á la superficie de su sér, que llegaba la hora de fundar aquella gran democracia cristiana menos-preciadora de las gerarquías y de la fuerza en medio del feudalismo, y que debia traer así á la sociedad como á la religion luz de nuevas ideas, sávia de consoladoras esperanzas.

Pero una mujer de mundo, experta en cosas terrenales, ducha en cortesanas intrigas, jefe de partidos políticos, sintiendo en el claustro ruinoso del siglo décimo-nono, claustro carcomido por la duda y calcinado por la revolucion fenómenos místicos, solo posibles, como el mito religioso, como la historia poética, allá en los tiempos de la fe, era cosa bien singular y extraña, más propia de la jurisdiccion de los tribunales, que de la jurisdiccion de los críticos. Y sobre todo, las cinco llagas se estampaban en sus miembros cuando la guerra civil ardia en los campos,

no como resultado de la congoja, de la angustia que debia asaltar á un alma mística, al escuchar el rumor de las batallas, el crujido de los incendios, el resuello de los combatientes, el estertor de los moribundos; las cinco llagas se estampaban en su cuerpo, como si fuera su cuerpo papel de prensa carlista, para anunciar al mundo que Isabel II ni hija era de Fernando VII, y que el derecho divino estaba por ende vinculado en la persona y en la autoridad de D. Cárlos. Estas profecías dichas con escándalo general allá en 1839 excitaron la curiosidad pública, y por consecuencia trajeron la intervencion del gobierno y de los tribunales, que rodearon el convento, pusieron mano sobre la monja y encerrándola con centinelas de vista, concluyeron y curaron unas llagas que pasaban entre el vulgo, por dichos de la propia monja, como indelebles, como incurables, y la condenaron en sentencia firme, estigmatizándola con los nombres de falsaria y embaucadora, los cuales pasaron del fallo de los magistrados á todas las conciencias y por consiguiente á todos los labios.

¡Quién habia de creer que monja milagrera de tal calaña, fautora de escándalos atentatorios, no ya al derecho, sino al honor de doña Isabel II y de su extirpe, tuviera tanto y tan extraordinario predicamento en el ánimo de doña Isabel II y de su extirpe! Lo cierto es que su convento de San Pascual parecia el palacio; que á sus procesiones iban los ministros, con el cirio en la mano, con el exceptismo en el alma; que su clausura se rompia diariamente para trasladarse de las austeras celdas á las cámaras reales; que sus parientes y amigos aparecian como privados y validos; que en cada uno de los deliciosos sitios donde los reyes pasaban las estaciones varias, surgian costosos monasterios y conventos llenos de novicias y monjas; porque Sor Patrocinio no se contentaba con ser la elegida del favor divino que le estampaba llagas y hacia en ella otros milagros como en San Francisco de Asís, sino que aspiraba tambien, como Santa Teresa, á fundar en nuestro siglo comunidades ascéticas y nuevas religiones monásticas.

Así un célebre periodista conservador, el Sr. Lorenzana, de rica erudicion y gallardo estilo, brillante é intencionado al mismo tiempo, trazaba fatídicos renglones, que herian á la reina en el corazon y anunciaban su destronamiento. Para el eminente escritor puede el místico llegar por exaltacion, por ayunos, por penitencias, á éxtasis místicos, á visiones beatíficas, á un estado de magnetismo, de sonambulismo en que hasta fisiológicamente alcance á experimentar sobre su cuerpo las señales del estado candente de su alma.

«En esta situacion toma la cruz con Jesucristo, sube al Calvario con Jesucristo, es sacrificada con Jesucristo, recibe la lanzada en el costado con Jesucristo, padece, en una palabra, con Jesucristo. Los trasportes del alma no tardan en invadir el cuerpo, y en virtud de una ley misteriosa de la fisiología trascendente, ó si se quiere sobrenatural, los estigmas espirituales se reproducen alguna vez exteriormente y llegan á manifestarse bajo formas sensibles. Tales son sobre el particular nuestras ideas, que emitimos á riesgo de

incurrir en el sarcástico desagrado de los espíritus fuertes de la prensa, y de que se nos atribuyan puntas y ribetes de neo-catolicismo.»

«Mas hé aquí que entre nosotros se declara un caso de estigmatizacion cuya celebridad viene en *crescendo* desde 1835. No necesitamos describir puntualmente ni individualizar este *caso*, porque basta aludirle para que sea de todos conocido. Este *caso*, lejos de edificar, escandaliza; lejos de consolar, aflige; lejos de regocijar, entristece. Con motivo de este *caso*, unos se rien, otros se lamentan, éstos insultan, aquellos compadecen, algunos lo explotan, no pocos le consideran como un plagio diabólico, y nadie, absolutamente nadie, le concede un orígen divinamente místico. Entre este *caso* y los siniestros que con tanta frecuencia conmueven hondamente los cimientos del edificio político, media, segun el comun sentir del vulgo, un lazo indisoluble y pavoroso. Si los ministerios se forman, se modifican, se disuelven ó se levantan, resucitando al cuarto dia de entre los muertos,

de una manera insólita y chocante, tiene el *caso* la culpa, dice el vulgo.»

«Si el sistema representativo se ha visto alguna vez sériamente amenazado en su esencia, *el caso* es responsable, repite el vulgo. Si el poder ejecutivo, usurpando la jurisdiccion de los tribunales de justicia, acusa desde las columnas del diario oficial á la prensa periódica de mancharse con la perpetracion de crímenes gravísimos, es que el *caso* lo exige, vuelve á insistir el vulgo. Los gobiernos más fuertes (y continúa el vulgo) han tenido que rendirse ó transigir con el *caso* en cuestion, ó tolerar con una indignacion mal reprimida su funesta influencia. Si alguno ha querido aislarle ó alejarle, ha sucumbido en la demanda, y hasta la córte romana, con todo su poder y autoridad, ha tenido que llevar en paciencia que el *caso* desobedezca sus mandatos. Este *caso de estigmatizacion,* concluye el vulgo, es, pues, un verdadero *estigma*, y no santo y glorioso ciertamente, que lleva impreso sobre su noble faz el longánimo pueblo español; ¿qué pudo ha-

, qué hay en el oscuro fondo de este
)?»
¡GRANDES MISTERIOS!»

Pero misterios que los profanos no pode-
»s descifrar, porque no hay llave alguna
ue abra las puertas del santuario en que se
elebran, como no sea la llave tan renombra-
a de oro de la invencion y fábrica del senci-
o, virtuoso y verdaderamente apostólico
aron padre Claret y Clará, llave que tan ex-
raña celebridad ha granjeado á este curioso
é interesante personaje. Pero misterios de
una trascendencia funestísima en el porvenir
de los principios fundamentales de nuestra
sociedad política, si pronto, pronto, no se
aplica el remedio que el mal está imperiosa-
mente reclamando. *Et nunc intelligite.* Sí;
ténganlo entendido todos aquellos, todos sin
excepcion, á quienes interese. Si el cataclis-
mo sobreviene, si la revolucion estalla, si llega
ese verdadero *dies iræ* de los pueblos en de-
lirio, entonces, á la luz de los siniestros res-
plandores que despida, se leerán y compren-
derán esos y otros misterios. Entonces las

llamas del *incendio* consumirán todas las impurezas de la inmensa orgía política á que el país viene asistiendo estupefacto. Entonces, como el dia del juicio final, nada quedará oculto y sin venganza; entonces

quidquid latet apparebit
nihil inultum remanebit.»

Eran estos maravillosos artículos eco de los discursos pronunciados por el gran orador D. Salustiano de Olózaga en el Parlamento español. Pocos hombres han nacido en el mundo con las cualidades de inteligencia y de palabra que el Sr. Olózaga. No busqueis en él, no, aquellas ideas sublimes de Donoso Cortés que se perdian raudas en las profundidades de lo infinito; no busqueis aquel estro lírico de Lopez que daba ritmo á la prosa y convertia en odas los discursos; no busqueis la rica erudicion literaria de Alcalá Galiano que castigaba su estilo hablado como si fuera estilo escrito, y evocaba en la tribuna moderna el habla de Granada y de Cervantes; buscad, y encontrareis la intencion profunda, la ironía delicada y certera, la sal ática, la só-

frase, el estilo natural, la sencillez in-
arable, y la suprema elocuencia de una
on demosteniana. Parece que todavía lo
y que lo oigo todavía. Se levantaba en el
reso como los grandes actores en el tea-
con la plenísima seguridad de sí mismo,
n el pleno dominio de la escena. Erguíase
ninguna afectacion, y tomaba, ya de pié,
esion de su sitio sin ninguna actitud, con
naturalidad aquella de Romea, que no he-
os admirado en toda su grandeza hasta ha-
erla perdido para siempre. Su voz era un
rgano, segun el número de notas y de re-
istros que tenía. Bastábale por tanto ligera
inflexion para expresar y comunicar todos los
afectos: risa, asombro, indignacion, entusias-
mo. Cuando decia cosas graves y solemnes
tomaba aquella voz una majestad indecible; y
cuando queria conmover llevaba en sus acen-
tos nubes henchidas de lágrimas. Parece que
todavía le veo, alto, robusto; el pecho ancho
como cumple á los atletas de la palabra; el
rostro de abultadas facciones pero hermosas;
la cabeza grande y quizá peinada con sobra

de esmero; poblada la barba, rosadas las mejillas, expresivos y profundos los ojos, delgados los labios en señal de su astucia, corto el cuello, proporcionados los brazos, serena la actitud, reposado el ademan, sóbrio el estilo, sonora la voz; ora elevado, ora vulgar, ora risueño, ora triste; pero siempre intencionado, siempre sencillo, siempre elocuente, levantando como los artistas griegos con escasos medios y recursos eternos monumentos. La Reina Isabel hirió despiadadamente á aquel hombre en su honra y el Sr. Olózaga jamás se lo perdonó. Pero, jefe de un partido constitucional y monárquico, hizo esfuerzos sobrehumanos para reconciliarse con la Reina. Y la Reina menospreció esta reconciliacion, condenando al partido progresista á la más injusta de todas las proscripciones cuando en realidad el partido progresista habia levantado su trono. Convencido Olózaga de que la Reina y el partido progresista eran completamente incompatibles; aleccionado por el ejemplo de Francia y de Italia donde la libertad no pudo arraigarse sino despues de haber

onado á los Borbones, comenzó en sus
rables discursos á combatir enérgica-
e á la dinastía, y cada una de sus pala-
arrancaba una piedra á la corona de Es-

ero el asunto que precipitó los sucesos
el asunto de la enseñanza pública; y lo
ataremos con toda la imparcialidad y toda la
eridad propia del que es en estos asuntos
or é historiador. El ministerio Narvaez,
alido al poder por Setiembre de 1864, se
ropuso una política relativamente liberal,
ue fué contrariada por la dinastía y por su
órte. El arma que escogieron para esgrimir-
la contra la libertad, fué una larga série de
artículos publicados en los diarios neo-cató-
licos, diarios leidos con fruicion en palacio,
contra los catedráticos liberales y su ense-
ñanza. La Reina exigió que se tomasen con-
tra estos catedráticos algunas enérgicas me-
didas, encaminadas á cerrar el libre curso
de las ideas y á molestar la serena tranquili-
dad de sus conciencias. Encontrábase en el
ministerio de Fomento á la sazon uno de

nuestros primeros oradores, el Sr. Alcalá Galiano, hombre de divina palabra, y de endeble carácter. No pudiendo resistir á las objeciones de la córte, escribió una circular que satisficiese al palacio sin alarmar á la Universidad. En esta circular el Sr. Alcalá Galiano, aunque se dirigia á todos los catedráticos, se encaraba sólo con uno, con el que era á un mismo tiempo, catedrático de Historia en la Universidad y director de *La Democracia* en la prensa. El catedrático aludido recogió el reto en la siguiente declaracion publicada por Noviembre de 1864.

«Hace más de cinco años que la prensa neo-católica viene asestando sus venenosos dardos contra el profesorado, contra los libros de texto. Diariamente con sus imperiosos consejos han pedido los neo-católicos que los catedráticos fueran destituidos: el gobierno les ha otorgado más: el entregárselos deshonrados. A pesar de los muchos gobiernos débiles que en ese largo período de tiempo se han sucedido en nuestra pátria, ninguno fué osado á oir los consejos neo-ca-

[redacted]

licos. Parecia que la libertad de pensar, en odas partes perseguida, se habia refugiado n la cátedra, y allí lanzaba sus últimos des- ellos. Desesperados de esta inútil lucha, los eriódicos néo-católicos condensarón sus iras sobre algunos profesores á quienes sólo po- dian echar en cara la adhesion á los derechos de la ciencia. Aunque el último de todos en merecimientos, he sido de los primeros en devorar injurias. Por fin, hay un gobierno que los oye, un gobierno que en el mismo periódico oficial copia estas injurias. Para que no se juzgue que es en mí arrogancia creerme aludido, trasladaré las palabras testuales de la *Gaceta*. Si el gobierno me acusára por ideas vertidas en la cátedra, yo callaria, res- petando su autoridad, ó pediria el competen- te permiso para defenderme. Pero al acusar- me, por las ideas que profeso como ciudadano; al herirme por lo que digo, fuera de cátedra, ha faltado á todos los respetos, y herido en mi persona derechos sacratísimos que la Constitucion concede á todos los ciudada- nos.»

«Véanse sus palabras:

«Pero como sea conveniente, y aun justo, al tratar de la conducta que puede y debe justificar un acto de severidad, precisar bien los casos en que el rigor se hace indispensable, viene bien recordar á V. S. I. cuáles son las doctrinas con título incontextable á ser consideradas como basas en que estriba el edificio de nuestra sociedad, las cuales deben ser escrupulosamente respetadas.»

«Por la Constitucion del Estado es la religion católica, apostólica, romana, única y exclusiva en todo el territorio español. Para mantener en su fuerza y vigor este principio fundamental de nuestra legislacion y sociedad, hay que tomar por base y regla el Concordato celebrado con la Santa Sede, el cual hoy es ley del reino, digna, como la que más, de alto respeto, y que debe ser religiosamente observada.»

«La monarquía hereditaria es la forma de nuestro gobierno. Los derechos de la augusta señora que ocupa el trono, con arreglo á to-

as nuestras leyes, no pueden ser puestos en duda sin delito.»

«Nuestro gobierno es monárquico-constitucional. Otro sistema cualquiera es contrario á la actual ley fundamental del Estado.»

«Pero si en la cátedra el profesor está obligado á cumplir con sus obligaciones, aun fuera de ella debe no portarse de un modo que desdiga de la dignidad de Maestro de que está investido. Por ley comun de las cosas, tanto cuanto es alto un carácter, es rígido el deber que le está anejo. Lo que en un indivíduo particular no pasaria de ser una imprudencia ó una temeridad, en el que está encargado de la enseñanza seria, cuando no un abuso de confianza, una falta de decoro altamente vituperable. No cabe en la razon concebir que los que en voz alta proclaman y pregonan ciertas doctrinas, puedan, con provecho comun ni con honra propia, enseñar, en lugar alguno, otras muy diversas ó hasta contrarias. Además, los profesores, al entrar á desempeñar su cargo, han prestado un juramento, y todo cuanto dijesen no ajustado á él redundaria en

perjuicio público así como en el suyo privado.»

«No por esto pretendo que deban los profesores estar sujetos á una regla que les vede declarar su sentir fuera de la cátedra sobre materias en que están discordes los partidos legales, que en el campo espacioso de las lides políticas se hacen guerra. Pero fuera de tan ancho campo, á un catedrático especialmente, no es lícito lanzarse, ni por uno ni por otro lado, á los extremos opuestos. Desvarío seria en convertirse en declarado enemigo de nuestras instituciones civiles y religiosas quien por su cargo está dentro de estas mismas, y de ellas ha recibido la investidura de la dignidad de que con razon está ufano.»

«No ha de creerse que estas obligaciones del profesor se refieren á los actos de su vida privada. Lo que dijeren en conversaciones particulares, aun cuando pueda hacerlos dignos de censura, está fuera de la jurisdiccion de la autoridad. Pero en los actos públicos y solemnes, en que se declara la opinion en voz alta y se procura extender y propagar la pro pia, seria chocante contradiccion en un cate

...tico la predicacion de doctrinas contrarias ...las leyes fundamentales del Estado; y quien ...sí obrase, se haria merecedor de severa cen...ura, y el descrédito personal se aviene mal ...on el carácter de quien se sienta en la cáte...lra y desde tan alto lugar dá lecciones.»

«Al expresarme como acabo de hacer, pongo la vista principalmente en lo venidero. De lo pasado no soy responsable.»

«Me complazco en repetir que el cuerpo profesional en España, y en el dia presente, está á grande altura por las cualidades intelectuales de quienes le componen, y que ha prestado señalados servicios al Estado en varios puntos. Esta justicia le debo, y esta le hago; pero del uso que pueda haber hecho uno ú otro catedrático de sus grandes facultades no me toca hablar, ni podria, sin temeridad, formar un juicio exacto, á no proceder un prolijo y maduro exámen. Baste que en lo sucesivo sea la ley en nuestra pátria en lo político y en lo religioso la norma á que hayan de atenerse quienes tengan la honra de ejercer el profesorado.»

«La alusion no puede ser más clara. Se acusa, no al profesor de la Universidad, de quien nada en concreto puede decirse, sino al director de *La Democracia*. Yo recojo la acusacion, y con ella me honro. He sido catedrático con arreglo á las leyes, y con arreglo á las leyes he conservado mi cátedra. He fundado *La Democracia* con arreglo á las leyes, y con arreglo á las leyes la publico. ¿A qué ley he faltado en mi cátedra? ¿A qué ley falto en mi periódico? Es incompetente el gobierno para declarar esto, porque en tal caso tendríamos la confusion de poderes, propia, no del régimen absoluto, del régimen despótico. ¿Qué tribunal me ha condenado? El gobierno, poniendo su caprichosa interpretacion sobre las leyes, dice que no pueden ser catedráticos los ciudadanos militantes en los partidos extremos. Es así, que yo milito en un partido extremo, luego yo no puedo ser catedrático. Me declaro reo. Estoy convicto y confeso. Puesto que el gobierno cree, como los gobiernos absolutos, en la incompatibilidad de ciertos cargos con ciertas ideas, á él le toca

esolver esa incompatibilidad, no á mí, que reo los derechos universales á todos los ciudanos, sin distincion de personas ni de clases; que creo mi partido perfectamente legal y en armonía con todos los principios fundamentales del verdadero régimen constitucional, nacido de las modernas revoluciones.»

Nada me extraña tanto como la extrañeza del gobierno. Demócrata y periodista era yo antes de ser catedrático; demócrata y periodista mientras hice oposiciones á mi cátedra; demócrata y periodista despues en el ejercicio de una profesion adquirida por mi trabajo, consagrada por mi derecho. En el camino de la apostasía tan lleno de gentes, no me he encontrado nunca. Cuando la idea liberal es signo de proscripcion, yo, á la faz del país que nos ve á todos, á la faz de Dios que á todos nos juzga, me declaro reo de esa idea sublime; yo soy demócrata. Proceda el gobierno como quiera. ¿Le faltan más datos para condenarme? Sentado en mi cátedra espero á que me despoje con mano aleve de mi honrada

toga. Me siento fuerte con el auxilio de mi conciencia, y el escudo de mi derecho.

Fué lanzado este reto por el catedrático, por el Sr. Castelar, pero no fué recojido por el gobierno. Tanta debilidad despues de tanta arrogancia así daba pié á severísimas censuras en la prensa como en la tribuna. El ministerio no acertaba que contestar y se veia muy molestado con la presencia del catedrático aludido al frente de su asignatura y al frente de su periódico. Así buscaba la ocasion más propicia de hacerle sentir toda la pesadumbre de la ira gubernamental y pronto la encontró.

La Reina desamortizó su patrimonio; y el general Narvaez fué á las Córtes á llevar esta fausta noticia, atribuyendo á abnegacion lo que era deber, y á generosidad lo que era cálculo. Las Córtes se entusiasmaron; y el gobierno mandó que se colgaran de dia las fachadas, que se iluminaran de noche los balcones, que salieran á todas horas las músicas llenando de alegría los ánimos y los aire de gritos de alegría. Con esas rápidas tras

naciones de los pueblos meridionales hubo
en creyó que por aquella medida la Reina
bia recobrado toda su popularidad, y que
n aquella popularidad, la democracia habia
rdido toda esperanza de próximo adveni-
iento. El catedrático amenazado, estimó de
u deber contrastar tanto entusiasmo y publicó el siguiente artículo titulado *El Rasgo*, que quilataba el valor de aquella medida y demostraba no pertenecer el patrimonio á la Reina en el régimen constitucional.

«Los periódicos reaccionarios de todos matices nos han atronado los oidos en estos últimos dias con la expansion de su ruidoso entusiasmo, de sus himnos pindáricos; verdadero *delirium tremens* de la adulacion cortesana. Segun ellos, ni la casta Berenguela, ni la animosa María de Molina, ni la generosa Sancha, ni la grande Isabel, ni reina alguna desde Semíramis hasta María Luisa, han tenido inspiracion semejante á la inspiracion que registrarán con gloria nuestros anales, y escribirán con letras de oro los agradecidos pueblos en bruñidos mármoles. El general Nar-

vaez, que en esto de achaques de historia es muy fuerte, ha dicho, si bien con voz más apagada que en Arlaban, ha dicho no recordar rey alguno capaz de tanta abnegacion. D. Martin Belda, hombre de grandes pulmones, ha gritado de suerte que bambolearon hasta las bóvedas del Congreso. D. Lope Gisbert nos ha dado una muestra de oratoria bizantina, digna por lo extraña á los Parlamentos, de eterna recordacion. El Congreso ha salido de madre, y dilatádose por esas calles, mereciendo de la guardia de palacio honores idénticos á los que se tributan al liberal infante D. Sebastian Gabriel. La mano tribunicia de Gonzalez Brabo, que en otro tiempo acariciaria el puñal de Bruto, ha movido los hilos del telégrafo para que la nacion entera se postrase de hinojos, y todas las campanas perturbaran los aires difundiendo con sus lenguas de bronce en ondas sonoras el entusiasmo público por la region de las estrellas. Hasta el paraiso del Teatro Real se ha contagiado, ese paraiso que por su particular idiosincracia, es el infierno de las silbas. Sólo falta

una corona poética y una estátua. De la primera ya se han encargado los gacetilleros de los periódicos subvencionados, y la segunda ya la ha propuesto *Las Noticias*, de tal magnitud, que á su lado parecerán enanos el Coloso de Rodas y la esfinge de Tebas. Regocijémonos, pues, juntemos las manos, abramos el pecho, doblemos la rodilla y la espina dorsal, y el mundo entero sepa que aquí no ha muerto la raza de los cortesanos.»

«Si la voz de *La Democracia* pudiera llegar hasta el palacio de los reyes, tapiados á la verdad por turbas de cortesanos, seríamos osados á decirles que despidieran tantos aduladores. No eran para los reyes los dias del siglo décimo-sétimo tan difíciles como son los dias del siglo décimo-nono, y sin embargo, Quevedo aconsejaba á Felipe IV que arrojase lejos de sí á los atrevidos que con la casa real comercian. «El rey, decia el grande escritor, puede y debe tener sufrimiento para no castigar con demostracion por su mano en todos los casos; mas en el que tocare á desautorizar su casa y profanarla, él ha de ser

el ejecutor de su justicia. Este género de gente, señor, el rey que los ve en su casa no ha de aguardar á que otro los castigue y los eche. Mejor parece el azote en sus manos para esto que el cetro.» Los moderados, ineptos y corrompidos, que pendientes de un cabello, caian sobre el abismo, han hecho del patrimonio de la corona asunto de sus cábalas, alimento de sus intrigas, pedestal de su poder maldito; y no han tirado sino á presentar la casa real como el escudo interpuesto entre su pecho y la justa cólera del pueblo.»

«Sólo de esta suerte se concibe cuánto ha pasado aquí: la improvisacion del proyecto; el sacrificio de Barzanallana; la retirada del anticipo; la presentacion como un donativo para el país de aquello mismo que es del país propiedad exclusiva; el entusismo de una mayoría servil y egoista; los telégramas á los cuarenta y nueve procónsules; el ruido y la algazara de todos los satisfechos, y la vocinglería infinita de esos periódicos que sólo alaban y sólo creen grandes á los reyes cuando pueden convertir su cetro en llave del Te-

soro, para dividirse los tributos que sobre el Tesoro suda el esquilmado pueblo.»

«Pero vamos á ver con serena imparcialidad qué resta, en último término, del celebrado rasgo. Resta primero una grande ilegalidad. En los países constitucionales el rey debe contar por única renta la lista civil, el estipendio que las Córtes le decretan para sostener su dignidad. Impidiendo al rey tener una existencia aparte, una propiedad como rey, aparte de los presupuestos generales del país, se consigue unirlo íntimamente con el pueblo. En Inglaterra, donde la monarquía tiene tanta autoridad, poder tan prestigioso, sus bienes han pasado á ser de la nacion. Diferentes alternativas tuvo la lista civil en el reinado de Jacobo, I, de Cárlos II, hasta que por fin los productos de las tierras reales, y los servicios decretados por los Parlamentos, se reunieron en un fondo comun, que se llamó fondo consolidado. Con él Inglaterra paga su salario á los reyes, y parte de los intereses de la Deuda pública. La reina Victoria, el jefe de aquella aristocracia de

grandes propietarios, no tiene propiedad. Si posee el ducado de Lancastre, lo posee, no como soberano, pues como soberana ciertamente nada posee que no sea de la nacion; lo posee como particular, como duquesa de Lancastre. La reina de Inglaterra percibe por su lista civil unos treinta y seis millones de reales, mientras que la reina Isabel percibe cincuenta. Y en los treinta y seis millones de reales se incluyen los servicios votados por los Parlamentos, y los productos de las antiguas tierras reales administradas por el Estado. Ahora bien, ¿existe en España una legalidad semejante? Existe. Los fundadores de nuestro sistema constitucional, fueron demasiado grandes para consentir un rey con dominios feudales, alzando sobre la Constitucion de 1812, esa tumba del feudalismo. Y en virtud de esto declararon propiedad del país los bienes de la Corona. Ahora bien; cuando el patrimonio se ha presentado ante las Córtes de una suerte anormal é incomprensible, ofreciendo al país bienes que eran del país, las Córtes, en vez de entusiasmarse y gritar,

han debido decir al patrimonio con el texto de la ley en la mano: los apuros del Erario no permiten que continúe una usurpacion tanto tiempo consentida; nos incautamos de esos bienes que son nuestros, y desamortizándolos, emplearémoslos en deuda instransferible, y los daremos al monarca á cuenta de su dotacion, descargando al Erario de los cincuenta millones de la lista civil que no puede sobrellevar. El rasgo del patrimonio no ha sido más que un rasgo de atrevimiento contra las leyes.»

«Pues si ha sido una grande ilegalidad, ha sido tambien un grande desencanto. Hace mucho tiempo que se viene encareciendo cuánto podian servir para sacar de apuros al Erario los bienes patrimoniales de la Corona. Y, sin embargo, nada, absolutamente nada se sacará ahora; nada. La Reina se reserva los tesoros de nuestras artes, los feraces territorios de Aranjuez, el Pardo, la Casa de Campo, la Moncloa, San Lorenzo, el Retiro, San Ildefonso, más de cien leguas cuadradas, donde no podrá dar sus frutos el trabajo li-

bre, donde la amortizacion extenderá su lepra cancerosa. El Valle de Alcudia, que es la principal riqueza del patrimonio, no podrá ser desamortizado á causa de no pertenecer á la Corona, y segun sentencias últimas, pertenece á los herederos de Godoy. En igual caso se encuentra la riquísima finca de la Albufera, traspasada por Cárlos IV á Godoy en cambio de unas dehesas en Aranjuez y unos terrenos en la Moncloa. Si despues de esto se trasmite á la corona el veinte y cinco por ciento de cuanto haya de venderse, quisiéramos que nos dijesen los periódicos reaccionarios qué resta de tan celebrado rasgo, qué resta sino un grande y terrible desencanto.

Además, resta una grande imprudencia. Se ha engañado á los pueblos induciéndoles á creer que á consecuencia del rasgo de la Reina, se retiraba por innecesario el anticipo. Los labradores, los industriales han abrazado á sus hijos que ya veian sin pan, y han mirado con éxtasis sus propiedades, que veian ya en pública subasta. La donacion de la Reina era popular porque estaba unida en el cora-

zon del pueblo á la retirada del anticipo. El hambriento bendice como un mensaje de la Providencia la mano salvadora que le trae un pedazo de pan. Y cuando apenas acaba de difundirse la alegría, cuando el corazon descansa, cuando el sueño tranquilo se ciñe á los párpados antes inquietos, el gobierno anuncia que renace el anticipo con más fuerza, con más poder, cayendo con doble pesadumbre sobre la mayoría de los contribuyentes, y aumentando el hambre del pobre, de cuyo pan, mermado por el fisco, salen al cabo todos los tributos. Dígasenos si al fin de todo esto las manos que han aplaudido, no amenazan; los corazones que han bendecido, no maldicen; las fuerzas que se han serenado, no se irritan, víctimas de un engaño. Los pueblos no se gobiernan con el charlatanismo de los curanderos, ó con los saltos mortales de los clowns, ó con los milagros y portentos de los embaucadores. Los que han aconsejado todo esto, los que han tramado todo este enredo, son, por engañadores del pueblo, reos de lesa nacion; por desleales al monarca,

reos de lesa majestad. Acordaos de lo que sucedió en la revolucion francesa. Las promesas no cumplidas del ministro de Hacienda Calonne, perdieron á la monarquía. Cuando despues que este prometió aliviar al pueblo y el pueblo respiró, su sucesor vino á pedir el empréstito de los cuatrocientos veinte millones de francos; el pueblo engañado y ofendido, comenzó aquella revolucion que arrancó de las sienes de Luis XVI la corona, de los hombros de Luis XVI la cabeza. Así que los pueblos reciban la noticia del nuevo anticipo, vereis las consecuencias, ministros de Isabel II, de la indigna farsa en que habeis comprometido, para salvaros vosotros, el nombre de la Reina.»

«Y en último resultado queda una gran pérdida para el pueblo; una inmensa, irreparable pérdida. Casualmente la desamortizacion del real patrimonio podia y debia hacerse con arreglo á los principios democráticos y con la mira puesta en el pueblo. Muchos de estos bienes se originan de aquellos tiempos en que el pueblo era el más enérgico aliado de los

reyes. Entre las clases inferiores, mediante un pequeño cánon, debian dividirse esos dominios inmensos que ha regado tantas veces la sangre del pueblo. Todavía se pueden descubrir las huellas de las Milicias municipales que fueron á Toledo y á las Navas en las campiñas de Aranjuez, definitivamente convertidas en sitio real, si no estamos equivocados, por Isabel la Católica. Nosotros deseamos la desamortizacion fecunda, que convertiria esos terrenos, hoy improductivos, en colmenas, digámoslo así, de innumerables trabajadores. Los bienes que se reserva el patrimonio son inmensos; el veinticinco por ciento, desproporcionado; la comision que ha de hacer las divisiones y el deslinde de las tierras, tan tarda como las que deslindan los bienes del clero; y en último resultado, lo que reste del botin que acapara sin derecho el patrimonio, vendrá á engordar á una docena de traficantes, de usureros, en vez de ceder en beneficio del pueblo. Véase, pues, si tenemos razon; véase si tenemos derecho para protestar contra ese proyecto de ley, que desde el punto

de vista político, es un engaño; desde el punto de vista jurídico, una usurpacion; desde el punto de vista legal, un gran desacato á la ley; desde el punto de vista popular, una amenaza á los intereses del pueblo; y desde todos los puntos de vista, uno de esos amaños de que el partido moderado se vale para sostenerse en un poder que la voluntad de la nacion rechaza; que la conciencia de la nacion maldice.»

Este artículo, apenas leido, fué denunciado. El ministerio no pretendia en aquella denuncia tanto perseguir al escritor como deponer al catedrático. Así es, que el artículo fué remitido de oficio á la Universidad y de oficio al rector instado para que procediese á formar causa. Era el Rector antiguo jurisconsulto, catedrático antiguo, hombre modesto, pero firme, gran conocedor del derecho público, gran maestro en tradiciones y reglamentos universitarios. Y con estas cualidades comprendió inmediatamente la dificultad de aquel proceso dictado por las pasiones más exaltadas á los batalladores ministros. La di-

ficultad estaba en que el Rector no podia procesar al catedrático sino por faltas académicas cometidas dentro de la Universidad en el ejercicio de su cargo. Los abusos que pudieran cometerse fuera de la Universidad, en el ejercicio de derechos concedidos por la Constitucion y las leyes, caian bajo la autoridad de los tribunales ordinarios, que ya ocurrian á este caso y ejercitaban plenamente su jurisdiccion. ¿Qué falta habia cometido el catedrático en la Universidad? Ninguna. ¿Qué competencia tenia el rector sobre la falta ó el delito de abuso en el derecho de escribir? Ninguna. Sin embargo, el Rector trasmitió el oficio del ministerio al Sr. Castelar, y el señor Castelar recusó la jurisdiccion académica y declaró que ante los tribunales ordinarios solamente probaria su indudable inocencia. Y recibida esta respuesta por el Rector, fué elevado á la superioridad fuertemente sostenida en vigoroso escrito, notable por la fuerza del razonamiento y la majestad del estilo.

Al dia siguiente, el Rector, que habia vuel-

to por el derecho de la ciencia, apareció exonerado en la *Gaceta* por la cólera del Gobierno. La sensacion que este acto arbitrario produjo, fué inmensa. Veíase por todos que aquella Universidad, serena en sus robustos cimientos; inaccesible á los ódios de los partidos; reflejando siempre la luz como las altas montañas; conteniendo manantiales de ideas para apagar la sed de la juventud; necesitada si cumplia su ministerio de una libertad interior y de una independencia ante el poder público absolutamente incontestables, iba á verse asaltada por la discordia y oscurecida por la intolerancia.

La juventud universitaria, que tiene inspiracion siempre en todos los momentos difíciles para expresar las nobles aspiraciones de la conciencia pública, pensó en manifestar al Rector exonerado su aprecio de la manera corriente y tradicional entre nosotros, en una serenata, para la cual demandaron y obtuvieron la competente licencia. Apenas obtenida la licencia, pusieron manos en la obra de arreglar su manifestacion, cuando llega

una contra-órden que prohibe la serenata, pretestando haber visto en ella lo que desde el primer momento era claro, una manifestacion política. El contrasentido que precedió á la contra-órden causó tal indignacion, que una tempestad de silbidos fué á dar en la cabeza del gobierno y de sus agentes, desahogo de la opinion pública, unánime en acusarlos á un tiempo de débiles y de soberbios. En la noche de la serenata, las tropas, armadas hasta los dientes, llenaban los cuarteles, y fuertes pelotones de caballería obstruian las principales calles. Todo el mundo preguntaba cuándo iba á salir la artillería. Y la desproporcion de este aparato militar con la fuerza de los estudiantes engendraba aquel sentimiento opuesto, contrario á lo sublime, que se llama lo ridículo. Y contra este ridículo, no habia más que esgrimir un arma, el pito, y sobre este ridículo no habia más que lanzar un proyectil, uno solo, el silbido.

Pero el dia verdaderamente triste fué el dia diez de Abril de 1865. El decreto exonerando al Sr. Montalvan, rector fidelísimo á las le-

yes, habia sido agravado con el decreto que nombraba al señor Marqués de Zafra, desconocido por completo en la Universidad, y llevado allí para empezar una reaccion insensata. El gobierno arrancaba al Sr. Montalvan de su asiento, porque no habia querido reunir tribunales incompetentes, formar proceso escandaloso, suspender en su cátedra á un catedrático que cumpliera con sus deberes; víctima reclamada por la poderosa reaccion teocrática, próxima entonces á aniquilar en nuestra pátria la libertad de la ciencia y los derechos del magisterio.

Aun recordamos el dia en que el Sr. Montalvan entró á tomar posesion de su cargo de rector; tres años antes del funesto dia de su exoneracion. La marejada neo-católica bramaba contra todos los catedráticos. Nombráronlo como una prenda de estabilidad para el profesorado y una protesta contra la reaccion. La Universidad se vistió de gala. Pocas veces, quizá nunca, hemos visto el claustro tan concurrido, la juventud tan entusiasmada, hasta los últimos dependientes de la Universidad tan sa-

tisfechos. La Universidad se veia regida por un hombre de integridad moral, de profunda ciencia, largos años catedrático; respetado de la juventud, siempre liberal, siempre popular. Habia dirigido la enseñanza pública en los dos años de la revolucion. Los catedráticos que escribian periódicos furibundos contra las Córtes Constituyentes, que con motivo de la segunda base lanzaban proclamas incendiarias para sublevar al país, habian sido sostenidos en sus derechos de ciudadanos, respetados en las inmunidades de sus cátedras. Dígalo el Sr. D. Leon Carbonero y Sol. Los catedráticos que tomaron parte activa en la funesta administracion polaca, barrida por la revolucion; catedráticos que llevaban sobre sí el ódio inmenso de un pueblo esclavo que se acababa de emancipar; estos catedráticos fueron sostenidos por él en sus derechos, y aun ascendidos en el escalafon y premiados por sus servicios académicos. Dígalo el Sr. Fernandez Espino. Representaba, pues, el Rector de la Universidad el respeto profundo á la independencia del profesorado,

que se conoce más cuando de los enemigos se trata.

Aun recordamos las palabras que pronunció en medio de un cláustro numerosísimo, en presencia de la juventud que se apiñaba para oirle, entre esos murmullos de aprobacion más apreciables en la Universidad que los tempestuosos aplausos de una asamblea deliberante. «Yo, dijo modestamente, no he sido nombrado ni por mi ciencia, ni por mis servicios; yo he sido nombrado por el respeto profundo que la ley me inspira, y el entusiasmo que me inspira la independencia del profesorado.» Cuando las reclamaciones contra la enseñanza pública venian de todos los clubs neo-católicos de España; cuando las pastorales se habian desatado furiosas contra el profesorado; cuando la prensa oscurantista llegaba al último estremo del *delirium tremens* de su embriaguez; en tan supremos instantes, aquellas nobles, aquellas elocuentísimas palabras eran un compromiso de honor con la juventud, un compromiso de honor con la enseñanza, un compromiso de honor

n el país, un compromiso de honor con la
ncia, que hablaba por su boca, afianzando
libertad y proponiéndose sostener siempre
s derechos.

Hemos llegado á tiempos tan tristes, se han erdido de tal manera las costumbres, se han elajado tanto las caractéres, que podia tenerse una debilidad. Pero el Sr. Montalan, que pertenece á la generacion que en 1820 eleó, y que sucumbió en 1823, siente aquel mor á la libertad nacido en los calabo-os donde padecieran las víctimas de Fernando VII, y no podia vacilar. Llegó la hora, y se encontró frente á frente con el gobierno. Este, faltando á todas las leyes, desconociendo todos los principios de derecho, saltando por encima de la Universidad, abofeteando al cláustro de catedráticos, quiso que se incoara un proceso administrativo por un artículo político, proceso contra la Constitucion, proceso contra las leyes académicas, proceso inícuo que venia á barrenar por su base hasta el respeto debido á los tribunales de justicia.

El Sr. Montalvan no se quiso prestar á esta gran iniquidad, á esta violacion de todas las leyes académicas, á este inmenso escándalo que hubiera sido una falta completa á sus compromisos y una mancha indeleble en su reputacion. Prefirió perder un crecido sueldo, una grande posicion á cometer una bajeza. Cumplió la palabra solemnemente empeñada; repitió al despedirse de la Universidad, de aquella casa tan querida, las frases solemnes que pronunció al entrar; frases que resuenan bajo aquellas bóvedas sagradas, y que debian helar de terror al osado capaz de profanarlas en el santuario mismo de la ciencia.

Es preciso comprender cuánto se ama l
Universidad por el que en ella se ha criado, p
el que sube de los bancos del discípulo á
silla del profesor, por el que ve inmóvil l
gar todos los años una juventud que se
nueva como las flores, y ve que con sus
peranzas, con sus ideas, con sus ilusi
conserva en una perpétua juventud el
de sus maestros. Allí no hay mas inter
el interés de la verdad; allí no hay má

[redacted]

itu que el espíritu de la ciencia; allí el alma se dilata, y sobreponiéndose á las condiciones accidentales de la vida, contempla frente á frente lo absoluto. El ruido de las pasiones no llega allí, y la vida toma la solemnidad de un sacerdocio.

El general Narvaez creia haber destruido la independencia de la Universidad, y como todos los reaccionarios, habia engendrado el principio opuesto á su política, la libertad de enseñanza.

El 10 de Abril fué el dia primero de su Génesis. Como todos los progresos vino entre lágrimas y sangre. A las doce de aquel siniestro dia tomó posesion el señor marqués de Zafra, que venia á sustituir al Sr. Montalvan, de su cargo de rector. Cualquiera hubiera dicho que se trataba de tomar alguna fortaleza. Un batallon en la plaza de Santo Domingo caballería por toda la calle Ancha de San Bernardo; guardia veterana dentro del claustro. Nosotros hemos visto sublevaciones de estudiantes, y todos los rectores tenian á gala que no entrara allí un tricornio. El señor

marqués de Zafra penetró entre tricornios. La juventud protestaba pacíficamente contra la fuerza. Su protesta se redujo á ir á casa del Rector que simbolizaba la paz, el órden académico, la tranquilidad dentro de aquel claustro, donde solo se oia el rumor de las esplicaciones de los catedráticos, inspirados en el culto á la ciencia.

Pero por la tarde cuando los ministros salian del Senado, salian heridos, ofendidos por las reconvenciones de la oposicion, que mostró con cuánta insensatez habia procedido en la noche de los alardes militares contra los estudiantes indefensos. El marqués de Molins les decia que él estaba en un concierto, en el sitio mismo de la serenata, y ni siquiera aquel concierto se habia desconcertado. El señor general Serrano decia con mucha gracia, que él estaba en el mismo concierto, y que no habia ido á ofrecer su espada al gobierno, porque viendo que ni siquiera las señoras se alarmaban, no juzgaba que debiera alarmarse un capitan general. El marqués de Molins añadia, que imaginaba imposible la continua-

cion de un ministerio silbado. El Sr. D. Cirilo Alvarez pintaba magistralmente lo que deben hacer los hombres que, como Narvaez, han escrito con sangre su nombre en los patíbulos; deben resignarse ó al ostracismo ó á la abdicacion. Todos los senadores que hablaron, mostraron claramente á los ministros la grave falta que habian cometido, dando permiso para la serenata, retirándolo luego, recibiendo á los estudiantes como un ejército invasor, desplegando fuerzas inmensas, haciendo alardes ridículos, que dieron por resultado una inmensa derrota envuelta en atronadora silba.

Don Luis Gonzalez Brabo contestaba á todo esto con gracias, con retruécanos, con preciosidades de ingenio, como si nada sucediera, como si el gobierno nada hubiera hecho. Y despues, encendido el rostro, airado el ademan, temblorosa la voz, desafiaba á que salieran, como quien desea un combate; matonismo ridículo que debia llenar de indignacion otra atmósfera ménos fria que la glacial atmósfera del Senado.

Y en efecto llega la noche, sale el gobierno del Senado, reune la Guardia civil veterana, y cuando solo habia en las calles algunos niños, que volvian de las escuelas silbando, desata, sin disposicion alguna de policía, sin prévio aviso, sin las intimaciones de ordenanza, sin desplegar la bandera que previenen las pragmáticas de Cárlos III, sin tomar las disposiciones que prescribe el Código penal, desata una soldadesca furiosa, que hiere, acuchilla, asesina; que viola seguridad, vida, derecho; que deja en la Puerta del Sól muertos y heridos, que ensangrienta las calles cercanas, que siembra en todos los ánimos un terror intenso, intensísimo, porque, despues de tantos sacrificios hechos por la causa de la libertad, parecia Madrid una Varsovia y España la Polonia del Mediodía.

FIN DEL TOMO CUARTO.











Stanford University Libraries
3 6105 014 865 658
DATE DUE
STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004